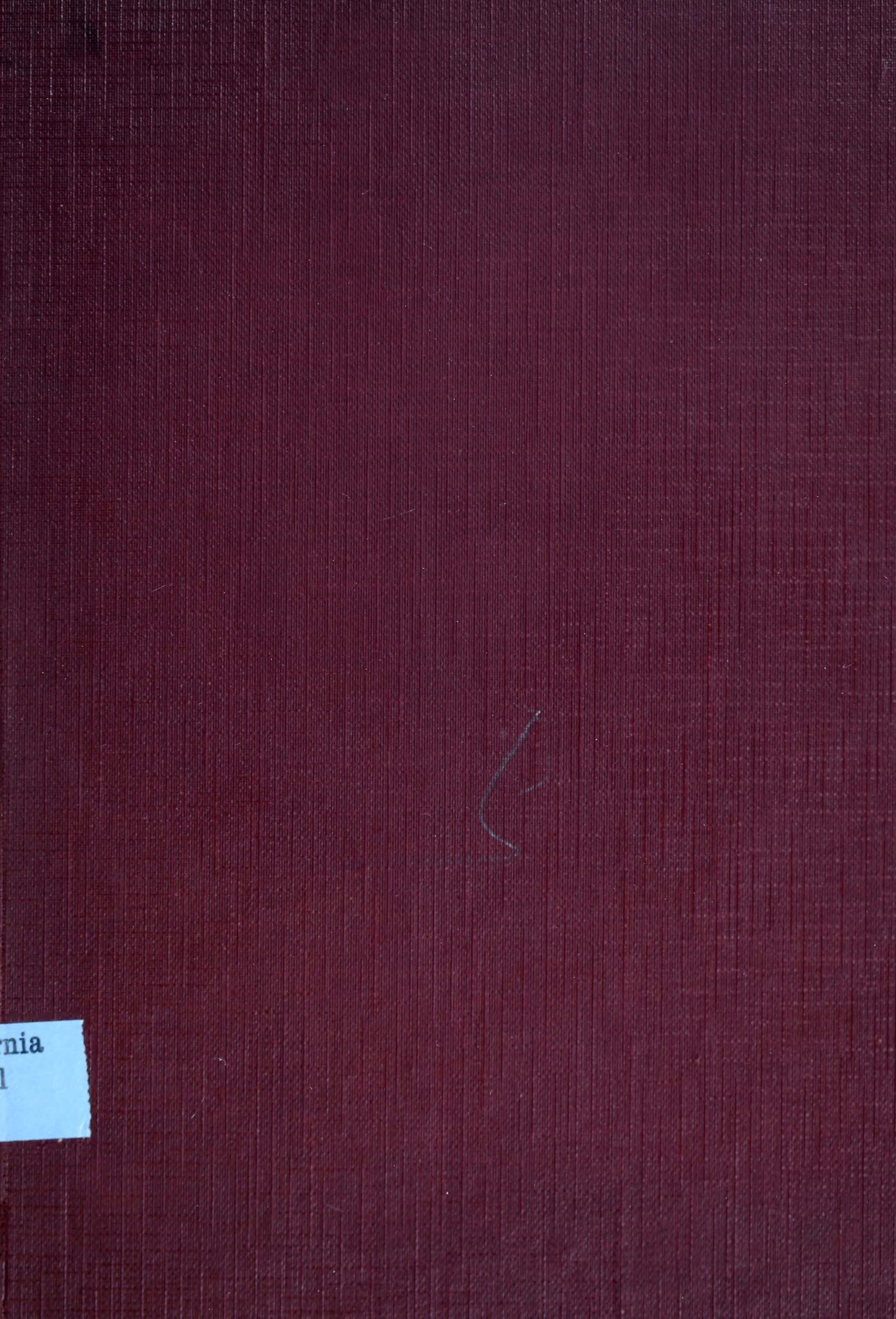
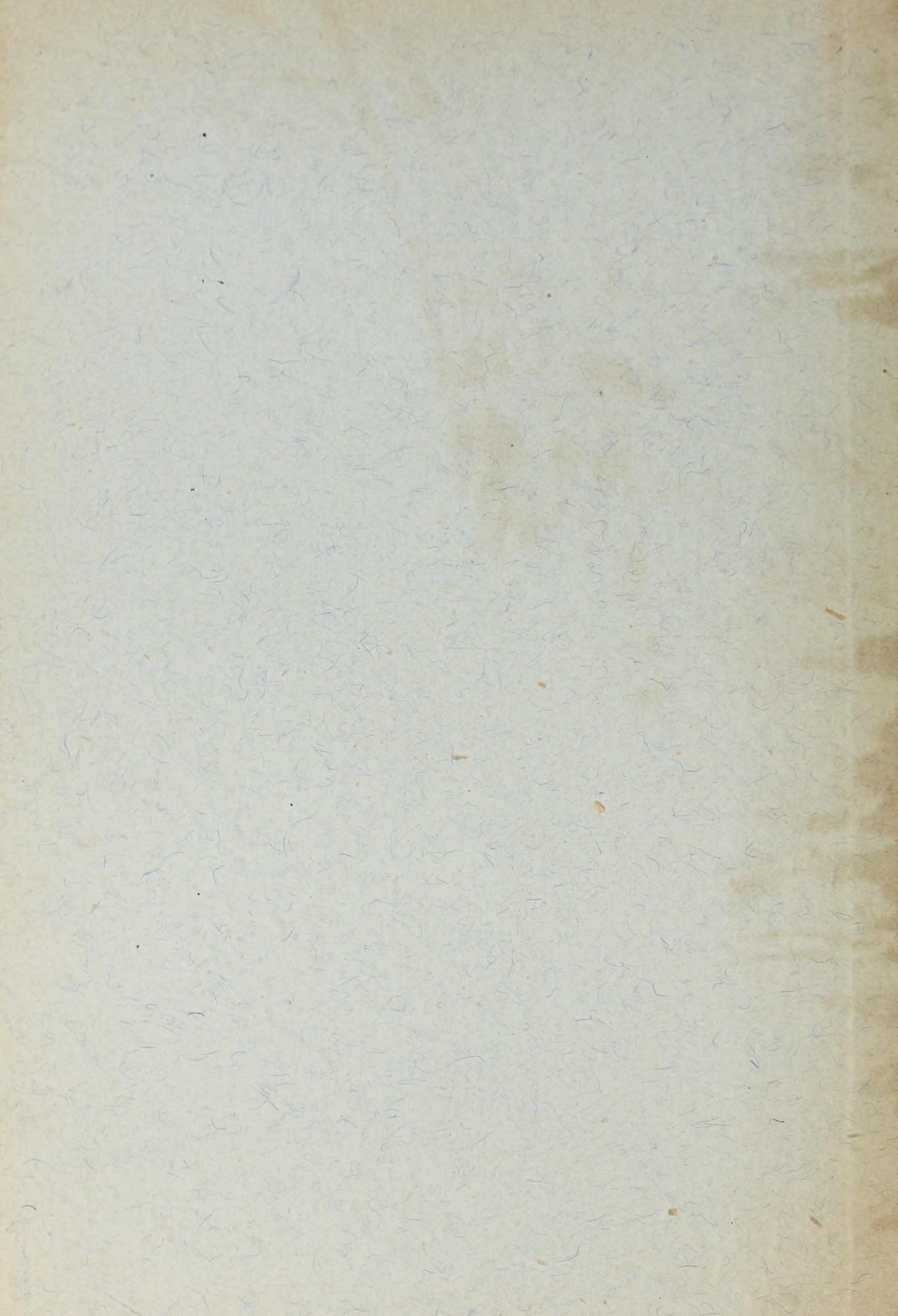
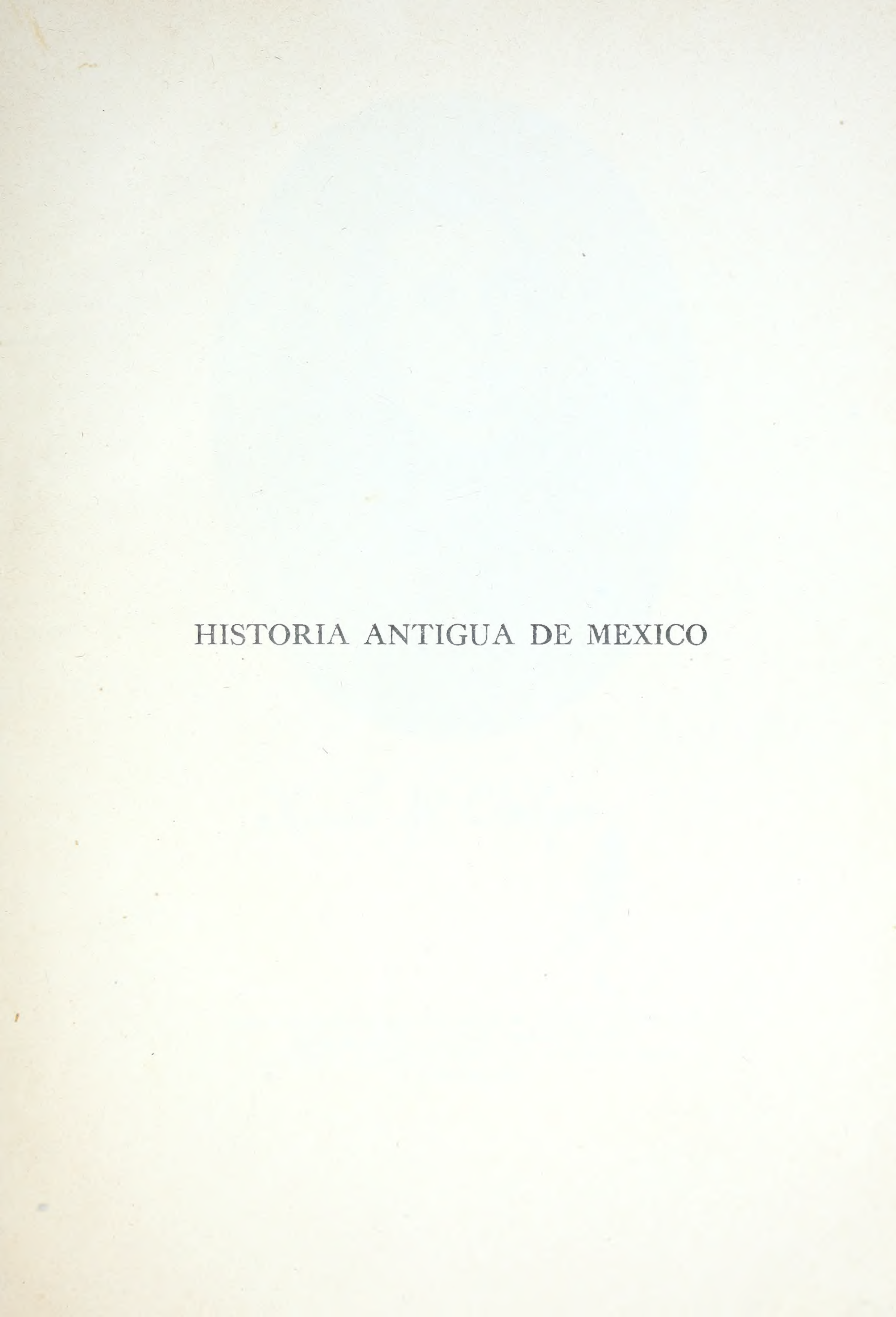






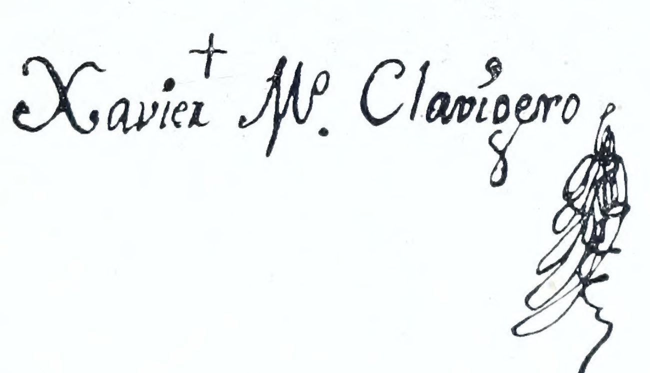




HISTORIA ANTIGUA DE MEXICO







Copia de un antiguo retrato al óleo (tenido por auténtico), existente en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología.
La fotografía reproduce las huellas que en el original ha dejado la acción del tiempo.



Historia Antigua de Mexico

SACADA DE LOS MEJORES HISTORIADORES ESPAÑOLES Y DE LOS MANUSCRITOS Y DE LAS PINTURAS ANTIGUAS DE LOS INDIOS DIVIDIDA EN DIEZ LIBROS: ADORNADA CON MAPAS Y ESTAMPAS E ILUSTRADA CON DISERTACIONES SOBRE LA TIERRA, LOS ANIMALES Y LOS HABITANTES DE MEXICO

ESCRITA POR EL

ABATE FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO

TRADUCIDA DEL ITALIANO POR

J. JOAQUIN DE MORA

Y PRECEDIDA DE NOTICIAS BIO-BIBLIOGRAFICAS DEL AUTOR, POR

LUIS GONZALEZ OBREGON

TOMO I



MEXICO
DEPARTAMENTO EDITORIAL DE LA DIRECCION GENERAL
DE LAS BELLAS ARTES
1917





EL ABATE FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO

NOTICIAS BIO-BIBLIOGRAFICAS

POR

LUIS GONZALEZ OBREGON

ANTES de la publicación de la **Storia Antica del Messico** por Clavijero, nuestra literatura histórica no contaba sino las crónicas más o menos extensas escritas por religiosos o seculares, pero que no presentaban el cuadro completo de la civilización mexicana; y las que más se acercaban a reproducir el cuadro, eran la **Monarquía Indiana**, de Fray Juan de Torquemada, o el resumen que publicó, con el título de **Teatro Mexicano**, el P. Fray Agustín de Vetancourt.

Teníamos obras que han sido y serán fuentes valiosísimas de la historia antigua y de la Conquista; por ejemplo, las de Motolinia y Sahagún, Durán y Tezozómoc, Chimalpáin e Ixtlilxóchitl, Hernán Cortés y el Conquistador Anónimo, López de Gómara y Díaz del Castillo y muchísimos fragmentos de otras crónicas que, como la de Cervantes de Salazar, reprodujo Antonio de Herrera en las famosas **Décadas**; pero una obra que con excelente método, aceptable crítica y selecta erudición; limpia de fastidiosos textos bíblicos o de citas de autores clásicos y profanos, y que en estilo elegante, trazara el cuadro completo de la civilización indígena y de la conquista hispánica, no la tuvimos sino hasta la aparición de la **Storia Antica del Messico.**

Bien iniciado Clavijero, desde su niñez y juventud, en el conocimiento del país y de los habitantes, en el de las producciones naturales y en el de los idiomas indígenas, que aprendiera de viva voz en los pueblos donde vivió tantos años; bien iniciado con la acertada y diaria observación, del carácter y costumbres de los naturales, pudo después perfeccionar los estudios prácticos, con la lectura atenta y reflexiva de nuestras crónicas primitivas y de los historiadores modernos, contemporáneos suyos, y con la interpretación, las más veces feliz, que hizo también de los misteriosos códices jeroglíficos, exhumados por él en archivos y bibliotecas de México y de Italia.

Así preparó la tela del gran cuadro de su **Storia Antica del Messico,** pleno de luz y de colorido, como fruto de la ardiente imaginación de un costeño y de la cultura clásica que había adquirido en el estudio de las humanidades y por las aptitudes demostradas en la posesión de lenguas muertas o habladas todavía.

Clavijero enumeró minuciosamente con someros juicios, previa la atenta lectura de los libros o la interpretación de los códices, a cada uno de los autores y pinturas jeroglíficas que pudo estudiar para escribir la historia que tanto renombre le ha dado; describió el Anáhuac en relación con la tierra, el clima, la orografía y la hidrografía y mencionó una a una las producciones naturales. No se concretó a la vida externa y política de las tribus primitivas y de los antiguos aztecas o mexicanos; penetró en la vida interna, y todo lo estudió y analizó, idiomas, religión, gobierno, milicia, ciencias, artes y costumbres.

En las **Disertaciones** que añadió a la **Historia**, ocupóse en dilucidar los puntos más obscuros o controvertibles; con gran juicio y erudición desvaneció consejas propaladas de buena o mala fe por autores extranjeros, e intentó resolver problemas escabrosos, con sobra de doctrinas y talento no comunes.

Fué Clavijero el primero en fijar la cronología de los pueblos indígenas de México, de un modo razonable y nuevo, y sus minuciosas y fundadas investigaciones han sido la base para los posteriores estudios de nuestros arqueólogos modernos.

Quizá el patriotismo sincero e ingenuo, acrecentado por el exilio y la nostalgia, contribuyeron a que él viera con cristales de aumento muchas cosas minúsculas o que no existían; quizá las creencias religiosas y la influencia de los escritos de Sigüenza y Góngora, que como la mayoría de los autores antiguos trataba de relacionar leyendas bíblicas y tradiciones indígenas, también contribuyeron muchísimo a que fantaseara en sus interpretaciones, como hallar la representación del Diluvio y la dispersión de las lenguas en jeroglíficos que sólo se refieren a la peregrinación de los aztecas por el Valle de México; quizá, traspasando los límites del severo y frío criterio del historiador, llegó a empuñar la candente pluma del polemista, cuando refuta los errores de Robertson, Raynal, Paw y de otros escritores, a fin de vindicar a sus compatriotas; quizá por este ostensible designio, podría tenerse por sospechosa su imparcialidad, pero como juzga muy bien Prescott, "en el conjunto de la obra parece haber conducido la discusión con buena fe; y si llevado de su celo nacional ha recargado la pintura con brillantes colores, se le hallará mucho más moderado en esta línea que los que le han precedido; al paso que aplica juiciosos principios de crítica, de que aquéllos eran incapaces."

Que el culto al estudio y la modestia le caracterizó siempre, es indudable. A millares de leguas de la patria, privado de manuscritos que aquí había leído, con las pocas economías que hiciera a costa de íntimos sacrificios, y no satisfecho con las obras que poseía, compra y encarga todos los libros que sobre el asunto en que se ocupaba habíanse publicado; recorre con empeño extraordinario cuantas bibliotecas y archivos pudiesen darle materiales luminosos, y en no pocas ocasiones, a pie camina hasta

veinte millas para ir a visitar como era su costumbre, las ciudades de Florencia, Milán, Roma, Nápoles o Venecia, con el único fin de consultar una obra o resolver una duda. Y no fiándose de sus propias opiniones, estudia, consulta y admite las correcciones que le hacen; e imposibilitado de publicar su obra en la lengua nativa, no desmaya; se resuelve a traducirla para que no queden infructuosas sus tareas, "y la sujeta previamente a la censura de personas ilustradas que corrigiesen los defectos en que por su calidad de extranjero hubiese podido incurrir."

La forma de la historia es amena; no cansa, por ser su lenguaje puro y correcto; al contrario de lo que comunmente hacían y hacen los historiadores muy eruditos o muy literarios, no improvisa arengas a lo Tito Livio, ni sacrifica la precisión y exactitud de lo que escribe para hermosearlo con frases dulzonas o verbosas, a lo Solís; lee de antemano, asimílase conocimientos, y en estilo propio narra o juzga, pero sin dejar tampoco de apoyar con oportunas autoridades los hechos y los juicios.

Tantos méritos y virtudes, de fondo y forma, de rectitud y modestia, han dado a Clavijero la universal popularidad que es manifiesta en las versiones que se han hecho de su obra y en las repetidas reimpresiones del texto castellano.

Pero es tiempo ya de que digamos algo de su vida, enumeremos sus escritos y ediciones, y consignemos otras noticias que ilustren la presente flamante edición de su **Storia Antica del Messico.**



I

BIOGRAFIA

De familia ilustre descendía el abate don Francisco Javier Clavijero, distinguido patriota, historiador, poligloto y naturalista que gozó en su siglo y goza todavía de justa fama. Su padre, Blas Clavijero, era natural de la ciudad de León en España, se había educado con esmero en París, y cuando residía después en Madrid, fué agraciado para venir a México con el gobierno de las alcaldías mayores de Tetzuitlan y Xicayan en la Mixteca, que le consiguió el Duque de Medinacelli. La madre, María Isabel Echeagaray, era de origen vizcaíno y célebre por haber contado entre sus deudos, a políticos y militares que desempeñaron altos empleos públicos, pues nada menos que una sobrina suya, la Excma. Señora doña Francisca Javiera Echeagaray de Garibay, llegó a ser virreina de México.

La cuna de nuestro historiador fué el puerto de Veracruz, donde nació el día 9 de septiembre de 1731, y fué el tercer hijo de once que procrearon don Blas y doña Isabel. Críose y recibió la primera educación e instrucción en los pueblos sujetos a las alcaldías que gobernaba el señor su padre, recibiendo de éste, al par que ilustración esmerada, lecciones de exquisita cortesía, logrando señalarse siempre por las finezas y maneras en el trato.

La vida campesina, que desde tierna edad llevó en aquellos lugares, le hizo adquirir conocimientos prácticos en historia natural. El roce cotidiano con los indios de los pueblos en que desempeñaba el padre el empleo de subdelegado, con gran afecto de ellos por su acierto en la manera de gobernarlos y la benevolencia con que los trataba, proporcionaron a Clavijero facilidades para el aprendizaje de las lenguas indígenas, para la observación de las costumbres y para que los propios indios le demostraran la gratitud que tenían a su padre. Con este fin, le ofrecían las más hermosas flores, le obsequiaban los más raros animales y le conducían con frecuencia "a los sitios más amenos de la comarca, para hacerle gozar de sus vistas y paisajes encantadores; despertando en él así desde la infancia, el gusto por las bellezas de la patria, el deseo de conocer su historia antigua y un amor puro y sincero a sus conciudadanos.

Estudió latín en el Colegio de San Jerónimo y filosofía y teología en el de San Ignacio de la ciudad de la Puebla de los Angeles. Instruído en las

obras de los grandes matemáticos, no descuidó la lengua natal, y a los diez y siete años recitaba de memoria los trozos más selectos de muchos clásicos castellanos, amenizando además su consagración a las ciencias exactas, físicas y naturales, con el cultivo de la música, que le enseñó su propia madre. Cuando hacía estos preparativos en su carrera literaria, resolvió entrar de novicio en la Compañía de Jesús y vistió en Tepotzotlán la sotana el 13 de febrero de 1748.

Ya profeso, en los colegios de la religión que había abrazado, recibió de un jesuíta alemán lecciones de hebreo y griego; perfeccionó el conocimiento que había adquirido de las principales lenguas europeas, y a la vez que hablaba y escribía los idiomas náhuatl, otomí y mixteco; adquirió nociones gramaticales en otros veinte idiomas y dialectos del país, y se ensayaba en ellos componiendo oraciones cristianas y poesías inspiradas, que con feliz memoria, declamaba fácil y elegantemente.

Un joven tan culto, tan inteligente y tan sabio, no podía menos que consagrarse con especialidad a la filosofía, para guiarse en los estudios y establecer nuevos métodos de enseñanza, en los colegios en que se le confiaran varias cátedras; pero hubo de leer en lo privado y en secreto a Regis y a Duhamel, a Cartesio y a Newton, a Purchor y a Gassendi, a Leibnitz y a otros filósofos, porque como dice un escritor, a la mitad del siglo XVIII en México aún se tenía por peligrosa, con el fin de mantener incólumes las creencias católicas, apostólicas, romanas, la lectura de las obras de aquellos insignes pensadores.

Empero, convencido de la conveniencia de reformar los métodos y de implantar los más racionales, atrevióse a iniciar los proyectos que había concebido, en un escrito o representación, que siendo prefecto de estudios en el Colegio más antiguo de San Ildefonso de México, dirigió al Padre Juan Baltazar, individuo de nacionalidad alemana, que a la sazón era Provincial de la Compañía de Jesús, en México, y Rector que había sido del Colegio de Parma, en Italia.

No sin desconocer los talentos del joven catedrático, ni sin dejar de convenir en lo razonable de lo que en su discurso había escrito, con franqueza, mas con el temor que impone toda adopción de lo que se juzga peligroso, dijo el medroso Superior al atrevido Prefecto:

—Tienes razón en cuanto expones; pero no es tiempo de hacer novedades; yo te relevo del empleo, para que no violentes tus sentimientos, ni atormentes tu conciencia.

No obstante, Clavijero, que no podía contener los audaces intentos suyos de introducir innovaciones en los vetustos métodos, cuando fué profesor en los colegios de Valladolid, hoy Morelia, y de Guadalajara, entonces capital del Reino de la Nueva Galicia, "se arrojó a desmontar la intrincada maleza del **peripatismo**, dictando a sus discípulos una filosofía escolástica más racional," mereciendo que todo ello le fuese aprobado en la visita que hizo a los colegios el Provincial Francisco Ceballos, quien, al presentarse en el Colegio de la capital de Michoacán, "felicitó al Mabillón mexicano por sus sabias innovaciones, y le alentó para que acabase de ahuyentar los errores sistemados a que antes se daba el honroso nombre de filosofía."

"Del mismo modo—dice el biógrafo que copiamos aquí—sacudió las trabas que oprimían la elocuencia, principalmente la del púlpito, y rasgó la niebla que ofuscaba el estudio de las bellas letras. En casi todas las composiciones que se publicaban en la Península y en la América Española, no se hallaba más que una prosa versificada, pensamientos vanos y extravagantes y una impertinente e indigesta erudición; mas Clavijero, tanto en sus primeros opúsculos, como en sus obras posteriores, no quiso ostentar sus variadas lecturas ni sus profundos conocimientos de los clásicos antiguos; pero **probó que sabía pensar.**"

En efecto, ya queda referido lo que practicó en el Colegio más antiguo de San Ildefonso: **La Exposición** que redactó entonces, fué reforzada con firmes argumentos. Sin descuidar el culto por lo bello, compuso también un sólido discurso con objeto de extirpar el hueco e hinchado estilo de los gerundianos predicadores; "y para más robustecerlo, lo añadió a la traducción que acababa de hacer de una carta de San Francisco de Sales, dirigida al mismo objeto. Poco tiempo después escribió el **Diálogo entre Filateles y Paleófilo**, en donde demostró la inutilidad de la filosofía antigua y la importancia de la moderna y experimental."

En estas tareas literarias, que enalteció con los ejercicios de sacerdote caritativo y ejemplar, le sorprendió el decreto de expulsión de los individuos de la Compañía de Jesús, cuando desempeñaba en el Colegio de Guadalajara la prefectura "de la Buena Muerte" y el cargo de confesor de los novicios.

Llevado a Veracruz, juntamente con muchos de sus compañeros en religión y en padecimientos, fué embarcado el 25 de octubre de 1767 a bordo del **paquebot** llamado **Nuestra Señora del Rosario de Torrentegui**; pero al abandonar la tierra nativa, cayó enfermo de gravedad en el navío que lo conducía a la Habana, y se vió obligado a permanecer allí. Ya fuera de peligro, prosiguió el forzado viaje, sembrado de muchas tempestades y penas, que fueron dulcificadas por su pasión al estudio, pues enmedio de los sufrimientos de aquel inesperado viaje, más agravados por los males físicos y morales que padecía, dedicóse con tezón a la náutica, y perfeccionó sus conocimientos en física y astronomía, preguntando unas veces a los prácticos de la tripulación o guiándose otras por sus propias observaciones.

Llegó por fin a la capital de Ferrara, donde fué muy bien recibido por el Conde Aquiles Crispo y por su hijo Benito, que le franquearon durante su permanencia en aquella ciudad, casa cómoda y selecta biblioteca en el palacio que habitaban.

Clavijero fué desde entonces muy conocido y aplaudido por su vasta instrucción eclesiástica y científica y por su erudición en las letras y en la historia. Corrió su fama por todo el reino, y al fijar por último su residencia en Bolonia, recibió el consuelo, aunque lejos de México, de tener compañeros de infortunio tan ilustres como Abad y Alegre, como Cavo y Maneiro, como Castro y Márquez, que tanto como él se distinguieron honrando a la patria con sus obras y defendiéndola de injustas calumnias.

Las bibliotecas privadas—refiere uno de los testigos de aquellos triunfos—le abrían sus puertas, las públicas se honraban con su presencia, los jóvenes aprendían sus doctrinas, los sabios ansiaban su conversación y

todos le oían admirados; y Bolonia, teatro entonces de la ilustración, gozábase en abrigar bajo sus muros hospitalarios al ilustre proscrito.

Fundó una Academia literaria, invitando a los hermanos y conterráneos que allí residían por medio de un **Plan**, que al decir de los que lo conocieron, era digno de Quintiliano, Verulamio, Mabillón y Rollin; y su modesta casa, donde reunía los académicos, fué designada comunmente por **Casa de la Sabiduría.**

Allí comenzó a escribir su obra capital, la **Historia Antigua de México**, que había de ser la base y fundamento de su universal reputación en el mundo de las letras.

Desde antes de partir a Europa, la íntima amistad que tuvo con el P. Campoy, le proporcionó el conocimiento del rico tesoro que se conservaba en la biblioteca del Colegio de San Pedro y San Pablo de la ciudad de México, consistente, en la interesante y copiosa colección de documentos mexicanos, que había reunido el célebre anticuario don Carlos de Sigüenza y Góngora.

Clavijero estudió uno a uno todos esos documentos, se instruyó profundamente en la interpretación de los jeroglíficos indígenas, y con las ob-
por las noticias que me han dado de su nacimiento, de sus talentos y de servaciones personales que había hecho de éstos y el conocimiento que tenía de muchas lenguas desde temprana edad, en los pueblos que regenteó su padre, pudo ya en Italia escribir, como escribió, sobre nuestra historia antigua; decidiéndolo más a ella, cuando pudo leer los errores y calumnias consignados en las obras que en su tiempo habían publicado el prusiano Paw, el francés Buffon, el inglés Robertson y otros extranjeros como Raynal y Gage.

Pero el mismo Clavijero, nos ha dejado detalles minuciosos de por qué y cómo escribió su **Historia Antigua**, en la dedicatoria y prólogo que la preceden y en la carta que dirigió al historiador don Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, al saber que este distinguido escritor, también había puesto manos en el mismo asunto:

"Bolonia y marzo 25 de 1778.

"Muy señor mío: aunque no he tenido la fortuna de conocer a Ud. sino sus fatigas literarias, me estimulaba en tan grande distancia a escribirle, el común celo de la patria que me anima, y la uniformidad de la materia en que ambos trabajamos. Uno y otro entendemos en la historia de ese Reino: Ud., según me han informado, en la Historia General de la Nueva España, y yo en la antigua de México, que necesariamente estará comprendida en la de Ud. Emprendí esta obra por servir en lo que pudiese a mi patria, y por divertir honestamente el ocio desabrido de mi destierro: el trabajo ha sido imponderable, porque primeramente fué menester solicitar los libros necesarios aquí, en Ferrara, en Venecia, en Génova, en Roma, en Francia y en España, y sustraer de mis alimentos lo que había de emplear en adquirirlos; pero ha sido tal mi diligencia, que apenas se ha publicado libro concerniente a las antigüdades de México, o por nuestros nacionales o por los extranjeros, que yo no haya estudiado. A más de las obras impresas, me he aprovechado de noticias adquiridas en las historias manus-

critas de nuestros indios, que se conservaban en la librería del Colegio Máximo de México, y de sus mismas pinturas, vistas parte en ese Reino y parte aquí. Con el prolijo estudio que he hecho de esos apreciables monumentos de la antigüedad mexicana, he adquirido una competente instrucción en el método que tenían en representar los objetos y en conservar la memoria de los sucesos, y me lisongeo de haber avanzado más en este punto que los historiadores que me han precedido. Al trabajo de allegar los materiales se siguió el de digerirlos, combinando las relaciones frecuentemente indigestas y muchas veces encontradas en nuestros autores, y procurando sacar del pozo de Demócrito la verdad. Ud. sabrá por su propia experiencia, mejor que ningún otro, la dificultad que hay en esta parte por la negligencia o infidelidad de nuestros historiadores. No he omitido diligencia alguna para la perfección de mi obra; he procurado la mayor pureza y propiedad en el lenguaje, la mayor exactitud en la ortografía, la mayor concisión, la mayor claridad, y sobre todo, la mayor imparcialidad y fidelidad en la narración. Si he incurrido en algunos defectos, como no lo dudo, no ha sido por falta de diligencia o malicia; sino por escasez de luces en materia tan obscura y tan difícil. Me ha sido de mucha importancia el saber la lengua mexicana, el haber andado en buena parte del Reino, y el haber tratado íntimamente a los indios. Tengo ya perfectamente concluída la obra y estaría ya impresa buena parte de ella, si mis facultades fueran correspondientes a mis deseos; pero la impresión con las láminas de que ya hablaré (sic), costará más de 500 pesos fuertes y yo apenas tengo lo necesario para una vida miserable. No me pesa que no se halla impreso, porque habiendo sabido por lo que me dijo al pasar por aquí el Marqués de Moncada, de que Ud. tenía ya concluído un tomo en folio de su Historia, no me parece conveniente el dar un paso en la impresión de la mía, sin saber antes si su asunto está perfectamente comprendido.

"A los tres tomos de Historia, se añadirá otro de Disertaciones interesantes, y convenientes en la mayor parte a la misma Historia. Estas Disertaciones, que tengo concluídas, son ocho: 1.ª Sobre el gran problema de la población de América; 2.ª Sobre la cronología de la Historia antigua, uno de los puntos más embrollados por nuestros historiadores; 3.ª Sobre la tierra y clima de México; 4.ª Sobre los animales de México; 5.ª Sobre la constitución física y moral de los mexicanos; 6.ª Sobre el número de poblaciones y habitantes del Imperio Mexicano; 7.ª Sobre la policía de los mexicanos; 8.ª Sobre la religión de los mexicanos, comparada con la de las naciones más cultas de Europa. Estas se dirigen especialmente a rebatir los errores de Mr. Buffón, de Mr. Paw, de Mr. Raynal y de otros célebres autores que promueven la degeneración de las plantas, animales y hombres del Nuevo Mundo. Aun en el caso de no imprimirse mi Historia, creo que será muy provechosa la publicación de estas Disertaciones.

"Espero que no lleve Ud. a mal esta carta, aunque tan larga y mal escrita, y se complazca en ver a un compatriota también empleado en el servicio de la patria enmedio de las mayores tribulaciones. Suplico a Ud. me conteste y comunique, si le pareciere útil mi obra, las luces necesarias para perfeccionarla. Me preparo a trabajar otras obras aun más útiles para la misma patria, y entretanto pido al Señor guarde a Ud. muchos años, y me

dé vida para gozar de sus preciosas fatigas.—Muy señor mío. B. L. M. su afectísimo servidor y capellán.—**Francisco Javier Clavijero.**"

De intento hemos reproducido la carta anterior, tanto porque es poco conocida, como porque en ella el autor nos dá una completa idea de su obra que a poco de publicada fué traducida a los principales idiomas de Europa, y le mereció justos y entusiastas elogios de los sabios de más reputación y de los principales periodistas de París, Roma y Florencia.

Clavijero escribió su Historia en español, pues así lo consigna él mismo en el prólogo, y aun se me asegura existía en México hace poco el original; pero sea que la demasiada suspicacia de la nación española, cuyas autoridades, según se dice, le negaron las licencias respectivas para darla a la estampa; sea que le exigían, como quieren otros, que borrase y enmendase ciertas apreciaciones y opiniones manifestadas relativamente a la conducta de los españoles en América; sea por las malévolas intrigas de un tal Diosdado, malqueriente y envidioso de los méritos del autor y de la Historia; sea en fin, por el pueril pretexto de "que fué introducido por algunos literatos italianos, que se mostraban deseosos de leerla en su propio idioma;" lo cierto es, que después de haberla escrito en castellano, tomóse el nuevo y laborioso empeño de traducirla a la lengua toscana, en la que vió la luz por primera vez en el curso de los años de 1780 a 1781.

No olvidó, sin embargo, a su amada patria, que aunque lejos de los ojos siempre la tuvo en la memoria, para honrarla y defenderla, como pueden ser muestras, la dedicatoria a la Universidad de México y la carta inédita que encontró en el archivo de ella, mi amigo el Sr. D. Nicolás Rangel; y aprovecho la oportunidad presente para darla a conocer, por los curiosos pormenores que contiene. Dice así:

"Ilmo. Señor,

"Habiendo yo enmedio de mis tribulaciones emprendido con gran estudio, y escrito con suma diligencia y prolixidad la **Historia Antigua de México,** me pareció que no debía consagrarla a otro que a V. S. Ilma., porque quién más acreedor a una obra de tal naturaleza, que un Cuerpo tan ilustre, a cuyas luces se ha confiado en ese Reino la Dirección de las Ciencias y la formación de los Sabios? Las circunstancias en que me hallaba cuando tomé tan acertada resolución, no me permitieron el solicitar anticipadamente el beneplácito de V. S. Ilma., ni creí necesario el esperar su consentimiento para tributarle lo que por tanto le debo. Publicóse finalmente mi Historia, dedicada a la Real y Pontificia Universidad de México, llevando en su frente tan respetable nombre, para honra del Autor, y recomendación de su trabajo. Publicóse en Toscano, porque no se pudo más; pero el estar concebida en una lengua extranjera no basta a enagenarla de V. S. Ilma. ni puede perjudicar su derecho. Consta de tres tomos en quarto, además de otro de Disertaciones, el cual más por efecto de generosidad, que por título de obligación u otro motivo, se dedicó a un célebre literato de Italia, que temía algún detrimento en su reputación por la justa crítica que en mi segundo tomo se hizo de una de sus obras. La aceptación que ha tenido mi obra en Italia, y en otros países de Europa, ha sido muy superior a su mérito y a mi expectación. No dudo que a pesar de los aplausos con que la han celebrado los Doctos de Europa, contendrá varios errores, pero tengo el consuelo

de que los que descubrieren la perspicacia de V. S. Ilma., sabrá disculpar su discreción considerando la dificultad misma de la obra, y la situación poco favorable del autor.

La guerra y otros incidentes han retardado hasta ahora a mi Historia la fortuna de llegar a las manos de V. S. Ilma. D. Lino Gómez, Cura de Amecameca, y persona de mi mayor estimación y confianza, tendrá el honor de presentar a V. S. Ilma. cincuenta exemplares, de los cuales, dos van destinados a las dos principales cabezas de ese Cuerpo respetable, dos para la librería pública de essas Escuelas, y los restantes para los Señores Catedráticos y demás miembros de esse Ilmo. Claustro a arbitrio de sus dignas Cabezas. Bien querría yo que este corto obsequio se extendiesse a todos los Señores Doctores; pero la demasiada distancia, el volumen de la obra y otras dificultades que no se ocultan a la comprehensión de V. S. Ilma. me privan de essa satisfacción.

"Dios N. S. prospere en todo a V. S. Ilma. para el aumento de las Ciencias y de la felicidad de esse Reino. Bolonia a 29 de febrero de 1784.

De V. S. Ilma.,

Afectísimo Servr. y Capellán

Francisco Javier Clavigero.—Rúbrica."

En 24 de marzo de 1786, el Rector de la mencionada Universidad de México, en nombre de todos los Doctores de la misma, después de darle las gracias por su grande amor a la patria, a quien había erigido con su **Historia Antigua** un perdurable monumento, decíale que la Universidad se gloriaba en ver figurar su nombre colmado de tanto honor en la dedicatoria que le había hecho de aquella obra, cuya doctrina y vasta erudición le habían conquistado la admiración de los verdaderos sabios; obra nunca bastante bien alabada. Le refería a la vez, que convocados los Doctores de la Universidad no habían podido contener su entusiasmo y su afecto, y que habían decidido manifestarle cuánto apreciaban esa gran obra, de la cual habían obsequiado respectivamente ejemplares al Virrey, al Arzobispo, al Regente de la Real Audiencia y a otros conspicuos Magistrados y que cada uno de ellos deseaba larga vida, **al que era ornamento y decoro de aquella Escuela.**

Una persona autorizada de México, en otra carta, le refería que los elogios que se tributaban a la obra eran tantos, y tanto el aprecio en que la tenían las personas más caracterizadas, y tantas las cosas que le elogiaban, que de hacerle un relato minucioso se alargaría mucho: que entre todas esas personas se distinguían el Virrey, el Regente y el Superintendente de la Real Aduana sobre todos, porque en un escrito propuso entre otras cosas que la Universidad debía inscribirle en el catálogo de sus Doctores, con derecho a la propina si volviese alguna vez a la Nueva España.

Pero cuando llegó esta última carta a su destino, nuestro insigne Clavijero ya había muerto, víctima de tenaz y prolongada dolencia, que le hizo padecer mucho.

Los "continuados y violentos viajes y su vida estudiosa," le hicieron contraer la enfermedad de que sucumbió.

Volvía a Bolonia de Cesena, donde acababa de imprimir un librito sobre la Virgen de Guadalupe, y donde también había impreso la **Historia Antigua**, cuando comenzó a sentirse bastante enfermo, al grado que tardó dos días en recorrer un corto camino. Refiere el Padre Maneiro que el mal fué agravándose, pues no quiso llamar médicos, de cuyo arte siempre desconfió y temiendo que le prohibiesen leer sus amados libros y le apartasen de sus favoritas ocupaciones.

Al cabo de cuatro años de penosos sufrimientos la enfermedad se agravó tanto, que tuvo que ponerse contra sus propósitos en manos de un facultativo hacia el mes de septiembre de 1786; aunque no tomaba nunca las medicinas si previamente no se enteraba de su composición y virtudes; y a ese fin estudiaba antes de ver al médico, que fué el famoso Dr. Jacobo Calvio, quien salía admirado, así de la instrucción de su cliente, como de la presencia de espíritu que siempre demostraba en tan críticas circunstancias.

El mal, que comenzó por la orina, resolvióse en "un tumor que en aquellos cuatro años se había formado y crecido." Causábanle horribles dolores, tanto el padecimiento, como las curaciones médicas; impedíale el tumor las funciones vitales, dañábale en el interior al infeccionarlo y debilitábale por las frecuentes efusiones de sangre que le provocaba.

Varón religioso y sabio, recibió todos los auxilios espirituales de la Iglesia Católica, que siempre profesó, "y con extraordinaria piedad y resignación, descansó en el Señor el día 2 de abril de 1787," a la edad de 55 años, 6 meses y 24 días.

Expúsose su cadáver en el templo de San Cosme y San Damián de Bolonia; fué en seguida llevado y sepultado con toda solemnidad al de Santa Lucía, sito en la misma ciudad, y en tan severo acto, se hizo el elogio de sus talentos y virtudes, en hermosas y elocuentes composiciones.

Muchos años después, un compatriota nuestro, don Agustín A. Franco, buscaba en vano los restos del ilustre historiador, pero sus pesquisas no dieron más fruto que informarle haber sido sepultados "en el sepulcro común de los Padres de la Compañía."

Sin embargo, con motivo de estas investigaciones, pudo hallar un interesante documento en el archivo de la exparroquia de San Cosme y San Damián, la partida del fallecimiento y entierro, que dice textualmente:

"Die 2 aprilis de 1787.—**R. D. Franciscus Xaverius** filius legitimus Joannis **Clavijero,** extinta Societate, natus in civitate dicta Vera Crux in México, ann 55, mens 6., consuetis omnibus extremis Sacramentis munitus, hora 21 hujus diei, obiit in communione S. M. E. reliquens moestissimum fratem R. D. Ignatium, qui solemnia numera eidem exhibenda curavit. Corpus ejus sequenti vespere e primo Palatio Quagnani in via Castilionis cum funebri pompa ad Paroeciam hanc delatum, postquam sequenti mane, pluribus sacrificiis in ejus animae expationem celebratis, solemnis exequiae habitae fuerunt, sepulchro in eadem Parochili Ecclesia Consignandum statum fuerat, petentibus vero Fratis nomine quibusdam extinctae societatis ad Ecclesiam Sanctae Luciae inter tenebras delatum fuit.—**Emilianus Cattani.**—Parochus."

Nuestro citado compatriota Agustín A. Franco, inició entonces (1858-1860), colocar en la iglesia de Santa Lucía una lápida u otro monumento dedicado a la memoria del esclarecido historiador; y si logró o no tan noble propósito lo ignoramos: sólo hemos podido averiguar "que posteriormente otro distinguido mexicano, el señor don José María Lafragua, durante su permanencia en Italia, movido por un sentimiento patriótico, hizo colocar una lápida en el sepulcro de nuestro eminente historiador."



AUTOGRAFO DE CLAVIJERO

+

Puebla y Feb.o 5 de 1763
R.do 20.

Am.mo P. Prov.l Pedro Reales,

P. C.

Despues que V. R. salió de esta Ciudad, han sido tantas y tan graves las pesadumbres que me han ocasionado mis Parientes, que ya se me hace intolerable la vida. Por tanto suplico à V. R. que, si no halla inconveniente, me dè licencia para anticipar mi viage à Valladolid, ò para ir à alguna Hacienda, ò à qualquiera parte donde viva menos expuesto à unos golpes tan sensibles. Pero si V. R. ò no lo juzga conveniente, ò no gusta, me conformaré con su disposicion, y procuraré sufrir como D.s me ayudare hasta el tiempo ordinario. Deseo que V. R. goze de perfecta salud. D.s g.e à V. R. en cuyos SS. SS. &c. Puebla y Febr.o 5 de 1763.

Muy afecto Subdito y S.vo de V. R.

Xavier M.a Clavigero

Mi am.o P. [illegible]

Quiero que V. R.a esta tan religiosam.te resignado, tengo por mas conveniente el que no se haga exemplar, y que V. R.a aguarde al tiempo regular [illegible] en este tiempo [illegible] abundar mas los penitentes y mas en ese Colegio. Al [illegible] por poco lo [illegible] V. R.a cuia vida g.e D.s [illegible] S. S. [illegible] Feb.o 9 de 1763.

Mui af.o S.vo de V. R.

Pedro Reales

Facsímil de una carta del abate Clavijero al padre Pedro Reales y su contestación

+

Al P. Pedro Reales, de la Comp. de Jesus, Provincial de la Nueva España

Mexico.

Am.o P. M.ro Fran.co Xavier Clavixero de la Compañía de Jesus en el Colegio de S. Xavier de Puebla.

P.e Prov.l

Sobrescritos de la misma



II

BIBLIOGRAFIA

A.—ESCRITOS HAGIOGRAFICOS

1.—Memorias | edificantes | del | Br. D. Manuel | Joseph Clavigero, | sacerdote del obispado | de la Puebla, | recogidas por su | Hermano | el P. Xavier Mariano | Clavigero, de la Compañía | de Jesús.... Con las licenc. necessar. | En México: en la Oficina nueva de | letra Antuerpiana, por Christóval, | y Don Phelipe de Zúñiga, y Ontiveros. | Año de 1761.
1 vol. 8.°

Nótese que en este opúsculo y en el que sigue, Clavijero se nombra **Xavier Mariano**; en efecto, así escribía su nombre antes de ir a Italia, y hasta entonces comenzó a llamarse siempre **Francisco Xavier.** En los colegios donde desempeñó cátedras en la Nueva España y en los certificados que expidió a sus alumnos escribió su nombre de dos o tres maneras diferentes.

2.—Compendio | de la vida, | muerte, y milagros | de | San Juan | Nepomuceno, | escrita en lengua italiana. | Por el P. César Calino, | de la Compañía de Jesús | y traducido a la castellana | por | El P. Xavier Mariano | Clavigero, de la misma | Compañía. | (Adorno). | Con las licencias necessarias. | Impreso en México, en la Imprenta del | Real, y más antiguo Colegio de | San Ildefonso. Año de 1762.
1 vol. 8.°

Como podrá observarse, ya en 1762 le era conocida la lengua italiana a Clavijero, lengua que traducía a la sazón, y en la cual, años andando, escribiría la **Historia Antigua de México.**

3.—Elogio de San Francisco Xavier. Impreso en México, 1762.
1 vol. 8.°

Este y el siguiente Elogio no los conocemos sino por referencias de Beristáin en su Biblioteca.

4.—Elogio de San Ignacio de Loyola, predicado en la Real Audiencia de Guadalaxara. Impreso en México, 1766.
1 vol. 4.°

B.—OBRAS HISTORICAS

5.—HISTORIA ANTIGUA DE MEXICO

Edición en italiano

5 a) Storia Antica | Del Messico | Cavata Da' Migliori Storici Spagnuoli, | E Da' Manoscritti, E Dalle Pitture Antiche Degl'Indiani: | Divisa in Dieci Libri, | E Corredata di Carte Geografiche, | E di Varie Figure; E | Dissertazioni | Sulla Terra, sugli animali, e sugli abitatori del Messico. | Opera | Dell' Abate | D. Francesco Saverio | Clavigero. | (Viñeta) |
In Cesena MDCCLXXX. | (Línea de adorno). | Per Gregorio Biasini All' Insegna di Pallade | Con Licenza de'Superiori.
4 vols. en 4.° mayor:

Los tres primeros están impresos en 1780 y el cuarto volumen en 1781. Al fin del volumen tercero se inserta un **Indice General de las cosas notables contenidas en la Historia Antigua de México**, que no se ha reproducido en las ediciones castellanas.

Mientras no se publique el texto original de esta Historia, que escribió en español Clavijero antes de traducirla al italiano, la mejor edición será ésta, por ser obra de su autor, por haberla impreso bajo su cuidado, y por contener la lección íntegra, correcta, sin las modificaciones que le han hecho los traductores y editores posteriores.

Ediciones Castellanas.

5 b)—Historia Antigua | de | Megico: | Sacada De | Los Mejores Historiadores Españoles, Y De Los Manuscritos, | Y de | Las Pinturas Antiguas de los Indios; | Dividida en Diez Libros: | Adornada con Mapas y Estampas, | E ilustrada con | Disertaciones sobre la Tierra, los Animales, y los Habitantes | de Mégico, | Escrita por | D. Francisco Saverio Clavigero; | Y traducida del Italiano | Por José Joaquín de Mora. | Londres: | Lo publica R. Ackermann, Strand, | Y en su Establecimiento en Mégico: | Asímismo | En Colombia, En Buenos Aires, Chile, Perú y Guatemala. | 1826.
2 vols. 4.°

Primera traducción castellana que se dió a la imprenta, y en la que el Editor, no omitió gasto ni esmero para satisfacer dignamente los deseos de sus amigos. En las estampas, no sólo se empleó un buril más fino que el de la edición italiana, sino que se corrigieron muchos errores.

La traducción es bastante fiel y elegante, aunque no exenta de faltas imperdonables en un autor tan distinguido como Mora, que dejó nada menos que en la portada, nombres sin traducir como **Saverio** en vez de **Xavier**; y por que falta la paciencia, al leer los nombres indígenas tan bárbaramente escritos por seguir a la Academia, aunque puede decirse en su abono, que él mismo confesó "haber luchado con grandes dificultades, y no sabe si habrá tenido la dicha de vencerlas."

Discúlpelo también el amor con que demuestra su admiración a la obra y al asunto.

"Por lo que hace al asunto en sí mismo, y a la obra—dice—sería inútil cuanto podría decirse acerca de su importancia, y del interés que debe excitar en toda clase de lectores. Todo es grande, nuevo y admirable en el cuadro de aquella nación, que en conciencia no deberían llamar bárbara los que no pudieron ofrecerle como modelos, la suavidad de sus costumbres, ni la generosidad de sus miras."

---

5 c)—Historia Antigua | de | México y de su Conquista, | Sacada de los mejores historiadores españoles, y de los manuscritos y pinturas de los indios | Dividida en diez libros: Adornada con Mapas y Estampas, | E ilustrada con Disertaciones | Sobre la Tierra, los Animales y los Habitantes de México | Escrita | Por D. Francisco J. Clavigero, | Y traducida del Italiano | por J. Joaquín de Mora. | México: | Imprenta de Lara, calle de la Palma, núm. 4. | 1844.

2 vols. 4.° mayor.

Primera edición mexicana, aunque de traductor extranjero. El editor Lara hizo algunas modificaciones a la impresión londinense de 1826. Colocó la **Noticia de los escritores de la Historia Antigua de México** al fin del volumen segundo, cuando en la original italiana y en la de Londres que reproduce, figura al principio de la obra, lo mismo que la **Advertencia** sobre medidas de longitud, que de nada sirve aquí al lector después de haber leído toda la obra.

En cambio, modificó la pésima ortografía seguida por Mora en muchos nombres mexicanos, pues en el afán de ajustarse el traductor servilmente a la Real Academia Española, sin investigar cuáles voces se habían castellanizado y cuáles no, escribió **Jochimilco** por **Xochimilco**, **Ijtliljóchitl** por **Ixtlilxóchitl** y así otras muchas por este tenor.

En esta primera edición mexicana se publicó el retrato de Clavijero y algunas otras estampas y mapas que no se contienen ni en la impresión italiana de Cesena, ni en la de Londres. Esta edición es la que ha servido como original a la **Dirección General de las Bellas Artes** para hacer la presente reimpresión, que ha estado bajo el exclusivo cuidado del **Departamento Editorial**, tanto en la elección de **formato**, tipos, papel, etc., como en la corrección de pruebas y en las variaciones ortográficas que ha introducido.

---

5 d)—Historia Antigua de Méjico, | sacada de los | Mejores Historiadores Españoles, | Y de Manuscritos | Y Pinturas Antiguas de los In-

dios. | Dividida en diez libros. Adornada de Cartas Geográficas y Litografías; con Disertaciones | sobre | la Tierra, Animales y Habitantes de Méjico. | Obra escrita en italiano | Por el abate don Francisco Javier Clavijero. | Traducida | Por el Dr. D. Francisco Pablo Vázquez, | Colegial Antiguo del Eximio de San Pablo de Puebla y Maestre-Escuelas Dignidad | de la Santa Iglesia de dicha Ciudad.

Méjico | Imprenta de Juan R. Navarro, Editor, | Calle de Chiquis Núm. 6. | 1853.

1 vol. 4.° mayor.

Segunda edición mexicana de la obra de Clavijero traducida por mexicano.

"La edición que ofrecemos a nuestros lectores—se dice en el Prólogo del Editor—tiene además otros méritos: presentamos la traducción que de dicha obra hizo el excelentísimo e ilustrísimo señor Vázquez, obispo de la Puebla, cuyo nombre solo, es una garantía para los literatos y para los amantes de la Historia. Este precioso manuscrito, que existía en poder del venerable Cabildo de aquella mitra, y que generosamente nos ha cedido y a quien lo cedió el señor traductor, lo hemos corregido gracias a la eficacia del ilustrísimo señor obispo actual, y a la del señor doctor canónigo, dignidad de la misma Santa Iglesia, don Antonio Haro, a quienes tributamos nuestra gratitud por el noble empeño con que han contribuído a secundar nuestras ideas para la publicación de esta obra tan interesante a los mejicanos.

"Hemos dejado la carátula de la obra de que hablamos con la misma redacción que tiene el original, y por lo que extrañarán nuestros lectores no encontrar en ella los títulos que honraban últimamente al señor traductor, sino aquellos que tenía en el tiempo en que se dedicó a este trabajo y cuya fecha ignoramos porque no consta en el original."

A pesar de las anteriores, precisas y claras manifestaciones del Editor, en una **Biografía** de Clavijero, escrita por el cubano José Miguel Macías (Veracruz, 1883), e incurriendo en el mismo error de don Márcos Arróniz, se niega que el Obispo Vázquez hiciera esta traducción y se le concede sólo el título de anotador; y obcecado el autor por el error, lo prefiere a la verdad estampada en el **Diccionario de Historia y Geografía** por un erudito tan competente como lo fué el señor don José Fernando Ramírez, quien en el artículo respectivo consagrado a Clavijero, dice que se conservaban entonces manuscritas dos traducciones de la **Historia**, una hecha por D. Manuel Troncoso y Buenvecino y **otra** ilustrada con eruditas notas, por el ilustrísimo Sr. don Francisco Pablo Vázquez, Obispo que fué de la Puebla de los Angeles.

Respecto a todo lo que imagina don José Miguel Macías de las notas que aparecen firmadas con la letra C y que atribuye a Vázquez, tanto el Sr. don José María de Agreda, como el Sr. don Francisco del Paso y Troncoso, pudieron averiguar que el autor de ellas fué el notable naturalista poblano don Antonio Cal y Bracho, y lo confirma el hecho de que esas notas, calzadas con la letra mencionada, sólo aparecen en el libro consagrado a la Historia Natural, y no en otros lugares.

Y ya que hemos hecho mención de las traducciones de Buenvecino y

de Vázquez, es oportuno citar aquí otra que no menciona ninguno de los que han escrito la vida de nuestro insigne historiador.

En la **Gaceta Imperial de México,** núm. 49, del 8 de enero de 1822, consta que el R. P. don Miguel Frías, Rector del Nacional y muy Ilustre Colegio de San Francisco de Sales de San Miguel el Grande, hoy **de Allende** en el Estado de Guanajuato, había traducido la **Historia Antigua de México** de Clavijero, e invitaba a una subscripción para imprimirla a razón de $ 3.50 cvs. el tomo, que llevaría de "fino buril todas las estampas que trae el original y en el primer tomo el retrato y compendio de la vida del autor."

La edición debe de haber quedado en proyecto, pues no hemos logrado nunca encontrar una sola página de ella.

---

5 e)—La tercera edición mexicana, es reproducción de la versión hecha por el señor Obispo Vázquez, y fué publicada en el folletín de "El Constitucional".—México 1861-1862.

4 vols. 8.° sin mapas ni ilustraciones.

---

5 f)—La cuarta edición mexicana fué impresa en Jalapa, el año de 1868, por Antonio Ruiz, y contiene la reproducción del texto traducido en Londres por don José Joaquín de Mora.

2 vols. 4.° mayor.

---

5 g)—La quinta edición mexicana, impresa por Dublán en México el año de 1883, como la anterior, es copia de la de Londres.

2 vols. 4.° mayor.

Ediciones Inglesas

5 h)—The | History | of | Mexico, | Collected from | Spanish and Mexicans Historians, | from Manuscripts, and Ancient Paintings of the Indians | Illustrated by | Charts, and other Copper Plates. | To which are added, | Critical Dissertations | on the | Land, | the Animals, and Inhabitants of Mexico | By Abbé D. Francesco Saverio Clavigero. | Translated from the Original Italian, | By Charles Cullen, Esq. | In two Volumes. | Vol. I. (Vol. II). |

London, Printed for G. G. J. and J. Robinson, No. 25, Pater-Noster Row | MDCCLXXXVII.

2 vols. 4.° mayor.

---

5 i)—Reimpresa en Richmond, Virginia, by W. Prichard, 1806.

3 vols. narrow 8.°

5 j)—2.ª edición en London: | printed for J. Johnson, St. Paul's Churchyard, | by Joyce Gold, | Shoe Lane | 1807.
2 vols. 4.° mayor.

---

5 k)—Otra reimpresión en Philadelphia: | Published by Thomas Dobson. at the Stone House, No 41. South Second Street. | 1817.
3 vols. 8 maps.

Edición Alemana

5 l)—Geschichte | von | Mexico | aus | Spanischen und mexicanischen Geschichte | schreiben, Handschriften und Ge- | mälden der Indianer | zusamenrmengetragen | und durch Karten und Kupferstiche erläutert | nebst einigen cristischen Abhandlungen | über die | Beschaffenheit des Landes, der Thiere und Ein | wohner von Mexico Ausdem Italienischen des Abts Franz Xaver Clavigero der Ritter Carl Cullen ins Englische, | und aus diesen mins Deutsche überstzt. |
Leipzig, | im Schwickertschen Verlage. | (1789-1790).
2 vols. 8.° mapas.

Como puede verse por el título que copiamos, la versión alemana es traducción de la inglesa.

Traducciones en francés y en danés

5 m y n)—Aluden a ellas, el autor de los preliminares del texto italiano en **la Storia della California** (1789); el P. Juan Luis Maneiro, en la obra que intituló **De Vitis Aliquot Mexicanorum** (1792), y las dan como impresas, todos los biógrafos de Clavijero.

El Dr. Beristáin, hablando del aprecio con que fué recibida la **Storia Antica del Messico,** dice que los aplausos y elogios que le prodigaron, "prueban tanto su mérito como el haberse traducido y publicado en francés, inglés, alemán; y no sé si también en lengua dinamarquesa,—agrega— pues en 1787 la compró para este efecto en Bolonia un literato de aquella nación, contristado de haber encontrado ya difunto a nuestro autor," cuando había ido con el propósito de conocerle.

No obstante estos testimonios, no hemos podido encontrar ejemplares ni de la versión francesa ni de la dinamarquesa en las bibliotecas públicas y privadas en que las hemos buscado, ni en las numerosas bibliografías y catálogos de libros de venta que hemos registrado. Casi nos atreveríamos a negar que se hubiesen impreso, si no nos asaltara el escrúpulo de que pueden ser hoy rarísimas.

6.—HISTORIA DE LA CALIFORNIA

Edición primera en italiano

6 a)—Storia | della California | Opera postuma | Del Nob. Sig. Abate | D. Francesco Saverio | Clavigero | (Adorno) | In Venezia, | MDCCLXXXIX | (Bigote). Appresso Modesto Fenzo. | Con Licenza de'Superiori, e privilegio.
2 vols. en 8.° y mapa.

Dos años después de la muerte del autor, la publicó su hermano don Ignacio Clavijero, quien le acompañó en su vida religiosa, pues también fué jesuíta, se embarcó con él cuando fueron expatriados, procuró siempre honrarle, le cerró los ojos y le sepultó en Bolonia.

Edición segunda en castellano.

6 h)—Historia | de la | Antigua o Baja California. | Obra Póstuma | Del Padre Francisco Javier Clavijero, | de la Compañía de Jesús. | Traducida del italiano | Por el presbítero don Nicolás García de San Vicente. | (Adorno) | Méjico. | Imprenta de Juan R. Navarro, Editor. | 1852.
1 vol. 4.° mayor.

El título de la edición de Venecia está completamente cambiado. Entre otras cosas que dice el Editor en la especie de Advertencia que coloca al principio, es pertinente copiar las que siguen:

"La fama universal que tan distinguido escritor—don Francisco Javier Clavijero—tiene alcanzada por su **Historia Antigua de México**, nos dispensa de formar el elogio de la que ahora ofrecemos a nuestros suscritores. Las dificultades que halló Clavijero para publicar su grande obra en castellano, las que al fin lo obligaron a renunciar a escribirla en aquella lengua, hicieron sin duda que también escribiese en italiano la **Historia de la California**, y nosotros tenemos la satisfacción de ser los primeros que la presentamos vuelta a su idioma nativo.

"Dos traducciones hemos tenido a la vista para elegir la que había de servir de texto. La una de ellas fué trabajada por el presbítero don Nicolás García de San Vicente, tan conocido entre nosotros por sus diversas obras elementales: débese la otra a don Diego—otros le llaman Manuel—Troncoso y Buenvecino, autor también de una traducción inédita de la **Historia Antigua de México**.

"Después de un detenido examen de ambas, hemos preferido la del padre San Vicente por más exacta en lo general, y de mejor estilo. A pesar de eso, una cuidadosa revisión nos ha hecho descubrir algunos yerros, inevitables en trabajos de esa naturaleza y los hemos hecho desaparecer valiéndonos a veces de interpretaciones más felices del señor Troncoso. Aprovechamos también para insertarlo al fin, un Apéndice que éste añadió a su traducción, en el que refiere brevemente los progresos de la California desde la expulsión de los jesuítas hasta el año de 1796.

"En nota al párrafo IX, del libro II, hemos colocado íntegra la licencia o autorización que el virrey conde de Moctezuma concedió en 1679 a los padres Salvatierra y Kino para la sujeción de la California."

No reprodujo el Editor, en esta publicación, el mapa del original italiano, "porque formado casi de memoria en Europa y después de la muerte del autor no merece confianza." Prometió en cambio dar otro de los modernos, pero no lo cumplió.

Completó Navarro, por otra parte, la obra de Clavijero, agregándole además del pequeño apéndice de Troncoso, la **Relación Histórica del Venerable padre Fray Junípero Serra,"** escrita por su compañero el Padre Fray Francisco Palou, por ser ella, más que la biografía de aquel venerable religioso, la Historia de las primeras tentativas de colonización en la Alta California."

7.—COMPENDIO DE LA HISTORIA DE LA VIRGEN DE GUADALUPE

7 a)—Breve ragguaglio della prodigiosa y rinomata immagine della Madona de Guadalupe del Messico.—Cesena.—1782.—Por Gregorio Biasini. |
1 vol. 8.° con una hermosa lámina.

Aunque apareció anónimo este compendio, en el que se refiere la tradición guadalupana y se hace la descripción de la imagen y del templo, consta que fue escrita por Clavijero, por asegurarlo así el Padre Juan Luis Maneiro en su obra intitulada **De Vitis aliquot mexicanorum.**

8.—Edición singular de la HISTORIA ANTIGUA DE MEXICO

8 a.)—Historia | de la | Conquista de México | Sacada de los mejores historiadores | Por | F. J. C. | Filadelfia | Impresa por Mac-Clure 1846.
1 vol. 4.° mayor con litografías.

Con este título y sin el nombre de nuestro ilustre historiador, en la ciudad y año que figuran como pie de imprenta, un editor yanqui, que seguramente tenía existencias del segundo tomo de la traducción de don José Joaquín de Mora, impresa en México por Lara en 1844, hizo aparecerlo como obra nueva trocando el verdadero título por la portada que hemos copiado; pero basta comparar el papel y tipos de ella con el papel y caracteres de todo el volumen, para darse cuenta de la supercheria de que se valió a fin de engañar a sus compradores, ocultando al verdadero autor de la obra bajo de sus iniciales, pensando así que no se descubriría, por lo menos desde luego su embaucamiento, hijo de la más grosera especulación.

9.—Resumen y compendio de la HISTORIA ANTIGUA DE MEXICO

9 a)—Resumen Histórico | de las principales naciones | que poblaron | el país de Anáhuac, | o virreynato | de | Nueva España. |
1 vol. 4.° común.

Se publicó ilustrado con láminas al agua fuerte, tomadas de la edición italiana de 1780, excepción del mapa, en la imprenta de doña María Fer-

nández de Jáuregui, calle de Santo Domingo, año de 1803, como apéndice del Sermón que predicó en el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe el Dr. don José Ignacio Heredia y Sarmiento.

Al terminar, el autor del sermón, a quien de seguro remordía la conciencia por haber traducido más o menos literalmente párrafos íntegros del texto de la obra, escribió una **Advertencia**, en la que asegura lo siguiente, refiriéndose al **Resumen**: "aunque en varios puntos no concuerda con lo que sobre su contenido han escrito muchos Historiadores de mérito, cuya autoridad veneramos: **está acorde en todo** con lo que del mismo asunto escribió el sabio Ex-Jesuíta veracruzano don Francisco Javier Clavijero. . . ."

¿No hubiera sido más honrado decir que el **Resumen** estaba hecho en vista de la obra de Clavijero y no que **estaba acorde en todo?**

---

9 b)—Compendio | de la | Historia Antigua de México | Por | Felipe Buenrostro | México | Tipografía Literaria | Núm. 5.—Canoa.—Núm. 5. | 1877.

1 vol. 4.° común.

Más censurable es el autor de este **Compendio** que Sarmiento. Buenrostro, en lo que él llama, **Prólogo del Autor**, dice: "Al ponerme a **escribir** un Compendio de la Historia Antigua de México, he creído que prestaba un servicio a la juventud, **recopilando** los pasajes más notables. . . . (!)" La recopilación consistió en compendiar servilmente, sin hacer ninguna investigación propia, ni juicios de su cosecha; pero como Sarmiento, también al terminar la tarea, en el **epílogo** confiesa paladinamente su pecado, cuando escribe: "Por esto mismo **me propuse compendiar la Historia** escrita por Clavijero, que en mi concepto es el que con más cordura e imparcialidad da cuenta de los episodios etc."

¿No hubiera sido más **cuerdo** decir esto en el **Prólogo** o haber titulado el libro, **Compendio de la Historia Antigua de México del Abate Clavijero,** escrito por Felipe Buenrostro?

C.—ESCRITOS DIVERSOS QUE DEJO ANONIMOS, UNOS PUBLICADOS Y OTROS MANUSCRITOS

Los anónimos constan en la **Biblioteca de escritores de la Compañía de Jesús** por Backer. Los manuscritos los menciona Beristáin, pero hay que advertir que los tres últimos no los concluyó el autor, y, quizá, el titulado Colonias Tlaxcaltecas quedó en proyecto, por lo que dice el P. Maneiro.

10.—Certamen poético para la noche de Navidad del año de 1753, presentando al Niño Jesús bajo la alegoría de Pan.

Se conservaba en la ex-biblioteca de la Universidad de México.

11.—Cursus philosophicus diu in Americanis gymnasis desideratus.

12.—Diálogo entre Filateles y Paleófilo contra el argumento de autoridad en la Física.

13.—Plan de una Academia de Ciencias y Bellas letras.

14.—Ensayo de la Historia de N. E.
(Clavijero alude a esta obra en una nota al Libro VI de su **Storia Antica,** y refiriéndose a las cruces, dice: "De todos estos monumentos hablaré en la **Historia Eclesiástica de México.**"—Beristáin cambió por completo el título, pues Maneiro no habla de ningún **Ensayo).**

15.—De los linajes nobles de la Nueva España.

16.—De las colonias de los tlaxcaltecas.

III

ICONOLOGIA

De dos retratos al óleo, que representan a Clavijero, tenemos noticia. El primero se conserva en el Museo Nacional, y lo describe don Jesús Galindo y Villa en estos términos: "Dimensiones, 0m. 94 x 0m. 69. Es obra de pincel italiano hecha en Roma, el año de 1779, según parece, pues está roto el lugar del año y el del nombre del artista. Represéntasele con el traje de la Compañía. En la mano izquierda tiene la figura un papel donde se lee "Retrato del Abate Francisco Javier Clavijero, nació en Veracruz en 1731 y murió en Bolonia a 5 de abril de 1787." Debemos hacer observar que si este retrato se pintó en 1779 no pudo entonces haberse puesto en el papel la fecha de la muerte del distinguido historiador, pues éste murió posteriormente, y no el día 5 de abril, sino el 2, según consta en la partida de defunción que hemos copiado en páginas anteriores. El segundo retrato existía aún a mediados del siglo pasado en el extinguido Colegio de San Gregorio; y al decir de los que lo vieron, y conocieron sin duda a Clavijero: "la fisonomía expresaba bien las facciones, pero en obsequio de la verdad, carecía de algunos rasgos que daban a aquél un carácter muy notable de dignidad y nobleza." Aunque parecen dos retratos distintos, el del Museo y el del Colegio de San Gregorio, es muy posible que sean uno mismo y que el segundo haya pasado al Museo al extinguirse el Colegio.

Reproducciones más o menos modificadas en el parecido del rostro, en la postura y en las dimensiones, se encuentran en varias de las ediciones de la **Historia Antigua de México**, en algunas obras biográficas y en periódicos. En el **Museo Mexicano** de 1843, tomo III, pág. 498, apareció una litografía, y otra, en la **Historia de la Conquista de México** por Prescott, edición de Cumplido, año de 1844, tomo I, pág. 35. Copias de grabado en madera y de fotograbado, se publicaron en la obra **México a través de los Siglos**, tomo I, págs. LVI y CXXV de la primera y segunda edición, respectivamente. Todos estos retratos parecen reproducción del óleo que se conservaba en San Gregorio y representan a Clavijero de medio cuerpo. Variantes de ellos, de medio busto y en litografía aparecieron al frente de la **Historia Antigua**, editada por Lara en 1844 y en la pág. 33, tomo I, de la **Conquista** de Prescott, impresa por Vicente García Torres el mismo

año. Otra variante en litografía de H. Iriarte, dibujo de S. Hernández, quizá copia del óleo que existe en el Museo Nacional, se publicó en la obra **Hombres Ilustres Mexicanos**, México, 1874, tomo III, pág. 59. Tales son los originales que han servido para reproducir el retrato de Clavijero en muchas obras del país y extranjeras que sería prolijo enumerar.

OBRAS DE CONSULTA

Castro Agustín: **Elogio del P. Francisco Javier Clavijero. jesuíta americano. Ferrara. 1787.**—Maneiro Juan Luis: **De vitis aliquot mexicanorum. Cesena. 1792.**—Beristáin de Souza Dr. don José Mariano: **Biblioteca Hispano Americana Septentrional.** México. 1816.—Veytia Mariano: **Historia Antigua de México. México. 1836.** (Noticia biográfica del autor por F. Ortega, págs. XXVIII a XXXII).—Almazán Pascual: **Ensayo literario. Puebla. 1838.** pág. 33—**Diccionario de Historia y Geografía. México. 1853.** (Artículo **Clavijero,** firmado —*—* y que el Sr. Orozco y Berra dice fué escrito por don José Fernando Ramírez).—Arróniz Marcos: **Manual de Biografía Mexicana. París. 1857—Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. México. 1862.** 1.ª época, tomo IX, pág. 261. (Artículo intitulado: **Noticias relativas al ilustre jesuíta mexicano don Francisco Javier Clavijero.**—Zelis Rafael: **Catálogo de los sujetos de la Compañía de Jesús que formaban la Provincia de México el día del arresto, 25 de junio de 1767. México. 1871.—Hombres Ilustres Mexicanos. México 1874, don Francisco Javier Clavijero,** por Agustín R. González, tomo III, pág. 59.—José Miguel Macías: **Biografía del egregio historiador, naturalista y poligloto, D. Francisco Javier Clavijero. Veracruz. 1883.**—Sosa Francisco: **Mexicanos distinguidos. México. 1884.**—Peña y Reyes Antonio de la: **Estudios biográficos y bibliográficos, don Francisco Javier Clavijero.—Un recuerdo a Clavijero** (Artículos publicados en el **Liceo Mexicano,** tomo II, núm. 1, pág. 4 (1886) y el mismo tomo, núm. 12, pág. 89. (1887).—García Cubas Antonio: **Francisco Javier Clavijero** (Almanaque de "El Tiempo". **México.** 1887, págs. 86 a 90, con un retrato).—Backer: **Bibliothéque des ecrivains de la Compagnie de Jesus.** Nouvelle edition **par Charles Sommervogel. Bruxelles. 1890.**

NOTICIA DE LOS ESCRITORES DE LA HISTORIA ANTIGUA DE MEXICO

SIGLO XVI

Hernán Cortés. Las cuatro larguísimas cartas escritas por este famoso conquistador a su soberano, Carlos V, que contienen la relación de la Conquista y muchos datos preciosos sobre México y sobre los mexicanos, se han publicado en español, en latín, en italiano y en otros idiomas. (*)

(*) El Sr. García Icazbalceta publicó en el año de 1855, en lujosa y cuidada edición, la 5ª carta de Hernán Cortés, hasta entonces inédita, y la reimprimió en el año de 1865.

La nota bibliográfica de ambas ediciones es la siguiente:

CARTA ‖ de ‖ Hernán Cortés ‖ Primera edición ‖ de 60 ejemplares ‖ impresa con caracteres del siglo XVI ‖ Publicada según el manuscrito original ‖ por Joaquín García Icazbalceta ‖ Imprenta particular del editor ‖ 1ª calle del Factor núm. 3. ‖ 1855—16º ((**Con priuilegio.** ‖ El Escudo de España ‖ ¶**Carta** ‖ q̄. el muy ilustre señor don Hernando Cortés ‖ **marqués q̄. luego fué del Ualle=escribió a la** ‖ S. C. C. M. ‖ dl. Emperador dādole quēta. ‖ **de lo que cuenia p' ueer ē aquellas ptes. ed** ‖ algunas cossas ē ellas acaescidas ‖ ((**Fecha ē la grā cibdad d. Temestitā** ‖ México de la nueva España. a. ‖ **xv. dias del mes de Octubre de** ‖ M. d. XXIV. Años ‖ *⁎* ‖ ((**Agora por pmera.** vez imp̄ssa por su original ‖ Año de M. dccc. lv. ‖ —. Vuelta frente: **S. C. C. M.** (gótica) Texto hasta el folio **xiv.**— Colofón, el mismo de la segunda edición, que se cita en seguida, con solo la variante: **qual, ix dias de otubre de M dccc. lv.**

CARTA ‖ de Hernán Cortés ‖ Edición de 70 ejemplares ‖ impresa en caractēres góticos del siglo XVI ‖ publicada ‖ por Joaquín García Icazbalceta ‖ (Viñeta) ‖ México ‖ En la Imprenta particular del Editor ‖ calle de Manrique N. 5 ‖ 1865.—2ª edición.

Un vol. en 12º primorosamente impreso en papel cartoncillo. En la portada gótica, a negro y rojo, se lee: ((Con privilegio ‖ (El escudo de armas de Carlos V) ‖ ¶ Esta es vna carta que el muy ilustre señor don Hernando Cortés ‖ marqués que luego fué dl Ualle ‖ escriuio a la ‖ q' c' uenia p' ueer ē aquellas ptes: e de algunas cossas en ellas acaescidas. ((Fecha ē la ‖ gran cibdad de Temistitan México d' la nueua España á XV dias del ‖ mes de otubre d' M. d. xxiv ‖ Años ‖ ((Agora nueuamente impssa por su original.

A la vuelta. AL LECTOR ‖ El año de 1855 imprimí, en letra gótica ‖ sesenta ejemplares de esta carta de Cortés ‖ inédita hasta entonces y cuyo original poseo. ‖ Posteriormente la incluí en el tomo primero de la ‖ Colección de documentos para la Historia de Mé- ‖ xico, que publiqué en 1859; y ahora por ha- ‖ berse acabado los primeros, se imprimen ‖ de nuevo sesenta ejemplares, tam- ‖ bien en letra gótica y numera- ‖ dos, de los que sólo diez se ‖ pondrán en venta ‖ *⁎* ‖ —En la siguiente página empieza la carta con el correspondiente encabezado **S. C. C. M.** donde comienza también el folio hasta el **xiv.**

Al pie de la carta dice (letra gótica):

((A honrra e gloria de nuestro señor Jesu Xp̄o: ‖ aquí se acaba la p̄sente carta: la cual fue impressa en la gran cibdad de Teme- ‖ stitā México: ē casa de Joaquín ‖ García Icazbalceta. Acabo- ‖ se á xxv. dias dl mes d' ‖ agosto del año de ‖ M. dccc. lxv. ‖ Años ‖

A la vuelta, en el colofón, la viñeta con el mote **Otium sine litteris mors est.** ‖ ¶ EN MÉXICO. ‖ ¶ En la imprenta particular de Joaquín García Icaz- ‖ balceta, y a su costa. Año de 1865. (Letra gótica.

La primera se imprimió en Sevilla en 1522. Todas están bien escritas y en ellas se descubre modestia y sinceridad en la narración, pues ni exagera sus propios hechos, ni obscurece los ajenos. Si hubiera osado Cortés engañar a su rey, sus enemigos, que tantas quejas presentaron a la corte contra él, no hubieran dejado de echarle en cara aquel delito.

Bernal Díaz del Castillo, soldado conquistador. La **Historia verdadera de la conquista de la Nueva España** escrita por este militar se publicó en Madrid el año de 1632, en un tomo en folio. A pesar del desorden de las narraciones y de los descuidos del estilo, esta obra es muy estimada por la sencillez y sinceridad que en toda ella lucen. El autor fue testigo ocular de casi todo cuanto refiere; pero quizás no supo explicar muchas cosas por su ignorancia, y quizás también echó en olvido otras, por haber escrito muchos años después de la Conquista.

Alfonso de Mata y **Alfonso de Ojeda**, conquistadores y autores de comentarios sobre la conquista de México, de que se valieron Herrera y Torquemada. Los de Ojeda son más extendidos y estimados. Trató mucho a los indios y aprendió su idioma, por haber tenido a su cargo las tropas auxiliares de los españoles.

El Conquistador Anónimo. Así llamo al autor de una breve, pero curiosa y estimable relación, que se halla en la colección de Ramusio, con el título de **Relación de un gentilhombre de Hernán Cortés.** No he podido adivinar quién fuese este gentilhombre; porque ningún autor antiguo lo menciona; pero sea quien fuere, es sincero, exacto y curioso. Sin hacer caso de los sucesos de la Conquista, cuenta lo que observó en México acerca de los templos, casas, sepulcros, armas, trajes, comidas, etc. de los mexicanos. Si su obra no fuera tan sucinta, ninguna otra le sería comparable en lo que respecta a las antigüedades mexicanas.

Francisco López de Gomara. La **Historia** de este docto español, escrita con los datos que tuvo de boca de los conquistadores, y los que sacó de las obras de los primeros religiosos que se emplearon en la conversión de los mexicanos, se imprimió en Zaragoza en 1554, y es sensata y curiosa. Fue el primero que habló de las fiestas, ritos, leyes y cómputo del tiempo de los mexicanos; pero cometió errores que dependen de la inexactitud de los datos que recogió. La traducción de esta obra en italiano, impresa en Venecia en 1593, está tan llena de equivocaciones, que no puede leerse sin fastidio. (1)

Toribio de Benavente, ilustre franciscano español y uno de los doce primeros predicadores que anunciaron el Evangelio a los mexicanos. Es conocido vulgarmente, por su evangélica pobreza, con el nombre mexicano **Motolinia.** Escribió en medio de sus tareas apostólicas la **Historia de los indios de Nueva España**, dividida en tres partes. En la primera expone los ritos de su antigua religión; en la segunda, su conversión a la fe de Cristo y su vida en el cristianismo, y en la tercera, razona sobre su carácter, sus artes y sus usos. De esta Historia, que forma un grueso tomo en

---

(1) En la colección de los primeros historiadores de América hecha por el Sr. Barcia, y publicada en Madrid en 1749, se halla la historia de Gomara; pero faltan muchas expresiones de este autor acerca del carácter del conquistador Cortés.

folio, hay algunas copias en España. También escribió una obra sobre el calendario mexicano, cuyo original se conservaba en México, y otras no menos útiles a los españoles que a los indios.

Andrés de Olmos, franciscano español de santa memoria. Este infatigable predicador aprendió las lenguas mexicana, totonaca y huazteca, y de cada una escribió una gramática y un diccionario. Además de otras obras trabajadas por él en favor de los españoles y de los indios, escribió en castellano un tratado sobre las antigüedades mexicanas, y en mexicano las exhortaciones que hacían los antiguos habitantes de aquel país a sus hijos, de que doy un ensayo en el libro VII de esta **Historia.**

Bernardino Sahagún, laborioso franciscano español. Habiendo estado más de sesenta años empleado en la instrucción de los indios, supo con la mayor perfección su lengua y su historia. Además de otras muchas obras compuestas por él, tanto en mexicano como en español, escribió, en doce gruesos volúmenes en folio, un Diccionario universal de la lengua mexicana, que contenía todo lo relativo a la geografía, a la religión y a la historia política y natural de México. Esta obra de inmensa erudición y trabajo, fue enviada al cronista real de América, residente en Madrid, por el marqués de Villa Manrique, virrey de México, y no dudo que aún se conservará en alguna librería de España. Escribió también la **Historia general de la Nueva España**, en cuatro tomos, que se conservan manuscritos en la librería del convento de franciscanos de Tolosa de Navarra, según afirma Juan de San Antonio, en su **Biblioteca Franciscana.**

Alfonso Zurita, jurisconsulto español y juez de México. Después de haber hecho, por orden de Felipe II, diligentes investigaciones sobre el gobierno político de los mexicanos, escribió en español una **Compendiosa relación de los señores que había en México y de su diversidad; de las leyes, usos y costumbres de los mexicanos; de los tributos que pagaban, etc.** El original M. S. en folio, se conservaba en la librería del Colegio de San Pedro y San Pablo de jesuítas de México. De esta obra, que está bien escrita, he sacado una gran parte de lo que escribo sobre el mismo asunto.

Juan de Tobar, nobilísimo jesuíta mexicano. Escribió sobre la historia antigua de los reyes de México, de Acolhuacan y de Tlacopan, después de haber hecho grandes investigaciones por orden del virrey de México, D. Martín Enríquez. De estos M. SS. se sirvió principalmente el P. Acosta, en lo que escribió sobre las antigüedades mexicanas, como él mismo asegura.

José de Acosta, ilustre jesuíta español, muy conocido por sus escritos en el mundo literario. Este grande hombre, después de haber vivido muchos años en ambas Américas, e informádose de hombres inteligentes en las costumbres de aquellas naciones, escribió en español la **Historia natural y moral de las Indias**, que se imprimió por primera vez en Sevilla en 1589, se reimprimió en Barcelona en 1591, y después fue traducida en muchas lenguas de Europa. Esta obra está sensatamente escrita, sobre todo en lo relativo a las observaciones físicas sobre el clima de América; pero es sucinta, defectuosa en muchos artículos y contiene algunos errores acerca de la historia antigua.

Fernando Pimentel Ixtlilxochitl, hijo de **Coanacotzin**, último rey de Acolhuacan, y **Antonio de Tobar Cano Motezuma Ixtlilxochitl**, descendiente de las dos casas reales de México y de Acolhuacan. Estos dos señores escribieron, a petición del conde Benavente y del virrey de México D. Luis de Velasco, algunas cartas sobre la genealogía de los reyes de Acolhuacan y sobre otros puntos de la historia antigua de aquel reino, que se conservaban en dicho colegio de jesuítas.

Antonio Pimentel Ixtlilxochitl, hijo del Sr. D. Fernando Pimentel. Escribió las **Memorias históricas del reino de Acolhuacan**, de que se sirvió Torquemada, y de ellas se ha tomado el cómputo que cito en el libro IV sobre el gasto anual que se hacía en el palacio del famoso rey Nezahualcoyotl, de quien el autor descendía.

Tadeo de Niza, noble indio tlaxcalteca. Escribió en mexicano unos **Comentarios históricos** que contenían la narración de todos los sucesos de los mexicanos desde el año 1243 de la Era vulgar, hasta el 1589.

Pedro Ponce, noble indio, párroco de Tzompahuacan. Escribió en castellano una **Relación de los dioses y de los ritos del gentilismo mexicano.**

Los señores de Colhuacan, escribieron los **Anales** de aquel reino. Una copia de esta obra se halla en la ya mencionada librería de jesuítas.

Cristóbal de Castillo, mestizo mexicano. Escribió la historia del viaje de los aztecas o mexicanos, al país de Anáhuac, cuyo M. S. se conservaba en la librería de jesuítas de Tepozotlán.

Diego Muñoz Camargo, noble mestizo tlaxcalteca. Escribió en español la **Historia de la República y de la ciudad de Tlaxcala**. De esta obra se sirvió Torquemada, y hay muchas copias de ella tanto en España como en América.

Fernando de Alba Ixtlilxochitl, tezcocano, descendiente por línea recta de los reyes de Acolhuacan. Este noble indio, versadísimo en las antigüedades de su nación, escribió, a petición del virrey de México, muchas obras eruditas y apreciables, a saber: I. La **Historia de la Nueva España**. II. La **Historia de los Señores Chichimecas**. III. Un **Compendio histórico del reino de Tezcoco**. IV. Unas **Memorias históricas de los toltecas y de otras naciones de Anáhuac**. Todas estas obras, escritas en castellano, se conservan en la librería de los jesuítas de México, y de ellas he sacado muchos materiales para mi Historia. El autor fue tan cauto en escribir, que para alejar la menor sospecha de ficción, hizo constar legalmente la conformidad de sus narraciones con las pinturas históricas que había heredado de sus ilustres antepasados.

Juan Bautista Pomar, tezcocano o cholulteca, descendiente de un bastardo de la casa real de Tezcoco. Escribió memorias históricas de aquel reino, de que se sirvió Torquemada.

Domingo de San Antón Muñoz Chimalpain, noble indio de México. Escribió en mexicano cuatro obras muy apreciadas por los inteligentes: I. Una **Crónica Mexicana**, en que se contienen todos los sucesos de aquella nación desde el año 1068 hasta el 1597 de la Era vulgar. II. La **Historia de la conquista de México por los españoles**. III. **Relaciones originales de los reinos de Acolhuacan, México y otras provincias**. IV. **Comentarios históricos**, que comprenden desde el año de 1064 hasta el 1521. Estas obras, que he

deseado mucho poseer, están en la librería de los jesuítas de México. Boturini tuvo copias de ellas, como de todos los escritos de los indios que he citado. La **Crónica** se hallaba también en la librería del colegio de San Gregorio de México.

Fernando de Alvarado Tezozomoc, indio mexicano. Escribió en español una **Crónica Mexicana**, hacia el año de 1598, que se conservaba en la misma librería de jesuítas.

Bartolomé de Las Casas, famoso dominicano español, primer obispo de Chiapas, y sumamente benemérito de los indios. Los terribles escritos presentados por este venerable prelado a Carlos V y a Felipe II, en favor de los indios y contra los españoles, impresos en Sevilla, y por odio a la España, traducidos a porfía en todas las lenguas de Europa, contienen algunos puntos de la historia antigua de México; pero tan desfigurados y alterados, que es imposible apoyarse en el testimonio del autor, aunque tan apreciable por otros títulos. El fuego del celo que lo consumió, exhaló humo mezclado con la luz, esto es, lo falso mezclado entre lo verdadero: (1) no por deseo de engañar a su rey ni al público, porque sospechar en él una intención torcida, sería injuriar su virtud reconocida y reverenciada aun por sus enemigos, sino porque no habiendo estado presente a lo que cuenta de México, se fió demasiado de las relaciones de otros, como he hecho ver en mi **Historia.** Mucho más útiles serían dos grandes obras escritas por el mismo prelado, y que hasta ahora no han visto la luz pública, a saber: I. Una **Historia apologética del clima y de la tierra de los países de América, con pormenores sobre los usos y costumbres de los americanos sometidos al dominio de los Reyes católicos.** Este manuscrito, compuesto de 830 pliegos en folio, se conservaba en la librería de los dominicos de Valladolid, donde lo leyó Remesal, como él mismo dice en su **Crónica de los Dominicos de Guatemala y Chiapa.** II. Una **Historia general de América,** en tres tomos en folio. Una copia de esta obra se hallaba en la librería del conde de Villaumbrosa, en Madrid, donde la vió Pinelo, como afirma en su **Biblioteca Occidental.** También vió dos tomos de la misma en el célebre archivo de Simancas, que ha sido sepulcro de muchos preciosos M. SS. sobre América. Otros dos tomos se hallaban en Amsterdam, en la librería de Jacobo Kricio.

Agustín Dávila y Padilla, noble e ingenioso dominicano de México, predicador de Felipe III, cronista real de América y arzobispo de la isla de Santo Domingo. Además de la **Crónica de los Dominicos de México,** publicada en Madrid en 1596 y de la **Historia de la Nueva España y de la Florida,** publicada en Valladolid en 1632, escribió la **Historia Antigua de los mexicanos,** sirviéndose de los materiales recogidos por Fernando Durán, dominicano de Tezcoco; pero esta obra no se halla.

El Dr. **Cervantes,** dean de la Iglesia Metropolitana de México. El cronista Herrera alaba las **Memorias Históricas** de México, escritas por este literato; pero nada más sabemos.

---

(1) El erudito León Pinelo aplica a Las Casas lo que el cardenal Baronio dice de San Epifanio: **Caeterum condonandum illi, si (quod aliis sanctissimis atque erudissimis viris saepe accidisse reperitur) dum ardentiore studio in hostes invehitur, vehementiore impetu in contrariam partem actus, lineam videatur aliquantulum veritatis esse transgressus.**

Antonio de Saavedra Guzmán, noble mexicano. En su navegación a España compuso en veinte cantos, la **Historia de la Conquista de México** y la publicó en Madrid con el título español del **Peregrino Indiano**, en 1599. Esta obra debe contarse entre las históricas, pues sólo tiene de poesía el verso.

Pedro Gutiérrez de Santa Clara. De los M. SS. de este autor se sirvió Betancourt para su **Historia de México**; pero nada sabemos del título, ni de la naturaleza de la obra, ni de la patria del autor, aunque sospecho que sea indio.

SIGLO XVII

Antonio de Herrera, cronista real de las Indias. Este sincero y juicioso autor escribió, en cuatro tomos en folio, ocho **Décadas de la Historia de América**, empezando desde el año de 1492, y una Descripción geográfica de las colonias españolas en aquel Nuevo Mundo. Esta obra se imprimió por primera vez en Madrid, a principios del siglo pasado; se reimprimió en 1730 y después fue traducida en muchas lenguas de Europa. Aunque el principal intento del autor fuese contar los hechos de los españoles, no por esto descuidó la historia antigua de los americanos; mas por lo que respecta a México, copia la mayor parte de los datos de Acosta y Gomara. Su método, como el de la mayor parte de los analistas, no agrada generalmente a los aficionados a la historia, pues a cada paso se halla interrumpida la narración con la de otros sucesos diferentes.

Enrico Martínez, autor extranjero, aunque de apellido español. Después de haber viajado por la mayor parte de Europa, y vivido muchos años en México, donde fue utilísimo por su gran pericia en las matemáticas, escribió la **Historia de la Nueva España**, que se imprimió en México en 1606. En la historia antigua sigue las trazas de Acosta; pero contiene observaciones astronómicas y físicas importantes para la geografía y para la historia natural de aquellos países.

Gregorio García, dominicano español. Su famoso tratado sobre el origen de los americanos, publicado en Valencia en 1607, y después aumentado y reimpreso en Madrid en 1729, es una obra de inmensa erudición, pero casi enteramente inútil, pues poco o nada sirve para averiguar la verdad. Los fundamentos de su opinión sobre el origen de los americanos, son por lo común, débiles conjeturas sobre la semejanza de algunos usos, y voces que muchas veces altera.

Juan de Torquemada, franciscano español. La Historia de México, escrita por él, con el título de **Monarquía Indiana**, publicada en Madrid por los años de 1614, en tres grandes tomos en folio, y después reimpresa en 1724, es, con respecto a las antigüedades mexicanas, la más completa de las publicadas hasta ahora. El autor vivió en México desde su juventud hasta su muerte; supo muy bien la lengua mexicana; trató más de cincuenta años con aquellos habitantes; empleó veinte en escribir su obra y reunió un gran número de pinturas antiguas y de excelentes M. SS. Mas a pesar de tantas ventajas y de su aplicación y diligencia, muchas veces se manifiesta falto de memoria, de crítica y de gusto, y en su Historia

se descubren grandes contradicciones, especialmente en la parte cronológica, narraciones pueriles y una gran abundancia de erudición superflua; de modo que se necesita una buena dosis de paciencia para leerla. Sin embargo, como hay en ella muchas cosas preciosas, que en vano se buscarían en otros autores, me ha sido necesario hacer con ella lo que Virgilio hizo con las obras de Ennio, esto es, buscar las perlas entre el estiércol.

Arias Villalobos, español. Su **Historia de México** que comprende desde la fundación de la Capital, hasta el año de 1623, escrita en verso e impresa allí aquel mismo año, es obra de poco mérito.

Cristóbal Chávez Castillejo, español. Escribió hacia el año de 1632, un tomo en folio sobre el origen de los indios y sobre sus primeras colonias en Anáhuac.

Carlos de Sigüenza y Góngora, célebre mexicano, profesor de matemáticas en la Universidad de México. Este grande hombre es uno de los que más han ilustrado la historia de aquellos países, pues hizo a sus expensas una grande y escogida colección de M. SS. y pinturas antiguas, y empleó la mayor diligencia y constancia en explicarlas. Además de muchas obras matemáticas, críticas, históricas y poéticas, compuestas por este americano, algunas de las cuales han visto la luz pública en México y fueron impresas desde el año de 1680 hasta el de 1693, escribió en español: I. La **Ciclografía mexicana**, obra de gran trabajo, en la cual, por el cálculo de los eclipses y de los cometas señalados en las pinturas mexicanas, ajustó sus épocas a las nuestras, y sirviéndose de buenos documentos, expuso el método que ellos tenían de contar los siglos, los años y los meses. II. **Historia del Imperio de los Chichimecas**, en la cual exponía lo que había hallado en los M. SS. y en las pinturas, acerca de las primeras colonias que pasaron del Asia a la América y sobre los sucesos de las naciones más antiguas establecidas en Anáhuac. III. Una larga y muy erudita disertación sobre la promulgación del Evangelio en Anáhuac, que atribuye al apóstol Santo Tomás, apoyándose en las tradiciones de los indios, en las cruces halladas y veneradas en México y en otros monumentos. IV. La **Genealogía de los reyes mexicanos**, en la cual refería la serie de ellos desde el siglo VII de la Era cristiana. V. Unas anotaciones críticas sobre las obras de Torquemada y de Bernal Díaz. Todos estos preciosos escritos, que hubieran sido de gran utilidad para mi **Historia**, se perdieron por descuido de los herederos de aquel docto escritor, y sólo quedan algunos fragmentos conservados en las obras de otros autores contemporáneos, como Gemelli, Betancourt y Florencia.

Agustín de Betancourt, franciscano, de México. Su Historia antigua y moderna de México, publicada en aquella capital en 1698, en un tomo en folio, con el título de **Teatro Mexicano**, no es más, por lo que respecta a la historia antigua, que un compendio de la de Torquemada, escrita muy de prisa y con poca corrección.

Antonio Solís, cronista real de América. La **Historia de la conquista de Nueva España**, escrita por este cultísimo e ingenioso español, parece más bien un panegírico que una historia. Su lenguaje es puro y elegante; pero el estilo afectado, las sentencias alambicadas y las arengas sacadas de su imaginación. Como no buscaba lo verdadero, sino lo bello, contradice

muchas veces a los autores más dignos de fe, y aun al mismo Cortés, cuyo panegírico escribe. En los tres últimos libros de mi **Historia**, advierto algunos errores de este célebre escritor.

SIGLO XVIII

Pedro Fernández del Pulgar, docto español, sucesor de Solís en el empleo de cronista. **La Verdadera Historia de la conquista de Nueva España** que compuso, se halla citada en el prefacio de la nueva edición de Herrera, pero no la he visto. Probablemente emprendería su trabajo para enmendar los errores de su antecesor.

Lorenzo Boturini Benaducci, milanés. Este curioso y erudito extranjero pasó a México en 1736, y deseoso de escribir la historia de aquel país, hizo, en los ocho años de su permanencia en él, las más diligentes observaciones acerca de sus antigüedades; aprendió medianamente la lengua mexicana; trabó amistad con los indios para comprarles sus pinturas y adquirió copias de muchos documentos preciosos que estaban en las librerías de los conventos. El museo que formó de pinturas y M. SS. antiguos, fue copiosísimo y selecto, el mejor quizás que ha existido después del de Sigüenza; mas antes de poner mano a la obra, fue despojado, por la desconfianza de aquel gobierno, de todas sus preciosidades literarias y enviado a España, donde, justificado completamente de toda sospecha contra su honor y fidelidad, pero sin poder obtener lo que se le había quitado, publicó en Madrid en 1746, en un tomo en cuarto, un ensayo de la gran historia que meditaba. En él se hallan noticias importantes no publicadas hasta entonces; pero también hay errores. El sistema de historia que había formado era demasiado magnífico y fantástico.

Además de estos y otros escritores españoles e indios, hay algunos anónimos cuyas obras son dignas de mención por la importancia de su asunto, tales son: I. Ciertos anales de la nación tolteca pintados en papel y escritos en lengua mexicana, en los cuales se da cuenta del viaje y de las guerras de los toltecas, de sus reyes, de la fundación de Tollan, su metrópoli, y de todos sus sucesos hasta el año 1547 de la Era vulgar. II. Ciertos comentarios históricos en mexicano sobre los sucesos de la nación azteca o mexicana, desde el año 1066 hasta el 1316, y otros, también en mexicano, desde 1367 hasta 1509. III. Una Historia mexicana en la misma lengua, que llegaba hasta 1406, en la cual se trataba de la llegada de los mexicanos a la ciudad de Tollan en 1196, según digo en mi **Historia**. Todos estos M. SS. estaban en el precioso museo de Boturini.

No hago mención de los que escribieron sobre las antigüedades de Michuacan, Yucatan, Guatemala y el Nuevo México, porque estos países no pertenecieron al Imperio mexicano, cuya historia escribo. Hago mención de algunos autores de historias antiguas del reino de Acolhuacan y de la República de Tlaxcala, porque sus sucesos están más ligados con los de los mexicanos.

Si quisiera afectar erudición, pondría aquí un catálogo bastante largo de los franceses, ingleses, holandeses, italianos, flamencos y alemanes, que han escrito directa o indirectamente sobre la historia antigua de aquel

imperio; pero habiendo yo leído muchas de sus obras para auxilio de la mía, ninguna he hallado que pudiera serme de la menor utilidad, sino las de Gemelli y Boturini, que por haber estado en México y por haber adquirido de los mexicanos, pinturas y documentos acerca de su antigüedad, han contribuído en cierto modo a ilustrarla. Todos los otros o han copiado lo que habían escrito los autores españoles, o han desfigurado los hechos para hacer más odiosos a los conquistadores, como lo han hecho Mr. de Paw en sus **Investigaciones Filosóficas sobre los americanos**, y Mr. de Marmontel en sus **Incas**.

Entre los historiadores extranjeros, ninguno es más célebre que el inglés Tomás Gage, que veo citado por muchos como oráculo, aunque no hay ninguno que mienta con más descaro. Otros se empeñan en propagar fábulas, movidos por alguna pasión, como el odio, el amor o la vanidad; pero Gage miente sólo por mentir. ¿Qué interés pudo inducirlo a decir que los capuchinos tenían un hermoso convento en Tacubaya; que en Xalapa se erigió en su tiempo un obispado con renta de 10,000 pesos; que de Xalapa pasó a la Rinconada y de allí a Tepeaca en un día, que en esta ciudad hay gran abundancia de **anona** y de **chicozapote**; que esta fruta tiene un hueso mayor que una pera; que el desierto de los carmelitas está al N. E. de la Capital; que los españoles quemaron la ciudad de Tinguez en la Quivira y que después la reedificaron y habitaron; que los jesuítas tenían allí un colegio y otras mil mentiras groseras que se ven en cada página y que excitan risa y enojo en los lectores que conocen aquellos países?

Los más famosos y estimados de los escritores modernos sobre las cosas de América, son Raynal y Robertson. El primero, además de sus grandes equivocaciones sobre el estado presente de México, duda de todo cuanto se dice acerca de su fundación y de su historia antigua. "Nada es lícito afirmar, dice, sino que el Imperio mexicano estaba regido por Moteuczoma cuando llegaron allí los españoles." Esto se llama hablar con franqueza y como un filósofo del siglo XVIII. ¡Conque nada es lícito afirmar! ¿Y por qué no dudaremos también de la existencia de Moteuczoma? Si es lícito afirmar esto, porque consta por el testimonio de los españoles que vieron a aquel monarca, ellos mismos testifican otras muchísimas cosas relativas a la historia de México, que también vieron y que ha confirmado después el testimonio de los indios. Es lícito, pues, afirmar estas cosas, como la existencia de Moteuczoma, o también se debe dudar de ésta. Y si hay motivos para poner en duda la historia antigua de México, lo mismo debe decirse de la de todas las naciones del mundo, pues no es fácil hallar otra en que los sucesos se apoyen en la autoridad de mayor número de historiadores, ni sabemos que en algún otro pueblo se haya promulgado una ley tan rigorosa contra los historiadores embusteros, como la de los acolhuas que cito en el libro VII de mi **Historia**.

El Dr. Robertson, aunque más moderado que Raynal en la desconfianza de la historia y mejor provisto con libros y M. SS. españoles, cae en muchos errores y contradicciones, por haberse querido internar más en el conocimiento de América y de los americanos. Para quitarnos toda esperanza de tener una mediana noticia de las instituciones y de los usos de los mexicanos, exagera la ignorancia de los conquistadores y los estragos

hechos en los monumentos históricos de aquella nación por la superstición de los primeros misioneros. "Por causa, dice, de este celo excesivo de los frailes, se perdió **totalmente** la noticia de los hechos antiguos, consignados en aquellos rudos monumentos y no quedó **traza** alguna del gobierno del Imperio y de sus antiguas revoluciones, sino la que provenía de la tradición o de algunos fragmentos de las pinturas antiguas que escaparon de las bárbaras investigaciones de Zumárraga. La experiencia de todos los pueblos demuestra que la memoria de las cosas pasadas no puede ser largo tiempo conservada, ni fielmente transmitida por la simple tradición: las pinturas mexicanas que se supone haber servido de anales a su Imperio, son pocas y de ambiguo significado, así, en medio de la incertidumbre de la una y de la obscuridad de las otras, estamos obligados a tomar lo poco que dan de sí los mezquinos materiales que se hallan esparcidos en los escritores españoles." Pero en todo esto se engaña el autor. I. No son tan mezquinos los materiales que se hallan en los escritores españoles, que no se pueda formar con ellos una buena, si no completa historia de los mexicanos, como consta a todo el que los consulta con imparcialidad; basta saber escoger y separar el grano de la paja. II. No es necesario valerse de los materiales esparcidos en los escritos de los españoles, habiendo tantas memorias e historias escritas por los mismos indios, de que no tuvo noticia Robertson. III. No son pocas las pinturas históricas que se preservaron de las indagaciones de los primeros misioneros, sino con respecto al increíble número de ellas que antes había, como se ve en mi **Historia**, en la de Torquemada y en otros muchos escritores. IV. Tampoco son estas pinturas de ambiguo significado si no es para Robertson y para todos los que no entienden los caracteres y las figuras de los mexicanos, ni conocen el método que tenían de representar las cosas, como son de ambiguo significado nuestros escritos para los que no saben leer. Cuando los misioneros hicieron el lamentable incendio de las pinturas, vivían muchos historiadores acolhuas, mexicanos, tepanecas, tlaxcaltecas, etc. los cuales se aplicaron a reparar aquella pérdida, como en parte lo obtuvieron, o haciendo nuevas pinturas, o sirviéndose de nuevos caracteres que habían aprendido o instruyendo verbalmente a los mismos predicadores acerca de sus antigüedades a fin de que pudiesen conservar aquellas noticias en sus escritos, como lo hicieron Motolinia, Olmos y Sahagún. Es, pues, absolutamente falso que se **perdiese de un todo la noticia de los hechos antiguos**. También es falso **que no quedaron trazas de las revoluciones y del gobierno del Imperio, sino las que había conservado la tradición.** En mi **Historia**, y aun más, en mis **Disertaciones**, manifiesto muchos errores de los que se hallan en la obra de aquel escritor y en las de otros extranjeros. De estos desbarros podrían formarse volúmenes.

No satisfechos algunos autores con sus desaciertos escritos, han corrompido también la historia de México con falsas imágenes y mentiras, grabadas en cobre, como las del famoso Teodoro Bry. En la obra de Gage, en la **Historia de los viajes** de Prevost y en otras, se representa un hermoso camino, hecho sobre el lago, para ir de México a Tezcoco, lo cual es ciertamente un enorme despropósito. En la gran obra intitulada **La Galerie**

agréable du monde, se representan los embajadores enviados a la corte de México, montados en elefantes. Esto es mentir en grande.

PINTURAS

No es mi intento dar aquí el catálogo de todas las pinturas mexicanas que se salvaron del incendio de los primeros misioneros, ni de las que después hicieron los historiadores indios del siglo XVI y de que se valieron los escritores españoles, pues esta enumeración sería no menos inútil que fastidiosa al público. Sólo trato de dar una indicación de algunas colecciones cuya noticia puede ser útil a los que quieran escribir la historia de aquellos países.

I. La **Colección de Mendoza.** Así se llama la colección de 63 pinturas, mandada hacer por el primer virrey de México D. Antonio de Mendoza, a las que también mandó hacer sus respectivas explicaciones en lengua mexicana y española, para enviarlas al emperador Carlos V. El buque en que iban fue apresado por un corsario francés y llevado a Francia. Las pinturas fueron a parar a manos de Thevenot, geógrafo del rey, a cuyos herederos las compró por una gran suma, Hakuit, capellán del embajador inglés en aquella corte. Pasaron a Inglaterra y la explicación fue traducida por Locke (diferente del famoso metafísico del mismo nombre), por orden de Walter Raleigh, y finalmente, publicada a ruegos del erudito Enrique Spelman, por Samuel Purchas, en el tomo III de su colección. En 1692 se publicaron en París, con la interpretación francesa de Melquisedec Thevenot, en el tomo II de su obra intitulada **Relation de Divers Voyages Curieux.** Las pinturas eran 63, como ya he dicho; las 12 primeras contenían la fundación de México y los años y las conquistas de los reyes mexicanos; las 36 siguientes representaban las ciudades tributarias de aquella corona, la cantidad y calidad de sus tributos, y las 5 últimas, incluían algunos pormenores sobre la educación y el gobierno de los mexicanos. Pero debe advertirse que la edición de Thevenot es defectuosa. En las copias de las pinturas XI y XII se ven cambiadas las figuras de los años, pues las figuras pertenecientes al reinado de Moteuczoma II se ponen en el de Ahuitzotl, y viceversa; faltan enteramente las pinturas XXI y XXII, y las de la mayor parte de las ciudades tributarias. El P. Kirker publicó una copia de la primera pintura, sacándola de la obra de Purchas, en su **OEdipus AEgyptiacus.** Yo he estudiado diligentemente esta **Colección** y me ha sido útil para la Historia.

II. La **Colección del Vaticano.** El P. Acosta hace mención de ciertos anales mexicanos, pintados, que en su tiempo estaban en la Biblioteca del Vaticano. No dudo que existan todavía, en vista de la suma y loable curiosidad de los italianos en conservar los monumentos antiguos, mas no he tenido tiempo de ir a Roma para examinarlos y estudiarlos.

III. La **Colección de Viena.** En la librería Imperial de aquella corte se conservan ocho pinturas mexicanas. "Por una nota, dice Robertson, que se halla en este código mexicano, se echa de ver que fue un regalo hecho por Manuel, rey de Portugal, al papa Clemente VII. Después de haber pasado por manos de muchos ilustres propietarios, cayó en las del cardenal

de Sajonia, Eisenach, que lo regaló al emperador Leopoldo." El mismo emperador da en su Historia de América la copia de una de aquellas pinturas, en cuya primera parte se representaba un rey que hace la guerra a una ciudad, después de haberle enviado una embajada. Descúbrense varias figuras de templos y otras de años y días; mas por lo demás, siendo una copia sin color y careciendo las figuras humanas de aquellas señales que en otras pinturas mexicanas dan a conocer las personas, es imposible acertar en su significado. Si Robertson hubiese publicado las otras siete copias que le fueron enviadas de Viena, quizás podrían entenderse todas.

IV. La **Colección de Sigüenza.** Este doctísimo mexicano, como aficionado al estudio de las antigüedades de su patria, reunió un gran número de pinturas escogidas, parte compradas a subido precio, y parte que le dejó en su testamento el noble indio D. Juan de Alba Ixtlilxochitl, que las había heredado de sus progenitores, los reyes de Tezcoco. Las imágenes del siglo mexicano y del viaje de los aztecas y los retratos de los reyes mexicanos que publicó Gemelli en su VI tomo de su **Vuelta al Mundo**, son copias de las pinturas de Sigüenza, que vivía en México cuando llegó allí Gemelli. (1) La figura del siglo y del año mexicano es, en substancia, la misma que más de un siglo antes había publicado en Italia Valadés en su **Retórica Cristiana.** Sigüenza, después de haberse servido de aquellas pinturas para sus eruditas obras, las legó por su muerte al colegio de San Pedro y San Pablo de jesuítas de México, juntamente con su escogidísima librería y sus excelentes instrumentos de matemáticas; allí ví y estudié el año de 1759 algunos volúmenes de aquellas pinturas, que contenían las penas prescritas por las leyes mexicanas contra ciertos delitos.

V. La **Colección de Boturini.** Esta preciosa colección de antigüedades mexicanas, secuestrada por el suspicaz gobierno de México, a su laborioso y erudito dueño, se conserva en gran parte en el archivo del virrey. Yo ví algunas de aquellas pinturas que contenían varios hechos de la Conquista y algunos hermosos retratos de los reyes mexicanos. En 1770 se publicaron en México, con las **Cartas de Hernán Cortés,** la figura del año mexicano y 32 copias de otras tantas pinturas de tributos que pagaban muchas ciudades de México a la corona; tomado todo del museo de Boturini. Las de los tributos son las mismas de la **Colección** de Mendoza, publicadas por Purchas y Thevenot. Las de México están mejor grabadas y tienen las figuras de

---

(1) Robertson dice que la copia del viaje de los aztecas, fue dada a Gemelli por D. Cristóbal Guadalajara, en lo que contradice al mismo Gemelli, que se reconoce deudor a Sigüenza de todas las antigüedades que nos da en su relación. De Guadalajara sólo se recibió el mapa hidrográfico del lago de México. Robertson añade "Pero como ahora parece una opinión generalmente recibida, que Gemelli no salió jamás de Italia y que su famosa **Vuelta al Mundo** es la narración de un viaje imaginario, no he querido hacer uso de aquellas pinturas." Si no viviéramos en un siglo en que se adoptan las ideas más extravagantes, me causaría maravilla que semejante opinión hubiera tenido partidarios. En efecto, ¿quién podría imaginarse que sin estar en México pudiera dar aquel autor una relación tan menuda de los más pequeños sucesos de aquel tiempo, de las personas que allí vivían a la sazón, de sus cualidades y empleos, de todos los monasterios de México y otras ciudades, del número de sus individuos y aun del de los altares de las iglesias y otras menudencias nunca publicadas antes? Para hacer justicia al mérito de aquel italiano, protesto no haber hallado jamás un viajero más exacto en lo que vió por sí mismo, aunque no lo es tanto en lo que recogió de otros.

las ciudades tributarias que faltan en las otras; pero faltan también seis copias de las relativas a tributos y hay, además, muchos despropósitos en la interpretación de las figuras, ocasionadas por la ignorancia de la antigüedad y del idioma. Conviene hacer esta advertencia a fin de evitar que los que vean aquella obra impresa en México bajo un nombre respetable, se fíen de estas exterioridades y adopten los errores que contiene.



ADVERTENCIA

Cuando hago mención de toesas, pies y pulgadas, sin decir más, me refiero a las medidas de París, que por ser más generalmente conocidas, están menos expuestas a equivocaciones. La toesa de París tiene 6 pies de rey; cada pie, 12 pulgadas, y cada pulgada, 12 líneas. La línea se considera compuesta de 10 partes o puntos, para poder expresar más fácilmente la proporción de este pie con otros. El pie toledano, que es por antonomasia el español, es la tercera parte de una vara castellana y es al pie de rey, como 1,240 á 1,440, es decir, de las 1,440 partes en que se considera dividido el pie de rey, el toledano tiene 1,240, de modo que 7 pies toledanos hacen 6 pies de rey, o una toesa de París.

En el mapa geográfico del Imperio mexicano me he limitado a indicar las provincias y algunos pocos pueblos, omitiendo una gran cantidad de ellos y no pocas ciudades importantes, por ser sus nombres demasiado largos. Las dos islillas que se ven en el Golfo mexicano, distan apenas milla y media de la costa; pero el grabador quiso figurarlas más lejos. Una de ellas es la que los españoles llaman San Juan de Ulúa. (1)

---

(1) La edición italiana, aunque hecha a vista de Clavijero, está llena de errores y descuidos. Me parece oportuno notar las siguientes, que inevitablemente se han copiado en la traducción. Hablando del viaje de los toltecas en el libro primero, se dice que empezó el año 1 Tecpatl, 596 de la Era vulgar: debe decir 544. Allí mismo se dice que la monarquía tolteca empezó el año VIII Acatl: debe decir el **año VII Acatl.** Hablando del calendario mexicano se dice que los últimos años del siglo empezaban a 14 de febrero: debe decir a 13. En toda la obra se ha conservado el uso de las millas que emplea el autor: tres de las cuales forman, poco más o menos, una legua española.—**Nota del traductor.**

Nota.—Para mejor comprensión de los lectores, hemos creído conveniente poner aquí la equivalencia de las medidas antiguas con las medidas actualmente en uso: la toesa es igual a 1m.949; el pie equivale aproximadamente a 33 centímetros, y el pie de Castilla o toledano, a poco más de 278 y medio milímetros. La legua terrestre, de 25 al grado, es igual a 15,000 pies, o 1,225 metros.



A LA UNIVERSIDAD DE ESTUDIOS DE MEXICO

Ilustrísimos Señores:

UNA Historia de México escrita por un mexicano, que no busca protector que lo defienda, sino guía que lo dirija, y maestro que lo ilumine, debe consagrarse al cuerpo literario más respetable del Nuevo Mundo, como al que, más instruído que ningún otro en la historia mexicana, parece el más capaz de juzgar el mérito de la obra, y descubrir los defectos que en ella se encuentren.

Yo me avergonzaría de presentaros una obra tan defectuosa, si no estuviera seguro que vuestra prudencia y vuestra benignidad no son inferiores a vuestra eminente doctrina. Sabeis cuán arduo es el argumento de mi obra, y cuán difícil desempeñarlo con acierto, especialmente para un hombre agobiado de tribulaciones, que se ha puesto a escribir a más de siete mil millas de su patria, privado de muchos documentos necesarios, y aun de los datos que podían suministrarle las cartas de sus compatriotas. Cuando conozcais pues, al leer la obra, que ésta más que una historia, es un ensayo, una tentativa, un esfuerzo aunque atrevido, de un ciudadano, que a despecho de sus calamidades ha querido ser útil a su patria; lejos de censurar sus errores, compadecereis al autor, y agradecereis el servicio que ha hecho, abriendo un camino, cubierto por desgracia nuestra, de dificultades y estorbos.

De otro modo ¿quién osaría comparecer con tan humilde don ante un cuerpo tan recomendable, que habiendo sido desde su orígen consumado y perfecto, ha continuado aumentando su per-

fección? (1) ¿Quién no se arredrará, lleno de un santo respeto, al ver en vuestras aulas las imágenes de aquellos hombres ilustres, honra de la Nueva y de la antigua España, y al oir los nombres inmortales de Vera-Cruz, Hortigosa, Naranjo, Cervantes, Salcedo, Sariñana, Siles, Sigüenza, Bermúdez, Eguiara, Miranda, Portillo, etc., que bastarían a eternizar las más famosas academias de la docta Europa? (2) Bastarían a desanimar al autor los nombres de vuestros doctores actuales, y entre otros el del clarísimo canciller y jefe de vuestra Universidad, a quien, además del ilustre nacimiento, el sublime ingenio, la suma erudición en las letras humanas y sagradas, y una sólida piedad han ensalzado a los más distinguidos puestos literarios, y lo hacen dignísimo de la púrpura sagrada.

Pero dejando aparte los encomios que os son debidos, pues parecerían lisonjas a los que ignoran vuestro superior mérito, quiero ahora quejarme amigablemente con los individuos de ese cuerpo, del descuido de nuestros antepasados con respecto a la Historia de nuestra patria. Cierto es que hubo hombres dignísimos que se fatigaron en ilustrar la antigüedad mexicana, y nos dejaron de ella preciosos escritos. También es cierto que hubo en esa Universidad un profesor de antigüedades, encargado de explicar los caracteres y figuras de las pinturas mexicanas, por ser tan importante para decidir en los tribunales los pleitos

---

(1) La Universidad de México fue erigida por orden del Emperador Carlos V, y con autorización del papa Julio III en 1553, con todas las prerrogativas y privilegios de la Salamanca. Fueron excelentes los primeros lectores, como escogidos entre los literatos de España, cuando florecían allí las ciencias. Uno de ellos, el P. Alfonso de la Vera-Cruz, agustiniano, publicó en México y en España muchas obras filosóficas y teológicas, que merecieron el aprecio de los doctos. Otro, el Dr. Cervantes, publicó en México algunos excelentes diálogos latinos. Los rápidos progresos de aquella insigne Universidad se echaron de ver en el III Concilio Mexicano, celebrado el año de 1585, el cual, según los inteligentes, es uno de los más doctos entre los concilios nacionales y provinciales. Hay en el día ventitrés lectores ordinarios de retórica, filosofía, teología, jurisprudencia canónica y civil, medicina, matemáticas y lenguas.

(2) De los hombres grandes de la Universidad mexicana hacen honrosa mención Cristóbal Bernardo de la Plaza, en su Crónica de la misma Universidad, que comprende desde el año de 1553 hasta el de 1683; el Dr. Eguiara en la Biblioteca mexicana, y en el prefacio de su teología; Pinelo en su Biblioteca Occidental, y otros muchos autores europeos y americanos.

sobre la propiedad de las tierras, y sobre la nobleza de algunas familias indias; más de esto mismo nacen mis quejas. ¿Por qué no se ha conservado aquella cátedra? ¿Por qué se han dejado perder aquellos escritos tan apreciables, y sobre todo los del doctísimo Sigüenza? Por falta de profesor de antigüedades no hay quien entienda en el dia las pinturas mexicanas, y por la pérdida de los escritos, la Historia de México ha llegado á ser difícil, si no de imposible ejecución. Pues no es dable reparar aquella pérdida, a lo menos consérvese lo que queda. Yo espero que vosotros, que sois en esos países los custodios de las ciencias, trataréis de preservar los restos de la antigüedad de nuestra patria, formando en el magnífico edificio de vuestras reuniones, un museo no menos útil que curioso, en que se recojan las estatuas antiguas que existan o se vayan descubriendo en las excavaciones, las armas, los trabajos de mosaico y otras preciosidades semejantes; las pinturas mexicanas, esparcidas en diversos puntos, y sobre todo los manuscritos, tanto de los primeros misioneros y de otros antiguos españoles, cuanto de los mismos indios, que existen en las librerías de algunos monasterios, de donde podían sacarse copias, antes que los devore la polilla, o por alguna otra desgracia se pierdan. Lo que hizo pocos años hace un curioso y erudito extranjero (1), nos da a conocer lo que podían hacer nuestros compatriotas, cuando a la diligencia y a la industria uniesen la prudencia que se necesita para sacar aquellos monumentos de manos de los indios.

Dignaos entretanto aceptar este trabajo, como una muestra de mi sincerísimo amor a la patria, y de la suma veneración con que soy de VV. SS. Ilustrísimas

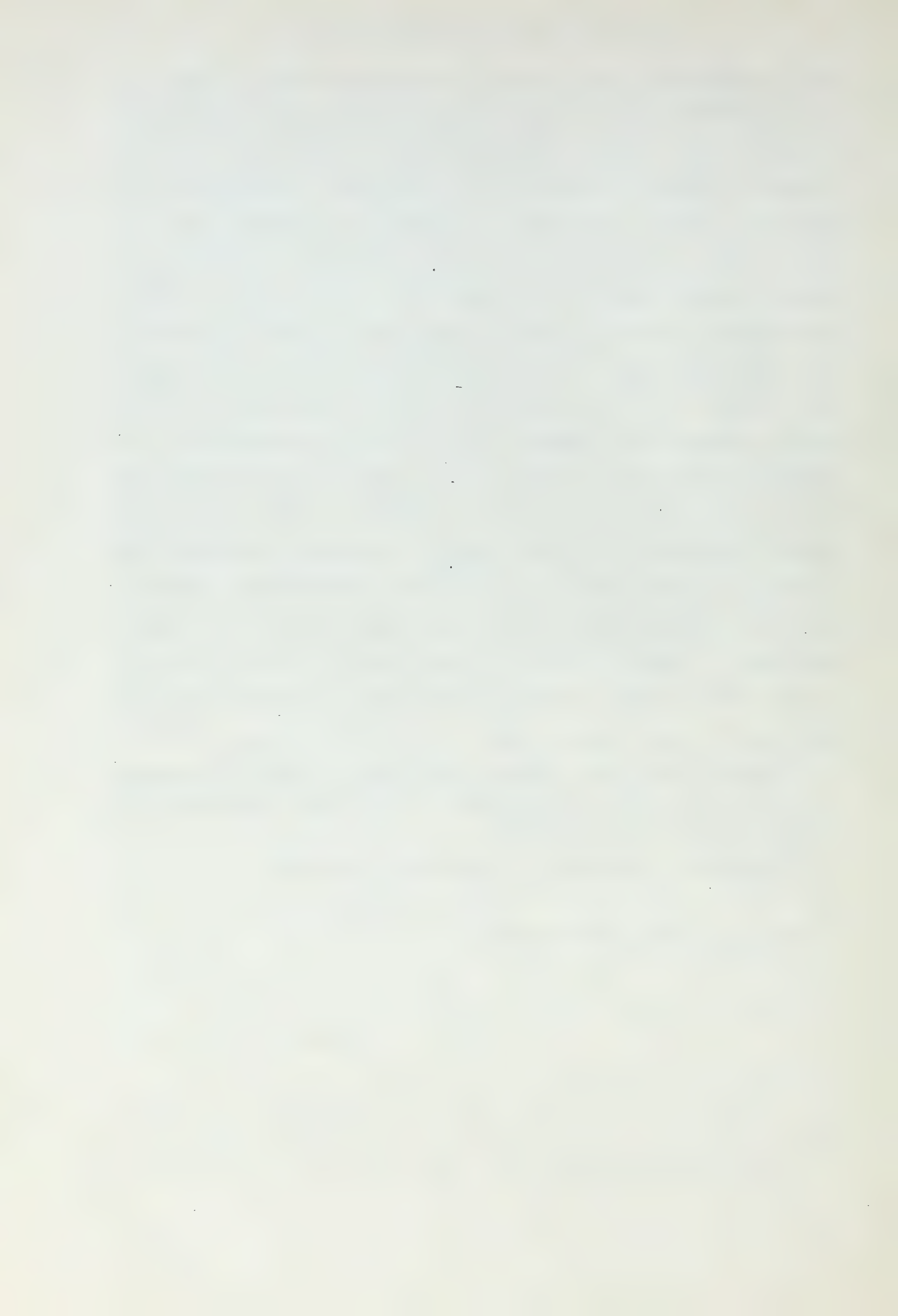
Afectuoso compatriota y humildísimo servidor

Francisco Javier Clavijero.

Bolonia, 13 de Junio de 1780.

---

(1) El caballero Boturini.



PREFACIO

LA Historia de México que he emprendido para evitar una ociosidad enojosa y culpable, a que me hallaba condenado; para servir a mi patria en cuanto mis fuerzas lo alcanzasen, y para reponer en su esplendor a la verdad ofuscada por una turba increíble de escritores modernos sobre América, me ha ocasionado tantas dificultades y fatigas como gastos. Porque dejando aparte los grandes dispendios que he hecho para proporcionarme los libros necesarios de Cádiz, Madrid, y otras ciudades de Europa, he leído y examinado diligentemente casi todo lo que se ha publicado hasta ahora sobre el asunto; he estudiado gran número de pinturas históricas mexicanas; he confrontado las relaciones de los escritores, y he pesado en la balanza de la crítica su autoridad; me he valido de los manuscritos que ya había leído durante mi mansión en México, y he consultado muchos hombres prácticos de aquellos países. A estas diligencias podría añadir para acreditar mi celo los treinta y seis años que he permanecido en muchas provincias de aquellas vastas regiones; el estudio que he hecho de la lengua mexicana, y el trato que he tenido con los mismos mexicanos cuya historia escribo. No me lisonjeo sin embargo, de haber hecho una obra perfecta; pues además de hallarme destituído de las dotes de ingenio, juicio y elocuencia, que se requieren en un buen historiador, la pérdida lamentable de la mayor parte de las pinturas, que tantas veces he deplorado, y la falta de tantos manuscritos preciosos que se conservan en muchas bibliotecas de México, son obstáculos insuperables para el que se dedique a semejante trabajo, sobre todo lejos de aquellos países. Sin embargo yo espero que será bien acogido mi ensayo, no ya por la elegancia del estilo, por la

belleza de las descripciones, por la gravedad de las sentencias, ni por la grandeza de los hechos referidos; sino por la diligencia de las investigaciones, por la sinceridad de la narración, por la naturalidad del estilo, y por el servicio que hago a los literatos deseosos de conocer las antigüedades mexicanas, presentándoles reunido en esta obra, lo más precioso que se halla esparcido en las de diversos autores, y muchas cosas que ellos no han publicado.

Habiéndome propuesto la utilidad de mis compatriotas por fin principal de mi trabajo, escribí desde luego mi Historia en español: inducido después por algunos literatos italianos, que se mostraban deseosos de leerla en su propio idioma, tomé el nuevo y laborioso empeño de hacer la traducción; así que si algunos sujetos tuvieron la bondad de creerme digno de elogio, ahora tendrán la de compadecerme.

Inducido también por algunos amigos, escribí el ensayo de historia natural de México, que se lee en el libro primero, aunque yo no lo creía necesario, y quizás habrá muchas personas que lo juzguen importuno; mas para no alejarme de mi propósito, traté de referir a la historia antigua todo lo que digo sobre las producciones de la naturaleza, indicando el uso que de ellas hacían los antiguos mexicanos. Por el contrario, los aficionados al estudio de la naturaleza, dirán que este ensayo es demasiado breve y superficial, y no se engañarán en ello; mas para satisfacer su curiosidad sería necesario escribir una obra harto diversa de la que yo he emprendido. Yo al cabo me hubiera ahorrado gran fatiga, a no haber querido complacer a aquellos amigos, porque para lo poco que he dicho sobre la historia natural, he debido consultar las obras de Plinio, de Dioscorides, de Laet, de Hernández, de Ulloa, de Buffon, de Bomare, y de otros naturalistas; no bastándome lo que yo mismo había visto, ni lo que he sabido por informes de hombres inteligentes, y prácticos en aquellos países.

En nada he tenido más empeño que en mantenerme en los límites de la verdad, y quizás mi Historia sería mejor recibida por muchos, si la diligencia que he empleado en averiguar lo verdadero, hubiera sido aplicada a hermosear mi narración con un estilo brillante y seductor, con reflexiones filosóficas y políticas, y con hechos creados por mi imaginación, como veo que hacen muchos escritores de nuestro ponderado siglo; pero ene-

migo declarado de todo engaño, mentira y afectación, siempre he creído que la verdad nunca es más hermosa que cuando se presenta en su primitiva desnudez. Al referir los sucesos de la conquista de los españoles, me he alejado igualmente del panegírico de Solís, y de los invectivas de Las Casas; pues ni quiero adular, ni calumniar á mis compatricios. (1) Cuento los hechos con la certeza o verosimilitud con que los encuentro; si no puedo averiguar lo cierto, por la diversidad de opiniones de los escritores, como me sucede con respecto a la muerte de Moteuczoma, expongo sinceramente sus diversos sentimientos, sin omitir las conjeturas que dicta la sana razón. En fin, siempre he tenido a la vista aquellas dos santas leyes de la historia, a saber: no atreverse a decir lo falso, ni tener miedo a decir lo verdadero; y creo que no las he infringido.

Habrá sin duda lectores delicados que no puedan soportar la dureza de los nombres mexicanos sembrados en el curso de mi Historia; pero este es un mal que no hubiera podido evitar sin exponerme a incurrir en otro defecto más intolerable, y harto común en casi todos los europeos que han escrito sobre América: a saber, el de alterar de tal modo los nombres para suavizarlos, que no es posible conocerlos. ¿Quién será capaz de adivinar que Solís habla de **Quauhnauac** cuando dice **Quatablaca,** de **Huexotlipan,** cuando dice **Gualipar,** y de **Cuitlalpitoc,** cuando dice **Pilpatoe?** Por esto me ha parecido más seguro imitar el ejemplo de muchos escritores modernos, que cuando citan en sus obras los nombres de personas, pueblos, ríos, etc., de otra nación de Europa, los escriben del mismo modo que los nacionales los usan; y sin embargo nombres hay en las lenguas ilírica y alemana, mucho más duros a los oídos de los habitantes del mediodía, por el mayor concurso de consonantes fuertes, que todas las voces mexicanas que yo he citado.

Por lo que hace a la geografía de Anáhuac, he puesto todo mi empeño en adoptar la mayor exactitud posible, valiéndome de la noticia que yo mismo tomé de aquellas regiones en los muchos viajes que por ellas hice, y de los datos y escritos ajenos;

---

(1) No quiero decir que Solís sea un adulador; ni Las Casas un calumniador, sino que en mi pluma sería calumnia o adulación lo que aquellos autores escribieron, el uno por el deseo de engrandecer a su héroe, y el otro por celo en favor de los indios.

mas con todo no la he logrado completamente, pues en despecho de mis activas diligencias no he podido haber a las manos las escasas observaciones astronómicas hechas en los sitios mismos. Por lo tanto, la posición y la distancia que indico, tanto en el cuerpo de la obra, como en el mapa geográfico, no deben creerse tan exactas como la ciencia lo exige; sino como un cálculo hecho por un viajero diestro, que juzga por lo que ven sus ojos. He tenido en mis manos innumerables mapas geográficos de México, tanto antiguos como modernos, y me hubiera sido fácil copiar uno de ellos, con algunas leves alteraciones, para arreglarlo a la geografía antigua: pero entre todos no he hallado uno sólo que no esté lleno de errores, tanto con respecto a la latitud, y longitud de los pueblos, como por lo que hace a la división de las provincias, el curso de los ríos, y la dirección de las costas. Para conocer el caso que merecen los mapas publicados hasta ahora, basta notar la diferencia que ofrecen en la longitud de la capital, aunque debiera ser más conocida que las de todas las otras ciudades de México. Esta diferencia no es de menos de grados, pues según unos está a los 264° según el meridiano de la isla de Hierro; según otros a los 265, a los 266, y así hasta los 278, y quizás más aún.

No menos por adorno de mi obra, que para facilitar la inteligencia de muchas cosas que en ella se describen he hecho grabar hasta veinte estampas. (1) Los caracteres mexicanos, y las figuras de ciudades, reyes, armaduras, trajes, y escudos; las del siglo año y mes, y la del diluvio, se han tomado de varias pinturas mexicanas. La del templo mayor se ha hecho por la del conquistador anónimo, corrigiendo sus medidas, y añadiendo lo demás según la descripción de los autores antiguos. El dibujo del otro templo es copia del que publicó Valadés en su Retórica Cristiana. Las figuras de flores y animales son, por la mayor parte, copia de las de Hernández. El retrato de Moteuczoma es el que publicó Gemelli, y sacó del original que tenía Sigüenza. Todas las otras figuras se han trazado según lo que yo he visto, y lo que cuentan los historiadores antiguos.

Además me ha parecido conveniente dar una breve noticia de los escritores de la historia antigua de México, tanto para

---

(1) A esta edición se han añadido cinco estampas, más de las que el autor mandó grabar en Bolonia.

hacer ver los fundamentos de mi trabajo, cuanto para honrar la memoria de algunos ilustres americanos, cuyos escritos son desconocidos en Europa. Servirá también para indicar las fuentes de la historia mexicana, a los que quieran perfeccionar este mi imperfecto trabajo.



HISTORIA ANTIGUA DE MEXICO

LIBRO PRIMERO

DESCRIPCION DEL PAIS DE ANAHUAC, O BREVE RELACION DE LA TIERRA, DEL CLIMA, DE LOS MONTES, DE LOS RIOS, DE LOS LAGOS, DE LOS MINERALES, DE LAS PLANTAS, DE LOS ANIMALES Y DE LOS HOMBRES DEL ANTIGUO REINO DE MEXICO

EL nombre de Anáhuac, que se dió en los principios sólo al valle de México, por haber sido fundadas sus principales ciudades en las islas y en las márgenes de los dos lagos, extendido después a una significación más amplia, abrazó casi todo el gran país, que en los siglos posteriores se llamó Nueva-España. (1)

DIVISION DEL PAIS DE ANAHUAC

Aquella vastísima extensión estaba entonces dividida en los reinos de México, de Acolhuacan, de Tlacopan y de Michuacan; en los repúblicas de Tlaxcallan, de Chalollan y de Huexotzingo y en algunos otros estados particulares.

El reino de Michuacan, que era el más occidental de todos, confinaba por levante y mediodía con los dominios de los mexicanos; por el norte, con el país de los chichimecas y otras naciones bárbaras, y hacia el occidente, con el lago de Chapallan y con algunos estados independientes. La capital, Tzintzuntzan, llama-

(1) **Anáhuac** quiere decir **cerca del agua**, y este es probablemente el origen del nombre de Anahuatlaca o Nahuatlaca, con el cual eran conocidas las naciones que ocuparon las orillas del lago de México.

da por los mexicanos Huitzitzilla, estaba situada a la orilla oriental del hermoso lago de Pátzcuaro. Había además otras ciudades importantes, como las de Tiripitio, Zacapu y Tarécuato. Todo aquel país era ameno, rico y bien poblado.

El reino de Tlacopan, situado entre los de México y Michuacan, era de tan poca extensión, que, fuera de la capital del mismo nombre, sólo comprendía algunas ciudades de la nación Tepaneca, y las villas de los masahuas, esparcidas en los montes occidentales del valle mexicano. La capital estaba en la orilla occidental del lago Tezcocano, a cuatro millas al poniente del de México. (1)

El reino de Acolhuacan, el más antiguo, y en otros tiempos el más vasto de todos los estados que ocupaban aquellos países, se redujo después a límites más estrechos, a efecto de las conquistas que hicieron los mexicanos. Confinaba por el oriente con la república de Tlaxcallan; por el mediodía, con la provincia de Chalco, perteneciente al reino de México; por el norte, con el país de los huaztecas, y por el poniente terminaba en el lago Tezcocano. Limitábanlo en otros puntos, diferentes estados mexicanos. Su longitud de norte a mediodía era de poco más de doscientas millas; su mayor anchura no excedía de sesenta: mas este pequeño recinto comprendía grandes ciudades y pueblos numerosos. La capital, llamad Tezcoco, situada en la orilla oriental del lago del mismo nombre, a quince millas al oriente de la ciudad de México, fue justamente célebre, no menos por su antigüedad y grandeza, que por la cultura y suavidad de costumbres de sus habitantes. Las tres ciudades de Huexotla, Coatlichan y Atenco, estaban tan próximas a la capital, que podían considerarse como otros tantos arrabales de ella. La de Otompan era de mucha extensión e importancia, como también las de Acolman y Tepepolco.

La célebre república de Tlaxcallan o Tlaxcala, confinaba por occidente con el reino de Acolhuacan; por el mediodía con las repúblicas de Chalollan y de Huexotcingo, y con el estado de Tepeyacac, perteneciente a la corona de México; por el Norte con el estado de Zacatlán, y por el oriente con otros pueblos de-

---

(1) Los españoles, alterando los nombres mexicanos, o más bien, adaptándolos a su idioma, dicen Tacuba, Oculma, Otumba, Guexutla, Tepeaca, Guatemala, Churubusco, en lugar de Tlacopan, Acolman, Otompan, Huexotla, Tepeyacac, Quauhtemallan y Huitzilopochco; cuyo ejemplo seguiremos, para evitar al lector el trabajo de una pronunciación difícil.

pendientes de aquella misma corona. Apenas tenía cincuenta millas de largo y treinta de ancho. La capital, Tlaxcallan, de la que tomó el nombre la república, estaba situada en el declive del gran monte Matlalcueye, y cerca de sesenta millas al levante de la corte mexicana.

El reino de México, aunque más moderno que los otros reinos y repúblicas que ocupaban aquel país, tenía mayor extensión que todos ellos juntos. Extendíase hacia el sudoeste y el mediodía hasta el mar Pacífico; por el sudeste hasta las cercanías de Quautemallan; hacia el levante, con la interposición de algunos distritos de las tres repúblicas y una pequeña parte del reino de Acolhuacan, hasta el golfo mexicano; hacia el norte, hasta el país de los huaztecas; por el nordeste confinaba con los bárbaros chichimecas, y por el occidente le servían de límites los dominios de Tlacopan y de Michuacan. Todo el reino mexicano estaba comprendido entre los grados 14 y 21 de latitud septentrional, y entre los 271 y 283 de longitud, según el meridiano de la isla de Hierro. (1)

La porción más importante de aquel estado, ora se consideren las ventajas locales, ora la población, era el valle de México, que coronado de bellas y frondosas montañas, abrazaba una circunferencia de más de 120 millas, medidas en la parte inferior de las elevaciones. Ocupan una buena parte de la superficie del valle dos lagos, uno superior de agua dulce, otro inferior de agua salobre, que comunican entre sí por medio de un buen canal. En el lago inferior, que ocupaba la parte mas baja del valle, se reunían todas las aguas de las montañas vecinas; así que, cuando sobrevenían lluvias extraordinarias, el agua, saliendo del lecho del lago, inundaba la ciudad de México, fundada en el mismo; lo que se verificó muchas veces, tanto bajo el dominio de los monarcas mexicanos, como bajo el de los españoles. Estos dos lagos, cuya circunferencia total no bajaba de noventa millas, representaban en cierto modo, con las líneas de sus márgenes, la figura de un camello, cuyo cuello y cabeza eran el lago dulce, o sea de

(1) Solís y otros escritores españoles, franceses, e ingleses, dan al reino de México mayor extensión que la que aquí le señalamos. Robertson dice que los territorios pertenecientes a Texcoco y Tacuba, apenas cedían en extensión a los dominios mexicanos. En las Disertaciones que van al fin de esta obra haremos ver cuán erradas son semejantes opiniones.

Chalco; el cuerpo el lago salado o de Texcoco, y las piernas los arroyos y torrentes que se desprendían de las montañas. Entre los dos lagos está la pequeña península de Itztapalapan que las separa. Además de las tres capitales de México, de Acolhuacan y de Tlacopan, este delicioso valle contenía otras cuarenta ciudades populosas, y una cantidad innumerable de villas y caseríos. Las ciudades más importantes, después de las capitales, eran las de Xochimilco, Chalco, Itztapalapan y Quouhtitlan, las cuales en el día apenas conservan trazas de su antiguo esplendor. (1)

México, cuya descripción daremos en el curso de esta obra, la más célebre de las ciudades del Nuevo-Mundo y capital del imperio del mismo nombre, estaba edificada en las islas del lago de Tezcoco, como Venecia en las del mar Adriático. Su situación era a los 19° y casi 26' de latitud septentrional, y a los 276° y 34' de longitud, entre las dos capitales de Texcoco y de Tlacopan, distante quince millas a poniente de la primera, y cuatro a levante de la segunda. Algunas de las provincias de aquel vasto imperio eran mediterráneas, y otras marítimas.

PROVINCIAS DEL REINO DE MEXICO

Las principales provincias mediterráneas eran la de los otomíes, al norte; al occidente y sudoeste las de los matlazincas y cuitlatecas; a mediodía, las de los tlahuicas y cohuixcas; al sudeste, además de los estados de Itzocan, Yauhtepec, Quauhquechollan, Atlixco, Tehuacan y otros, las grandes provincias de los mixtecas, zapotecas y chiapanecas. Las provincias de Tepeyacac, de los popolocos y de los totonacas, estaban al este de la capital. Las provincias marítimas del golfo mexicano eran las de Coatzacualco y Cuetlachtlan, que los españoles llamaban Cotasta. Las del mar Pacífico eran las de Coliman, Zacatollan, Tototepec, Tecuantepec y Xoconochco.

La provincia de los otomíes empezaba en la parte septentrional del valle mexicano, y continuaba por aquellas montañas hacia

---

(1) Los nombres de las demás ciudades notables del valle mexicano eran: Mizcuic, Cuitlahuac, Azcapozalco, Tenayocan, Otompan, Colhuacan, Mexicaltzinco, Huitzilopochco Coyohuacan, Atenco, Coatlichan, Huexotla, Chiauhtla, Acolman, Teotihuacan, Itztapaloccan, Tepetlaoztoc, Tepepolco, Tizayoccan, Citlaltepec, Coyotepec, Tzompanco, Toltitlan, Xaltoccan, Tetepanco, Ehecatepec, Tequizquiac, etc. Véase la Disertación IV.

el norte, hasta cerca de noventa millas de distancia de la capital. Entre sus poblaciones, que eran muchas, se distinguía la antigua y célebre ciudad de Tollan (hoy Tula), y también la de Jilotepec, la cual, después de la conquista hecha por los españoles, fue la metrópoli de la nación otomí. Después de los últimos pueblos de aquella nación hacia el norte y nordeste, no se hallaban habitaciones humanas hasta el Nuevo-México. Todo aquel espacio de tierra, que comprendía más de mil millas estaba ocupado por naciones bárbaras, que no tenían domicilio fijo, ni obedecían a ningun soberano.

La provincia de los matlazincas abrazaba, además del valle de Tolocan, todo el espacio que media entre éste y Tlaximaloyan (hoy Taximaroa), frontera del reino de Michuacan. El fértil valle de Tolocan tiene más de cuarenta millas de largo de sudeste a nordoeste, y treinta en su mayor anchura. Tolocan, que era la ciudad principal de los matlazincas, de donde tomó nombre el valle, estaba, como en el dia, situada al pie de un alto monte, en cuya cima reinan las nieves perpetuas, y que dista treinta millas de México. Todas las otras poblaciones del valle estaban habitadas parte por matlazincas y parte por otomíes. Ocupaban las montañas vecinas los estados Xalatlauhco, de Tzampahuacan y de Malinalco, y no muy lejos, hacia levante, estaba el de Ocuilan, y hacia poniente los de Tozantla y Zoltepec.

Los cuitlaltecas habitaban un país que se extendía desde el reino de Michuacan, hasta las márgenes del mar Pacífico, en un territorio de más de doscientas millas de largo. Su capital era la grande y populosa ciudad de Mexcaltepec, situada en la costa, y de la cual sólo quedan algunas ruinas.

La capital de los tlahuicas era la amena y fuerte ciudad de Cuauhnahuac, llamada por los españoles Cuernabaca, a cerca de cuarenta millas de México hacia mediodía. Su provincia, que empezaba en las montañas meridionales del valle, se extendía a sesenta millas en la misma dirección.

La gran provincia de los cohuixcas confinaba por el norte con los matlazincas y con los tlahuicas; por occidente con los cuitlaltecas; por oriente con los xopes y los mixtecas, y por el mediodía se extendía hacia el mar Pacífico, hasta el punto en que hoy se hallan la ciudad y el puerto de Acapulco. Estaba dividida en muchos estados particulares, como los de Tzompanco, Chilapan, Tlapan y Teoitztla (hoy Tixtla). El clima era calidísimo y

poco sano. Tlachco, lugar célebre por sus minas de plata, o pertenecía a dicha provincia o confinaba con ella.

La provincia de Mixtecapan, o de los Mixtecas, se extendía desde Acatlán, que distaba ciento y veinte millas de la capital, hacia el sudeste, hasta las orillas del Océano Pacífico; y contenía muchas ciudades y villas bien pobladas, que hacían un comercio muy activo.

A oriente de los mixtecas estaban los zapotecas, cuyo nombre se derivaba del de la capital Teotzapotlan. En aquel distrito estaba el valle de Huaxyacac, llamado por los españoles Oaxaca, o Guaxaca. La ciudad de Huaxyacac fue después erigida en obispado, y el valle en marquesado, que se confirió al conquistador Hernán Cortés. (1)

Al norte de los mixtecas estaba la provincia de Mezatlan, y al nordeste de los Zapotecas, la de Chinantla, con su capital del mismo nombre, de donde tomaron sus habitantes el nombre de chinantecas. Las provincias de los chiapanecas, de los zoques y de los quelenas, eran las últimas del imperio mexicano, por la parte del sudeste. Las principales ciudades de los chiapanecas eran Teochiapan (llamada por los españoles Chiapa de los indios), Tochtla, Chamoya y Tzinacantla; de los zoques, Tecpantla, y de los Quelenas, Teopixca. En la falda y en derredor de la famosa montaña de Popocatepec, situada a treinta y tres millas hacia el sudeste de la capital, estaban los grandes estados de Amaquemecan, Tepoztlan, Yauhtepec, Huantepec, Chiellan, Itzocan, Acapetlayoccan, Quauhquechollan, Atlixco, Chalollan y Huexotzingo. Estos dos últimos, que eran los más poderosos, habiendo sacudido el yugo de los mexicanos con la ayuda de sus vecinos los tlaxcaltecas, restablecieron su gobierno aristocrático. Las ciudades de Chalollan y de Huexotzingo eran las mayo-

---

(1) Algunos creen que en el punto de Huaxyacac no había antiguamente más que una guarnición mexicana, y que la ciudad fue fundada por los españoles; pero además de que por las matrículas de los tributos consta que Huaxyacac era una de las ciudades tributarias del Imperio mexicano, sabemos además que los mexicanos no solían poner guarniciones sino en los lugares más populosos de las provincias sometidas. Los españoles se llamaban fundadores de alguna ciudad, cuando daban nombre a alguna población de indios, o cuando ponían en ella magistrados españoles. Así se verificó en Antequera, provincia de Huaxyacac, y en Segura de la Frontera, en Tepeyacac.

res y más pobladas de toda aquella tierra. Los cholutecas poseían el pequeño caserío de Cuitlaxcoapan en el mismo sitio en que los españoles fundaron después la ciudad de la Puebla de los Angeles. (1)

A oriente de Chilollan existía el importante estado de Tepeyacac, y además el de los popoloques, cuyas principales ciudades eran Tecamachalco y Quecholac. Al mediodía de los popoloques estaba Tehuacan, que confinaba con el país de los mixtecas; a oriente, la provincia marítima de Cuetlachtlan, y al norte la de los totonaques. Esta gran provincia, que era la última del imperio por aquella parte, se extendía en un territorio de ciento y cincuenta millas, empezando en la frontera de Zacatlan (estado perteneciente á la corona de México y distante ochenta millas de aquella capital) y terminando en el golfo mexicano. Además de la capital Mizquihuacan, a quince millas a oriente de Zacatlan, tenía aquella provincia la hermosa ciudad de Zempoallan, en la costa del golfo, que fue la primera del imperio en que entraron los españoles, y donde empezaron sus triunfos, como después veremos. Tales eran las principales provincias mediterráneas del imperio mexicano, omitiendo algunos distritos de pequeña importancia, por no sobrecargar de datos inútiles la descripción.

De las provincias marítimas del mar Pacífico, la más septentrional era la de Coliman, cuya capital, del mismo nombre, estaba situada a los 19° de latitud, y a los 272° de longitud. Continuando la misma costa hacia el sudeste, se hallaba la provincia de Zacatollan, cuya capital era del mismo nombre. Seguían los cuitlaltecas, y a estos los cohuixcas, en cuyo territorio estaba Acapulco, puerto famoso, sobre todo por su comercio con las Islas Filipinas. Su situación es a los 16° 40' de latitud, y a los 276° de longitud.

Confinaban con los cohuixcas, los xopes, y con éstos los mixtecas cuyo territorio es conocido en nuestros tiempos con el nombre de Xicayan. Seguía la gran provincia de Tecuantepec, y finalmente la de Xoconochco. La ciudad de Tecuantepec, que daba su nombre a todo el estado, ocupaba una bella isla, que forma un río a dos millas del mar. La provincia de Xoconochco,

---

(1) Los españoles dicen Tuxtla, Mecameca, Izucar y Quechula, en lugar de Tochtlan, Amaquemecan, Itzocan y Quecholac.

que era la última y la más meridional del imperio, confinaba por oriente y sudeste con el país de los xochitepecas, que no pertenecía a la corona de México; hacia occidente, con el de los tecuantepecas, y por el mediodía, terminaba en el mar. Su capital, llamada también Xoconochco, estaba situada entre dos ríos, a los 14° de latitud, y a los 283° de longitud. Sobre el golfo de México, además de los totonaques, estaban las provincias de Cuetlachtlan y Coatzacualco. Esta confinaba por oriente con el vasto país de Onohualco, bajo cuyo nombre comprendían los Mexicanos los estados de Tabasco y los de la península de Yucatan, los cuales no estaban sometidos a su dominio. Además de la capital, llamada también Coatzacualco, situada a la orilla de un gran río, había otras grandes poblaciones, entre las cuales merece particular mención Painalla, por haber sido patria de la famosa Malintzin, que tan eficazmente contribuyó á la conquista de México. La provincia de Cuetlachtlan, cuya capital tenía el mismo nombre, comprendía toda la costa que media entre el río de Alvarado, donde termina la provincia de Coatzacualco, y el de la Antigua, (1) donde empezaba la de los totonaques. En aquella parte de la costa, que los mexicanos llamaban Chalchicuecan, está actualmente la ciudad de Veracruz, y su puerto el más nombrado del territorio mexicano.

Todo el país de Anáhuac estaba, generalmente hablando, bien poblado. En la historia y en las disertaciones tendremos ocasión de hablar detenidamente de algunas ciudades, y de dar alguna idea del número de sus pobladores. Subsisten aun la mayor parte de aquellas antiguas poblaciones, con los nombres que entonces tenían, aunque algún tanto alterados; pero todas las ciudades de la misma época, con excepción de México, Orizava y alguna otra, se hallan tan disminuídas y decaídas de su primitivo esplendor, que apenas tienen la cuarta, la décima, y aun la vigésima parte de los habitantes y edificios que entonces tenían. Con respecto al número de indios, si se compara lo que dicen los primeros escritores españoles y los nacionales, con lo que nosotros mismos hemos visto, podemos afirmar que sólo existe una décima parte de la antigua población de Anáhuac: efecto lamentable de las calamidades que han sufrido aquellos países.

---

(1) Damos a este río el nombre español, bajo el cual es conocido en la actualidad, porque ignoramos el que los mexicanos le daban.

RIOS, LAGOS Y FUENTES

De los ríos que bañan el territorio mexicano, que son muchos y muy caudalosos, aunque no comparables a los de la América Meridional, unos desaguan en el Golfo y otros en el Océano Pacífico. Los mayores de los primeros son el Papaloapan, el Coatzacualco y el Chiapan. El Papaloapan, que los españoles llamaron Alvarado, del nombre del primer capitán de aquella nación que navegó en sus aguas, tiene su principal manantial en los montes de los zapotecas, y después de haber girado por la provincia de Mazatlan, recibiendo el tributo de otros ríos menores y arroyos, se descarga por tres bocas navegables en el Golfo, a distancia de treinta millas de Veracruz. El Coatzacualco, que es también navegable, baja de los montes Mixes, y después de atravesar la provincia que le da nombre, se vacía en la costa, cerca del país de Onohualco. El Chiapan tiene su origen en las montañas Cuchumatanes, que separan la diócesis de Chiapan de la de Guatemala, atraviesa la provincia de su mismo nombre y desemboca en la de Onohualco. Los españoles la llamaron Tabasco, nombre que dieron también a la extensión del país que une la península de Yucatan con el continente mexicano. También lo llamaron Grijalva, en honor del comandante del primer ejército español que lo descubrió.

Entre los ríos que van al Pacífico, el más célebre es el Tololotlan, llamado por los españoles río de Guadalajara o Río Grande. Nace en los montes del valle de Tolocan; atraviesa el reino de Michuacan y el lago de Chapallan; de allí va a regar el país de Tonallan, donde está ahora la ciudad de Guadalajara, capital de la Nueva-Galicia, y después de un giro de seiscientas millas desagua en el mar a la altura polar de 22°. El Tecuantepec nace en los montes Mixes, y después de un breve curso, vierte sus aguas en el mar, a la altura polar de 15° y medio. El río de los xopes baña el país de aquella nación, y tiene su embocadura a quince millas a oriente del puerto de Acapulco, formando por aquella parte la línea divisoria entre las diócesis de México y la Puebla de los Angeles.

Había también, y hay actualmente algunos lagos que hermosean el país y activaban el comercio de los pueblos que antiguamente lo habitaron. Los de Nicaragua, Chapallan y Pátzcuaro,

que eran los más considerables, no pertenecían al imperio mexicano. Entre los otros, los que más conducen a la inteligencia de nuestra historia, son los dos que están en el valle mexicano, y de que ya hemos hecho mención. El de Chalco se extendía por el espacio de doce millas de levante a poniente, hasta la ciudad de Xochimilco, y de allí dirigiéndose hacia el norte, se incorporaba por medio de un canal con el lago de Texcoco; pero su anchura no pasaba de seis millas. Este que acabamos de nombrar, tenía de quince a diez y siete millas de levante a poniente, y algo más de norte a mediodía; mas ahora es mucho menos su extensión, porque los españoles separaron de su pendiente natural muchos raudales que en él se vaciaban. Las aguas que a él descienden son dulces en su origen y su gusto salobre procede del lecho salino en que se reciben. (1) Además de estos dos, había en el mismo valle y al norte de la capital, otros dos menores a que dieron sus nombres las dos ciudades Tzompanco y Xaltocan. El lago de Tochtlan en la provincia de Coatzacualco es muy bello, y sus márgenes son amenísimas.

En cuanto a fuentes y manantiales, hay tantas y de tan diversas cualidades en aquellos países, que sería necesario hacer una obra aparte par describir tan sólo las del reino de Michuacan. Hay infinitas aguas minerales, nitrosas, sulfúricas, aluminosas y vitriólicas; algunas salen en estado de hervor, y su calor es tan intenso que pocos momentos bastan para cocer en ellas cualquiera especie de fruto de la tierra o carne de animales. Las hay también petrificantes, como las de Tehuacan, ciudad distante cerca de ciento y veinte millas de México hacia el sudeste; la fuente de Pucuaro, en los estados del conde de Miravalles, en el reino de Michuacan, y otra que se vacía en un río de la provincia de los quelenas. Con el agua de Pucuaro se hacen unas piedrecillas blancas, lisas y de sabor agradable, cuyas raspaduras toma-

---

(1) Mr. de Bomare en su Diccionario de Historia Natural dice que la sal del lago mexicano puede proceder de las aguas del mar del Norte, filtradas al través de la tierra; y en apoyo de su opinión cita el Diario de los Sabios del año de 1676: mas para refutar este error, basta saber que el lago dista 180 millas del mar, y su lecho está a la altura perpendicular de más de una milla sobre su superficie. El autor anónimo de la obra intitulada **Observaciones curiosas sobre el lago de México**, de que se hace un extracto en el referido Diario, está muy lejos de adoptar el error de Mr. de Bomare.

das en caldo o en los puches de maíz, son poderosos diaforéticos, y se aplican con mucho efecto a diferentes especies de fiebre. El autor de esta obra es testigo ocular de las curas que hizo esta medicina en la epidemia de 1762. La dosis regular, para los que sudan fácilmente, es de una dracma de raspaduras. Los habitantes de México se servían en tiempo de sus reyes, de las aguas del gran manantial de Chapoltepec, de que después hablaremos, y que pasaban a la capital por medio de un excelente acueducto. Con motivo de las aguas de aquellos países, pudiéramos describir, si los límites de esta obra lo permitieran, los estupendos saltos o cascadas de varios ríos, (1) y los puentes formados sobre otros por la naturaleza, entre los cuales merece una atención particular el llamado Puente de Dios. Así se llama un vasto volumen de tierra, atravesado por el profundo río Atoyaque, cerca del pueblo de Molcaxac, a cerca de cien millas de México, hacia el sudeste, y por el cual pasan cómodamente los carruajes. Quizás esta singularidad es efecto de algún terremoto, que socavó parte de la montaña vecina.

CLIMA DE ANAHUAC

El clima de los diferentes países comprendidos en Anáhuac, varía según su situación. Las costas son muy calientes, y por lo común húmedas y mal sanas. Este ardor excesivo, que promueve el sudor aun en los meses del invierno, proviene de la suma depresión de las costas con respecto a las tierras interiores, y de las grandes masas de arena que se reunen en la playa, como sucede en Veracruz, mi patria. La humedad procede no sólo del mar, sino también de las aguas que se desprenden en gran abundancia de los montes vecinos. En las tierras calientes no hiela nunca, y muchos de sus habitantes no tienen más idea de la nieve que la que adquieren en los libros o por las relaciones de los viajeros. Las tierras demasiado elevadas o demasiado próximas a las más altas montañas, que están siempre cubiertas de nieve, son sumamente frías, y yo he estado en un monte distante veinticinco millas de la capital, donde hay nieve y hielo en lo más rigo-

---

(1) Entre las cascadas es famosa la que forma el gran río de Guadalajara, en un sitio llamado Tempizque, a quince millas al mediodía de aquella ciudad.

roso de la canícula. Todos los otros países mediterráneos, que eran los más poblados, gozan de un clima tan benigno y tan suave, que nunca experimentan en ellos los rigores de las estaciones. Es verdad que en algunos hiela con frecuencia en los tres meses de diciembre, enero y febrero, y también suele nevar; pero la ligera incomodidad que este frío ocasiona, no dura más que hasta la salida del sol. No se necesita de otro fuego que el calor de sus rayos para calentarse en invierno, ni otro refresco en tiempo de calor, que ponerse a la sombra. Los habitantes usan la misma ropa en la canícula y en enero, y los animales duermen todo el año en el campo.

Esta blandura del clima en la zona tórrida se debe a muchas causas naturales, desconocidas de los antiguos, que creían inhabitables aquellos países, y no bien entendidas por algunos modernos, que los juzgan poco favorables a la conservación de la vida. La pureza de la atmósfera, la menor oblicuidad de los rayos solares, y la más larga mansión del sol sobre el horizonte, con respecto a otros países más distantes de la línea equinoccial, contribuyen a disminuir el frío, y a evitar los rigores que en otras zonas desfiguran en invierno el hermoso aspecto de la naturaleza. Así es que los mexicanos gozan de un cielo transparente, y de las inocentes delicias del campo, mientras en los países de las zonas frías, y en muchos de las templadas, las nubes obscurecen la claridad del firmamento, y las nieves sepultan las producciones de la tierra. No son menos enérgicas las causas que templan el ardor del estío. Las lluvias copiosas, que bañan frecuentemente la tierra, después de mediodía, desde abril y mayo, hasta septiembre y octubre; las altas montañas coronadas de nieves perpetuas, y esparcidas en todo el territorio de Anáhuac; los vientos frescos que dominan entonces, y la brevedad del curso del sol sobre el horizonte, con respecto a las regiones de la zona templada, transforman el verano de aquellos venturosos países en una fresca y alegre primavera.

Pero a la benignidad del clima sirven de contrapeso las tempestades de rayos, frecuentes en verano, y especialmente en las cercanías de Matlalcueye, o sea monte de Tlaxcallan, (1) y los terremotos que suelen sentirse en algunos puntos, aunque con mayor espanto que perjuicio real. Ambos efectos provienen del azu-

---

(1) En el día se conoce con el nombre de la **Malintzin.**

fre y de los otros combustibles depositados copiosamente en las entrañas de la tierra. En cuanto a las tempestades de granizo, no son allí ni mayores ni más frecuentes que en Europa.

MONTES, PIEDRAS Y MINERALES

El fuego encendido en las montañas de la tierra con las materias bituminosas y sulfúricas de que hemos hecho mención, se ha abierto en algunas montañas respiraderos o volcanes, que han solido arrojar llamas, humo y cenizas. Cinco son las montañas del territorio mexicano, que han presentado en diversas épocas este espantoso fenómeno. El Poyauhtecatl, llamado por los españoles volcán de Orizava, empezó a echar humo en 1545, y continuó arrojándolo por espacio de veinte años; pero después han transcurrido dos siglos sin que se haya notado en él la menor señal de incendio. Este célebre monte, cuya figura es cónica, es sin duda alguna el más elevado de todo el territorio de Anáhuac, y la primera tierra que descubren los navegantes que por aquellos mares viajan, a distancia de ciento y cincuenta millas. (1) Su aspecto es hermosísimo, pues mientras coronan su cima enormes masas de nieve, su falda está adornada por bosques espesos de cedros, pinos, y otros árboles no menos vistosos por su follaje que preciosos por la utilidad de sus maderas. El volcán de Orizava dista de la capital más de noventa millas hacia la parte de oriente.

El Popocatepec y el Ixtachihuatl, poco distantes entre sí, y treinta millas de México, hacia el sudeste, son también de una altura prodigiosa. El primero, al que se da por antonomasia el nombre del **Volcán**, tiene una boca de más de una milla de ancho, por la cual, en tiempo de los reyes mexicanos, echaba llamas con mucha frecuencia. En el siglo pasado arrojaba de cuando en cuando cenizas que caían en gran cantidad sobre los pueblos vecinos; pero en el presente sólo se ha visto despedir algún humo. El Ixtachihuatl, llamado por los españoles Sierra Nevada, ha echado a veces humo y cenizas. Estos dos montes están siem-

(1) El Poyauhtecatl es más alto que el Taide, o Pico de Tenerife, según dice el jesuíta Tallandier, que observó uno y otro. Del Popocatepec dice Tomás Gage, que es tan alto como el más alto de los Alpes. Más, diría, si hubiera calculado la elevación del terreno sobre el cual se alza aquella célebre montaña.

pre coronados de nieve, en tanta abundancia, que de la que se precipita por las faldas, se proveen las ciudades de México, Puebla de los Angeles, Chololllan, y otras que distan cuarenta millas de ellos, en los cuales, para helados y refrescos se consumen increíbles cantidades. (1) Los montes de Coliman y de Tochtlan, bastante remotos de la capital, y uno de ellos más que el otro, han arrojado llamas en nuestros tiempos. (2)

Además de las montañas de que acabamos de hacer mención, hay otras, que aunque no pertenecen a la clase de volcánicas, son muy nombradas por su extraordinaria elevación, como el Matlalcueye, o monte de Tlaxcallan, el Nappateuctli, llamado por los españoles el **Cofre**, con alusión a su figura; el Tentzon, inmediato al pueblo de Molcaxac, el de Tolocan y otros que omito, por no pertenecer al plan de esta obra. Es sabido que la célebre cadena de los Andes, o Alpes de la América Meridional, continúa por el istmo de Panamá y por todo el territorio mexicano, hasta perderse en los países desconocidos del septentrión. La parte más importante de esta cadena se conoce en aquel país con

---

(1) El impuesto sobre la nieve para el consumo de la capital, importaba en 1746 la enorme suma de 15,522 pesos fuertes; algunos años después pasó de 20,000, y tuvo mayor aumento en lo sucesivo.

(2) Hace algunos años que se publicó en Italia una relación descriptiva de los montes de Tochtlan, o Tustla, llena de mentiras curiosas, pero demasiado absurdas. En ella se hablaba de ríos de fuego, de elefantes de piedra, etc. No incluyo en los montes volcánicos ni el Joruyo, ni el Mamatombo de Nicaragua, ni el de Guatemala, porque ninguno de los tres estaba comprendido en los dominios mexicanos. El de Guatemala arruinó con sus terremotos aquella grande y hermosa ciudad en 29 de julio de 1773. El Joruyo, situado en el valle de Ureco, en el reino de Michuacan, no era antes de 1760 más que una pequeña colina, sobre la cual había un ingenio de azúcar. Pero el 29 de septiembre de aquel año estalló con furiosos terremotos, que arruinaron el ingenio y el pueblo inmediato de Guacana; y desde entonces no ha cesado de arrojar fuego y piedras inflamadas, con las cuales se han formado tres altos montes, cuya circunferencia era en 1766, de cerca de seis millas, según la relación que me comunicó D. Juan Manuel de Bustamante, gobernador de aquella provincia, el cual la había examinado por sí mismo. Al estallar el volcán, las cenizas que arrojó llegaron hasta Querétaro, ciudad situada a ciento y cincuenta millas del Joruyo; cosa increíble, pero notoria y pública en aquel pueblo, uno de cuyos vecinos me enseñó las cenizas que había recogido en un papel. En la ciudad de Valladolid, distante sesenta millas, la lluvia de cenizas era tan abundante, que era necesario barrer los patios de las casas dos o tres veces al día.

el nombre de Sierra Madre, particularmente la que pasa por Cinaloa y Tarahumara, provincias distantes mil y doscientas millas de la capital.

Los montes de Anáhuac abundan en venas de toda especie de metal, y en infinita variedad de otras producciones fósiles. Los antiguos mexicanos sacaban el oro de los países de los cohuixcos, de los Mixtecas, de los Zapotecas y de otros varios puntos. Recogían comúnmente aquel precioso metal en grano, de la arena de los ríos, reservando cierta cantidad para la corona. Sacaban la plata de las minas de Tlachco, (ya célebres en aquel tiempo) de Tzompanco y otras; mas esta producción no era tan apreciada por ellos como por otras naciones vecinas. Después de la conquista se han descubierto tantas minas en aquel país, que sería imposible numerarlas. Tenían dos especies de cobre: uno duro, de que se servían en lugar de hierro para hacer hoces, picas y toda clase de instrumentos militares y rurales; y otro blando, con que hacían ollas, copas y otras vasijas. Este metal abundaba principalmente en la provincia de Zacatollan, y en la de los cohuixcos, como actualmente en el reino de Michuacan. Sacaban el estaño de las minas de Tlachco, y el plomo de las de Izmiquilpan, situadas en el país de los otomíes. Del estaño hacían moneda, como diremos en su lugar, y del plomo sabemos que lo vendían en los mercados, pero ignoramos los usos a que lo aplicaban. También tenían minas de hierro en Tlaxcallan, en Tlachco y en otros lugares: pero o no las descubrieron, o no supieron aprovecharse del metal que contenían. En Chilapan había minas de mercurio, y en otros puntos las había de azufre, alumbre, vitriolo, cinabrio, ocre, y de una tierra blanca que tenían en alto precio. En cuanto al mercurio y al vitriolo, no sabemos de qué les servían; de los otros metales hacían uso en las pinturas y tintes. Había entonces, y hay en el día gran abundancia de ámbar y asfalto, o sea betún de Judea, en las costas de los dos mares, y de uno y otro pagaban tributo al rey de México muchos pueblos de aquel territorio. Engarzaban el ámbar en oro, y sólo les servía de adorno y lucimiento. Con el asfalto hacían ciertos perfumes, como después veremos.

Entre las piedras preciosas se hallaban, y se hallan aun los diamantes, aunque en pequeña cantidad; esmeraldas, amatistas, ojos de gato, turquesas, cornerinas y unas piedras verdes semejantes a las esmeraldas y poco inferiores a ellas. De todas estas

preciosidades pagaban tributo las provincias de los mixtecas, de los zapotecas y de los cohuixcas, en cuyas montañas se hallaban aquellas minas. De la abundancia de estas piedras, de la estimación en que las tenían los mexicanos, y de su modo de labrarlas, hablaremos en otro lugar. Era muy común el cristal de roca en las montañas inmediatas a la costa del golfo mexicano, entre el puerto de la Veracruz y el río de Coatzacualco, como también en los de Quinantla; las ciudades de Tochtepec, de Cuetlachtlan, de Cozamaloapan y otras, estaban obligadas a suministrar anualmente una cierta cantidad de aquella producción para alimentar el lujo de la corte.

No eran menos abundantes aquellas sierras en piedras utilísimas para la arquitectura, la escultura y otras artes. Hay canteras de jaspe, y de mármol de diversos colores en los montes de Capolalpan, a oriente de México; en los que separan los dos valles de México y de Tolocan, llamados hoy montes de las Cruces, y en los que habitaban los zapotecas. El alabastro era común en Tecalco (hoy Tecale), lugar inmediato a la provincia de Tepeyacac, y en el país de los mixtecas. En el mismo valle de México y en otros muchos puntos del reino, se hallaba la piedra llamada Tetzontli, la cual es por lo común de un color rojo obscuro, durísima, porosa y ligera, y por unirse estrechamente con la cal y la arena, es la que se prefiere en la ciudad de México para construir las casas, siendo aquel terreno pantanoso y poco firme. Hay montes enteros de piedra imán, y el más notable de ellos es uno de gran extensión colocado entre Teoitztlan y Chilapan, en el país de los cohuixcas. Con la piedra Quetzalitztli, vulgarmente llamada **piedra nefrítica,** formaban los mexicanos diversas figuras curiosas, de que se conservan muchas en los museos de Europa. El Quimaltizatl, que se asemeja a la escayola, es una piedra diáfana, blanquizca, que se divide fácilmente en hojas sutiles, y calcinada da un buen yeso, de que se servían aquellos habitantes para el color blanco de sus pinturas. Hay infinita cantidad de yeso y talco; más no sabemos que hiciesen uso de este fósil. El Mezcuitlatl, es decir, estiércol de Luna, pertenece a la clase de piedras, que por su resistencia a la acción del fuego, recibieron de los químicos el nombre de **lapides refractarii.** Es transparente y de un color de oro rojizo. Pero la piedra que más apreciaban los mexicanos, era el Itztli, de que había gran abundancia en muchos puntos del imperio. Esta piedra es semidiáfana, de contextura



Plantas mexicanas



vítrea, y su color es, por lo común, negro: suele haberla blanca y azul. Con ella hacían espejos, cuchillos, lancetas, navajas de afeitar, y aun espadas, como diremos cuando hablemos del arte militar. Después de la introducción del Evangelio se hicieron con esta misma piedra aras para los altares, que gozaban de gran estima. (1)

PLANTAS NOTABLES POR SUS FLORES

Por abundante y rico que sea el reino mineral en el territorio mexicano, el vegetal es mucho más fecundo y variado. El célebre Doctor Hernández, a quien se puede dar el nombre de Plinio de México, describe en su Historia Natural cerca de mil y doscientas plantas propias de aquella tierra; pero su descripción comprende sólo las medicinales, y por consiguiente sólo abraza una parte, aunque muy considerable, de los bienes que ha derramado allí la próvida naturaleza en beneficio de los mortales. De las plantas medicinales diremos algo, cuando tratemos de la medicina de los mexicanos. Con respecto a las otras clases de vegetales, hay algunos apreciables por sus flores, otros por sus frutos, otros por sus hojas, otros por sus raíces, otros por su tallo o por su madera; otros en fin por su goma, aceite, resina o jugo. (2) Entre las infinitas flores que hermosean los prados y adornan los jardines de México, hay muchas notables por la singular belleza de los colores, otras por la suavidad de su fragancia, otras por lo extraordinario de su forma.

El **floripondio,** que merece el primer lugar por sus grandes dimensiones, es una flor blanca, hermosa, olorosísima y monopetala; es decir, que su corola es de una sola pieza; pero tan grande, que suele tener mas de ocho pulgadas de largo, y tres o cuatro de diámetro en su parte superior. Estas flores penden en gran número de las ramas, a guisa de campanas, aunque no son perfectamente redondas, puesto que la corola se divide en cinco o seis ángulos, colocados a iguales distancias entre sí. La planta es un elegante

---

(1) En la América Meridional la llaman **piedra de pavos.** El célebre Mr. Caylus en una disertación MS, citada por Mr. de Bomare, prueba que la piedra **Obsidiana,** de que los antiguos hacían los vasos **Murrinos,** tan estimados, es esta misma de que vamos hablando.

(2) Adoptamos esta división aunque imperfecta de las plantas, porque nos parece la más cómoda, y la más conveniente a nuestro propósito.

arbusto, cuyas ramas forman una especie de cúpula. El tronco es blando; las hojas grandes, angulosas y de un verde pálido. Los frutos son redondos, grandes como naranjas y su interior está lleno de almendras.

El **yolloxochitl,** o flor del Corazón, es también de un gran tamaño, y no menos apreciable por su hermosura que por su olor, cuya fuerza es tal, que una sola flor basta para perfumar una casa. Tiene muchas hojas glutinosas. Las flores son blancas, y sonrosadas o amarillas en lo interior, y de tal modo dispuestas, que abiertos y extendidos los pétalos tienen la figura de estrella; y cerrados, la de un corazón, de donde procede el nombre que se le ha dado. El árbol que las produce es muy grande, y sus hojas largas y ásperas. Hay otra especie de **yolloxochitl,** muy oloroso, pero diferente en la forma del anterior.

El **coatzontecoxochitl,** o flor de Cabeza de víbora, es de incomparable hermosura. (1) Compónese de cinco pétalos, morados en la parte interior, blancos en medio, y color de rosa en las extremidades; manchados además en toda su extensión, con puntos blancos y amarillos. La planta tiene las hojas semejantes a las del iris, pero más anchas y largas. Los tallos son pequeños y delgados. Esta flor era una de las que más apreciaban los mexicanos.

El **oceloxochitl,** o flor del Tigre, es grande y compuesta de tres pétalos puntiagudos. Su color es rojo, aunque variado en la parte media, con manchas blancas y amarillas, semejantes en su dibujo a las de la fiera que le ha dado el nombre. Las hojas se parecen también a las del iris: la raíz es bulbosa.

El **cacaloxochitl,** o flor del Cuervo, es pequeña pero olorosísima, y manchada de blanco, rojo y amarillo. El árbol que produce estas flores se cubre enteramente de ellas, formando en la extremidad ramilletes naturales, no menos agradables al olfato que a la vista. Esta producción es comunísima en las tierras calientes. Los indios la emplean en adornar los altares, y los espa-

---

(1) **Flos forma spectabilis, et quan vix quispiam possit exprimere, aut penicillo pro dignitate imitari, a Principibus Indorum ut naturae miraculum valde expetitus, et in magno habitus pretio. Hernández, Historia Nat. N. Hispaniae, lib. 8, cap. 8.** Los Académicos Linceos de Roma, que publicaron y comentaron esta Historia de Hernández en 1651, y vieron el dibujo de aquella flor hecho en México con sus colores naturales, formaron tal idea de su hermosura, que la adoptaron por emblema de su academia, llamándola flor del Lince.

ñoles hacen con ella conservas exquisitas. Es probable que el **cacaloxochitl** sea el árbol que Mr. de Bomare describe bajo el nombre de **Frangipanier.**

El **izquixochitl** es una florecilla blanca, semejante a la mosqueta en la forma, y en el olor a la rosa cultivada, aunque el suyo es mucho más fragante. Nace en árboles grandes.

El **cempoalxochitl,** o **cempasuchil,** como dicen los españoles, es la flor que, trasportada a Europa, es conocida en ella con el nombre de clavel de Indias. Es comunísima en México, donde también se llama flor de los Muertos. Tiene muchas variedades que se diferencian en el tamaño, en el número y en la figura de los pétalos.

La flor que los mexicanos llaman **xiloxochitl,** y los Mixtecas **tiata,** se compone de estambres sutiles, iguales y derechos; pero flexibles, y de cerca de seis dedos de largo. Nace de un cáliz semiesférico, semejante al de la bellota; pero diferente en substancia, color y tamaño. Algunas de estas hermosas flores son color de rosa, otras enteramente blancas. El árbol que las produce es lindísimo.

El **macpalxochitl,** o flor de la Mano, tiene mucha semejanza con el tulipán; pero la figura del pistilo es como el pie de una ave, o más bien como el de un mono, con seis dedos que terminan en otras tantas uñas. La gente vulgar española del país da al árbol que produce estas flores curiosas, el nombre de árbol de las Manitas.

Además de estas y de otras innumerables flores, propias de aquel territorio, en cuya cultura se deleitaban los antiguos mexicanos, nacen allí las que se llevaron de Asia y Europa, como los lirios, los jazmines, los claveles de diversas especies, y otras de varios géneros que rivalizan en aquellos jardines con las de su propio suelo.

PLANTAS NOTABLES POR SU FRUTO

La tierra de Anáhuac debe a las islas Canarias y a la Península española, los melones, las manzanas, los albaricoques, los melocotones, los albérchigos, las peras, las granadas, los higos, las ciruelas negras, las nueces, las almendras, las olivas, las castañas y las uvas, aunque de éstas no carecía enteramente aquel país. (1)

(1) Los sitios llamados **Parras** y **Parral**, en la diócesis de la Nueva Vizcaya, deben su nombre a la abundancia de vides que en ellos se

En cuanto al coco, a la musa o banana, a la cidra, a la naranja y al limón, mi opinión fue al principio, en virtud del testimonio de Oviedo, de Hernández y de Bernal Díaz del Castillo, que los cocos se debían a las islas Filipinas, y los otros frutos a las Canarias; (1) pero sabiendo que hay muchos de distinta opinión, no quiero empeñarme en una disputa, que además de ser de poco interés, me desviaría demasiado del curso de la historia. Lo cierto es que aquellas plantas, y todas las que han sido llevadas al territorio mexicano, han prosperado en él, y se han multiplicado como en su suelo nativo. El cocotero abunda en todas las tierras marítimas. De naranjas hay siete especies muy diversas, y cuatro al menos de limones. Otras tantas son las de musa, o plátano, como dicen los españoles. (2) La mayor, que es el **zapalote,** tiene

---

encontraron, con las cuales se plantaron muchas viñas, que hoy producen vino bastante bueno. En Mixteca hay dos especies de vides salvajes, naturales del país. La una, semejante en los sarmientos y en las hojas a la vid común, da unas uvas rojas, grandes, y cubiertas de piel muy dura; pero de un sabor dulce y agradable. Esta planta se mejoraría notablemente si se cultivase con esmero. La otra especie da un fruto grande, duro y de un sabor asperísimo; sirve para hacer conservas.

(1) Oviedo, en su Historia Natural, asegura que el primero que llevó la musa, o banana, de las islas Canarias a la Española, de donde pasó al continente americano, fue Fr. Tomás Berlanga, dominicano, por los años de 1516. Hernández en el libro 3, cap. 40 de su Historia Natural, hablando de los cocos, dice: **Nascitur passim apud Orientales et jam quoque apud Occidentales Indos.** Bernal Díaz en la Historia de la Conquista. cap. 17, dice que él mismo sembró en Coatzacualco siete u ocho pepitas de naranja. **Estos,** añade, **fueron los primeros naranjos que se plantaron en la Nueva España.** En cuanto a la musa, se debe creer que de las cuatro especies que nacen en México, una sola, la llamada Guinea, es exótica.

(2) Los antiguos no desconocieron enteramente el género **Musa.** Plinio, citando la descripción que dieron los soldados de Alejandro el Grande, de todo lo que vieron en las Indias, dice **Major et alia (arbos) pomo et suavitate proecellentior, quo sapientes Indorum vivunt. Follum avium alas imitatur, longitudine cubitorum trium, latitudine duum. Fructum cortice emittit admirabilem succi dulcedine, ut uno quaternos satiet. Arbori nomen paloe, pomo anienoe.** Hist. Nat. lib. 12, cap. 6. Además de estos pormenores, que tanto convienen a la musa de México, hay una circunstancia muy notable, a saber, que el nombre **Palan,** dado a la musa en aquellos tiempos remotos, se conserva hasta ahora en el Malabar, como lo testifica García del Huerto, que residió allí muchos años. Podría sospecharse que del nombre **Palan** se derivó el del plátano, que tan mal

de quince a veinte pulgadas de largo, y hasta tres de diámetro. Es duro y poco estimado, y sólo se come asado o cocido. El **plátano largo,** tiene cuando más ocho pulgadas de largo, y una y media de diámetro. Su corteza es verde al principio; después amarilla, y en su mayor madurez, negra o negruzca. El fruto es sabroso, sano, y se come cocido o crudo. El **guineo** es más pequeño que el precedente; pero más grueso, más carnudo, más delicioso y menos saludable. Las fibras que cubren la pulpa son flatulentas. Esta especie se cultiva en el jardín público de Bolonia, donde yo la he probado; pero me supo tan desabrida y poco gustosa, sin duda a efecto del clima, que parecía un fruto totalmente diverso del mexicano. El **dominico** es el más pequeño, pero también es el más delicado. La planta es también menor que las otras. Hay en aquel país bosques enteros y muy extendidos, no sólo de plátanos, sino de naranjos y limoneros, y en Michuacan se hace un gran comercio de plátano seco, que es mucho mejor que la pasa y el higo.

Las frutas indudablemente indígenas de aquel país, son: las **ananas,** que por parecerse en la forma exterior a la piña, fue llamada así por los españoles; el **mamey,** la **chirimoya,** (1) la **anona,** la **cabeza de negro,** el **zapote negro,** el **chicozapote,** el **zapote blanco,** el **amarillo,** el de **Santo Domingo,** el **aguacate,** la **guayaba,** el **capulino,** la **guava** o **cuajinicuil,** la **pitahaya,** la **papaya,** la **guanabana,** la **nuez encarcelada,** las ciruelas, los piñones, los dátiles, el **chayote,** el **tilapo,** el **obo** u **hobo,** el **nanche,** el **cacahuate,** y otras cuya enumeración no puede ser muy interesante a los lectores extranjeros. La descripción de estas frutas se halla en las obras de Oviedo, de Acosta, de Hernández, de Laet, de Nieremberg, de

---

conviene a aquel fruto. El nombre de **Bananas**, que le dan los franceses, es el que tiene en Guinea, y el de **Musa**, que le dan los italianos, es de origen árabe. Algunos lo llaman fruta del Paraíso, y no falta quien crea que fue en efecto el que hizo prevaricar a nuestros primeros padres.

(1) Algunos escritores europeos de las cosas de América confunden **la chirimoya** con la **anona**, y con la **guanabana**; pero estas tres son especies diferentes, aunque entre las dos primeras haya alguna semejanza. Tampoco debe confundirse la **anana** con la **anona**, que difieren tanto entre sí, como el pepino y el melón. Mr. de Bomare, por el contrario, hace dos frutos distintos de la **chirimoya** y de la **cherimolia**, siendo así que este último nombre es una corrupción del primero. El **ate**, que algunos consideran como fruto enteramente diverso de la **chirimoya**, no es más que una de sus especies.

Marcgrave, de Pison, de Barrere, de Sloane, de Jiménez, de Ulloa y de otros muchos naturalistas: así que sólo hablaré de algunas que no son muy conocidas en Europa.

Todas las frutas mexicanas, comprendidas bajo el nombre genérico de **tzapotl**, son redondas o se acercan a esta figura, y todas tienen dura la pepita. (1) El **zapote negro** tiene la corteza verde, delicada, lisa, tierna y la pulpa negra, carnuda, de sabor dulce, y a primera vista se parece a la casia. (2) Los huesos que están dentro de la pulpa son chatos, negruzcos y de un tercio de pulgada de largo. Es perfectamente esférico y su diámetro es de una y media a cuatro o cinco pulgadas. El árbol es mediano, muy cargado de hojas, y estas son pequeñas. La pulpa, en helados o cocida con azúcar y canela, es de un sabor delicadísimo.

El **zapote blanco**, que por su virtud narcótica fue llamado en el antiguo México **cochitzapotl**, se asemeja algún tanto al negro en el tamaño, en la figura y en el color de la corteza, aunque la del blanco es de un verde más claro; pero la pulpa de ésta es mucho más blanca y sabrosa que la de aquél. El hueso, que se cree venenoso, es grande, redondo, duro y blanco. El árbol es frondoso, más alto que el del negro, y las hojas son también mayores. Además, el negro es propio de los climas calientes, y el blanco de los fríos y templados.

El **chicozapote** (llamado por los mexicanos **chictzapotl**), es de figura casi, o enteramente esférica, y tiene una y media o dos pulgadas de diámetro. La corteza es blanquizca; la pulpa blanca, con visos de color de rosa; los huesos duros, negros y puntiagudos. De esta fruta, cuando está verde, se saca una leche glutinosa y fácil de condensarse. Los mexicanos llaman a esta substancia **chictli**, y los españoles **chicle.** Suelen masticarla los niños y las mujeres, y en Colima se hacen con ella pequeñas estatuas y figuras curio-

---

(1) Las frutas comprendidas por los mexicanos bajo el nombre de Tzapotl, son: el **mamey**, **tetzontzapotl**; la **chirimoya**, **matzapotl**; la **anona**, **quauhtzapotl**; el **zapote negro**, **tlilzapotl**, etc.

(2) Gemelli dice que el zapote negro tiene el sabor de la casia; mas este es un error. También dice que esta fruta verde es venenosa para los peces: es particular que un extranjero que residió diez meses en México sea el único que haga mención de esta circunstancia.

sas. (1) El **chicozapote**, cuando está en su madurez, es fruta de las más exquisitas, y según muchos europeos, superior a todas las del Antiguo Mundo. El árbol es de mediana altura; su madera bastante buena para construcción; las hojas son redondas y semejantes a las del naranjo en color y consistencia. Nace sin cultivo en las tierras calientes y en algunas provincias forma bosques enteros que cubren espacios de diez y doce millas. (2)

El **capulino**, o **capulín**, como lo llaman los españoles, es la cereza de México. El árbol se parece mucho al cerezo de Europa; y la fruta a la cereza, en hueso, color y tamaño, pero no en sabor.

El **nanche** es un fruto pequeño, redondo, amarillo, aromático y sabroso. Sus granos son pequeñísimos. La planta nace en los países calientes.

El **chayote** es un fruto redondo y semejante a la castaña en el erizo en que está envuelto; aunque el del **chayote** es mucho mayor y de un verde más obscuro que el de la castaña. La pulpa es blanca con visos verdes, y en medio tiene un hueso grande y blanco, semejante a la pulpa en la substancia. Se come cocido, con el hueso. La planta es delicada, y la raíz es también buena para comer.

La **nuez encarcelada**, es llamada vulgarmente así, por estar envuelta en una cáscara durísima. Es más pequeña que la nuez común, y en la forma se parece a la moscada. La cáscara es lisa, y la almendra no tan abundante ni tan gustosa como la europea. Esta se ha multiplicado mucho en México, donde no es menos común que en Europa. (3)

La planta llamada en el país **tlalcacahuatl**, y por los españoles

---

(1) Gemelli dice que el **chicle** es una composición artificial, no siendo otra cosa que la leche del fruto, condensada al aire.

(2) Tomás Gage dice, entre otras grandes mentiras, que en el jardín de San Jacinto (hospicio de los dominicos de Filipinas, situado en un arrabal de México, donde él residió algunos meses), había árboles de esta especie. Es un error, porque la planta del **chicozapote** no se da en el valle de México, ni en ningún país en que hiela.

(3) Hablamos aquí tan solo de la **nuez encarcelada** del Imperio mexicano. La del Nuevo México es mayor y de mejor sabor que la común de Europa, según me ha asegurado persona fidedigna. Quizás esta especie es la misma que se conoce en la Luisiana con el nombre de **pacana** o **pacaria**.

cacahuate, es una de las producciones más extraordinarias de aquella tierra. Es hierba abundante en hojas y raíces. Las florecillas son blancas, pero no dan fruto. Este no nace en las ramas ni en los tallos, como sucede en los otros vegetales, sino junto a los filamentos de las raíces, en una vaina blanca o blanquizca, larga, redonda y arrugada, como se ve en la estampa adjunta. Cada vaina tiene dos, tres o cuatro **cacahuates**, cuya figura es semejante a la del piñón; pero son mucho mayores que éstos y más gruesos. Cada uno se compone de muchos granos con dos **lóbulos** cada uno y su punto germinante. Son de buen sabor, pero no se comen crudos sino un poco tostados. Si se tuestan más, adquieren un olor y un sabor tan semejantes al café, que es muy difícil distinguirlos de éste. Con los **cacahuates** se hace un aceite que no es de mal gusto; pero que se cree dañoso, por ser muy cálido. Produce este aceite una luz hermosa, pero que se apaga con facilidad. Esta planta prosperaría sin duda en los países meridionales de Europa. Se siembra por marzo y abril, y la cosecha se hace en octubre y noviembre.

Hay otros muchos frutos que omito por no parecer difuso; pero no puedo dejar de hacer mención del **cacao**, de la **vainilla**, de la **chía**, del **chile** o pimiento, del **tomate**, de la **pimienta de Tabasco**, del algodón, y de las legumbres de que más uso hacían los mexicanos.

El Dr. Hernández habla de cuatro especies de **cacao**, nombre que se deriva del mexicano **cacahuatl**. El **tlalcacahuatl**, el más pequeño de todos, era el que más usaban los mexicanos en su chocolate y en otras bebidas que tomaban diariamente. Las otras especies les servían de moneda. Esta era una de las plantas más cultivadas en las tierras calientes de aquel reino, y por ella pagaban grandes tributos a la corona de México muchas provincias, especialmente la de Xoconochco, cuyo cacao es excelente, y superior, no sólo al de Caracas, sino también al de la Magdalena. La descripción de esta célebre planta y de su cultura, se halla en las obras de muchos escritores de todas las naciones cultas de Europa.

La **vainilla**, tan conocida y usada en Europa, nace sin cultivo en las tierras calientes. Los antiguos mexicanos la usaban en el chocolate y en otras bebidas que hacían con cacao.

La **chía** es la pequeña semilla de una planta hermosa, cuyo tallo es derecho y cuadrangular. Las ramas están simétricamen-

te distribuídas, según los ángulos del tronco. La flor es azul. Hay dos especies de chía: una, negra y pequeña de que se saca un aceite utilísimo para la pintura; y otra blanca y grande, de que se hace una bebida que sirve de refresco. De una y otra hacían los mexicanos otros usos como después veremos.

Del **chile,** de que los mexicanos se servían como los europeos de la sal, hay a lo menos once especies diferentes en el tamaño, en la figura y en la fuerza del picante. Los más pequeños y acres son el **quauschilli,** que es fruto de un arbusto, y el **chiltecpin.** Las especies de tomates son seis, todas diferentes en tamaño, color y sabor. La mayor que es el **gictomatl** o **gitomate,** como dicen los españoles, es ya muy común en Europa. El **miltomatl** es más pequeño que el anterior, verde y perfectamente redondo. Cuando hablemos de las comidas de los mexicanos, indicaremos el uso que hacían de aquella producción.

El **xocoxochitl,** vulgarmente conocido con el nombre de **pimienta de Tabasco,** por ser muy abundante en aquella provincia, es un grano mayor que la pimienta de Malabar. El árbol que lo produce es corpulento: las hojas tienen el color y el lustre como las del naranjo; las flores son rojas, algo parecidas en la forma a a las del granado, y exhalan un olor suavísimo, del que participan las ramas. El fruto es redondo, y nace en racimos, verdes al principio y después casi negros. Esta pimienta de que hacían uso los mexicanos, puede suplir la falta de la común de Malabar.

El algodón era por su utilidad una de las producciones más abundantes de aquel país. Servíanse de ella en lugar de lino, (1) aunque no carecían de esta planta, y de sus filamentos se vestían la mayor parte de los habitantes de Anáhuac. Lo hay blanco y dorado, que se llama comunmente **coyote.** Es planta común en las tierras calientes, pero mucho más cultivada en los tiempos antiguos que en los modernos.

El fruto del **achiote** servía antiguamente para los tintes, co-

---

(1) Hallóse el lino en gran abundancia y de excelente calidad, en Michuacan, en el Nuevo-México y en Quivita; pero no sabemos que lo cultivasen ni se sirviesen de él los pueblos antiguos mexicanos. La corte de España, noticiosa de los terrenos que se prestan al cultivo de esta planta, envió por los años de 1778 a aquellos países, doce familias de la vega de Granada, a fin de que promoviesen un ramo tan importante de agricultura.

mo sucede en los tiempos presentes. Con la corteza del árbol se hacían cuerdas, y de la leña se sacaba fuego por medio de la fricción, como acostumbraban los antiguos pastores de Europa. Esta planta se halla bien descrita en el Diccionario de Mr. de Bomare.

En cuanto a granos y legumbres, casi todos los que se cultivan en Europa, han prosperado en el terreno de México, cuando han hallado un suelo conveniente. (1)

El principal y más útil de los granos es el maíz, llamado por los mexicanos **tlaolli**, del cual hay muchas especies diferentes en tamaño, color, peso y sabor. Lo hay grande, pequeño, blanco, amarillo, azulado, morado, rojo y negro. Con él hacían los mexicanos el pan y otras comidas de que después hablaremos. El maíz pasó de América a España, y de aquí a otros países de Europa, con gran ventaja de los pobres; aunque no faltan autores modernos que aseguran que esta útil producción pasó de Europa al Nuevo-Mundo: idea de las más extravagantes y absurdas que pueden presentarse a la imaginación de un hombre. (2)

La legumbre más apreciada de los mexicanos era la judía o habichuela, de la cual hay mayor número de variedades que del maíz. La mayor es la llamada **ayacotli**, que es del tamaño de una haba y nace de una hermosa flor encarnada; pero es mucho más estimada otra que tiene los granos pequeños, negros y pesados.

---

(1) El Dr. Hernández, en su Historia Natural de México, describe la especie de trigo que se halló en Michuacan, y pondera su prodigiosa fecundidad; pero los antiguos no quisieron o no supieron emplearlo, prefiriendo el maíz, como lo hacen también los modernos. El primero que sembró trigo de Europa en aquella tierra, fue un moro esclavo de Hernán Cortés, habiendo encontrado tres o cuatro granos dentro de un saco de arroz de la provisión de los soldados españoles.

(2) Estas son las palabras de Mr. de Bomare, en su **Diccionario de Historia Natural, artículo** bled de Turquie. **On donnait á cette plante curieuse et utile le nom de bled d'Inde, parcequ'elle tire son origine des Indes, d'ou elle fut portée en Turquie, et de lá dans toutes les autres parties de l'Europe, de l'Afrique, et de l'Amérique.** El nombre de **grano de Turquía** que se le da en Italia será sin duda la única razón que haya tenido el autor para adoptar un error tan contrario al testimonio de todos los que han escrito sobre cosas de América, y a la opinión general de las naciones. Los españoles de España y de América le han dado el nombre de **maíz**, palabra de la lengua Haitiana, que era la que se hablaba en la isla de Santo Domingo.

Esta legumbre, poco usada en Europa, porque aquí es de mal sabor, es tan exquisita en México, que no sólo sirve de alimento a la gente pobre, sino de regalo a la nobleza española.

PLANTAS NOTABLES POR SUS RAICES, HOJAS, TALLO Y MADERA

De las plantas preciosas por sus raíces, hojas, tallo y madera, tenían muchas los mexicanos, de las cuales algunas les servían de alimento como la **xícama**, el **camote**, el **huacamote**, el **cacomite** y otras muchas; otras les suministraban hilos para sus ropas y cuerdas, como el **iczotl** y muchas especies de **metl** o **maguey**; otras, en fin, les servían para los edificios y otros trabajos, como el cedro, el pino, el ciprés, el abeto y el ébano.

La **xícama**, que los mexicanos llaman **cazotl**, es una raíz de la figura y tamaño de una cebolla. Es blanca, compacta, fresca, jugosa y de buen sabor. Se come siempre cruda.

El **camote** es otra raiz comunísima en toda aquella tierra. La hay de tres especies; blanca, amarilla y morada. Los **camotes** son de buen gusto, especialmente los de Querétaro, que gozan de gran estimación en todo el imperio.

El **cacomite** es la raíz de la planta que da la flor del tigre, de que ya hemos hablado. El **huacamote** es la raíz dulce de una especie de yuca, (1) y se come cocida. La **papa**, raíz trasplantada a Europa, y muy apreciada en Irlanda y en Suecia, entra en el número de los vegetales que pasaron a México, de la América Meridional, su país nativo; como de la España y de las islas Canarias pasaron los nabos, los rábanos, las zanahorias, los ajos, las lechugas, las coles y otras plantas de esta especie. Cortés, en sus **Cartas a Carlos V**, asegura haber visto cebollas en el mercado de México; así que, no se necesitaba que fuesen de Europa. Además que el nombre de **xonacatl** que dan a la cebolla, y el de **Xonacatepec** que era el de un pueblo que existe en tiempo de los reyes mexicanos, manifiestan que la planta era muy antigua en aquellos países, y no introducida después de la conquista.

El **maguey** llamado por los mexicanos **metl**, **pita** por los españoles, y **áloe americano** por algunos autores, a causa de su gran semejanza con el verdadero **áloe**, es de las plantas más comunes

---

(1) La **yuca** es la planta con cuya raíz se hace el pan de **cazabe** en muchas partes de América.

y más útiles de México. El Dr. Hernández describe hasta diez y nueve especies de **maguey**, aun más diversas en la substancia interior que en la forma y color de sus hojas. En el libro VII de nuestra Historia tendremos ocasión de exponer las grandes ventajas que los mexicanos sacaban de esta planta, y los inmensos provechos que ha dado a los españoles.

El **iczotl** es una especie de palma de monte y muy alta, cuyo tronco por lo común es doble. Sus ramas tienen la figura de un abanico, y sus hojas las de una espada. Sus flores son blancas y olorosas; con ellas hacen una buena conserva los españoles: el fruto se parece al de la banana, pero no da provecho alguno. De las hojas se hacían antiguamente, y se hacen hoy día, buenas esteras, y los mexicanos sacaban de ellas hilo para sus manufacturas.

No es esta la única palma de aquellos países. Además de la **palma real**, superior a las otras por la belleza de su follaje, tienen el cocotero, la palma de dátiles y otras dignas de atención. (1)

El **quauhcoyolli** es palma de mediana altura, cuyo tronco es inaccesible a los cuadrúpedos, por estar armado de espinas largas, fuertes y agudísimas. Las ramas tienen la forma de un gracioso penacho, del que penden grandes racimos de frutos redondos, del tamaño de la nuez común, y como éstas, compuestas de cuatro partes distintas, a saber: la corteza, verde al principio y después parda; una pulpa amarilla, tenazmente unida a la cáscara; una cáscara redonda y durísima, y dentro de ésta, una médula o almendra blanca.

La palma **ixhuatl** es más pequeña, y no tiene más de seis o siete ramos, porque cuando nace uno, se seca otro de los antiguos. Con sus hojas se hacían antes espuertas y esteras, y hoy se hacen sombreros y otros utensilios. La corteza, hasta la profundidad de tres dedos, no es más que un conjunto de membranas, de cerca de un pie de largo, sutiles y flexibles, pero muy fuertes, y unidas muchas de ellas sirven de colchón a los pobres.

También pertenece a la clase de las pequeñas, la palma **teoic-**

---

(1) Además de la palma de dátiles propia de aquel país, nace también en él la de Berbería. Los dátiles se venden, por el mes de junio, en los mercados de México, de la Puebla de los Angeles, y de otras ciudades; pero a pesar de su sabor dulce, no son muy apreciados.

zotl. La médula de su tronco, que es de una contextura blanda, está envuelta en hojas de una substancia particular, redondas, gruesas, blancas, lisas y lustrosas, y que parecen otras tantas conchas dispuestas unas sobre otras. Los indios se servían de ellas antiguamente, y aun se sirven hoy día, para adornar los arcos de follaje que erigen en sus fiestas.

Hay otra palma que da los **cocos de aceite,** llamados así, porque de ellos se saca un aceite de buena calidad. El **coco de aceite** es una nuez semejante en el tamaño y en la figura a la moscada; dentro tiene una almendra blanca, oleosa, buena de comer y cubierta de una película sutil y morada. El aceite despide un olor suave, pero se condensa con facilidad, y entonces queda convertido en una masa espesa y blanca como la nieve.

En la excelencia, virtud y abundancia de maderas, aquel país no cede a ningún otro; porque como en su extensión se hallan todos los climas, también se hallan todos los árboles que en ellos prosperan. Además de las encinas, robles, abetos, pinos, cipreses, hayas, olmos, nogales y álamos, y otros muchos árboles de Europa, hay bosques enteros de cedros y ébanos, que eran los dos árboles más apreciados en la antigüedad por sus maderas: además, abundan el **agalloco** o madera de áloe, en la Mixteca; el **tapinzeran,** en Michuacan; la **caoba,** en Chiapan; el **palo gateado,** en Zoncoliuhcan (hoy Zongolica); el **camote,** en las montañas de Tezcoco; el **granadillo** o ébano rojo, en la Mixteca y otros puntos; el **mizquitl** o acacia verdadera, el **tepehuajin,** el **copte,** el **xabin,** el **guayacan** o leño santo, el **ayaquahuitl,** el **oyametl,** el **zopilote** y otras innumerables maderas apreciables por su incorruptibilidad, por su dureza y gravedad, (1) por la facilidad con que se prestan al trabajo, por la belleza de sus colores y por la fragancia que despiden. El **camote** es de un hermoso color morado, y el **granadillo** de un rojo obscuro; pero aún son más bellos el **palo gateado,** la **caoba,** y el **tzopiloquahnitl** o madera de **zopilote.** La dureza del **guayacán** es conocida en Europa; pero no le cede el **xabin.** El áloe de la Mixteca, aunque diferente del **agalloco** de Levan-

---

(1) Plinio, en su **Historia Natural,** lib. 16, cap. 4, indica tan solo cuatro géneros de madera de mayor gravedad específica que el agua. En México hay otras muchas que se sumergen en aquel líquido, como el **guayacan,** el **tapinzeran,** el **xabin,** etc. El **quiebra-hacha** es tambien de este número, y se llama así porque muy frecuentemente rompe los instrumentos de hierro con que se trabaja.

te, según la descripción que dan de éste García del Huerto y otros autores, es notable por el suavísimo olor que exhala, especialmente cuando está recién cortado. Hay también en aquel país un árbol cuya madera es preciosa; pero de naturaleza tan maligna, que ocasiona hinchazón en el escroto al que indiscretamente la maneja, cuando está recién cortada. El nombre que le dan en Michuacan, y del cual no puedo acordarme, expresa aquella maléfica virtud. No he sido testigo de ello, ni tampoco he visto el árbol; pero lo supe, cuando fuí a Michuacan, de persona fidedigna.

El Dr. Hernández describe en su **Historia Natural** cerca de cien especies de árboles; pero habiendo dedicado principalmente sus estudios, como ya hemos dicho, a las plantas medicinales, omite la mayor parte de los que produce aquel hermoso terreno, y especialmente los más notables por su tamaño y por lo apreciable de su madera. Hay algunos de tan extraordinarias dimensiones, que no son inferiores a los que Plinio cita como milagros de la naturaleza.

El Padre Acosta hace mención de un cedro que existía en **Atlacuechahuayan,** pueblo distante nueve leguas de Antequera, o sea Oaxaca, cuyo tronco tenía de circunferencia diez y seis brazas, es decir, más de ochenta y dos pies de París; y yo he visto en una casa de campo, una viga de la misma madera, que tenía de largo ciento y veinte pies castellanos, o ciento siete de París. En muchas casas de la capital, y de otras ciudades del país, se ven enormes mesas de cedro de una sola pieza. En el valle de **Atlixco** se conserva todavía un abeto antiquísimo y tan grande, que en la cavidad formada por los rayos en su tronco, caben catorce hombres a caballo. (1) Mayor idea dará de su amplitud un testimonio tan respetable como el del Emmo. Sr. D. Francisco Lorenzana, arzobispo que fue de México y hoy de Toledo. Este prelado en sus anotaciones a las **Cartas de Cortés a Carlos V,** impresas en México el año de 1770, asegura que habiendo ido él mismo a observar aquel fa-

---

(1) El nombre mexicano de este árbol es **ahuehuetl,** y los españoles del país lo llaman **ahuehuete;** pero los que quieren hablar con pureza castellana, le dan el nombre de **sabino,** en lo que se engañan, pues no pertenece a esta especie, aunque se le parece mucho, como lo demuestra el Dr. Hernández en el lib. 3, cap. 66, de la **Historia Natural.** Yo he visto el abeto de Atlixco en el tránsito que hice por aquella ciudad en 1756, pero no bastante de cerca para poder formar idea de sus dimensiones.

moso árbol, en compañía del arzobispo de Guatemala y del obispo de la Puebla de los Angeles, hizo entrar cien muchachos en su cavidad.

Pueden compararse con este abeto las **ceibas** que yo he visto en la provincia marítima de Xicayan. La amplitud de estos árboles es proporcionada a su portentosa elevación, y es delicisísimo su aspecto cuando están cubiertos de nuevo follaje y cargados de fruta, dentro de la cual hay una especie de algodón blanco, sutil y delicadísimo. Con esta hilaza podrían hacerse, y se han hecho en efecto, tejidos tan finos y suaves, y aun quizás más que los de seda; (1) pero no se hila con facilidad, por ser muy cortos los filamentos; además que se sacaría poca ventaja de esta manufactura, siendo de poca duración el tejido. El algodón de esta fruta se usa en almohadas y colchones, los que tienen la singular propiedad de esponjarse extraordinariamente con el calor del sol.

Entre otros muchos árboles dignos de atención por su singularidad, y que me veo precisado a omitir, no debo, sin embargo, pasar en silencio cierta especie de higuera bravía, que nace en tierras de Cohuixchi y en otros puntos del reino. Es árbol grueso, elevado, frondoso, semejante en sus hojas y frutos a la higuera común. De sus ramas, que se extienden horizontalmente, nacen ciertos filamentos que penden hacia la tierra, progresivamente creciendo y engrosando, hasta que introducidos en ella se arraigan y forman otros tantos troncos; así que, un árbol solo basta para formar una selva. (2) El fruto de este árbol es inútil, pero la madera es de buena calidad.

PLANTAS UTILES POR SU RESINA, ACEITE O JUGO

La tierra de Anáhuac es fecundísima en vegetales útiles por la resina, goma, aceite o jugo que de ellos mana.

---

(1) Mr. de Bomare dice que los africanos hacen del hilo de la **ceiba**, el tafetán vegetal, tan raro y tan estimado en Europa. No es extraño que escasee tanto la tela, siendo tan difícil elaborarla. El nombre **ceiba** viene, como otros muchos de los que se usan en México, de la lengua que se hablaba en la isla de Haití. Los mexicanos lo llaman **pochotl**, y muchos españoles, **pochote**. En Africa se llama **benten**. La **ceiba**, según el mismo autor, es el árbol más alto de los conocidos.

(2) Hacen mención de esta higuera, el Padre Andrés Pérez de Ribas, en la Historia de las misiones de Cinaloa, y Mr. de Bomare en su

El **huitziloxitl**, que destila el famoso bálsamo, es un árbol de mediana elevación. Sus hojas son semejantes a los del almendro, aunque algo mayores. La madera es rojiza y olorosa; la corteza cenicienta, pero cubierta de una película del color de la madera. Las flores, que son de un color pálido, nacen en las extremidades de las ramas. La simiente es pequeña, blanquizca, y encorvada, y pende de un filamento delgado y de media pulgada de largo. En cualquiera parte que se haga una incisión, especialmente después de llover, se ve manar aquella exquisita resina, tan apreciada en Europa, y que en nada cede al famoso bálsamo de Palestina. (1) El de México es de un rojo negruzco o de un blanco amarillento; el sabor es acre y amargo, y el olor intenso, pero sumamente agradable. El árbol del bálsamo es común en las orillas de Pánuco y de Chiapan, y en otras tierras calientes. Los reyes mexicanos lo hicieron trasplantar al célebre jardín de Huaxtepec, donde prendió felizmente, y de allí se propagó en todas aquellas montañas. Algunos indios para sacar más cantidad de bálsamo, queman las ramas del árbol, después de hacer la incisión. Como estas preciosas plantas son muy comunes en aquellos países, no se curan de la pérdida de algunas de ellas, por tal de no aguardar la destilación, que suele ser lenta. Los antiguos mexicanos no sólo sacaban el **opobálsamo,** o lágrima destilada del tronco; mas también el **xilobálsamo,** por la decocción de las ramas. (2)

Del **huaconex** y de la **maripenda** (3) sacaban también un aceite semejante al bálsamo. El **huaconex** es un árbol de mediana

---

Diccionario, llamándolo **Figuier des Indes, Grand Figuier,** y **Figuier admirable.** Los historiadores de la India Oriental describen otro árbol semejante a éste, que se halla en aquellas regiones.

(1) El primer bálsamo que se llevó de México a Roma, se vendió a cien ducados la onza, como lo testifica el Dr. Monarde en su Historia de los simples medicinales de América. La silla apostólica declaró que esta substancia era materia idónea para el crisma, aunque diferente del bálsamo de Palestina.

(2) Sácase también del fruto del **huitzilogitl** un aceite, semejante en olor y sabor, al de almendras, pero más acre, y de olor más fuerte. Es muy útil en la medicina.

(3) Los nombres **huaconex** y **maripenda** no son mexicanos, sino adoptados por los autores que han descrito las plantas de aquellos países.

altura, y de madera dura y aromática, que se conserva sin alterarse muchos años, aunque esté metido en tierra. Sus hojas son pequeñas y amarillas, las flores pequeñas también y blanquizcas, y el fruto semejante al del laurel. Se sacaba por destilación el aceite de la corteza, haciéndola pedazos antes, teniéndola tres días en agua natural y secándola al sol. De las hojas se sacaba otro aceite de buen olor. La **maripenda** es un arbusto con hojas lanceoladas; el fruto es semejante a la uva, y viene en racimos, verdes al principio, y después rojos. El aceite se sacaba cociendo las ramas con mezcla de alguna fruta.

El **xochiocotzotl,** vulgarmente llamado liquidámbar, es el estoraque líquido de los mexicanos. Es árbol grande (y no arbusto como dice Pluche) ; las hojas parecidas a las del acebo, son dentadas, dispuestas de tres en tres, blanquizcas de un lado y obscuras del otro. El fruto es espinoso y polígono, con la superficie negra y los ángulos amarillos. La corteza del árbol es en parte verde y en parte leonada. Del tronco sale por incisión aquella preciosa resina que los españoles llamaron **liquidámbar,** y el aceite del mismo nombre que es aún más oloroso y apreciable. También se hace el liquidámbar con la decocción de las hojas, mas este es inferior al que procede de la destilación.

El nombre mexicano **copalli,** es genérico y común a todas las resinas, pero se aplica especialmente a las que se usan como incienso. Hay hasta diez especies de árboles que dan esta especie de resina, y se diferencian, tanto en el nombre como en la forma de las hojas, del fruto, y en la calidad de aquel producto. El **copal,** llamado así por antonomasia, es una resina blanca y transparente que sale de un árbol grande, cuyas hojas se parecen a las de la encina, aunque son mayores que éstas; el fruto es redondo y rojizo. Esta resina es bien conocida en Europa con el nombre de **goma copal,** y se emplea en la medicina y en hacer barnices. Los antiguos mexicanos la usaban principalmente en el incienso, de que se servían ya en el culto religioso de sus ídolos, ya en obsequio de los embajadores y otras personas de alta jerarquía. Hoy lo consumen en grandes cantidades para el culto del verdadero Dios y de sus santos. El **tecopalli** o **tepecopalli,** es otra resina semejante en olor, color y sabor, al incienso de Arabia. El árbol que la destila es de mediana elevación; nace en los montes; su fruto es una especie de bellota, que contiene un piñón, bañado de una especie de mucílago, o saliva viscosa, y dentro

del piñón hay una almendrilla, que se emplea útilmente en la medicina. Todos estos árboles, y otros de la misma especie, en cuya descripción no puedo detenerme, son propios de las tierras calientes.

La **caraña** (1) y la **tecamaca,** resinas bien conocidas en el comercio de Europa, salen de dos árboles mexicanos, altos y corpulentos. El árbol de la caraña tiene el tronco leonado, liso, brillante y oloroso, y las hojas, aunque redondas, parecidas en su contextura a las del olivo. El árbol de la **tecamaca** tiene las hojas anchas y dentadas; el fruto rojo, redondo, pequeño y pendiente de la extremidad de las ramas. Uno y otro son de las tierras calientes.

El **mizquitl,** o **mezquite,** como dicen los españoles, es una especie de acacia, verdadera goma arábiga, como aseguran el doctor Hernández y otros doctos naturalistas. Es arbusto espinoso; sus ramas están dispuestas con mucha irregularidad; las hojas son tenues, sutiles, semejantes a las plumas de las aves, dispuestas de dos en dos en las ramas, una en frente de otra. Los frutos son dulces y sabrosos, y en ellos se contiene la semilla, con la cual los salvajes chichimecas hacían una pasta que les servía de pan. Su madera es durísima y pesada. Estos árboles son tan comunes en el territorio de México, y sobre todo en los países templados, como las encinas en Europa. (2)

La **laca** o **goma laca** (como dicen los boticarios) corre con tanta abundancia de un árbol semejante al mezquite, que llega a cubrir enteramente sus ramas. (3) Este árbol es de mediana altura; el tronco es rojizo, y abunda en las provincias de los cohuixcas, y de los tlahuicas.

---

(1) Los mexicanos dieron al árbol de la **caraña** el nombre de **tlahuelilocaquahuitl,** es decir, árbol de la malignidad; porque creían supersticiosamente que lo tenían en horror los espíritus malignos, y que era un preservativo eficaz contra los hechizos. Tecamaca viene del **tocomacihayac** de los mexicanos.

(2) Hay en Michuacan una especie de mezquite o acacia, que no tiene espinas, y cuyas hojas son más sutiles que las del mezquite común: por lo demás se le parece en todo.

(3) García del Huerto, en la Historia de los simples de la India, asegura con el apoyo de algunos hombres prácticos del país, que la laca es producto del trabajo de cierta clase de hormigas. Esta opinión ha sido adoptada por muchos autores, y Mr. de Bomare le hace el honor de creer-

La **sangre de drago** sale de un árbol grande, cuyas hojas son anchas y angulosas. Este árbol nace en los montes de Quauhchinanco, y en los de los cohuixcas. Los mexicanos llaman al jugo **ezpatli**, es decir, medicina sanguínea, y al árbol, **ezquahuitl**, o árbol de sangre. Hay otro del mismo nombre en los montes de Cuauhnahuac, que se le parece mucho; pero tiene las hojas redondas y ásperas, la corteza áspera también, y la raíz olorosa.

La **resina elástica**, llamada por los mexicanos **olin**, u **oli**, y por los españoles del país, **hule**, sale del **olquahuitl**, árbol elevado, de tronco liso y amarillento. Sus hojas son grandes, las flores blancas, y el fruto amarillo, redondo, anguloso. Dentro se encuentran unas almendras del tamaño de las avellanas, blancas, pero cubiertas de una película amarilla. La almendra es de sabor amargo, y el fruto nace siempre pegado a la corteza. El hule cuando sale del árbol, es blanco, líquido y viscoso; después amarillea, y finalmente toma un color de plomo negruzco, que conserva siempre. Los que lo recogen, le dan por medio de moldes, la forma conveniente al uso a que lo destinan. Esta resina, cuando está condensada, es la substancia más elástica de todas las conocidas. Con ella hacían los mexicanos balones, que aunque más pesados que los de aire, tienen más ligereza y bote. Hoy, además de este uso, lo emplean en sombreros, zapatos y otros objetos, impenetrables al agua. Derretido al fuego, el hule da un aceite medicinal. El árbol nace en las tierras calientes, como en las de Ihualapan y Mecatlán, y es muy común en Guatemala. En Michuacan hay un

---

la demostrada; pero, en primer lugar, todas estas ponderadas demostraciones no son más que indicios equívocos y conjeturas falaces, como lo echará de ver el que lea atentamente los indicados autores. 2.º De todos los naturalistas que han escrito sobre la laca, el único que la ha visto en el árbol, es el Dr. Hernández, y este docto y sincero escritor asegura que la laca es una verdadera resina, destilada del árbol que los mexicanos llaman **tzinacancuitlaquahnitl**, y rebate, como preocupación vulgar, la opinión contraria. 3.º El país en que abunda la laca es la fertilísima provincia de los Tlahuicas, en que todas las frutas se dan admirablemente, y de donde salen en grandes cantidades, para abastecer los mercados de la capital. Y cierto que no podría hacerse tan gran cosecha de frutas, si hubiese en aquel país la cantidad inmensa de hormigas que sería necesaria para fabricar la laca que cubre los árboles de aquella especie, que son allí comunísimos. 4.º Si la laca es obra de las hormigas, ¿por qué la fabrican en aquellos árboles, y no en los de otra especie? Los mexicanos llamaban a la laca, estiércol de murciélago por no sé qué analogía que hallaban entre aquellos dos objetos.

árbol llamado **tarantaca** por los tarascos, que es de la misma especie que el **olquahuitl**; pero se diferencia en las hojas.

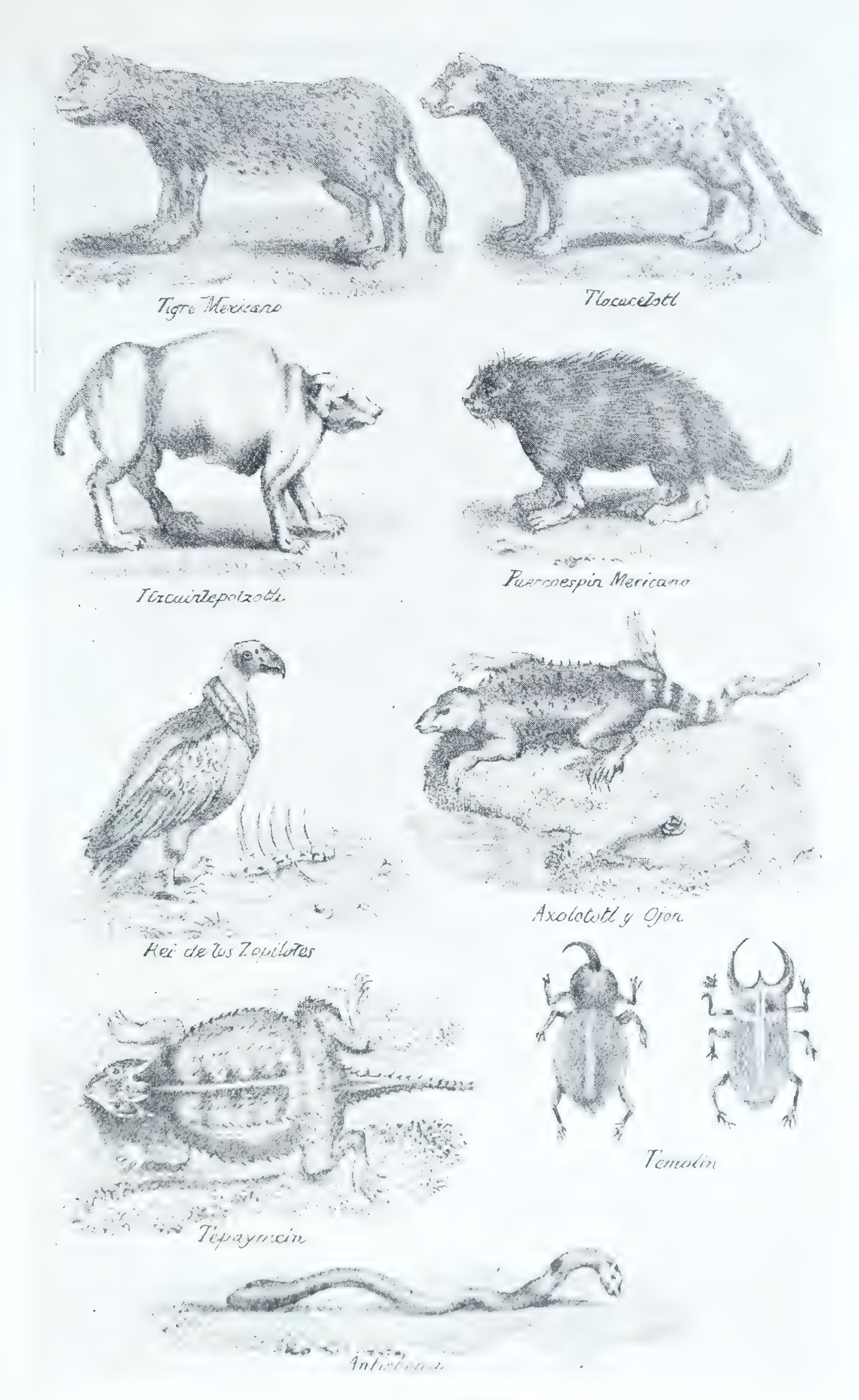
El **quauhxiotl** es un árbol mediano, cuyas hojas son redondas, y la corteza rojiza. Hay dos especies subalternas de este vegetal: la una da una goma blanca, que puesta en agua, la tiñe de un color de leche; la otra destila una goma rojiza, y ambas substancias son remedios eficaces de la disentería.

En esta clase de plantas deben colocarse, por el aceite que producen, el abeto, la **higuerilla** (planta semejante a la higuera), el **ocote**, y una especie de pino oleoso: el **brasil**, el **campeche**, el **añil** y otros, por sus jugos; pero estas producciones son muy conocidas en Europa, y en adelante tendremos ocasión de hablar de ellas.

Lo poco que hemos dicho acerca del reino vegetal de Anáhuac, aviva el sentimiento que experimentamos al ver tan descuidadas y perdidas las nociones exactas de historia natural, que en tan alto grado poseían los antiguos mexicanos. Sabemos que aquellos bosques, montes y valles están cubiertos de infinitos vegetales utilísimos y preciosos, sin haber quien se digne aplicarse a estudiarlos y describirlos. ¿No es doloroso que de los inmensos tesoros sacados de aquellas riquísimas minas en el espacio de dos siglos y medio, no se haya dedicado una parte a fundar academias de naturalistas, que siguiendo los pasos del ilustre Hernández, puedan descubrir en bien de la sociedad los dones inapreciables, derramados allí tan liberalmente por la mano del Creador?

CUADRUPEDOS DEL TERRITORIO DE MEXICO

El reino animal de Anáhuac no es menos desconocido que el vegetal, a pesar de la diligencia con que el Dr. Hernández se aplicó a su estudio. La dificultad de distinguir las especies, y la impropiedad de la nomenclatura, dada por analogía, hacen difícil y escabrosa la historia de los animales. Los primeros españoles, más prácticos en el arte de la guerra, que en el estudio de la naturaleza, en lugar de conservar, como hubieran debido hacerlo, los nombres que los mexicanos daban a sus animales, llamaron tigres, lobos, osos, leones, perros, etc., a muchos animales de especies diferentes, guiados por la semejanza del color de la piel, o por algún otro rasgo exterior, o por la conformidad de cier-



Animales mexicanos



tas operaciones y propiedades. Yo no pretendo reformar sus errores, sino dar a mis lectores alguna idea de los cuadrúpedos, aves, reptiles, peces e insectos, que se mantienen en la tierra y en las aguas de Anáhuac.

Entre los cuadrúpedos los hay antiguos y modernos. Estos, que son los que se transportaron de Canarias y de Europa en el siglo XVI, son los caballos, los asnos, los toros, los carneros, las cabras, los puercos, los perros y los gatos; todos los cuales se han multiplicado allí, como lo haré ver en las Disertaciones, rebatiendo a algunos filósofos modernos, que se han empeñado en probar la degradación de todos los cuadrúpedos en el Nuevo Mundo.

De los cuadrúpedos antiguos, es decir, de aquellos que de tiempo inmemorial se crían en aquella tierra, unos eran comunes a los dos continentes; otros, sólo propios del Nuevo Mundo, pero comunes a México y a otros países de América; otros en fin exclusivamente peculiares de México.

Los cuadrúpedos antiguos comunes en México y al Antiguo Continente son los leones, los tigres, los gatos monteses, los osos, los lobos, los zorros; los ciervos, comunes y blancos; (1) los gamos, las cabras monteses, las fuinas, las martas, las ardillas, las **polatucas**, los conejos, las liebres, los lirones y los ratones. El conde de Buffon niega que hubiese en América leones, tigres y conejos; pero como su opinión se funda en la pretendida imposibilidad del paso de los animales europeos de las tierras cálidas al Nuevo Continente, lo que procuro impugnar en mis Disertaciones, no necesito interrumpir aquí el hilo de mi historia, para ocuparme en este punto.

El **mixtli** de los mexicanos es el león sin melena, de que hace mención Plinio, (2) enteramente diverso del león africano, y el **ocelotl**, no se distingue del tigre de Africa, como lo testifica el

---

(1) Los ciervos blancos, sean o no de la misma especie que los comunes, son propios de los dos continentes. Fueron conocidos de los griegos y de los romanos. Los mexicanos llamaban al ciervo blanco, rey de los ciervos. El conde de Buffon piensa que la blancura de estos animales es efecto de la esclavitud; pero el hecho de hallarse ciervos blancos en los montes de México, desmiente esta opinión.

(2) Plinio distingue las dos especies de león, con melena y sin melena, y menciona el número de los de cada especie, que Pompeyo presentó en los juegos de Roma.

Dr. Hernández, que conocía unos y otros. El **tochtli** de México es el mismo conejo del Antiguo Continente, y tan antiguo cuando menos en aquellos países, como el calendario mexicano, en el cual la imagen del conejo era el primer símbolo del año. Los gatos monteses, que son mayores que los domésitcos, son muy feroces y temibles. Los osos son enteramente negros, y más corpulentos que los que se ven en Italia, y vienen de los Alpes. Las liebres se distinguen de las de Europa por tener las orejas más largas, y los lobos por tener más voluminosa la cabeza. Estas dos especies son abundantes en aquella tierra. Damos el nombre de **polatuca,** como lo hace el conde Buffon, al **quimichpatlan,** o ratón volante de los mexicanos. Conviénele el nombre de ratón, porque se asemeja a éste en la cabeza, aunque la tiene mayor; y el de **volante,** porque teniendo en su estado natural prolongada y floja la piel del vientre, cuando quiere dar un salto violento de un árbol a otro, la extiende con los pies, y se sirve de ella a guisa de alas. El vulgo de españoles confunde este cuadrúpedo con la ardilla; pero son ciertamente dos animales diversos. Las ratas fueron llevadas a México en buques europeos; no así los ratones, que siempre fueron conocidos por los mexicanos con el nombre de **quimichin,** el cual daban también metafóricamente a los espías.

Los cuadrúpedos comunes a México y a los otros países del Nuevo Mundo, son el **coyametl,** el **epatl,** algunas especies de monos, el **ayotochtli,** el **aztacojotl,** el **tlacuatzin,** el **techichi,** el **tlalmototli,** el **techallotl,** el **amiztli,** el **mapach** y la **danta.** (1)

El **coyametl,** que los españoles llaman jabalí, por su semejanza con este animal, se llama en otros países de América, **pecar, saino** y **tayassu.** La glándula que tiene en una cavidad de la espalda, de que destila abundantemente un líquido fétido y espeso, in-

---

(1) Muchos autores numeran entre los animales de México, al paco o carnero peruano, al huanaco, a la vicuña y al perezoso; pero todos estos cuadrúpedos son propios de la América Meridional, y ninguno de ellos lo es de la Septentrional. Es cierto que el Dr. Hernández hace mención del paco entre los cuadrúpedos de México, da su dibujo, y adopta el nombre mexicano **pelonichcatl**; pero lo hizo con referencia a algunos individuos llevados del Perú, a los que dieron aquel nombre los mexicanos, como describe también los de la misma especie, llevados a Filipinas. Lo cierto es que estos animales no son indígenas de México, ni se encuentran en ningún otro país de la América Septentrional; sino que algunos individuos han sido llevados allí como objetos de curiosidad, del mismo modo que se han traído a Europa.

dujo a los primeros escritores de América a creer que en aquel país había puercos que tenían en aquella parte el ombligo; y aun hay todavía quien así lo crea, aunque hace dos siglos que se ha destruído aquel error por la anatomía. ¡Tan difícil es combatir las preocupaciones populares! La carne del **coyametl** es buena de comer; pero inmediatamente que se mata es necesario cortar la glándula, y lavar todo el líquido que de ella ha salido, pues de lo contrario infestaría toda la carne.

El **epatl**, llamado **zorrillo** por los españoles, es menos conocido por la hermosura de su piel, que por la insufrible fetidez que arroja cuando lo persiguen los cazadores. (1)

El **tlacuatzin**, que en otros países se llama **churcha, sarigua** u **opossum**, ha sido descrito por muchos autores, y es célebre por el saco de piel que la hembra tiene en el vientre, y que le coge desde el principio del estómago hasta el orificio del útero; el cual le cubre las tetas, y tiene en medio una abertura, por la que mete a los hijos, después de haberlos parido, para tenerlos bien custodiados. Cuando anda o salta por las paredes, extiende la piel y cierra la abertura, a fin de que no puedan escaparse los cachorros. Pero cuando quiere echarlos fuera, a fin de que coman, y volver a guardarlos, para darles de mamar o preservarlos de algún peligro, afloja la piel y abre la boca del saco; imitando la preñez cuando lleva en él a los hijos, y el parto cuando les da salida. Este curioso cuadrúpedo es el exterminio de los gallineros.

El **ayotochtli**, llamado por los españoles **armadillo** o **encubertado**, y por otras naciones **tatú**, es conocido en Europa por las planchas oseosas que le cubren la espalda, y que se parecen a la antigua armadura de los caballos. Los mexicanos le dieron aquel nombre por la semejanza, aunque imperfecta, que tiene con el conejo cuando descubre la cabeza, y con la calabaza, cuando la

---

(1) Buffon numera cuatro especies de **epatl**, bajo el nombre genérico de **mouffetes**. Dice que las dos primeras, que él llama **coaso** y **conepata**, son de la América Septentrional, y el **chincho** y el **zorrillo** que son las otras dos, de la América Meridional. No creo que sean cuatro especies diferentes, sino cuatro razas de una misma. Los nombres que dan los mexicanos a las dos primeras, son **izquiepatl** y **conepatl**; las cuales sólo se diferencian en el tamaño y color. El nombre de **ocaso** o **squass**, que el viajero Dampierre dice ser común en México, no se ha oído jamás en aquellos países. Los indios de Yucatán, que fue donde estuvo Dampierre, dan a aquel cuadrúpedo el nombre de **pai**.

oculta en las conchas; (1) pero a ningún animal se parece tanto como a la tortuga, aunque se diferencia de ésta en algunas cosas. Podría llamarse cuadrúpedo testáceo. Este animal no puede huir de los cazadores, cuando lo persiguen en una llanura; pero si es en los montes, donde por lo común habita, si halla cerca algún declive, se encoge, se hace una bola, y echándose a rodar por la pendiente, deja burlado al cazador.

El **techichi**, que también se llama **alco**, era un cuadrúpedo de México y de otros países de América, que por ser de la figura de perro, fue llamado así por los españoles. Era de un aspecto melancólico, y enteramente mudo, de donde tomó origen la fábula de que los perros del Mundo Antiguo enmudecen, cuando son transportados al Nuevo. Los mexicanos comían la carne del **techichi**; y si hemos de dar fe a los españoles, que también la comían, era gustosa y nutritiva. Los españoles, después de la conquista de México, no teniendo todavía rebaños de ninguna especie, hacían la provisión para sus buques con carne de estos cuadrúpedos y así extinguieron muy en breve la raza, aunque era muy numerosa.

El **tlalmototli**, o ardilla de tierra, llamado ardilla suiza por Buffon, es semejante a la verdadera, en los ojos, en la cola, en la ligereza y en todos sus movimientos; pero se diferencia de ella en el color, en el tamaño, en la habitación y en algunas propiedades. El pelo del vientre es blanco, y el del resto del cuerpo, blanco, manchado de gris. Su tamaño es doble del de la ardilla común, y no habita como ésta en los árboles, sino en los agujeros que labra en la tierra, o entre las piedras de las tapias de los sembrados, en los que hace muchos estragos, por la gran cantidad de grano que consume. Muerde furiosamente a quien se le arrima, y no es posible domesticarlo; pero tiene elegancia en las formas, y gracia en los movimientos. Esta especie es muy numerosa, sobre todo en el reino de Michuacan. El **techallotl** solo se distingue del ani-

---

(1) **Ayotochtli**, es palabra compuesta de **aytoli**, calabaza, y de **tochtli**, conejo. Buffon numera ocho especies de este animal, bajo el nombre de **tatous**, dividiéndolas según el número de escamas móviles que los cubren. No puedo decir cuantas especies hay en México, puesto que he visto pocos individuos; y no pensando entonces escribir sobre este asunto, no me tomé el trabajo de contar las escamas, ni creo que le haya ocurrido a nadie este pensamiento.

mal que acabamos de describir, en tener más pequeña y menos peluda la cola.

El **amiztli**, o león acuático, es un cuadrúpedo anfibio que habita en las orillas del mar Pacífico, y en algunos ríos de aquellos países. El cuerpo tiene tres pies de largo, y la cola dos. Tiene el hocico largo, las piernas cortas, las uñas encorvadas. La piel es muy estimada por el pelo que la cubre, que es largo y suave.

El **mapach** de los mexicanos, es, según el conde de Buffon, el mismo cuadrúpedo llamado **ratton** en la Jamaica. El mexicano tiene la cabeza negra, el hocico largo y sutil, como el del galgo; las orejas pequeñas, el cuerpo voluminoso, el pelo variado de negro y blanco, la cola larga y peluda, y cinco dedos en cada pie. Sobre cada ojo tiene una mancha blanca, y se sirve de las piernas delanteras, como la ardilla, para llevar a la boca lo que quiere comer. Aliméntase indiferentemente de granos, de frutas, de insectos, de lagartijas y de sangre de gallinas. Domestícase fácilmente, y es bastante gracioso en sus juegos; pero es traidor como la ardilla, y suele morder a su amo.

La **danta**, o **anta**, o **beori**, o **tapir** (que estos nombres se le dan en diferentes países), es el cuadrúpedo más corpulento de cuantos hay en el territorio mexicano, (1) y el que más se acerca al hipopótamo, no solo en el tamaño, sino en algunos rasgos y propiedades. La danta es del tamaño de una mula mediana. Tiene el cuerpo algo encorvado, como el puerco, la cabeza gruesa y larga, con un apéndice en la piel del labio superior, que extiende o encoge a su arbitrio; los ojos chicos, las orejas chicas y redondas, las piernas cortas, los pies delanteros con cuatro uñas, los traseros con tres, la cola corta y piramidal, la piel gruesa y cubierta de un pelo espeso, que en la edad madura es de un color obscuro. La dentadura, compuesta de veinte dientes molares y otros tantos incisivos, es tan fuerte y penetrante, y sus mordeduras son tan terribles, que se le ha visto, como asegura el historiador Oviedo, que fue testigo ocular, arrancar de una dentellada a un perro de caza, uno o dos palmos de pellejo, y a otro un muslo y una pierna.

---

(1) La **danta** es mucho menor que el **tlacaxolotl** descrito por el Dr. Hernández; pero no sabemos que haya existido jamás este gran cuadrúpedo en el suelo mexicano. Lo mismo debe decirse del ciervo del Nuevo México, y del bisonte, que son mayores que la **danta**. Véase la Disertación IV de esta obra.

Su carne es buena de comer; (1) la piel flexible, y al mismo tiempo tan fuerte, que resiste no solo a las flechas, sino a las balas de fusil. Este cuadrúpedo habita los bosques solitarios de las tierras calientes, y las inmediaciones de algún río o lago, pues vive tanto en el agua com en la tierra.

Todas las especies de monos, propios de aquel país, se comprenden por los mexicanos bajo el nombre de **ozomatli.** Los hay de varios tamaños y formas: pequeños y extraordinariamente graciosos; medianos, grandes, fuertes, feroces y bravos, y estos se llaman **zambos.** Los hay, que cuando están erguidos sobre las piernas, alcanzan la estatura del hombre. Entre los medianos hay algunos que por tener la cabeza semejante a la del perro, pertenecen a la clase de los **cinocéfalos,** (2) aunque todos ellos tienen cola.

En cuanto a los hormigueros, tan singulares por la enorme longitud del hocico, la estrechez de la garganta y la desmesurada dimensión de la lengua, de que se sirven para sacar las hormigas de los hormigueros, que es la circunstancia a que deben el nombre, nunca los he visto en aquellos países, ni sé que existan en ellos; pero creo que pertenece a la misma especie el **aztacoyotl,** o sea **coyote hormiguero,** mencionado aunque no descrito por el Dr. Hernández. (3)

Los cuadrúpedos peculiares de la tierra de Anáhuac, cuya especie no se encuentra en la América Meridional, ni en otros países españoles del norte del Nuevo Mundo, con el **coyotl,** el **talcoyotl,** el **xoloitzcuintli,** el **tepeitzcuintli,** el **itzcuintepotzotli,** el **ocotochtli,** el **coyopolin,** la **tuza,** el **ahuitzotl,** el **huitztlacuatzin,** y otros que no son conocidos.

---

(1) Oviedo dice que las piernas de la **danta** son muy sabrosas, con tal que estén veinticuatro horas continuas al fuego.

(2) El **cinocéfalo** del Antiguo Continente no tiene cola; y habiéndose encontrado en el Nuevo Mundo monos con cola y cabeza de perro, Mr. Brisson, en la clasificación que hace de los monos, da acertadamente a los de esta clase el nombre de **cinocéfalos cercopiteques,** y distingue dos especies. Buffon omite ésta en las diferentes que describe.

(3) El oso hormiguero descrito por Oviedo, es diferente del **fourmilier** de Buffon; pues aunque uno y otro se alimentan de hormigas, y tienen desmesurados hocico y lengua, el de Buffon tiene una cola muy larga, y el de Oviedo carece absolutamente de cola. Es muy curiosa la descripción que hace Oviedo del modo que estos animales tienen de cazar las hormigas.

El **coyotl** o **coyote,** como dicen los españoles, es una fiera semejante al lobo en la voracidad, a la zorra en la astucia, al perro en la forma, y en otras propiedades al **adive** y al **chacal**: por lo que algunos escritores mexicanos lo han numerado entre varias de aquellas especies; pero es indudable que se diferencia de todas ellas, como lo haremos ver en las Disertaciones. Es más pequeño que el lobo; del tamaño de un mastín, pero más enjuto. Tiene los ojos amarillos y penetrantes; las orejas pequeñas, puntiagudas y derechas; el hocico negruzco, las piernas fuertes, y los pies armados de uñas gruesas y curvas; la cola gruesa y peluda, y la piel manchada de negro, pardo y blanco. Su voz participa del aullido del lobo, y del ladrido del perro. El coyote es de los cuadrúpedos más comunes en México, (1) y de los más perniciosos a los rebaños. Ataca una manada entera; y si no encuentra un cordero, se apodera de una oveja por el pescuezo, carga con ella, y golpeándola con la cola, la lleva a donde quiere. Persigue a los ciervos, y suele también acometer a los hombres. Cuando huye, no hace más que trotar; pero su trote es tan rápido y veloz, que apenas puede seguirlo un caballo a carrera tendida. El **cuetlachcoyotl,** me parece de la misma especie que el coyote, del que solo se distingue en tener el cuello más grueso, y el pelo semejante al del lobo.

El **tlalcoyotl,** o **tlalcoyote**, es del tamaño de un perro mediano; pero más grueso, y a mi entender, el cuadrúpedo más corpulento de cuantos viven en agujeros subterráneos. Se parece algún tanto al gato en la cabeza; y al león en el color y en lo largo del pelo. Tiene la cola larga y peluda; se alimenta de gallinas, y de otros animales pequeños que caza en la obscuridad de la noche.

El **itzcuintepotzotli,** el **tepeitzcuintli** y el **xoloitzcuintli,** eran tres especies de cuadrúpedos, semejantes al perro. El primero, cuyo nombre significa perro jorobado, era del tamaño de un perro maltés, y tenía la piel manchada de blanco, leonado y negro. La cabeza era pequeña con respecto al cuerpo, y parecía unida íntimamente a éste, por ser el pescuezo grueso y corto. Tenía la mirada suave, las orejas bajas, la nariz con una prominencia consi-

---

(1) Ni Buffon ni Bomare hacen mención del coyote, siendo una de las fieras más comunes del territorio de México, y a pesar de estar descrita por el Dr. Hernández, cuya Historia Natural citan con frecuencia aquellos dos escritores.

derable en medio, y la cola tan pequeña, que apenas le llegaba a media pierna; pero lo más singular en él era una joroba que le cogía desde el cuello hasta el cuarto trasero. El país en que más abundaba este cuadrúpedo, era el reino de Michuacan, donde se llamaba **ahora.** El **tepeitzcuintli,** esto es, perro montaraz, es una fiera tan pequeña, que no excede el tamaño de un cachorro; pero tan atrevida, que acomete a los ciervos, y tal vez los mata. Tiene el pelo largo; larga también la cola, el cuerpo y la cabeza negros, el cuello y el pecho blancos. (1) El **xoloitzcuintli** es mayor que los dos precedentes, pues en algunos individuos el cuerpo tiene cuatro pies de largo. Tiene las orejas derechas, el cuello grueso y la cola larga. Lo más singular de este animal es estar enteramente privado de pelo; pues sólo tiene sobre el hocico algunas cerdas largas y retorcidas. Todo su cuerpo está cubierto de una piel lisa, blanda, de color de ceniza, pero manchada en parte de negro y leonado. Estas tres especies de cuadrúpedos están extinguidas, o cuando más sólo se conservan de ellas algunos individuos. (2)

El **ocotochtli,** según la descripción del Dr. Hernández, parece pertenecer a la especie de gatos monteses; pero aquel escritor le atribuye cualidades que parecen fabulosas; no porque haya tenido intención de engañar a sus lectores, sino quizás por demasiada confianza en los informes que recogió. Dice, en efecto, que cuando este animal se apodera de alguna presa, la cubre con hojas y sube a un árbol inmediato, y con sus aullidos convida a otras fieras a que coman de ella, y él come lo que éstas han dejado; por ser tan enérgico el veneno de su lengua, que inficionaría con él la presa, y morirían todas las otras fieras que de ella comiesen después. Todavía se oye esta fábula en boca de las gentes del vulgo.

El **coyopollin** es un cuadrúpedo del tamaño de una rata; pero

---

(1) Buffon cree que el **tepeitzcuintli** no es otro que el **glotón.** En las Disertaciones combatimos esta idea.

(2) Juan Fabri, académico Linceo, publicó en Roma una larga y erudita disertación, en que trató de probar que el **xoloitzcuintli** es el mismo animal que el lobo de México. Se dejó engañar por el retrato de aquel cuadrúpedo, que con otras pinturas envió a Roma el Dr. Hernández: pero si hubiera leído la descripción dada por este docto naturalista en el libro **De los Cuadrúpedos de México,** se hubiera ahorrado el trabajo de escribir aquella obra, y los gastos de su impresión. Buffon abrazó el error de Fabri. Véase lo que digo sobre esto en las Disertaciones.

tiene la cola más larga que ésta, y de ella se sirve como de una mano. En el hocico y las orejas se parece al puerco. Las orejas son transparentes, las piernas y los pies blancos, el vientre de un blanco amarillento. Habita y cría sus hijos en las ramas de los árboles. Cuando los hijos tienen miedo, se abrazan estrechamente con la madre.

El **tozan** o **tuza**, que es el topo de México, es un cuadrúpedo de buenas proporciones, y de siete a ocho pulgadas de largo. El hocico es semejante al de la rata; las orejas pequeñas y redondas, y la cola corta. Tiene la boca armada de dientes fortísimos, y los pies de uñas duras y encorvadas, con las cuales excava la tierra y labra los agujeros en que habita. Es animal perniciosísimo a los campos, por el grano que destruye, y a los caminos, por los agujeros que en ellos forma; porque cuando, a efecto de su poca vista, no encuentra uno, labra otro, multiplicando así la incomodidad y el riesgo de los que viajan a caballo. Excava la tierra con las piernas delanteras, y con dos dientes caninos que tiene en la mandíbula superior, y que son mayores que los otros. La tierra que saca la guarda en dos bolsas membranosas, que tiene detrás de las orejas, y armadas de los músculos necesarios para contraerlas y dilatarlas. Cuando estas membranas están llenas, las descarga, sacudiéndolas con las piernas delanteras, y vuelve a continuar su operación. Esta especie es abundantísima, pero no me acuerdo haberla visto en los países en que hay ardillas de tierra.

El **ahuizotl** es un cuadrúpedo anfibio, que vive por lo común en los ríos de los países calientes. El cuerpo tiene un pie de largo; el hocico es largo y agudo, y la cola grande. Tiene la piel manchada de negro y pardo.

El **huitztlacuatzin** es el puerco espín de México. Es del tamaño de un perro mediano, al que se asemeja también en el rostro, aunque tiene el hocico aplastado. Tiene los pies y las piernas gruesas, y la cola proporcionada al cuerpo. Todo éste, excepto el vientre, la parte posterior de la cola, y lo interior de las piernas, está armado de espinas huecas, agudas y de cuatro dedos de largo. En el hocico y en la frente tiene cerdas largas y derechas, que se alzan sobre la cabeza, formando una especie de penacho. La piel entre las espinas está cubierta de un pelo negro y suave al tacto. No come más que frutas. (1)

(1) Buffon dice que el **huitztlacuatzin** es el **coendu** de la Guinea; pero

El **cacomiztle** es un cuadrúpedo muy semejante a la fuina en sus principales hábitos. Tiene el tamaño y la forma de un gato común; pero el cuerpo es más grueso, el pelo más largo, la pierna más corta, y el aspecto más selvático y feroz. Su voz es un grito agudísimo. Se alimenta de gallinas y de otros animales pequeños. Habita y cría a sus hijos en los rincones menos frecuentados de las casas. De día ve poco, y sólo sale de su escondite por la noche, para buscar qué comer. Tanto el cacomiztle como el **tlacuatzin** se suelen hallar en las casas de la capital. (1)

Además de estos cuadrúpedos, había otros en el territorio mexicano, que no sé si deban numerarse entre los animales propios de aquel país, o si entre los comunes a otros países americanos, como el **itzcuincuani,** esto es, comedor de perros, el **tlalmiztli** o león pequeño, y el **tlalocelotl,** o pequeño tigre. De los otros, que aunque no pertenecían a México, se hallaban en otros países de la América Septentrional conquistados por los españoles, haremos mención en las Disertaciones.

AVES DEL TERRITORIO MEXICANO

La enumeración y descripción de las aves de Anáhuac, presentan aún más dificultades que las de los cuadrúpedos. Su abundancia, su variedad y su excelencia, dieron motivo a que algunos escritores dijesen que México es el reino de los pájaros, como Africa es el de las fieras. El Dr. Hernández en su Historia Natural describe más de doscientas especies propias de aquel país, y omite muchas dignas de memoria, com el **cuitlacochi,** la **zacua** y el **madrugador.** Me limitaré a indicar algunas clases, añadiendo ciertas particularidades que les son propias. Entre

---

éste es carnívoro, y aquél frugívoro. El cuadrúpedo africano no tiene el penacho que se nota en el de México, etc.

(1) No sé el verdadero nombre mexicano del cacomiztle, y adopto el que le dan en aquel país los españoles. El Dr. Hernández no hace mención de este animal. Es cierto que describe otro con el nombre de **cacamiztli**; pero éste es sin duda un yerro de imprenta, o de los académicos romanos que cuidaron de la edición de Hernández, puesto que debe escribirse **zacamiztli.** Ahora bien, este cuadrúpedo es de Pánuco, y el **cacomiztle** de México. El **zacamiztli** habita en el campo, y el **cacomiztle** en las casas de la ciudad. El **zacamiztli** tiene una braza castellana de largo, y el **cacomiztle** es más pequeño.

las aves de rapiña hay muchas especies de águilas, halcones y gavilanes. El citado naturalista da a estos pájaros la preferencia con respecto a los de Europa. Por la notoria excelencia de los halcones mexicanos, mandó Felipe II, rey de España, que cada año se llevasen ciento a su corte. Entre las águilas de mayor tamaño, la más hermosa y celebrada es la que se llama en el país **itzcuauhtli,** la cual no sólo caza pájaros grandes y liebres, sino que también ataca las fieras y los hombres.

Los cuervos del país, llamados por los mexicanos **cacalotl,** no se emplean en limpiar los campos de insectos y de inmundicias, como hacen en otros países, sino más bien en robar el grano de las espigas. Los que realmente limpian los campos, son los **zopilotes,** conocidos en la América Meridional con el nombre de **gallinazos,** en otros con el de **auras,** y en otros en fin, con el impropísimo de cuervos. (1) Hay dos especies diferentes de estos pájaros, la del zopilote propio, y la del **cozcacuauhtli.** Uno y otro son mayores que el cuervo, y convienen entre sí en tener encorvados el pico y las uñas, y en la cabeza, en lugar de plumas, una membrana lisa, con algunos pelos rizados. Elévanse en el vuelo a tal altura, que con ser tan grandes, desaparecen enteramente de la vista, y especialmente cuando sobreviene una tempestad de granizo, pues entonces giran en gran número debajo de la nube, hasta que se pierden en la lejanía. Aliméntanse con carne de animales muertos, cuyos cadáveres descubren desde la mayor altura con sus ojos perspicaces, o con su finísimo olfato, y bajan formando con vuelo majestuoso, una línea espiral hasta el objeto en que quieren cebarse. Uno y otro son casi mudos. Las diferencias que se encuentran en ellos consisten en el tamaño, en el color, en el número y en algunas propiedades. Los zopilotes tienen las plumas negras; la cabeza, el pico y los pies pardos. Vuelan a bandadas, y pasan juntos la noche sobre los

---

(1) El mismo Dr. Hernández no tuvo dificultad en hacer del zopilote una especie de cuervo; pero son grandes las diferencias que separan estas aves en el tamaño, en la forma de la cabeza, en el vuelo y en la voz. Mr. de Bomare dice que el **aura** y el **coscuauth** de México es el **tzopilotl** de los indios, pero los dos nombres **cozcacuauhtli** y **zopilotl** son mexicanos, y fueron adoptados por los indios, no para significar un solo pájaro, sino dos distintos. En algunas partes se da a una especie el nombre de **aura**, y a otra el de **zopilote** o **gallinazo**.

árboles. (1) Su especie es muy numerosa y común a todos los climas. La especie del **cozcacuauhtli** es escasa y propia de los países calientes; tiene la cabeza y los pies rojos, el pico blanco en su extremidad y en el resto de color de sangre. Su plumaje es pardo, excepto en el cuello y en las inmediaciones del pecho, donde es de un negro rojizo. Las alas son cenicientas en la parte inferior, y en la superior manchadas de negro y de leonado.

Los mexicanos llaman **rey de los zopilotes** al **cozcacuauhtli.** (2) y dicen que cuando acuden dos pájaros de las dos especies a comer de un cadáver, jamás lo toca el zopilote, hasta que lo ha probado el **cozcacuauhtli.** Los zopilotes son utilísimos en aquel país: no sólo limpian la tierra, sino que destruyen los huevos de los cocodrilos, en la arena en que los depositan las hembras de aquellos formidables anfibios para empollarlos. Debería ciertamente prohibirse con penas severas el darles muerte.

En el número de las aves nocturnas de México se hallan las lechuzas, y otras comunes en Europa; a que podríamos añadir los murciélagos, aunque éstos realmente no pertenecen a la clase de aves. Los murciélagos abundan en las tierras calientes y sombrías, donde hay algunos que dan terribles mordeduras, y sacan mucha sangre a los caballos y a otros animales. En los mismos países se hallan otros grosísimos; pero no tanto como los de las islas Filipinas, y de otras regiones orientales.

---

(1) Los zopilotes desmienten la regla general de Plinio en el lib. 9, cap. 19, **uncos ungues habentia omnio non congregantur et sibi quaeque praedantur,** lo cual sólo puede ser cierto con respecto a los verdaderos pájaros de rapiña, como las águilas, los avestruces, los halcones, los gavilanes, etc.

(2) El pájaro que en el día se conoce en México con el nombre de **rey de los zopilotes,** parece diverso del que describimos. El moderno es del tamaño de una águila común, robusto, de majestuoso aspecto; tiene las garras fuertes, los ojos vivos y hermosos, y un lindo plumaje negro, blanco y leonado. Su carácter más singular es la carnosidad color de grana que le circunda el pescuezo como un collar, y a guisa de corona le ciñe la cabeza. Así me lo ha descrito una persona hábil y digna de fe, que dice haber visto tres individuos de aquella especie, y particularmente el que en el año de 1750 fue enviado de México al rey Fernando VI. Dice además, ser verdadero el retrato de este pájaro publicado en la obra intitulada **El Gacetero Americano.** El nombre mexicano **cozcacuauhtli,** que quiere decir **águila con collar,** conviene en efecto más bien a esta ave, que a la otra descrita en el cuerpo de la obra. La imagen que se ve en nuestra estampa es copia de **El Gacetero Americano.**

Entre las aves acuáticas debemos numerar, no sólo las **palmipedas,** que nadan y viven comunmente en el agua; sino también las **imantopedes** y otras pescadoras, que viven por lo común en las orillas del mar, de los lagos y de los ríos, y se alimentan con los productos del agua. De esta clase hay en aquellos países un número prodigioso de ánades, veinte especies a lo menos, de patos, igual número de garzas; muchas de cisnes, gaviotas, gallinetas, alciones, martinetes, que los franceses llaman **Martin pécheur** (Martín pescador), pelícanos y otros. La muchedumbre de patos es tan considerable, que suelen cubrir los campos, y desde lejos parecen rebaños numerosos. Entre las garzas, las hay cenicientas, enteramente blancas, y otras, que teniendo blancas las plumas del cuerpo, tienen el cuello, la extremidad y la parte anterior de las alas, y una parte de la cola, hermoseadas con unas manchas de color de grana muy vivo, o de azul. El pelícano u onocrótalo, conocido por los españoles de México con el nombre de alcatraz, es notable por el enorme buche o vientre, como lo llama Plinio, que tiene debajo del pico. Hay dos especies de esta ave en México: la una tiene el pico liso, y la otra dentado. No sé si en Europa, donde este pájaro es conocido, se tiene noticia de la propiedad que posee de socorrer a los individuos enfermos de su misma especie. De esta propensión se sirven algunos americanos para proveerse de pescado sin gran fatiga. Cogen vivo un pelícano, le rompen una ala, lo atan a un árbol, se ponen en acecho en algún sitio inmediato, y esperan que lleguen los otros pelícanos con su provisión; cuando éstos arrojan los peces que traen, acuden con prontitud, y dejando una parte al preso, se llevan lo demás.

Pero si el pelícano es digno de admiración por su compasión para con sus semejantes, no es menos maravilloso el **yoalcuachilli,** por las armas que le ha suministrado el Creador para su defensa. Este es un pajarillo acuático, de cuello largo y sutil, de cabeza pequeña, de pico largo y amarillo; de pies, piernas y uñas largas, y de cola corta. El color de las piernas y pies es ceniciento, y el de la parte inferior del cuerpo, negro, con algunas plumas amarillas junto al vientre. En la cabeza tiene una coronilla de substancia córnea, dividida en tres puntas agudísimas, y otras dos que le guarnecen la parte anterior de las alas. En el Brasil hay otra ave acuática que tiene armas semejantes a las del **yoalcuachilli,** pero muy diferente de él en lo demás.

En las otras clases de aves, las hay apreciables por su carne, por su plumaje, por su voz o por su canto; otras, en fin, por su instinto, y por algunas propiedades notables, que excitan la curiosidad de los estudiosos de la naturaleza.

De las aves cuya carne es alimento sano y sabroso, he contado más de sesenta especies. Además de la gallina común, trasplantada de las Canarias a las Antillas, y de éstas a México, había, y hay en la actualidad otra gallina propia del país, que por ser semejante en parte a la gallina de Europa, y en parte al pavón, fue llamada por los españoles **pavo** o **gallipavo,** y por los mexicanos, **huexolotl** o **totolin.** Estas aves transportadas a Europa, en cambio de las gallinas, se han multiplicado excesivamente, particularmente en Italia, donde en atención a sus caracteres y tamaño, se les ha dado el nombre de **gallinacio;** pero ha sido mayor la propagación de las gallinas europeas en México. Hay también gran abundancia de pavos salvajes, semejantes en todo a los domésticos; pero mayores, y en algunos países de carne más gustosa. Abundan las perdices, las codornices, los faisanes, las grullas, las tórtolas, las palomas, y otras muchas aves apreciadas en el Antiguo Mundo. Cuando hablemos de los sacrificios antiguos, daremos alguna idea del número increíble de codornices de aquella tierra. Los pájaros conocidos allí con el nombre de faisanes, son de tres especies, diferentes de los faisanes de Europa. (1) El **coxolitli** y el **tepetototl** son del tamaño del ánade, y con un penacho en la cabeza, que extienden y encogen a su arbitrio. Estas dos especies se distinguen entre sí por sus colores, y por algunas propiedades. El **coxolitli,** llamado por los españoles **faisán real,** tiene las plumas leonadas, y la carne muy sabrosa. El **tepetototl** se domestica tanto, que toma la comida de mano de su amo; sale a recibirlo cuando lo ve entrar en casa, con grandes demostraciones de alegría; aprende a llamar a la puerta con el pico, y en todo se muestra más dócil de lo que podría esperarse de una ave propia de los bosques. He visto uno de estos faisanes, que habiendo estado algún tiempo en un corral de gallinas, aprendió a pelear como los gallos, y cuando combatía con ellos, erguía las plumas del penacho, como los gallos suelen erguir las del

---

(1) Mr. de Bomare numera entre los faisanes el **huatzin;** mas no sé por qué: esta ave mexicana pertenece a la segunda clase de pájaros de rapiña, como los cuervos, zopilotes y otros.

cuello. Tiene las plumas negras y lustrosas, y las piernas y los pies cenicientos. Los faisanes de la tercera especie, llamados por los españoles, **gritones**, son menores que los otros, y tienen la cola y las alas negras, y el resto del cuerpo pardo. La **chachalaca**, cuya carne es también buena de comer, es del tamaño de una gallina. La parte superior de su cuerpo es parda, la inferior blanquizca, y los pies y el pico azulados. Es increíble el rumor que hacen estos pájaros en los bosques con sus clamores, los cuales, aunque semejantes a los de la gallina, son más sonoros, más continuos y más molestos. Hay muchas especies de tórtolas y palomas, unas comunes a Europa, y otras propias del suelo mexicano.

Los pájaros apreciables por sus plumas son tantos y tan hermosos, que causarían admiración a los lectores, si pudiera presentarles su imagen con el brillante colorido que los adorna. He contado hasta treinta y cinco especies de pájaros mexicanos sumamente bellos, de los cuales indicaré los más notables.

El **huitzitzilin** es aquel maravilloso pajarillo, tan encomiado por todos los que han escrito sobre las cosas de América, por su pequeñez y ligereza, por la singular hermosura de sus plumas, por la corta dosis de alimento con que vive, y por el largo sueño en que vive sepultado durante el invierno. Este sueño, o por mejor decir, esta inmovilidad, ocasionada por el entorpecimiento de sus miembros, se ha hecho constar jurídicamente muchas veces, para convencer la incredulidad de algunos europeos, hija sin duda de la ignorancia; pues que el mismo fenómeno se nota en Europa en los murciélagos, en las golondrinas, y en otros animales que tienen fría la sangre, aunque en ninguno dura tanto como en el **huitzitzilin**, el cual, en algunos países se conserva privado de todo movimiento desde octubre hasta abril. Hay nueve especies de estas aves, diferentes en el tamaño y en el color del plumaje. (1)

El **tlauhquechol** es un pájaro acuático, grande, que tiene las plumas de un bellísimo color de grana, o de un blanco sonrosa-

(1) Los españoles de México lo llaman **chupamirto**, porque chupa particularmente las flores de una planta, conocida allí con el nombre impropio de mirto. En otros países de América le dan los nombres de **chupaflor**, **picaflor**, **tominejo**, **colibrí**, etc. De todos los autores que describen este precioso animal, ninguno da mejor idea de la hermosura de sus plumas que el P. Acosta.

do, excepto las del cuello, que son negras. Habita en la playa del mar y en la márgenes de los ríos, y no come más que peces vivos, sin tocar jamás a carne muerta.

El **nepapantototl** es un pato salvaje, que frecuenta el lago mexicano, y cuyo plumaje ostenta toda clase de colores.

El **tlacuiloltototl**, esto es, pájaro pintado, merece con razón su nombre, pues en sus hermosísimas plumas lucen el rojo, el azul turquí, el morado, el verde y el negro. Tiene los ojos negros con el iris amarillo y los pies cenicientos.

El **tzinizcan** es del tamaño de un palomo. Tiene el pico encorvado, corto y amarillo; la cabeza y el cuello semejantes al palomo, pero hermoseados con visos verdes y brillantes: el pecho y el vientre rojos, excepto la parte inmediata a la cola, que está manchada de blanco y de azul. La cola en la parte superior es verde, y en la inferior negra; las alas negras y blancas, y los ojos negros con el iris de un amarillo rojizo. Habita en los terrenos inmediatos al mar.

El **mezcanauhtli** es un pato salvaje, del tamaño de una gallineta, pero de extraordinaria hermosura. Tiene el pico ancho, medianamente largo, azul en la parte superior, y en la inferior negro; las plumas del cuerpo blancas, pero manchadas de muchos puntos negros. Las alas son blancas y pardas por debajo, y por encima variadas de negro, blanco, azul, verde y leonado. Los pies son de un amarillo rojizo; la cabeza en parte parda, en parte leonada, y en parte morada, con una hermosa mancha blanca, entre el pico y los ojos, los cuales son negros. La cola es turquí en la parte superior, parda en la inferior, y blanca en la extremidad.

El **tlauhtototl** es muy semejante en los colores al **tlacuiloltototl**, pero más pequeño. Las guacamayas y los cardenales tan estimados en Europa por su brillante plumaje, son bastante comunes en aquellos países.

Todos estos pájaros, y otros propios de México, o transportados allí de otros países inmediatos, eran muy estimados por los mexicanos, que con sus plumas hacían curiosas obras de mosaico, de que en otra parte haremos mención. Los pavones, o pavos reales, fueron llevados del Antiguo Continente, pero por descuido de los habitantes se han multiplicado muy poco.

Algunos autores, que conceden a los pájaros de México, la superioridad en la belleza del plumaje, se la niegan en el canto;

mas esta opinión es hija de la ignorancia, puesto que es más difícil a los europeos oir que ver las aves en aquellos países.

Además de los ruiseñores, hay en México veintidós especies a lo menos de pájaros cantores, en poco o en nada inferiores a aquéllos; pero excede a todos los conocidos el celebradísimo **centzontli**, nombre que le han dado los mexicanos, para expresar la portentosa variedad de sus voces. No es posible dar una completa idea de la suavidad y de la dulzura de su canto, de la armonía y variedad de sus tonos, de la facilidad con que aprende a exprimir cuanto siente. Imita con la mayor naturalidad, no sólo el canto de los otros pájaros, sino las diferentes voces de los cuadrúpedos. Es del tamaño de un tordo común. El color de su cuerpo es blanco en el vientre, y en el lomo ceniciento, con algunas plumas blancas, especialmente cerca de la cola y de la cabeza. Come de todo, pero gusta con preferencia de las moscas, que toma con demostraciones de placer, de la mano de quien se las presenta. La especie de **centzontli** es muy numerosa en todos aquellos países, y a pesar de esto tan estimada, que he visto pagar veinticinco duros por uno de ellos. Se ha procurado muchas veces transportarlo a Europa; pero no sé que se haya logrado, y creo que aunque llegase vivo, padecerían gran detrimento su voz y su instinto, por las incomodidades de la navegación y la mudanza del clima. (1)

Las aves llamadas **cardenales** no son menos agradables al oído, por la melodía de su canto; que a la vista, por la hermosura de sus plumas color de grana, y de su penacho. La calandria mexicana canta también suavísimamente, y su canto se parece mucho al del ruiseñor. Sus plumas son manchadas de blanco, amarillo y ceniciento. Teje maravillosamente su nido de filamentos vegetales, que engrosa y une con cierta materia viscosa, y lo suspende de la rama de un árbol, a guisa de saco o bolsa. El **tigrillo**, cuyo canto no deja de ser agradable, tiene aquel nombre por las manchas de sus plumas, semejantes a las del tigre. El **cuitlaccochi** es

---

(1) **Centzontlatole** (pues este es el verdadero nombre, y el de **centzontli** se usa para abreviar) quiere decir, que tiene infinitas voces. Los mexicanos usan la palabra **centzontli** (cuatrocientos), como los latinos usaban las de **mille** y **sexcenta**, para expresar una muchedumbre indefinida e innumerable. Conviene con el nombre mexicano el griego **poliglota**, que le dan algunos ornitologistas modernos. Véase lo que digo acerca de esta ave en las Disertaciones.

semejante al **centzontli**, no menos en el tamaño del cuerpo y en el color de las plumas, que en la excelencia del canto; así como el **coztototls**, se parece en todo al canario, llevado a México de las islas Canarias. Los gorriones mexicanos no se asemejan a los de Europa, sino en el tamaño, en el modo de andar saltando, y en hacer sus nidos en los agujeros de las paredes. Los mexicanos tienen la parte inferior del cuerpo blanca, y la superior cenicienta; pero cuando llegan a cierta edad, los unos tienen la cabeza roja, y los otros amarilla. (1) Su vuelo es cansado, quizás por la pequeñez de las alas o por la debilidad de las plumas. Su canto es dulcísimo y variado. Hay gran abundancia de estos cantores en la capital, y en otras ciudades y villas de México.

No menos abundan en Anáhuac los pájaros locuaces, o imitadores del habla humana. Entre los cantores hay algunos que aprenden palabras, como el ya citado centzontli, el **acolquiqui**, esto es, ave de espalda roja, al cual, por este distintivo, dieron los españoles el nombre de **comendador.** El **cehuan**, que es mayor que el tordo común, remeda la voz humana, pero de un modo que parece burlesco, y sigue largo trecho a los caminantes. El **tzanahuei** es semejante a la urraca en el tamaño, pero se diferencia de ella en el color. Aprende a hablar, roba cautelosamente cuanto puede, y en todo hace ver un instinto superior al común de las aves.

Pero los más notables de los pájaros habladores son los papagayos, de los cuales se cuentan en México cuatro especies principales, y son: la **guacamaya**, el **toznenetl**, el **cochotl** y el **quiltototl.** (2)

La guacamaya es más apreciable por sus hermosas plumas, que por su voz. Pronuncia confusamente las palabras, y tiene un metal bronco y desagradable. Es el más grande de todos los papagayos. El **toznenetl**, que es el mejor, es del tamaño de un palomo. El color de sus plumas es verde; pero en la cabeza y en la parte delantera de las alas, en unos es rojo y en otros amarillo. Aprende cuantas palabras y canciones le enseñan, y las expre-

---

(1) He oído decir que los gorriones de cabeza roja son machos, y los de amarilla, hembras.

(2) El **toznenetl** y el **cochotl** son llamados por los españoles de México **pericos** y **loros**. El nombre **guacamaya** es de la lengua haitiana que se hablaba en Santo Domingo. **Loro** es palabra tomada de la lengua quichoa, o sea inca, y **toznenetl**, **cochotl** y **quiltototl**, lo son de la lengua mexicana.

sa con claridad. Imita con mucha naturalidad la risa y el tono burlesco de los hombres; el llanto de los niños y las voces de diferentes animales. Del **cochotl** hay tres especies subalternas, diversas en el tamaño y en los colores que son todos hermosísimos, y el dominante, el verde. El mayor de los **cochotl** es casi del tamaño del **toznenetl;** las otras dos especies, llamadas por los españoles **catalinas,** son menores. Todos aprenden a hablar, aunque no con tanta perfección como el **toznenetl.** El **quiltototl,** que es el menor de todos, es también el que con más dificultad habla. Estos pequeños papagayos, cuyas plumas son de un verde hermosísimo, van siempre en bandadas numerosas, o haciendo un gran rumor en el aire, o destrozando las sementeras. Cuando están en los árboles se confunden con las hojas por su color. Todos los otros papagayos van por lo común de dos en dos: macho y hembra.

Los pájaros **madrugadores,** y los que los mexicanos llaman **tzacua,** aunque nada tienen de notable en el plumaje ni en la voz, son dignos de atención por sus propiedades. De todas las aves diurnas son las últimas que van a descansar por la noche, y las primeras que anuncian la venida del sol. No dejan su canto ni sus juegos, hasta una hora después de anochecido, y vuelven a cantar y a jugar mucho antes de la aurora, y nunca se muestran tan alegres, como mientras duran los crepúsculos. Una hora antes de amanecer, uno de ellos, colocado en la rama en que pasó la noche, con otros muchos de su especie, empieza a llamarlos en voz alta y sonora, repitiendo muchas veces y con tono alegre la llamada, hasta que oye que uno u otro le responde. Cuando todos están despiertos, forman un rumor alegrísimo, que se oye desde muy lejos. En los viajes que yo hice por el reino de Michuacan, donde más abundan estos pájaros, me fueron de gran utilidad, porque me despertaban temprano, y podía de este modo emprender mi marcha al rayar el día. Son del tamaño de los gorriones.

La **tzacua,** pájaro muy semejante en el tamaño, en los colores y en la fábrica del nido, a la calandria de que ya hemos hecho mención, es todavía más maravilloso en sus propiedades. Viven en sociedad, y cada árbol es para ellos una población, compuesta de gran número de nidos que cuelgan de las ramas. Una **tzacua,** que hace de jefe, o guarda del pueblo, reside en el centro del árbol, de donde vuela de un nido a otro, y después de haber cantado

un poco, vuelve a su residencia; así visita todos los nidos, mientras callan los otros pájaros que están en ellos. Si ve venir hacia el árbol algún pájaro de otra especie, le sale al encuentro y con el pico y con las alas lo obliga a retroceder; pero si ve acercarse un hombre, u otro objeto voluminoso, vuela gritando a un árbol inmediato, y si entretanto vienen del campo otras **tzacuas** de la misma tribu, sale a recibirlas, y mudando el tono de la voz, las obliga a retirarse; pero cuando observa que ha pasado el peligro, vuelve alegre a la acostumbrada visita de los nidos. Estas particularidades, observadas por un hombre perspicaz, erudito y sincero, (1) nos hacen creer que se descubrirían aun otras más extrañas, si se hubieran reiterado las observaciones; pero dejemos estos objetos agradables y volvamos la vista a los terribles.

REPTILES DE MEXICO

Los reptiles del suelo mexicano pueden reducirse a dos órdenes o clases; esto es, reptiles cuadrúpedos y reptiles **ápodos** o sin pies. (2) A la primera clase pertenecen los cocodrilos, los lagartos, las lagartijas, las ranas y los sapos; y a la segunda, todas las especies de serpientes.

Los cocodrilos mexicanos son semejantes a los de Africa en el tamaño, en la figura, en la voracidad, en el modo de vivir, y en todas las otras propiedades que los caracterizan. Abundan en muchos ríos y lagos de las tierras calientes, y son perniciosos a los otros animales y aun a los hombres. Sería superflua la descripción de estos feroces animales, de que tanto se ha escrito.

Contamos entre los lagartos al **acaltetepon** y a la **iguana.** Los **acaltetepones,** conocidos vulgarmente con el nombre impropísimo de **escorpiones,** son dos lagartos muy semejantes entre sí en el color y en la figura, pero diferentes en el tamaño y en la cola. El

---

(1) El abate D. José Rafael Campoy, de quien haré en otra parte el debido elogio.

(2) Sé la diversidad de opiniones que reinan entre los autores, sobre los animales que deben comprenderse en la clase de reptiles; pero como no es mi intento hacer una división exactísima de estos animales, sino describirlos con algún orden a los lectores, tomo el nombre de **reptiles** en la significación vulgar que le dieron nuestros abuelos.

más pequeño tiene de largo quince pulgadas, poco más o menos; la cola larga; las piernas cortas; la lengua encarnada, larga y gruesa; la piel cenicienta y áspera, salpicada en toda su extensión de verrugas que parecen perlas; el paso lento y la mirada feroz. Desde los músculos de las piernas traseras hasta la extremidad de la cola, tiene la piel atravesada por listas circulares y amarillas. Su mordedura es dolorosa; pero no mortal, como algunos piensan. Es propio de los países calientes. Del mismo clima es el otro lagarto; pero mucho mayor que el que acabamos de describir, pues según los que lo han visto, tiene cerca de dos pies y medio de largo, y más de un pie de circunferencia en el vientre y la espalda. Su cola es corta y la cabeza y las piernas gruesas. Este lagarto es el azote de los conejos.

La iguana es un lagarto inocente, bastante conocido en Europa, por las relaciones de los historiadores de América. Abunda en las tierras calientes, y es de dos especies: la una terrestre y la otra anfibia. Los hay tan grandes que tienen hasta tres pies de largo. Son velocísimos en la carrera y suben con gran agilidad a los árboles. Su carne y sus huevos son buenos de comer, y alabados por muchos autores; pero dañosos a los que padecen males venéreos.

Hay innumerables especies de lagartijas, diferentes en el tamaño, en el color y en las propiedades, puesto que unas son venenosas y otras inocentes. Entre éstas, ocupa el primer lugar el camaleón, llamado por los mexicanos **cuatapalcatl.** Es casi en todo semejante al camaleón común; pero se diferencia de él en carecer de cresta, y en tener orejas, que son grandes, redondas y muy abiertas. De las otras lagartijas inocentes sólo merece mentarse la **tapayaxin,** tanto por su figura, como por otras circunstancias. Es perfectamente orbicular, cartilaginosa y muy fría al tacto. El diámetro de su cuerpo es de seis dedos. La cabeza es durísima, y manchada de diversos colores. Es tan lenta y perezosa, que no se mueve, ni aun cuando le dan golpes. Si se le hace daño en la cabeza, o se le comprimen los ojos, lanza de ellos, hasta la distancia de dos o tres pasos, algunas gotas de sangre; pero por lo demás es animal inocente, y muestra tener placer en que lo manejen. Quizás por ser de un temperamento tan frío, siente alivio con el calor de la mano.

De las lagartijas venenosas, la peor parece ser la que por su escasez tiene el nombre mexicano de **tetzauhcui.** Es pequeñísi-

ma; de un color ceniciento, que amarillea en el cuerpo, y tiene visos azules en la cola. Hay otras que se creen venenosas, y que los españoles llaman **salamanquesas**, y el vulgo ignorante **escorpiones**: pero yo me he asegurado, después de muchas observaciones, que carecen de veneno, y que si tienen alguno, no es tan activo como generalmente se cree.

Lo que he dicho de las lagartijas se puede aplicar a los sapos; pues no he visto ni he oído hablar de ninguna desgracia ocasionada por su veneno, aunque suelen cubrir la tierra en algunos países calientes y húmedos. En ellos se encuentran sapos tan gruesos, que tienen ocho pulgadas de diámetro.

De las ranas hay en el lago de Chalco tres numerosísimas especies diferentes en el tamaño y en el color, y bastante comunes en la mesa de la Capital. Las de Huazteca son excelentes, y tan grandes, que suelen pesar una libra española. Pero no ví ni oí hablar jamás en aquel país, de las ranas de árbol, que son tan comunes en Italia y en otros países de Europa.

La variedad de serpientes es mucho mayor que la de los reptiles de que acabamos de hablar: las hay grandes y pequeñas, de muchos colores, de un solo color, venenosas e inocentes.

La que los mexicanos llamaban **canauhcoatl**, parece la más notable por su volumen. Tiene de largo hasta cinco o seis toesas, y el grueso es el de un hombre regular. Poco menor era una de las **tlilcoas**, o culebras negras, vista por el Dr. Hernández en las montañas de Tepoztlan, pues con el mismo grueso tenía diez y seis pies de largo; pero en el día difícilmente se hallan culebras de tanta corpulencia, si no es en algún bosque retirado, y muy lejos de la Capital.

Las culebras venenosas más notables son: el **ahueyactli**, la **cuicuilcoatl**, el coral o coralillo, la **teixminani**, la **cencoatl** y la **teotlacozauhqui.** Esta última, de cuyo género hay muchas especies, es la famosa culebra de cascabel. Su tamaño varía, como también su color; pero ordinariamente es de tres a cuatro pies de largo. Los cascabeles pueden considerarse como un apéndice o continuación de las vértebras; y son unos anillos sonoros, de substancia córnea, móviles, enlazados entre sí por las articulaciones o coyunturas, y cada uno consta de tres huesecillos. (1) Suenan siem-

---

(1) El Dr. Hernández dice que esta culebra tiene tantos años cuantos cascabeles, porque cada año le nace uno; mas no sabemos si esta opinión se funda en observaciones propias.

pre que la culebra se mueve, y especialmente cuando se agita para morder. Es muy veloz en sus movimientos, y por esto los mexicanos la llamaron también **ehecacoatl,** o culebra de aire. Su mordedura ocasiona infaliblemente la muerte si no se acude inmediatamente con los remedios oportunos, entre los cuales se tiene por muy eficaz poner algún tiempo la parte ofendida dentro de la tierra. Muerde con dos dientes caninos que tiene en la mandíbula superior, los cuales, como en la víbora y en otras especies de culebras, son móviles, cóncavos y perforados hacia la punta. El veneno, esto es, aquel jugo tan pernicioso, que es amarillento y cristalizable, está contenido dentro de las glándulas, colocadas en las raíces de aquellos dos dientes. Estas glándulas, comprimidas al morder, lanzan el fatal licor por los canales de los dientes, y por sus agujeros lo introducen en la herida y en la masa de la sangre. De buena gana comunicaríamos al público otras observaciones sobre este asunto, si la naturaleza de esta obra lo permitiese. (1)

La **ahueyactli** es poco diferente de la que acabamos de describir, pero no tiene cascabeles. Según Hernández, esta culebra comunica aquella especie de veneno que los antiguos llamaban **hemorrhoos,** con el cual el herido echa sangre por la boca, por la nariz y por los ojos, aunque los efectos de esta actividad pueden evitarse con ciertos antídotos.

La **cuicuilcoatl,** llamada así por la variedad de sus colores, tiene ocho pulgadas de largo, y es gruesa como el dedo pequeño; pero su veneno es tan activo como el de la de cascabel.

La **teixminani** es la culebra que Plinio llama **jaculum.** Es larga y sutil; tiene la espalda cenicienta, y el vientre morado. Muévese siempre en línea recta, y no puede volverse. Arrójase de los árboles a los viajeros, y de ahí ha tomado su nombre. (2) Hay de estas culebras en los montes de Cuauhnahuac, y en otras tierras calientes; pero habiendo yo estado muchos años en aquellos países, jamás supe que hubiesen atacado a nadie, y lo mismo

(1) El P. Inanima, misionero jesuíta de las Californias, hizo con las culebras muchas experiencias, que confirman las que Mr. Mead hizo con las víboras.

(2) Los mexicanos dan también a esta culebra el nombre de **micoatl,** y los españoles el de **saetilla.** Uno y otro significan lo mismo que **jaculum.**

puedo decir de los terribles efectos que se atribuyen al **ahueyactli.**

La **cencoatl,** (1) que también es venenosa, tiene cinco pies, poco más o menos de largo y ocho pulgadas de circunferencia en la parte más gruesa. Lo más notable de este reptil es que brilla en la obscuridad: así es como el próvido Autor de la naturaleza excita y despierta de diversos modos nuestra atención para preservarnos del mal; ora por el oído, con el ruido de los cascabeles, ora por la vista, con la impresión de la luz.

Entre las culebras inocentes, de las que hay muchas especies, no puedo omitir la **tzicatlinan,** y la **maquizcoatl.** La primera es hermosa, de un pie de largo y del grueso del dedo anular: vive siempre junto a los hormigueros, y se halla tan bien con las hormigas, que muchas veces las acompaña en sus peregrinaciones, y vuelve con ellas a su residencia. El nombre mexicano **tzicatlinan,** significa **madre de las hormigas,** y así la llaman los españoles; pero yo sospecho que esta afición nace de su propensión a alimentarse de aquellos insectos.

La **maquizcoatl** es del mismo tamaño que la precedente; pero es transparente y plateada. Tiene la cola más gruesa que la cabeza, y se mueve indiferentemente por cualquiera de las dos extremidades, andando hacia atrás o hacia adelante, según le conviene. Este reptil, llamado por los griegos **amphisbaena,** (2) es bastante raro, y no sé que se haya visto sino en el valle de Toluca.

Entre todas las especies de culebras que se hallan en los bosques poco frecuentados de aquellas regiones, no sé que hasta ahora se haya descubierto otra especie vivípara sino el **acoatl,** o culebra acuática, a la cual se atribuye aquel carácter, aunque no con certeza. Tiene cerca de veinte pulgadas de largo, y una de grueso.

---

(1) Hay otras culebras, que por ser del mismo color, tienen el mismo nombre de **cencoatl.** Todas son inocentes.

(2) Plinio, en el libro VIII, cap. 23, da dos cabezas a la **amphisbaena;** pero el nombre griego sólo significa movimiento por una y otra de las dos extremidades. En Europa se ha visto la culebra con dos cabezas de que habla Plinio, y aun dicen que se halla en México; pero no sé que nadie la haya visto allí: y si ha existido en efecto, no debe considerarse como una especie regular, sino como un monstruo, semejante al águila de dos cabezas que se halló, hace pocos años, en Oaxaca, y fue enviada a Madrid.

Sus dientes son pequeñísimos; la parte superior de la cabeza es negra, las laterales azuladas, y la inferior amarilla; la espalda listada de negro y azul, y el vientre enteramente azul.

Los antiguos mexicanos, que se deleitaban en criar toda especie de animales, y que a fuerza de costumbre habían perdido el miedo natural que algunos de ellos inspiran, tomaban en los campos una especie de culebra verde e inocente y la criaban en casa, donde con el cuidado y el alimento llegaba a ser tan gruesa como un hombre. Guardábanla en una tina, de donde no salía sino era para tomar el alimento de manos del amo, subiéndole a los hombros, o enroscándose a sus pies.

PECES DE LOS MARES, DE LOS RIOS Y DE LOS LAGOS DE ANAHUAC

Si de la tierra volvemos los ojos al agua de los mares, de los ríos y de los lagos de Anáhuac, hallaremos un número mucho más considerable de animales. No tienen guarismo las especies conocidas de peces que la pueblan; pues sólo de las que sirven al alimento del hombre, he contado más de ciento, sin incluir ningún testáceo ni crustáceo. Entre los peces, los hay comunes a los dos mares; otros propios del golfo mexicano; otros del mar Pacífico, y otros de los ríos y de los lagos.

Los peces comunes a ambos mares son: las ballenas, los delfines, las espadas, los tiburones, los manatíes, las mantas, los lobos, los puercos, los bonitos, los bacalaos, los róbalos, los pargos de tres especies, los meros, los pámpanos, las palometas, las rayas, los chuchos, los barbos, los corcovados, los orates, los voladores, las guitarras, las cabrillas, las agujas, las langostas, los sollos y otros muchos; como también varias especies de tortugas, pulpos, cangrejos, etc.

Además de los anteriores, el seno mexicano tiene los salmonetes, los congrios, las doncellas, los pegereyes, los rombos, los sapos, los besugos, las bermejuelas, los gorriones, las linternas, los dentones, las lampreas, las murenas, las anguilas, los nautilos, y otros.

El mar Pacífico, además de los comunes a ambos mares, tiene los salmones, los atunes, los cornudos, los lenguados, los silgueros, las caballas, las corvinas, las viejas, las sardinas, los ojones, los lagartos, los papagayos, los escorpiones, los gallos, las gatas, los arenques, los botetes y otros.

Los ríos y los lagos tienen los peces blancos de tres o cuatro especies, las carpas, las truchas, los bobos, los róbalos, los barbos, los orates, las corvinas, las anguilas, y otros.

La descripción de todos estos peces, además de extraviarnos demasiado de nuestro intento, sería inútil a la mayor parte de los lectores; por lo cual nos limitaremos a dar algunas particularidades que podrán servir para ilustrar esta parte de la historia natural.

El tiburón pertenece a aquella clase de bestias marinas, que los antiguos llamaron **caniculae.** Es conocido por su voracidad, como también por su velocidad, su fuerza y su gran tamaño. Tiene dos, tres y a veces más órdenes de dientes, no menos agudos que fuertes, y traga cuanto se le presenta, sírvale o no de alimento. Alguna vez se le ha encontrado en el vientre una piel entera de carnero, y aun una gran cuchilla de carnicero. Suele acompañar a los buques, y según asegura Oviedo, ha habido tiburón que ha seguido a un navío que navegaba con viento en popa y a toda vela, por espacio de quinientas millas, dando vueltas en rededor para aprovecharse de las inmundicias que se echaban al agua.

El manatí, o **lamentino,** como otros lo llaman, es de índole muy diversa de la del tiburón, y de mayor tamaño. El mismo Oviedo dice que se han pescado manatíes tan gruesos, que para transportar uno de ellos ha sido necesario emplear un carro con dos pares de bueyes. Es vivíparo como el tiburón; pero la hembra no pare más que uno a la vez, aunque de enorme volumen. (1) Su carne es delicada, y semejante a la de la ternera. Algunos autores ponen al manatí en la clase de los anfibios; pero es un error, pues este animal no vive en tierra, y sólo saca fuera del agua la

---

(1) Buffon conviene con el Dr. Hernández en que la hembra del manatí no pare más que un individuo; a la vez, otros dicen que pare dos. Quizás sucede con la hembra del manatí lo que con la mujer, que siendo uno ordinariamente su feto, en casos extraordinarios tiene dos o tres. El Dr. Hernández describe de este modo el coito de estos animales: **Humano more coit, faemina supina fere tota in litore procumbente, et celeritate quadam superveniente mare.** Yo no cuento al manatí, aunque vivíparo, entre los cuadrúpedos, como hacen algunos naturalistas modernos; porque todo el mundo entiende bajo el nombre de cuadrúpedo el que marcha en cuatro pies, y el manatí no tiene más que dos, y éstos informes.

cabeza y una parte del cuerpo, para alcanzar las hierbas de las orillas de los ríos. (1)

La manta es aquel pez chato, tan pernicioso a los pescadores de perlas, de que hacen mención Ulloa y otros escritores; y yo no dudo que sea el mismo de que hace mención Plinio, aunque no lo conoció bien, con el nombre de nube, o neblina: (2) Quizás habrá pasado de los mares del Antiguo Continente a los del Nuevo, como parece que han pasado otros muchos peces. Es tan grande la fuerza que tiene en los músculos, que no sólo sofoca al hombre que abraza, o que envuelve en sus pliegues, sino que se le ha visto agarrarse de la quilla de una balandra, y arrancarla del sitio en que estaba encallada. Llamóse **manta,** porque cuando extiende su cuerpo en la superficie del mar, como lo hace muy frecuentemente, parece una manta de lana que está nadando.

El pez de espada de aquellos mares es muy diferente del de los mares de Groenlandia. Su espada es mayor y más semejante en su forma, a la verdadera de hierro, y no está situada, como la del pez groenlandés, en la parte posterior, sino en la anterior del

---

(1) Mr. de la Condamine confirma lo que decimos sobre vivir siempre en el agua el manatí, y lo mismo habían dicho dos siglos antes Oviedo y Hernández, ambos testigos de vista. Es cierto que Hernández parece decir todo lo contrario; pero es un error de imprenta, como lo conocerá todo el que lea el texto. Es de notarse además, que el manatí aunque propiamente marítimo, suele encontrarse en los ríos.

(2) **Ipsi ferunt** (urinatores) **et nubem quandam crassescere super capita, planorum piscium similem, prementem eos arcentemque a reciprocando, et ob id stilos praeacutos lineis annexos habere sese: quia nisi perfossae ita non recedant, caliginis et pavoris, ut arbitror opere. Nubem enim sibe nebulam (cujus nomine id malum appellant) inter animalia haud ullam reperit quisquam.** Plin. Hist. Nat. lib. 9 cap. 46. La descripción que daban aquellos buzos antiguos de la **nube**, conviene con la que dan los buzos de los mares de América de la manta; y el nombre de **nube** le conviene muy propiamente, pues parece en efecto una nube a los que están debajo de este pez dentro del agua, y aun hoy día llevan los nadadores cuchillos largos, o bastones terminados en punta, para preservarse de sus ataques. Esta observación, que no ocurrió a ninguno de los intérpretes de Plinio, fue hecha por mi compatriota y amigo el abate D. José Rafael Campoy, persona tan loable por sus costumbres y pundonor, como por su elocuencia y su erudición, especialmente en latinidad, historia, crítica y geografía. Su muerte, harto dolorosa a mi corazón, ocurrida en 29 de diciembre de 1777, no le permitió concluir muchas obras que tenía empezadas, y que serían de gran utilidad.

cuerpo, del mismo modo que en el pez llamado sierra, moviéndola en todos sentidos con suma fuerza, y sirviéndose de ella como de arma ofensiva.

El **tlateconi** de los mexicanos, **sierra** de los españoles, es de un pie de largo, y tiene en el filo del lomo unos dientes o puntas, semejantes a las de una sierra de carpintero.

El **róbalo** es una de las especies más numerosas de las que se crían en aquellas aguas, y su carne, particularmente la de la especie de río, es de sabor delicadísimo. El Dr. Hernández cree que es el **lupus,** y Campoy, el **asselus minor** de los antiguos; pero estas no son más que conjeturas, pues la descripción que de este pez han dejado los escritores de la antigüedad, es tan incompleta, que no parece posible hacer una comparación fundada en datos seguros.

El **corcovado** fue llamado así, a causa de una corcova o prominencia que tiene desde el principio de la cabeza hasta la boca, la cual es pequeñísima. La **picuda** tiene la mandíbula inferior mucho más larga que la superior.

El sapo es un pez de horrible aspecto; negro, perfectamente redondo y sin escamas. Su diámetro es de tres o cuatro pulgadas. Tiene la carne gustosa y sana.

Entre las agujas hay una llamada por los mexicanos **huitzitzilmichin,** que es de tres pies de largo, y sutilísima. En vez de escamas tiene el cuerpo cubierto de unas lamas pequeñas. El hocico tiene ocho pulgadas de largo; y lo es más en la parte superior, al contrario de las otras especies de agujas, a las que excede, tanto en el buen sabor de la carne, como en el tamaño del cuerpo.

El **bobo** es un pez hermosísimo, y apreciado por la excelencia de su carne. Tiene cerca de dos pies de largo, y cuatro o seis pulgadas en su mayor anchura. El barbo de río, conocido con el nombre de **bagre,** es del tamaño del bobo y de más exquisito sabor; pero dañoso, si antes de comerlo no se despoja su carne, con jugo de limón o con algún otro ácido, de cierta baba o líquido viscoso de que está impregnada. Los bobos se pescan, según tengo entendido, sólo en los ríos que desaguan en el golfo mexicano, y los barbos en los que descargan en el mar Pacífico o en algún lago. El sabor de estos dos peces, aunque delicado, no es comparable con el de los pámpanos y palometas, que son, con justa razón, los peces que más se aprecian en aquellos países.

La corvina tiene pie y medio de largo. Es delgada y redonda, y de un color morado negruzco. En la cabeza de estos peces se hallan dos piedrecillas blancas, que parecen de alabastro. Cada una tiene de largo una pulgada y media, y de ancho cerca de cuatro líneas. Se cree que son eficaces contra la retención de orina, tomando tres granos en agua.

El **botete** es un pescadillo que tiene cerca de ocho pulgadas de largo, y es desproporcionadamente grueso. Su hígado es tan venenoso, que en media hora ocasiona la muerte a quien lo come, con fuertes dolores y convulsiones. Cuando está vivo en la arena de la playa, se hincha enormemente si lo tocan, y los muchachos se divierten en reventarlo a patadas.

El **ojón** (1) es un pez chato y redondo, que tiene ocho o diez pulgadas de diámetro. La parte inferior de su cuerpo es enteramente plana, pero la superior es convexa, y en el centro, que es donde más se alza, tiene un ojo solo, tan grande como el de un buey, con sus párpados correspondientes. Después de muerto lo conserva abierto, causando horror al que lo mira. (2)

El **iztacmichin,** o pez blanco, ha sido siempre célebre en México, y no es menos común hoy día en las mesas de los españoles, que lo era antiguamente en las de los mexicanos. Los hay de tres o cuatro especies. El **amilotl,** que es el mayor y el más apreciado, tiene más de un pie de largo, y cinco aletas: dos sobre la espalda, dos a los dos lados del vientre, y una debajo del mismo vientre. El **jalmichin,** un poco menor que el precedente, me parece ser de la misma especie. El **xacapitzahuac,** que es el más pequeño de todos, no tiene más que ocho pulgadas de largo, y una y media de ancho. Todos estos peces son escamosos, sabrosos y muy sanos, y abundan en los lagos de Chalco, Pátzcuaro y Chapala. La otra especie es la del **jalmichin** de Cuauhnahuac, el cual no tiene escamas, y está cubierto de una piel tierna y blanca.

---

(1) Este pez, que suele pescarse en California, no tiene nombre, o si lo tiene, no ha llegado a mi noticia. Le he dado el nombre de **ojón,** que me parece convenirle.

(2) Campoy creyó que el **ojón** era el **uranoscopos** o **callionymos** de Plinio; mas este autor no da pormenor alguno de aquel pez. El nombre **uranoscopos,** que ha servido de fundamento a su opinión, conviene igualmente a todos los peces, que por tener los ojos en la parte superior de la cabeza, miran al cielo, como las rayas y otros peces chatos.

El **axolotl**, o ajolote, (1) es un lagarto acuático del lago mexicano. Su figura es fea, y su aspecto ridículo. Tiene por lo común ocho pulgadas de largo; pero hay algunos de doble dimensión. La piel es blanda y negra; la cabeza larga, la boca grande, la lengua ancha, pequeña y cartilaginosa, y la cola larga. Va en diminución desde la mitad del cuerpo hasta la mitad de la cola. Nada con sus cuatro pies, que son semejantes a los de la rana. Lo más singular de este pez, es tener el útero como el de la mujer, y estar sujeto como ésta a la evacuación periódica de sangre, según consta de muchas observaciones, de que habla el Dr. Hernández. (2) Su carne es buena de comer y sana, y tiene casi el mismo sabor que la de la anguila. Se cree muy provechosa a los éticos. En el mismo lago mexicano hay otras especies de pececillos que no tienen ninguna particularidad digna de notarse.

Por lo que hace a las conchas, las hay de infinitas especies, y entre ellas algunas de incomparable hermosura, particularmente en el mar Pacífico. En todas las costas de aquellos mares se hizo en diversas épocas la pesca de perlas. Los mexicanos la pescaban en la costa de Tototepec, y en la de los cuitlaltecas, donde hoy se pesca la tortuga. Entre las estrellas marinas, hay una que tiene cinco rayos, y un ojo en cada uno. Entre las esponjas y litofitos hay algunas especies curiosas y peregrinas. El Dr. Hernández da el dibujo de una esponja que le fue enviada del mar Pacífico, que tenía la figura de una mano humana; pero con diez o más dedos, de color de barro con puntos negros y listas rojas, y era más callosa que la esponja ordinaria.

---

(1) Mr. de Bomare no puede dar con el nombre de este pez. Lo llama **azalotl, azcolotl, azoloti** y **axoloti**, y dice que los españoles lo llaman **juguete del agua**. Lo cierto es que los mexicanos lo llaman **axolotl**, y los españoles **ajolote**.

(2) Mr. de Bomare no se resuelve a creer lo que aquí se dice del **ajolote**; pero teniendo en favor el testimonio de los que han tenido años enteros este pez a la vista, no debemos atender a la desconfianza de un francés, que aunque docto en la historia natural, no ha visto jamás al **ajolote** ni aun sabe su nombre, especialmente cuando la evacuación periódica no es tan exclusiva de las mujeres, que no se halle en algunas especies de animales. **Les femelles des singes**, dice el mismo escritor, **ont pour la plupart des menstrues comme les femmes.** Véase el artículo **Singes.**

INSECTOS MEXICANOS

Descendiendo finalmente a los animales más pequeños, en los que resplandecen más el poder y la sabiduría del Creador, podemos reducir las innumerables especies de insectos que hay en México, a tres órdenes, a saber: volátiles, terrestres y acuáticos; aunque hay muchos terrestres y acuáticos que después se convierten en volátiles, y en uno o en otro estado son dignos de estudiarse.

Entre los volátiles hay escarabajos, abejas, avispas, moscas, moscardones y mariposas. Los escarabajos son de muchas especies, y por la mayor parte inocentes. Los hay verdes, a los que los mexicanos dan el nombre de **mayatl,** y con los cuales se divierten los muchachos por el gran rumor que hacen al volar. Hay otros negros, fétidos y de forma irregular, llamados **pinacatl.**

El **cucuyo** o escarabajo luminoso, que es el más digno de atención, ha sido mencionado por muchos autores; pero por ninguno que yo sepa, descrito. Es de más de una pulgada de largo, y tiene dobles alas, como los otros escarabajos volátiles. Tiene en la cabeza un cuernecillo móvil de que hace gran uso, porque cuando ha caído de espaldas y no puede moverse, se vuelve a poner en su actitud natural, por la acción de aquel cuernecillo, empujándolo y comprimiéndolo dentro de una membrana, a manera de bolsa, que tiene sobre el vientre. Junto a los ojos tiene dos membranas, y una mayor en el vientre: todas ellas son sutiles, transparentes y llenas de una materia tan luminosa, que su luz basta para leer cómodamente una carta, y para alumbrar el camino a los que viajan de noche; pero nunca despide tanto resplandor como cuando vuela. Cuando duerme, no brilla, porque cubre la luz con otras membranas opacas. Esta materia luminosa es una substancia blanca, farinosa y viscosa, que conserva algún tanto su esplendor cuando se ha sacado del cuerpo del cucuyo, y con ella suelen escribir algunos, caracteres lúcidos en los sombreros. Hay gran abundancia de estos animales fosfóricos en las costas del mar y por la noche forman en las montañas vecinas, magníficos y espléndidos espectáculos. Los muchachos, para cazarlos, no hacen más que agitar un carbón encendido, y atraídos por su luz, los cucuyos

vienen a caer en manos del cazador. No han faltado autores que hayan confundido estos maravillosos insectos con las luciérnagas; pero éstas, que abundan en Europa, y no menos en México, son mucho más pequeñas y menos luminosas que los cucuyos.

Tan grata es la vista del insecto que acabo de describir, como desagradable la del **temolin.** Es este un gran escarabajo de color castaño rojizo, con seis pies peludos y cuatro dedos en cada uno. Hay dos especies de temolin; el uno tiene la frente armada de un cuerno o antena, y el otro de dos.

Hay a lo menos seis especies distintas de abejas. La primera es de las comunes de Europa, con las que conviene, no sólo en el tamaño, en la forma y en el color, sino también en la índole, en los hábitos, y en la calidad de la miel y de la cera que fabrica. La segunda especie se parece en algo a la primera, pero carece de aguijón. A ella pertenecen las abejas de Yucatán y de Chiapas, que hacen la famosa miel de **Estabentun,** la cual es clara, aromática, y de un sabor superior al de todas las clases de miel conocidas. Hácense seis cosechas de esta preciosa producción: una cada dos meses; pero la mejor es la que se coge por noviembre, porque las abejas la hacen de una flor blanca, semejante al jazmín, muy olorosa, que nace por septiembre y se llama **Estabentun,** de donde proviene el nombre de la miel. (1) La tercera especie es de unas abejas semejantes en la forma a las hormigas aladas, más pequeñas que las abejas comunes, y sin aguijón. Estos insectos, propios de los países calientes y templados, fabrican panales semejantes, en el tamaño y en la forma, a un pan de azúcar, y algunas veces mucho mayores. Los pegan a las rocas y a las ramas de los árboles, especialmente a las de las encinas. La población de estos panales es mucho más numerosa que la de los panales de las abejas comunes. Las larvas de esta especie son blancas y redondas, a guisa de perlas, y también se comen. La miel es blanquizca, pero de un sabor delicado. Las abejas de la cuarta especie son amarillas, más pequeñas que las comunes, y armadas como éstas de un aguijón. Su miel es inferior a la de las especies precedentes. Las de la

---

(1) La miel de Estabentun es muy estimada de los franceses e ingleses que van a Yucatán. Me consta que los franceses del Guarico la suelen comprar y la envían de regalo a su soberano.

quinta especie son pequeñas e inermes; fabrican panales orbiculares en las cavidades subterráneas, y su miel es ácida y amarga. La **tlalpipiolli**, que forma la sexta especie, es negra y amarilla, del tamaño de las comunes, pero sin aguijón.

Las especies de avispas son, a lo menos, cuatro. La **quetzalmiahuatl** es la común de Europa. La **tetlatoca** o vagabunda, se llama así, porque muda frecuentemente de habitación, y siempre está ocupada en reunir materiales para labrarla. Tiene aguijón, pero no hace miel ni cera. El **xicotli** o jicote es una avispa gruesa y negra, excepto en el vientre, que es amarillo. Hace una miel bastante dulce, en los agujeros que forma en los muros. Está armada de un fuerte punzón, y su herida es muy dolorosa. La **cuicalmiahuatl** tiene también aguijón, pero no sabemos que haga miel.

El **quauhxicotli** es un tábano muy negro, excepto en la cola que es roja. Su punzón es tan grande y tan fuerte, que no sólo atraviesa de una a otra parte una caña de azúcar, sino también las raíces de los árboles.

Entre las moscas, además de las comunes, que ni son tantas ni tan molestas como las de Italia por el verano, (1) las hay luminosas como las luciérnagas. La **axayacatl** es una mosca propia de los lagos mexicanos. De los huevos innumerables que estas moscas deponen en los juncos y en los gladiolos o íris del lago, se forman gruesas costras, que los pescadores venden en el mercado. Esta especie de caviar, llamado **ahuauhtli**, se comía en tiempo de los mexicanos, y aun en el día es manjar común en las mesas de los españoles. Tiene casi el mismo sabor que el caviar de los peces. Pero los mexicanos antiguos, no sólo comían los huevos, sino también las moscas reducidas a masa, y cocida ésta con nitro.

Los mosquitos, tan comunes en Europa, y particularmente en Italia, abundan también en las tierras marítimas de México, y en aquellos sitios en que el calor, las aguas muertas y la maleza fomentan su propagación. Hay infinitos en el lago de

---

(1) La misma observación, acerca de las moscas, hace Oviedo. "En las islas, dice, y en tierra firme hay muy poquitas moscas, y a comparación de las que hay en Europa, se puede decir que en acullá no hay algunas."—**Sumario de la historia natural de las Indias**, cap. 81. Es cierto que en México no son tan pocas como dice Oviedo; pero generalmente hablando, no son tantas ni tan molestas como en Europa.

Chalco; pero la Capital, a pesar de su proximidad al lago, está exenta de esta molestia.

Hay también en las tierras calientes unos mosquillos que no hacen ruido al volar; pero cuya picadura ocasiona un escozor vehemente, y si se rasca la parte ofendida, fácilmente se hace una llaga.

En las mismas tierras calientes, especialmente en algunas marítimas, abundan las cucarachas, que son insectos gruesos, alados y muy perjudiciales, por que infestan toda clase de comestibles y sobre todo los dulces; pero son útiles en las habitaciones por que destruyen las chinches. Se ha observado que los barcos que en su viaje de Europa a México iban plagados de chinches, volvían exentos de estos fétidos insectos, por haberlos exterminado las cucarachas. (1)

Las especies de mariposas son mucho más numerosas y variadas en México que en Europa. No pueden dignamente describirse su variedad y hermosura: ni el pincel más diestro es capaz de representar la excelencia del dibujo y del colorido que el Autor de la naturaleza empleó en el adorno de sus alas. Muchos autores dignos de crédito las han celebrado en sus escritos, y el Dr. Hernández ha hecho retratar algunas, para dar a los europeos alguna idea de su belleza.

Pero no son comparables en número, las mariposas a las langostas, las cuales a veces caen sobre las tierras marítimas, obscureciendo el aire con las densas nubes que forman, y destruyendo todos cuantos vegetales hay en el campo, como lo ví por los años de 1738 y 39 en la costa de Xicayan. En la península de Yucatán hubo hace poco una gran carestía de resultas de aquella calamidad; pero en ningún otro país de aquel Continente ha sido tan frecuente este terrible azote, como en la desventurada California. (2) Entre los insectos terrestres, además de los

---

(1) Estos insectos son también enemigos de los literatos, pues consumen durante la noche la tinta si no se usa la precaución de tapar el tintero. Los españoles los llaman **cucarachas**, otros **kakerlaques**, otros **dermestes**, etc.

(2) En la Historia de Californias, que saldrá a luz dentro de pocos meses, se citan las prolijas observaciones hechas sobre las langostas por el abate D. Miguel del Barco, el cual permaneció treinta años en aquel país tan famoso, como indigno de la fama que tiene.

comunes, sobre los cuales no ocurre nada notable que decir, hay muchas especies de gusanos, escolopendras, escorpiones, arañas, hormigas, niguas y la cochinilla.

De los gusanos, unos son útiles y otros perniciosos; unos servían de alimento a los antiguos mexicanos; otros de medicina, como el **axin** y el **polin,** de los que hablaré en otra ocasión. El **tleocuilin,** o gusano ardiente, tiene la propiedad de las cantáridas. Su cabeza es roja, el cuerpo verde, y lo demás del cuerpo leonado. El **temahuani** es un gusano todo armado de espinas amarillas y venenosas. El **temictli** es semejante al gusano de seda en sus trabajos y metamorfosis. Los gusanos de seda fueron transportados de Europa, y se multiplicaron considerablemente. Hacíanse abundantes cosechas de seda, particularmente en la Mixteca, (1) donde esta mercancía formaba un ramo importante de comercio; pero habiéndose visto los mixtecas obligados a abandonarlo por razones políticas, se descuidó la cría de gusanos, y hoy apenas hay quien se dedique a ella. Además de esta seda común, hay otra bastante estimada, blanca, suave al tacto y fuerte. Hállase en los bosques de los países marítimos, sobre las ramas de los árboles, especialmente en los años en que escasean las lluvias; pero de ella solamente se sirven algunos pobres, por la poca industria de aquellos pueblos, o más bien por los agravios que tendrían que sufrir si emprendiesen aquel género de comercio. Sabemos además por las **Cartas de Cortés a Carlos V,** que en los mercados de México se vendía seda, y hasta ahora se conservan algunas pinturas en papel de seda, hecho por los antiguos mexicanos.

Las escolopendras se hallan en los países templados, y son más abundantes en los calientes y húmedos. El Dr. Hernández dice haber visto algunas tan grandes, que tenían dos pies de largo y dos dedos de grueso; pero sin duda las vió en algún país demasiado húmedo e inculto. Yo me he detenido en muchos lugares de toda clase de clima, y no he hallado ninguna de tan excesiva dimensión.

Los escorpiones son comunes en todo aquel país; pero en los países fríos y templados hay pocos, y éstos no son muy da-

---

(1) Hay pueblos en la Mixteca que aún conservan la denominación que les fue dada entonces, con alusión a esta clase de comercio, como **San Francisco de la Seda, Tepexe de la Seda.**

ñosos. En las tierras calientes y demasiado secas, aunque el calor sea moderado abundan más; y es tal su veneno, que basta a matar a un niño, y a ocasionar terribles dolencias a los adultos. Se ha observado que el veneno de los escorpiones pequeños y amarillos es más activo que el de los grandes y pardos, y que son más funestas sus mordeduras en las horas en que tiene el sol más fuerza.

Entre las muchas especies de arañas, no puedo omitir dos muy singulares, la tarántula y la casampulga. (1) Dase impropiamente en aquellos países el nombre de **tarántula** a una araña gruesa, cuyo lomo y piernas están cubiertas de una pelusa negruzca, suave y sutil. Es propia de las tierras calientes, y no sólo se halla en el campo, sino también en las casas. Pasa generalmente por venenosa, y se cree que el caballo que la pisa, pierde inmediatamente el casco; pero no se cita ningún caso conocido en favor de esta opinión, aunque yo he vivido cinco años en un país calidísimo donde abundan aquellos insectos. La **casampulga** es pequeña; tiene los pies cortos, el vientre rojizo, y el tamaño de un guisante. Es venenosa, y común en la diócesis de Chiapas y en otras partes. No sé si esta araña es la misma que en otros países se llama **araña capulina**, aunque las señas le convienen.

Las hormigas más comunes del territorio de México son de tres especies. La primera es de las negras y pequeñas, comunes a uno y otro Continente. Otras son grandes y rojas, armadas de un punzón, con el que hacen dolorosas picaduras; los españoles las llaman **bravas.** Otras, llamadas **arrieras,** son grandes y pardas, y se les ha dado aquel nombre, por que se ocupan continuamente en el transporte de sus provisiones, con mucho más ahinco que las hormigas comunes; por lo que son mucho más perniciosas a los campos. En algunos países se han multiplicado excesivamente, por el descuido de los habitantes. En la provincia de Xicayan, se ven en la tierra, por espacio de muchas millas, enormes manchas negras, que no son más que tribus de estos dañinos insectos.

Además de las referidas especies, hay una muy singular en Michuacan y quizás en alguna otra provincia. Es mayor que

---

(1) Sospecho que el nombre primitivo de esta araña era **cazapulga**, corrompido después por el vulgo, como sucede con otros muchos.

las otras; tiene el cuerpo ceniciento y la cabeza negra. En la parte posterior lleva un saco lleno de un licor bastante dulce, a que son muy aficionados los muchachos, creyendo que es miel fabricada por estas hormigas; pero yo creo más bien que estos sacos son huevos. Mr. de la Barrere, en la **Historia Natural de la Francia Equinoccial**, hace mención de estas hormigas, halladas en la Cayena; pero estas son aladas, y las nuestras sin alas.

La **nigua**, llamada en otros países **pique**, es un pequeñísimo insecto, no muy diferente de la pulga, que se cría en las tierras calientes entre el polvo. Se pega a los pies, y rompiendo insensiblemente la película, hace su nido entre ella y la piel: si no se quita pronto, rompe ésta y pasa a la carne, multiplicándose con increíble prontitud. No se siente por lo común, hasta que al perforar la piel ocasiona una picazón insoportable. Estos insectos, por su portentosa multiplicación, bastarían a despoblar aquellos países, si no fuera tan fácil evitarlos y si no fueran tan diestros los habitantes en exterminarlos antes que se propaguen. La Providencia, a fin de disminuir este azote, no sólo negó alas a este dañoso bicho, sino que lo privó también de aquellos músculos vigorosos que dió a la pulga para saltar. En los pobres, que por su miseria están obligados a dormir en el suelo y a descuidar el aseo de sus personas, suelen multiplicarse tanto estos insectos, que les hacen grandes cavidades en las carnes, y les ocasionan llagas peligrosísimas.

Lo que hacen las niguas en las casas, hacen en el campo las garrapatas, de las cuales hay dos especies, o, más bien, clases. La primera es la misma conocida en el Antiguo Continente. Se pega al pellejo de los caballos, de los carneros y de los cuadrúpedos y se introduce en sus orejas. La otra se halla abundantemente en las malezas de las tierras cálidas: de ellas pasa con facilidad a la ropa y de la ropa al cuerpo de los caminantes, al que se pega con tanta fuerza, por la particular configuración de sus pies, que es muy difícil arrancarla; y si no se logra pronto, forma una llaga semejante a la de la nigua. Al principio no parece más que un puntillo negro; pero con la sangre que chupa se hincha tanto y tan prontamente, que dentro de poco tiempo se pone del tamaño de una haba, y entonces es de color de plomo. Oviedo dice que para arrancar brevemente y sin peligro la garrapata, basta untarse la parte con aceite, y rasparla después con un cuchillo.

La célebre cochinilla de México, tan conocida y apreciada en todo el mundo por la excelencia del color que suministra, es un insecto propio de aquellos países, y el más útil de cuantos nacen en la tierra de Anáhuac, donde en tiempo de los reyes mexicanos se empleaba el mayor esmero en su cría. (1) El país donde más prospera es la Mixteca, donde forma el ramo más considerable del comercio. (2) En el siglo XVI se criaba también en Tlaxcala y en otras partes, donde daba lugar a un tráfico muy activo; pero los perjuicios que ocasionaba a los indios, que son los que siempre han cuidado de su cría, la tiránica avaricia de algunos gobernadores, los obligaron a dejar una tarea, que es además molesta y prolija. La cochinilla en su mayor desarrollo tiene el grueso y la figura de una chinche. La hembra es desproporcionada y lenta. La boca, los ojos, los cuernecillos o antenas y los pies se ocultan de tal modo en las arrugas del pellejo, que no se pueden distinguir sin la ayuda del microscopio; y por esto se obstinaron algunos europeos en creer que fuese una semilla, y no ya un verdadero animal, contra el testimonio de los indios que la crían, y de Hernández que la observó como naturalista. El macho es más raro, y hay uno por trescientas hembras. Es también más pequeño y más delgado que ésta; pero más despierto y activo. En la cabeza tiene dos cuernecillos

---

(1) El cronista Herrera dice en la Década 4, lib. 8, cap. 8, que aunque los indios poseían la cochinilla no hicieron caso de ella, hasta que los instruyeron los españoles. Pero ¿qué les enseñaron éstos? ¿a criar el insecto? ¿cómo podían enseñar lo que ignoraban, especialmente cuando creían que era un grano lo que es un animal? ¿Les enseñaron quizás su uso para los tintes? Pero si los indios no lo conocían ¿para qué se daban el trabajo de criar la cochinilla? ¿Por qué estaban obligados Huagiacac, Coyolapan y otros pueblos a pagar anualmente veinte sacos de cochinilla al rey de México, como consta en la matrícula de los tributos? ¿Cómo puede creerse que ignorasen el uso de la cochinilla aquellas naciones tan aficionadas a la pintura, y que no supiesen emplear su color, sabiendo servirse del añil, del achiote y de muchas piedras y tierras minerales?

(2) La cantidad que viene todos los años de la Mixteca a España, pasa de dos mil y quinientos sacos, como testifican algunos autores. El comercio que de ella hace la ciudad de Oaxaca, importa anualmente doscientos mil pesos. Mr. de Bomare dice que a una cierta especie de cochinilla se da el nombre de **cochinilla mesteca**, porque se cría en Meteque, provincia de Honduras, mas éste es un error. Llámase **Mixteca**, porque viene de la provincia de este nombre, la cual dista más de Honduras, que Roma de París.

articulados, y en cada articulación cuatro sedas dispuestas con gran simetría. Los pies son seis, cada uno compuesto de tres partes. En la parte posterior del cuerpo se alzan dos pelos, de doble o triple longitud que el cuerpo mismo. Tiene dos grandes alas, de que está privada la hembra. Estas alas están sostenidas por dos músculos; el uno exterior que se extiende por toda la circunferencia del ala, y el otro inferior y paralelo al primero. El color interno es rojo, pero más obscuro en la hembra; y el externo, rojo blanquecino o ceniciento. Críase la cochinilla en una especie de nopal u opuncia, o higuera de Indias, que se eleva a la altura de cerca de ocho pies y cuyo fruto es semejante a los higos de tuna de las otras opuncias, pero no se come. Aliméntase de las hojas de aquella planta, chupando el jugo con una trompa que tiene en el pecho, entre los dos primeros pares de pies. Allí adquiere todo su volúmen, y produce una numerosa descendencia. El modo que tienen de multiplicarse estos preciosos insectos, la industria con que los indios los crían, y las precauciones que toman para defenderlos de la lluvia, que les es muy perjudicial, y de los numerosos enemigos que los persiguen; serán explicados cuando hablemos de la agricultura de los mexicanos. (1)

Entre los insectos acuáticos se halla el **atetepitz,** que es un escarabajo, propio de los sitios pantanosos, semejante en el tamaño y en la figura al escarabajo volátil. Tiene cuatro pies y está cubierto de una costra dura. El **atopinan** es también pantanoso, de un color obscuro, de seis dedos de largo y dos de ancho. El **ahuithuitla** es un gusano del lago mexicano, que tiene cuatro dedos de largo y es del grueso de una pluma de ánade, leonado en la parte superior, y blanco en la inferior. Pica con la cola, que es dura y venenosa. El **ocuiliztac** es un gusano negro en las tierras húmedas; pero cuando se tuesta, se pone blanco. Los antiguos mexicanos comían de todos estos insectos.

---

(1) D. Antonio Ulloa dice que el **nopal** en que se cría la cochinilla, no tiene espinas; mas no es así, pues siempre la ví en árboles espinosos durante mi permanencia de cinco años en la Mixteca. Mr. de Raynal cree que el color de la cochinilla se debe a la tuna o higo de que se alimenta; mas este autor ha estado mal informado. La cochinilla no come el fruto, sino la hoja que es verde; y el nopal de que se trata no da higos rojos, sino blancos. Es verdad que puede criarse en la de higos rojos; pero no es ésta su planta original.

Dejando ya estos reptiles, cuyos nombres solos compondrían una larga lista, terminaré esta enumeración con una especie de zoofitos, o plantas-animales, que ví por los años de 1751 en una casa de campo, distante diez millas, hacia el sudeste de la Puebla de los Angeles. Eran de tres o cuatro dedos de largo: tenían cuatro pies sutilísimos, y estaban armados de dos cuernecillos; pero su cuerpo no era otra cosa que los nervios de una hoja, de la misma figura, tamaño y color que las otras de los árboles en que estos insectos se crían. Hace mención de ellos el Dr. Hernández, con el nombre de **cuauhmecatl**, y Gemelli describe otra producción de esta especie, que se halla en las cercanías de Manila. (1)

De lo poco que hemos dicho acerca de la historia natural de aquellos países, se podrá conocer la diferencia que hay entre las tierras calientes, las frías y las templadas, de que se componen las vastas regiones de Anáhuac. En las calientes es más pródiga la naturaleza, en las frías y las templadas más benigna. En aquéllas, los montes son más fecundos de minerales y de fuentes, las llanuras más amenas, más frondosos los bosques. Allí se encuentran las plantas más útiles a la vida, (2) los árboles más gruesos, las maderas más preciosas, las flores más bellas, las frutas más exquisitas, las resinas más aromáticas. Allí son más variadas y más numerosas las especies de los animales; sus individuos más hermosos y corpulentos, las aves más brillantes en su plumaje y más suaves en su canto, pero todas estas ventajas están contrapesadas por otros tantos inconvenientes, pues en estos países están las fieras más terribles, los reptiles más ponzoñosos, los insectos más perjudiciales. La tierra no sufre

---

(1) Sé que los naturalistas modernos no dan comunmente el nombre de zoofitos, sino a ciertos cuerpos marinos, que teniendo la apariencia de vegetales, son en su naturaleza animales. Sin embargo, yo doy aquel nombre a estos insectos terrestres, por que les conviene, con tanta, y aun con mayor propiedad que a los marinos. Me parece haber expuesto en mi física, con la mayor verosimilitud posible, el mecanismo de la naturaleza en la generación de estos insectos.

(2) Es cierto que las tierras calientes no dan trigo, ni algunas frutas de Europa, como manzanas, albérchigos, peras y otras; pero ¿qué es la falta de estos pocos vegetales comparada con la indecible abundancia y variedad de plantas fructíferas y medicinales que se hallan en aquellos países?

los síntomas funestos del invierno, ni el aire las enfadosas vicisitudes de las estaciones. En la tierra domina una perpetua primavera; en la atmósfera un verano continuo, al que se acostumbran fácilmente los habitantes; pero el incesante sudor de sus cuerpos y la abundancia de frutos gustosos, que en todos tiempos les prodiga aquella tierra deliciosa, los exponen a muchas enfermedades desconocidas en otras regiones. Las tierras frías no son tan fecundas ni tan bellas; pero son más sanas y sus animales menos perniciosos al hombre. En los países templados (a lo menos en muchos de ellos, como en los del valle mexicano), se gozan las ventajas de los países fríos, sin sus incomodidades, y las delicias de los calientes, sin sus molestias. Las enfermedades más comunes de las tierras cálidas son las fiebres intermitentes, el espasmo, la tísis, y en el puerto de Veracruz, de pocos años a esta parte, el vómito negro. (1) En otras partes; los catarros, las fluxiones, la pleuresía y las fiebres agudas, y en la Capital, la diarrea. Además de estas enfermedades ordinarias, suelen sentirse, extraordinariamente ciertas epidemias, que parecen periódicas, aunque su período no es fijo ni regular, como las que se experimentaron en los años de 1545, 1756, y en otros tiempos en 1736 y 1762. La viruela llevada allí por los conquistadores españoles, no se ve en aquellos países tan frecuentemente como en Europa, sino de cierto en cierto número de años, y entonces ataca a todos los que antes no la han tenido, haciendo de una vez los mismos estragos, que en Europa hace sucesivamente.

CARACTER DE LOS MEXICANOS Y DE LAS OTRAS NACIONES DE ANAHUAC

Las naciones que ocuparon la tierra de Anáhuac antes de los españoles, aunque diferentes en idioma y en algunas costumbres, no lo eran en el carácter. Los mexicanos tenían las mismas cualidades físicas y morales, la misma índole y las mismas inclinaciones que los acolhuis, los tepanecas, los tlaxcaltecas y los otros pueblos, sin otra diferencia que la que procede de la educación; de modo que lo que vamos a decir de los unos, debe igualmente entenderse de los otros. Algunos autores antiguos

---

(1) Ulloa y otros historiadores de América no describen el espasmo ni el vómito negro. Esta enfermedad no era conocida allí antes de 1725.

y modernos han procurado hacer su retrato moral; pero entre todos ellos no he encontrado uno sólo que lo haya desempeñado con exactitud y fidelidad. Las pasiones y las preocupaciones de unos y la ignorancia y la falta de reflexión de otros, les han hecho emplear colores muy diferentes de los naturales. Lo que voy a decir se funda en un estudio serio y prolijo de la historia de aquellas naciones, en un trato íntimo de muchos años con ellas y en las más atentas observaciones acerca de su actual condición, hechas por mí y por otras personas imparciales. No hay motivo alguno que pueda inclinarme en favor o en contra de aquellas gentes. Ni las relaciones de compatriota me inducirían a lisonjearlos, ni el amor a la nación a que pertenezco, ni el celo por el honor de sus individuos, son capaces de empeñarme en denigrarlos: así que, diré clara y sinceramente lo bueno y lo malo que en ellos he conocido.

Los mexicanos tienen una estatura regular, de la que se apartan más bien por exceso, que por defecto, y sus miembros son de una justa proporción; buena encarnadura; frente estrecha, ojos negros; dientes iguales, firmes, blancos y limpios; cabellos tupidos, negros, gruesos y lisos; barba escasa y por lo común, poco vello en las piernas, en los muslos y en los brazos. Su piel es de color aceitunada. No se hallará quizás una nación en la tierra en que sean más raros que en la mexicana los individuos deformes. Es más difícil hallar un jorobado, un estropeado, un tuerto entre mil mexicanos, que entre cien individuos de otra nación. Lo desagradable de su color, la estrechez de su frente, la escasez de su barba, y lo grueso de sus cabellos, están equilibrados de tal modo con la regularidad y la proporción de sus miembros, que están en justo medio entre la fealdad y la hermosura. Su aspecto no agrada ni ofende; pero entre las jóvenes mexicanas se hallan algunas blancas y bastante lindas, dando mayor realce a su belleza la suavidad de su habla y de sus modales, y la natural modestia de sus semblantes.

Sus sentidos son muy vivos, particularmente el de la vista, que conservan inalterable hasta la extrema vejez. Su complexión es sana, y robusta su salud. Están exentos de muchas enfermedades que son frecuentes entre los españoles; pero son las principales víctimas en las enfermedades epidémicas a que de cuando en cuando está sujeto aquel país. En ellos empiezan y en ellos terminan. Jamás se exhala de la boca de un mexicano aquella fe-

tidez que suele ocasionar la corrupción de los humores, o la indigestión de los alimentos. Son de temperamento flemático, pero poco expuestos a las evacuaciones pituitosas de la cabeza, y así es que raras veces escupen. Encanecen y se ponen calvos más tarde que los españoles, y no son raros entre ellos los que llegan a la edad de cien años. Los otros mueren casi siempre de enfermedades agudas.

Actualmente y siempre han sido sobrios en el comer; pero es vehementísima su afición a los licores fuertes. En otros tiempos la severidad de las leyes les impedía abandonarse a esta propensión; hoy la abundancia de licores y la impunidad de la embriaguez trastornan el sentido a la mitad de la nación. Esta es una de las causas principales de los estragos que hacen en ellos las enfermedades epidémicas, además de la miseria, en que viven más expuestos a las impresiones maléficas y con menos recursos para corregirlas.

Sus almas son radicalmente y en todo semejantes a las de los otros hijos de Adán y dotados de las mismas facultades; y nunca los europeos emplearon más desacertadamente su razón, que cuando dudaron de la racionalidad de los americanos. El estado de cultura en que los españoles hallaron a los mexicanos excede, en gran manera al de los mismos españoles, cuando fueron conocidos por los griegos, los romanos, los galos, los germanos y los bretones. (1) Esta comparación bastaría a destruír semejante idea, si no se hubiese empeñado en sostenerla la inhumana codicia de algunos malvados. (2) Su ingenio es ca-

---

(1) D. Bernardo Aldrete en su libro sobre **El Origen de la Lengua Española** quiere hacernos creer que los españoles eran más cultos en la época de la llegada de los fenicios, que los mexicanos en tiempo de la Conquista; pero esta paradoja ha sido suficientemente rebatida por los doctísimos autores de la **Historia Literaria de España.** Es cierto que los españoles de aquellos remotos siglos no eran tan bárbaros como los chichimecas, los californios y otros pueblos salvajes de América; pero tampoco tenían su gobierno tan bien arreglado, ni tan perfeccionadas sus artes, ni habían hecho, que sepamos, tantos progresos en el conocimiento de la naturaleza, como los mexicanos al principio del siglo XVI.

(2) Léanse las amargas quejas hechas sobre este asunto por el obispo Garcés en su carta al papa Paulo III, y por el obispo Las Casas en sus memoriales a los reyes católicos Carlos V y Felipe II, y sobre todo las leyes humanísimas expedidas por aquellos piadosos monarcas en favor de los indios.

paz de todas las ciencias, como la experiencia lo ha demostrado. (1) Entre los pocos mexicanos que se han dedicado al estudio de las letras, por estar el resto de la nación empleado en los trabajos públicos y privados, se han visto buenos geómetras, excelentes arquitectos y doctos teólogos.

Hay muchos que conceden a los mexicanos una gran habilidad para la imitación, pero les niegan la facultad de inventar; error vulgar que se halla desmentido en la historia antigua de aquella nación.

Son, como todos los hombres, susceptibles de pasiones; pero éstas no obran en ellos con el mismo ímpetu, ni con el mismo furor que en otros pueblos. No se ven comunmente en los mexicanos aquellos arrebatos de cólera, ni aquel frenesí de amor, tan comunes en otros países.

Son lentos en sus operaciones, y tienen una paciencia increíble en aquellos trabajos que exigen tiempo y prolijidad. Sufren con resignación los males y las injurias, y son muy agradecidos a los beneficios que reciben, con tal que no tengan nada que temer de la mano bienhechora; pero algunos españoles, incapaces de distinguir la tolerancia de la indolencia, y la desconfianza de la ingratitud, dicen a modo de proverbio, que los indios no sienten las injurias, ni agradecen los beneficios. (2) La desconfianza habitual en que viven con respecto a todos los que no son de su nación, los induce muchas veces a la mentira y a la perfidia; por lo cual la buena fe no ha tenido entre ellos toda la estimación que merece.

Son también naturalmente serios, taciturnos y severos;

---

(1) Citaré en las Disertaciones las opiniones de D. Julián Garcés, primer obispo de Tlaxcala; de D. Juan Zumárraga, primer obispo de México y de D. Bartolomé de las Casas, primer obispo de Chiapas, sobre la capacidad, el ingenio y las otras buenas prendas de los mexicanos. El testimonio de estos prelados tan respetables por sus virtudes, su doctrina y su conocimiento práctico de los indios, vale algo más que el de cualquier historiador.

(2) La experiencia me ha hecho conocer cuán reconocidos son los mexicanos a los beneficios que se les hacen, con tal que estén seguros de la benevolencia y de la sinceridad del bienhechor. Su agradecimiento se ha manifestado muchas veces de un modo público y estrepitoso, que hace ver la falsedad de aquel proverbio.

más inclinados a castigar los delitos, que a recompensar las buenas acciones.

La generosidad, y el desprendimiento de toda mira personal, son atributos principales de su carácter. El oro no tiene para ellos el atractivo que para otras naciones. (1) Dan sin repugnancia lo que adquieren con grandes fatigas. Esta indiferencia por los intereses pecuniarios y el poco afecto con que miran a los que los gobiernan, los hacen rehusarse a los trabajos a que los obligan, (2) y he aquí la exagerada pereza de los americanos. Sin embargo, no hay en aquel país gente que se afane más, ni cuyas fatigas sean más útiles y más necesarias. (3)

El respeto de los hijos a los padres y el de los jóvenes a los ancianos, son innatos en aquella nación. Los padres aman mucho a los hijos; pero el amor de los maridos a las mujeres es menor que el de éstas a aquéllos. Es común, si no ya general en los hombres, ser menos aficionados a sus mujeres propias que a las ajenas.

El valor y la cobardía, en diversos sentidos, ocupan sucesivamente sus ánimos, de tal manera, que es difícil decidir cuál de estas dos cualidades es la que en ellos predomina. Se avanza intrépidamente a los peligros que proceden de causas naturales; mas basta para intimidarlos la mirada severa de un español. Esa estúpida indiferencia a la muerte y a la eternidad que algunos autores atribuyen generalmente a los americanos, conviene tan sólo a los que, por su rudeza y falta de instrucción, no tienen aun idea del juicio divino.

Su particular apego a las prácticas externas de la religión, degenera fácilmente en superstición, como sucede a todos los hombres ignorantes, en cualquiera parte del mundo que hayan nacido; mas su pretendida propensión a la idolatría, es una quimera formada en la desarreglada fantasía de algunos necios.

---

(1) No hablamos de aquellos mexicanos que por su continuo comercio con los avaros, se han infestado con el vicio de la avaricia; pero aun éstos no lo son tanto como los que los inficionaron.

(2) Lo que decimos acerca de la pereza, no comprende a las naciones salvajes que habitan otros países del Nuevo Mundo.

(3) En las Disertaciones hablaré de las faenas en que se emplean los mexicanos. El obispo Palafox decía que cuando lleguen a faltar indios, no habrá América para los españoles.

El ejemplo de algunos habitantes de los montes no basta para infamar a una nación entera. (1)

Finalmente, en el carácter de los mexicanos, como en el de cualquiera otra nación, hay elementos buenos y malos; mas éstos podrían fácilmente corregirse con la educación, como lo ha hecho ver la experiencia. (2) Difícil es hallar una juventud más dócil a la instrucción que la de aquellos países; ni se ha visto mayor sumisión que la de sus antepasados, a la luz del Evangelio.

Por lo demás, no puede negarse que los mexicanos modernos se diferencian bajo muchos aspectos de los antiguos; como es indudable que los griegos modernos no se parecen a los que florecieron en tiempo de Platón y de Pericles. En los ánimos de los antiguos indios había más fuego, y hacían más impresión las ideas de honor. Eran más intrépidos, más ágiles, más industriosos y más activos que los modernos; pero mucho más supersticiosos y excesivamente crueles.

---

(1) Los pocos ejemplos de idolatría que pueden presentarse, son en cierto modo excusables; pues no hay que extrañar que unos hombres toscos y destituídos de instrucción, confundan la idolatría de algunos simulacros groseros de piedra y madera, con el culto que se debe a las imágenes sagradas. Pero ¡cuántas veces no se habrá dado, por efecto de una prevención contraria a aquellas gentes, el nombre de ídolo, a la imagen mal ejecutada de algún santo! En el año de 1754 observé ciertas imágenes que se creían ídolos, y eran, en mi sentir, figuras que representaban el nacimiento de Nuestro Señor.

(2) Para conocer cuánto puede la educación en los mexicanos, basta saber la admirable vida que llevan las mexicanas del colegio de Guadalupe en la Capital, en los conventos de capuchinas de aquella ciudad y de Valladolid de Michuacan.

LIBRO SEGUNDO

DE LOS TOLTECAS, DE LOS CHICHIMECAS, DE LOS ACOLHUIS, DE LOS OLMECAS Y DE LAS OTRAS NACIONES QUE HABITARON LA TIERRA DEL ANAHUAC, ANTES DE LOS MEXICANOS. SALIDA DE LOS AZTECAS O MEXICANOS DEL PAIS DE AZTLAN, SU PATRIA; SUCESOS DE SU PEREGRINACION HASTA EL PAIS DE ANAHUAC Y SU ESTABLECIMIENTO EN CHAPOLTEPEC Y COLHUACAN. FUNDACION DE MEXICO Y DE TLATELOLCO. SACRIFICIO INHUMANO DE UNA DONCELLA COLHUA.

LOS TOLTECAS

LA historia de los primeros pobladores de Anáhuac es tan obscura, y son tantas las fábulas que la envuelven (como sucede a la de todos los pueblos del mundo), que no sólo es difícil, sino casi imposible llegar al descubrimiento de la verdad, en medio de tanto cúmulo de errores. Por el testimonio venerable de los libros santos y por la tradición universal e inalterable de aquellas gentes, consta que los primeros habitantes de Anáhuac descienden de los pocos hombres que la Divina Providencia preservó de las aguas del diluvio para conservar la especie humana sobre la tierra. Ni tampoco puede dudarse que las naciones que antiguamente poblaron aquellos países, vinieron de los septentrionales de América, donde muchos siglos antes se habían establecido sus abuelos. En estos dos puntos están de acuerdo los historiadores toltecas, chichimecas, acolhuis, mexicanos y tlaxcaltecas; pero no se sabe quiénes fueron los primeros habitantes, ni el tiempo de su tránsito, ni las circunstan-

cias de su viaje y de sus primeros establecimientos. Algunos escritores que han querido penetrar en este caos, guiados por débiles conjeturas, vanas combinaciones y pinturas sospechosas, se han perdido en las tinieblas de la antigüedad, adoptando ciegamente las narraciones más pueriles y más absurdas.

Algunos, apoyados en la tradición de los pueblos americanos y en el descubrimiento de cráneos, huesos, y esqueletos enteros de desmesurado tamaño, desenterrados en diversos tiempos y lugares en el territorio de México, (1) creyeron que los primeros habitantes de aquella tierra fueron gigantes. Yo no dudo de su existencia, ni en aquél ni en otros países del mundo; (2) pero ni podemos adivinar el tiempo en que vivieron, aunque hay motivos para creerlo muy remoto, ni podemos creer que haya habido una nación entera de gigantes, como se han imaginado los citados autores, sino algunos individuos extraordinariamente altos, de las naciones conocidas, o de otras más antiguas, que han desaparecido enteramente. (3)

---

(1) Los puntos en que se han hallado esqueletos gigantescos, son: Atlancatepec, pueblo de la provincia de Tlaxcala; Tezcoco, Toluca, Quauhximalpan, y en nuestros tiempos, en la California, en una colina poco distante de Kada-Kaaman.

(2) Sé que muchos filósofos de Europa, que se burlan de la existencia de los gigantes, se burlarán también de mí, o a lo menos compadecerán mi credulidad; mas yo no debo faltar a la verdad, por evitar la censura. Entre los pueblos incultos de América se conserva la tradición de haber existido en aquellos países ciertos hombres de desmesurada altura y corpulencia, y no me acuerdo que en ninguna nación americana haya memoria de elefantes, hipopótamos o de otros cuadrúpedos de las mismas dimensiones. El haberse encontrado cráneos humanos y esqueletos de extraordinario tamaño, consta por la deposición de innumerables autores, y especialmente por el testimonio de dos testigos oculares que están al abrigo de toda sospecha, cuales son el Dr. Hernández y el P. Acosta, que no carecían de doctrina, ni de crítica, ni de sinceridad; pero no sé que en las innumerables excavaciones hechas en México, se haya visto jamás un esqueleto de hipopótamo, ni aun un colmillo de elefante. Quizás se dirá que pertenecen a estos animales los huesos de que hemos hecho mención; pero ¿cómo podrá ser así, cuando la mayor parte de ellos se han encontrado en sepulcros?

(3) Algunos historiadores de México dicen que los gigantes fueron muertos a traición por los tlaxcaltecas; pero esta noticia, además de fundarse tan sólo en algunas poesías de estos pueblos, no está de acuerdo con la cronología de los mismos escritores, los cuales hacen a los gigantes

La nación de los toltecas es la primera de que se conservan noticias, aunque muy escasas. Desterrados éstos, según decían ellos mismos, de su patria Huehuetlapallan, pueblo, en cuanto puede conjeturarse, del reino de Tollan, (1) de donde tomaron su nombre, situado al nordeste del Nuevo México, empezaron su peregrinación el año primero Tecpatl, es decir, el de 596 de la Era vulgar. Detuviéronse sucesivamente en muchos puntos de su tránsito el tiempo que les dictaba su capricho o el que permitían las provisiones que encontraban. Donde quiera que juzgaban oportuno hacer una larga mansión, fabricaban casas, cultivaban la tierra sembrando maíz, algodón y otras plantas, cuyas semillas llevaban consigo para no carecer nunca de lo necesario. De este modo anduvieron vagando, y dirigiéndose siempre hacia mediodía por espacio de ciento y cuatro años, hasta que llegaron a un punto, al que dieron el nombre de **Tollantzinco,** distante cincuenta millas del sitio en que algunos siglos después fue fundada la famosa ciudad de México. Marcharon durante toda su expedición bajo las órdenes de ciertos capitanes o señores, que eran siete en la época de su llegada a Tollantzinco. (2) No quisieron establecerse en este país, a pesar de ser suave su clima y fértil su terreno; sino que pasados apenas veinte años, se retiraron cuarenta millas hacia poniente, donde en las orillas de un río fundaron la ciudad de Tollan, o Tula, del nombre de su patria. Esta ciudad, la más antigua, según parece, de la tierra de Anáhuac, y una de las más celebradas en la Historia de México, fue la metrópoli de la nación tolteca, y la corte de sus reyes. Principió su monarquía en el año octavo Acatl, es decir, el 667 de la Era vulgar, y duró 384 años. He aquí la serie de sus reyes, con la expresión del año vulgar en que empezaron a reinar. (3)

---

demasiado antiguos, y a los tlaxcaltecas demasiado modernos en el país de Anáhuac.

(1) **Toltecatl**, en mexicano quiere decir, natural de Tollan; como **Tlaxcallecatl**, natural de Tlaxcala; **Chololtecatl**, de Cholula, etc.

(2) Los siete jefes toltecas se llamaban: Zacatl, Chalcatzin, Cohuatzon, Tzihuacoatl, Metzotzin y Tlapalmetzotzin.

(3) Hemos indicado los años en que empezaron a reinar los monarcas toltecas, supuesta la época de su salida de Huehuetlapallan, la cual no es cierta, sino cuando más, verosímil.

Chalchiutlanetzin	en	667
Ixtlilcuechahuac	en	719
Huetzin	en	771
Totepeuh	en	823
Nacaxoc	en	875
Mitl	en	927
Xiutzaltzin, reina	en	979
Topiltzin	en	1031

No es de extrañar que sólo reinasen ocho monarcas en poco menos de cuatro siglos; pues una ley extravagante de aquella nación mandaba que ninguno de sus reyes reinase ni más ni menos que un siglo tolteca, el cual, como después veremos, constaba de cincuenta y dos años. Si el rey cumplía el siglo en el trono, dejaba inmediatamente el gobierno, y entraba otro a reinar; si moría antes de aquel término, la nobleza tomaba el mando y gobernaba hasta cumplirlo, en nombre del rey muerto. Así sucedió en tiempo de la reina Xiutzaltzin, la cual murió en el año quinto de su reinado, y los nobles gobernaron los cuarenta y ocho años restantes.

CIVILIZACION DE LOS TOLTECAS

Los toltecas fueron celebradísimos entre todas las naciones de Anáhuac, por su cultura y por su excelencia en las artes; tanto, que en los siglos posteriores, se daba el título de Tolteca, en señal de honor, a los artistas de sobresaliente mérito. Vivieron siempre en sociedad, congregados en ciudades bien gobernadas, bajo el dominio de los soberanos y el saludable yugo de las leyes. Eran poco inclinados a la guerra, y más propensos al cultivo de las artes que al ejercicio de las armas. Las naciones posteriores deben a su industria rural el maíz, el algodón, el pimiento y otros frutos utilísimos. No sólo se empleaban en las artes de primera necesidad, sino también en las de lujo. Sabían fundir el oro y la plata, y por medio de moldes daban a estos metales toda especie de formas. Trabajan diestramente las piedras preciosas, y ésta fué la clase de industria que les dió más celebridad. Pero nada los hace más acreedores al aprecio de la posteridad, que el haber sido los inventores, o a lo menos los reformadores del arreglo del tiempo, adoptado después por todas las naciones

de Anáhuac; lo que supone, como después veremos, muchas observaciones y conocimientos exactos en astronomía.

El caballero Boturini (1) apoyado en las historias antiguas de los toltecas, dice: que observando éstos en su antigua patria Huehuetlapallan, la diferencia de cerca de seis horas entre el año solar y el civil que tenían en uso, los pusieron de acuerdo por medio de un día intercalar que introducían de cuatro en cuatro años; cuya innovación se verificó ciento y más años antes de la Era cristiana. (2) Dice además, que en el año 660, reinando Ixtlilcuechahuac en Tula, un célebre astrónomo llamado Huematzin, convocó, con el beneplácito del rey, a todos los sabios de la nación, y con su auxilio trazó aquel famoso libro, que llamaron **Teoamoxtli** esto es, libro divino; en el cual se exponía, por medio de diferentes figuras, el orígen de los indios, su dispersión después de la confusión de las lenguas en Babel, sus peregrinaciones en el Asia, sus primeros establecimientos en el continente de América, la fundación del imperio de Tula y sus progresos hasta aquella época. Describíanse en el mismo libro los cielos, los planetas, las constelaciones; el calendario de los toltecas, con sus ciclos; las transformaciones mitológicas, en que se comprendía la filosofía moral de aquellos pueblos y los arcanos de la sabiduría vulgar, bajo los emblemas o geroglíficos de los dioses, con todo lo relativo a la religión y a las costumbres. Añade el mismo Boturini, que en las pinturas de los toltecas se notaba el eclipse solar ocurrido en la muerte de nuestro Redentor, el año séptimo Tochtli, y que algunos españoles doctos, versados en la historia y en las pinturas de los toltecas, confrontaron

---

(1) En su obra impresa en Madrid en 1746 con el título de: **Idea de una Historia de la Nueva-España, fundada en una gran colección de figuras, símbolos, caracteres, geroglíficos, cánticos y manuscritos de autores indios, nuevamente descubiertos.**

(2) Todos los que han estudiado en sus fuentes la historia de las naciones de Anáhuac, saben que aquellas gentes acostumbraban notar en sus pinturas los eclipses, los cometas y los otros fenómenos celestes. Después de leer lo que dice Boturini, me he tomado el trabajo de comparar los años toltecas con los nuestros, y he visto que el año 34 de Jesucristo, o sea 30 de la Era vulgar, corresponde con el séptimo Tochtli. Hice esto por mera curiosidad, y no con el objeto de confirmar, ni para buscar razones de creer las anécdotas de aquel autor.

su cronología con la nuestra, y hallaron que aquella nación contaba desde la creación del mundo hasta el tiempo del nacimiento de Jesucristo, 5199 años; lo que está de acuerdo con la cronología del calendario romano.

Sea lo que fuere de estas curiosas anécdotas, que dejo al juicio de lectores sensatos, es cierto e indudable para todos aquellos que han estudiado la historia de las naciones en que nos ocupamos, que los toltecas tenían ideas claras y distintas del diluvio universal, de la confusión de las lenguas y de la dispersión de las gentes; y aun nombraban sus primeros progenitores que se separaron de las otras familias en aquella división universal. También es cierto, como lo haremos ver después, por más increíble que parezca a ciertos críticos de Europa, acostumbrados a medir a todos los americanos con la misma medida; que los mexicanos y todas las otras naciones cultas de Anáhuac, tenían su año civil, tan de acuerdo con el solar por medio de los días intercalares, como lo tuvieron los romanos después del arreglo de Julio César, debiéndose esta exactitud a la ilustración de los toltecas. Por lo que hace a la religión, eran idólatras, y según lo demuestra la historia, fueron los inventores de la mayor parte de la mitología mexicana; pero no sabemos que practicasen aquellos sacrificios bárbaros y sangrientos, que después se hicieron tan frecuentes entre las otras naciones. Los historiadores tezcocanos creyeron a los toltecas inventores de aquel famoso ídolo que representaba al dios de las aguas, y estaba colocado en el monte Tlaloc. Es indudable que fabricaron en honor de su dios preferido, Quetzalcoatl, la altísima pirámide de Cholula, y probablemente también la de Teotihuacan en honor del sol y de la luna; monumentos que, aunque desfigurados, subsisten todavía. (1) Boturini creyó que los toltecas erigieron la pirámide de Cholula en imitación de la torre de Babel; pero la pintura en que se apoya su error (muy común en el vulgo de México)

---

(1) Betancourt atribuye a los mexicanos la construcción de las pirámides de Teotihuacán; pero esto es contrario a la opinión de todos los autores, tanto españoles como americanos. El Dr. Sigüenza las cree obras de los olmecas; pero careciendo de modelos de la arquitectura de esta nación, y siendo aquellas pirámides hechas por el gusto de las de Cholula, nos inclinamos a pensar que los toltecas fueron los arquitectos de unas y otras, como dicen Torquemada y otros escritores.

es obra de un cholulteca moderno e ignorante, y no es más que un conjunto de despropósitos. (1)

DESTRUCCION DE LOS TOLTECAS

En los cuatro siglos que duró la monarquía de los toltecas, se multiplicó considerablemente aquella nación, extendiéndose por todas partes la población en muchas y grandes ciudades; pero las estupendas calamidades que les sobrevinieron en los primeros años del reinado de Topiltzin, debilitaron su poder, y disminuyeron su ventura. El cielo les negó, durante mucho tiempo, la lluvia necesaria a sus campos, y la tierra les escaseó los frutos con que se sustentaban. El aire, inficionado por exhalaciones mortíferas, destruía millares de personas, llenando de consternación los ánimos de los que sobrevivían al exterminio de sus compatriotas. Así murió de hambre y de contagio una parte de la nación. También murió Topiltzin en el año segundo Tecpatl, vigésimo de su reinado, que probablemente sería el de 1052 de la Era vulgar, y con él acabó la monarquía de los toltecas. Los míseros restos de la nación, pensando substraerse a la común calamidad,

---

(1) La pintura citada por Boturini, representaba la pirámide de Cholula con esta inscripción mexicana: **Toltecatl Chalchihuatl onazia Ehecatepetl,** que aquel autor traduce así: **Monumento o piedra preciosa de la nación tolteca, que con su cerviz recorre la región del aire**; pero pasando por encima de la incorrección de la dicción, y el barbarismo **Chalchihuatl,** todo el que tenga algún conocimiento de la lengua mexicana verá cuán imaginaria es aquella interpretación. Al pie de la pintura, dice el mismo Boturini, puso el autor una nota, en que hablando a sus compatriotas, los amonestaba de este modo "Nobles señores, ved aquí vuestras escrituras, el espejo de vuestra antigüedad y la historia de vuestros abuelos; los cuales, impulsados por el temor del Diluvio, fabricaron este asilo, como un refugio oportuno, en caso de verse otra vez afligidos por tamaña calamidad." Pero la verdad es que los toltecas hubieran estado fuera de su juicio, si por el temor del Diluvio hubieran emprendido con tantos gastos y fatigas, la obra de aquella portentosa pirámide, cuando tenían en las altísimas montañas poco distantes de Cholula, un asilo mucho más seguro contra las inundaciones, y menor riesgo de morirse de hambre. En la misma pintura se representaba, dice Boturini, el bautismo de Ilamateuctli, reina de Cholula, conferido por el diácono Aguilar, el día 6 de agosto de 1521, juntamente con la aparición de la Virgen a un religioso franciscano que se hallaba en Roma, mandándole que partiese para México, donde en un monte hecho a mano (esto es la pirámide de Cholula) debería colocar aquella santa imagen. Todo esto no es más que un tejido de sueños y mentiras; porque ni en Cholula hubo

buscaron oportuno remedio a sus males en otros países. Algunos se dirigieron hacia Onohualco o Yucatan; otros hacia Guatemala, quedándose algunas familias en el reino de Tula, esparcidas en el gran valle donde después se fundó México, y en Cholula, Tlaximaloyan y otros puntos. De este número fueron los dos príncipes hijos del rey Topiltzin, cuyos descendientes se emparentaron, en las épocas posteriores, con las familias reales de México, de Tezcoco y de Colhuacan.

Estas escasas noticias acerca de los toltecas son las únicas que parecen dignas de crédito, dejando muchas narraciones fabulosas, de que se han servido algunos escritores. (1) Quisiera haber visto el **Libro Divino** citado por Boturini, y por D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl en sus preciosos manuscritos, para dar mayor ilustración a la historia de aquel célebre pueblo.

LOS CHICHIMECAS

Con la destrucción de los toltecas quedó solitaria y casi enteramente despoblada la tierra de Anáhuac, por espacio de más de un siglo, hasta la llegada de los chichimecas. (2) Eran éstos,

---

jamás reyes, ni aquel bautismo, de que ningún escritor habla, pudo celebrarse el 6 de agosto de 1521, época en que Aguilar se hallaba con los otros españoles en lo más fuerte del asedio de la Capital, que siete días después debía rendirse a las armas de los vencedores. De la pretendida aparición de la Madre de Dios no hallo la menor traza en los escritores franciscanos, en cuyas crónicas no se omite ningún suceso de esta clase. Hemos demostrado la falsedad de esta relación, para que sean más cautos en dar crédito a pinturas modernas, los que de ahora en adelante escriban la historia de México.

(1) Dice Torquemada que en un baile dado por los toltecas, se les apareció el diablo en figura de gigante, y abrazándolos con sus desmesurados brazos, los iba ahogando en medio de la fiesta: que después se dejó ver bajo el aspecto de un muchacho, con la cabeza podrida, y les comunicó la pestilencia; y que, finalmente, a persuasión del mismo diablo abandonaron el país de Tula. Aquel buen hombre tomó al pie de la letra ciertas pinturas simbólicas, en que ellos representaban con aquellas figuras, la peste y el hambre que les sobrevinieron cuando se hallaban en el colmo de su felicidad.

(2) En mi Disertación II contradigo a Torquemada, el cual no cuenta más que once años entre la ruina de los toltecas y la llegada de los chichimecas.

como los toltecas que les precedieron, y las otras naciones que les vinieron en pos, originarios de los países septentrionales; pudiéndose con razón llamar el norte de América, como el de Europa, la almáciga del género humano. De uno y otro salieron, a guisa de enjambres, naciones numerosísimas a poblar las regiones del mediodía. El país nativo de los chichimecas, cuya situación ignoramos, se llamaba **Amaquemecan,** donde, según decían, los monarcas de su nación habían dominado mucho tiempo. (1)

Era singular, como parece por su historia, el carácter de los chichimecas; porque a cierta especie de civilización, unían muchos rasgos de barbarie. Vivían bajo la autoridad de un soberano, y de los jefes y gobernadores que lo representaban: su sumisión no cedía a la de las naciones más cultas. Había distinción de plebeyos y nobles: los primeros estaban acostumbrados a reverenciar a los que eran superiores a su condición por el nacimiento, por el mérito o por la voluntad del príncipe. Vivían congregados en lugares compuestos, como debe creerse, de míseras cabañas; (2) pero no se empleaban en la agricultura, ni en las artes compañeras de la vida civil. Se alimentaban de la caza, de las frutas y de las raíces que les daba la tierra inculta. Su ropa se componía de las toscas pieles de las fieras que cazaban, y no conocían otras armas que el arco y la flecha. Su religión se reducía al simple culto del sol, al que ofrecían la hierba y las flores del campo. En cuanto a sus costumbres, eran ciertamente me-

---

(1) Nombra Torquemada tres reyes chichimecas de Amaquemecan, y da al primero 180 años de reinado, al segundo 156, y al tercero 133. Véase lo que digo en mi segunda Disertación sobre la desatinada cronología de aquel autor. El mismo afirma positivamente que Amaquemecan distaba seiscientas millas del sitio en que hoy se halla Guadalajara; pero en más de mil y doscientas millas de país poblado que hay más allá de aquella ciudad, no se encuentra vestigio ni memoria del reino de Amaquemecan; por lo que creemos que este país, aun no conocido, es mucho más septentrional que lo que se imagina Torquemada.

(2) Torquemada dice que los chichimecas no tenían casas, sino que habitaban en las cavernas de los montes; pero en el mismo capítulo afirma que **la ciudad, capital de su reino, se llamaba Amaquemecan**; grosera y manifiesta contradicción, a menos que Amaquemecan fuese una ciudad sin casas, o que haya ciudades compuestas de cavernas. Este defecto es muy común en aquel autor, apreciable bajo otros aspectos.

nos ásperas y rudas, que lo que permite la índole de un pueblo cazador.

XOLOTL, PRIMER REY DE LOS CHICHIMECAS EN ANAHUAC

El motivo que tuvieron para dejar su patria, es incierto, como también lo es la etimología del nombre Chichimecatl. (1) El último rey que tuvieron en Amaquemecan, dejó dividido el gobierno entre sus dos hijos Achcauhtli y Xolotl. Este, o disgustado, como suele suceder al ver dividida su autoridad, quiso probar si la fortuna le deparaba otros países en que pudiera reinar sin rivalidad, o viendo que los montes de su reino no bastaban al alimento de los habitantes, cuyo número aumentaba, intentó remediar la necesidad mudando de residencia. Tomada aquella resolución por uno o por otro motivo, y hecho por los exploradores el reconocimiento de una gran parte de las tierras meridionales, salió de su patria con un gran ejército de sus súbditos, que o por afecto o por interés quisieron seguirlo. En su viaje iban encontrando las ruinas de las poblaciones toltecas, y especialmente las de la gran ciudad de Tula, a la que llegaron después de diez y ocho meses de marcha. Dirigiéronse en seguida hacia Cempoalla y Tepepolco, a distancia de cuarenta millas del sitio de México. De allí mandó Xolotl a su hijo el príncipe Nopaltzin a observar el país. El príncipe recorrió las orillas de los dos lagos y las montañas que circundan el delicioso valle de México, y habiendo observado el resto del país desde una elevación, tiró cuatro flechas a los cuatro puntos cardinales, en señal de la posesión que en nombre del rey su padre tomaba de toda aquella tierra. Informado Xolotl de las circunstacias del territorio, tomó la resolución de establecerse en Tenayuca, a seis millas de México, hacia el norte, y distribuyó toda su gente en las tierras comarcanas; pero por haberse agolpado la mayor parte de la población hacia el norte y hacia el nordeste, aquellas tierras tomaron el nombre de **Chichimecatlalli**, es decir, tierra de

---

(1) Torquemada dice que este nombre se deriva de **Techichimani**, que quiere decir **chupador**, porque chupaban la sangre de los animales que cogían. Pero esta etimología es violenta, mayormente entre aquellos pueblos que no alteraban tanto los nombres. Betancourt cree que se deriva de **Chichime**, que significa **perro**, nombre que les daban por burla otros pueblos; pero si así fuera, ellos no se gloriarían, como se gloriaban en efecto, con el nombre de **Chichimecatl**.

los chichimecas. Los historiadores dicen que en Tenayuca se hizo la revista de la gente, y que por eso se le dió el nombre de **Nepohualco,** que significa numeración; pero es increíble lo que dice Torquemada, a saber: que de la revista resultó más de un millón de chichimecas, y que hasta su tiempo se conservaron doce montones de piedras de las que iban echando al pasar la reseña. No es verosímil que tan numeroso ejército se pusiese en camino para una jornada tan larga, ni parece posible que un distrito tan pequeño bastase a un millón de cazadores. (1)

Establecido el rey en Tenayuca, que desde entonces destinó para corte de sus estados, y dadas las órdenes oportunas para la fundación de las otras ciudades y villas, mandó a uno de sus capitanes, llamado Achitomatl, que fuese a reconocer el origen de ciertos ríos que él había observado durante la expedición. Achitomatl encontró en Chapoltepec, en Coyohuacan y en otros puntos, algunas familias toltecas, de las cuales supo la causa y la época de la destrucción de aquel pueblo. No sólo se abstuvieron los chichimecas de inquietar aquellos míseros restos de tan célebre nación, sino que contrajeron alianza con ellos, casándose muchos nobles con mujeres toltecas, y entre ellos el mismo príncipe Nopaltzin se casó con Azcaxochitl, doncella descendiente de Pochotl, uno de los dos príncipes de la casa real de los toltecas, que sobrevivieron a la ruina de su nación. Esta conducta humana y benévola produjo grandes bienes a los chichimecas; pues con el trato de la laboriosa nación que los había precedido, empezaron a aficionarse al maíz y a otros frutos de su industria; aprendieron la agricultura, el modo de extraer los metales, el arte de fundirlos, el de trabajar las piedras, el de hilar y tejer algodón y otras muchas, con cuyo auxilio mejoraron su alimento, su traje, sus habitaciones y sus costumbres.

LLEGADA DE LOS ACOLHUIS Y OTROS PUEBLOS

No contribuyó menos eficazmente a mejorar la condición de los chichimecas, la llegada de otras naciones civilizadas. Apenas habían pasado ocho años después del establecimiento de Xolotl en Tenayuca, cuando llegaron a aquel país seis personajes,

---

(1) Torquemada dice que el país ocupado entonces por los chichimecas tenía veinte leguas, o sesenta millas de largo.

que parecían de alta condición, con un séquito considerable de gente. (1) Eran éstos de un país septentrional, próximo al reino de **Amaquemecan,** o a lo menos no muy distante de él, cuyo nombre no dicen los historiadores; pero tenemos motivo para creer que era Aztlan, patria de los mexicanos, y que estas nuevas colonias eran aquellas seis tribus célebres de los nahuatlacas, de que hablan todos los historiadores de México, y de que luego haré mención. Es probable que Xolotl enviase a su patria el aviso de las ventajas de aquel país, donde se había establecido; y que esparcidas estas noticias entre las naciones circunvecinas, muchas familias se decidiesen a seguir sus pasos, para ser partícipes de su felicidad. También puede pensarse que sobrevino una escasez en aquellas tierras del norte, y que esta circunstancia obligó a muchos pueblos a buscar su sustento en las del mediodía. Como quiera que sea, los seis personajes que vinieron a Tenayuca, fueron benignamente recibidos por el rey chichimeca, el cual, informado del motivo de su viaje, y de su deseo de establecerse en aquellas regiones, les señaló tierras en que pudieran vivir y propagarse.

Pocos años después llegaron otros tres príncipes con un grueso ejército, de la nación acolhua, originaria de Teoacolhuacan, país vecino, o no muy remoto del reino de Amaquemecan. Llamábanse estos magnates **Acolhuatzin, Chiconcuauhtli, Tzontecomatl,** y eran de la nobilísima casa de Citin; su nación era la más culta y civilizada de cuantas habían venido a aquellas tierras después de los toltecas. Fácil es de imaginarse el rumor que produciría tan extraña novedad en aquel reino, y la inquietud que inspiraría a los chichimecas tanta multitud de gente desconocida. No parece verosímil que el rey les permitiese entrar en su territorio, sin informarse antes de su condición y del motivo de su venida. Hallábase a la sazón el rey en Tezcoco, adonde había transladado su corte, o cansado de vivir en Tenayuca, o atraído por la ventajosa situación de aquella nueva residencia. A ella se dirigieron los tres príncipes; y presentados al rey, después de una profunda inclinación, y de aquella ceremonia de veneración, tan común entre ellos, que consiste en besarse la mano, después de haber tocado con ella el suelo, le dijeron en subs-

---

(1) Los nombres de estos caudillos eran: **Tecuatzin, Tzontehuayotl, Zacatitechcochi, Huihuatzin, Tepotzotecua e Itzcuincua.**

tancia "Hemos venido, ¡oh gran rey! del reino de Teoacolhuacan, poco distante de vuestra patria. Los tres somos hermanos e hijos de un gran señor; pero instruídos de la felicidad de que gozan los chichimecas bajo el dominio de un rey tan humano, hemos preferido a las ventajas que nos ofrecía nuestra patria, la gloria de ser vuestros súbditos. Os rogamos, pues, que nos deis un sitio en vuestra venturosa tierra, en que podamos vivir dependientes de vuestra autoridad y sometidos a vuestros mandatos." Quedó muy satisfecho el rey, menos de la gallardía y de los modales cortesanos de aquellos nobilísimos jóvenes, que de la lisonjera vanidad de ser humillados a su presencia tres príncipes atraídos de tan remotos países por la fama de su poder y de su clemencia. Respondió con agrado a sus expresiones, y les prometió condescender con sus deseos; pero en tanto que deliberaba sobre el modo de hacerlo, mandó a su hijo Nopaltzin que alojase aquellos extranjeros, los cuidase y atendiese.

Tenía el rey dos hijas en edad de casarse, y pensó darlas por esposas a los dos príncipes mayores; mas no quiso descubrir su proyecto, hasta haberse informado de su índole, y estar cierto de la aprobación de sus súbditos. Cuando quedó satisfecho sobre ambos puntos, llamó a los príncipes, que no dejaban de estar inquietos acerca de su suerte, y les manifestó su resolución, no sólo de darles estados en su reino, sino también de unirlos en casamiento con sus dos hijas; quejándose de no tener otra a fin de que ninguno de los ilustres extranjeros quedase excluído de la nueva alianza. Los príncipes le manifestaron su gratitud en los términos más expresivos, y se ofrecieron a servirlo con la mayor fidelidad.

Llegado el día de las bodas, concurrió tanta muchedumbre a Tenayuca, lugar destinado para la celebridad de aquella gran función, que no siendo la ciudad bastante a contenerla, quedó una gran parte de ella en el campo. Casóse Acolhuatzin con la mayor de las dos princesas, llamada **Cuetlaxochitl**, y Chiconcuauhtli con la menor. El otro príncipe se casó con Coatetl, doncella nacida en Chalco de padres nobilísimos, en los cuales se había mezclado la sangre tolteca con la chichimeca. Las fiestas públicas duraron sesenta días, en los cuales hubo luchas, carreras, combates de fieras, ejercicios análogos al genio de los chichimecas, y en los cuales sobresalió el príncipe Nopaltzin. A ejemplo de la familia real, se fueron uniendo poco a poco en casamiento

otras muchas de las dos naciones, hasta formar una sola, que tomando el nombre de la más noble, se llamó **Acolhua,** y el reino **Acolhuacan.** Conservaron, sin embargo, el nombre de chichimecas, aquellos que, apreciando más bien las fatigas de la caza que los trabajos de la **agricultura,** o incapaces de someterse al yugo de la subordinación, se fueron a los montes que están al norte del valle de México, donde abandonándose al ímpetu de su bárbara libertad, y viviendo sin jefes, sin leyes, sin domicilio fijo y sin las otras ventajas de la vida social, corrían todo el día en pos de las bestias salvajes, y se echaban a dormir donde les cogía la noche. Estos bárbaros, mezclados con los otomíes, que seguían el mismo sistema de vida, ocuparon un terreno de más de trescientas millas de extensión, y sus descendientes estuvieron muchos años molestando a los españoles después de la conquista de México.

DIVISION DE LOS ESTADOS Y REVUELTAS

Terminadas las fiestas de las bodas, dividió Xolotl su reino en muchos estados repartiéndolos entre sus yernos y varios nobles de una y otra nación. Al príncipe Acolhuatzin confirió las tierras de Azcapozalco, a diez y ocho millas al poniente de Tezcoco, y de él descendieron los reyes, bajo cuyo yugo estuvieron más de cincuenta años los mexicanos. A Chiconcuauhtli dió el estado de Xaltocan, y a Tzontecomatl el de Coatlichan.

Aumentábase de día en día la población, y con ella la cultura de los pueblos; pero al mismo tiempo se despertaron en sus ánimos la ambición y otras pasiones que habían estado adormecidas, por falta de ideas, durante su vida salvaje. Xolotl, que en la mayor parte de su reinado había gobernado con gran suavidad a sus súbditos, y los había hallado siempre dóciles y sumisos, se vió obligado, en los últimos años de su vida, a echar mano de medidas severas para reprimir la inquietud de algunos rebeldes, ora privándolos de sus empleos, ora mandando dar muerte a los más criminales. Estos justos castigos, en vez de intimidarlos, los exasperaron en tales términos, que formaron el detestable designio de quitar la vida al rey, para lo cual se presentó muy en breve una ocasión favorable. Había el rey manifestado poco antes su intención de aumentar las aguas de sus jardines en que solía divertirse, y donde muchas veces, oprimido por los

años y atraído por la frescura y amenidad del sitio se entregaba al sueño, sin tomar la menor precaución para su seguridad. Noticiosos de esto los rebeldes, hicieron un dique al arroyo que atravesaba la ciudad, y abrieron un conducto para introducirla en los jardines; cuando el rey estaba dormido en ellos, alzaron el dique, y dejaron correr el agua con intención de anegarlos. Lisonjeábanse con la esperanza de que no se descubriría jamás su delito, pues la desgracia del rey podría atribuírse a un accidente imprevisto, o a medidas mal tomadas por súbditos que deseaban sinceramente complacer a su soberano; pero no les salió bien su intento. El rey tuvo aviso secreto de aquella conjuración, y disimulando que la sabía, fue a la hora acostumbrada al jardín y se echó a dormir en un sitio elevado en donde no corría peligro. Cuando vió entrar el agua, aunque la traición quedaba descubierta, continuó disimulando para burlarse de sus enemigos. "Yo, dijo entonces, estaba bien convencido del amor de mis súbditos; pero ahora veo que me aman más de lo que creía. Quería aumentar el agua de mis jardines, y mis súbditos realizan mis deseos, sin ocasionarme el menor gasto. Conviene celebrar esta nueva ventura." En efecto, mandó hacer fiestas públicas en la corte, y cuando hubieron terminado, partió para Tenayuca, lleno de pena y enojo y resuelto a imponer severo castigo a los conjurados; mas no tardó en caer gravemente enfermo, con lo cual se calmó su cólera.

MUERTE Y EXEQUIAS DE XOLOTL

Sintiendo Xolotl que se aproximaba la muerte, llamó al príncipe Nopaltzin, a sus dos hijas y a su yerno Acolhuatzin (los otros dos hermanos habían muerto), para recomendarles que viviesen en paz entre sí, que cuidasen de sus pueblos, que protegiesen a la nobleza, y que tratasen con benignidad a todos sus súbditos: de allí a pocas horas, en medio de las lágrimas y sollozos de sus hijos, dejó de vivir, en edad muy avanzada, y después de haber reinado en aquel país, según parece, por espacio de cuarenta años. Era hombre robusto y animoso; pero ternísimo para con sus hijos y benigno para con sus vasallos. Su reinado hubiera sido más feliz, si hubiera durado menos. (1)

---

(1) Torquemada da a Xolotl 113 años de reinado, y más de 200 de vida. Véase acerca de esto mi Disertación.

Esparcióse inmediatamente la noticia de la muerte del monarca por toda la nación, y se comunicó con prontitud su aviso a todos los magnates a fin de que asistiesen a las exequias. Adornaron el cadáver con figuras de oro y plata, que ya habían empezado a trabajar los chichimecas, adoctrinados por los toltecas, y lo colocaron en una silla hecha de goma de copal y de otras substancias aromáticas. Allí estuvo cinco días, en tanto que llegaban los personajes convocados. Después que se reunieron éstos y una infinita muchedumbre, fue quemado el cadáver, según el uso de los chichimecas, y sus cenizas colocadas en una urna de piedra durísima. Esta se mantuvo expuesta por espacio de cuarenta días, en una sala de la casa real, donde diariamente concurría la nobleza a tributar al difunto soberano el homenaje de sus lágrimas. Después fue transportada la urna a una gruta, situada en las inmediaciones de la ciudad, con las mismas demostraciones de dolor.

NOPALTZIN, SEGUNDO REY DE LOS CHICHIMECAS

Terminadas las exequias de Xolotl, se celebró durante otros cuarenta días, la exaltación al trono del príncipe Nopaltzin, con grandes fiestas y regocijos. Al despedirse del nuevo rey los nobles, para volver a sus respectivos estados, uno de ellos le dirigió esta breve arenga, "Gran rey y señor, nosotros, como súbditos y siervos vuestros, vamos, en obediencia de vuestras órdenes, a regir los pueblos que habéis cometido a nuestro cuidado. Llevamos en el alma el placer de haberos visto en el trono, de que sois tan digno por vuestra virtud, como por vuestro nacimiento. Declaramos que es incomparable la ventura de que disfrutamos en servir a un señor tan alto y tan poderoso, y os rogamos que nos miréis con ojos de verdadero padre y que nos protejáis con vuestro poder, a fin de que vivamos seguros a vuestra sombra. Vos sois agua restauradora y fuego devorador: en vuestras manos tenéis igualmente nuestra muerte y nuestra vida."

Despedidos los señores, permaneció el rey en Tenayuca con su hermana Cihuaxochitl, viuda del príncipe Chiconcuauhtli. Entonces, según mis conjeturas, era de cerca de sesenta años de edad, tenía hijos y nietos. Los hijos legítimos de su casamiento con la reina tolteca, eran: Tlotzin, Quauhtequihua y Apopozoc.

A Tlotzin, que era el primogénito, confirió el gobierno de Tezcoco, para que fuese aprendiendo el arte difícil de regir a los hombres; y a los otros dos dió la investidura de los estados de Zacatlan y de Tenamitic. (1)

Un año se detuvo el rey en la corte de Tenayuca, arreglando los negocios del estado, que ya no gozaba de la antigua tranquilidad. De allí pasó a Tezcoco para tratar con su hijo acerca de los medios que deberían adoptarse a fin de restablecerla. Estando en aquella ciudad, entró una vez en los jardines reales, con su hijo y con otros señores de la corte, y en medio de la conversación que con ellos tenía prorrumpió de repente, en amargo llanto. Habiéndole preguntado la causa de su aflicción, "dos, dijo, son las causas de estas lágrimas que me veis derramar: una la memoria de mi difunto padre, que me despierta la vista de este sitio en que solía recrearse; otra, la comparación que hago entre aquellos tiempos y los amargos en que vivimos. Cuando mi padre plantó estos jardines, tenía súbditos más pacíficos, que lo servían con fidelidad en los empleos que les confería, y que ellos aceptaban con humildad y agradecimiento; mas hoy, por todas partes reina la discordia y la ambición. Me aflige el verme obligado a tratar como enemigos a los súbditos que antes, en estos mismos sitios, trataba como amigos y hermanos. Tú, hijo mío, añadió dirigiéndose a Tlotzin, ten siempre a los ojos la imagen de tu gran abuelo: esfórzate en imitar los ejemplos de prudencia y de justicia que nos ha dejado. Fortalece tu corazón con todas las prendas de que después necesitarás para regir dignamente tus pueblos." Después de haberse consolado con su hijo, partió a la corte de Tenayuca.

El príncipe Acolhuatzin, que aun vivía, creyendo demasiado estrechos los límites de su estado de Azcapozalco, resolvió apoderarse del de Tepotzotlan, y lo tomó en efecto por fuerza, a pesar de la resistencia que le opuso Chalchiuhcua, señor de aquel territorio. Es probable que Acolhuatzin no emprendiese

(1) Si se adopta la cronología de Torquemada, es necesario dar a Nopaltzin, cuando subió al trono, 130 años de edad; porque cuando llegó con su padre al país de Anáhuac, tenía a lo menos 18 ó 20 años, puesto que tuvo el encargo de reconocer la tierra. Añádanse 113, que según Torquemada duró el reinado de Xolotl, y harán 131 ó 132 años. Véase acerca de esto mi segunda Disertación.

aquella violencia sin el expreso consentimiento del rey, que quizás se vengó de este modo de alguna ofensa que le habría hecho Chalchiuhcua.

Algo más sangrienta fue la contienda que estalló de allí a poco, por intereses de otra naturaleza. Huetzin, señor de Coatlichan, hijo del difunto príncipe Tzontecomatl, (1) quería casarse con Atotoztli, noble y hermosa doncella, sobrina de la reina. La misma pretensión tenía Xacazozolotl, señor de Tepetlaoztoc; mas éste, o más enamorado, o de carácter más violento, no satisfecho con pedirla a su padre, quiso apoderarse violentamente de ella y con este objeto reunió un pequeño ejército de sus súbditos, a los que se reunió Tochinteuctli, que había sido señor de Cuahuacan, y que por sus crímenes había sido despojado de sus bienes y desterrado a Tepetlaoztoc. Noticioso Huetzin de aquel atentado, le salió al encuentro con mayor número de tropas y le presentó batalla en las inmediaciones de Tezcoco, en la cual murió Xacazozolotl con parte de su gente, quedando destrozado el resto de su ejército. Tochinteuctli huyó a la ciudad de Huexotzingo, más allá de los montes. Huetzin, libre de su rival, se apoderó con beneplácito del rey, de la doncella y del estado de Tepetlaoztoc.

Después de estas pequeñas guerras entre feudatarios, se movió otra, más importante, entre la corona y la provincia de Tollantzinco, que se había rebelado. El rey fue a ella en persona, con un gran ejército; pero como los rebeldes eran en gran número y bien aguerridos, las tropas reales sufrieron grandes pérdidas en los diez y nueve días que duró la guerra, hasta que reforzadas por nuevas huestes, que envió el príncipe Tlotzin, los rebeldes fueron derrotados, y castigados con el último suplicio los jefes de la rebelión. Aquel ejemplo fue seguido por otros señores, pero con igual resultado.

Ya había Nopaltzin tranquilizado el reino, cuando murió el célebre príncipe Acolhuatzin, primer señor de Azcapozalco, de-

(1) Dice Torquemada en el capítulo 30 del libro I, que Huetzin fue hijo de Itzmitl, y éste de Tzontecomatl: en el 40 dice, que Itzmitl fue uno de los que vinieron con Xolotl de Amaquemecan; de modo que según esto, nació antes que su padre, el cual era joven cuando vino a Anáhuac, y esta venida no se verificó sino en el año 47, del reinado de Xolotl, como afirma el mismo autor. Además de esto, en una parte dice que Itzmitl era chichimeca, y en otra lo hace hijo de un acolhua. Pero ¿quién será capaz de numerar todas las contradicciones y anacronismos de Torquemada?

jando aquellos dominios a su hijo Tezozomoc. Celebráronse con gran magnificencia sus exequias, asistiendo a ellas el rey con la nobleza de las dos naciones; acolhua y chichimeca.

TLOTZIN, TERCER REY DE LOS CHICHIMECAS

No tardó en morir el rey, después de treinta y dos años de reinado, habiendo antes declarado sucesor a la corona a su hijo primogénito Tlotzin. Las exequias se celebraron en la corte con el mismo aparato y ceremonias que las del rey Xolotl, a quien fue muy semejante, no menos en la índole que en la robustez y en el valor. Entre los señores que asistieron a la exaltación del nuevo rey, estaban dos de sus hermanos, Cuauhtequihua y Apopozoc, los cuales permanecieron un año en palacio. Era Tlotzin de carácter tan benigno y amable, que formaba las delicias de sus vasallos. Todos los nobles buscaban pretextos para ir a visitarlo y gozar de la suavidad de su trato. No obstante su enérgica propensión a la paz, cuidó mucho de las cosas de la guerra, haciendo que sus súbditos se ejercitasen en el manejo de las armas. La caza era su ocupación favorita; pero no tenemos pormenores de sus acciones, ni de los sucesos de su reinado, en los treinta y seis años, durante los cuales ocupó el trono de Acolhuacan. Murió, afligido por gravísimos dolores, en Tenayuca, Sus cenizas se depositaron en un vaso de piedra preciosa, donde estuvieron cuarenta días expuestas a la vista del pueblo, en un pabellón.

QUINATZIN, CUARTO REY DE LOS CHICHIMECAS

Sucedió a Tlotzin su hijo Quinatzin, llamado también **Tlaltecatzín**, cuya madre Cuauhcihuatzin era hija del señor de Huexotla. Su exaltación fue celebrada con mayor pompa que la de sus antecesores, no en Tenayuca, sino en Tezcoco, donde estableció su corte, y que desde entonces hasta la conquista de los españoles, fue siempre la capital del reino de Acolhuacan. Para pasar de la antigua a la nueva corte, se hizo transportar en una litera descubierta, llevada en hombros por cuatro señores principales y debajo de un dosel o sombrilla, que otros cuatro llevaban. Hasta aquel tiempo todos los caudillos habían caminado a pie; él fue el primer rey a quien la vanidad sugirió aquella especie de magnificencia, y este ejemplo fue después imitado por

todos sus sucesores, por todos los señores y magnates de aquel país, esforzándose cada cual en superar a los otros en lujo. Emulación no menos perniciosa a los estados que a los príncipes mismos.

Los principios del gobierno de este monarca fueron tranquilos; pero después se rebelaron los estados de Meztitlan y Tototepec, situados en los montes al norte de la capital. Cuando el rey tuvo noticia de aquel suceso, marchó con su gran ejército y mandó decir a los jefes de los rebeldes, que si su valor era igual a su perfidia, bajasen dentro de dos días a la llanura de Tlaximalco, donde una batalla decidiría su suerte; y que si así no lo hacían, estaba resuelto a incendiar sus pueblos, sin perdonar mujeres ni niños. Los rebeldes que estaban prevenidos, bajaron antes del término señalado a la llanura, para ostentar su valor. Dada la señal del ataque, combatieron furiosa y obstinadamente unos y otros, hasta que la noche los separó, dejando indecisa la victoria. Así continuaron por el término de cuarenta días en frecuentes encuentros, sin desanimarse los rebeldes, a pesar de las ventajas que no cesaban de obtener las tropas reales; pero viendo que la muerte, y la deserción de las tropas aceleraba el término de su ruina, se rindieron a su soberano, el cual, castigando rigorosamente a los jefes de la rebelión, perdonó a los pueblos su delito. Lo mismo hizo con el estado de Tepepolco, que también se había rebelado.

Este espíritu de insubordinación se iba propagando por todo el reino, a guisa de contagio; pues apenas se hubo comprimido la de Tepepolco, se declararon rebeldes Huehuetoca, Mizquic, Totolapa y otras cuatro ciudades. Quiso el rey ir en persona, con un buen cuerpo de tropas, contra Totolapa y envió contra las otras seis ciudades otros tantos cuerpos, bajo el mando de generales valerosos y fieles y fue tanta su ventura, que dentro de poco tiempo y sin pérdida considerable, volvió a colocar bajo su obediencia a las siete ciudades. Estas victorias se celebraron por ocho días en la corte, con grandes regocijos y se dieron premios a los caudillos y soldados que más se habían distinguido. Como el mal ejemplo de algunos estados había despertado en otros el espíritu de revuelta y desobediencia, así el mal éxito que aquéllos tuvieron, sirvió para comprimir a los que maquinaban novedades, contra la debida sumisión a su legítimo soberano; de modo

que en el resto de su reinado, que según dicen los escritores, duró sesenta años, gozó Quinatzin de una gran tranquilidad.

Cuando murió este rey se hicieron con él algunas demostraciones que no se habían hecho con ninguno de sus predecesores. Se abrió su cadáver y sacadas las entrañas, lo prepararon con no sé qué composición aromática, a fin de preservarlo algún tiempo de la corrupción. Colocáronlo después en una gran silla, vestido con los trajes reales, armado de arco y flechas y le pusieron a los pies una águila de madera y detrás un tigre, como símbolos de su intrepidez y valor. En esta disposición lo tuvieron cuarenta días al público; después del llanto acostumbrado lo quemaron y depositaron sus cenizas en una caverna de los montes vecinos a Tezcoco.

Sucedió a Quinatzin su hijo Techotlalla, pero los acaecimientos de éste y de los siguientes reyes chichimecas están ligados con los de los mexicanos, los cuales, ya por aquel tiempo (siglo XIV de la Era vulgar), habían fundado su famosa capital; por lo que los reservamos para otra ocasión, contentándonos ahora con presentar a los lectores la serie de todos sus reyes, en cuanto se sabe, y el año de la Era vulgar que empezaron a reinar, dando después algunas noticias acerca de las otras naciones que ocuparon aquellos países antes de los mexicanos.

REYES CHICHIMECAS

Xolotl........................ en el siglo XII
Nopaltzin .... en el siglo XIII
Tlotzin....................... en el siglo XIII
Quinatzin .... en el siglo XIV
Techotlalla .... en el siglo XIV
Ixtlilxochitl................ en el año de 1406
Entre éste y el rey siguiente ocuparon el trono de Acolhuacan los tiranos Tezozomoc y Maxtla.
Nezahualcoyotl............. en el año de 1426
Nezahualpilli............... en el año de 1470
Cacamatzin .... en el año de 1516
Cuicuitzcatzin.............. en el año de 1520
Coanacotzin .... en el año de 1520

No podemos saber en qué años empezaron los cinco primeros reyes, porque ignoramos cuánto tiempo reinaron Xolotl y Techo-

tlalla. Es verosímil que la monarquía chichimeca tuvo principio en Anáhuac hacia fines del siglo XII y duró 330 años, hasta el de 1521, en que cayó con el reino de México. Ocuparon el trono once reyes legítimos, a lo menos, y dos tiranos. (1)

Los acolhuies, o acolhuis, llegaron al país de Anáhuac ya entrado el siglo XIII. Por lo que respecta a las otras naciones, es increíble la diversidad de opiniones, y la confusión de los historiadores sobre su origen, su número y sobre el tiempo de su llegada. El gran estudio que he hecho para averiguar la verdad, sólo ha servido para aumentar mi incertidumbre y hacerme perder la esperanza de saber lo que hasta ahora he ignorado. Dejando pues, aparte las fábulas, diré tan solo lo cierto, o a lo menos lo probable.

LOS OLMECAS Y LOS OTOMIES

Los olmecas y los xicalancas, ora se consideren como una sola nación, o como dos naciones perpetuamente juntas y aliadas, fueron tan antiguas en el país de Anáhuac, que algunos autores las creen anteriores a los toltecas. Nada se sabe acerca de su origen; (2) lo que únicamente se puede colegir de las pinturas antiguas de aquellos pueblos es que habitaron el país circunvecino a la gran montaña Matlalcueye, de donde, arrojados por los teochichimecas o tlaxcaltecas, se transfirieron a las costas del golfo mexicano. (3)

Los otomíes, que eran una de las naciones más numerosas, fueron probablemente de los más antiguos en aquel país; pero se

---

(1) No contamos entre los reyes chichimecas a Ixtlilxochitl II, porque más bien que rey, fue gobernador de Tezcoco, nombrado por los españoles. También podría dudarse si Cuicuitzcatzin deba contarse entre los reyes; pues a despecho y contra el derceho de Coanacotzin, fue instalado en el reino de Acolhuacan por Moteuczoma y por las intrigas del conquistador Cortés; pero a lo menos, Cuicuitzcatzin fue aceptado por la nación, cuando aún no estaba sometida al yugo español.

(2) Algunos autores, y entre ellos el Dr. Sigüenza, dicen que los olmecas pasaron de la isla Atlántida, y que fueron los únicos que llegaron a Anáhuac por la parte oriente, pues todos los demás entraron por el norte; pero ignoro los fundamentos de esta opinión.

(3) Boturini conjetura que los olmecas, arrojados de su país, se fueron a las islas Antillas y a la América Meridional. Todo puede ser, mas no se sabe.

conservaron por muchos siglos en la barbarie, viviendo esparcidos en las cavernas de los montes y sustentándose de la caza, en que eran destrísimos. Ocuparon un territorio que se extendía a más de trescientas millas de las montañas de Izmiquilpan, confinando por levante y poniente con otras naciones no menos salvajes. En el siglo XV empezaron, como después diremos, a vivir en sociedad, sometidos a la corona de Acolhuacan, o por la fuerza, o estimulados por el ejemplo de las otras naciones. Fundaron infinitos pueblos en el país de Anáhuac, y aun en el mismo valle de México; la mayor parte de ellos, y especialmente los más grandes, como los de Xilotepec, Huitzapan, en las inmediaciones del país que antes ocupaban: otros esparcidos entre los matlazincas y los tlaxcaltecas y en otras provincias del reino, conservando hasta nuestros tiempos, sin alteración, su lenguaje primitivo, aun en las colonias aisladas y rodeadas de otras naciones. No se crea, sin embargo, que toda la nación estuviese entonces reducida a la vida civil; pues una parte de ella, y quizás la mayor, quedó en el estado salvaje con los chichimecas. Los bárbaros de ambas naciones, confundidos por los españoles bajo esta última denominación, se hicieron famosos por sus correrías, y hasta el siglo XVII no fueron enteramente sometidos por los conquistadores. Los otomíes han sido siempre reputados por la nación más tosca de Anáhuac, tanto por la dificultad que todos hallan en entender su idioma, como por su vida servil, pues aun en los tiempos de los reyes mexicanos eran tratados como esclavos. Su lenguaje es bastante difícil, lleno de aspiraciones guturales y nasales; pero no carece de abundancia ni de expresión. Antiguamente fueron célebres por su destreza en la caza; hoy comercian, por lo común, en telas toscas, de que se visten los otros indios.

LOS TARASCOS

La nación de los tarascos ocupó el vasto, rico y ameno país de Michuacan, en que se multiplicaron considerablemente, y fundaron muchas ciudades e infinitos pueblos. Sus reyes fueron rivales de los mexicanos y tuvieron frecuentes guerras con ellos. Sus artistas rivalizaron con los de las otras naciones y aun los excedieron: a lo menos, después de la conquista de México se hicieron en Michuacan las mejores obras de mosaicos, sólo allí se conservó hasta nuetros tiempos aquel arte precioso. Los ta-

rascos eran idólatras, pero no tan crueles como los mexicanos en su culto. Su lengua es abundante, dulce y sonora. Usan frecuentemente de la r suave; sus sílabas constan por lo común de una consonante y de una vocal. Además de las ventajas naturales de su país, sirvió de mucho a los tarascos tener por primer obispo a D. Vasco de Quiroga, uno de los más insignes prelados que ha producido España, digno de compararse a los antiguos padres del cristianismo, y cuya memoria se ha conservado hasta nuestros días, y se conservará eternamente entre aquellos pueblos. El país de Michuacan, uno de los más hermosos del Nuevo Mundo, fue agregado a la corona de España, por la libre y espontánea cesión de su legítimo soberano, sin que costase a los españoles una gota de sangre; aunque es de creer que el temor que le inspirara la reciente destrucción del imperio mexicano, indujese a aquel monarca a ceder a la necesidad. (1)

LOS MAZAHUAS, LOS MATLAZINCAS Y OTRAS NACIONES

Los mazahuas fueron algún tiempo parte de la nación otomíe, pues aquellos dos idiomas no son más que dialectos de uno mismo; mas esta diversidad entre naciones tan celosas de conservar incorrupta su lengua, es un argumento claro de la antigüedad de su separación. Los principales lugares habitados por ellos, estaban en las montañas occidentales del valle de México, y componían la provincia de Mazahuacan, perteneciente a la corona de Tacuba.

Los matlazincas formaron un estado considerable en el fértil valle de Toluca; y por grande que fuese su antigua reputa-

---

(1) Boturini dice que hallándose los mexicanos sitiados por los españoles, enviaron una embajada al rey de Michuacan, para negociar una alianza con él: que éste reunió cien mil tarascos, y otros tantos teochichimecas en la provincia de Avalos; pero amedrentado por una visión que tuvo una hermana suya, muerta y restituída a la vida, licenció las tropas y abandonó su primer designio de socorrer a los mexicanos. Pero todas estas son fábulas. 1.° Ningún autor de aquel siglo hace mención de semejante suceso. 2.° ¿Dónde estaban esos cien mil hombres que tan pronto se reunieron? 3.° ¿Por qué reunió el ejército en la provincia más distante de México? ¿Quién ha visto que el rey de Francia reuna sus tropas en Flandes para socorrer a España? La resurrección de aquella princesa es una fábula compuesta sobre el memorable suceso de la hermana de Moteuczoma, de que después hablaremos.

ción de valor, fueron sin embargo sometidos a la corona de México por el rey Axayacatl, como después diremos.

Los mixtecas y los zapotecas poblaron los vastos países, que después tuvieron aquellos dos nombres, y que estaban al sudeste de Tezcoco. Los diferentes estados en que se dividieron aquellos territorios estuvieron gran tiempo gobernados por otros tantos jefes y señores de las mismas naciones, hasta que los conquistaron los mexicanos. Eran pueblos civilizados e industriosos; tenían leyes, practicaban las artes de los mexicanos y adoptaban el mismo método para computar el tiempo, y las mismas pinturas para perpetuar la memoria de los sucesos. En ellas representaban la creación del mundo, el diluvio universal y la confusión de las lenguas, aunque mezclado todo esto con fábulas absurdas. (1) Después de la conquista, los mixtecas y los zapotecas eran de los pueblos más industriosos de México. Mientras duró el comercio de la seda, ellos fueron los que criaron los gusanos, y a sus fatigas se debe toda la cochinilla que de muchos años a esta parte se ha traído de México a Europa.

Los chiapanecas, si hemos de dar crédito a sus tradiciones, fueron los primeros pobladores del Nuevo Mundo. Decían que Votan, nieto de aquel respetable anciano que fabricó la barca grande para salvarse a sí mismo y a su familia del Diluvio, y uno de los que emprendieron la obra del grande edificio que se hizo para subir al cielo, fue por expreso mandato del Señor a poblar aquella tierra. Decían también que los primeros pobladores habían venido de la parte norte, y que cuando llegaron a Xoconochco se separaron, yendo los unos a habitar el país de Nicaragua y permaneciendo los otros en el de Chiapan. Esta nación, según dicen los historiadores, no estaba gobernada por un rey, sino por dos jefes militares, nombrados por los sacerdotes. Así se mantuvieron hasta que los últimos reyes mexicanos los sometieron a aquella corona. Hacían el mismo uso de las pinturas que los mexicanos y tenían el mismo modo de computar el tiempo; pero empleaban diferentes figuras que aquéllos para representar los años, los meses y los días.

Con respecto a los cohuixcas, a los cuitlatecas, a los xopes, a los mazatecas, a los popolocas, a los chinantecas y a los toto-

---

(1) Véase sobre la mitología de los mixtecas la obra de Fr. Gregorio García, dominicano, intitulada: **Origen de los Indios**, libro 5, cap. 4.

nacas, nada sabemos de su origen, ni del tiempo de su llegada al territorio de Anáhuac. De sus costumbres particulares diremos lo que pueda contribuír a ilustrar la historia de los mexicanos.

LOS NAHUATLACAS

Pero de todos los pueblos que residieron en el país de Anáhuac, y en él se propagaron, los más famosos y los que más papel hacen en la historia de México, son los que vulgarmente se llaman **Nahuatlacas.** Fue dado principalmente este nombre, cuya etimología hemos expuesto al principio de esta historia, a las siete naciones, o por mejor decir, a las siete tribus de la misma nación que llegaron a aquel país después de los chichimecas y poblaron las isletas, las orillas y los alrededores de los lagos mexicanos. Estas tribus fueron las de los xochimilcos, chalqueses, tepanecas, colhuas, tlahuicos, tlaxcaltecas y mexicanos. El origen de todas estas gentes fue la provincia de Aztlan, de donde salieron los mexicanos, o quizás otra contigua a ella y poblada por la misma nación. Todos los escritores las representan como originarias de un mismo país; todos ellos hablaban el mismo idioma. Los diversos nombres con que son conocidas, se tomaron de los lugares que fundaron, o de aquellos en que se establecieron.

Los xochimilcos tomaron su nombre de la gran ciudad de Xochimilco, que fundaron en la orilla meridional del lago de agua dulce o de Chalco. Los chalqueses tomaron el suyo de la ciudad de Chalco, situada en la orilla oriental del mismo lago; los colhuas, de Colhuacan; los mexicanos, de México; los tlaxcaltecas, de Tlaxcala; y los tlahuicos, de la tierra en que se establecieron, la cual, por ser abundante en cinabrio se llamó **Tlahuican.** (1) El nombre de tepanecas se deriva quizás de algún sitio llamado **Tepan,** (2) donde residirían antes de fundar su célebre ciudad de Azcapozalco.

Es indudable que estas tribus no llegaron todas juntas a aquel país, sino en diversos tiempos y en el orden que hemos

(1) **Tlahuitl** es el nombre mexicano del cinabrio, y **Tlahuitlan** quiere decir lugar o país del cinabrio. Los autores los llaman comunmente **tlahuicos,** y dicen que tomaron aquel nombre de un sitio de aquel país llamado **Tlahuic;** pero además de que ignoramos la existencia de semejante lugar, el nombre parece poco conforme a la gramática mexicana.

(2) Algunos autores los llaman **Tecpanecas:** uno y otro son nombres mexicanos. **Tecpanecatl,** quiere decir habitante de palacio; **Tepanecatl,** ha-

indicado; pero hay gran variedad de opiniones acerca del tiempo exacto de su llegada. Las razones que he expuesto en mis Disertaciones me hacen creer que las primeras seis tribus vinieron conducidas por aquellos seis caudillos que aparecieron en Anáhuac inmediatamente después de los chichimecas, y que no hubo el gran intervalo de tiempo que cree el P. Acosta, entre su llegada y la de los mexicanos.

Los colhuas, que la mayor parte de los historiadores confunden, por la afinidad del nombre con los acolhuas, fundaron la pequeña monarquía de Colhuacan, la cual se agregó después a la corona de México por el casamiento de una princesa, heredera de aquel estado, con un rey mexicano.

Los tepanecas tuvieron igualmente sus jefes, el primero de los cuales fue el príncipe Acolhuatzin, después de haberse casado con la hija de Xolotl. Sus descendientes usurparon, como después diré, el reino de Acolhuacan, y dominaron toda aquella tierra hasta que las armas de los mexicanos, aliados con las del heredero legítimo de Acolhuacan, destruyeron con el tirano, la monarquía tepaneca.

LOS TLAXCALTECAS

Los tlaxcaltecas, llamados por Torquemada y por otros escritores **teochichimecas**, y considerados como una tribu de la nación chichimeca, (1) se establecieron en Poxauhtlan, lugar situado en la orilla oriental del lago de Tezcoco, entre aquella cor-

---

bitante de lugar de piedras. Otros dan a este nombre una etimología muy violenta.

(1) Torquemada no sólo dice que los tlaxcaltecas eran teochichimecas, sino que afirma que estos teochichimecas eran otomíes. Si los tlaxcaltecas eran de esta nación ¿por qué no hablaban su lengua? Y si la hablaron ¿por qué la dejaron por la mexicana? ¿Dónde se ha visto jamás una nación libre abandonar su idioma para adoptar el de sus enemigos? No es menos increíble la otra especie de que los chichimecas eran otomíes, como supone el mismo autor, aunque en otra parte dice lo contrario. ¿Quién obligó a los chichimecas a dejar su lengua nativa? Los que no conozcan el carácter de aquellas naciones, ni sepan cuán constantes son en conservar su lengua nacional, serán los únicos que crean que los chichimecas, por su comunicación y alianza con los acolhuas, dejaron el otomíe por el mexicano. Si los verdaderos otomíes no han abandonado en tantos siglos su idioma, ni

te y el pueblo de Chimalhuacan. Allí vivieron algún tiempo con gran miseria, por no tener tierras que cultivar, y sosteniéndose con los productos de la caza; pero habiéndose multiplicado, y queriendo ampliar los términos de su territorio, se atrajeron el enojo de las naciones circunvecinas. Los xochimilcos, los colhuas, los tepanecas, y probablemente también los chalqueses, que por ser los más próximos eran los más perjudicados, se unieron y alzaron un ejército considerable, para arrojar del valle de México a tan peligrosos pobladores. Los tlaxcaltecas, a quienes tenía siempre alerta la conciencia de sus usurpaciones, les salieron bien ordenados al encuentro. La batalla fue de las más sangrientas y memorables que se leen en la historia mexicana. Los tlaxcaltecas, aunque inferiores en número, hicieron tanto estrago en su enemigos, que dejaron el campo cubierto de cadáveres y teñida en sangre una parte del lago, cuyas orillas fueron la escena de la batalla. Aunque salieron victoriosos de ella, determinaron abandonar aquel sitio, convencidos de que mientras en él permaneciesen, no cesarían de ser molestados por sus vecinos; por lo que, después de haber reconocido el país por medio de los exploradores, y no hallando terreno en que poder establecerse todos juntos, convinieron en separarse, dirigiéndose unos hacia el norte y otros hacia el mediodía. Aquéllos, después de un pequeño viaje, se establecieron, con permiso del rey de los chichimecas, en Tollantzinco y en Quauhchinanco: los otros caminan-

---

bajo el dominio de los mexicanos, ni bajo el de los españoles, ¿cómo puede creerse que los chichimecas dejaron enteramente el suyo, siendo dueños de aquel país y ocupando siempre el trono de Acolhuacan desde Xolotl, fundador de aquel reino, hasta la conquista de los españoles? Yo no dudo que la lengua propia de los chichimecas antiguos fuese la misma de los acolhuas y nahuatlacas, esto es, la mexicana. Lo mismo me parece de los toltecas, por más que digan otros autores; ni he podido convencerme de lo contrario, después del más diligente estudio de la historia. Sabemos que los nombres de los sitios de que salieron los toltecas y chichimecas, de los que fundaron en Anáhuac, de las personas de una y otra nación y de los años de que se servían, eran mexicanos. Sabemos que desde los principios de la ocupación, los toltecas y los chichimecas, éstos y los acolhuas, se entendían y comunicaban recíprocamente sin intérprete. El hallarse la lengua mexicana difundida hasta Nicaragua no puede atribuirse a otro motivo sino a la dispersión de los toltecas que la hablaban; pues no se sabe que los nahuatlacas pasasen de Chiapan. Finalmente, no hallamos un solo argumento en que pueda apoyarse la opinión contraria, aunque tan común entre los autores.

do en torno del volcán Popocatepec, por Tetela y Xochimilco, fundaron en las cercanías de Atlixco la ciudad de Quauhquechollan; y pasando algunos adelante, fundaron la de Amaliuhcan y otros pueblos, extendiéndose hasta el Poyauhtecatl, o sea monte de Orizava, al que probablemente dieron aquel nombre en memoria del valle de México, de que habían salido.

Pero la mayor y más notable parte de la tribu se dirigió por Cholula, a la falda del gran monte Matlalcueye, de donde arrojaron a los olmecas y a los xicalancas, antiguos habitantes de aquel país, y dieron muerte a su rey Colopechtli. Allí se establecieron bajo las órdenes de un jefe llamado Colhuacateuctli, procurando fortificarse, para poder resistir mejor a los pueblos vecinos, en caso de que éstos quisiesen atacarlos. En efecto, poco tiempo después, los huexotzingos y otros pueblos, sabedores de la valentía y de la fuerza de los nuevos huéspedes, temerosos de que con el tiempo llegasen a serles perjudiciales, levantaron un gran ejército con el designio de arrojarlos del país. El golpe fue tan violento, que los tlaxcaltecas se vieron obligados a abandonar el terreno de que se habían posesionado, y retirarse hacia la cima de la gran montaña de que ya hemos hecho mención. Hallándose allí en la mayor consternación, imploraron por medio de los embajadores, la protección del rey chichimeca y obtuvieron de él un gran cuerpo de tropas. Los huexotzingos, no teniendo bastantes fuerzas para hacer frente al ejército real, llamaron a su auxilio a los tepanecas, creyendo que no desperdiciarían aquella ocasión de vengarse; mas éstos, acordándose del trágico suceso de Poyauhtlan, aunque enviaron tropas, les dieron orden de no hacer daño a los tlaxcaltecas, y pasaron aviso a éstos a fin de que no los tuvieran por enemigos, y estuviesen seguros de que habían enviado aquellos refuerzos para engañar a los huexotzingos, y para no turbar la buena armonía en que con ellos vivían. Con el socorro de los tezcocanos, y con el pérfido artificio de los tepanecas, los huexotzingos fueron completamente derrotados y obligados a volver con ignominia a sus tierras. Los tlaxcaltecas, libres de tan gran peligro, hicieron la paz con sus vecinos y regresaron a sus establecimientos para continuar la comenzada población.

Tal fue el origen de la famosa ciudad y república de Tlaxcala, eterna rival de México y causa de su ruina. Al principio obedecía toda la nación a un jefe; pero aumentada considera-

blemente la población, quedó la ciudad dividida en cuatro cuarteles, que se llamaron **Tepeticpac, Ocotelolco, Quiahuiztlan** y **Tizatlan.** Cada cuartel obedecía a un jefe, a quien prestaban también obediencia todos los lugares que de aquel cuartel dependían: así que, todo el estado se dividía en cuatro monarquías pequeñas; pero aquellos cuatro caudillos, juntamente con los otros nobles de la primera clase, formaban una especie de aristocracia con respecto al común del estado. Esta dieta o senado decidía la paz y la guerra y el número de tropas que debían armarse, nombrando el jefe que las debía mandar. En el estado, aunque pequeño, había muchas ciudades y villas populosas, en las cuales, por los años de 1520, se contaban más de ciento cincuenta mil casas y más de quinientos mil habitantes. El distrito de la República, por la parte de occidente, estaba fortificado con fosos y trincheras; por la de oriente, con una muralla de seis millas de largo; por el mediodía lo defendía naturalmente el Matlalcueye, y otras altas montañas por el norte.

Los tlaxcaltecas eran guerreros, valerosos, muy celosos del honor y de la libertad. Conservaron mucho tiempo el esplendor de su república, a pesar de las luchas que tuvieron que sostener con sus enemigos, hasta que habiéndose confederado con los españoles contra los mexicanos, sus antiguos rivales, quedaron envueltos en la común ruina. Eran idólatras, tan supersticiosos y crueles en su culto, como los mexicanos. Su númen principal era el que llamaban **Camaxtle,** el mismo que los mexicanos reverenciaban con el nombre de **Huitzilopochtli.** Sus artes eran las mismas que las de las naciones vecinas. Su comercio consistía principalmente en maíz y en cochinilla. Por la abundancia de maíz se dió a su capital el nombre de **Tlaxcallan,** esto es, tierra de pan. Su cochinilla era la más apreciada de todas, y después de la conquista producía anualmente a la Capital un ingreso de doscientos mil pesos; pero las causas, de que hablo en otra parte, los obligaron a abandonar totalmente aquel comercio.

VIAJE DE LOS MEXICANOS AL PAIS DE ANAHUAC

Los aztecas o mexicanos, que fueron los últimos pobladores del país de Anáhuac, y son el asunto principal de esta historia, vivieron hasta cerca del año 1160 de la Era vulgar en Aztlan, país situado al norte del golfo de California, según se infiere del

viaje que hicieron en su peregrinación, y de los datos que adquirieron después los españoles en sus expediciones a aquellos países. (1) La razón que tuvieron para abandonar su patria, habrá quizás sido la misma que impulsó a las otras naciones; pero como quiera que sea, me parece oportuno someter al libre juicio del lector lo que los autores mexicanos cuentan del origen de aquella resolución.

Había, dicen, entre los aztecas un personaje de gran autoridad llamado **Huitziton,** cuya opinión era la que prevalecía en aquellas gentes. Este se empeñó, no sé por qué motivo, en inducir a sus compatriotas a mudar de país; y mientras se ocupaba en semejante proyecto, oyó acaso cantar en las ramas de un árbol a un pajarillo, cuya voz imitaba la palabra mexicana **tihui,** que quiere decir **vamos.** Parecióle aquella una ocasión oportuna de realizar su designio. Llamando, pues, a otra persona de jerarquía, llamada **Tecpaltzin,** la condujo cerca del árbol donde el pájaro solía cantar, y le dijo, "¿No entendéis, amigo Tecpaltzin, lo que está diciendo esa avecilla? Ese **tihui, tihui,** que no cesa de repetir, ¿qué otra cosa significa sino que ya es tiempo de dejar este país, y buscar otro? Sin duda este es aviso de algún numen oculto que desea nuestro bien. Obedezcamos, pues, a su voz y no nos atraigamos su cólera con nuestra desobediencia." Convino plenamente Tecpaltzin en la interpretación de Huitziton, ya por el gran concepto que tenía de su saber, ya por que él tenía los mismos deseos, y puestos de acuerdo aquellos dos personajes, que de tanto influjo gozaban en la nación, no tuvieron gran dificultad en decidirla a ponerse en marcha.

Aunque yo no me fío mucho de esta narración, no por esto me parece inverosímil; pues no es difícil a una persona que goza de la reputación de sabia, el persuadir lo que quiera, por motivos de religión, a un pueblo ignorante y supersticioso. Más duro me sería creer lo que comunmente dicen los autores españoles, a sa-

(1) Hablo en mis Disertaciones de estos viajes hechos desde Nuevo México hacia occidente. Betancourt hace mención de ellos en su **Teatro Mexicano.** Este autor dice que Aztlan distaba 2,700 millas de México. Boturini dice que Aztlan era provincia de Asia; mas no sé en qué funda tan singular opinión. En algunos mapas geográficos, publicados el siglo XVI, se ve esta provincia situada al norte del seno de California, y yo no dudo que estuviera hacia aquella parte, pero a gran distancia del golfo; así que la distancia mencionada de Betancourt me parece verosímil.

ber, que los mexicanos emprendieron aquel viaje por expreso mandato del demonio. Los sencillos historiadores del siglo XVI, y los que los han copiado, suponen como cosa indudable el comercio continuo y familiar del demonio con todas las naciones idólatras del Nuevo Mundo, y apenas refieren un suceso que no atribuyan a su influjo. Pero aunque sea cierto que la malignidad de aquel espíritu se esfuerza en hacer a los hombres todo el daño que puede, y que algunas veces se les ha aparecido en forma visible para seducirlos, especialmente a los que no han entrado por la regeneración en el seno de la Iglesia, no puede creerse sin embargo, que las apariciones fuesen tan frecuentes, ni su comercio con aquellas naciones tan franco y libre, como dicen los autores citados; porque Dios, que cuida con amorosa providencia de sus criaturas, no concede tanta libertad a aquellos declarados enemigos del género humano. Los lectores que hayan visto en otras obras algunos sucesos de los que yo refiero en mi Historia, no deben extrañar mi incredulidad en este punto. El testimonio de los historiadores mexicanos no me basta para atribuir ningún efecto al demonio, conociendo cuán fácil es que se engañasen, ya por las ideas supersticiosas que los obcecaban, ya por el artificio de sus sacerdotes, tan común en las mismas naciones idólatras.

El viaje de los aztecas, sobre el cual no puede haber duda, cualquiera que fuese su motivo, se verificó, según las conjeturas más verosímiles, hacia el año 1160 de la Era vulgar. Torquemada dice haber visto representado en todas las pinturas antiguas de este viaje, un brazo de mar o gran río. (1) Si en efecto hay en ellas la representación de un río, no puede ser otro que el Colorado, que desagua en el golfo de California, a los 32½° de latitud, pues es el más considerable de cuantos hallaron en el camino que siguieron. Después de haberlo pasado, más allá del 35°,

---

(1) Creo que este supuesto brazo de mar no es otra cosa que la imagen del diluvio universal, representado en las pinturas mexicanas, anteriores al viaje, como se ve en la copia publicada por Gemelli de una pintura que le enseñó el célebre Dr. Sigüenza. Boturini cree que este brazo de mar era el golfo de California, suponiendo que los mexicanos pasaron de Aztlan a esta provincia, y de ella, por el golfo, a Culiacan; pero habiéndose encontrado a orillas del río Gila, y en la Pimería, restos de los edificios construídos por aquel pueblo en su emigración, no hay motivo para creer que pasase por mar al punto de su final establecimiento.

caminaron hacia el sudeste hasta el río Gila, donde se detuvieron algún tiempo; pues aun se ven las ruinas de los edificios que construyeron en sus márgenes. De allí volvieron a ponerse en camino, siguiendo casi la misma dirección, e hicieron alto en la latitud, poco más o menos de 29°, en un sitio distante más de doscientas cincuenta millas de Chihuahua, hacia el noroeste. Este lugar es conocido con el nombre de **Casas Grandes**, a causa de un vastísimo edificio, que aun subsiste, y que según la tradición general de aquellos pueblos, fue erigido por los mexicanos durante su peregrinación. Este edificio está construído bajo el mismo plan que los que se ven en el Nuevo México, esto es, con tres pisos, sobre ellos una azotea y sin puertas ni entrada en el piso inferior. La puerta está en el segundo, y por consiguiente se necesita de una escalera para entrar por ella. Así lo hacen los habitantes del Nuevo México, para estar menos expuestos a los ataques de sus enemigos, valiéndose de una escala de mano, que franquean a los que quieren admitir en sus habitaciones. Igual motivo tuvieron sin duda los aztecas para edificar sus moradas de aquella forma. En las **Casas Grandes** se notan los caracteres de una fortaleza, defendida de un lado por un monte altísimo, y rodeada en el resto por una muralla de cerca de siete pies de grueso, cuyos cimientos se conservan. Vénse en esta construcción piedras tan grandes como las ordinarias de molino; las vigas son de pino, y bien trabajadas. En el centro de aquella vasta fábrica hay una elevación hecha a propósito, según se colige, para poner centinelas y observar de lejos a los enemigos. Se han hecho algunas excavaciones en aquel sitio y se han hallado varios utensilios, como platos, ollas, vasos y espejos de la piedra llamada **itztli.** (1)

Desde este punto, atravesando los montes de Tarahumara, y dirigiéndose hacia mediodía, llegaron a Hueicolhuacan, llamado actualmente **Culiacan**, lugar situado sobre el golfo de California

---

(1) Estos datos me han sido suministrados por dos personas que han visto las **Casas Grandes**. Sería necesario tener un pormenor de su forma y dimensiones; pero esto es muy difícil en el día, por haberse despoblado aquel país, de resultas de las furiosas incursiones de los apaches y otras naciones bárbaras.

a los 24¼°, donde permanecieron tres años. (1) Es probable que fabricasen allí casas y cabañas para su alojamiento, y que sembrasen para su sustento los granos que consigo llevaban, como hacían donde quiera que por algún motivo se detenían. Allí formaron una estatua de madera, que representaba a Huitzilopochtli, númen protector de la nación, a fin de que los acompañase en su viaje. Hicieron también una silla de juncos y cañas para conducirlo, a la que dieron el nombre de **Teoicpalli** (silla de Dios), y eligieron los sacerdotes que debían llevarlo en hombros, que eran cuatro a la vez, y se llamaban **Teotlamacazque** (siervos de Dios), y al acto de llevarlo llamaron **Neomana,** esto es, llevar en hombros a Dios.

De Hueicolhuacan, caminando muchos días hacia levante, llegaron a Chicomoztoc, donde se detuvieron. Hasta allí habían viajado juntas las siete tribus de nahuatlacas; mas en aquel punto se dividieron y pasando adelante los xochimilcos, los tepanecas, los colhuas, los chalqueses, los tlahuicas y los tlaxcaltecas, quedaron allí los mexicanos con su ídolo. Estos dicen que la separación se hizo por expreso mandato de su dios; más verosímil es sin embargo, que se originase de alguna discordia suscitada entre aquellas tribus. No es conocida la situación de Chicomoztoc, donde los mexicanos residieron nueve años: yo creo sin embargo que debía estar a veinte millas de Zacatecas, hacia mediodía, en el sitio en que hoy se ven las ruinas de un gran edificio, que sin duda fue obra de los mexicanos durante su viaje; porque además de la tradición de los zacatecas, antiguos habitantes de aquel país, siendo éstos enteramente bárbaros, ni tenían casas, ni sabían hacerlas, ni puede atribuírse sino a los aztecas aquella construcción descubierta por los españoles. La diminución que allí experimentó su número de resultas de la separación, sería sin duda la causa de no haber fabricado otros edificios en el resto de su caminata.

Del país de los zacatecas, andando hacia mediodía, por Ameca, Cocula y Zayula, pasaron a la provincia marítima de Colima,

---

(1) La mansión de los aztecas en Hueicolhuacan consta por el testimonio de todos sus historiadores, como también su separación en Chicomoztoc. De su paso por la Tarahumara hay tradiciones entre aquellos pueblos septentrionales. Cerca del Nayarit hay trincheras hechas por los coras para defenderse de los mexicanos en el viaje que éstos hicieron de Hueicolhuacan a Chicomoztoc.

y de ésta a la de Zacatula; de donde, volviendo hacia levante, subieron a Malinalco, lugar colocado en las montañas que rodean el valle de Toluca, (1) y dirigiéndose al norte, llegaron en 1196 a la célebre ciudad de Tula. (2)

En el viaje de Chicomoztoc a Tula, se detuvieron un poco en Coatlicamac, donde la tribu se dividió en dos facciones, que fueron después eternas rivales, y se hicieron mutuamente gravísimos perjuicios. Las causas de esta discordia fueron, según dicen, dos bultos o envoltorios que se aparecieron de un modo maravilloso en medio del campamento. Acercándose algunos de ellos a reconocer uno de aquellos objetos, encontraron una piedra preciosa, sobre cuya posesión hubo una gran contienda, pues cada uno quería apoderarse de ella, creyendo que era un don de su divinidad. Pasaron después a ver lo que contenía el otro bulto, y sólo hallaron en él dos leños. A primera vista los despreciaron como cosa vil; pero advertidos por el sabio Huitziton de la utilidad que de ellos podrían sacar para hacer fuego, los apreciaron mucho más que la piedra. Los que se habían apoderado de ésta, fueron los que después de la fundación de México se llamaron **tlatelolcos**, del sitio en que se establecieron cerca de aquella ciudad: los otros que tomaron los leños, fueron los que se llamaron **mexicanos** o **tenochcas.** Esta relación no es una verdadera historia, sino un apólogo ideado para enseñar que se debe preferir lo útil a lo bello. A pesar de la enemistad, los dos partidos viajaron juntos por el imaginario interés de la protección de su númen. (3)

No es de extrañar que los aztecas diesen tantos rodeos, y caminasen mil millas más de lo que necesitaban para llegar a

---

(1) Consta de los manuscritos del P. Juan Tobar, jesuíta muy versado en las antigüedades de aquellas naciones, que los mexicanos pasaron por poblaciones de Michuacan; y no pudieron ser otras que las de Colima y Zacatula, que entonces verosímilmente pertenecían a su reino, como hoy pertenecen a la misma diócesis. Si hubieran hecho por otro camino el viaje a Tula, no hubieran pasado por Malinalco.

(2) La época de la llegada de los mexicanos a Tula, en 1196, está confirmada por una historia manuscrita, en lengua mexicana, citada por Boturini. En este punto de cronología están de acuerdo todos los autores.

(3) Es indudable que esta historia es un apólogo; pues los aztecas sabían muchos siglos antes el modo de hacer fuego con la frotación de los leños.

Anáhuac; pues que no se habían propuesto término fijo, y sólo andaban buscando un país en que pudiesen gozar ventajosamente todas las comodidades de la vida. Tampoco hay que maravillarse de que erigiesen en algunos puntos vastos edificios, creyendo sin duda que cada lugar en que se detenían era el término de su peregrinación. Muchos les parecieron al principio oportunos para formar un establecimiento, y después lo abandonaron por la experiencia de los inconvenientes que no habían previsto. Dondequiera que se detenían, alzaban un altar a su dios, y al irse dejaban allí a los enfermos, probablemente otros que los cuidasen, y los que, cansados de tan larga romería, no querían exponerse a nuevos trabajos.

En Tula estuvieron nueve años, y después once en otros sitios poco distantes de allí, hasta que en 1216 llegaron a Zumpanco, ciudad considerable del valle de México. Tochpanecatl, señor de aquella ciudad, los acogió con extraordinaria benignidad; y no contento con darles cómodo alojamiento y regalarlos abundantemente, aficionándoseles cada vez más con el trato y familiaridad, pidió a los jefes de la nación alguna doncella noble, para mujer de su hijo Ilhuicatl. Los mexicanos, agradecidos a tanta benevolencia, le dieron a Tlapacantzin, la cual se casó muy en breve con aquel joven ilustre, y de este enlace descienden, como veremos después, los reyes mexicanos.

Después de una residencia de siete años en Zumpanco, se fueron con el jóven Ilhuicatl a Tizayocan, ciudad poco distante de aquélla. Allí dió a luz Tlapacatzin un niño, que se llamó **Huitzilihuitl**, y al mismo tiempo dieron otra doncella a Xoquiatzin, señor de Cuauhtitlan. De Tizayocan pasaron a Tolpetlac, y Tepeyacac, donde actualmente está el pueblo y el famosísimo santuario de la Vírgen de Guadalupe. Todos estos sitios están en las orillas del lago de Tezcoco, y muy próximos al terreno en que después estuvo México. Allí vivieron veintidós años.

Desde que se aparecieron en aquel país los mexicanos, fueron reconocidos por orden de Xolotl, que a la sazón reinaba, el cual, no teniendo que temer nada de ellos, les permitió establecerse donde pudiesen; pero hallándose en Tepeyecac muy molestados por Tenancacaltzin, caudillo de los chichimecas, se refugiaron en Chapoltepec, monte situado a la orilla occidental del lago, a dos millas escasas del sitio en que se fundó México. Ocurrió

esta retirada por los años de 1245, reinando Nopaltzin, y no Quinatzin, (1) como dicen Torquemada y Boturini.

Las persecuciones que allí sufrieron de muchos caudillos, y especialmente del de Xaltocan, los obligó a retirarse, después de una permanencia de diez y siete años, para buscar un asilo más seguro en Acocolco, que era un grupo de islas, en la extremidad meridional del lago. Allí pasaron por espacio de cincuenta y dos años la vida más miserable. Sustentábanse de peces, de insectos y de raíces, y cubríanse con las hojas de una planta llamada **Amoxtli,** que nace abundantemente en el lago, por haberse gastado enteramente sus ropas y no hallar medios de hacer otras nuevas. Sus habitaciones eran pobrísimas chozas, hechas de caña y juncos que el lago produce. Sería increíble que hubiesen podido vivir tantos años en un sitio tan incómodo y llevar una existencia tan desventurada, si no constase por el testimonio de sus historiadores, y por los sucesos ocurridos después.

ESCLAVITUD DE LOS MEXICANOS EN COLHUACAN

Allí a lo menos, en medio de sus miserias eran libres, y la libertad suavizaba algún tanto sus infortunios; pero en 1314 se agregó a todos ellos la esclavitud. Los historiadores no están de acuerdo acerca de aquel suceso. Unos dicen que el jefe o rey de Colhuacan, ciudad poco distante del sitio en que vivían los mexicanos, no pudiendo sufrir que se mantuviesen en su territorio sin pagarle tributo, les declaró la guerra, y habiéndolos vencido, los hizo esclavos. Otros cuentan que aquel caudillo les envió una embajada, diciéndoles: que compadecido de sus desgracias, y de los males que sufrían en aquellas islas, les concedía un sitio más cómodo donde pudiesen vivir con más anchura; que los mexicanos, deseosos de mudar de condición, aceptaron inmediatamente aquella gracia y dejaron la morada en que hasta entonces habían residido; pero que apenas salieron de ella, fueron atacados por los colhuas y hechos prisioneros. Fuese de un modo o de otro, lo cierto es que los mexicanos pasaron en calidad de esclavos a Tizapan, lugar perteneciente entonces al estado de Colhuacan.

---

(1) Si reinaba entonces Quinatzin, es necesario suponer que su reinado y el de su sucesor comprendieron un espacio de 161 años, y aun más si se adopta la cronología de Torquemada, el cual supone que aquel monarca reinaba cuando los mexicanos entraron en el valle.

Después de algunos años de esclavitud, se suscitó una guerra entre los colhuas y los xochimilcos sus vecinos, con tanta desventaja de los primeros, que en todos los encuentros fueron vencidos. Afligidos por tantas pérdidas, echaron mano de sus prisioneros a quienes mandaron disponer para la guerra; mas no les suministraron las armas necesarias, o porque se habían consumido las que tenían, en las batallas anteriores, o por dejarlos en libertad de armarse a su modo. Los mexicanos viendo que aquella era una excelente ocasión de granjearse la gracia de sus señores, se determinaron a hacer en defensa de éstos los últimos esfuerzos del valor. Armáronse todos con bastones largos y fuertes, cuyas puntas endurecieron al fuego, tanto para atacar con ellos a sus enemigos, como para saltar de un islote a otro, si llegaba el caso de combatir en el agua. Hicieron cuchillos de itztli, y escudos de cañas. Convinieron en no detenerse, como solían hacerlo, en recoger prisioneros, sino contentarse con cortarles una oreja, y dejarlos ir sin hacerles más daño. Con estas disposiciones salieron al campo, y mientras combatían con los colhuas y los xochimilcos, o por tierra, en las orillas del lago; o por agua, en barcos, se arrojaron impetuosamente a los enemigos, sirviéndose de sus bastones en el agua, y cortando a los prisioneros una oreja, que guardaban en las cestas que llevaban con este fin; pero matando al que se resisitía. De este modo lograron los colhuas una victoria tan completa, que los xochimilcos no sólo abandonaron el campo, sino que no teniendo valor para permanecer en su ciudad, huyeron a los montes.

Terminada aquella acción con tanta gloria, se presentaron los soldados colhuas al general, con los prisioneros que habían hecho; porque no se estimaba entre ellos el valor de las tropas por el número de enemigos que dejaban muertos en el campo de batalla, sino por el de los que traían, y presentaban vivos a su jefe. No puede negarse que esta práctica era conforme a la razón y la humanidad. Si el príncipe puede vengar sus derechos y rechazar sus enemigos sin matarlos, la humanidad exige que se les conserve la vida. Si se considera la utilidad, un enemigo muerto no puede hacer daño, pero tampoco puede servir, y de un prisionero se puede sacar mucha ventaja, sin recibir ningún perjuicio. Si se considera la gloria, mayor esfuerzo se necesita para privar a un enemigo de la libertad, que para quitarle la vida en el calor de la acción. Fueron llamados a su vez los mexicanos

para ver cuantos prisioneros habían hecho; pero no presentando ninguno (porque cuatro que tenían los habían escondido, con el fin que después veremos), fueron tratados de cobardes por el general, y vilipendiados por los soldados colhuas. Entonces ellos, sacando los canastos llenos de orejas, "inferid, dijeron, por el número de estos despojos, el de los prisioneros que hubiéramos podido hacer, si hubiéramos querido; pero no nos ha parecido bien perder el tiempo en atarlos y hemos preferido acelerar la victoria." Con esta respuesta quedaron los colhuas algo amedrentados, no menos de la astucia, que del valor de sus esclavos.

Los mexicanos, restituídos al lugar de su residencia, que según parece, era entonces Huitzilopochco, erigieron un altar a su dios protector; pero queriendo en dedicación ofrecerle algún objeto precioso, se lo pidieron a su señor. Este les mandó por desprecio, un saco sucio de tela gruesa y dentro un pájaro muerto con otras inmundicias, que los sacerdotes colhuas llevaron al altar, y se retiraron sin hablar palabra. Por grande que fuese el enojo de los mexicanos, a vista de una burla tan indigna, reservando para otro tiempo la venganza, pusieron sobre el altar, en lugar de aquellas inmundicias, un cuchillo de itztli y una yerba olorosa. Llegado el día de la ceremonia, quisieron asistir a ella el jefe de la nación y la nobleza, no para honrar la fiesta, sino para burlarse de sus esclavos. Comenzaron la función los mexicanos con un baile solemne, al que comparecieron con las mejores ropas que tenían; y cuando más atentos estaban los circunstantes, sacaron a los cuatro prisioneros xochimilcos, que hasta aquel tiempo habían tenido ocultos: después de haberlos hecho bailar un rato, los sacrificaron sobre una piedra, rompiéndoles el pecho con el cuchillo de itztli, y sacándoles los corazones, que aun calientes y palpitantes ofrecieron a su dios.

Tan inhumano sacrificio, el primero de esta especie que sepamos se haya hecho en aquel país, causó tanto horror a los colhuas, que regresando inmediatamente a Colhuacan, determinaron deshacerse de aquellos crueles esclavos, que con el tiempo podrían serles muy perjudiciales. En consecuencia, Coxcox, que así se llamaba el caudillo, les dió orden de salir de su territorio, y de ir a donde quisiesen. Salieron contentos los mexicanos de su esclavitud, y encaminándose hacia el norte, llegaron a Acatzitzintlan, lugar situado entre los dos lagos, llamado después por ellos **Mexicaltzinco**, nombre que significa lo mismo que

México, y se lo dieron por el mismo motivo que tuvieron en seguida para dárselo a la capital, como en otra parte veremos; pero no hallando allí la comodidad que buscaban, y queriendo alejarse más de los colhuas, pasaron a Iztacalco, aproximándose al sitio en que después estuvo México. Allí hicieron un montecillo de papel, en el que probablemente representaban a Colhuacan, (1) y pasaron una noche entera bailando en torno, cantando su victoria sobre los xochimilcos, y dando gracias a su dios por haberlos libertado del dominio de los colhuas.

Después de haber vivido dos años en Iztacalco, pasaron finalmente a aquel sitio del lago donde debían fundar su ciudad. Hallaron allí un nopal, o sea tuna u opuncia, nacida en una piedra, y sobre aquella planta una águila: por esto dieron a aquel país, y después a su ciudad, el nombre de **Tenochtitlan.** (2) Dicen todos, o casi todos los historiadores de México, que aquellas eran precisamente las señas dadas por el oráculo para la fundación de la ciudad: sobre lo cual añaden otros sucesos fuera del curso de la naturaleza, que yo omito, por parecerme fabulosos, o inciertos a lo menos.

FUNDACION DE MEXICO

Luego que los mexicanos tomaron posesión de aquel sitio, edificaron una cabaña a su dios Huitzilopochtli. La dedicación de aquel santuario, aunque miserable, no se hizo sin efusión de sangre humana; porque habiendo salido un atrevido mexicano a buscar un animal para inmolarlo en las aras de la divinidad, se encontró con un colhua llamado **Xomimitl,** y habiendo venido de las palabras a las manos, por causa de la antigua enemistad de aquellos dos pueblos, lo venció el mexicano, y lo llevó atado a sus compatriotas, los cuales lo sacrificaron inmediatamente, y con gran júbilo presentaron sobre el altar el corazón que le habían arrancado del pecho, sirviendo aquella crueldad, no menos de desahogo a su cólera contra los colhuas, que de culto sanguina-

---

(1) Los Mexicanos representaban a Colhuacan en sus pinturas, bajo la imagen de un monte corcovado, que es lo que significa aquella palabra.

(2) Muchos autores españoles y de otras naciones, han alterado aquel nombre, por la ignorancia de la lengua mexicana; así que, en sus obras se lee **Tenoxtitlan, Temistitan, Temihtitlan,** etc.

rio de aquel falso númen. En torno del santuario fabricaron sus pobrísimas cabañas de cañas y juncos, por carecer entonces de otros materiales. Tal fue el principio de la gran ciudad de Tenochtitlan, que con el tiempo debía ser la corte de un vasto imperio, y la mayor y más hermosa ciudad del Nuevo Mundo. Llamóse también **México,** que es el nombre que conservó, cuya denominación, tomada del nombre de su dios tutelar, significa **lugar de Méxitli** o de **Huitzilopochtli,** pues de estos dos modos se llamaba. (1)

La fundación de México ocurrió en el año 2 de Calli, correspondiente al 1325 de la Era vulgar, reinando en aquel país el chichimeca Quinatzin. Pero no por haber mudado de residencia los mexicanos, cambió repentinamente de aspecto su fortuna; pues aislados en medio del lago, sin tierras que sembrar, sin ropas de que cubrirse, y en perpetua desconfianza de sus vecinos, llevaban una vida tan miserable, como en los otros puntos en que antes habían habitado, sosteniéndose tan sólo de animales y de vegetales acuáticos. Pero ¿de qué no es capaz la industria humana estimulada por la necesidad? La mayor que sentían los mexicanos era de terreno para sus habitaciones, pues la isleta de Tenochtitlan no bastaba a toda la población. Ocurrieron a esta exigencia haciendo estacadas en los sitios en que estaban más bajas las aguas, terraplenándolas después con piedras y ramazón, y uniendo a la isla principal algunas otras más pequeñas que estaban poco distantes. Para proveerse después de piedras, de le-

---

(1) Hay una gran variedad de opiniones entre los autores sobre la etimología de la palabra **México.** Algunos dicen que vienen de **Metzli,** que significa luna, porque vieron la luna reflejada en el lago, como el oráculo había predicho. Otros dicen que **México** quiere decir fuente, por haber descubierto una de buena agua en aquel sitio. Mas estas dos etimologías son violentas, y la primera, además de violenta, ridícula. Yo creí algún tiempo que el nombre verdadero era **México,** que quiere decir en el centro del maguey o pita, o áloe mexicano; pero me desengañó el estudio de la historia, y ahora estoy seguro de que **México** es lo mismo que lugar de **Mexitli** o **Huitzilopochtli,** es decir, el Marte de los mexicanos, a causa del santuario que en aquel sitio se le erigió; de modo que México era para aquellos pueblos lo mismo que **Fanum Martis** para los romanos. Los mexicanos quitan en la composición de los nombres de aquella especie, la sílaba final **tli:** el **co** que les añaden es nuestra preposición **en.** El nombre **Mexicaltzinco** significa sitio de la casa o templo del dios **Mexitli;** de modo que lo mismo valen **Huitzilopochco, Mexicaltzinco** y **México,** nombres de los tres puntos que sucesivamente habitaron los mexicanos.

ña, de pan y de todo lo que necesitaban para sus habitaciones, su ropa y su sustento, se aplicaron con sumo esmero a la pesca, no sólo del pez blanco, de que ya hemos hecho mención, sino también de otros peces e insectos acuáticos, y a la caza de innumerables especies de aves, que acuden allí a buscar alimento. Con la venta de estos objetos que hacían en los pueblos situados en las orillas del lago, adquirían todo lo que les hacía falta.

Pero donde hizo mayor esfuerzo su industria, fue en los huertos flotantes que hicieron con ramas y con el fango del mismo lago, de cuya estructura hablaré después; en los cuales sembraban maíz, pimiento, chía, judías y calabazas.

DIVISION DE LOS MEXICANOS

Así pasaron los mexicanos los trece primeros años de su establecimiento, arreglando, como mejor podían su orden civil y remediando sus miserias a fuerza de industria y trabajo. Hasta aquel tiempo se había conservado siempre unida la tribu, a pesar de la discordia de las dos facciones que se habían formado en el tiempo de su peregrinación. Esta discordia, que se había transmitido de padres a hijos, estalló al fin por los años de 1338. No pudiendo soportarse mutuamente las dos facciones, una de ellas tomó la resolución de separarse; pero no pudiendo alejarse tanto como se lo sugería su encono, se detuvo en otra isla, poco distante de la primera y situada al norte de ella, la cual, por haberse encontrado allí un montón de arena, fué llamada **Xaltilolco,** y después, por el terraplén que hicieron, **Tlatelolco,** nombre que hasta ahora ha conservado. (1) Los que se establecieron en la nueva isla, que después fue unida con la primera, se llamaron **tlatelolcos,** y los que permanecieron en el primer sitio, **tenochcas**; pero nosotros los llamaremos mexicanos, como los llaman todos los escritores.

Poco antes, o poco después de este acaecimiento, dividieron los mexicanos su miserable ciudad en cuatro cuarteles, señalando a cada uno un dios tutelar, además del que protegía a toda

(1) Los antiguos representaban a Tlatelolco en sus pinturas, bajo la figura de un montón de arena. Si hubieran sabido esto los que emprendieron la interpretación de las pinturas mexicanas, que con las **Cartas de Cortés** se publicaron en México el año de 1770, no hubieran llamado a dicho sitio **Tlatilolco,** traduciendo este nombre por horno.

la nación. Esta división subsiste actualmente con los nombres de San Pablo, San Sebastián, San Juan y Santa María. (1) En medio de los cuatro estaba el santuario de Huitzilopochtli, a quien tributaban los principales cultos.

SACRIFICIO INHUMANO

En honor de esta funesta divinidad hicieron por aquel tiempo un horrendo sacrificio, que no se puede oír sin espanto. Mandaron al caudillo de Colhuacan una embajada, rogándole que les diese alguna de sus hijas, para consagrarla como madre de su dios protector, significándole ser ésta una orden expresa de aquel numen, para exaltarla a tan sublime jerarquía. El caudillo envanecido con la esperanza de tener una hija deificada, o quizás atemorizado con las desgracias que podrían sobrevenirle, si desobedecía a un dios, concedió a los mexicanos lo que le pedían, tanto más fácilmente, cuanto que no preveía lo que iba a suceder. Los mexicanos condujeron con gran júbilo aquella noble doncella a su ciudad; pero apenas llegó, mandó el demonio, según dicen los historiadores, que le fuese sacrificada y desollada después de muerta, y que con su pellejo se vistiese alguno de los principales jóvenes de la nación. Fuese en efecto orden del demonio, o lo que es más verosímil, cruel invención de aquellos bárbaros sacerdotes, lo cierto es que el plan se ejecutó puntualmente. Convidado el caudillo por los mexicanos a la apoteósis de su hija, fue a ser espectador de aquella gran función, y uno de los adoradores de la nueva divinidad. Entró en el santuario, donde al lado del ídolo estaba en pie el joven, vestido con la sangrante piel de la víctima; pero la obscuridad no le permitió ver lo que pasaba. Pusiéronle en la mano un incensario y un poco de copal, a fin de que hiciese la ceremonia del culto; pero habiendo visto a la luz de la llama que hizo el copal, aquel horrible espectáculo, se le conmovieron de dolor las entrañas, y arrebatado por violentos afectos, salió gritando como un loco, y mandando a su gente que tomase venganza de tan bárbaro atentado: mas no se atrevieron a obedecerle, sabiendo que inmediatamente hubieran sido

(1) El cuartel que hoy es de San Pablo fue llamado por los mexicanos **Teopan y Xochimilca**; el de San Sebastián, **Atzacualco**; el de San Juan, **Moyotla**; el de Santa María, **Cuepopan y Tlaquechiuhcan**.

oprimidos por la muchedumbre; con lo que el desconsolado padre se volvió a su casa a llorar su infortunio todo el resto de su vida. Su infeliz hija fue diosa, y madre honoraria no sólo de Huitzilopochtli, sino de todos sus dioses, que es lo que significa el nombre de **Teteoinan,** con el cual fue desde entonces conocida y reverenciada. Tales fueron en aquella nueva ciudad los principios del bárbaro sistema de religión, cuyos pormenores daré en otro libro.

LIBRO TERCERO

FUNDACION DE LA MONARQUIA MEXICANA; SUCESOS DE LOS MEXICANOS BAJO SUS CUATRO PRIMEROS REYES, HASTA LA DERROTA DE LOS TEPANECAS Y LA CONQUISTA DE AZCAPOZALCO. PROEZAS Y ACCIONES ILUSTRES DE MOTEUCZOMA ILHUICAMINA. GOBIERNO Y MUERTE DE TECHOTLALLA, QUINTO REY CHICHIMECA. REVOLUCIONES DEL REINO DE ACOLHUACAN. MUERTE DEL REY IXTLILXOCHITL Y DE LOS TIRANOS TEZOZOMOC Y MAXTLATON.

ACAMAPITZIN, PRIMER REY DE MEXICO

HASTA el año de 1352, el gobierno de los mexicanos había sido aristocrático, obedeciendo toda la nación a un cuerpo compuesto de las personas más notables por su nobleza y sabiduría. Los que la regían cuando se fundó México eran veinte, (1) y el principal de ellos **Tenoch,** como parece en sus pinturas. La suma humillación en que se hallaban, el daño que les hacían sus vecinos, y el ejemplo de los chichimecas, de los tepanecas y de los colhuas, los estimularon a erigir su pequeño estado en monarquía, no dudando que la autoridad regia daría más esplendor al pueblo, y lisonjeándose con la esperanza de hallar en el nuevo jefe un padre, que cuidaría del bien del estado, y un buen general que los defendería de los insultos de sus enemigos. Fue de común consentimiento elegido **Acamapitzin,** o por aclamación del

(1) Los veinte señores que entonces regían la nación se llamaban **Tenoch, Atzin, Acacitli, Ahuexotl o Ahueiotl, Ocelopan, Xomimitl, Xiuhcac, Axolohua, Nanacatzin, Quentzin, Tlatala, Tzontliyayauh, Cozcatl, Tezcatl, Tochpan, Mimich, Tetepan, Tezacatl, Acohuatl y Achitomecatl.**

pueblo, o por los sufragios de algunos electores, a cuya decisión se sometieron todos, como después se hizo.

Era Acamapitzin uno de los más ilustres y prudentes personajes que entonces había en la nación. Su padre era Opochtli, azteca de la primera nobleza, (1) y su madre Atozoztli, princesa de la casa real de Colhuacan. (2) Por parte de padre, traía su origen de Tochpanecatl, aquel jefe de Zumpanco que tan benignamente acogió a los mexicanos cuando llegaron a su ciudad. Aun no se había casado; por lo que se determinó buscarle una joven de las primeras casas de Anáhuac. Pero antes enviaron sucesivamente embajadas al jefe de Tacuba y al rey de Azcapozalco; mas de todos fueron desechadas sus proposiciones con desprecio. Entonces, sin desanimarse por tan ignominiosa acogida, hicieron la misma demanda a Acolmiztli, señor de Coatlichan, y descendiente de uno de los tres príncipes acolhuas, rogándole que les diese por reina alguna de sus hijas. Cedió aquel personaje a sus plegarias y les dió a su hija Ilancueitl, la que llevaron en triunfo los mexicanos, y celebraron con gran alegría las bodas.

CUACUAUHPITZAHUAC, REY PRIMERO DE TLATELOLCO

Los tlatelolcos, que por ser vecinos y rivales de los mexicanos, observaban siempre lo que pasaba en Tenochtitlan, ya para emular su gloria, ya para no verse con el tiempo oprimidos por su poder, crearon también un rey; pero no teniendo por conveniente que fuese de su nación, sino de los tepanecas, en cuyo territorio estaban Tlatelolco y México, pidieron al rey de Azcapozalco uno de sus hijos a fin de que los rigiese como monarca, y ellos como vasallos lo obedeciesen. El rey les dió al príncipe

---

(1) Algunos historiadores dicen que Acamapitzin, que suponen nacido en la esclavitud de Colhuacan, fue hijo de Huitzilihuitl el viejo; pero no es verosímil. Huitzilihuitl, nacido cuando los mexicanos estaban en Tizayuca, no tenía menos de noventa años cuando la esclavitud. Luego no pudo ser padre, sino abuelo de Acamapitzin. En esto seguimos al Dr. Sigüenza, que averiguó con más crítica que Torquemada la genealogía de los reyes mexicanos.

(2) Es de extrañar que Opochtli se casase con una dama tan ilustre, en la época del envilecimiento de su nación; mas no dejan duda sobre aquel casamiento las pinturas de los mexicanos y de los colhuas, que vió el doctísimo Sigüenza.

Cuacuauhpitzahuac, el cual fue inmediatamente coronado como primer rey de Tlatelolco el año de 1353.

Es de creer que los tlatelolcos, al hacer esta demanda al rey, tanto por adularlo, como por irritarlo contra sus rivales los mexicanos, le exageraron la insolencia de éstos en crear un rey sin su permiso; pues el rey convocó a sus consejeros y les habló así "¿Qué os parece, nobles tepanecas, del atentado de los mexicanos? Ellos se han introducido en nuestros dominios y van aumentando considerablemente su ciudad y su comercio; y lo que es peor, han tenido la osadía de elegir un rey de su nación, sin esperar nuestro consentimiento. Si esto hacen en el principio de su establecimiento ¿qué puede esperarse que hagan cuando se hayan multiplicado y aumentado sus fuerzas? ¿No es de temer que en el porvenir, en lugar de pagarnos el tributo que les hemos impuesto, pretendan que nosotros se lo paguemos y que el reyezuelo de los mexicanos quiera ser también monarca de los tepanecas? Yo creo necesario aumentar sus cargas a fin de que fatigándose para pagarlas se consuman, o no pagándolas, sufran nuevos males y se vean al fin obligados a salir de nuestros dominios."

NUEVAS CARGAS IMPUESTAS A LOS MEXICANOS

Aplaudieron todos esta resolución, como debía esperarse; pues el príncipe que al consultar a otros descubre sus intenciones, más bien busca panegiristas que lo ayuden, que consejeros que lo iluminen. Envió, pues, el rey a decir a los mexicanos que siendo tan reducido el tributo que hasta entonces le habían pagado, quería duplicarlo para en adelante: además de lo cual debían darle no sé cuántos millares de haces de sauces y abetos para plantarlos en los caminos y en los jardines de Azcapozalco, y llevarle a su corte un gran huerto flotante en que estuviesen sembradas y nacidas todas las plantas de uso común en Anáhuac.

Los mexicanos, que hasta entonces no habían pagado otro tributo que cierta cantidad de peces y cierto número de pájaros acuáticos, se afligieron al recibir esta noticia, temiendo que se aumentasen progresivamente sus cargas; pero hicieron cuanto se les había prescrito, llevando en el tiempo señalado, con las aves y los peces, los haces y el huerto. Los que no hayan visto

los bellísimos jardines que hasta nuestros tiempos se han cultivado sobre el agua, y con la facilidad con que se transportan a donde se quiere, no podrán sin dificultad persuadirse de la verdad de aquel hecho; pero los que los han visto como yo, y todos los que han navegado en aquel lago, donde los sentidos hallan el más suave recreo de cuantos pueden gozar, no vacilarán en darle asenso. Pagado aquel tributo, les mandó el rey que el año siguiente le llevasen otro huerto, y en él una ánade y una garza, empollando una y otra sus huevos; pero de tal modo, que al llegar a Anáhuac, empezasen a salir los pollos. Obedecieron los mexicanos, y con tanto acierto tomaron sus medidas, que el insensato rey tuvo el gusto de ver salir a los pollos de los cascarones. Para el año siguiente ordenó que le llevasen otro huerto con un ciervo vivo. Este mandato era de difícil ejecución, pues para cazar al ciervo era necesario ir a los montes de tierra firme, con evidente peligro de hallar a sus contrarios; sin embargo, lo ejecutaron puntualmente, para evitar mayores perjuicios. Esta dura opresión de los mexicanos no duró menos de cincuenta años. Los historiadores de México aseguran que aquel pueblo imploraba en todas sus aflicciones la protección de sus dioses, y que éstos le facilitaban la ejecución de aquellas órdenes tiránicas; yo sin embargo soy de distinta opinión.

El pobre rey Acamapitzin, tuvo además de estos disgustos, el de la esterilidad de la reina Ilancueitl; por lo que se casó con Tezcatlamiahuatl, hija del señor de Tetepanco, de la que nacieron muchos hijos, y entre ellos Huitzilihuitl y Quimalpopoca, sus sucesores en el trono. Tomó esta segunda mujer sin dejar a la primera; antes bien, las dos vivían en tanta concordia, que Ilancueitl se encargó de la educación de Huitzilihuitl. Tuvo además, con el título de reina, otras mujeres, y entre ellas una esclava, de que nació Itzcoatl, uno de los mejores y más célebres reyes que hubo en Anáhuac. Gobernó Acamapitzin pacíficamente su ciudad, a que se reducía entonces todo su reino, por espacio de treinta y siete años. En su tiempo se aumentó la población, se fabricaron algunos edificios de piedra, y se empezaron los canales, que no sirvieron menos a la hermosura de la ciudad, que a la utilidad de los habitantes. El traductor de la **Colección** de Mendoza atribuye a este rey la conquista de Mizquic, de Cuitlahuac, de Cuauhnahuac y de Xoquimilco. Pero ¿quién podrá creer que los mexicanos emprendiesen la conquista de cuatro ciuda-

des tan populosas, cuando apenas podían sostenerse en su propio establecimiento? La pintura de aquella **Colección** que representa las cuatro ciudades vencidas por los mexicanos, debe entenderse como símbolo del auxilio que éstos prestaron a otros estados, a la manera en que después sirvieron al rey de Tezcoco contra los xaltocaneses.

Poco antes de morir convocó Acamapitzin a los magnates de la ciudad y les hizo un breve discurso, recomendándoles sus mujeres, sus hijos y el celo por el bien público. Les dijo que habiendo recibido la corona de sus manos, se las restituía para que la diesen al que estimasen más capaz de ser útil a la nación, y les expresó el sentimiento que tenía por dejarla tributaria de los tepanecas. Su muerte acaecida en 1389, fue muy sensible a los mexicanos, y sus exequias se celebraron con toda la solemnidad que permitía la miseria de la nación.

Desde la muerte de Acamapitzin hasta la elección del nuevo rey, hubo según dice el Dr. Sigüenza, un interregno de cuatro meses; lo que no volvió a ocurrir en lo sucesivo, pues desde entonces, pocos días después de muerto el rey, se nombraba el sucesor. Aquella vez pudo retardarse la elección, por estar ocupada la nobleza en arreglar el número de electores y establecer las ceremonias de la coronación que empezaron desde entonces a observarse.

Reunidos, pues, los electores escogidos por los nobles, el más anciano les habló de este modo: "Mi edad me da derecho de hablar el primero. Grande es, ¡oh nobles mexicanos! la desgracia que hemos experimentado con la muerte de nuestro rey, y nadie debe llorarla más que nosotros, que éramos las plumas de sus alas y las pupilas de sus ojos. Tan gran desventura debe parecernos mayor por el estado calamitoso en que nos hallamos, bajo el dominio de los tepanecas, con oprobio del nombre mexicano. Vosotros, pues, a quienes tanto urge el remedio de las presentes calamidades, pensad en elegir un rey que cuide del honor de nuestro poderoso dios Huitzilopochtli, que vengue con su brazo los afrentas hechas a nuestra nación y que ponga bajo la sombra de su clemencia a los huérfanos, a las viudas y a los ancianos."

HUITZILIHUITL, SEGUNDO REY DE MEXICO

Acabada aquella breve arenga, dieron los nobles sus votos, y salió electo Huitzilihuitl, hijo del difunto Acamapitzin. Salieron

los electores, y dirigiéndose a la casa del nuevo soberano, lo llevaron consigo al **tlatocaicpalli**, o sea trono, o silla real; y haciéndole tomar asiento, lo ungieron del modo que después explicaré; le pusieron en la cabeza el **copilli** o corona, y uno a uno le prestaron obediencia. Entonces uno de los personajes de más alta jerarquía alzó la voz, y habló al rey en estos términos, "No os desaniméis, generoso joven, con el nuevo cargo que os hemos impuesto, de ser jefe de una nación encerrada entre las cañas y juncos de este lago. Desventura es sin duda tener un pequeño estado, establecido en distrito ajeno, y regir una nación, que siendo en su origen libre, ha llegado a ser tributaria de los tepanecas. Pero consolaos, sabiendo que estamos bajo la protección de nuestro gran dios Huitzilopochtli, cuya imagen sois, y cuyo lugar ocupáis. La dignidad a que habéis sido elevado por él, no debe serviros de pretexto para daros al ocio y a la holgura, sino más bien de estímulo para el trabajo. Tened siempre a la vista los nobles ejemplos de vuestro gran padre, el cual no ahorró fatiga alguna para promover el bien de su pueblo. Quisiéramos, ¡oh señor! haceros regalos dignos de vuestra persona; mas pues no lo permite la condición en que nos hallamos, dignaos recibir nuestros deseos y las promesas de nuestra constante fidelidad."

Aun no estaba casado Huitzilihuitl cuando subió al trono: por lo que se pensó muy en breve darle mujer, y quisieron los nobles que ésta fuese alguna hija del mismo rey de Azcapozalco; pero por no exponerse a una respuesta tan ignominiosa como la que tuvieron en tiempo de Acamapitzin, resolvieron hacer esta vez la demanda con las mayores demostraciones de sumisión y respeto. Fueron, pues, algunos nobles a Azcapozalco; y presentados al rey, puestos de rodillas en su presencia, expusieron en estos términos su pretensión, "Ved aquí gran señor, a vuestros pies a los pobres mexicanos, esperando de vuestra benignidad una gracia harto superior a sus merecimientos; pero ¿a quién debemos acudir sino a vos, que sois nuestro señor y padre? Vednos aquí pendientes de vuestra boca y prontos a obedecer la menor de vuestras señales. Os rogamos, pues, con el más profundo respeto, que os compadezcáis de nuestro amo y siervo vuestro, Huitzilihuitl, encerrado en las espesas cañas del lago. Está sin mujer, y nosotros sin reina. Dignaos, señor, dejar escapar de vuestras manos alguna joya, o alguna pluma de vuestras alas.

Dadnos una de vuestras hijas, a fin de que venga a reinar en nuestra tierra."

Estas expresiones que son singularmente elegantes en la lengua mexicana, ablandaron de tal modo el ánimo de Tezozomoc (que así se llamaba el rey), que inmediatamente entregó su hija Ayauhcihuatl a los embajadores, con indecible júbilo de éstos; los cuales la condujeron en pompa a México, donde se celebró el casamiento con la acostumbrada ceremonia de atar la extremidad de la ropa de los dos novios. De este enlace nació el primer año un hijo, a quien dieron el nombre de **Acolnahuacatl;** pero deseoso de ennoblecer su nación con nuevas alianzas, pidió y obtuvo Huitzilihuitl, del señor de Cuauhnahuac una de sus hijas, llamada **Miahuaxochitl,** de quien tuvo a **Moteuczoma Ilhuicamina**, el rey más famoso de los mexicanos.

TECHOTLALLA, REY DE ACOLHUACAN

Reinaba a la sazón en Acolhuacan, Techotlalla, hijo del rey Quinatzin. Los treinta años primeros de su reinado fueron bastante pacíficos; pero después se rebeló contra la corona Tzompan, señor de Xaltocan, el cual viendo que no tenía bastantes fuerzas para hacer frente a su soberano, llamó en su ayuda a los estados de Otompan, Meztitlan, Cuahuacan, Tecomic, Cuauhtitlan y Tepozotlan. El rey Techotlalla les prometió el perdón, con tal que dejasen las armas y se sometiesen. Quizás usó de esta clemencia en consideración a la ilustre sangre del jefe de la rebelión; pues era el último descendiente de Chiconcuauhtli, uno de los tres príncipes acolhuas. Pero ensoberbecido éste con el gran número de tropas que había reunido, desechó con desprecio el perdón. Irritado entonces el monarca, envió contra los rebeldes un ejército, al que se unieron los mexicanos y los tepanecas, llamados por él a su socorro. La guerra fue obstinada y duró más de dos meses; pero declarada finalmente la victoria por el rey; Tzompan y los otros jefes rebeldes fueron castigados con el último suplicio, terminando en aquel desacordado la clara estirpe de Chiconcuauhtli. Esta guerra, hecha por los mexicanos como auxiliares del rey de Acolhuacan contra Xaltocan y los otros estados confederados, es la representada en la tercera pintura de la **Colección** de Mendoza; pero el intérprete se engañó creyendo que aquellas ciudades habían sido conquistadas para la corona de México.

Acabada la guerra, los mexicanos volvieron gloriosos a su ciudad, y el rey Techotlalla, para evitar en el porvenir nuevas rebeliones, dividió su reino en sesenta y cinco estados, dando a cada uno un señor que lo rigiese, con subordinación a la corona. De cada estado sacó alguna gente para establecerla en otro, quedando sin embargo sometida al señor de cuyo estado salía, queriendo de este modo someter a los pueblos por medio de los extranjeros que en ellos establecía: política en verdad útil para evitar revueltas; pero dañosa a los súbditos inocentes e incómoda a los jefes que los gobernaban. Además de esto, honró a muchos nobles con cargos eminentes. Hizo a Tetlato, general de los ejércitos; a Yalqui, aposentador e introductor de embajadores; a Tlami, mayordomo de palacio; a Amechichi, inspector de la policía de las casas reales y a Cohuatl, director de los plateros de Ocolco. Ninguno podía trabajar el oro y la plata para el servicio del rey, sino los hijos del mismo director, que para esto habían aprendido aquel arte. El aposentador de los embajadores tenía a sus órdenes cierto número de oficiales colhuas; el mayordomo, los chichimecas, y el inspector de la policía un número igual de tepanecas. Con estas medidas aumentó el esplendor de la corte, y afianzó el trono de Acolhuacan, aunque no le fue dado evitar las revoluciones que después veremos. Estos, y otros rasgos de política que se irán descubriendo en el curso de esta Historia, demuestran el agravio que hicieron a los americanos, los europeos que los creyeron animales de otra especie, y los que los juzgan incapaces de mejora.

La nueva alianza entre el rey de México y el de Azcapozalco, y la gloria que los mexicanos adquirieron en la guerra de Xaltocan, contribuyeron no menos a vigorizar su situación política, que a mejorar su condición privada; porque gozando de más libertad y extensión en su comercio, comenzaron en aquel tiempo a vestirse de algodón, del que en los tiempos de su miseria habían estado privados, sin vestirse de otra cosa que de telas groseras, hechas con hilo de maguey o con palmas silvestres. Pero apenas empezaron a respirar, salió contra ellos, de la misma familia real de Azcapozalco, un nuevo enemigo y sangriento perseguidor.

ENEMISTAD DE MAXTLATON CONTRA LOS MEXICANOS

Maxtlaton, señor de Coyohuacan, hijo del rey de Azcapozalco, hombre ambicioso, indómito y cruel, temido aun por su mismo padre, había llevado muy a mal el casamiento de su hermana Ayauhcihuatl con el rey de México. Disimuló algún tiempo su disgusto por respeto a su padre, pero en el décimo año del reinado de Huitzilihuitl, se transladó a Azcapozalco y convocó a la nobleza, para exponerle sus quejas contra los mexicanos y contra su rey. Representóle el aumento de la población de México; exageró el orgullo y la arrogancia de aquella nación, y los fatales efectos que podrían temerse de sus disposiciones, y sobre todo, se lamentó del gravísimo perjuicio que le había hecho el rey de México quitándole su propia mujer. Es necesario saber que Maxtlaton y Ayauhcihuatl, aunque hijos de Tezozomoc, habían nacido de diversas madres, y quizás eran entonces lícitos estos enlaces entre los tepanecas. Sea que en efecto quisiese Maxtlaton casarse con su hermana, sea que se sirviese de aquel pretexto para dar rienda suelta a sus crueles designios, en aquella reunión se tomó la resolución de llamar a Huitzilihuitl, para echarle en cara su temeridad. Fue en efecto el rey de México a Azcapozalco; lo que no debe extrañarse, pues era costumbre entre los señores de aquella tierra, visitarse unos a otros en sus territorios respectivos: además de que en Huitzilihuitl concurría la circunstancia particular de ser feudatario de aquella corona; porque aunque desde el nacimiento de Acolnahuacatl, la reina de México obtuvo de su padre Tezozomoc que aliviase a los mexicanos de las cargas a que por espacio de tantos años habían estado sujetos, siempre quedó México en la condición de feudo de Azcapozalco, y los mexicanos debían presentar cada año al rey tepaneca dos ánades, en reconocimiento de su alto dominio.

Maxtlaton recibió a Huitzilihuitl en una sala de su palacio, y después de haber comido con él, en presencia de los cortesanos que lisonjeaban sus proyectos, le hizo una severísima reprensión sobre la injuria que creía haber recibido por su matrimonio con Ayauhcihuatl. El rey mexicano protestó su inocencia con la mayor humildad, diciendo que jamás hubiera él pedido la mano de la princesa, ni el rey su padre se la hubiera concedido, si hubiese estado comprometida con otro. Pero a pesar

de la sinceridad de sus excusas, y de la eficacia de sus razones, Maxtlaton le respondió con el mayor enojo "Bien podría imponerte silencio, y darte muerte aquí mismo, y así quedaría castigada tu temeridad y vengado mi honor; pero no quiero que se diga que un príncipe tepaneca mata a traición a un enemigo. Anda por ahora en paz, que el tiempo me ofrecerá la ocasión de tomar de tí venganza más decorosa."

Fuese el mexicano lleno de despecho y furor, y no tardó en conocer los efectos de la enemistad de su cruel cuñado. La verdadera causa de aquel odio fue el temor que tenía Maxtlaton de que recayese con el tiempo el señorío de los tepanecas en su sobrino Acolnahuacatl, que había nacido de una hija del rey Tezozomoc, de lo que resultaría la sumisión de su nación a la mexicana. Para libertarse de este temor, formó el bárbaro proyecto de dar muerte a su sobrino, como lo ejecutó, por medio de unos malvados, que se sirvieron de esta crueldad para granjearse el favor de su jefe; pues nunca faltan a los poderosos hombres perversos y venales que sean ministros de sus pasiones. (1) Tezozomoc no consintió en aquel atentado, pero no sabemos que lo desaprobase. En el curso de esta Historia veremos que el orgullo, la ambición y la crueldad de Maxtlaton, toleradas y aun favorecidas por su indulgente padre, fueron la causa de su ruina, y del exterminio de su pueblo. Huitzilihuitl sufrió a su despecho un golpe tan doloroso; pero no se hallaba con bastantes fuerzas para vengarse.

TLACATEOTL, SEGUNDO REY DE TLATELOLCO

En el mismo año en que sucedió en México la tragedia que acabo de referir (1399), murió en Tlatelolco, el primer rey Cuacuauhpitzahuac, dejando la ciudad considerablemente aumentada con buenos edificios y hermosos jardines, y con cierto grado de civilización y policía. En su lugar fue elegido Tlacateotl, de cuyo origen hablan diversamente los historiadores; pues unos lo

---

(1) No hay autor que refiera las circunstancias de la trágica muerte del príncipe Acolnahuacatl, ni se puede entender cómo lograron los Tepanecas cometer aquel atentado en México; pero no podemos dudar del hecho atestiguado por los autores nacionales, aunque entre los españoles no falta quien, como el Padre Acosta, confunda aquella muerte con la de Quimalpopoca, tercer rey de México.

creen tepaneca como su antecesor, y otros acolhua, y dado a los tlatelolcos por el rey de Acolhuacan. La rivalidad que existía entre los mexicanos y tlatelolcos, contribuyó en gran manera al engrandecimiento de los pueblos, pues cada uno aspiraba a superar en todo al otro. Los mexicanos, por su parte, se habían emparentado con las naciones vecinas; habían extendido su agricultura, multiplicando los huertos flotantes del lago y tenían además, mayor número de barcos, con lo que habían aumentado su pesca y su comercio; así que, pudieron celebrar su año secular, primero Tochtli, correspondiente al 1402 de la Era vulgar, con mayor aparato que los cuatro que habían transcurrido desde su salida del país de Aztlan.

Reinaba aún por aquel tiempo en Acolhuacan, Techotlalla, ya decrépito; el cual, previendo la cercanía de la muerte, llamó a su hijo y sucesor Ixtlilxochitl, y entre los instrucciones que le dió, le aconsejó que se granjease los ánimos de los señores sus feudatarios, porque podría suceder que Tezozomoc, viejo astuto y ambicioso, que hasta entonces no se había atrevido a dar rienda suelta a sus planes, quisiese conspirar contra el Imperio. No eran vanos los temores de Techotlalla, como después veremos. Murió por fin este rey en 1406, después de un largo reinado, aunque no tanto como dicen algunos autores. (1)

IXTLILXOCHITL, REY DE ACOLHUACAN

Después de celebradas las exequias reales con las acostumbradas ceremonias y asistencia de los señores feudatarios y jefes dependientes de aquella corona, se solemnizó la exaltación de Ixtlilxochitl. Entre aquellos personajes se hallaba el señor de Azcapozalco, quien no tardó en descubrir cuán bien lo conocía el rey difunto; pues sin prestar obediencia a su sucesor, se fue a sus estados, para suscitar los ánimos de los feudatarios a la rebelión. Convocó a los reyes de México y de Tlatelolco, y les dijo, que habiendo muerto Techotlalla, que por tantos años había tiranizado aquel país, quería poner en libertad a los señores feudatarios, a fin de que cada uno gobernase su territorio con ab-

(1) Torquemada y Betancourt dan 104 años de reinado a Techotlalla; lo que ciertamente no es imposible, pero sí inverosímil, cuando no hay graves testimonios que lo acrediten, especialmente siendo tan desatinada la cronología de aquellos dos autores.

soluta independencia del rey de Acolhuacan: que para conseguir un fin tan glorioso, necesitaba de sus auxilios, y esperaba de su valor ya conocido entre todas las naciones, que procurarían ser partícipes de la gloria a que él aspiraba; y a fin de que el golpe fuese más seguro, él haría entrar en la confederación a otros señores que estaban animados por los mismos sentimientos. Los dos reyes, o movidos por el miedo de la preponderancia de Tezozomoc, o por el deseo de aumentar la gloria de sus armas, se ofrecieron a servirlo con sus tropas; y lo mismo respondieron los otros caudillos a quienes dirigió sus proposiciones.

Entre tanto, procuraba Ixtlilxochitl arreglar los negocios de su corte y conciliarse los ánimos de sus súbditos; pero reconoció, no sin grave pesadumbre, que muchos de ellos se habían substraído a su obediencia, y habían abrazado el partido del pérfido Tezozomoc; así, para impedir el progreso de sus enemigos, mandó a los señores de Coatlichan, de Huexotla y de otros estados próximos a su corte, que armasen sin tardanza cuantas tropas pudiesen. El mismo rey quería mandar en persona el ejército; pero lo disuadieron de esta idea sus cortesanos, creyendo más necesaria su presencia en la corte; pues en medio de aquellas turbulencias, podrían algunos enemigos ocultos, o de equívoca fidelidad, prevalerse de su ausencia para apoderarse de la capital, y precipitarlo del trono. Fue, pues, nombrado general del ejército, Tochinteuctli, hijo del señor de Coatlichan; y para substituírlo en caso de su muerte, o de algún otro accidente, Cuauhxilotl, señor de Itztapalapan. Escogieron para teatro de la guerra la llanura de Cuauhtitlan, quince millas al norte de Azcapozalco. Las tropas rebeldes eran más numerosas que las del ejército real, pero éstas eran más disciplinadas. Este ejército, antes de llegar a Cuauhtitlan, arrasó seis estados de los caudillos rebeldes, tanto por debilitar a sus enemigos, como por no dejar a retaguardia quien pudiese hacerles daño. La guerra fue de las más obstinadas, equilibrándose la disciplina de los tezcocanos, con el número de los tepanecas, los cuales en breve tiempo hubieran sido completamente vencidos, si no hubiesen reclutado continuamente nuevas tropas. Los aliados de los rebeldes no cesaban de destacar gruesos cuerpos contra los estados fieles, seguros de hallar en ellos poca resistencia, por estar congregadas en Cuauhtitlan casi todas las fuerzas de los tezcocanos. Entre los muchos males que ocasionaron, se cuenta la muerte de Cuauhxilotl, señor de

Itztapalapan, el cual, vuelto del campo de Cuauhtitlan murió con gloria, defendiendo intrépidamente su ciudad. Vióse por esto obligado el rey de Acolhuacan a dividir sus huestes, destinando para guarnición de las ciudades una buena parte de la gente que de muchos puntos remotos acudía a su defensa. Tezozomoc, viendo que en vez de las ventajas que aguardaba, cada día se disminuían sus soldados, y que los que sobrevivían llevaban con impaciencia los peligros y fatigas de la guerra, después de tres años de continua lucha, pidió la paz con intención de terminar a traición lo que había empezado a viva fuerza. El rey de Acolhuacan, aunque no podía fiarse del tepaneca, consintió en lo que se le pedía, sin exigir alguna condición que lo asegurase para lo venidero, por hallarse sus tropas tan cansadas como las de sus enemigos.

QUIMALPOPOCA, TERCER REY DE MEXICO

Terminada apenas aquella guerra, o poco antes de su conclusión, murió por los años de 1409, Huitzilihuitl, después de veinte años de reinado y después de haber promulgado algunas leyes útiles a la nación, dejando a la nobleza en posesión de su prerrogativa de elegir sucesor. Fue elegido su hermano Quimalpopoca, y desde entonces, según parece, quedó establecida la ley de elegir uno de los hermanos del rey difunto, o un sobrino, por falta de hermanos. Esta práctica fue observada constantemente, como lo haremos ver, hasta la ruina del Imperio mexicano.

Mientras Quimalpopoca procuraba afianzarse en el trono de México, Ixtlilxochitl vacilaba en el de Acolhuacan. La paz que Tezozomoc le había pedido era un pretexto para dejarlo adormecer y promover entre tanto con más eficacia sus negociaciones. Cada día crecía su partido y se aminoraba el de Ixtlilxochitl. Vióse en fin este desgraciado monarca reducido a tal extremidad, que no creyéndose seguro en su corte, andaba errante en los montes vecinos, escoltado por un pequeño ejército, y acompañado de los señores de Huexotla y de Coatlichan, que le fueron constantemente fieles. Los tepanecas, para más apretarlo, interceptaban los víveres que se llevaban a su campamento; por lo que tuvo que pedir que comer a sus propios enemigos. ¡Tan fácil es precipitarse de la cúspide de la felicidad humana al abismo de la miseria!

HECHO MEMORABLE DE CIHUACUECUENOTZIN

Dió, pues, a un sobrino suyo, llamado **Cihuacuecuenotzin** el encargo de ir a Otompan, una de las ciudades rebeldes, y de rogar a sus habitantes que socorriesen a su monarca con víveres, de que tanto necesitaba y que abandonasen el partido de los traidores, recordando los antiguos juramentos de fidelidad que le habían prestado. Bien conoció aquel personaje el peligro de la empresa; pero siendo más poderosas que su temor, la nobleza de sus sentimientos, la fortaleza de su ánimo y la fidelidad a su soberano, se prestó sin dificultad a obedecer sus preceptos. "Voy, señor, a poner en ejecución vuestros mandatos y a sacrificar mi vida a la obediencia que os debo. No ignoráis cuánto se han alejado de vos los otompanecas para unirse con vuestros enemigos. Todas estas tierras están ocupadas por tepanecas, y sembradas de peligros: mi vuelta es demasiado incierta. Mas si perezco en vuestro servicio y si el sacrificio que os hago de la vida es digno de alguna recompensa, os ruego que protejáis a dos hijos tiernos que dejo sin apoyo." Estas palabras, interrumpidas por el llanto de quien las profería, enternecieron el corazón del rey, el cual le dijo al despedirlo, "Nuestro dios te acompañe y te restituya con vida. Quizás a tu vuelta habré yo cedido a esos males que para tí temes; pues ¿cómo podré escapar de los innumerables enemigos que buscan mi muerte?" Dirigióse inmediatamente Cihuacuecuenotzin a Otompan, y antes de entrar en el pueblo, supo que habían llegado unos tepanecas enviados por Tezozomoc a publicar un bando. No por esto se intimidó; antes bien, con ánimo intrépido llegó a la plaza, donde los tepanecas habían congregado al pueblo para publicar el bando, y después de haber saludado cortesmente a todos, expuso francamente el objeto de su embajada.

Los otompanecas se burlaron de él, y respondieron con carcajadas a sus proposiciones; mas ninguno de ellos osó pasar adelante, hasta que hubo un desalmado que le tiró una piedra, y excitó a los otros a que le diesen muerte. Los tepanecas que se habían estado quietos, observando en silencio lo que harían los otompanecas, viéndolos ya abiertamente declarados contra el rey de Acolhuacan y contra su embajador, gritaron: **¡Muera el traidor!** acompañando estos gritos con pedradas. Cihua-

cuecuenotzin hizo frente al principio a sus enemigos; pero viéndose oprimido por la muchedumbre, y queriendo salvar la vida con la fuga, fue muerto en medio de un diluvio de piedras. ¡Hombre verdaderamente digno de mejor fortuna! ¡Ejemplo memorable de fidelidad, que los poetas y los historiadores hubieran inmortalizado, si el héroe en vez de ser americano, hubiera nacido en Grecia o en Roma!

Los tepanecas se envanecieron con un hecho tan inhumano y tan contrario al derecho de gentes, y expresaron al pueblo el placer que tendrían en poder asegurar a su dueño, como testigos oculares, de la inviolable fidelidad de los otompanecas. Dijeron también, que venían enviados para intimarles la orden de no dar socorro de ninguna especie al rey de Tezcoco, y para exhortarlos a tomar las armas contra él y en defensa de su propia libertad. El señor de Otompan y los primeros personajes de la nobleza, respondieron que obedecían gustosos la orden del rey de Azcapozalco, y se dispusieron a coadyuvar a sus miras.

MUERTE TRAGICA DEL REY IXTLILXOCHITL Y TIRANIA DE TEZOZOMOC

Dióse prontamente aviso de aquel suceso al señor de Acolman, y éste, que era hijo de Tezozomoc, lo puso en noticia de su padre, el cual, creyendo que era llegado el tiempo de poner en ejecución su pensamiento, llamó a los señores de Otompan y de Chalco, en cuya fidelidad tenía más confianza y cuyos estados se hallaban en situación favorable a su intento, y les encargó que armasen en el mayor secreto un ejército numeroso, y lo emboscasen en un monte vecino al campamento del rey de Tezcoco: que de allí le enviasen dos capitanes de los más diestros y valerosos, los cuales, con pretexto de comunicar al rey un negocio de gran importancia, procurasen alejarlo cuanto les fuese posible de su gente y le diesen muerte sin tardanza. Todo sucedió como el malvado príncipe había pensado. Hallábase a la sazón el rey en las cercanías de Tlaxcala; no tuvo la menor sospecha de los dos capitanes que se le presentaron y cayó incautamente en la asechanza que le habían apercibido. Ejecutóse el atentado a vista del ejército real, aunque a cierta distancia. Acudieron inmediatamente las tropas fieles a castigar aquellos perversos; pero sobrevino el ejército de los conjurados, que era numeroso, y los

derrotó completamente. Apenas se pudo salvar el cadáver del rey para hacerle las debidas exequias, y el príncipe heredero, testigo del trágico fin de su padre, se vió obligado a esconderse entre unas malezas, para substraerse al furor de sus enemigos. Así acabó sus días el malaventurado rey Ixtlilxochitl, después de siete años de reinado, en el de 1410.

Dejó muchos hijos, y entre ellos a Nezahualcoyotl, heredero de la corona, cuya madre fue Matlalcihuatzin, hija de Acamapitzin, rey de México. (1)

Era este príncipe dotado de gran ingenio y de incomparable magnanimidad, y más digno que ningún otro de ocupar el trono de Acolhuacan; mas por la preponderancia de Tezozomoc no pudo tomar posesión del trono que por tantos títulos se le debía, sino después de algunos años de infinitos peligros y contratiempos.

El pérfido Tezozomoc había preparado gruesos cuerpos de tropas, a fin de que dado el proyectado golpe en la persona del rey, invadiesen las ciudades de Tezcoco, Huexotla, Coatlichan, Coatepec e Itztapalapan, que habían sido las más fieles a su señor, y las entregasen a las llamas. Los habitantes de aquellos pueblos, que pudieron huír, pasaron los montes y se refugiaron entre los huexotzingos y los tlaxcaltecas: todos los otros murieron en defensa de su patria; pero vendieron muy caras sus vidas, pues fue infinita la sangre que se derramó por una y otra parte. Si se investiga la causa de estos desastres, se hallará que no fue otra que la ambición de un príncipe. ¡Pluguiese a Dios que fuesen menos frecuentes y menos violentos en el mundo los estragos de las pasiones! Cuando no se ponen freno a las de un monarca o a las de un ministro, bastan para inundar los campos de sangre humana, para arruinar las ciudades, para destruír los estados y para trastornar toda la tierra.

---

(1) Torquemada dice que Matlalcihuatzin era hija de Huitzilihuitl; pero ¿cómo puede ser esto? Añade que este rey, cuando subió al trono, no tenía más que diez y siete años, que no estaba aún casado y que reinó veintidós, o cuando más, veintiséis años. Por otra parte representa a Netzahualcoyotl, en la muerte de su supuesto abuelo, en edad de poder ir a la guerra, y de hacer negociaciones para asegurarse la corona; con que deberá decirse que Huitzilihuitl, antes de cumplir 26 años de matrimonio, tenía nietos de 20 a lo menos.

Satisfecha finalmente la crueldad del tirano con la opresión de sus enemigos, se hizo proclamar rey de Acolhuacan, en la ciudad de Tezcoco, concediendo a los que habían tomado las armas contra él, indulto general y permiso de volver a sus casas. Dió en feudo la ciudad de Tezcoco a Quimalpopoca, rey de México, y la de Huexotla a Tlacateotl, rey de Tlatelolco, en premio de los grandes servicios que le habían prestado en aquella guerra. Puso gobernadores fieles a su partido en otros puntos, y declaró la ciudad de Azcapozalco corte y capital de todo el reino de Acolhuacan.

Halláronse presentes a aquella solemnidad, aunque disfrazados, algunos personajes del partido opuesto al tirano, y entre ellos el príncipe Nezahualcoyotl. El dolor y la rabia que éstos sintieron en aquella ocasión, excitaron sus juveniles ardores; y ya iban a precipitarse, cometiendo una acción temeraria contra sus enemigos, cuando los detuvo un confidente que los acompañaba, representándoles las fatales consecuencias de su arrojo, y haciéndoles ver cuánto mejor sería esperar del tiempo una ocasión más oportuna para recobrar la corona y tomar venganza de sus opresores; que siendo ya de edad muy avanzada el tirano, su muerte, que no podría tardar, mudaría enteramente el estado de las cosas; que los pueblos mismos se someterían entonces espontáneamente a sus señores legítimos, excitados por la crueldad y por la injusticia del usurpador. Al mismo tiempo un oficial mexicano de alta graduación (probablemente Itzcoatl, hermano del rey y general de las armas mexicanas), o por su propia autoridad, o por orden del rey Quimalpopoca, subió al templo que en aquella corte tenía la nación tolteca y habló en estos términos al inmenso pueblo que se había reunido: "Oíd, chichimecas; oíd, acolhuas, y todos los que presentes os halláis: ninguno se atreva a causar el menor daño a nuestro hijo Nezahualcoyotl; nadie permita que se le haga, si no quiere exponerse a un rigoroso castigo." Este aviso sirvió de mucho a la seguridad del príncipe heredero, pues todos querían evitar el enojo de una nación que ya empezaba a inspirar respeto.

Poco tiempo después, muchos nobles de aquellos que por sustraerse al furor de las tropas tepanecas, se habían refugiado en Huexotzingo y en Tlaxcala, se reunieron en Papalotla, lugar próximo a Tezcoco, para deliberar sobre el partido que debían tomar en aquellas circunstancias; y todos convinieron en some-

terse a los nuevos señores nombrados por el usurpador, tanto por evitar nuevas persecuciones, como para poderse entregar tranquilamente al cuidado de sus casas y familias.

CARGAS IMPUESTAS POR EL TIRANO

El tirano, después de haber satisfecho su ambición con la usurpación del reino de Acolhuacan, y su crueldad con los estragos que en aquel territorio había hecho, quiso también satisfacer su codicia con el bienestar de sus súbditos. Impúsoles, además del tributo que en víveres y ropas pagaban a su rey, otro de oro y de piedras preciosas, sin conocer cuánto se exasperarían de este modo los ánimos, que debería más bien conciliarse con la moderación y con la suavidad, para asegurar la posesión de un trono fundado en la crueldad y en la injusticia. Los nobles toltecas y chichimecas manifestaron deseos de presentarse al rey para hablarle de este asunto. Parecióles excesiva la codicia del tirano, y harto diferente su conducta de la moderación de los antiguos reyes, sus progenitores. Resolvieron, pues, enviarle dos eminentes oradores, uno tolteca y otro chichimeca, a fin de que cada uno de ellos a nombre de su nación respectiva, le expusiese enérgicamente el daño que les hacía con aquellas exacciones. Fueron en efecto a Azcapozalco, e introducidos a presencia del tirano, después de una profundísima reverencia, habló primero el tolteca, por ser más antigua su nación en aquel país, y le representó los humildes principios de los toltecas, los trabajos que habían pasado antes de llegar al esplendor y gloria de que por algún tiempo gozaron y la miseria a que habían quedado reducidos después de su último vencimiento: describió la dispersión lamentable en que Xolotl los había encontrado cuando llegó a aquella tierra; y recorriendo los anales de los dos siglos siguientes, hizo una patética enumeración de los desastres que habían padecido, a fin de excitar la compasión del tirano y evitar a sus compatriotas las nuevas cargas que éste les imponía.

Apenas hubo terminado su arenga el tolteca, tomó la palabra su compañero. "Yo, señor, dijo, puedo hablar con más confianza y libertad. Soy chichimeca, y hablo con un príncipe de la misma nación, descendiente de los grandes reyes Xolotl, Nopaltzin y Tlotzin. No ignoráis, que aquellos divinos chichimecas, vuestros abuelos, despreciaban el oro y las piedras preciosas. La

corona que ceñían era una guirnalda de hierbas y flores del campo; el arco y la flecha eran sus adornos. Manteníanse al principio de carne cruda y de vegetales insípidos, y su ropa se componía de la piel de ciervos y fieras que mataban en la caza. Cuando aprendieron de los toltecas la agricultura, los reyes mismos trabajaban la tierra, para estimular con su ejemplo a sus súbditos. La opulencia y la gloria, a que los alzó después la fortuna, no ensoberbeció sus ánimos generosos. Servíanse, como reyes, de sus vasallos; pero los amaban como a hijos, y se contentaban con que reconociesen su superioridad, ofreciéndoles los humildes dones de la tierra. Yo, señor, no os traigo a la memoria estos claros ejemplos de vuestros antepasados, si no es para suplicaros humildísimamente, que no exijáis más de nosotros, que lo que ellos exigían de nuestros abuelos." Escuchó el tirano los discursos; y aunque lo ofendió la comparación que había hecho el último orador entre él y los reyes antiguos, disimuló su enojo, y despidiendo a los diputados, confirmó la orden publicada sobre los nuevos tributos.

Entre tanto, Nezahualcoyotl recorría solícito muchas ciudades, a fin de conciliarse los ánimos, y adquirir medios de recuperar el trono. Pero aunque lo amaban sus súbditos, y deseaban verlo en posesión del reino, no se atrevían a favorecerlo abiertamente, por miedo del tirano. Abandonáronlo muchos de sus deudos y amigos, y entre ellos su tío Chimalpan, y Tecpanecatl, hermano de su segunda mujer, Nezahualxochitl, de la estirpe real de México. Continuando él, sin embargo, sus negociaciones, llegó una tarde a una villa de la provincia de Chalco, perteneciente a una señora viuda, llamada Tziltomiauh. Observó que había allí una planta de maguey, de que la viuda sacaba vino, no sólo para uso de su familia, sino también para venderlo; lo cual estaba severamente prohibido por las leyes de los chichimecas. A vista de esto se inflamó de tal manera en celo por las leyes de sus padres, que sin que lo contuviese la adversidad de su fortuna, ni ningún otro respeto, dió muerte con su propia mano a la viuda delincuente; acción inconsiderada y reprensible, en que tuvo más parte el ardor de la edad que la prudencia. Hizo gran ruido este suceso en la provincia, y el señor de Chalco, que era su enemigo y había sido cómplice en la muerte de su padre, procuró con el mayor empeño haberlo a las manos; mas

el príncipe previendo las consecuencias de su atentado, se había ya puesto en salvo.

MUERTE DEL TIRANO TEZOZOMOC

Ocho años había estado Tezozomoc poseyendo tranquilamente el reino de Colhuacan, pretendido en vano por Nezahualcoyotl, cuando tuvo unos sueños funestos que lo pusieron en gran consternación. Soñó, pues, que Nezahualcoyotl, transformado en águila, le destrozaba el pecho y le devoraba el corazón; y otra vez, que convertido aquel príncipe en león, le lamía el cuerpo y le chupaba la sangre. De tal modo lo amedrentaron estas trágicas visiones, obra de la conciencia de su injusticia y tiranía, que llamando a sus tres hijos Tayatzin, Teuctzintli y Maxtlaton, después de haberles expuesto sus sueños, les encargó que diesen muerte cuanto antes a Nezahualcoyotl; pero con tanto secreto, que ninguno pudiese sospechar el autor de aquel delito. Apenas sobrevivió un año a este suceso. Era tan viejo, que no pudiendo calentarse, ni estar sentado, lo tenían cubierto de algodón, en una canasta a guisa de cuna; pero desde esta especie de sepultura, continuaba tiranizando a sus pueblos, y pronunciando oráculos de injusticia. Poco antes de morir, nombró por sucesor a su hijo Tayatzin, y volvió a encargarle la muerte de su enemigo, conservando hasta el último aliento sus perversos designios. Así terminó su larga vida aquel monstruo de ambición, de perfidia y de injusticia, por los años de 1422, después de haber tiranizado nueve años el reino de Acolhuacan, y poseído más largo tiempo el estado de Azcapozalco. (1)

Aunque tocaba a Tayatzin como heredero del trono, dar las órdenes oportunas para las exequias de su padre, arrogóse aquella autoridad su hermano Maxtlaton, como más atrevido y activo, y empezó desde entonces a mandar con tanta arrogancia, co-

(1) Torquemada dice que Tezozomoc fue hijo del primer príncipe acolhua, dándole por consiguiente un reinado de 160 a 180 años; pero de la arenga del orador chichimeca se infiere que Tezozomoc descendía de Xolotl, de Nopaltzin y de Tlotzin. La hermana de Nopaltzin se casó con el príncipe Acolhuatzin, y sus hijos eran por consiguiente, primos de Tlotzin, hijo de Nopaltzin. En todo esto conviene Torquemada. ¿Cómo es posible que un hombre descienda de su primo? El que lea la genealogía de los reyes chichimecas en la obra de aquel autor, no podrá menos de echar de ver las equivocaciones que ha padecido.

mo si estuviese en posesión del trono a que aspiraba, creyendo que no le sería difícil oprimir a su hermano, que era en efecto tímido y poco práctico en el gobierno. Pasó Maxtlaton avisos a los reyes de México y Tlatelolco, y a otros potentados, a fin de que honrasen con su presencia y con sus lágrimas las exequias de su monarca. Nezahualcoyotl, aunque no convidado, quiso hallarse presente para observar por sí mismo, según se colige, la disposición de los espíritus en la corte. Acudió, pues, acompañado de un íntimo confidente y de alguna comitiva, y entrando en la sala de palacio donde estaba expuesto el real cadáver, encontró en ella a los reyes de México y de Tlatelolco, a los tres príncipes hijos del tirano y a otros personajes. Saludólos uno a uno, según el orden en que estaban sentados, empezando por el de México, y presentóles ramos de flores, según el uso de aquel país. Terminados los cumplimientos, se sentó al lado del rey Quimalpopoca, su cuñado, para acompañarlo en su dolor. Teuctzintli, uno de los hijos de Tezozomoc y heredero de su crueldad, juzgando aquella ocasión oportuna de ejecutar el encargo de su padre, se lo propuso a su hermano Maxtlaton; mas éste, aunque con un corazón no menos inhumano, tenía más prudencia y disimulo. "Aparta, le dijo, de tu pensamiento ese designio. ¿Qué dirían los hombres de nosotros, si nos viesen maquinar la muerte de otro, cuando sólo debemos llorar la de nuestro padre? Dirían que no es grave el dolor que deja lugar a la ambición y a la venganza. El tiempo nos ofrecerá la oportunidad de poner en ejecución los mandatos de nuestro padre, sin atraernos el odio de nuestros súbditos. Nezahualcoyotl no es invisible: si no se esconde en el fuego, en el agua o en las entrañas de la tierra, infaliblemente caerá en nuestras manos." Esto acaeció el cuarto día después de la muerte del tirano, y el mismo día fue quemado su cadáver y enterradas sus cenizas con gran pompa y solemnidad.

El día siguiente volvieron a sus ciudades los reyes de México y de Tlatelolco, y Maxtlaton empezó a descubrir con menos reserva su ambicioso designio de apoderarse del reino, manifestando en su arrogancia y osadía, que estaba dispuesto a emplear la violencia, si no le bastaba la astucia. Tayatzin no tuvo valor para oponérsele, pues conocía su índole arrojada e impetuosa, y la ventaja que le llevaba en la costumbre que tenían los súbditos de obedecerlo. Tomó, pues, el partido de ir a México para conferir con el rey Quimalpopoca, a quien había sido recomendado por

su padre, sobre un asunto de tanta importancia. Fue acogido por aquel monarca con extraordinarias demostraciones de aprecio, y después de los cumplimientos de estilo, le dijo Quimalpopoca "¿Qué hacéis, príncipe? ¿no es vuestro reino? ¿no os lo dejó vuestro padre? ¿Por qué, pues, viéndoos injustamente despojado, no empleais vuestros mayores esfuerzos en recobrar lo que legítimamente os pertenece?" "Poco importan mis derechos, respondió Tayatzin, si no me ayudan mis súbditos. Mi hermano se ha hecho dueño del reino, y no hay quien lo contradiga. Sería temeridad oponerme a su poder, sin otra fuerza que mis deseos y la justicia de mi causa." "Lo que no se logra con la fuerza, replicó Quimalpopoca, se logra con la maña. Yo os sugeriré un medio eficaz de libertaros de vuestro hermano y poneros sin peligro en posesión del trono. No habitéis el palacio de vuestro padre, y dad por pretexto que en él se renueva vuestro dolor con la memoria de sus acciones y del amor que os tenía. Decid que queréis edificar otro palacio para vuestra residencia. Cuando esté concluído, dad un espléndido banquete, y convidad a vuestro hermano: allí, en medio de la alegría general, os será fácil, con gente secretamente preparada, libertar a vuestro reino de un tirano, y a vos de un rival tan pernicioso y tan injusto; y para que logréis con más seguridad vuestro intento, yo acudiré a vuestro auxilio con mi persona y con las fuerzas de mi nación." A este consejo no respondió Tayatzin sino con una mirada llena de dolor, ocasionada por el amor de su hermano, o por la perversidad de la acción que se le proponía.

De este suceso fue testigo un criado de Tayatzin, que se había ocultado en un rincón, desde donde pudo escuchar todo lo que dijeron aquellos dos personajes; y esperando hacer fortuna por medio de la delación, partió en secreto aquella misma noche para Azcapozalco, fue en derechura a palacio, y obtenida audiencia de Maxtlaton, le reveló cuanto había oído. Hallóse en aquel instante combatido su ánimo por la cólera, por el temor y por la pesadumbre que en él produjo tan horrible descubrimiento; pero como político y diestro en ocultar sus sentimientos, fingió despreciar el aviso y reconvino ásperamente al delator por su temeridad en calumniar a dos personas tan elevadas: aparentó atribuír aquella acción a embriaguez del que se la descubría, y lo mandó a su casa a dormir la borrachera. Pasó toda la noche deliberando sobre el partido que debía tomar, y determinó final-

mente prevenir los designios que atribuía a su hermano y hacerlo caer en sus redes.

MAXTLATON, TIRANO DE ACOLHUACAN

En la mañana del día siguiente convocó al pueblo de Azcapozalco, y le dijo: que no pudiendo permanecer en el alcázar de su padre, que pertenecía a Tayatzin, y necesitando tener casa en aquella corte para alojarse en ella, cuando algún grave motivo lo llamase de sus estados de Coyohuacan, quería que le diesen una prueba de su amor, construyéndole, cuanto antes, un edificio. Fue tal la diligencia de los azcapozalqueses, y tanta la muchedumbre de operarios que acudió al llamamiento del príncipe, que a pesar de no haberse detenido Tayatzin más que tres días en México, a su regreso a la capital, halló empezada la fábrica. Maravillóse de aquella novedad; y preguntando el motivo a su hermano, le respondió éste: que no queriendo perjudicar sus intereses, ocupando la casa real, había pensado labrar otra, para residir en ella cuando viniese a la corte. Quedó satisfecho el buen Tayatzin con esta contestación, y se persuadió fácilmente que Maxtlaton no pensaba ya en la usurpación de la corona. Terminada en poco tiempo la obra, convidó Maxtlaton a comer en su nueva casa a sus hermanos, al rey de México, al de Tlatelolco y a otros personajes. Tayatzin, ignorando la traición de su criado, no sospechó el lazo en que iba a caer; pero Quimalpopoca, que era más astuto y más cauto, receló la perfidia, y se excusó cortesmente de asistir al convite. Llegado el día del banquete concurrieron los huéspedes a la nueva casa, y cuando estaban más engolfados en la alegría, y quizás también en los excesos del vino, entró de improviso gente armada y acometió con tal violencia al cuitado Tayatzin, que apenas fijó sus ojos en los asesinos, cuando se los cerró para siempre la muerte. Turbóse todo el concurso con tan inesperada tragedia: Maxtlaton tomó entonces la palabra, y expuso la traición contra él proyectada, asegurando a los presentes que sólo había tratado de evitar el golpe que lo amenazaba. Con éste y otros discursos cambió de tal modo los ánimos, que en vez de vengar la muerte de su legítimo señor, aclamaron rey al pérfido tirano; pero si la injusticia lo subió al trono, fue para precipitarlo desde mayor altura.

AGRAVIOS QUE HIZO EL TIRANO AL REY DE MEXICO

Aún mayor era el enojo de Maxtlaton contra el rey de México; mas no le pareció conveniente atentar contra su vida, hasta hallarse bien seguro en el trono. Desfogó, entre tanto, su rabia en injurias contra su persona y en ultrajes a su dignidad. Poco tiempo después de haber usurpado el reino, le envió el rey de México el regalo que le solía hacer todos los años en reconocimiento de su alto dominio. Este presente, que consistía en tres canastas de peces, cangrejos y ranas y en algunas legumbres, fue llevado por algunas personas notables de la corte de Quimalpopoca, las cuales pronunciaron un elocuente discurso, lleno de expresiones de sumisión y de respeto. Maxtlatón manifestó recibirlo con agradecimiento; pero debiendo, según la costumbre de aquellas naciones, responder con otro regalo, y queriendo aprovechar aquella ocasión para vengarse, después de haber consultado con sus confidentes, hizo entregar a los embajadores mexicanos, para su rey, un **cueitl**, que era un traje mujeril, y una camisa de mujer, significando de este modo que lo tenía por afeminado y cobarde: injuria la más sensible que pudiera hacerse a aquellas gentes, las cuales nada estimaban en tanto como el valor y el atrevimiento. Fue grande el disgusto de Quimalpopoca al recibir esta afrenta; de la que hubiera querido vengarse, pero carecía por entonces de los medios de hacerlo.

A tan notable ofensa siguió otra más dolorosa, porque atacaba más directamente el honor. Supo el tirano que entre las mujeres del rey de México había una singularmente hermosa; e inflamado por esta sola noticia en perversos designios, determinó sacrificar a sus deseos la honestidad y la justicia. Para conseguir su intento se valió de unas damas tepanecas, encargándoles que cuando visitasen, como solían hacerlo, a la mexicana, la convidasen a pasar algunos días en Azcapozalco. Siendo entonces muy frecuentes estas visitas entre personas de la primera clase y de diversas naciones, no fue difícil al protervo príncipe hallar la ocasión que tanto deseaba de satisfacer su pasión, sin que bastasen a contenerlo las lágrimas ni los esfuerzos con que aquella infeliz procuró oponerse a su osadía. Volvióse ésta a México, llena de ignominia y con el corazón penetrado de dolor, se quejó a su marido de aquel atentado. Este rey malhadado, no

queriendo sobrevivir a su deshonra, o temeroso de morir a manos del tirano, resolvió poner término a su amarga existencia, sacrificándose a su dios Huitzilopochtli, como lo habían hecho algunos héroes de su nación, creyendo que de este modo borraría la infamia recibida y se libertaría del fin ignominioso que debía temer de su enemigo. Comunicó esta determinación a sus cortesanos, los cuales obcecados por sus falsas ideas religiosas, no sólo la aplaudieron, sino que muchos de ellos quisieron participar de la gloria de tan bárbaro sacrificio.

PRISION Y MUERTE DEL REY QUIMALPOPOCA

Llegado el día señalado para aquella religiosa tragedia, compareció el rey vestido como representaban a su dios Huitzilopochtli, y todos los otros que debían acompañarlo llevaban las mejores ropas que tenían. Dióse principio a la fiesta con un solemne baile, durante el cual iban los sacerdotes sacrificando una a una aquellas desventuradas víctimas, reservando al rey para lo último. No era posible que el tirano ignorase una novedad tan extraordinaria. Súpola en efecto algunos días antes; y a fin de que su enemigo no se sustrajese a su venganza por medio de una muerte espontánea, envió un cuerpo de tropas a sorprenderlo antes del sacrificio. Llegaron en efecto, cuando apenas quedaban dos víctimas, después de las cuales debía ser inmolado el rey. Fue preso este infeliz príncipe por los tepanecas y conducido sin pérdida de tiempo a Azcapozalco, donde lo pusieron en una fuerte jaula de madera, que era la cárcel usada por aquellas gentes, como después veremos, y fue custodiado por una guardia numerosa. En toda esta historia hay circunstancias harto inverosímiles; mas yo la refiero como la hallo en los historiadores de México. Es extraño que los tepanecas se atreviesen a entrar en aquella ciudad, a cometer un atentado tan peligroso, y que los mexicanos no se armasen en defensa de su rey; mas también es cierto que el gran poderío del tirano pudo animar a los unos, e intimidar a los otros.

Con el cautiverio de Quimalpopoca se avivó en el ánimo de Maxtlaton el deseo de apoderarse también del príncipe Nezahualcoyotl; y para lograrlo más fácilmente, lo mandó llamar pretextando un convenio que con él quería celebrar acerca de la corona de Acolhuacan. El astuto príncipe conoció la intención ma-

ligna de su perseguidor; pero el ardor de la edad y el denuedo o temeridad de su índole, lo hacían arrostrar intrépidamente los más graves riesgos. En su tránsito por Tlatelolco visitó a un confidente suyo, llamado **Quiquincatl**, el cual le hizo saber que el tirano, no sólo maquinaba contra su vida y contra la del rey de Tlatelolco, sino que deseaba aniquilar, si podía, toda la nación acolhua. Sin arredrarse por esto, pasó aquella misma tarde a Azcapozalco, y se fue en derechura a casa de un amigo. Por la mañana temprano fue a buscar a Chachaton, favorito del rey, y que sin embargo había dado al mismo Nezahualcoyotl grandes muestras de afecto, y se encomendó a él, a fin de que disuadiese a Maxtlaton de intentar algo contra su persona. Pasaron los dos juntos a palacio, y se adelantó Chachaton para avisar a su señor la llegada del príncipe, y hablarle en su favor. Entró en seguida el príncipe, y después de saludar al tirano, le habló en estos términos, "Sé que habéis aprisionado al rey de México, y no sé si habéis mandado darle muerte, o si vive aún en su prisión. He oído también que queréis quitarme la vida. Si así es, aquí estoy: matadme con vuestras manos, a fin de que se desahogue vuestra cólera con un príncipe no menos inocente que desgraciado." Al terminar estas palabras, la memoria de sus infortunios arrancó algunas lágrimas de sus ojos. "¿Qué te parece de esto?" preguntó entonces Maxtlaton a su favorito. "¿No es admirable que un joven que apenas ha empezado a gozar de la vida, busque tan intrépidamente la muerte?" Volviéndose después al príncipe, le aseguró que no era su intento privarlo de la vida; que el rey de México no había muerto, ni pensaba hacerlo morir; y procuró también justificarse del cautiverio en que tenía a aquel monarca. Terminada esta conversación dió orden de que el príncipe fuese alojado como correspondía a su dignidad.

Noticioso Quimalpopoca de la llegada del príncipe su cuñado a la corte, le envió un recado suplicándole que fuese a verlo en su prisión. Condescendió Nezahualcoyotl con este deseo obtenida antes licencia de Maxtlaton; y al verse aquellos dos infelices, se abrazaron manifestando la mayor ternura en sus semblantes y en sus expresiones. Expuso Quimalpopoca a su cuñado la serie de sus desgracias; le hizo saber las malignas intenciones del tirano contra ellos dos, y le rogó que no volviese más a la corte, porque si lo hacía, lo haría morir infaliblemente el común enemigo, y quedaría la nación acolhua en la orfandad y en el aban-

dono. "Finalmente, le dijo, pues mi muerte es inevitable, te ruego encarecidamente que cuides de mis pobres mexicanos. Sé para ellos un verdadero amigo y un padre afectuoso; y en prenda de mi afecto, acepta este pendiente, que fue de mi hermano Huitzilihuitl:" y quitándose del labio un pendiente de oro, y otros de las orejas, con otras joyas que conservaba en su prisión, se las dió al príncipe, haciendo otros regalos a un sirviente que lo acompañaba. Separáronse en seguida con grandes muestras de dolor, no queriendo prolongar la entrevista, por no inspirar sospechas a los guardias. Nezahualcoyotl, tomando el consejo que su cuñado acababa de darle, salió inmediatamente de la corte, y no volvió más a presentarse al tirano. Pasó a Tlatelolco, y tomando allí un barco con buenos remeros, se dirigió apresuradamente a Tezcoco.

Quimalpopoca quedó en su amarga soledad, envuelto en las más tristes consideraciones. Cada día le era más insoportable la prisión, y ni tenía esperanza de recobrar la libertad, ni de ser útil a su nación en el breve tiempo que le quedaba de vida. "Si debo morir, decía, ¡cuánto mejor y más glorioso no será morir por mis manos, que a las de un pérfido y cruel opresor! Ya que no puedo vengarme de él de otro modo, a lo menos no le dejaré el placer de escoger el tiempo y el género de muerte con que debo acabar mis tristes días. Quiero ser dueño de mi existencia, ponerle término cuándo y cómo quiera, y ser el ejecutor de mi muerte, para que ella sea tanto menos ignominiosa, cuanto menos dependa de la voluntad de mi enemigo." (1) Con esta resolución, tan propia de las ideas de aquella gente, se ahorcó de una de las vigas de su jaula, valiéndose, como es de creerse, del cinturón que usaba.

Con este trágico fin terminó su calamitosa vida el tercer rey de México. No tenemos datos más circunstanciados que los que hemos expuesto, acerca de su carácter, ni de los progresos que hizo la nación durante su reinado, el cual fue de cerca de trece años, habiendo finalizado en 1423, un año, poco más o menos, después de la muerte de Tezozomoc. Sábese de él, además, que en el undécimo año de su reinado, hizo llevar a México una gran piedra, para que sirviese de altar en el sacrificio común de los

---

(1) Estas últimas palabras de Quimalpopoca, referidas por los historiadores mexicanos, no pudieron ser sabidas sino por la deposición de los guardias que estaban alrededor de la jaula.

prisioneros, y otra mayor y redonda para el de los gladiadores, de que hablaré después. En la cuarta pintura de la **Colección** de Mendoza se representaban las victorias que los mexicanos consiguieron en tiempo de Quimalpopoca, y la batalla naval que tuvieron con los chalqueses, con pérdida de alguna gente, y de algunos barcos que echaron a pique los enemigos. El intérprete de aquella **Colección** añade, que Quimalpopoca dejó muchos hijos de sus concubinas.

PERSECUCION DEL PRINCIPE NEZAHUALCOYOTL

Cuando Maxtlaton tuvo noticia de la muerte de su ilustre prisionero, encolerizado por ver frustrados sus proyectos, y temeroso de que Nezahualcoyotl se sustrajese también a su venganza, resolvió anticiparle de cualquier modo la muerte, que hasta entonces no le había dado, o por no haberlo podido ejecutar del modo conforme a las instrucciones de su padre, o porque lo habían amedrentado, como dicen algunos autores, ciertos agüeros de los sacerdotes: mas ya su cólera era tal, que no podían contenerla motivos de religión; así que, llamó a cuatro capitanes de los más arrojados de su ejército, y les mandó que buscasen por todas partes a aquel príncipe, y le quitasen irremisiblemente la vida, donde quiera que lo hallasen. Salieron los capitanes tepanecas con poca gente, para que con el ruido de su expedición no se les escapase la presa, y se fueron en derechura a Tezcoco, donde a la sazón estaba el príncipe jugando al balón con un criado suyo llamado **Ocelotl.** Era su costumbre, cuando llegaba a un pueblo, con designio de reanimar a su partido, ocuparse en bailes, juegos y otras diversiones, para que los gobernadores, que por orden del tirano espiaban su conducta y observaban sus pasos, viéndolo entregado a esos pasatiempos se persuadiesen de que ya no pensaba en la corona, y no lo incomodasen con molestas investigaciones. Así era como lograba promover sus intereses sin excitar sospechas. En aquella ocasión, antes que los capitanes llegasen a su casa, supo que habían llegado tepanecas al pueblo, y que venían armados; con lo que, sospechando lo que podría ser, dejó el juego y se retiró a las estancias más interiores de palacio. Avisado después por el portero que los recientemente venidos querían verlo, mandó a Ocelotl que los recibiese y les participase que se les presentaría cuando hubiesen comido y reposado.

No creyeron los tepanecas que perderían la ocasión, por diferir el golpe, o quizás no se atrevieron a ejecutar su encargo, hasta estar seguros de que no habría en la casa quien pudiera hacerles resistencia: así que, después de haber descansado, se pusieron a la mesa y mientras comían, el príncipe se escapó por una salida secreta y retirándose de la ciudad, caminó más de una milla hasta Cuauhtitlan, lugar compuesto de tejedores, gente que le era fiel y afecta, y allí se escondió por entonces. (1) Los tepanecas, habiendo aguardado un gran rato después de comer, y viendo que no parecía el príncipe, ni su sirviente **Ocelotl,** los buscaron por toda la casa, sin hallar nadie que de ellos les diese noticia. Conociendo, en fin, que el príncipe había huído, salieron a buscarlo por todas partes; y habiendo sabido por un campesino que encontraron en el camino de Cuauhtitlan, que se había refugiado en aquel lugar, entraron en él de mano armada, amenazando a los habitantes con la muerte, si no les entregaban al fugitivo; mas ellos, dando un raro ejemplo de fidelidad, guardaron obstinadamente el secreto, a pesar de que algunos murieron víctimas de su celo. Una de estas víctimas fue Tochmantzin, sobrestante de todos los telares del pueblo, y Matlalintzin, señora de noble jerarquía. No pudiendo los tepanecas descubrir al príncipe, a pesar de todas sus diligencias, y de la crueldad con que trataron a los habitantes, salieron a buscarlo por el campo, y Nezahualcoyotl salió también por el lado opuesto al que habían tomado sus perseguidores; mas como éstos no dejaban sitio alguno sin examinar, hubiera al fin caído en sus manos, a no haberlo ocultado unos labradores en unos montones de la hierba llamada **chian,** que tenían en la era.

NEGOCIACIONES DE NEZAHUALCOYOTL PARA OBTENER LA CORONA

Libre ya el príncipe de tantos riesgos, fue a pasar la noche a Tezcotzinco, casa de campo situada en una posición amenísima, y que sus abuelos habían construído para su recreo. En ella estaban seis señores, que despojados de sus dominios, andaban

---

(1) Torquemada dice que el príncipe salió de su casa por una especie de laberinto que había mandado construir y del que era imposible salir sin tener el secreto, que sólo él y alguno de sus íntimos amigos poseían. No se increíble este hecho, pues fue hombre de ingenio extraordinario, y en todo mostró una inteligencia superior a la de sus compatriotas.

errantes por las ciudades del reino. Allí celebraron aquella noche un consejo secreto y resolvieron solicitar los socorros de los chalqueses, a pesar de que éstos habían tenido parte en la muerte del rey Ixtlilxochitl. En la mañana siguiente, muy temprano, pasó el rey a Matlallan y a otros puntos, avisando a los de su partido que estuviesen prontos a tomar las armas para el tiempo de su regreso. Dos días empleó en estas negociaciones, y en la noche del segundo día llegó a Apan, donde lo encontraron los embajadores de los cholultecas, que se ofrecieron a ayudarlo en la guerra contra el tirano. En el mismo sitio se le reunieron dos personajes de su partido, con la infausta nueva de la muerte de Huitzilihuitl, uno de sus favoritos, a quien dió tormento Maxtlaton para arrancarle un secreto, y que por no haber querido faltar a la fidelidad que debía a su dueño, perdió la vida en la tortura. Con este disgusto pasó de Apan a Huexotzingo, cuyo señor era su pariente, y éste lo acogió con extraordinario afecto y compasión, prometiéndole auxiliarlo con todas sus fuerzas. De allí se dirigió a Tlaxcala, donde fue magníficamente recibido, y donde se determinó el tiempo y lugar en que debían reunirse las tropas de Cholula, de Huexotzingo y de Tlaxcala. Cuando salió de esta última ciudad para Capolalpan, pueblo situado a mitad del camino de Tlaxcala a Tezcoco, estaba acompañado de tantos nobles, que más parecía un rey viajando con su corte, que un príncipe fugitivo buscando auxilios para apoderarse de la corona que se le había usurpado. En Capolalpan recibió la respuesta de los chalqueses, que le manifestaban los más vivos deseos de servir a su legítimo monarca contra un inícuo usurpador. Es de creer que la crueldad y la insolencia del tirano obligaron a muchos pueblos a dejar su causa; además de que los chalqueses eran demasiado inconstantes, y fáciles a seguir uno u otro partido, como haré ver en la serie de esta Historia.

ITZCOATL, CUARTO REY DE MEXICO

En tanto que el príncipe Nezahualcoyotl excitaba los pueblos a la guerra, los mexicanos, viéndose sin rey y afligidos por los tepanecas, resolvieron poner a la cabeza de la nación un hombre capaz de reprimir la insolencia del tirano y de vengar las gravísimas injurias que de él habían recibido. Congregados, pues, para la elección del nuevo rey, un anciano que gozaba entre ellos

de mucha autoridad, dirigió estas palabras a los electores: "Os ha faltado, nobles mexicanos, con la muerte de vuestro rey, la lumbre de vuestros ojos; pero conserváis los del entendimiento para elegirle un nuevo sucesor. No se acabó en Quimalpopoca la nobleza mexicana; quedan aún algunos príncipes excelentes, sus hermanos, entre los cuales podéis escoger un señor que os rija, y un padre que os favorezca. Figuraos que se ha eclipsado el sol y se ha obscurecido la tierra por algunos días y que ahora renace la luz con un nuevo rey. Lo que importa es, que sin detenernos en largas conferencias, elijamos un monarca que restablezca el honor de nuestra nación, que vengue las afrentas que ha recibido y la restituya a su primitiva libertad." Inmediatamente se procedió a la elección y recayó ésta, de común acuerdo, en el príncipe Itzcoatl, hermano carnal de los dos reyes precedentes, e hijo natural de Acamapitzin y de una esclava. Cuanto podía desmerecer por la desgraciada condición de la madre, otro tanto merecía por la nobleza y celebridad de su padre; y mucho más por sus propias virtudes, de que dió notables ejemplos en el cargo de general de los ejércitos mexicanos, que por espacio de más de treinta años había desempeñado. Gozaba la reputación de ser el hombre más prudente, más recto y más honrado de todo su pueblo. Ocupó en seguida el **tlatocaicpalli,** o sillón real, y fue saludado como rey por toda la nobleza, con extraordinarias aclamaciones. Entonces uno de los oradores le dirigió el siguiente discurso sobre las obligaciones de un soberano, "Todos, gran rey, dependemos de vos de ahora en adelante. En vuestros hombros se apoyan los viejos, los huérfanos y las viudas ¿tendréis ánimo para sostener esta carga? ¿Permitiréis que perezcan a manos de nuestros enemigos los niños que se rastrean por la tierra? Vamos, señor, empezad a extender vuestro manto para llevar en hombros a los pobres mexicanos, que se lisonjean con la esperanza de vivir seguros bajo la fresca sombra de vuestra benignidad." Terminada la ceremonia, se celebró la exaltación del nuevo monarca con bailes y juegos públicos. No fue menos aplaudido aquel suceso por Nezahualcoyotl y todo su partido, porque todos creían que el nuevo rey sería aliado constante del príncipe su cuñado, y esperaban grandes ventajas de sus excelentes prendas y de su pericia militar; pero a los tepanecas, a sus aliados, y al tirano especialmente, fue muy desagradable aquella elección.

Itzcoatl, que pensaba seriamente en remediar los males que padecía su nación bajo el duro dominio de los tepanecas, envió una embajada al príncipe Nezahualcoyotl, para darle parte de su exaltación, y para asegurarle su determinación de unirse a él con todas sus fuerzas contra el tirano Maxtlaton. Esta embajada, que confió el rey a un sobrino suyo, fue recibida por Nezahualcoyotl poco después de su salida de Capolalpan, y a ella respondió, dando la enhorabuena a su cuñado, aceptando y agradeciendo el socorro prometido.

El príncipe había empleado todo el tiempo de su mansión en Capolalpan, en hacer los preparativos de la guerra. Cuando le pareció que era llegado el tiempo de poner en ejecución sus grandes designios, salió con su gente, con las tropas auxiliares de Tlaxcala y de Huexotzingo, con el proyecto de tomar por asalto la ciudad de Tezcoco y de castigar a sus habitantes, por haberle sido infieles en su adversa fortuna. Hizo alto con todo su ejército a vista de la ciudad, en un sitio llamado **Oztopolco.** Allí pasó la noche, disponiendo su tropa, dando las órdenes necesarias para el asalto, y al rayar el día se puso en marcha; pero antes de llegar a la ciudad, temerosos los tezcocanos del rigoroso castigo que los aguardaba, salieron humillados a su encuentro, pidiendo perdón y presentándole los ancianos enfermos, las mujeres embarazadas y las madres con sus tiernos hijos en los brazos, las cuales, con amargo llanto y otras demostraciones de dolor, le decían: "Tened piedad, clementísimo señor, de estos vuestros siervos atribulados. ¿En qué os han ofendido estos miserables viejos, estas pobres mujeres y estas inocentes criaturas? No confundáis con los culpados los que no tienen la menor parte en las ofensas que queréis vengar." Enternecido el príncipe a vista de tantos desgraciados, concedió el perdón a toda la población; pero al mismo tiempo envió a ella algunas tropas, y mandó a sus jefes que matasen a los gobernadores y demás representantes de la autoridad del tirano, y todos cuantos tepanecas hubiese en aquellos muros. Mientras se ejecutaba este terrible castigo en Tezcoco, las tropas tlaxcaltecas y huexotzingas destacadas del ejército, atacaron con indecible furor la ciudad de Acolman, matando a cuantos encontraron desde las puertas hasta la casa del caudillo, que era hermano del tirano; el cual, no teniendo bastantes fuerzas para defenderse, murió a manos de sus enemigos. El mismo día, los chalqueses, auxiliares del príncipe, se

apoderaron sin mucha resistencia de la ciudad de Coatlichan, dando muerte al gobernador, que se había refugiado en el templo principal; así que, en un solo día redujo el príncipe a su obediencia la capital y dos ciudades principales del reino de Acolhuacan.

AVENTURAS DE MOTEUCZOMA ILHUICAMINA

El rey de México, noticioso de los progresos de su cuñado, le envió otra embajada, para darle la enhorabuena y ratificar su alianza. Dió este encargo a un sobrino suyo, hijo de Huitzilihuitl, llamado Moteuczoma, hombre de gran fuerza y de invencible valor, al que por sus inmortales acciones dieron, además, el nombre de **Tlacaellel,** o sea hombre de gran corazón y el de **Ilhuicamina,** es decir, flechador del cielo; y para indicarlo en las antiguas pinturas representan sobre su cabeza el cielo herido por una flecha, como se ve en las pinturas séptima y octava de la **Colección** de Mendoza, y como nosotros manifestamos en los retratos de los reyes de México. Este es aquel héroe mexicano, que bajo el nombre de **Tlacaellel,** ha sido tan celebrado por el P. Acosta, o más bien, por el P. Tobar, de quien aquel autor copió el elogio, aunque se haya equivocado en algunas acciones que le atribuye. (1) Bien veían el rey y su sobrino cuán peligrosa era la empresa; pues el tirano, para impedir los progresos de su rival y su comunicación con los mexicanos, ocupaba con sus tropas todos los caminos. Pero ni esta consideración estorbó que el rey enviase la embajada, ni Moteuczoma dió la menor señal de cobardía; antes bien, deseoso de ejecutar con prontitud la orden de su soberano, ni aun quiso detenerse en ir a su casa y proveerse de lo que necesitaba para el viaje, contentándose con mandar a uno de los nobles de su comitiva que le llevase la ropa con que debía presentarse al príncipe.

Desempeñada felizmente su comisión, pidió licencia a éste para regresar a México; pero en el camino dió en una emboscada que le habían dispuesto sus enemigos: fue hecho prisionero con

(1) No sólo se engañó el P. Acosta, o sea el P. Tobar, en la historia de algunas acciones de nuestro héroe, sino también en la indicación de su persona; pues creyó que Tlacaellel y Moteuczoma eran dos personas diversas, no siendo sino una sóla con distintos nombres. Cree también que Tlacaellel era hijo de Itzcoatl y tío de Moteuczoma: lo cual es evidentemente falso, pues se sabe que Moteuczoma era hijo de Huitzilihuitl, hermano de Itzcoatl; con que no podía ser sobrino del sobrino de Itzcoatl.

toda su comitiva, conducido a Chalco, y presentado a Toteotzin, señor de aquella ciudad, y enemigo capital de los mexicanos. Este los hizo encerrar en una estrecha prisión, y los confió a Cuateotzin, persona de alto carácter, mandándole que no suministrase a los prisioneros otro alimento que el prescrito por él mismo, hasta que se determinase el género de muerte con que debían terminar sus días. Cuateotzin, no queriendo ejecutar tan cruel mandato, los proveía abundantemente a su costa. Pero el bárbaro Toteotzin, creyendo hacer un gran obsequio a los huexotzingos, les envió los prisioneros, para que si lo tenían a bien, los sacrificasen en Huexotzingo, con asistencia de los chalqueses, o en Chalco, con la de los huexotzingos. Estos, que habían sido siempre más humanos que los chalqueses, desecharon con enojo la proposición. "¿Qué motivo hay, decían, para privar de la vida a unos hombres, cuyo delito no es otro sino ser fieles mensajeros de su señor? Y en caso de que deban morir, no consiente nuestro honor en que mueran a nuestras manos los que otros han hecho prisioneros. Andad en paz, y decid a vuestro señor, que la nobleza huexotzinga no se infama con tan aleves acciones."

Con esta respuesta y con los prisioneros, volvieron los chalqueses a Toteotzin, el cual, resuelto a granjearse amigos por medio de aquellos infelices, dió parte de lo que ocurría al tirano Maxtlaton, pidiéndole que tomase una resolución acerca de la muerte que debía dárseles; esperando, con este rasgo de lisonja, calmar el enojo que le había causado con su perfidia y con su inconstancia, en abandonar el partido de los tepanecas por el de Nezahualcoyotl. Mientras llegaba la respuesta del tirano, los prisioneros fueron colocados en el mismo encierro y confiados al mismo Cuateotzin. Este, condoliéndose de la desgracia de un joven tan ilustre y tan valiente, llamó en la noche anterior al día en que se aguardaba la respuesta de Maxtlaton, a un criado en quien tenía gran confianza y le mandó poner en libertad aquella misma noche a los prisioneros, diciendo de su parte a Moteuczoma, que se había decidido a salvarle la vida, con riesgo evidente de perder la suya propia; que si venía a morir por este motivo, como era de temerse, no se olvidase de mostrar su gratitud, protegiendo a los hijos que dejaba; finalmente, que no fuese por tierra a México, porque caería otra vez en manos de los tropas que estaban en el camino, sino que se encaminase por Itztapalapan a Chimalhuacan, y de allí se embarcase para su ciudad.

Observó el criado la orden, y Moteuczoma el consejo de Cuateotzin. Salieron aquella noche los presos de su encierro y se encaminaron cautamente a Chimalhuacan, donde estuvieron ocultos el siguiente día, y por no tener otra cosa que comer, se sustentaron con hierbas del campo. Embarcáronse por la noche y con suma prontitud llegaron a México, donde los creían muertos, y donde fueron recibidos con extraordinarias demostraciones de júbilo.

Cuando el bárbaro Toteotzin tuvo noticia de la fuga de los prisioneros, enojose sobre manera; y no dudando que Cuateotzin les hubiese dado libertad, mandó al punto quitarle la vida, y descuartizarlo juntamente con su mujer y sus hijos, de los cuales se salvaron un hijo y una hija. Esta se refugió en México, donde fue muy honrada por respeto a la memoria de su padre, que había sacrificado la vida, por hacer tan importante servicio a la nación mexicana.

Después de esta pesadumbre, tuvo Toteotzin otra no menos amarga al recibir la respuesta del tirano Maxtlaton. Irritado éste contra los chalqueses, por el socorro que habían prestado a Nezahualcoyotl, y por los estragos que habían hecho en Coatlichan, envió a Toteotzin una severísima reprensión, llamándolo hombre doble y traidor y mandándole poner inmediatamente los prisioneros en libertad. ¡Premio digno de un pérfido adulador! No tomó esta resolución Maxtlaton para favorecer a los mexicanos, a quienes odiaba mortalmente; sino para manifestar el desprecio que hacía del obsequio de Toteotzin, y para oponerse a su voluntad. Tan lejos estaba de favorecer a la nación mexicana, que nunca se había mostrado tan empeñado como entonces en destruírla, y ya había alistado tropas para dar un golpe decisivo contra México y pasar desde allí a reconquistar todo lo que le había quitado Nezahualcoyotl. Este príncipe, noticioso de los designios de Maxtlaton, pasó a México a tratar con su prudente monarca del plan que debían adoptar en aquella guerra y de las medidas más oportunas para desconcertar los designios del enemigo, y quedaron de acuerdo en unir las tropas tezcocanas con las de México, para la defensa de esta ciudad, de cuya suerte parecía depender el éxito de la campaña.

Con el rumor de las próximas hostilidades se consternó de tal modo la plebe mexicana, por creerse incapaz de resistir a los tepanecas, a quienes hasta aquel tiempo habían reconocido como su-

periores, que acudió en tropel a palacio, rogando con lágrimas y clamores al rey, que no emprendiese una lucha tan peligrosa, cuyo resultado sería la ruina de la ciudad, y el exterminio de la nación. "¿Qué queréis que haga, respondió el monarca, para libertaros de tanta calamidad?" "Que pidamos la paz al rey de Azcapozalco, clamó el pueblo, y le ofrezcamos nuestros servicios, y para moverlo a compasión, que se lleve a su presencia nuestro dios en hombros de los sacerdotes." Fueron tales los gritos y las amenazas de los mexicanos, que el prudente rey, temiendo una sedición popular, más perniciosa que la guerra de los enemigos, se vió obligado a ceder a los deseos de sus súbditos. Hallábase presente a esta escena Moteuczoma, y no pudiendo sufrir que una nación tan celosa de su honor, abrazase tan ignominioso partido, habló en estos términos a la muchedumbre "¿Qué hacéis mexicanos, habéis perdido el juicio? ¿Cómo se ha introducido tamaña bajeza en vuestros corazones? ¿Olvidáis que sois mexicanos, descendientes de aquellos héroes que fundaron nuestra ciudad, de aquellos hombres animosos que la han conservado a despecho de los esfuerzos de nuestros enemigos? O mudad de resolución, o renunciad a la gloria que habéis heredado de vuestros abuelos." Y volviéndose al rey "¿Cómo permitís, le dijo, esta ignominia de vuestro pueblo? Habladle otra vez, y decidle que nos deje tomar otro partido, antes de ponernos tan necia y tan infamemente en manos de nuestros verdugos."

El rey, que nada deseaba tanto como poner en ejecución aquellas ideas, habló otra vez al pueblo, recomendando el consejo de Moteuczoma, que al fin fue bien acogido y adoptado. Después, dirigiéndose a la nobleza "¿Quién de vosotros, la dijo, que sois la flor de la nación, tendrá valor para llevar una embajada al señor de los tepanecas?" Empezaron los nobles a mirarse confusos unos a otros, sin que ninguno se decidiese a arrostrar tan gran peligro, hasta que Moteuczoma se presentó con gran intrepidez, y dijo "Yo iré; porque si debo morir, poco importa que sea hoy o mañana y no puede ofrecerse una ocasión más gloriosa de perder la vida, puesto que será sacrificarla en honor de mi nación. Vedme aquí, señor, pronto a obedecer vuestro mandato; mandad lo que gustéis." El rey, lleno de gozo al ver aquel rasgo de intrepidez, le ordenó que fuese a proponer la paz al tirano; pero sin admitir condiciones ignominiosas. Salió inmediatamente el animoso joven y encontrando a las guardias tepanecas, ob-

tuvo de ellas que lo dejasen pasar, manifestándoles que llevaba a su jefe una embajada importante. Presentado al tirano, le pidió la paz en nombre de su rey y de su nación, con cláusulas decorosas. El tirano respondió que necesitaba deliberar con sus consejeros y que al día siguiente daría una respuesta decisiva; y habiéndole Moteuczoma pedido un salvo conducto, no le dió otro que el que podría él mismo proporcionarse con su maña y diligencia; con lo que se restituyó a México, prometiendo volver al siguiente día. La poca confianza y seguridad que tenía en aquel pueblo, y la brevedad del viaje, que no era más que de cuatro millas, serían sin duda las razones que lo indujeron a no aguardar allí la decisión del tirano. Volvió, pues, a Azcapozalco al día siguiente, como había prometido, y habiendo recibido de boca del tirano la resolución de la guerra, hizo con él las ceremonias acostumbradas entre los caudillos que se desafiaban. Le presentó ciertas armas defensivas, le untó la cabeza y le puso en ella unas plumas, como se hacía con los muertos; protestándole, además, que por no querer aceptar la paz que se le ofrecía, iba sin duda a ser exterminado él mismo y toda la nación de los tepanecas. El tirano, sin manifestar enojo por aquellas ceremonias y amenazas, le dió también armas para que las presentase de su parte al rey de México, y aconsejó a Moteuczoma, que para seguridad de su persona, saliese disfrazado por una puerta falsa de palacio. No habría el tirano observado en aquella ocasión el derecho de gentes con tanta escrupulosidad, si hubiese previsto que aquel embajador, de cuya vida cuidaba, debía ser el principal instrumento de su ruina. Moteuczoma aprovechó el aviso; pero cuando se vió fuera de peligro, se puso a insultar a las guardias, echándoles en cara su descuido y amenazándolas con su pronta perdición. Los soldados lo acometieron; mas él se defendió con tanto valor, que mató uno o dos hombres y como acudiesen otros, se retiró precipitadamente a México, llevando la noticia de que estaba declarada la guerra, y desafiados los jefes de las dos naciones.

GUERRA CONTRA EL TIRANO

Con esta noticia volvió a revolverse el pueblo y acudió al rey para pedirle licencia de abandonar la ciudad, porque creía inevitable su ruina. El rey procuró animarlo con la esperanza de la victoria. "Pero ¿qué haremos, decía la muchedumbre, si somos

vencidos?" "Si eso sucede, respondió el rey, desde ahora me obligo a ponerme en vuestras manos, para que me sacrifiquéis, si así lo juzgáis oportuno." "Así lo haremos, replicó el pueblo, pero si salís victorioso, desde ahora también nos obligamos por nosotros y por nuestros descendientes, a ser vuestros tributarios, a labrar vuestras tierras y las de los nobles, a fabricar vuestras casas, y a llevaros, siempre que salgáis a campaña, vuestras armas y equipaje." Hecho este convenio entre los nobles y los plebeyos, y conferido el mando de las tropas al valiente Moteuczoma, dió el rey pronto aviso al príncipe Nezahualcoyotl, a fin de que viniese con su ejército a México, como en efecto lo hizo un día antes de la batalla.

No puede dudarse que en la época de que vamos hablando, los mexicanos habían ya construído calzadas sobre el lago, para mayor comodidad en sus comunicaciones con el continente; pues de otro modo no pueden entenderse los movimientos y escaramuzas de ambos ejércitos. Sabemos por la historia, que las calzadas estaban cortadas por medio de fosos, sobre los cuales tenían puentes levadizos; pero ningún historiador indica el tiempo de su construcción. (1) Lo admirable es, que en medio de una vida tan llena de calamidades tuviesen ánimo aquellas gentes de emprender obras tan grandes y difíciles.

El día siguiente al de la llegada del príncipe Nezahualcoyotl, se dejó ver en el campo el ejército de los tepanecas, numeroso y brillante, no menos por las placas de oro con que las tropas se habían adornado, que por los hermosos penachos que llevaban en la cabeza, quizás con el designio de parecer de más alta estatura. Acompañaban su marcha los gritos y aclamaciones, anuncio prematuro de la victoria. Mandaba aquellas tropas un famoso general llamado **Mazatl.** El tirano Maxtlaton, aunque aceptó el reto de su contrario, no quiso moverse de su palacio, o porque creía degradarse midiendo sus armas con las del rey de México, o, lo que es más verosímil, porque temía las vicisitudes de la guerra. Cuando los mexicanos tuvieron noticia de los movimientos de los tepanecas, salieron bien ordenados a su encuentro, y dada por el rey Itzcoatl la señal del ataque, con un tamborcillo que llevaba al hombro, se acometieron con indecible furia las dos hues-

(1) Yo creo que en la época de que vamos hablando, estaban construídas las calzadas de Tacuba y de Tepeyacac; mas no la de Itztapalapan, que es la mayor, y en el sitio en que es más profundo el lago.

tes contrarias, persuadidos unos y otros, que de aquella acción pendía el éxito final de la guerra. Durante la mayor parte del día no se pudo conocer a qué parte se inclinaba la victoria; pues las ventajas que los tepanecas ganaban, las perdían poco después. Pero, antes de ponerse el sol, viendo la plebe mexicana que las tropas enemigas se aumentaban con nuevos refuerzos, empezó a desanimarse, y a prorrumpir en quejas contra sus caudillos. "¿Qué hacemos?" decían. "¿Será preciso sacrificar nuestras vidas a la ambición de nuestro rey y de nuestro general? ¡Cuánto más saludable no sería rendirnos, confesando nuestra temeridad, para conseguir el perdón y la vida!"

Oyó el rey con sumo pesar estas voces y viendo que con ellas se desalentaba más y más la gente, llamó a consejo al príncipe y al general, para pedirles parecer sobre lo que convendría hacer para excitar el valor de las tropas, que tan abatido parecía. "¡Qué! respondió Moteuczoma, combatir hasta la muerte. Si morimos con las armas en la mano, defendiendo nuestra libertad, haremos nuestro deber, si sobrevivimos vencidos, quedaremos cubiertos de eterna confusión. Vamos pues, vamos a morir." Ya empezaban a prevalecer los clamores de los casi vencidos mexicanos, entre los cuales hubo algunos tan viles, que llamando a sus enemigos les decían: "¡Oh fuertes tepanecas, dueños del continente! refrenad vuestro enojo; nosotros cedemos. Si queréis, aquí a vuestra vista daremos muerte a nuestros jefes, para merecer de vosotros el perdón de la temeridad a la que nos ha inducido su ambición." Fue tanta la ira que produjeron estos gritos en el rey, el príncipe, el general y los nobles, que en aquel momento hubieran castigado con la muerte la infamia de aquellos cobardes, a no haberlos detenido el temor de facilitar la victoria a sus enemigos; pero disimulando su disgusto, gritaron todos ellos de consuno: **Vamos a morir con gloria,** y al mismo tiempo arremetieron con tal ímpetu a sus enemigos, que los rechazaron de un foso que ocupaban y los hicieron volver atrás. En el ardor del conflicto se encontró Moteuczoma con el general tepaneca, que estaba envanecido con el terror que sus tropas habían inspirado a los contrarios, y le dió tan fiero golpe en la cabeza, que lo dejó a sus pies exánime. Esparcióse de súbito por el campo el rumor de la victoria, y con esto cobraron vigor los mexicanos; los tepanecas se consternaron de tal modo con la pérdida de su bravo general Mazatl, que muy en breve empezaron a desordenarse. La noche impidió a

los mexicanos continuar sus progresos, y unos y otros se retiraron a sus ciudades respectivas: los mexicanos llenos de orgullo, e impacientes porque la obscuridad les estorbaba consumar la victoria; los tepanecas, desconsolados y tristes, aunque no enteramente destituídos de la esperanza de vengarse al día siguiente.

Maxtlaton, harto afligido por la muerte de su general y por la derrota de sus huestes, pasó aquella noche (la última de su vida), animando a sus capitanes y representándoles por una parte, la gloria del triunfo y por otra, los males a que quedarían sujetos, si fuesen vencidos; pues los mexicanos, que hasta entonces habían sido tributarios de los tepanecas, obligarían a éstos a pagarles tributo, si quedaban victoriosos. (1)

CONQUISTA DE AZCAPOZALCO Y MUERTE DEL TIRANO MAXTLATON

Vino finalmente el día que debía decidir la suerte de los tres monarcas. Salieron ambos ejércitos al campo y empezaron con extraordinario furor la batalla, que se mantuvo con mucho vigor hasta medio día. Los mexicanos, animados por las ventajas del día precedente, y por la firme esperanza que tenían de lograr una victoria decisiva, hicieron tan gran estrago en sus enemigos, que cubrieron el campo de cadáveres; los derrotaron, los obligaron a huír y los siguieron hasta dentro de los muros de Azcapozalco, esparciendo por todas partes el terror y la muerte. Viendo los tepanecas que ni aun en sus casas podían substraerse al furor de los vencedores, huyeron a los montes, distantes diez o doce millas de su ciudad. El orgulloso Maxtlaton, que hasta entonces había despreciado a sus enemigos y se creía superior a todos los golpes de la fortuna, viendo ya en su capital a los mexicanos, oyendo los sollozos de los vencidos, careciendo de fuerzas para resistir, y temiendo que lo alcanzasen en su fuga, si la emprendía, tomó el partido de esconderse en un **temazcalli**, o hipocausto, de que hablaré después; pero no tardaron en hallarlo los vencedores, que con gran diligencia lo buscaban, y no bastando a compadecerlos sus ruegos ni sus lágrimas, fue muerto a palos y pe-

---

(1) De estas expresiones se infiere, que cuando el tirano se apoderó de la corona de Azcapozalco, por muerte de su hermano Tayatzin, volvió a imponer a los mexicanos el tributo que les había exigido su padre Tezozomoc.

dradas y su cadáver arrojado al campo, para que sirviese de pasto a las aves de rapiña. Tal fue el trágico fin de Maxtlaton, antes de cumplir los tres años de su tiránico dominio. Así terminaron la injusticia, la crueldad, la ambición y la perfidia de aquel malvado y los gravísimos daños hechos por él al legítimo heredero del reino de Acolhuacan, a su hermano Tayatzin y al rey de México. Su memoria es odiosa y execrable en los anales de aquellas naciones.

Este memorable suceso, que cambió enteramente el sistema de aquellos países, señaló el año de 1425 de la Era vulgar, un siglo después de la fundación de México.

La noche siguiente se emplearon los vencedores en saquear la ciudad, en arruinar las casas y en quemar los templos, dejando en tal estado aquella célebre capital, que en muchos años no pudiese reparar sus desastres. Mientras los mexicanos y los acolhuas recogían los frutos de su victoria, los tlaxcaltecas y huexotzingos destacados del ejército, tomaron por asalto la antigua corte de Tenayuca, y el día siguiente vinieron a unirse con ellos, para apoderarse de la ciudad de Cuetlachtepec.

Los fugitivos tepanecas, hallándose en los montes reducidos a la mayor miseria, y temiendo que los alcanzasen allí los vencedores, pensaron en rendirse y en implorar su clemencia y para obtenerla, mandaron al rey de México, un ilustre personaje acompañado de otros nobles de diferentes pueblos de su nación. Este embajador pidió humildemente perdón al rey en nombre de sus compatriotas, le prestó obediencia y le prometió que la nación entera de los tepanecas lo reconocería por su legítimo señor, y que todos sus individuos lo servirían como vasallos. Felicitóse al mismo tiempo de la fortuna de los tepanecas, en medio de tan gran desastre, por tener que someterse a un rey tan digno y dotado de tan excelentes prendas, y, finalmente, terminó su arenga rogándole encarecidamente que les concediese la vida y la libertad de volver a sus casas. Itzcoatl acogió al embajador con gran benignidad, concedió cuanto le pedía, y prometió recibirlos, no ya como súbditos, sino como hijos, ofreciéndose a servirles de padre; pero también los amenazó con el último exterminio en caso que osasen infringir la fidelidad que le juraban. Volvieron en efecto los fugitivos para reedificar sus moradas, para cuidar de sus intereses y familias, y desde entonces quedaron siempre sujetos al rey de México, aumentando con su desgracia el catálogo

de las vicisitudes que se observan cada día en la felicidad humana. Pero no todos los tepanecas se redujeron a la obediencia del conquistador; pues que los de Coyohuacan, ciudad y estado considerables de la misma nación, se mantuvieron largo tiempo obstinados, como después veremos, en su primer partido.

El rey Itzcoatl, después de esta famosa conquista, hizo que el pueblo ratificase el convenio propuesto con la nobleza, obligándose a servirla, como siempre lo hizo desde entonces en adelante; pero los que con sus lamentos y lágrimas habían desalentado a los otros en la pelea, fueron separados del cuerpo de la nación y del estado y desterrados para siempre como infames y cobardes. A Moteuczoma y a los otros que se habían señalado en la guerra, dió el rey la propiedad de una parte de las tierras conquistadas, y otras a los sacerdotes para su subsistencia, y después de haber tomado las disposiciones necesarias para consolidar su dominio, volvió con su ejército a México, a fin de celebrar con públicos regocijos los triunfos de sus ejércitos y dar gracias a los dioses por la protección con que se imaginaba que éstos lo habían favorecido.

LIBRO CUARTO

RESTABLECIMIENTO DE LA FAMILIA REAL DE LOS CHICHIMECAS EN EL TRONO DE ACOLHUACAN. FUNDACION DE LA MONARQUIA DE TACUBA. TRIPLE ALIANZA DE LOS REYES DE MEXICO, DE TACUBA Y DE ACOLHUACAN. CONQUISTAS Y MUERTE DEL REY ITZCOATL. CONQUISTAS Y SUCESOS DE LOS MEXICANOS EN LOS REINADOS DE MOTEUCZOMA I Y AXAYACATL. GUERRA ENTRE MEXICO Y TLATELOLCO. CONQUISTA DE TLATELOLCO Y MUERTE DE SU REY MOQUIHUIX. GOBIERNO, MUERTE Y ELOGIO DE NEZAHUALCOYOTL Y EXALTACION AL TRONO DE SU HIJO NEZAHUALPILLI.

RESTABLECIMIENTO DE LA FAMILIA REAL DE LOS CHICHIMECAS

CUANDO Itzcoatl se vió afianzado en su trono y en la pacífica posesión de Azcapozalco, para recompensar al príncipe Nezahualcoyotl por el socorro que le había dado en la defensa de México y en la conquista de la capital de los tepanecas, determinó suministrarle auxilios para recobrar los estados que le pertenecían. Si el rey de México hubiera querido sacrificar la fidelidad y la justicia a la ambición, no le hubieran faltado pretextos para hacerse dueño de aquellas posesiones. El tirano Tezozomoc había dado a Quimalpopoca el señorío de Tezcoco y éste había mandado en aquella capital como dominador absoluto. Itzcoatl, heredero de todos los derechos de su antecesor, podía considerar aquel estado como incorporado desde mucho tiempo a la corona de México. Habiendo además conquistado legítimamente la ciudad de Azcapozalco y sometido a los tepanecas, parecía justo que se apoderase de los derechos de los vencidos; tanto más, cuanto que tenía en su favor una posesión de doce años y el consentimiento de los

pueblos. Pero desechando estas consideraciones, pensó seriamente en poner a Nezahualcoyotl en posesión del trono, que por legítima sucesión le correspondía y de que por tantos años lo había privado la usurpación de los tepanecas.

Después de la derrota de éstos, había muchas ciudades en el reino que no querían someterse al príncipe heredero, por miedo del castigo que merecían. Una de ellas era Huexotla, próxima a Tezcoco, y cuyo señor Huitznahuatl (1) se había obstinado en seguir el partido de los rebeldes. Salieron de México las tropas aliadas, y encaminándose por la llanura llamada hoy de Santa Marta, hicieron alto en Chimalhuacan, desde donde el rey y el príncipe ofrecieron perdón a los habitantes, si se rendían y los amenazaron con incendiar el pueblo si persistían en la rebelión; mas ellos, lejos de aceptar aquella oferta, salieron en orden de batalla contra el ejército real. Poco duró la pelea; porque habiendo el invicto Moteuczoma hecho prisionero al caudillo contrario, echaron a huir sus tropas, y pidieron perdón humildemente, presentando al vencedor, como solían hacerlo, las mujeres embarazadas, los niños y los viejos, a fin de moverlo a compasión. Allanado, en fin, el camino al trono de Acolhuacan, y restituído éste al príncipe, fueron licenciadas las tropas auxiliares de Huexotzingo y Tlaxcala, con singulares demostraciones de agradecimiento y con una buena parte del botín de Azcapozalco.

CONQUISTA DE COYOHUACAN Y DE OTROS PUEBLOS

De allí pasó el ejército de los mexicanos y de los acolhuas contra los rebeldes de Coyohuacan, de Atlacuihuayan y de Huitzilopochco. Los coyoacaneses habían procurado excitar los ánimos de todos los otros tepanecas a sacudir el yugo de los mexicanos. Cedieron a sus instigaciones aquellas ciudades y algunas vecinas; pero las otras, amedrentadas por el desastre de Azcapozalco, no quisieron exponerse a nuevos peligros. Antes de estallar los rebeldes, empezaron a insultar a las mujeres mexicanas que iban a su mercado, y aun a los hombres que pasaban por la ciudad; por lo que Itzcoatl mandó que ningún mexicano fuese a Coyohuacan, a fin de no tener motivos de castigar la insolencia

(1) La ciudad de Huexotla había sido dada por Tezozomoc al rey de Tlatelolco; por lo que se debe creer que el tirano Maxtlaton se la quitó para darla a Huitznahuatl.

de sus habitantes. Terminada la expedición de Huexotla, marchó contra ellos. En las tres primeras batallas que les dió, apenas consiguió otra ventaja que la de hacerlos retroceder algún poco; pero en la cuarta, mientras combatían furiosamente los dos ejércitos, Moteuczoma, con algunos valientes que había puesto en emboscada, acometió con tal ímpetu a la retaguardia de los contrarios, que los desordenó, los obligó a dejar el campo y a refugiarse en la ciudad. Siguiólos denodadamente y conociendo que pensaban fortificarse en el templo principal, lo ocupó antes que ellos llegasen y quemó las torres de aquel edificio. Con este golpe se consternaron de tal modo los rebeldes, que abandonaron el pueblo, huyeron a los montes situados a mediodía de Coyohuacan; pero hasta allí los siguieron las tropas reales por espacio de treinta millas, hasta que en un monte a poniente de Cuauhnahuac, los fugitivos, cansados y privados de toda esperanza de salvarse, echaron las armas a tierra, en señal de rendirse, y se entregaron a discreción.

Con esta victoria quedó Itzcoatl dueño de todo el estado de los tepanecas, y Moteuczoma lleno de gloria. Es cosa admirable, dicen los historiadores, que la mayor parte de los prisioneros hechos en aquella guerra de Coyohuacan, lo fueron por manos de Moteuczoma y de tres valientes oficiales acolhuas; pues habiendo convenido los cuatro, a ejemplo de los antiguos mexicanos, en la guerra contra los xochimilcos, en cortar un tufo de cabellos a todos los que cogiesen, se encontró esta señal en la mayor parte de los prisioneros.

MONARQUIA DE TACUBA Y ALIANZA DE LOS TRES REYES

Terminada tan felizmente aquella expedición, arreglados los negocios de Coyohuacan y de las otras ciudades sometidas, volvieron los dos reyes a México. Pareció conveniente a Itzcoatl poner a la cabeza de los tepanecas alguna persona de la familia de sus antiguos señores, a fin de que viviesen más tranquilos y con menos disgusto, bajo el yugo de los mexicanos. Escogió para esta dignidad a Totoquihuatzin, nieto del tirano Tezozomoc. No se sabe que este príncipe hubiera tenido parte en la guerra contra los mexicanos: quizás se abstuvo de ello por secreta inclinación que les profesase, o por aversión a su tío Maxtlaton. Itzcoatl lo mandó llamar a México, y lo creó rey de Tlacopan, o Ta-

cuba, ciudad considerable de los tepanecas, y todo el territorio que estaba a poniente, incluso también el país de Mazahuacan; pero Coyohuacan, Azcapozalco, Mizcuic y otras ciudades de los tepanecas, quedaron inmediatamente dependientes de la corona de México. Diéronse aquellos estados a Totoquihuatzin, con obligación de servir con todas sus fuerzas al rey de México, siempre que éste las requiriese, reservándole la quinta parte de los despojos que se tomasen a los enemigos. Igualmente fue puesto Nezahualcoyotl en posesión del trono de Acolhuacan, con la misma condición de servir a los mexicanos en la guerra, y derecho a la tercera parte del botín, después de sacada la del rey de Tacuba, y quedando las otras dos terceras partes para el rey de México. Además de esto, los dos reyes fueron creados electores honorarios del rey de México: (1) prerrogativa que se reducía a ratificar la elección hecha por cuatro nobles mexicanos, que eran los verdaderos electores. El rey de México, en cambio, se obligó a socorrer a cada uno de los otros dos, cuando lo necesitasen. Esta alianza de los tres reyes, que se mantuvo firme e inalterable por espacio de cerca de un siglo, fue la causa de las rápidas conquistas que después hicieron los mexicanos. No fue esta la única sabia combinación de la política de Itzcoatl; premió también ventajosamente a todos los que se habían distinguido en la guerra, no haciendo tanto caso de la jerarquía y de las dignidades de los agraciados, cuanto del valor que habían mostrado, y de los servicios que habían hecho. Así es como la esperanza del galardón los estimulaba a las más heroicas empresas, estando seguros de que su gloria y sus ventajas no dependían de ciertos accidentes de fortuna, sino del mérito de sus propias acciones. Esta política fue generalmente adoptada por los reyes posteriores con gran utilidad del estado. Establecida esta famosa alianza, fue Itzcoatl con el rey Nezahualcoyotl a Tezcoco, para coronarlo por sus propias manos. Esta función se celebró con la mayor solemnidad en 1426. De allí volvió el rey de México a su corte, y el de Acolhuacan se aplicó con el mayor esmero al gobierno de sus estados.

---

(1) Muchos historiadores creen que los reyes de Tezcoco y de Tacuba eran verdaderos electores; pero de la misma historia consta lo contrario, ni se encuentra dato alguno para creer que se hallasen presentes a alguna elección.

REGLAMENTOS NOTABLES DEL REY NEZAHUALCOYOTL

El reino de Acolhuacan no estaba tan bien arreglado como lo dejó Techotlalla. La dominación de los tepanecas y las revoluciones sobrevenidas en aquellos veinte años, habían alterado el gobierno de los pueblos, debilitado el vigor de las leyes y corrompido en gran parte las costumbres. Nezahualcoyotl, que amaba entrañablemente a sus pueblos, que estaba dotado de singular prudencia y sabiduría, tomó tan acertadas medidas para la reforma del reino, que muy en breve se vió más floreciente que nunca lo había estado. Dió nueva forma a los consejos ya establecidos por su abuelo, y los compuso de las personas más aptas y seguras. Había un consejo para las causas civiles, al cual, además de los individuos natos, asistían cinco señores, que le habían sido constantemente fieles en sus mayores adversidades. Otro juzgaba las causas criminales y lo presidían dos príncipes, hermanos del rey, hombres de suma integridad. El consejo de guerra se componía de los más famosos capitanes, entre los cuales tenía el primer lugar el señor de Teotihuacan, yerno del rey, y uno de los trece magnates del reino. El consejo de hacienda constaba de los mayordomos de la casa real y de los primeros traficantes de la ciudad. Tres eran los principales mayordomos que cuidaban de los tributos y de los otros ingresos de las arcas reales. Estableció juntas, a guisa de academias, para el cultivo de la poesía, de la astronomía, de la música, de la historia, de la pintura y del arte adivinatoria: llamó a la corte a los profesores más acreditados del reino: les mandó que se reuniesen en días señalados, para comunicarse mutuamente sus conocimientos e invenciones, y para cada una de aquellas ciencias y artes, aunque imperfectas, fundó escuelas en la capital. Con respecto a las artes mecánicas, señaló al ejército de cada una de ellas, con exclusión de las otras, uno de los treinta barrios en que dividió la ciudad de Tezcoco: así que, en uno estaban los plateros, en otro los carpinteros, en otro los tejedores, y así los demás. Para el fomento de la religión, edificó nuevos templos, creó ministros para el culto de los dioses, les dió casas, les señaló rentas para su sustento y para los gastos de las fiestas y sacrificios. Con el objeto de aumentar el esplendor de su corte, construyó grandes edificios dentro y fuera de la ciudad; plantó nuevos jardines y bosques, que en parte se conserva-

ron muchos años después de la conquista, y aun en el día se ven algunos vestigios de aquella magnificencia.

CONQUISTA DE XOCHIMILCO, DE CUITLAHUAC Y DE OTRAS CIUDADES

Mientras el rey de Acolhuacan se empleaba en el gobierno de sus pueblos, los xochimilcos, temerosos de que los mexicanos se apoderasen en el porvenir de su territorio, como habían hecho con el de los tepanecas, se reunieron en consejo, para deliberar sobre los medios que deberían adoptar con el fin de evitar aquella desgracia. Algunos fueron de opinión de someterse voluntariamente al dominio de los mexicanos, puesto que al fin habían de ceder a su imperio; pero dominó el parecer de los otros, que querían declararles la guerra, antes que se hiciesen más formidables con nuevas conquistas. Apenas supo su resolución el rey de México, alistó un buen ejército al mando de Moteuczoma y avisó al rey de Tacuba para que lo auxiliase con sus tropas. La batalla se dió en las inmediaciones de Xochimilco y aunque era grande el número de los de esta nación, no peleaban con el buen orden que los mexicanos, de modo que fueron derrotados en breve, y se acogieron huyendo a su ciudad. Los mexicanos, siguiéndoles el alcance, entraron en ella, y pegaron fuego a las torres de los templos y a otros edificios. No pudiendo los habitantes hacer frente a su ímpetu, huyeron a los montes, y habiendo sido alcanzados en ellos por sus enemigos, entregaron las armas y se les rindieron. Moteuczoma fue recibido por los sacerdotes xochimilcos con música de flautas y tambores, habiendo concluído tan importante expedición en el breve espacio de once días. Pasó en seguida el rey de México a tomar posesión de aquella ciudad, que como ya he dicho, era la mayor del valle, después de las capitales, en ella fue reconocido y aclamado rey, recibiendo el homenaje de sus nuevos súbditos, y prometiéndoles amarlos como padre y cuidar de sus intereses.

La derrota de los xochimilcos no bastó a intimidar a los habitantes de Cuitlahuac; antes bien la ventajosa situación de su ciudad, colocada en una isla del lago de Chalco, los incitó a provocar a los mexicanos a la guerra. Itzcoatl quiso acometerlos con todas las fuerzas de México; pero Moteuczoma se ofreció a abatir su

orgullo con menor número de tropas. Para ello armó algunas compañías de jóvenes, especialmente de los que se educaban en los seminarios de México, y habiéndolos ejercitado en el manejo de las armas, en el modo y orden que debían observar en aquella guerra, dispuso un número proporcionado de barcos, y se dirigió con aquel ejército a la ciudad rebelde. Ignóranse las circunstancias particulares de aquella expedición; pero se sabe que la ciudad fue tomada después de siete días de asedio y sometida a la obediencia del rey de México; que los jóvenes volvieron cargados de despojos, y condujeron un buen número de prisioneros para sacrificarlos al dios de la guerra. No se sabe en qué tiempo ocurrieron estos sucesos y la guerra contra Cuauhnahuac, aunque ésta pertenece probablemente a los últimos años del reinado de Itzcoatl.

El señor de Xiuhtepec, ciudad del país de los tlahuicas, a más de treinta millas al mediodía de México, había pedido al señor de Cuauhnahuac, su vecino, una hija suya para mujer y éste se la había prometido. Pretendióla después el de Tlaltexcal, y a éste la concedió inmediatamente, sin hacer caso de la palabra empeñada con el primero, o por alguna ofensa que de él había recibido, o por otra causa que ignoramos. Gravemente resentido de tamaña ofensa el señor de Xiuhtepec, determinó tomar venganza; pero no pudiendo hacerlo por sí mismo, en razón de la inferioridad de sus fuerzas, imploró el favor del rey de México, prometiéndole perpetua amistad y alianza y servirlo siempre que lo necesitase, con su persona y con su gente. Itzcoatl, creyendo que aquella guerra era justa, y oportuna la ocasión que se le presentaba de ensanchar sus dominios, armó sus tropas, y convocó las de Acolhuacan y Tacuba. Era en efecto necesario echar mano de fuerzas considerables, por ser muy poderoso el señor de Cuauhnahuac, y muy fuerte su ciudad, como lo experimentaron después los españoles cuando la sitiaron. Mandó Itzcoatl que todo el ejército atacase al mismo tiempo la ciudad: los mexicanos por Ocuilla, en la parte de occidente; los tepanecas por Tlatzacapechco, en la del norte; y los tezcocanos unidos con los xiuhtepequeses, por Tlalquitenanco, en la de oriente y mediodía. Los cuauhnahuaqueses, fiados en la natural fortaleza de la plaza, quisieron esperar el asalto. Subieron desde luego los tepanecas, y fueron vigorosamente rechazados; pero sobreviniendo al instante todas las otras tropas, los sitiados tuvieron que ceder y rendirse al rey

de México, al que desde entonces pagaron anualmente un tributo de algodón, papel y otros géneros, como veremos después. Con la conquista de aquella grande, amena y fuerte ciudad, que era la capital de los tlahuicas, quedó gran parte del país bajo el dominio del rey de México, y de allí a poco se agregaron a estas conquistas las de Cuauhtitlan y Toltitlan, ciudades considerables, a quince millas de México hacia el norte, pero se ignoran las circunstancias de aquellos sucesos.

Así fue como una ciudad, que poco antes era tributaria de los tepanecas y no muy respetada de las otras naciones, se halló en menos de doce años en estado de mandar a los mismos que la dominaban, y a los pueblos que se creían superiores a ella. ¡Tánto importan a la felicidad de las sociedades humanas, la sabiduría y el valor de los que las rigen! Murió por fin, después de tan glorioso reinado, y en edad muy avanzada, el gran Itzcoatl, el año 1436 de la Era vulgar; rey justamente celebrado de los mexicanos por sus singulares prendas y por los incomparables servicios que les hizo. Sirvió a la nación por espacio de treinta años en el empleo de general, y por el de trece la rigió como soberano. Libertóla del yugo de los tepanecas; engrandeció sus dominios; repuso la familia real de los chichimecas en el trono de Acolhuacan, enriqueció su corte con los despojos de las ciudades vencidas; echó, con la triple alianza, los fundamentos de su futura grandeza y hermoseó su capital con bellos edificios, entre los cuales eran los más notables el templo de la diosa Cihuacoatl y el de Huitzilopochtli, que erigió después de la conquista de Cuitlahuac. Celebraron los mexicanos sus exequias con extraordinaria solemnidad, con las mayores demostraciones de dolor y depositaron sus cenizas en el sepulcro de sus antepasados.

MOTEUCZOMA I, QUINTO REY DE MEXICO

No tuvieron que deliberar los cuatro electores acerca de la elección del nuevo rey; pues no existiendo ninguno de los hermanos del último, debía recaer en uno de sus sobrinos, y ninguno parecía más digno de tan alta dignidad que Moteuczoma Ilhuicamina, hijo de Huitzilihuitl, tanto por sus virtudes, como por los grandes servicios que había hecho a la nación. Fue, pues, elegido con general aplauso, y dióse cuenta inmediatamente de su exaltación a los reyes aliados, que no sólo ratificaron la elección, si-

no que la celebraron con grandes elogios del nuevo monarca, enviándole regalos dignos de su grandeza, y del aprecio con que lo miraban. Después de las acostumbradas ceremonias y las arengas gratulatorias de los sacerdotes, de los nobles y de los militares, se hicieron grandes regocijos, banquetes, bailes e iluminaciones. Pero antes de proceder a la coronación, salió a campaña, sea por ley establecida en la nación, sea por su propia voluntad, a fin de hacer prisioneros que fuesen sacrificados en aquella solemne ocasión. Determinó que estas víctimas fuesen chalqueses, queriendo así vengarse de las afrentas que le habían hecho y del trato indigno que le habían dado cuando volviendo de Tezcoco, con el carácter de embajador, fue preso y conducido a la cárcel de Chalco. Salió, pues, en persona contra ellos; los derrotó, les hizo muchos prisioneros y no quiso detenerse en someter aquel estado, por no diferir la coronación. El día señalado para aquella función, entraron en México los tributos y presentes que le hacían los pueblos vencidos. Iban delante los mayordomos del rey y los recaudadores de sus rentas; seguían los hombres que llevaban los regalos, divididos en tantas cuadrillas, cuantos eran los pueblos que los remitían; y tan bien ordenados, que causaron general satisfacción a los espectadores. Llevaban oro, plata, hermosas plumas, una inmensa cantidad de aves y otros comestibles. Es de presumir, aunque no lo dicen los historiadores, que concurrirían los reyes aliados, con otros muchos señores forasteros y una gran muchedumbre de los diversos pueblos del valle de México.

ATROCIDAD DE LOS CHALQUESES Y SU CASTIGO

La primera atención de Moteuczoma cuando se vió en el trono, fue edificar un gran templo en la parte de la ciudad que llamaban Huitznahuac. Los reyes aliados, a quienes pidió su ayuda para esta obra, lo proveyeron de tantos materiales y operarios, que en breve se terminó y consagró aquel edificio. Durante esta obra parece que estalló la guerra contra Chalco. Los habitantes de aquella ciudad, además de las injurias que habían hecho a Moteuczoma, provocaron nuevamente su furor con un cruel y horrendo atentado, que ha merecido la execración de la posteridad. Sucedió, pues, que yendo a caza dos príncipes reales de Tezcoco, en los montes que dominan las llanuras de Chalco,

engolfados en su diversión, se alejaron de su comitiva con solos tres señores mexicanos, y dieron en manos de una cuadrilla de soldados chalqueses, los cuales, creyendo hacer un gran servicio a las crueles pasiones de su señor, los hicieron prisioneros y los condujeron a Chalco. El bárbaro dominador de aquella ciudad, que probablemente sería el mismo Toteotzin, de quien recibió tan mal trato Moteuczoma, sin respetar el carácter de sus prisioneros, y sin temer los funestos efectos de su inhumana resolución, mandó dar muerte a los cinco: mas para que nunca careciesen sus ojos de un espectáculo tan grato a su índole sanguinaria, hizo secar y salar sus cadáveres, y cuando estuvieron bien secos, los puso en una sala de su casa, a fin de que sirviesen a sostener las rajas de pino con que se alumbraban de noche aquellas gentes.

La fama de tan horrible suceso se esparció inmediatamente por todo el país. El rey de Tezcoco, a quien penetró el corazón de dolor aquella noticia, pidió socorro a los reyes aliados, para vengar la muerte de sus hijos. Determinó Moteuczoma que el ejército tezcocano atacase por tierra la ciudad de Chalco, y mientras, él y el rey de Tacuba, con sus tropas respectivas, la atacarían por agua, y para no errar el golpe, reunió un número increíble de barcos, en que poder transportar su ejército, tomando él a su cargo el mando de la expedición. Los chalqueses, a pesar de la superioridad numérica de sus enemigos, les hicieron una vigorosa resistencia; porque además de ser naturalmente belicosos, aquella vez el despecho aumentó sus bríos. El señor de aquel estado, aunque tan viejo que no podía hacer uso de sus pies, se hizo llevar en una litera al campo de batalla, para animar con su presencia y su voz a sus súbditos. Sin embargo fueron vencidos, la ciudad saqueada y el jefe castigado con la pena del último suplicio, por sus atroces crímenes. El botín, según el convenio hecho con el rey Itzcoatl, se dividió entre los tres monarcas; pero la ciudad con todo su territorio quedó desde entonces sometida al rey de México. Esta victoria, según dicen los historiadores, se debió en gran parte al valor de Axoquentzin, hijo de Nezahualcoyotl.

CASAMIENTO DEL REY DE ACOLHUACAN CON UNA PRINCESA DE TACUBA

Este famoso rey, aunque desde su juventud se había casado con muchas mujeres, y de ellas tenía muchos hijos, no conce-

dió a ninguna el título de reina, por ser todas hijas de sus súbditos, o esclavas. (1) Pero creyendo ya conveniente tomar una esposa digna de tan gran honor y que diese un sucesor a la corona de Acolhuacan, se casó con Matlalcihuatzin, hija del rey de Tacuba, joven hermosa y modesta, que fue conducida a Tezcoco por su padre y por el rey de México. Celebráronse estas bodas con grandes regocijos, que duraron ochenta días y un año después nació de este enlace un príncipe que se llamó Nezahualpilli, que como después veremos, heredó la corona. De ahí a poco se hicieron otras grandes fiestas para celebrar la conclusión de la obra del Hueitecpan, o gran palacio, de cuya magnificencia fueron testigos los españoles. Estos regocijos, a que concurrieron los reyes aliados, terminaron con un esplendidísimo banquete, a que estuvo convidada la nobleza de las tres cortes. En esta ocasión hizo Nezahualcoyotl que sus músicos cantasen al son de los instrumentos, una oda compuesta por él mismo, y que empezaba por estas palabras: **Xochitl mamani in ahuehuetitlan.** El argumento de aquella composición era recordar a los circunstantes la brevedad de la vida y de todos los placeres de que gozan los mortales, semejantes a una flor hermosa que prontamente se marchita. Las patéticas imágenes de la canción arrancaron lágrimas a todos los presentes, a quienes la memoria de la muerte hacía más preciosa y más cara la existencia.

MUERTE DE CUAUHTLATOA, REY DE TLATELOLCO

Restituído Moteuczoma a su capital, se vió obligado a luchar con un enemigo, que por ser vecino y casi doméstico, podría acarrear graves perjuicios al estado. Cuauhtlatoa, tercer rey de Tlatelolco, impulsado por el ambicioso deseo de extender sus dominios, o quizás por la envidia que su vecino y rival le inspiraba había ya pensado quitar la vida al rey Itzcoatl y apoderarse de México; para lograrlo, no teniendo bastante con sus fuerzas, se confederó con otros caudillos de los territorios inmediatos; pero todas sus diligencias fueron vanas, porque Itzcoatl, noticioso de

---

(1) Nezahualcoyotl se casó en su juventud, como ya hemos dicho, con Nezahualxochitl, que siendo de la casa real de México, era digna de subir al trono; pero esta señora murió antes que el príncipe su esposo recobrase la corona que los tepanecas le habían usurpado.

aquel intento, se dispuso oportunamente a la defensa, y frustró completamente las miras de su enemigo. De aquí se originó tal desconfianza y enemistad entre los mexicanos y los tlatelolcos, que estuvieron muchos años sin comunicarse entre sí, a excepción de algunos plebeyos, que furtivamente asistían a los recíprocos mercados. En tiempo de Moteuczoma planteó de nuevo Cuauhtlatoa sus perversos designios; mas esta vez no quedaron impunes. Prevenido Moteuczoma del crimen meditado, se anticipó a su enemigo, dando un furioso asalto a la ciudad y mandando quitar la vida a su inquieto dominador. Mas no queriendo someter por entonces aquel estado a la corona de México, hizo que los habitantes eligiesen por caudillo al benemérito Moquihuix.

CONQUISTAS DE MOTEUCZOMA

Desembarazado Moteuczoma de aquel peligroso vecino, pasó a la provincia de los cohuixcas, al sur de México, a vengar la muerte dada por aquellos pueblos a unos mexicanos. En aquella gloriosa expedición añadió a sus estados los territorios de Huaxtepec, Yauhtepec, Tepoztlan, Yacapichtla, Totolapan, Tlalcozauhtitlan, Quilapan o Chilapan, a más de ciento y cincuenta millas de la corte: Coixco, Oztomantla, Tlachmalac y otros muchos, y dirigiéndose hacia el poniente, se apoderó de Tzompahuacan, dejando desde entonces sometidos al dominio de los reyes mexicanos, el gran país de los cohuixcas, que habían sido los autores de aquel atentado, y algunos otros circunvecinos, que quizás habían provocado su enojo con semejantes insultos. De vuelta a su capital, amplió el templo de Huitzilopochtli, y lo adornó con los despojos de los pueblos vencidos. Moteuczoma hizo todas estas conquistas en los nueve primeros años de su reinado.

INUNDACION DE MEXICO

En el décimo año, que fue el 1446 de la Era vulgar, hubo en México una gran inundación ocasionada por las lluvias excesivas, las cuales aumentaron de tal modo el volumen de las aguas del lago, que no pudiendo contenerse en su lecho, inundaron la ciudad, en términos que arruinaron muchas casas y no dejaron calle alguna en que se pudiera transitar de otro modo que por medio de barcos. Moteuczoma, afligidísimo con esta calamidad, recurrió

al rey de Tezcoco, esperando de su sabiduría que le sugiriese algún remedio. Aquel prudente monarca fue de parecer que se construyese un gran dique para refrenar las aguas, prescribiendo al efecto sus dimensiones y el sitio en que debía construirse. Agradó el consejo a Moteuczoma, y mandó que se pusiese en ejecución con la mayor prontitud posible. Los habitantes de Azcapozalco, de Coyohuacan y de Xochimilco, tuvieron orden de suministrar algunos millares de gruesas estacas, y a otros pueblos se encargó la conducción de las piedras necesarias. Convocó además, para la ejecución de la empresa a los de Tacuba, Iztapalapan, Colhuacan y Tenayuca; los reyes mismos y magnates dieron a los otros el ejemplo del trabajo, con lo que se estimularon de tal manera los súbditos, que en poco tiempo se vió concluída aquella obra, que de otro modo no hubiera podido terminarse en muchos años. El dique tenía nueve millas de largo y once brazas de ancho. Componíase de dos estacadas paralelas, cuyo espacio medio estaba terraplenado de piedras y arena. La mayor dificultad era trabajar dentro del lago, y especialmente en algunos sitios en que las aguas eran muy profundas; pero todo lo superó el ingenio del director, ayudado por la constancia de los operarios. Fue ciertamente aquella construcción utilísima a la ciudad, aunque no bastó a preservarla enteramente de inundaciones; lo que no debe parecer extraño, si se tiene presente que los españoles, aun empleando ingenieros europeos, no consiguieron evitar aquel inconveniente, ni con dos siglos y medio de trabajo, ni con el gasto de algunos millones de pesos. Mientras los mexicanos se empleaban en aquella obra, se rebelaron los chalqueses; pero fueron prontamente comprimidos, aunque con pérdida de algunos capitanes del ejército real.

HAMBRE EN MEXICO

A la calamidad de la inundación siguió, muy en breve, la del hambre, por haber sido muy escasa la cosecha de maíz en los años de 1448 y 1449, de resultas de los hielos que sobrevinieron cuando estaban aún tiernas las mazorcas. En 1450 se perdió también la cosecha por falta de agua. En 1451, además de lo rigoroso de la estación, apenas se pudo sembrar grano, habiéndose consumido casi todo, por la escasez de las cosechas anteriores; de modo que en 1452 fue tan grande la necesidad de los pueblos, que no bastando a socorrerla la liberalidad del rey y de los magnates, que

abrieron sus graneros en bien de sus súbditos, se vieron éstos reducidos a comprar su subsistencia a costa de la propia libertad. Moteuczoma, no pudiendo aliviarlos, les permitió trasladarse a otros países, para que no muriesen de hambre en el suyo; pero sabiendo que algunos se vendían por la subsistencia de dos o tres días, publicó un bando en que mandaba que ninguna mujer se vendiese por menos de cuatrocientas, y ningún hombre por menos de quinientas mazorcas de maíz. Pero nada bastó a evitar los perniciosos efectos de la carestía. Algunos de los que pasaban a buscar remedio en otros países, morían de necesidad en los caminos; otros no volvieron más a su patria. La mayor parte de la plebe mexicana se mantuvo, como sus antepasados, con los pájaros, peces, insectos y hierbas del lago. El año siguiente no fue tan calamitoso; y al fin, en 1454, que era secular, hubo cosecha abundantísima, no sólo de maíz, sino de legumbres y de toda clase de frutas.

NUEVAS CONQUISTAS Y MUERTE DE MOTEUCZOMA

Pero no pudieron los mexicanos gozar tranquilamente de su abundancia; pues les fue preciso tomar las armas contra Atonaltzin, señor de la ciudad y del estado de Coaxtlahuacan, en el país de los mixtecas. Era éste un poderoso caudillo, el cual no sé por qué negaba el paso por sus tierras a los mexicanos; y si alguno casualmente llegaba a ellas, le hacía todo el daño que estaba a su alcance. Gravemente resentido Moteuczoma de estas hostilidades, le envió una embajada para saber la causa de tan extraña conducta, amenazándolo con la guerra, si no le daba la debida satisfacción. Atonaltzin recibió con desprecio aquel mensaje, y haciendo traer a presencia de los embajadores una parte de sus riquezas, "llevad, les dijo, este regalo a vuestro monarca, y decidle que por él conocerá cuánto me dan mis súbditos y cuán grande es el amor que me profesan, que acepto gustoso la guerra y que en ella quedará decidido, si mis pueblos han de pagar tributo al rey de México, o los mexicanos a mí." Moteuczoma comunicó inmediatamente aquella arrogante respuesta a los dos reyes aliados y mandó un ejército considerable contra su enemigo, el cual lo aguardaba bien apercibido en la frontera de sus estados. Las tropas al encontrarse vinieron a las manos; pero el empuje de los mixtecas fue tan violento, que los mexicanos quedaron destruídos, y tuvieron que abandonar la empresa.

Con la victoria creció el orgullo de Atonaltzin; mas previendo que los mexicanos volverían con más fuerzas, pidió auxilio a los huexotzingos y a los tlaxcaltecas y éstos lo enviaron sin tardanza, alegrándose de aquella ocasión de interrumpir la felicidad de las armas mexicanas. Moteuczoma, afligido por el éxito infausto de aquella campaña, pensó seriamente en restablecer el honor de su corona: armó en poco tiempo un ejército formidable y quiso mandarlo en persona con los dos monarcas aliados; pero antes de marchar supo que los tlaxcaltecas y los huexotzingos habían atacado a Tlachquiauhco, pueblo de mixtecas, degollando a las tropas mexicanas que lo guarnecían, quitando a muchos habitantes la vida, y a otros la libertad. (1) Dirigióse pues lleno de indignación contra la Mixteca, y en aquella ocasión no valieron a Atonaltzin su poder, ni los socorros de sus amigos. En el primer encuentro quedó derrotado su ejército y muertos muchos de sus combatientes, con casi todos los de sus aliados. Los pocos de éstos que escaparon del furor de los mexicanos, murieron a manos de los mixtecas, los cuales vengaron en ellos el mal éxito de la batalla. Atonaltzin se rindió a Moteuczoma; el que no sólo quedó dueño de la ciudad y del territorio de Coaixtlahuacan, sino que pasando adelante, se apoderó deTochtepec, deTzapotlan, de Tototlan y de Quinantla, y en los dos años siguientes, de Cozamaloapan y de Cuauhtochco. La causa de esta guerra fue la misma de muchas de las anteriores; es decir, el asesinato de algunos mercaderes y correos mexicanos, cometido en tiempo de paz por los habitantes de aquellos pueblos.

Más difícil y más famosa que la expedición emprendida el año de 1457, contra Cuetlachtlan, o sea Cotasta. Esta provincia, situada, como ya hemos dicho, en la costa del Seno mexicano y fundada, o habitada a lo menos, por los olmecas, arrojados por los tlaxcaltecas, contenía una población muy considerable. Ignoramos la causa de esta guerra; sabemos sin embargo, que los cotasteses, previendo la tormenta que los amenazaba, imploraron los socorros de los tlaxcaltecas y de los huexotzingos. Estos, que no habían olvidado la última derrota, y queriendo vengarla, no

(1) No sabemos en qué tiempo se agregó Tlachquiauhco a la corona de México. En las pinturas de la **Colección de Mendoza**, donde se indican las principales conquistas de los mexicanos, se hace mención de aquella en tiempo de Moteuczoma; mas yo creo que éste recuperó aquella ciudad, no que la conquistó por primera vez.

sólo se prestaron a darles ayuda, sino que persuadieron a sus vecinos los cholultecas a que entrasen en la confederación. Estas tres repúblicas enviaron tropas numerosas a Cotasta, para aguardar allí a los enemigos. Moteuczoma, por su parte, preparó un grande y brillante ejército, en que se alistaron los principales nobles mexicanos, acolhuas, tlatelolcos y tepanecas. Entre los personajes que se distinguían en las tropas, se hallaban Axayacatl, general, Tizoc y Ahuitzotl, hermanos los tres, y de la familia real de México; los cuales ocuparon sucesivamente aquel trono, después de Moteuczoma, su sobrino. Había además otros caudillos de Colhuacan y de Tenayuca; pero el principal de todos ellos, por su dignidad, era Moquihuix, rey de Tlatelolco, sucesor del desventurado Cuauhtlatoa. Cuando salió este ejército de México, aún no había llegado allí la noticia de la confederación de las tres repúblicas con los cotasteses. Inmediatamente que la supo Moteuczoma, despachó correos a sus generales, con orden de no pasar adelante y de regresar sin pérdida de tiempo a la capital. Entraron en deliberación los jefes: de los que unos opinaban que se obedeciesen sin réplica las órdenes del soberano; mientras los otros decían que no estaban obligados a someterse a un precepto tan injurioso a su honor, pues quedaría desacreditada y envilecida su nobleza, si desperdiciaban una ocasión tan oportuna de ostentar su intrepidez. Prevaleció, sin embargo, como más seguro el primer dictamen; pero al volver a marchar hacia México, dijo a los suyos el rey Moquihuix "Retrocedan los que tengan ánimo de volver la espalda al enemigo, que yo con mis tlatelolcos conseguiré el honor de la victoria." Esta resolución aguijoneó de tal manera a los otros generales, que todos de consuno determinaron arrostrar el peligro. Dióse finalmente la batalla, en la cual, aunque los cotasteses pelearon briosamente, fueron vencidos con sus aliados. De éstos quedó la mayor parte en el campo de batalla, y de unos y otros se hicieron seis mil y doscientos prisioneros, que poco después fueron sacrificados en México en la fiesta de la dedicación del **Cuaxicalco,** o edificio religioso dedicado a conservar los huesos de las víctimas. Quedó entonces toda aquella provincia sometida a la corona de México, y el rey estableció en ella una guarnición para mantener a los habitantes en su obediencia. Tan noble victoria se debió principalmente a la protección del rey Moquihuix, y hasta nuestros tiempos se ha conservado una oda o canción mexicana, compuesta en aquella

ocasión. (1) Moteuczoma, más satisfecho con el éxito feliz de la guerra, que ofendido por la desobediencia con que habían sido recibidas sus órdenes, premió al rey de Tlatelolco, dándole por mujer una tía suya, hermana de los tres príncipes ya mencionados.

Entre tanto los chalqueses se hacían cada más dignos de castigo, no sólo por su rebeldía, sino también por otros crímenes. En aquel tiempo tuvieron la temeridad de hacer prisionero a un hermano del mismo rey Moteuczoma, que era, según creemos, señor de Ehecatepec, y con él cogieron a otros mexicanos. Este atentado cometido en una persona tan inmediata a su soberano, fue sin duda un medio de que se valieron para substraerse al dominio de los mexicanos, y hacer a la ciudad de Chalco émula de la de México; pues quisieron hacer rey de Chalco a aquel personaje, su prisionero y muchas veces se lo propusieron, aunque en vano. Viéndolos él obstinados en su resolución, les dijo al último que aceptaba la corona que le ofrecían, y a fin de que el acto de su exaltación fuese más solemne, quería que se plantase un árbol altísimo en la plaza del mercado, y sobre él se hiciese un tablado o parapeto, desde donde pudieran verlo todos sus nuevos súbditos. Hízose todo como lo había indicado, y reuniendo a los mexicanos alrededor del árbol, subió al tablado con un ramo de flores en las manos y desde aquella altura habló así a los suyos "Sabed, valientes mexicanos, que los chalqueses me quieren dar la corona de este estado, pero no permita nuestro dios que yo haga traición a la patria, antes bien con mi ejemplo os enseñaré a estimar en más que la propia vida, la fidelidad que se le debe." Dicho esto, se precipitó de aquella elevación. Acción ciertamente bárbara, pero conforme a las ideas que los antiguos tenían de la magnanimidad, y tanto menos digna de censura, que la de Catón y la de otros héroes de la antigüedad, cuanto era más noble el motivo y mayor la grandeza de ánimo del mexicano. Con esta acción, de tal modo se inflamó la cólera de los chalqueses, que allí mismo atacaron a los otros mexicanos, y a lanzadas les dieron muerte. La noche siguiente oyeron acaso el canto melancólico de una ave nocturna, y como hombres dados a la superstición, lo creyeron triste agüero de su próxima ruina. No se engañaron en aquel presentimiento;

(1) De esta oda hace mención Boturini, que la tenía entre los M.S. y pinturas de su precioso museo.

pues Moteuczoma, gravemente irritado por su rebeldía y por sus enormes delitos, declaró inmediatamente la guerra y mandó encender hogueras en las cimas de los montes, en señal de la sentencia de exterminio que había fulminado contra los rebeldes. Marchó en seguida contra aquella provincia e hizo tan grandes estragos en ella, que la dejó casi despoblada. Los pocos de sus habitantes que sobrevivieron a tan formidable castigo, huyeron a las cuevas de los montes que dominan las llanuras de Chalco, y otros para alejarse más del peligro, se refugiaron en Huexotzingo y Atlixco. La ciudad de Chalco fue entregada al saqueo. Al furor de la venganza, sucedió en Moteuczoma, como sucede en todos los corazones, la compasión de los desventurados. Publicó un indulto general en favor de los fugitivos, y especialmente de los viejos, de las mujeres y de los niños, convidándolos a volver sin recelo a su patria; y no satisfecho con esto, dispuso que sus tropas recorriesen los montes, para buscar a los que, huyendo de los hombres, se habían refugiado entre las fieras. Volvieron en efecto muchos, y fueron distribuídos en Amaquemecan, Tlalmanalco y otros lugares; pero algunos, o por desconfianza del perdón, o por despecho, se abandonaron a la muerte en las montañas. Moteuczoma dividió una parte del territorio de Chalco entre los capitanes que se habían señalado en la guerra.

Después de esta expedición conquistaron los mexicanos a Tamazollan, Piaztlan, Xilotepec, Acatlan y otros pueblos. Con tan rápidas adquisiciones, engrandeció de tal modo Moteuczoma sus dominios, que por levante se extendían hasta el golfo mexicano; por sudeste, hasta el centro del gran país de los mixtecas; por mediodía, hasta Quilapan y más allá; por sudoeste, hasta el centro del país de los otomíes, y por el norte, hasta la extremidad del valle.

Mas las atenciones de la guerra no estorbaron a aquel famoso rey cuidar de lo que pertenecía al gobierno civil y a la religión. Publicó nuevas leyes, aumentó el esplendor de su corte e introdujo en ella cierto ceremonial desconocido de sus antepasados. Edificó un gran templo al dios de la guerra, instituyó muchos ritos y aumentó el número de los sacerdotes. El intérprete de la Colección de Mendoza añade: que Moteuczoma fue sobrio y extraordinariamente severo en el castigo de la embriaguez y que con su justicia, su prudencia y el arreglo de sus costumbres, se hizo temer y respetar de sus súbditos. Finalmente, después de un

reinado glorioso de veintiocho años y algunos meses, murió, llorado de todos, en 1464. Sus exequias se celebraron con tanto mayor aparato, cuanto mayor era la magnificencia de la corte y el poder de la nación.

AXAYACATL, SEXTO REY DE MEXICO

Antes de morir Moteuczoma, había convocado a los primeros personajes de la corte y después de haberlos exhortado a la concordia, encargó a los electores que diesen el trono al príncipe Axayacatl, por creerlo el más capaz de promover la gloria de los mexicanos. Los electores, o por deferencia al parecer de un rey tan benemérito de la nación, o porque realmente conocían el mérito de Axayacatl, lo prefirieron a su hermano mayor Tizoc, y le dieron la corona. Era Axayacatl hijo de Tezozomoc, el cual había sido hermano de los tres reyes predecesores de Moteuczoma, y, como ellos, hijo del rey Acamapitzin.

Después de las fiestas de la elección, salió el rey a la guerra, con el sólo objeto, como habían hecho sus antecesores, de tener prisioneros que sacrificar en la solemnidad de su coronación. Hizo una expedición contra la provincia de Tecuantepec, situada en la costa del mar Pacífico, cerca de cuatrocientas millas de México, hacia el sudeste. Los tecuantepequeses se habían preparado y aliado con sus vecinos, para resistir a las tentativas de los mexicanos. En la batalla furiosa que se dió entre ambos ejércitos, Axayacatl, que mandaba en jefe, fingió retirarse para atraer los enemigos a una emboscada. Los tecuantepequeses siguieron a los mexicanos, cantando ya la victoria, cuando de repente se vieron atacados a retaguardia por una parte del ejército contrario, que salió de la emboscada, al mismo tiempo que los que huían volvieron caras y empezaron a pelear de nuevo: así que, estrechados por una y otra parte, fueron derrotados completamente. Los que pudieron salir del conflicto, fueron perseguidos por los mexicanos hasta la misma ciudad de Tecuantepec, que entregaron a las llamas. Los vencedores, aprovechándose de la consternación de aquellos pueblos, extendieron sus conquistas hasta Coatulco, lugar marítimo, cuyo puerto fue frecuentado en el siglo siguiente por los buques españoles. De aquella expedición volvió Axayacatl cargado de despojos, y fue coronado con aparato extraordinario de tributos y sacrificio de prisioneros. En los primeros años de su rei-

nado sólo pensó en hacer nuevas conquistas según el ejemplo de sus predecesores. En 1467 reconquistó a Cotasta y a Tochtepec, que se le habían rebelado. En 1468 ganó una completa victoria a los huexotzingos y a los atlixqueses, y restituído a México, emprendió la fábrica de un templo, que llamó **Coatlan.** Los tlatelolcos hicieron a competencia otro, que llamaron **Coaxolotl;** de lo que resultaron entre los dos reyes, nuevas discordias, que terminaron, como después veremos, en daño de los tlatelolcos. En 1469 murió Totoquihuatzin, primer rey de Tacuba, el cual, en los cuarenta años y más que rigió aquel pequeño estado, fue constantemente fiel a los mexicanos y los sirvió con celo en casi todas las guerras que emprendieron contra sus enemigos. Le sucedió su hijo Quimalpopoca, que le fue muy semejante en valor y en fidelidad.

MUERTE Y ELOGIO DEL REY NEZAHUALCOYOTL

Mucho más deplorable fue la pérdida que sufrieron los mexicanos, el año de 1470, con la muerte de Nezahualcoyotl. Este monarca fue uno de los héroes más famosos de la América antigua. Su gran valor, que en su juventud pasó a temeridad, fue una de las dotes menos apreciables de su ánimo. Su fortaleza y su constancia en los trece años en que estuvo privado de la corona y perseguido por el usurpador, fueron ciertamente admirables. Mostróse inflexiblemente recto en la administración de la justicia. Para perfeccionar la civilización de sus pueblos y corregir los desórdenes introducidos en su reino en tiempo de los tiranos, promulgó ochenta leyes, que después fueron compiladas por su noble descendiente D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl, en su Historia manuscrita de los chichimecas. Mandó que ninguna causa civil ni criminal pudiese prolongarse por más de ochenta días, o cuatro meses mexicanos. Cada ochenta días se celebraba una gran reunión en el palacio real, a la que concurrían todos los jueces y los reos. Entonces se juzgaban irremisiblemente todas las causas que no se habían terminado en el período anterior, y los reos de cualquiera clase de delitos, sufrían allí mismo y en presencia de aquella asamblea, la pena a que habían sido condenados. Señaló penas a los crímenes, manifestándose especialmente severo con el adulterio, la sodomía, el hurto, el homicidio, la embriaguez y la traición a la patria. Si hemos de dar crédito a los historiadores tezcocanos, mandó dar muerte a cuatro de sus hijos por incestuosos.

Era sin embargo extraordinaria su clemencia con los desgraciados. En su reinado estaba prohibido, bajo pena de muerte, tomar algo del campo ajeno; y tan rigorosa era la ley, que bastaba robar cuatro mazorcas de maíz para incurrir en la pena. Nezahualcoyotl, para socorrer de algún modo a los caminantes pobres, sin detrimento de la ley, mandó que en los dos lados de los caminos se sembrasen maíz y otras plantas, de que pudiesen servirse los necesitados. Gastaba en limosnas una gran parte de sus ingresos, dándolas con preferencia a los viejos, a los enfermos y a las viudas. Para impedir la destrucción de los bosques, prescribió ciertos límites a los leñadores y prohibió, bajo graves penas, su transgresión. Queriendo saber si se observaba exactamente aquella disposición, salió un día disfrazado, con un príncipe hermano suyo, y pasó a la falda de un monte cercano, donde estaban los límites prescritos. Allí encontró un muchacho que estaba recogiendo leña menuda, de la que habían dejado los leñadores, y le preguntó por qué no iba al bosque a coger pedazos más gruesos, "Porque el rey, contestó el muchacho, nos ha prohibido pasar de estos límites; y si no lo obedecemos, seremos rigorosamente castigados." El rey no pudo conseguir, ni con promesas, ni con regalos, que el muchacho infringiese la ley. La compasión que le inspiró este suceso, lo movió a ampliar los límites determinados.

Miró siempre con gran celo la fiel administración de la justicia; y a fin de que, con pretexto de necesidad, no se dejasen corromper los jueces por los litigantes, ordenó que de la casa real se les suministrasen víveres, ropa y todo lo necesario, según la clase y calidad de la persona. Era tanto lo que anualmente se expendía en su familia y casa, en el mantenimiento de los ministros y magistrados y en el alivio de los pobres, que sería increíble, y yo no osaría escribirlo, si no constara por las pinturas originales, vistas y examinadas por los primeros misioneros que se emplearon en la conversión de aquellos pueblos, y si no lo confirmara el testimonio de un descendiente de aquel monarca, convertido a la fe cristiana, y llamado, después del bautismo, D. Antonio Pimentel. (1) Era, pues, el gasto de Nezahualcoyotl, reducido a medidas castellanas, el siguiente:

---

(1) Torquemada asegura haber tenido en sus manos aquellas pinturas.

De maíz..............	4.900,300	fanegas.
De cacao..............	2.744,000	,,
De chile y tomate.......	3,200	,,
De chiltecpin, o pimiento pequeño muy fuerte, para salsas	240	,,
De sal................	1,300	panes gruesos.
Pavos	8,000	

No tiene guarismo el consumo que se hacía de chía, habichuelas y otras legumbres; de ciervos, conejos, patos, codornices y toda especie de aves. Bien puede calcularse el número exhorbitante de gente que era necesaria para recoger tan gran cantidad de maíz y de cacao, especialmente cuando se tiene presente que éste provenía del comercio con los países calientes, no habiendo en todo el reino de Anáhuac terreno propio para el cultivo de aquella planta. Catorce ciudades suministraban aquellas provisiones durante medio año y otras quince durante el otro medio. (1) A los jóvenes tocaba la provisión de leña de la que se consumía en la casa real una cantidad inmensa.

Los progresos que hizo aquel célebre rey en las artes y en las ciencias, fueron todos los que podía hacer un gran ingenio, sin libros en que estudiar y sin maestros de quienes aprender. Era diestro en la poesía nacional, y compuso muchas piezas poéticas, que fueron universalmente aplaudidas. En el siglo XVI eran célebres aun entre los españoles, los sesenta himnos que compuso en loor del Creador del cielo. Dos de aquellas odas o canciones, traducidas al castellano por su descendiente D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl, se han conservado hasta nuestros tiempos. (2) Una de ellas fue compuesta poco después de la ruina de Azcapozalco. Su argumento, semejante al de la otra de que ya hemos hecho mención, era una lamentación de la inestabilidad de las grande-

---

(1) Las catorce ciudades primeras eran: Tezcoco, Huexotla, Coatlichan, Atenco, Chiautla, Tezonyocan, Papalotla, Tepetlaoztoc, Acolman, Tepechpan, Xaltocan, Chimalhuacan, Itztapalapan y Coatepec. Las otras quince: Otompan, Aztaquemecan, Teotihuacan, Cempoallan, Axapochco, Tlalanapan, Tepepolco, Tizayocan, Ahuatepec, Oztoticpac, Cuauhtlatzinco, Coyoac, Oztotlatlauhcan, Achichillacachocan y Tetliztacac.

(2) Estas dos odas se hallaban entre las preciosidades de Boturini. Bien quisiera yo tenerlas para publicarlas en esta Historia.

zas humanas en la persona del tirano, el cual, a guisa de un árbol grande y robusto, había extendido sus raíces y ensanchado sus ramas, hasta dar sombra a todo el territorio del Imperio; pero al fin, seco y podrido, cayó al suelo sin esperanza de recobrar el antiguo verdor.

Pero en nada se deleitaba tanto Nezahualcoyotl como en el estudio de la naturaleza. Adquirió muchos conocimientos astronómicos, con la frecuente observación que hacía del curso de los astros. Aplicóse también al conocimiento de las plantas y de los animales y por no poder tener en su corte los que eran propios de otros climas, mandó pintar en su palacio, al vivo, los que nacían en la tierra de Anáhuac. De estas pinturas habla el Dr. Hernández, que las vió e hizo uso de ellas; y por cierto que son más útiles y más dignas de la mansión de un rey, que las que representa la perversa mitología de los griegos. Investigaba atentamente la causa de los fenómenos naturales, y esta continua observación le hizo conocer la vanidad de la idolatría. Decía privadamente a sus hijos, que cuando adorasen con señales exteriores los ídolos, para conformarse con los usos del pueblo, detestasen en su interior aquel culto despreciable, dirigido a seres inanimados; que él no reconocía otra divinidad, sino el Creador del cielo, y que no prohibía en sus reinos la idolatría, como deseaba, porque no lo acusasen de contradecir la doctrina de sus mayores. Prohibió los sacrificios de víctimas humanas; pero viendo después cuán difícil es apartar a los pueblos de las antiguas ideas en materias de religión, volvió a permitirlos, prohibiendo sin embargo otro sacrificio que el de prisioneros de guerra. Fabricó en honor del Creador del cielo, una alta torre de nueve pisos. El último era obscuro; su bóveda estaba pintada de azul y adornada con cornisas de oro. Residían en ella hombres encargados de tocar en ciertas horas del día, unas hojas de finísimo metal, a cuyo aviso se arrodillaba el rey para hacer oración al Creador del cielo, y en su honor ayunaba una vez al año. (1)

Su esclarecido ingenio, y el amor que tenía a sus súbditos, contribuyeron en gran manera a ilustrar aquella corte, la cual se

---

(1) Estas anécdotas han sido tomadas de los preciosos M.S. de D. Fernando de Alba, el cual, como cuarto nieto de aquel rey, pudo saber auténticamente muchas particularidades, de boca de sus padres y abuelos.

consideró después, como la patria de las artes y el centro de la civilización. Tezcoco era la ciudad donde se hablaba con mayor pureza y perfección la lengua mexicana; donde se hallaban los mejores artífices y donde más abundaban los poetas, los oradores y los historiadores. (1) De allí tomaron muchas leyes los mexicanos y otros pueblos; de modo que puede decirse que Tezcoco fue la Atenas y Nezahualcoyotl el Solón de Anáhuac.

En su última enfermedad, habiendo convocado en torno de sí a todos sus hijos, declaró por heredero y sucesor a la corona de Acolhuacan, a Nezahualpilli; el cual, aunque más joven que los otros, les fue preferido, tanto por haber nacido de la reina Matlalcihuatzin, como por su notoria rectitud y superior ingenio. Encargó a su primogénito Acapipioltzin que ayudase al nuevo rey con sus consejos, hasta que aprendiese el arte difícil de gobernar. A Nezahualpilli recomendó encarecidamente el amor de sus hermanos, la protección de sus súbditos, y el celo por la justicia. En fin, para evitar todo alboroto que pudiera ocasionar la noticia de su muerte, mandó que se ocultase del modo posible al pueblo, hasta que Nezahualpilli estuviese seguro en la pacífica posesión de la corona. Los príncipes recibieron con lágrimas los últimos consejos de su padre; y saliendo a la sala de audiencia, donde la nobleza los aguardaba, fue Nezahualpilli aclamado rey de Acolhuacan, habiendo antes declarado su hermano mayor ser aquella la voluntad de su padre, el cual debiendo hacer un gran viaje, quería antes nombrarse un sucesor. Todos prestaron obediencia al nuevo soberano, y en la mañana siguiente murió Nezahualcoyotl, a los cuarenta y cuatro años de reinado y a cerca de los ochenta de edad. Sus hijos ocultaron su muerte, probablemente quemando en secreto su cadáver; y en vez de exequias fúnebres, celebraron juegos y regocijos extraordinarios para solemnizar la coronación del nuevo rey. Sin embargo, no tardó en saberse la verdad en despecho de sus precauciones, y vinieron a la corte muchos magnates a darles el pésame; pero el vulgo creyó siempre que aquel grande hombre había sido transferido a la mansión de los dioses, en premio de sus virtudes.

---

(1) En la lista que daremos al fin de este tomo, de los historiadores de aquel reino, se verá que algunos de ellos fueron de la familia real de Tezcoco.

CONQUISTA DE TLATELOLCO Y MUERTE DEL REY MOQUIHUIX

Poco tiempo después de la exaltación de Nezahualpilli, ocurrió la memorable guerra de los mexicanos con sus vecinos y rivales los tlatelolcos. Su rey Moquihuix, no pudiendo sobrellevar la gloria del de México, empleaba cuantos medios estaban a su alcance para obscurecerla. Estaba casado, como ya hemos visto, con una hermana de Axayacatl, habiéndosela dado Moteuczoma en premio de la famosa victoria que ganó a los cotasteses. En esta desgraciada señora desfogaba comunmente su rabia contra el cuñado; y no satisfecho con aquellas demostraciones de odio, procuró aliarse con otros pueblos que llevaban con impaciencia el yugo mexicano. Tales fueron Chalco, Xilotepec, Toltitlan, Tenayuca, Mexicaltzingo, Huitzilopochco, Xochimilco, Cuitlahuac y Mizcuic; los cuales convinieron en atacar por retaguardia a sus enemigos, después que hubiesen empezado la acción los tlatelolcos. Los cuauhpanqueses, los huexotzingos y los matlazincas, cuyos auxilios habían también implorado, debían incorporar sus tropas a las de los tlatelolcos, para la defensa de la ciudad. Supo la reina estas negociaciones, y ya por odio a su marido, ya por amor a su hermano y a su patria, avisó de todo al rey Axayacatl, a fin de que evitase un golpe que amenazaba la destrucción de su trono.

Moquihuix, seguro de la ayuda de los confederados, convocó a los nobles de su corte para estimularlos a la empresa. Alzó la voz en la asamblea un sacerdote viejo, y que gozaba de mucha autoridad, llamado Poyahuitl, y en nombre de todos, se ofreció a pelear denodadamente contra los enemigos de la patria. En seguida hizo un sacrificio, y dió a beber al rey y a todos los caudillos, agua teñida con sangre humana; con lo que sintieron, según decían, aumentarse su valor, y yo no dudo que sentirían nuevos ímpetus de odio y de crueldad. La reina, entretanto, no pudiendo ya sufrir el mal trato que recibía, y atemorizada de los peligros de la guerra, dejó a su marido y pasó a México con sus cuatro hijos, a ponerse bajo la protección de su hermano. La proximidad de las dos cortes pudo facilitar esta fuga. Tan extraordinaria novedad exasperó de tal modo el aborrecimiento de los dos pueblos, que donde quiera que se encontraban sus individuos, se maltrataban de palabras, venían a las manos y peleaban hasta morir.

Acercándose ya la época de empezar la guerra, hizo Moquihuix, con sus capitanes y muchos de los confederados, un solemne sacrificio en el monte más próximo a la ciudad, para granjearse la protección de los dioses, y allí se determinó el día en que debían hacerse las primeras hostilidades. De allí a poco pasó aviso a los confederados, a fin de que estuviesen apercibidos a socorrerlo, cuando empezase el ataque. Xiloman, señor de Colhuacan, quería acometer desde luego a los mexicanos, y disimulando después una retirada, empeñarlos en ella, para que los tlatelolcos los atacasen por retaguardia. El día siguiente al de aquella embajada, hizo Moquihuix la ceremonia de armar a sus tropas; pasó después al templo de Huitzilopochtli, para invocar su auxilio: bebieron todos otra vez de aquella nefanda poción que les había dado el sacerdote en el primer congreso, y todos los soldados pasaron uno a uno delante del ídolo, haciéndole cada cual una profunda reverencia. Terminada apenas aquella ceremonia, entró en la plaza del mercado una partida de mexicanos, matando a cuantos encontraban; pero sobreviniendo de pronto las tropas de Tlatelolco, los arrojaron, haciendo algunos prisioneros, los cuales fueron inmediatamente sacrificados en un templo llamado **Tlillan.** Aquel mismo día, al ponerse el sol, tuvieron algunas mujeres tlatelolcas el arrojo de entrar en las calles de México, insultando a los habitantes, diciéndoles injurias y amenazándolos con su próxima ruina; pero ellos las trataron con el desprecio que merecían.

Los tlatelolcos tomaron las armas aquella noche y al romper el día siguiente empezaron a atacar a los mexicanos. En lo más encendido de la refriega llegó Xiloman con sus tropas; pero viendo que el rey de Tlatelolco había entrado en acción sin aguardarlo, ni hacer caso de sus consejos, se retiró indignado; mas queriendo hacer algún daño a los mexicanos, hizo cerrar los canales por los que podrían recibir socorros de barcos: tentativa que le salió frustrada, pues Axayacatl los hizo reparar prontamente. Todo aquel día se combatió con indecible ardor por una y otra parte, hasta que la noche obligó a los tlatelolcos a retirarse. Los mexicanos quemaron las casas próximas a Tlatelolco, porque quizás les estorbaban para pelear; mas al ponerles fuego, veinte de ellos fueron hechos prisioneros y sacrificados al punto.

Axayacatl pasó la noche distribuyendo su gente en los caminos que conducían a Tlatelolco y al despuntar la aurora se pusie-

ron en marcha hacia la plaza del mercado, que era el punto de su reunión. Los enemigos, viéndose cercados por todas partes, se iban retirando hacia aquella gran plaza, para congregar sus fuerzas, y poder resistir con mejor éxito; pero al llegar a ella se encontraron aún más embarazados por el excesivo número de gente que se había amontonado en su recinto. No bastaban ya las voces con que Moquihuix procuraba alentar a los suyos desde lo alto del gran templo. Sus súbditos caían muertos o heridos y desfogaban en improperios su rabia contra el rey. "Cobarde, le decían, baja y toma las armas: que no es de hombres de pro estar mirando tranquilamente a los que pelean y pierden la vida en defensa de la patria." Mas estos lamentos, arrancados por el dolor de las heridas, o por los agonías de la muerte, eran injustos; pues Moquihuix no faltaba a sus obligaciones de general y rey procurando no exponer tanto su vida, como los soldados la suya, para serles más útil con el consejo y con la voz. Entre tanto, los mexicanos llegaron a la escalera del templo, y subiendo por ella, dieron con Moquihuix, que animaba a su gente, y se defendía como un desesperado; pero un capitán mexicano, llamado **Quetzalhua**, lo arrojó de un golpe por la escalera abajo, y unos soldados, cogiendo en brazos el cadáver, lo presentaron a Axayacatl, el cual abriéndole el pecho, le arrancó el corazón: acción horrible, pero a lo que ellos estaban acostumbrados en sus sacrificios. (1) Así acabó el valiente Moquihuix, y con él la pequeña monarquía de los tlatelolcos, gobernada por cuatro reyes en el espacio de cerca de ciento diez y ocho años. Los tlatelolcos, viendo muerto a su monarca, se desordenaron y procuraron salvar la vida con la fuga, pasando por medio de sus enemigos; pero quedaron muertos en la plaza cuatrocientos sesenta, y entre ellos algunos oficiales de alto grado. Después de aquella conquista, se unió perfectamente la ciudad de Tlatelolco a la de México, o por mejor decir, no se consideró como una ciudad distinta, sino como parte o arrabal de ella, como sucede en la actualidad. El rey de México puso allí un gobernador, y los tlatelolcos, además del tributo que le pagaban en granos, ropas, armas y armaduras, estaban obligados

---

(1) El intérprete de la **Colección** de Mendoza dice que habiendo Moquihuix perdido la batalla, se acogió a lo alto del templo, y desde allí se precipitó, por no poder sufrir los improperios de un sacerdote; pero la relación de los otros historiadores me parece más conforme al carácter del rey.

a reedificar el templo de Huitznahuac, siempre que fuese necesario.

No sabemos si los cuauhpanqueses, los huexotzingos y los matlazincas, que se habían confederado con los tlatelolcos, se hallaron en efecto en aquella guerra. De los otros aliados, dicen los historiadores que habiendo llegado al socorro de los tlatelolcos, cuando ya era muerto Moquihuix, se retiraron sin tomar parte en la lucha. Cuando Axayacatl se vió desembarazado de enemigos, mandó dar muerte a Poyahuitl, y a Ehecatzitzimitl, que eran los que más habían excitado a sus compatriotas contra los mexicanos. La misma suerte tuvieron poco tiempo después los caudillos de Xochimilco, de Cuitlahuac, de Colhuacan, de Huitzilopochco y otros, por haber tomado parte en la guerra.

NUEVAS CONQUISTAS Y MUERTE DE AXAYACATL

Para vengarse después de los matlazincas, nación numerosa y fuerte, establecida en el valle de Toluca, y aún no sometida a los mexicanos, les declaró la guerra, y saliendo de México con los reyes aliados tomó de paso los pueblos de Atlapolco y Xalatlauhco; después conquistó en el mismo valle a Toluca, Tetenanco, Metepec, Tzinacantepec, Calimaya y otros lugares de la parte meridional, quedando desde entonces la nación, tributaria de la corona de México. Pasado algún tiempo volvió a la misma provincia para ocupar la parte septentrional del valle, llamada en el día **Valle de Ixtlahuacan,** y principalmente Xiquipilco, ciudad y estado considerable de los otomíes, cuyo señor Tlilcuezpalin era famoso por su valor. Axayacatl, que aún se jactaba del suyo, quiso pelear cuerpo a cuerpo con él en la batalla que presentó a los xiquipilqueses; pero el éxito le fue funesto, pues habiendo recibido una gran herida en un muslo, sobreviniendo dos capitanes otomíes lo arrojaron al suelo y lo hubieran hecho cautivo a no haberse presentado unos jóvenes mexicanos que, viendo a su rey en tan gran peligro, combatieron en su defensa, salvándole la libertad y la vida. A pesar de esta desgracia, los mexicanos consiguieron una completa victoria e hicieron según dicen sus cronistas, once mil sesenta prisioneros, entre ellos al mismo Tlilcuezpalin y a los dos capitanes que habían atacado al rey. Con este glorioso triunfo, agregó Axayacatl a su corona los estados de Xiquipilco, Xocotitlan, Atlacomolco y todos los demás que no poseía antes en aquel ameno valle.

Cuando sanó Axayacatl de su herida, aunque siempre quedó estropeado de la pierna, dió un gran banquete a los reyes aliados y a los magnates de México, durante el cual mandó dar muerte a Tlilcuezpalin y a los ya mencionados capitanes otomíes. No parecía a aquellas gentes importuna esta ejecución en las delicias de un convite, porque acostumbrados a derramar sangre humana, el horror que ésta debe inspirar, se había convertido en deleite. ¡Tan grande es la fuerza de la costumbre y tan fácil al hombre familiarizarse con los objetos más espantosos!

En los últimos años de su reinado, pareciéndole demasiado estrechos por la parte de occidente los límites de su imperio, salió de nuevo a campaña por el valle de Toluca y pasando los montes se apoderó de Tochpan y de Tlaximayolan, quedando desde entonces en aquel punto fijada la frontera del reino de Michuacan. Volviendo desde allí hacia oriente, se hizo dueño de Ocuilla y de Malacatepec. La muerte interrumpió el curso de sus victorias en el décimo año de su reinado, y en el 1477 de la Era vulgar. Fue hombre belicoso y severo en el castigo de las transgresiones de las leyes promulgadas por sus abuelos. Dejó de muchas mujeres un gran número de hijos y entre ellos el célebre Moteuczoma II, de quien en breve hablaremos.

TIZOC, SEPTIMO REY DE MEXICO

Por muerte de Axayacatl fue elegido Tizoc, su hermano mayor, el cual había servido el empleo de general de los ejércitos. (1) No sabemos los pormenores de la primera expedición que hizo, con el fin de tener prisioneros, para sacrificarlos en la solemnidad de su coronación. Su reinado fue breve y obscuro. Sin embargo, en la pintura décima de la **Colección** de Mendoza se representan catorce ciudades conquistadas por aquel monarca, entre las cuales se cuentan Toluca y Tecaxic, que se habían rebelado a su corona; Chillan y Yancuitlan en el país de los mixtecas; Tlapan y Tamapachco. Torquemada hace mención de una victoria ganada por él a Tlacotepec.

---

(1) El P. Acosta dice que Tizoc era hijo de Moteuczoma I, y el intérprete de la **Colección** de Mendoza lo hace hijo de Axayacatl; uno y otro se engañan. También se engaña el P. Acosta en el orden de los reyes, colocando a Tizoc antes de Axayacatl.

GUERRA ENTRE LOS TEZCOCANOS Y LOS HUEXOTZINGOS

En el tiempo de este rey ocurrió la guerra entre los tezcocanos y huexotzingos. Su origen fue la ambición de los príncipes, hermanos del rey Nezahualpilli, los cuales aunque se mostraron satisfechos al principio, de la exaltación de su hermano menor, habiéndose enfriado después la memoria de su difunto padre, y no pudiendo ya sufrir la autoridad del que ellos creían su inferior, tramaron contra él una conjuración secreta. Para la ejecución de sus perversos designios convidaron desde luego a los chalqueses, que siempre estaban prontos a semejantes atentados; pero frustrados los medios con que contaban, solicitaron con el mismo fin a los huexotzingos. Nezahualpilli, informado de aquellos planes, aprestó sin tardanza un buen ejército y marchó contra ellos. El general de los enemigos había indagado las señas del rey, para dirigir contra él su ataques y aun había prometido grandes premios al que se lo presentase muerto o vivo. No faltó quien informase de todo esto al rey, el cual, antes de entrar en la acción, cambió de ropas y de insignias con uno de sus capitanes. Este desgraciado oficial fue muy en breve rodeado de la muchedumbre enemiga y muerto a sus manos. Mientras saciaban en él su furor, Nezahualpilli acometió por retaguardia al general de los huexotzingos y lo mató, no sin gran peligro de ser víctima de los soldados que acudieron al socorro de su jefe. Los tezcocanos, que estaban en el mismo error que los huexotzingos, por no haber tenido noticia del cambio de la ropa, se desanimaron cuando creyeron ver muerto al rey; pero ya desengañados, cobraron nuevos bríos, corrieron a su defensa y después de haber derrotado a sus enemigos, saquearon la ciudad de Huexotzingo, y cargados de despojos volvieron a Tezcoco. Nada dicen los historiadores del fin que tuvieron los príncipes autores de la conjuración: puede creerse que murieron en la batalla o que evitaron con la fuga el castigo que merecían. Nezahualpilli, que poco antes había mandado edificar un hermoso palacio, para dejar un monumento durable de su victoria, hizo construir un muro que encerraba tanto espacio de tierras, cuanto ocupaban los huexotzingos que acudieron a socorrer a su general, y dió a este edificio el nombre del día en que ganó su triunfo. Así procuraban inmortalizar sus nombres, los que, en sentir de algunos, no se curaban del porvenir.

BODAS DEL REY NEZAHUALPILLI CON DOS SEÑORAS MEXICANAS

Tenía a la sazón Nezahualpilli muchas mujeres, todas de ilustre prosapia; pero ninguna tenía el título de reina, reservando aquel honor a la que pensaba tomar de la familia real de México. Pidióla al rey Tizoc y éste le dió una sobrina suya, hija de Tzotzocatzin. Celebráronse las bodas en Tezcoco, con gran concurso de la nobleza de ambas naciones. Tenía esta señora una hermana de singular belleza, llamada Xocotzin y amábanse tanto las dos, que no pudiendo separarse, la reina obtuvo de su padre el permiso de llevar a su hermana consigo a Tezcoco. Con la frecuente vista y el trato diario, se enamoró el rey de tal modo de su cuñada, que determinó casarse con ella y exaltarla también a la dignidad de reina. Estas segundas bodas fueron, según dicen los autores, las más solemnes y magníficas que se vieron jamás en aquel país. Poco tiempo después tuvo el rey, de la primera reina, un hijo llamado **Cacamatzin,** que fue su sucesor a la corona, y hecho prisionero por los españoles, murió desgraciadamente. De la otra tuvo a **Huexotzincatzin,** (1) de quien después hablaremos; a Coanacotzin, que fue también rey de Acolhuacan, y poco tiempo después de la conquista, murió ahorcado por orden de Hernán Cortés, y a Ixtlilxochitl, que se confederó con los españoles contra los mexicanos y convertido al cristianismo tomó el nombre y el apellido de aquel conquistador.

MUERTE TRAGICA DEL REY TIZOC

Mientras Nezahualpilli procuraba multiplicar su descendencia y vivir tranquilamente en sus estados, maquinaban la muerte del rey de México algunos de sus feudatarios. Techotlalla, señor de Iztapalapan, o resentido por algún agravio que de él había recibido o no queriendo permanecer más tiempo bajo su yugo, concibió el perverso designio de atentar contra su vida y no quiso descubrirlo sino a quienes le parecieron capaces de ponerlo en ejecución. El y Maxtlaton, señor de Tlachco, se pusieron de acuerdo sobre el modo de llevar a cabo un atentado tan peligroso. Los historiadores no convienen en este punto. Los unos dicen

(1) Dióse a aquel príncipe el nombre de Huexotzincatzin en memoria de la victoria ganada a los huexotzingos.

que se valieron de ciertas hechiceras, cuyas artes le quitaron la vida; mas esto me parece una fábula popular. Los otros aseguran que hallaron modo de darle veneno. Sea como fuere, lo cierto es que lograron su intento. Murió Tizoc en el quinto año de su reinado y el 1482 de la Era vulgar. Era hombre circunspecto, grave y severo, como sus antecesores y sucesores, en el castigo de los delincuentes. Como en su tiempo eran ya tan grandes el poder y la opulencia de aquella corona, proyectó erigir al dios protector de la nación un templo, que en dimensiones y magnificencia, superase a todos los de aquel país y con este fin había preparado inmensidad de materiales y aun empezado la obra, cuando vino la muerte a trastornar sus designios.

AHUITZOTL, OCTAVO REY DE MEXICO

Conociendo los mexicanos que no había sido natural la muerte de su monarca, determinaron vengarla antes de proceder a nueva elección. Sus indagaciones fueron tan activas, que en breve descubrieron a los autores del atentado, los cuales fueron castigados con el último suplicio en la plaza mayor de México, en presencia de los reyes aliados y de la nobleza mexicana y tezcocana. Congregados después los electores, nombraron a Ahuitzotl, general de los ejércitos y hermano de los dos reyes precedentes. Desde los tiempos del rey Quimalpopoca se había introducido la costumbre de no dar la corona, sino al que hubiese ejercido aquella dignidad, creyendo oportuno que diese muestras de su valor el que debía ser jefe de una nación guerrera y aprendiese en el mando de las tropas el arte de regir a los pueblos.

DEDICACION DEL TEMPLO MAYOR DE MEXICO

El primer cuidado del nuevo rey fue la conclusión de la obra del magnífico templo, diseñado y comenzado por su antecesor. Continuaron con la mayor actividad los trabajos y habiéndose empleado en ellos un número increíble de operarios, se concluyó en el término de cuatro años. Entre tanto salió el rey muchas veces a la guerra y todos los prisioneros que caían en manos de sus tropas se reservaban para la fiesta de la dedicación. Las guerras de aquellos cuatro años fueron dirigidas contra los mazahuas, que habían sacudido el yugo de Tacuba, contra los zapotecas y contra otros muchos pueblos. Terminado el edificio convidó el

rey, para la ceremonia, a sus dos aliados y a toda la nobleza de ambos pueblos. El concurso fue el más numeroso que hasta entonces se había visto en México, (1) pues acudieron gentes de los países más remotos. La fiesta duró cuatro días y en ellos se sacrificaron en el atrio mayor del templo, todos los prisioneros hechos en los cuatro años anteriores. No están de acuerdo los autores acerca del número de las víctimas. Torquemada dice que fueron setenta y dos mil trescientos cuarenta y cuatro; otros afirman que fueron sesenta y cuatro mil sesenta. Para hacer con mayor aparato tan horrible matanza, se dispusieron aquellos infelices en dos filas, cada una de milla y media de largo, que empezaban en las calles de Tacuba y de Itztapalapan y venía a terminar en el mismo templo, (2) en donde se les daba muerte a medida que iban llegando. Acabada la fiesta, hizo regalos el rey a todos los convidados, lo que debió ocasionar un gasto inmenso. Sucedió todo esto el año de 1486.

El mismo año, Mozauhqui, señor de Xalatlauhco, a imitación de su rey, a quien era muy aficionado, dedicó otro gran templo que había edificado poco antes y sacrificó también un gran número de prisioneros. ¡Tales eran los estragos que hacía la bárbara y cruel superstición de aquellos pueblos!

El año de 1487 sólo fue memorable por un gran terremoto y por la muerte de Quimalpopoca, rey de Tacuba, a quien sucedió Totoquihuatzin II.

CONQUISTAS DEL REY AHUITZOTL

Ahuitzotl, cuyo genio belicoso no le permitía entregarse a las dulzuras de la paz, salió de nuevo a campaña contra los habitantes de Cozcacuauhtenanco y obtuvo una completa victoria; pero

(1) Algunos autores aseguran que el número de personas que concurrieron a aquella función, llegó a seis millones. Quizás será esta una exageración; mas no me lo parece, atendida la vasta población de aquellos países, la grandeza y novedad de la fiesta, y la facilidad con que pasaba la gente de unos puntos a otros, caminando a pie y sin el embarazo del equipaje.

(2) Betancourt dice que la fila de prisioneros dispuesta en el camino de Itztapalapan, empezaba en el sitio que hoy se llama **La Candelaria Malcuitlapilco**, nombre que significa cola o extremidad de prisioneros. Es conjetura verosímil y no veo que pueda explicarse de otro modo, aquella apelación.

por haberle hecho gran resistencia, se mostró con ellos demasiado severo y cruel. Después sometió a los de Cuapilotlan; en seguida pasó a pelear contra Quetzalcuitlapillan, provincia grande y poblada de gente guerrera, (1) y, finalmente, contra Cuauhtla, lugar situado en la costa del Seno mexicano, en cuya campaña se señaló Moteuczoma, hijo de Axayacatl y sucesor de Ahuitzotl en el reino. De ahí a poco los mexicanos, unidos con los tezcocanos, se dirigieron contra los huexotzingos, y en esta guerra se distinguieron, por su valor, Tezcatzin, hermano del mismo Moteuczoma, y Tliltototl, noble mexicano, que después llegó a ser general del ejército. No hallamos en los historiadores las causas, ni las circunstancias de estas guerras. Terminada la expedición contra Huexotzingo, celebró Ahuitzotl la dedicación de un nuevo templo llamado Tlacateco, en la cual fueron sacrificados los prisioneros hechos en las guerras anteriores; pero el incendio de otro templo llamado Tlitlan turbó la alegría que ocasionó aquella solemnidad.

Así vivió aquel monarca en continuas guerras, hasta el año de 1496, en que se hizo la de Atlixco. La entrada de los mexicanos en este valle fue tan repentina, que los habitantes no tuvieron otra noticia que el verlos invadir su territorio. Armáronse inmediatamente para la defensa; pero no hallándose con fuerzas suficientes para resistir largo tiempo, pidieron auxilio a los huexotzingos sus vecinos. Cuando llegaron a Huexotzingo los embajadores atlixqueses, estaba jugando al balón un famoso capitán llamado Toltecatl, cuyo valor no cedía a la fuerza extraordinaria de su brazo. Enterado de lo que pasaba, dejó el juego para dirigirse a Atlixco con las tropas auxiliares y entrando desarmado en la batalla para hacer alarde de su intrepidez y del desprecio que hacía de sus enemigos, abatió con las manos al primero que se le presentó, le quitó las armas y con ellas hizo grandes estragos en las filas de los mexicanos. No pudiendo éstos superar la resistencia de sus enemigos, abandonaron el campo y volvieron a México cubiertos de ignominia. Los huexotzingos, para remunerar a Toltecatl, lo hicieron jefe de su república. Esta

(1) Torquemada dice que habiendo Ahuitzotl emprendido muchas veces la conquista de Quetzalcuitlapillan, no pudo conseguirla; mas esta provincia se halla entre las sometidas por aquel monarca en la pintura 9 de la Colección Mendoza.

había estado sometida a los mexicanos, cuyo enojo habían provocado con sus insultos, mas como los conquistados no sufren el yugo del conquistador, si no es cuando no pueden sacudirlo, siempre que los huexotzingos se hallaban con fuerzas suficientes para resistir, alzaban el estandarte de la rebelión y lo mismo sucedía con la mayor parte de los pueblos sometidos por fuerza a la corona de México, de modo que el ejército mexicano estaba en continuo movimiento para reconquistar tantas y tan frecuentes pérdidas. Toltecatl aceptó el cargo que se le había conferido; pero apenas pasó un año, se vió obligado a dejar el empleo y la patria. Los sacerdotes y otros ministros de los templos, abusando de su autoridad, entraban en las casas de los particulares y se apoderaban de sus provisiones, cometiendo otros excesos impropios de su dignidad. Toltecatl quiso poner remedio a tantó desorden y los sacerdotes se armaron contra él. El pueblo se dividió en facciones y entre ellas se encendió una guerra que, como todas las civi, les, ocasionó gravísimos males. Toltecatl, cansado de regir un pueblo tan indócil y temiendo perecer en la tempestad, se ausentó de la ciudad con otros nobles y pasando los montes, llegó a Tlalmanalco. El gobernador de esta ciudad dió aviso al rey de México, el cual hizo morir a todos aquellos fugitivos, en pena de su rebeldía y envió sus cadáveres a Huexotzingo para aterrar a los que habían abrazado la misma causa.

NUEVA INUNDACION DE MEXICO

El año de 1498 pareciéndole al rey de México que la navegación del lago se había hecho difícil por falta de agua, quiso aumentar su volumen con la del manantial de Huitzilopochco, de que se servían los coyoacaneses. Mandó llamar con este objeto a Tzotzomatzin, señor de Coyohuacan, y éste le hizo ver que aquella fuente no era perpetua, que unas veces estaba seca y otras salían sus aguas con tanta abundancia que podría ocasionar graves daños a la capital. Ahuitzotl, creyendo que las razones de Tzotzomatzin eran pretextos que buscaba para no servirlo, insistió en su orden, y viendo que el otro insistía en sus dificultades, lo despidió enojado y mandó darle muerte. Tal suele ser la recompensa de los buenos consejos, cuando los príncipes obstinados en algún capricho, desoyen las sensatas advertencias de sus súbditos fieles. Ahuitzotl, no queriendo de ningún modo abandonar su

proyecto, mandó hacer un vasto acueducto de Coyohuacan a México, (1) por el cual se condujo el agua con muchas ceremonias supersticiosas, pues algunos sacerdotes la incensaban, otros sacrificaban codornices, otros untaban con su sangre las márgenes del canal, otros tocaban instrumentos y todos solemnizaban la venida del agua. El sumo sacerdote llevaba el mismo vestido con que solían representar a Chalchihuitlicue, diosa que presidía aquel elemento. (2)

Con este ceremonial llegó el agua a México; pero no tardó en convertirse en llanto la común alegría, porque habiendo sido las lluvias de aquel año extraordinariamente copiosas, creció tanto el agua, que inundó la ciudad, en términos que muchas casas se arruinaron y no se podía transitar por las calles sino en barcos. Hallándose un día el rey en un cuarto bajo de su palacio, entró de repente el agua en tanta abundancia, que dándose prisa a salir por la puerta, la cual no era muy alta, se hizo en la cabeza tan terrible contusión, que poco después le ocasionó la muerte. Afligido con los males de la inundación y con los clamores del pueblo, llamó en su ayuda al rey de Acolhuacan, el cual hizo sin tardanza reparar el dique hecho por consejo de su padre Nezahualcoyotl, en el reinado de Moteuczoma.

Apenas libres los mexicanos de aquella calamidad, tuvieron que sufrir el año siguiente la de la escasez de grano, por haberse perdido el maíz de resultas de la abundancia de agua; pero al mismo tiempo tuvieron la fortuna de descubrir en el valle de México una cantera de **tetzontli**, que fue después un gran recurso para la construcción de los edificios de aquella gran ciudad. Empezó inmediatamente el rey a emplear aquella especie de piedra en los templos y a su imitación los particulares la emplearon en sus casas. Además de esto, hizo reedificar todas las que se habían arruinado, dándoles mejor forma y aumentando notablemente la hermosura y la magnificencia de su corte.

---

(1) Este acueducto fue enteramente deshecho por alguno de los sucesores de Ahuitzotl, pues no quedaban trazas de él cuando llegaron a México los españoles.

(2) El P. Acosta dice que todos estos sucesos estaban representados en una pintura mexicana que existía en su tiempo, y quizás existe ahora en la biblioteca del Vaticano.

NUEVAS CONQUISTAS Y MUERTE DEL REY AHUITZOTL

Pasó este rey los dos últimos años de su vida en frecuentes guerras contra Izquizochitlan, Amatlan, Tlacuilollan, Xaltepec, Tecuantepec y Huexotla. Tliltototl, general mexicano, terminada la primera de estas campañas, llevó sus armas victoriosas hasta Quahtemallan o Guatemala, a más de novecientas millas al sudeste de México, en cuya expedición hizo, según los historiadores, prodigios de valor; pero ninguno da pormenores sobre sus hazañas, ni sabemos tampoco que aquel territorio quedase sujeto a la corona de México.

Finalmente, el año de 1502, después de cerca de veinte años de reinado, murió Ahuitzotl de la enfermedad que le ocasionó la contusión de que hemos hablado. Era aficionadísimo a la guerra y fue uno de los monarcas que más ampliaron los dominios de aquella corona. En la época de su muerte los mexicanos poseían casi todo lo que tenían a la llegada de los españoles. Además del valor, tuvo otras prendas reales, como la magnificencia y la liberalidad que le dieron gran celebridad en aquellos pueblos. Hermoseó de tal manera la ciudad con suntuosos edificios, que llegó a ser bajo su reinado, la mayor y más bella del Nuevo Mundo. Cuando recibía los tributos de las provincias, congregaba al pueblo y por sus manos distribuía víveres y ropa a los necesitados. Remuneraba a los capitanes y soldados que se señalaban en la guerra, a los ministros y empleados de la corona que lo servían fielmente, con oro, plata, joyas y hermosas plumas. Estas virtudes estaban obscurecidas por algunos defectos; pues era caprichoso, vengativo, cruel a veces, y tan dado a la guerra, que parecía mirar con odio la paz, de modo que su nombre se usa todavía, aun por los españoles de aquel país, para significar un hombre que con sus molestias y vejaciones no deja vivir a nadie. (1) Por otro lado, era de buen humor y tanto se deleitaba en la música, que ni de día ni de noche faltaba esta diversión en palacio, con gran perjuicio de los negocios públicos, pues le robaba gran parte del tiempo y de la atención que hubiera debido emplear en el gobierno de los pueblos. No era menos inclinado al amor de las mujeres. Sus antepasados solían tener muchas, creyendo os-

(1) Los españoles dicen: **Fulano es mi Ahuizote, A nadie le falta su Ahuizote**, etc.

tentar mayor autoridad y grandeza, en razón del número de personas destinadas a sus placeres secretos. Ahuitzotl habiendo ampliado tanto sus dominios y engrandecido el poder de la corona, quiso significar su superioridad en el número excesivo de las mujeres con quienes sucesivamente se casó. Tal era el estado de la corte de México al principio del siglo XVI; de aquel siglo tan fecundo en grandes sucesos y en que debía mudar de aspecto el reino y trastornarse la situación política y moral del Nuevo Mundo.

LIBRO QUINTO

SUCESOS DE MOTEUCZOMA II, NONO REY DE MEXICO, HASTA EL AÑO DE 1519. NOTICIAS DE SU VIDA, DE SU GOBIERNO Y DE LA MAGNIFICENCIA DE SUS PALACIOS, JARDINES Y BOSQUES. GUERRA DE TLAXCALA Y SUCESOS DE TLAHUICOLE, CAPITAN TLAXCALTECA. MUERTE Y ELOGIO DE NEZAHUALPILLI, REY DE ACOLHUACAN Y NUEVAS REVOLUCIONES DE AQUEL REINO. PRESAGIOS DE LA LLEGADA Y DE LA CONQUISTA DE LOS ESPAÑOLES.

MOTEUCZOMA II, NONO REY DE MEXICO

MUERTO Ahuitzotl y celebradas sus exequias con extraordinaria magnificencia, se procedió a la elección del nuevo soberano. No existía ya ninguno de los hermanos de los últimos reyes, y según las leyes del reino, debía suceder al rey difunto, alguno de sus sobrinos, hijo de sus antepasados. Estos eran muchos, porque de los hijos de Axayacatl aún vivían Moteuczoma, (1) Cuitlahuac, Matlatzincatl, Pinahuitzin, Cecepacticatzin; y de los de Tizoc, Imactlacuixatzin, Tepehuatzin y otros cuyos nombres ignoramos. Fue preferido a los otros Moteuczoma, a quien para distinguirlo del otro rey del mismo nombre, fue dado el título de **Xocoyotzin**. (2) Era generalmente estima-

(1) El autor de las Anotaciones sobre las Cartas del conquistador Hernán Cortés, impresas en México el año de 1770, dice que Moteuczoma II era hijo del primer rey del mismo nombre: error desmentido por un gran número de autoridades.

(2) Los mexicanos llamaron al primer Moteuczoma **Huehue**, y al segundo **Xocoyotzin**; nombres equivalentes al **senior** y **junior** de los latinos.

dísimo este príncipe, no solo por el valor que había manifestado en las batallas, mientras fue jefe de los ejércitos, sino por el cargo que desempeñaba de sacerdote, por su gravedad, por su circunspección y por su celo religioso. Hablaba poco y era notable su mesura en acciones y palabras, de modo que su opinión era oída con gran respeto en el consejo real. Dióse parte de la elección a los reyes aliados y éstos pasaron inmediatamente a la corte a darle la enhorabuena. Moteuczoma, noticioso de esto, se retiró al templo, dando a entender que se creía indigno de tan alto honor. Allí pasó la nobleza a darle cuenta de su elección y lo condujo con gran acompañamiento a palacio, donde los electores le intimaron solemnemente el nombramiento que en él habían hecho para ocupar el trono de México. Volvió en seguida al templo para hacer las ceremonias acostumbradas, y terminadas éstas, recibió en el trono los homenajes de los nobles y escuchó las arengas gratulatorias de los oradores. La primera fue la de Nezahualpilli, rey de Acolhuacan, que vamos a presentar a nuestros lectores, como la han conservado los mexicanos.

"La gran ventura, dijo, de la monarquía mexicana se manifiesta en la concordia que ha reinado en esta elección y en los grandes aplausos con que de todos ha sido celebrada. Justa es en verdad esta alegría, porque el reino de México ha llegado a tal engrandecimiento, que no bastaría a sustentar tan grave peso, ni menor fuerza que la de vuestro invencible corazón, ni menor sabiduría que la que en vos admiramos. Claramente veo cuán grande es el amor con que favorece a esta nación el Dios Omnipotente, pues la ha iluminado para escoger lo que más puede convenirle. ¿Quién pondrá en duda que el que siendo particular supo penetrar los secretos del cielo, conocerá, siendo monarca, las cosas de la tierra, para emplearlas en bien de sus súbditos? (1) Quien tantas veces ha ostentado la grandeza de su ánimo ¿qué no hará ahora, cuando tanto necesita aquella eminente cualidad? ¿Quién puede creer que donde hay tanto valor y sabiduría no se halle también el socorro de la viuda y del huérfano? El Imperio mexicano ha llegado, sin duda, a la cúspide del poder, pues tanto os ha dado el Creador del cielo que inspiráis respeto a cuantos os miran. Alégrate, pues, nación venturosa por haberte tocado en suerte un

---

(1) Estas expresiones dan a entender que Moteuczoma se había dedicado al estudio de la astronomía.

príncipe que será el apoyo de tu felicidad y en quien los súbditos hallarán un padre y un hermano. Tienes, en efecto, un soberano que no se aprovechará de su autoridad para darse a la molicie y estarse en el lecho abandonado a los pasatiempos y a los deleites; antes bien, en medio de su reposo, le inquietará el corazón y lo despertará el cuidado que tendrá de tí, ni hallará sabor en el manjar más delicado, por la inquietud que le ocasionará el deseo de tu bien. Y vos, nobilísimo príncipe y poderoso señor, tened ánimo y confiad en que el Creador del cielo, que os ha exaltado a tan eminente dignidad, os dará fuerzas para desempeñar las obligaciones anexas a ella. Quien ha sido hasta ahora tan liberal con vos, no os negará sus preciosos dones, habiéndoos él mismo subido a esta altura, en que os anuncio muchos y muy felices años."

Escuchó Moteuczoma atentamente este discurso y tanto se enterneció, que tres veces quiso responder y se lo estorbaron las lágrimas producidas por una dulce satisfacción que tenía toda la apariencia de la humildad; pero al fin, habiendo podido reprimir el llanto respondió en pocas palabras, reconociéndose indigno del honor a que lo habían exaltado sus compatriotas y dando gracias al rey su aliado, por los elogios con que lo favorecía; habiendo escuchado las otras arengas, permaneció en el templo, para hacer el ayuno de cuatro días y de allí fue con gran aparato reconducido a palacio.

Pensó después en hacer la guerra para proporcionarse las víctimas que debían morir en la coronación. Tocó aquella desgracia a los atlixqueses, que poco antes se habían rebelado contra la corona. Salió, pues, el rey de su corte, con la flor de la nobleza, con sus hermanos y primos. En esta guerra perdieron los mexicanos algunos valientes caudillos; pero sin embargo, volvieron a imponer a los rebeldes el antiguo yugo y Moteuczoma regresó victorioso, conduciendo consigo los desventurados prisioneros que iban a ser sacrificados. Celebróse la función con tal aparato de juegos, bailes, represntaciones teatrales e iluminaciones y con tal abundancia de tributos enviados por las provincias, que acudieron a presenciarla habitantes de pueblos remotísimos, que nunca se habían visto en México; aun los tlaxcaltecas y michuacanos se disfrazaron para confundirse entre los espectadores; mas habiéndolos descubierto Moteuczoma, los hizo alojar y regalar con real magnificencia, mandando disponer unos tabla-

dos de donde pudiesen ver más cómodamente los festejos y ceremonias.

CONDUCTA Y CEREMONIAL DE MOTEUCZOMA

El primer hecho notable de Moteuczoma, después de su coronación, fue recompensar con el estado de Tlachauhco los grandes servicios que había hecho a sus antecesores, en muchas campañas, un célebre capitán llamado Tlilxochitl: principio verdaderamente feliz, si a él hubieran correspondido los actos que le siguieron. Pero apenas comenzó a usar de su autoridad, empezó a descubrir el orgullo que hasta entonces había ocultado en su corazón bajo las apariencias de la modestia. Todos sus antecesores habían acostumbrado conferir los empleos a los hombres de más mérito, o a los que les parecían más capaces de desempeñarlos, sin distinción de nobles y plebeyos, no obstante el convenio celebrado entre la nobleza y el pueblo en tiempo de Itzcoatl. Cuando Moteuczoma tomó las riendas del gobierno, se mostró de otra opinión y desaprobó la conducta de los otros reyes, bajo el pretexto de que los plebeyos obraban según su clase. manifestando en todas sus acciones la bajeza de su origen y de su educación. Animado por estos principios, los despojó de los puestos que ocupaban en su palacio y corte, declarándolos incapaces de obtenerlos en lo sucesivo. Un prudente anciano que había sido su ayo, le hizo ver que esta providencia podría atraerle el odio de una gran parte de sus súbditos, mas nada bastó a disuadirlo.

Toda la servidumbre de su palacio se componía de personas principales. Además de las que lo habitaban, que eran muchas, cada mañana entraban en él seiscientos señores feudatarios y nobles para hacerle la corte. Estos pasaban todo el día en las antecámaras, donde no podían entrar los de la servidumbre, hablando bajo y aguardando las órdenes del rey. Los criados que acompañaban a estos personajes eran tantos, que llenaban los tres patios de palacio y muchos quedaban en la calle. No era menor el número de los mujeres que había en la casa real, entre señoras, criadas y esclavas. Toda esta muchedumbre vivía encerrada en una especie de serrallo, bajo la custodia de algunas nobles matronas, que velaban sobre su conducta, pues aquellos reyes eran muy celosos y cualquier exceso que notaban en palacio lo castigaban con el mayor rigor, por pequeño que fuese. De

estas mujeres tomaba el rey para sí las que más le agradaban, y con las otras recompensaba los servicios de sus súbditos. (1) Todos los feudatarios de la corona debían residir algunos meses del año en la corte, y al volver a sus estados dejaban en ella a sus hijos o hermanos, como rehenes exigidos por el rey, para asegurarse de su fidelidad, por lo que les era preciso tener casa en México.

Otro rasgo del despotismo de Moteuczoma fue el ceremonial que introdujo en la corte. Nadie podía entrar en palacio para servir al rey o para tratar con él de algún asunto, sin descalzarse antes a la puerta. A nadie era lícito parecer en su presencia con trajes de lucimiento, porque se creía que esto era falta de respeto a su dignidad; así que los magnates más distinguidos, excepto los parientes del monarca, se despojaban de sus galas, o a lo menos las cubrían con un ropaje ordinario, en señal de humildad. Todos al entrar en la sala de audiencia y antes de hablar al rey, hacían tres inclinaciones, diciendo en la primera, **señor**; en la segunda, **señor mío** y en la tercera, **gran señor**. (2) Hablaban en voz baja y con la cabeza inclinada, recibiendo la respuesta del rey por medio de un secretario, con tanta humillación y respeto, como si fuera la de un oráculo. Al despedirse no podían volver la espalda al trono.

Comía Moteuczoma en la misma sala en que daba audiencia. Servíale de mesa un gran almohadón y de silla un banco bajo. La vajilla era del barro fino de Chalollan; la mantelería era de algodón; pero muy fina, blanca y limpidísima. Ninguno de los utensilios que usaba para comer, le servía más de una vez, pues los daba inmediatamente a alguno de los nobles. Las copas en que le presentaban el chocolate y las otras bebidas hechas con cacao, eran de oro, o de conchas hermosas del mar, o ciertos vasos naturales, curiosamente barnizados, de que después hablaremos. Tenía también platos de oro; pero sólo los usaba en el templo y en ciertas solemnidades. Los manjares eran tantos y tan varios, que los españoles que los vieron quedaron admirados. Cortés dice que llenaban el pavimento de una gran sala y que se presentaban a Moteuczoma fuentes de toda especie de volate-

---

(1) Algunos historiadores dicen que Moteuczoma tuvo al mismo tiempo ciento y cincuenta mujeres embarazadas; mas esto parece increíble.

(2) Las palabras mexicanas son **Tlatoani**, **Notlatocatzin** y **Hueitlatoani**.

ría, peces, frutas y legumbres. Llevaban la comida trescientos o cuatrocientos jóvenes nobles, en bien ordenadas filas. Ponían los platos en la mesa antes que el rey se sentase e inmediatamente se retiraban y a fin de que no se enfriase la comida, cada plato tenía un braserillo debajo. El rey señalaba con una vara que tenía en la mano, los platos de que quería comer y lo demás se distribuía entre los nobles que estaban en las antecámaras. Antes de sentarse le ofrecían agua para lavarse las manos cuatro de sus mujeres, las más hermosas del serrallo, las cuales permanecían en pie todo el tiempo de la comida, juntamente con los principales ministros y el mayordomo.

Inmediatamente que el rey se ponía a la mesa, cerraba el mayordomo la puerta de la sala, a fin de que ninguno de los otros nobles lo viese comer. Los ministros se mantenían a cierta distancia y sin hablar, excepto cuando respondían a lo que el rey les preguntaba. El mayordomo y las cuatro mujeres le servían los platos y otras dos, el pan de maíz, amasado con huevos. Muchas veces se tocaban instrumentos durante la comida; otras se divertía el rey con los dichos burlescos de ciertos hombres disformes que mantenía por ostentación. Tenía gran placer en oírlos y decía que entre las burlas solían darle avisos importantes. Después de la comida, fumaba tabaco mezclado con ámbar, en una pipa o caña preciosamente barnizada y con el humo conciliaba el sueño.

Después de haber dormido un poco, daba audiencia a sus súbditos, oyendo atentamente cuanto le decían, animando a los que no se atrevían a hablar y respondiendo por medio de sus ministros o secretarios. A la audiencia seguía un rato de música, pues una de las cosas que más lo deleitaban era oír cantar las acciones ilustres de sus antepasados. Otras veces se divertía en ver ciertos juegos de que hablaremos después. Cuando salía de casa, lo llevaban en hombros los nobles en una litera abierta y bajo un espléndido dosel. Acompañábalo un séquito numeroso de cortesanos, y por donde pasaba, todos se detenían y cerraban los ojos, como si temiesen que los deslumbrase el esplendor de la majestad. Cuando bajaba de la litera para andar, se extendían alfombras a fin de que sus pies no tocasen la tierra.

MAGNIFICENCIA DE LOS PALACIOS Y CASAS REALES

Correspondían a todo este pomposo aparato la grandeza y magnificencia de las casas reales, de las quintas, bosques y jardi-

nes. El palacio de su ordinaria residencia era un vasto edificio de piedra y cal, con veinte puertas que daban a la plaza y a las calles; tres grandes patios, y en uno de ellos una hermosa fuente, muchas salas y más de cien piezas pequeñas. Algunas de las cámaras tenían los muros cubiertos de mármol o de otra hermosa piedra. Los techos eran de cedro, de ciprés o de otra excelente madera, bien trabajada y adornada. Entre las salas había una tan grande que según un testigo de vista, cabían en ella tres mil hombres. (1) Además de aquel palacio, tenía otros dentro y fuera de la ciudad. En México, además del serrallo para sus mujeres, tenía habitaciones para sus consejeros y ministros, para todos los empleados de su servidumbre y de su corte, y aun para alojar a los extranjeros ilustres, especialmente a los dos reyes aliados.

Tenía dos casas en México para animales: una para las aves que no eran de rapiña; otra para éstas, para los cuadrúpedos y reptiles. En la primera había muchas cámaras y corredores con columnas de mármol de una pieza. Estos corredores daban a un jardín, donde entre la frondosidad de los árboles, se veían diez estanques: los unos de agua dulce, para las aves acuáticas de río, y los otros de agua salada, para las de mar. En lo demás de la casa había tantas especies de pájaros, que los españoles que los vieron, quedaron maravillados y no creían que faltaba ninguna de las especies que hay en la Tierra. A cada una se suministraba el mismo alimento de que usaba en estado de libertad, ora de granos, de frutas o de insectos. Sólo para los pájaros que vivían de peces, se consumían diez canastas de éstos diarias, como dice Cortés en sus **Cartas a Carlos V.** Trescientos hombres, según dice el mismo, se empleaban en cuidar de aquellas aves, además de los médicos que observaban sus enfermedades y aplicaban los remedios oportunos. De aquellos trescientos empleados, unos buscaban lo que debía servir de alimento a las aves, otros lo distribuían, otros cuidaban de los huevos y otros las desplumaban en la estación oportuna, pues además del placer que el rey tenía en ver allí reunida tanta multitud de animales, se empleaban las plumas en los famosos mosaicos de que después hablaremos

---

(1) El Conquistador Anónimo en su apreciable Relación: y añade, que habiendo estado cuatro veces en el palacio, y andando por él hasta cansarse, no pudo verlo todo.

y en otros trabajos y adornos. Las salas y cuartos de aquellas casas eran tan grandes, que, como dice el mismo conquistador, hubieran podido alojarse en ellas dos príncipes con sus comitivas. Una de ellas estaba situada en el lugar que hoy ocupa el convento grande de San Francisco.

La otra casa destinada para las fieras, tenía un grande y hermoso patio y estaba dividida en muchos departamentos. En uno de ellos estaban todas las aves de presa, desde el águila real hasta el cernícalo, y de cada especie había muchos individuos. Estos estaban distribuídos, según sus especies, en estancias subterráneas, de más de siete pies de profundidad y más de diez y siete de ancho y largo. La mitad de cada pieza estaba cubierta de losas y además tenían estacas fijas en la pared, para que pudieran dormir y defenderse de la lluvia; la otra mitad estaba cubierta de una celosía con otras estacas, para que pudiesen gozar del sol. Para mantener a estas aves se mataban cada día quinientos pavos. En el mismo edificio había muchas salas bajas, con gran número de jaulas fuertes de madera, donde estaban encerrados los leones, los tigres, los lobos, los coyotes, los gatos monteses y todas las otras fieras a las que se daban de comer ciervos, conejos, liebres, **techichis** y los intestinos de los hombres sacrificados.

No solamente mantenía el rey de México todas aquellas especies de animales, que los otros príncipes mantienen por ostentación; sino también los que por su naturaleza parecen exentos de la esclavitud, como los cocodrilos y las culebras. Estas, que eran de muchas especies, estaban en grandes vasijas y los cocodrilos en estanques circundados de paredes. Había también otros muchos estanques para peces, de los cuales aún se conservan dos hermosos, uno de los cuales he visto yo en el palacio de Chapoltepec, a dos millas de México.

No contento Moteuczoma con tener en su palacio toda clase de animales, había reunido también todos los hombres, que o por el color del cabello o por el del pellejo, o por alguna otra deformidad, podían mirarse como rarezas de su especie. Vanidad ciertamente provechosa, pues aseguraba la subsistencia de tantos miserables y los preservaba de los crueles insultos de los otros hombres.

En todos sus palacios tenía hermosísimos jardines, donde crecían las flores más preciosas, las hierbas más fragantes y las plan-

tas de que se hacía uso en la medicina. También tenía bosques, rodeados de tapias y llenos de animales, en cuya caza se solía divertir. Uno de estos bosques era una isla del lago, conocida actualmente por los españoles con el nombre de **Peñón.**

De todas estas preciosidades no queda más que el bosque de Chapoltepec, que los virreyes españoles han conservado para su recreo, todo lo demás fue destruído por los conquistadores. Arruinaron los magníficos edificios de la antigüedad mexicana, ya por un celo indiscreto de religión, ya por venganza, ya en fin para servirse de los materiales. Abandonaron el cultivo de los jardines reales, abatieron los bosques y redujeron a tal estado aquel país, que hoy no se podría creer la opulencia de sus reyes, si no constase por el testimonio de los mismos que la aniquilaron.

Tanto los palacios como los otros sitios de recreo, se tenían siempre con la mayor limpieza, aun aquellos a los que nunca iba Moteuczoma, pues no había cosa en que tanto se esmerase, como en el aseo de su persona y de todo lo que le pertenecía. Bañábase cada día y para esto tenía baños en todos sus palacios. Cada día se mudaba cuatro veces de ropa y la que una vez le servía, no volvía a servirle más, sino que la regalaba a los nobles y a los soldados que se distinguían en la guerra. Empleaba diariamente, según dicen los historiadores, más de mil hombres en barrer las calles de la ciudad. En una de las casas reales había una gran armería, donde se guardaban toda especie de armas ofensivas y defensivas, las insignias y adornos militares usados en aquellos pueblos. En la construcción de estos objetos empleaba un número increíble de operarios. Para otros trabajos tenía plateros, artífices de mosaico, escultores, pintores y otros. Había un distrito entero habitado por bailarines destinados a su diversión.

LO BUENO Y LO MALO DE MOTEUCZOMA

Su celo por la religión no era inferior a su lujo y magnificencia. Edificó muchos templos a sus dioses y les mandaba hacer frecuentes sacrificios, observando escrupulosamente los ritos y las ceremonias establecidas. Cuidaba mucho de que los templos, y especialmente el principal de México, estuviesen bien servidos y sumamente aseados; pero envilecía su ánimo el vano temor de los agüeros y de los supuestos oráculos de aquellas falsas divinidades. Celaba con esmero la observancia de sus mandatos y la

ejecución de las leyes del reino y era inexorable en el castigo de los transgresores. Tentaba a veces, por medio de otras personas y con regalos, la codicia de los jueces y si hallaba a alguno culpable, lo castigaba irremisiblemente, aunque fuese de la más alta nobleza.

Era implacable enemigo del ocio, y para extirparlo, en cuanto fuese posible en sus estados, procuraba tener siempre ocupados a sus súbditos; a los militares en continuos ejercicios de guerra; a los otros en el cultivo de los campos, en la construcción de nuevos edificios y de otras obras públicas; aun a los mendigos, a fin de darles ocupación, les impuso el deber de contribuir con cierta cantidad de aquellos inmundos insectos, que son los productos del desaseo y los compañeros de la miseria. Esta opresión en que tenía a los pueblos, los inmensos tributos que les había impuesto, su altanería, su orgullo y su extraordinaria severidad en castigar las más pequeñas faltas, producían general descontento en toda clase de habitantes; mas por otro lado sabía atraerse su afecto, socorriendo generosamente sus necesidades y recompensando con profusión a los que lo servían. Un rasgo que merece los mayores elogios y que debería ser imitado por todos los príncipes, fue el destino que dió a la ciudad de Colhuacan, convirtiéndola en hospital de inválidos, para todos aquellos que después de haber servido fielmente a la corona en los empleos militares y políticos, necesitaban asistencia y esmero, sea por su edad, sea por sus achaques. Allí, a expensas del real erario, eran curados y asistidos. Tales eran las cualidades buenas y malas del célebre Moteuczoma y de ellas me ha parecido oportuno dar alguna idea al lector, antes de presentarle la serie de sus sucesos.

Al principio de su reinado mandó dar muerte a Malinalli, señor de Tlachquiauhco, por haberse rebelado contra la corona de México; volvió a someter aquel estado y conquistó el de Achiotlan. De allí a poco estalló otra guerra más grave y más peligrosa, cuyo éxito no fue tan feliz para sus armas.

GUERRA DE TLAXCALA

En medio de tantas provincias sometidas a los mexicanos, por la fuerza de las armas las unas y las otras por miedo de su poderío, la República de Tlaxcala se había conservado firme, sin doblar el cuello a su yugo, a pesar de estar tan poco distante de la

capital de aquel Imperio. Los huexotzingos, los cholultecas y otros estados vecinos, que habían sido aliados de aquella República, envidiosos de su prosperidad, habían irritado contra ella a los mexicanos, bajo el pretexto de que los tlaxcaltecas querían apoderarse de las provincias marítimas del Seno y de que por medio de su comercio con ellas, aumentaban continuamente su poder y su riqueza, procurando seducir a los habitantes, para ponerlos bajo su dominio. Este comercio, de que se quejaban los descontentos, estaba justificado por la necesidad, pues además de ser los pobladores de aquellas provincias originarios de Tlaxcala y reputarse parientes de los tlaxcaltecas, éstos no podían proveerse en otros puntos del algodón, del cacao y de la sal de que carecían. Sin embargo, de tal manera exasperaron el ánimo de los mexicanos las representaciones de los huexotzingos y de los otros rivales de Tlaxcala, que empezando por Moteuczoma I, todos los reyes de México trataron a los tlaxcaltecas como a los mayores enemigos de su corona y pusieron fuertes guarniciones en la frontera de aquella República, para impedir su comercio con las provincias.

Los tlaxcaltecas, viéndose privados de la libertad del tráfico, y por consiguiente de las cosas necesarias a la vida, determinaron enviar una embajada a la nobleza mexicana (probablemente en el tiempo de Axayacatl), quejándose del daño que les hacían las siniestras noticias de sus rivales. Los mexicanos, ensoberbecidos con su prosperidad, respondieron que el rey de México era señor universal del mundo y todos los mortales eran sus vasallos, y como tales, los tlaxcaltecas debían prestarle obediencia y pagarle tributo a ejemplo de las otras naciones; pero que si se rehusaban a someterse, perecerían sin remisión, sus ciudades serían arruinadas y su país habitado por otras gentes. A respuesta tan arrogante y tan insensata, contestaron los embajadores con estas animosas palabras "Poderosísimos señores, los tlaxcaltecas no os deben tributo alguno, ni lo han pagado jamás a ningún príncipe, desde que sus antepasados salieron de los países septentrionales para habitar estas regiones. Siempre han vivido en el goce de su libertad, y no estando acostumbrados a esa esclavitud a que pretendéis reducirlos, lejos de ceder a vuestro poderío, derramarán más sangre que la que vertieron sus mayores en la famosa batalla de Poyauhtlan."

Los tlaxcaltecas, afligidos por las ambiciosas pretensiones de los mexicanos y perdida toda esperanza de reducirlos a aceptar

condiciones moderadas, pensaron en fortificar más sus fronteras para impedir una invasión. Ya habían circundado las tierras de la República con grandes fosos y colocado fuertes guarniciones en la raya; pero con las nuevas amenazas de los mexicanos aumentaron el número de las fortalezas, doblaron el de las tropas que las guarnecían y fabricaron aquella famosa muralla de seis millas de largo, que impedía la entrada a su territorio por parte de oriente, donde era mayor el peligro. Muchas veces fueron atacados por los huexotzingos, por los cholultecas, por los itzocaneses, por los tecamachalcos y por otros estados vecinos, o poco distantes de Tlaxcala; mas todos ellos no pudieron conquistar un palmo de tierra de la República, tal era la vigilancia de los tlaxcaltecas y el valor con que hacían frente a los invasores.

Habíanse entre tanto acogido a su territorio muchos vasallos de la corona de México, especialmente chalqueses, y otomíes de Xaltocan, que se salvaron de las ruinas de sus ciudades en las guerras anteriores. Estos aborrecían de muerte a los mexicanos por los males que de ellos habían recibido, por lo que los tlaxcaltecas vieron en ellos los hombres más aptos para oponerse a las tentativas de sus enemigos. No se engañaron, pues en efecto, la mayor resistencia que hallaron los mexicanos fue la que les hicieron aquellos prófugos, especialmente los otomíes, que eran los que guarnecían las fronteras y que por los grandes servicios que hacían a la República fueron por ella magníficamente recompensados.

Durante los reinados de Axayacatl y de sus sucesores, los tlaxcaltecas estuvieron privados de todo comercio con las provincias marítimas, de lo que resultó tal escasez de sal, que los habitantes se acostumbraron a comer los manjares sin aquel condimento y no volvieron a usarlo hasta muchos años después de la conquista de los españoles. Pero los nobles, o a lo menos algunos de ellos, tenían correspondencia secreta con los mexicanos, y por su medio se proveían de todo lo necesario, sin que llegase esto a noticia de la plebe de una ni otra ciudad. Nadie ignora que en las calamidades generales, los pobres son los que soportan todo el peso de la tribulación, mientras los ricos saben hallar medios de evitarla, o cuando menos de mitigar su rigor.

Moteuczoma entre tanto, no pudiendo sufrir que la pequeña República de Tlaxcala le negase la obediencia y la adoración que le tributaban tantos pueblos, aun de los más remotos de

su capital, mandó al principio de su reinado que los estados vecinos a los tlaxcaltecas alistasen tropas y atacasen por todas partes aquella República. Los huexotzingos, confederados con los cholultecas, pusieron sus fuerzas bajo el mando de Tecayahuatzin, jefe del estado de Huexotzingo, y éste, prefiriendo por entonces la astucia a la fuerza, procuró con dones y promesas atraer a su partido a los habitantes de Hueyetlipan, ciudad de la República, situada en la frontera del reino de Acolhuacan y a los otomíes, que guardaban los otros puntos de la raya. Ni unos ni otros cedieron a sus halagos, antes bien, protestaron que estaban dispuestos a morir en defensa de la República. Los huexotzingos, viéndose ya en el caso de echar mano de la fuerza, entraron con tanto ímpetu en las tierras de Tlaxcala, que no bastando a detenerlos las guarniciones de la frontera, llegaron haciendo grandes estragos, hasta Xiloxochitla, pueblo distante sólo tres millas de la capital. Allí les hizo gran resistencia Tizaltlacatzin, célebre caudillo tlaxcalteca, más al fin murió, oprimido por la muchedumbre de sus enemigos, los cuales, a pesar de hallarse tan cerca de la capital, tuvieron miedo de la venganza de los tlaxcaltecas y volvieron precipitadamente a sus territorios. Este fue el origen de las continuas batallas y hostilidades que hubo entre aquellos pueblos hasta la llegada de los españoles. La historia no dice si en la ocasión de que vamos hablando tomaron parte en la guerra los otros estados vecinos a Tlaxcala; quizás los huexotzingos y los cholultecas no les permitieron participar de su gloria.

Los tlaxcaltecas quedaron tan exasperados contra los huexotzingos, que no queriendo ya limitarse a la defensa del estado, pasaron muchas veces las fronteras y atacaron a los enemigos en su propio territorio. Una vez los acometieron por las faldas de los montes que están al occidente de Huexotzingo, (1) y de tal modo los apretaron, que no pudiendo resistirles los huexotzingos, pidieron socorro a Moteuczoma, el cual les envió un numeroso ejército al mando de su hijo primogénito. Estas tropas marcharon por la falda meridional del volcán de Popocatepec, donde se les agregaron las de Chietlan y de Itzocan, y de allí por Quauhquechollan entraron en el valle de Atlixco. Los tlaxcaltecas, enterados del camino que habían tomado sus enemigos,

(1) La ciudad de Huexotzingo no estaba entonces donde hoy se halla la del mismo nombre, sino más a poniente.

determinaron hacerles una diversión y atacarlos por retaguardia antes que se uniesen con los huexotzingos. Fue tan impetuosa su arremetida, que los mexicanos sufrieron una derrota completa y aprovechándose de su desorden los tlaxcaltecas, hicieron en ellos sangrientísimo estrago. Cayó entre los muertos el príncipe, general en jefe, a quien se había conferido aquel cargo más bien en consideración a su alto carácter, que por su pericia en el arte de la guerra. Los restos del ejército huyeron y los vencedores, cargados de despojos, regresaron a Tlaxcala. Es de extrañar que no se dirigiesen inmediatamente a Huexotzingo, pues debían esperar que no fuese larga su resistencia; pero quizás no fue tan completa la victoria, que no experimentasen también ellos una pérdida considerable y tendrían por más conveniente ir a gozar los frutos de su triunfo para entrar después con mayores fuerzas en campaña. Volvieron en efecto; pero fueron rechazados por los huexotzingos, que se habían fortificado y regresaron a Tlaxcala sin otra ventaja que la de haber hecho grandes daños en los campos de los enemigos, lo que les ocasionó tan gran escasez de víveres, que les fue preciso pedir socorro a los mexicanos y a otros pueblos.

Moteuczoma se apesadumbró, como debía, por la muerte de su hijo y por la pérdida de sus tropas; deseoso pues, de tomar venganza, hizo apercibir otro ejército en los provincias vecinas a Tlaxcala, para bloquear toda la República; pero los tlaxcaltecas previendo lo que iba a suceder, se habían fortificado extraordinariamente y aumentado las guarniciones. Combatióse vigorosamente por una y otra parte; pero al fin las tropas reales fueron rechazadas, dejando considerables riquezas en manos de sus enemigos. La República celebró con grandes regocijos estas prosperidades y remuneró a los otomíes, a quienes principalmente se debían, confiriendo a los más distinguidos de entre ellos la dignidad de **Texctli**, que era la más alta del estado, y dando a los jefes de aquella nación las hijas de los más nobles tlaxcaltecas.

No hay duda que si el rey de México se hubiera empeñado seriamente en aquella lucha, hubiera al cabo sometido los tlaxcaltecas a su corona; porque aunque la República tenía grandes fuerzas, tropas aguerridas y fronteras bien guardadas, su poder era muy inferior al de los mexicanos. Por lo que me parece verosímil lo que dicen los historiadores, a saber: que los reyes de México dejaron con toda intención subsistir aquel estado rival, dis-

tante apenas sesenta millas de su capital, tanto para tener frecuentes ocasiones de ejercitar sus tropas, como también y principalmente, para proporcionarse los prisioneros necesarios a sus sacrificios. Uno y otro objeto conseguían en los frecuentes ataques que daban a los pueblos de Tlaxcala.

TLAHUICOLE, FAMOSO GENERAL DE LOS TLAXCALTECAS

Entre las víctimas tlaxcaltecas es memorable en las historias de aquel país un famosísimo general llamado **Tlahuicole,** (1) en quien no se sabía si era más admirable el denuedo de su ánimo, que la fuerza extraordinaria de su cuerpo. El **macuahuitl,** o espada mexicana con que combatía, era tan pesada, que apenas podía alzarla del suelo un hombre de fuerzas ordinarias. Su nombre era el terror de los enemigos de la República y todos huían donde quiera que lo veían parecer con su formidable armamento. Este, pues, en un asalto que dieron los huexotzingos a una guarnición de otomíes, se empeñó incautamente, en el calor de la acción, en un sitio pantanoso, de donde no pudiendo salir con la prontitud que quería, fue hecho prisionero, encerrado en una fuerte jaula y de allí llevado a México y presentado a Moteuczoma. Este monarca, que sabía apreciar el mérito, aun en sus enemigos, en vez de darle muerte, le concedió generosamente la libertad de volver a su patria; pero el arrogante tlaxcalteca no quiso aceptar aquella gracia, bajo el pretexto de no osar presentarse ante sus compatriotas cubierto de ignominia. Dijo que quería morir como los otros prisioneros, en honor de sus dioses. Moteuczoma, viéndolo tan resuelto a no volver a su patria y no queriendo privar al mundo de un hombre tan célebre, lo tuvo entretenido en su corte, con la esperanza de hacerlo amigo de los mexicanos y de emplear sus servicios en bien de la corona. Entretanto se encendió la guerra con los de Michuacan, cuyas causas y pormenores ignoramos enteramente, y el rey encargó a Tlahuicole el mando de las tropas que envió a Tlaximaloyan, frontera, como ya he dicho, de aquel reino. Tlahuicole correspondió a la confianza que había merecido, y no habiendo podido desalo-

---

(1) El suceso de Tlahuicole ocurrió verosímilmente en los últimos años del reinado de Moteuczoma; pero me ha parecido conveniente anticiparlo por la relación que tiene con la guerra de Tlaxcala.

jar a los michuacanos del sitio en que se habían fortificado, hizo muchos prisioneros y les tomó gran cantidad de oro y plata. Moteuczoma apreció sus servicios y volvió a concederle la libertad; pero rehusándola él, como antes había hecho, le ofreció el rey el alto empleo de Tlacatecatl, o sea general de los ejércitos mexicanos. A esto respondió el valiente republicano que no quería ser traidor a su patria y que quería absolutamente morir, con tal que fuese en el sacrificio gladiatorio, que, como destinado a los prisioneros de más nota, le sería mucho más honroso que el ordinario. Tres años vivió aquel general en México, con una de sus mujeres que había ido de Tlaxcala a reunírsele y es de creer que los mexicanos proporcionasen esta unión a fin de que les dejase una gloriosa posteridad, que ennobleciese con sus hazañas la corte y el reino de México. Finalmente, viendo el rey la obstinación con que rehusaba todos los partidos que se le ofrecían, condescendió con su bárbaro deseo y señaló el día del sacrificio. Ocho días antes empezaron los mexicanos a celebrarlo con bailes; cumplido aquel término, en presencia del rey, de la nobleza y de una gran muchedumbre, pusieron al prisionero tlaxcalteca atado por un pie en el **temalacatl**, que era una piedra grande y redonda en que se hacían aquellos sacrificios. Salieron uno a uno para combatir con él, muchos hombres animosos, de los que mató según dicen, ocho e hirió a veinte, hasta que cayendo medio muerto en tierra, de un golpe que recibió en la cabeza, fue llevado ante el ídolo Huitzilopochtli y allí le abrieron el pecho, le sacaron el corazón los sacerdotes y precipitaron el cadáver por las escaleras del templo, según el rito establecido. Así terminó sus días aquel valiente general, cuyo valor y fidelidad a su patria lo hubieran elevado a la clase de héroe, si lo hubieran dirigido las luces de la religión.

HAMBRE EN LAS PROVINCIAS DEL IMPERIO Y OBRAS PUBLICAS EN LA CORTE

Mientras se hacía la guerra con los tlaxcaltecas, se padeció hambre en algunas provincias del Imperio, ocasionada por la sequedad de los años anteriores. Consumido todo el grano que tenían los particulares, tuvo ocasión Moteuczoma de ejercer su liberalidad: abrió sus graneros y distribuyó entre sus súbditos todo el maíz que contenían; mas no bastando éste a re-

mediar su necesidad, permitió, a imitación de Moteuczoma I, que fuesen a otros países a proporcionarse lo necesario para vivir. El año siguiente, que era el de 1505, habiendo habido una cosecha abundante, salieron los mexicanos a la guerra contra Quauhtemallan, provincia distante más de novecientas millas de México hacia el sudeste. Mientras se hacía esta guerra, ocasionada probablemente por alguna hostilidad cometida por los quauhtemaltecos contra los súbditos de la corona, se terminó en México la fábrica de un templo erigido en honor de la diosa Centeotl, cuya solemne dedicación fue celebrada con el sacrificio de los prisioneros hechos en la guerra.

Habían por aquel tiempo los mexicanos ensanchado el camino que iba sobre el lago, de Chapoltepec a México, y reconstruído el acueducto que en el mismo camino había; pero la alegría que ocasionó la terminación de aquellas obras, se turbó con el incendio de la torre de un alto templo llamado **Zomolli,** de resultas de un rayo que cayó en ella. Los habitantes de la parte de la ciudad remota del templo y particularmente los tlatelolcos, no habiendo tenido noticia del rayo, se persuadieron que el incendio había sido excitado por algunos enemigos que habían llegado repentinamente a la ciudad, por lo que se armaron para defenderla y acudieron en tropel al templo. Tanto indignó a Moteuczoma aquella inquietud, atribuyéndola a un mero pretexto de los tlatelolcos para promover una sedición (pues siempre estaba desconfiando de ellos), que los privó de los empleos públicos que servían y aun les prohibió que se presentasen en la corte, no bastando a disuadirlo de aquella resolución, ni las protestas que hicieron de su inocencia, ni los ruegos con que imploraban la clemencia real; pero cuando se apaciguó aquel primer ímpetu de su cólera, los restituyó a sus empleos y a su gracia.

NUEVAS REVUELTAS

Entre tanto se rebelaron contra la corona los mixtecas y los zapotecas. Los principales jefes de la rebelión, en que tomaron parte los nobles de ambas naciones, fueron Cetecpatl, señor de Coaixtlahuacan y Nahuixochitl, señor de Tzotzollan. Antes de todo mataron a traición a todos los mexicanos que estaban en las guarniciones de Huaxyacac y de otros puntos. Cuando Moteuczoma tuvo noticia de estos sucesos, mandó contra ellos un grue-

so ejército, compuesto de mexicanos, tezcocanos y tepanecas, bajo las órdenes del príncipe Cuitlahuac, su hermano, y sucesor a la corona. Los rebeldes fueron prontamente vencidos, muchísimos de ellos hechos prisioneros con sus jefes y saqueada su ciudad. El ejército volvió a México cargado de despojos: los cautivos fueron sacrificados y el estado de Tzotzollan fue dado a Cozcacuauhtli, hermano de Nahuixochitl, por haber sido fiel al rey, anteponiendo la obligación de súbdito a los vínculos de la sangre; pero se difirió el sacrificio de Cetecpatl, hasta que hubo descubierto los cómplices de su crimen y los designios de los rebeldes.

DISENSION ENTRE HUEXOTZINGOS Y CHOLULTECAS

Poco tiempo después de esta expedición, se suscitó una reyerta entre los huexotzingos y los cholultecas, sus amigos y vecinos, no sé por qué causa y remitiendo la decisión a las armas, se dieron una batalla campal. Los cholultecas, como más prácticos en el ejercicio de la religión, del comercio y de las artes, que en el de la guerra, fueron vencidos y obligados a retirarse a su ciudad, a donde sus enemigos los persiguieron matándoles mucha gente y quemándoles algunas casas. Apenas consiguieron este triunfo los huexotzingos, cuando se arrepintieron amargamente, temerosos del castigo que les amenazaba. Para evitarlo, enviaron a Moteuczoma dos personas de carácter, llamadas **Tolimpanecatl** y **Tzoncoztli,** procurando justificarse e inculpar a los cholultecas. Los embajadores, o por exaltar el valor de sus compatriotas, o por otro motivo que ignoro, exageraron de tal modo la pérdida de los cholultecas, que hicieron creer al rey que todos habían perecido y que los pocos que se habían salvado habían abandonado la ciudad. Moteuczoma al oir estos pormenores se afligió extraordinariamente y temió la venganza del dios Quetzalcoatl, cuyo santuario, que era de los más célebres y reverenciados de todo aquel país, creía profanado por los huexotzingos. Habiéndose aconsejado con los dos reyes aliados mandó a Cholula algunos personajes de su corte, para informarse exactamente de todo lo que había ocurrido; noticioso de que los embajadores le habían exagerado la verdad, se encolerizó de tal modo por este engaño, que sin detenerse, despachó a Huexotzingo un ejército, mandando al general que castigase severamente a los habitantes si no le daban la debida satisfacción. Los huexotzingos, previen-

do la tempestad que iba a descargar sobre ellos, salieron ordenados en forma de batalla a recibir a los mexicanos, cuyo general se adelantó y les expuso en estos términos la comisión que llevaba "Nuestro señor Moteuczoma, que tiene su corte en medio de las aguas, Nezahualpilli, que manda en las orillas del lago. y Totoquihuatzin, que reina al pie de los montes, me mandan deciros que han sabido por vuestros embajadores la ruina de Cholula y la muerte de sus habitantes, que esta noticia los ha penetrado de dolor y que se creen obligados a vengar tamaño atentado contra el venerable santuario de Quetzalcoatl." Los huexotzingos respondieron que aquella noticia había sido muy exagerada; pero que la ciudad no tenía la culpa de la propagación de la mentira, y en prueba de ello se ofrecieron a satisfacer a los tres reyes con el castigo de los culpables. Hicieron conducir en seguida a los embajadores y los entregaron al general, después de haberles cortado las orejas y las narices, que era la pena de los que propagaban falsedades contrarias al bien público. Así terminaron los males de la guerra, que de otro modo hubieran sido inevitables.

EXPEDICION CONTRA ATLIXCO Y OTROS PUEBLOS

Harto diferente fue la suerte de los atlixqueses que se habían rebelado contra la corona, pues fueron derrotados por los mexicanos, que les hicieron un gran número de prisioneros. Ocurrió esto el mes de febrero de 1506, cuando por haber terminado el siglo, se celebraba la fiesta de la renovación del fuego, con mucho más aparato y solemnidad que en tiempo de Moteuczoma I y en los otros años seculares. Aquella fue la más magnífica y la última que celebraron los mexicanos. En ella fueron sacrificados muchos prisioneros, reservando otros para la dedicación del Tzompantli, que, como después diremos, era un edificio inmediato al templo mayor, donde se guardaban las calaveras de las víctimas.

PRESAGIOS DE LA CONQUISTA DE LOS ESPANOLES

Parece que no hubo guerra alguna en aquel año secular; pero en el de 1507 los mexicanos hicieron una expedición contra Tzolan y Mictlan, pueblos mixtecas cuyos habitantes huyeron a los montes, sin dejar otras ventajas a los mexicanos que algunos prisioneros que hicieron de los pocos que se habían quedado en

sus casas. De allí pasaron a subyugar a los Quauhquechollan, que se habían rebelado, en cuya ocasión ostentó su valor el príncipe Cuitlahuac, general del ejército. Murieron algunos valientes caudillos mexicanos; pero volvieron a imponer el yugo a los rebeldes y les hicieron tres mil y doscientos prisioneros, que fueron sacrificados, parte en la fiesta de Tlacaxipehualiztli, que se hacía en el segundo mes mexicano y parte en la dedicación del santuario Zomolli, el cual, después del ya mencionado incendio, había sido magníficamente reconstruído.

El año siguiente salió el ejército real, compuesto de mexicanos, tezcocanos y tepanecas, contra la remota provincia de Amatlan. Al pasar por una altísima montaña, sobrevino una gran tempestad de nieve que ocasionó terrible estrago en el ejército, pues los unos, que viajaban casi desnudos y estaban acostumbrados a un clima suave, murieron de frío y otros, de la caída de los árboles que arrancaba el viento. Del resto de las tropas, que continuaron muy disminuídas su viaje, murió la mayor parte en las acciones.

Esta y otras calamidades, unidas a la aparición de un cometa, pusieron en gran consternación a aquellos pueblos. Moteuczoma, que era demasiado supersticioso para ver con indiferencia aquel fenómeno, consultó a los astrólogos, y no habiendo podido éstos darle una respuesta satisfactoria, hizo la misma pregunta al rey de Acolhuacan, que era muy dado a la astrología y a la adivinación. Estos reyes, aunque parientes y perpetuamente aliados, no vivían en muy buena armonía desde que el de Acolhuacan había mandado dar muerte a su hijo Huexotzincatzin, sin dar oídos a los ruegos de Moteuczoma, que como tío de este príncipe, había implorado su perdón. Había ya mucho tiempo que no se trataban con la frecuencia y confianza que antes; pero en aquella época el vano terror que se apoderó del ánimo de Moteuczoma, lo excitó a valerse del saber de Nezahualpilli; así que, le rogó que pasase a México para tratar de aquel asunto que a uno y otro era tan interesante. Condescendió con sus ruegos el rey de Acolhuacan, y después de haber discurrido largo tiempo con Moteuczoma, fue de opinión, según dicen los historiadores, que el cometa anunciaba las futuras desgracias de aquel reino, de resultas de la llegada de gentes extrañas. Pero no agradando tampoco esta interpretación a Moteuczoma, Nezahualpilli lo desafió a jugar al balón, que era diversión muy común entre aquellas gen-

tes, y aun entre los mismos monarcas; además, convinieron en que si el rey de México ganaba, el de Acolhuacan renunciaría a su interpretación y la creería falsa, y si ganaba éste, aquél la adoptaría como verdadera. Insensatez verdaderamente ridícula de aquellos hombres, como si el éxito de una predicción dependiese de la destreza del jugador o de la suerte del juego; pero menos perniciosa que la de los antiguos europeos, que hacían depender de la barbarie del duelo y de la incertidumbre de las armas, el honor, la inocencia y la verdad. Quedó Nezahualpilli vencedor en el juego y desconsolado Moteuczoma por la pérdida y por la confirmación de tan triste vaticinio. Sin embargo, quiso tomar otras medidas esperando hallar una explicación más favorable que contrapesase la del rey de Acolhuacan. Hizo, pues, consultar a un famosísimo astrólogo muy versado en las supersticiones de la adivinación, con las que había adquirido tanta celebridad y tanto influjo, que sin salir de su casa daba respuestas como un oráculo a los potentados y a los reyes. Este hombre, sabiendo lo que había ocurrido entre los dos monarcas, en lugar de dar una respuesta favorable a su soberano, o equívoca a lo menos, como hacen comunmente los que viven de semejantes patrañas, confirmó plenamente los funestos anuncios del rey de Acolhuacan. con lo que se indignó de tal manera Moteuczoma, que en recompensa mandó destruir la casa del pobre astrólogo, quedando él sepultado en las ruinas.

Estos y otros vaticinios de la ruina de aquel imperio se ven en las pinturas mexicanas y en las obras de los españoles. Estoy muy lejos de pensar que todo lo que hallamos escrito sobre este asunto, sea digno de crédito; pero tampoco puedo dudar de las tradiciones que existían entre los mexicanos, acerca de la próxima ruina de aquel Imperio, de resultas de la venida de gentes extrañas que se apoderarían de toda la tierra. No ha habido en todo el país de Anáhuac una sola nación, culta o inculta, que no haya admitido aquella creencia, como lo prueban las tradiciones verbales de las unas y las historias de las otras. Es imposible adivinar el primer origen de una opinión tan general; pero desde que en los siglos XV y XVI, los navegantes, ayudados por la invención de la brújula, empezaron a perder el miedo a la alta mar, y los europeos, estimulados por la ambición y por la sed insaciable del oro, se habían familiarizado con los peligros del Océano, aquél maligno espíritu, enemigo capital del género humano, que

no cesa de espiar en toda la Tierra las acciones de los mortales, pudo fácilmente conjeturar los progresos marítimos de los pueblos de Oriente, el descubrimiento del Nuevo Mundo y una parte de los grandes sucesos que allí debían ocurrir, y no es inverosímil que los predijese a la nación consagrada a su culto, para confirmar con la misma predicción del porvenir, la errónea persuasión de su pretendida divinidad. Pero si el demonio pronosticaba futuras calamidades para engañar a aquellos miserables pueblos, el piadosísimo Autor de la verdad las anunciaba también para disponer sus espíritus a la admisión del Evangelio. El suceso que voy a referir en confirmación de esta verdad, fue público y estrepitoso, ocurrido en presencia de dos reyes y de toda la nobleza mexicana. Hallábase además representado en algunas pinturas de aquella nación y de él se envió un testimonio jurídico a la corte de España.

SUCESO MEMORABLE DE UNA PRINCESA MEXICANA

Papantzin, princesa mexicana y hermana de Moteuczoma se había casado con el gobernador de Tlatelolco; muerto éste, permaneció en su palacio hasta el año de 1509, en que murió también de enfermedad natural. Celebráronse sus exequias con la magnificencia correspondiente al esplendor de su nacimiento, con asistencia del rey su hermano y de toda la nobleza de ambas naciones. Su cadáver fue sepultado en una cueva o gruta subterránea que estaba en los jardines del mismo palacio, próxima a un estanque en que aquella señora solía bañarse, y la entrada se cerró con una piedra de poco peso. El día siguiente, una muchacha de cinco a seis años, que vivía en el palacio, tuvo el capricho de ir desde la habitación de su madre a la del mayordomo de la difunta, que estaba más allá del jardín; al pasar por el estanque, vió a la princesa sentada en los escalones de éste y oyó que la llamaba con la palabra **cocoton,** de la que se sirven en aquel país para llamar y acariciar a los niños. La muchacha, que por su edad no era capaz de reflexionar en la muerte de la princesa y pareciéndole que ésta iba a bañarse, como lo tenía de costumbre, se acercó sin recelo y la princesa le dijo que fuese a llamar a la mujer del mayordomo. Obedeció en efecto; mas esta mujer, sonriendo y haciéndole cariños le dijo, "Hija mía, Papantzin ha muerto y ayer la hemos enterrado." Mas como la muchacha insistía y aun la tiraba del traje, que allí llaman **huepilli,** ella, más por compla-

cerla que por creer lo que le decía, la siguió al sitio a que la condujo, y apenas llegó a presencia de aquella señora, cayó al suelo horrorizada y sin conocimiento. La muchacha avisó a su madre, y ésta con otras dos mujeres, acudieron a socorrer a la del mayordomo; mas al ver a la princesa, quedaron tan despavoridas, que también se hubieran desmayado si ella misma no les hubiera dado ánimo, asegurándoles que estaba viva. Mandó por ellas llamar al mayordomo y le encargó que fuese a dar noticia de lo ocurrido al rey su hermano; pero él no se atrevió a obedecerla, porque temió que el rey no diese crédito a su noticia, y sin examinarla, lo castigase con su acostumbrada severidad. "Id, pues, a Tezcoco, le dijo la princesa, y rogad en mi nombre al rey Nezahualpilli que venga a verme." Obedeció el mayordomo y el rey no tardó en presentarse. A la sazón, la reina había entrado en uno de los aposentos de palacio. Saludóla el rey lleno de temor y ella le rogó que pasase a México y dijese al rey su hermano que estaba viva y que necesitaba verlo para descubrirle algunas cosas de suma importancia. Desempeñó Nezahualpilli su comisión y Moteuczoma apenas podía creer lo que estaba oyendo. Sin embargo, por no faltar al respeto debido a su aliado, fue con él y con muchos nobles mexicanos a Tlatelolco, y entrando en la sala donde estaba la princesa, le preguntó si era su hermana. "Yo soy señor, respondió ella, vuestra hermana Papantzin, la misma que habéis enterrado ayer; estoy viva en verdad y quiero manifestaros lo que he visto, porque os importa." Dicho esto, se sentaron los dos reyes, quedando todos los demás en pie, maravillados de lo que veían.

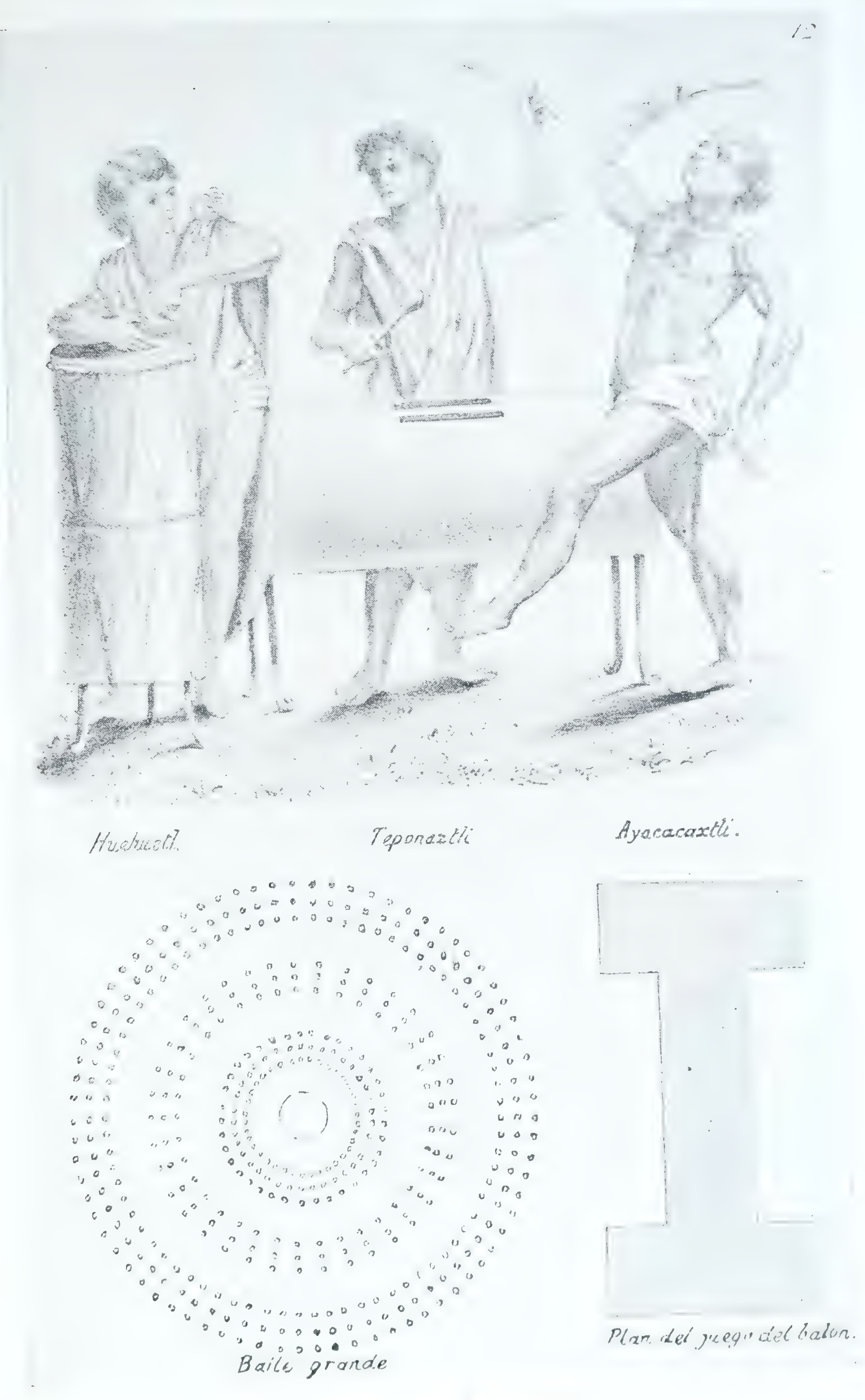
Entonces la princesa volvió a tomar la palabra y dijo "Después que perdí la vida, o si esto os parece imposible, después que quedé privada de sentido y movimiento, me hallé de pronto en una vasta llanura, a la cual por ninguna parte se descubría término. En medio observé un camino, que se dividía en varios senderos, y por un lado corría un gran río, cuyas aguas hacían un ruido espantoso. Queriendo echarme a él, para pasar a nado a la orilla opuesta, se presentó a mis ojos un hermoso joven, de gallarda estatura, vestido con un ropaje largo, blanco como la nieve y resplandeciente como el sol. Tenía dos alas de hermosas plumas y llevaba esta señal en la frente (al decir esto la princesa, hizo con los dedos la señal de la cruz), y tomándome por la mano me dijo "Detente, aún no es tiempo de pasar este río. Dios te ama, aunque tú no lo conoces."—De allí me condujo por las ori-

llas del río, en las que ví muchos cráneos y huesos humanos y oí gemidos tan lastimeros que me movieron a compasión. Volviendo después los ojos al río, ví en él unos barcos grandes y en ellos muchos hombres diferentes de los de estos países, en traje y color. Eran blancos y barbudos; tenían estandartes en las manos y yelmos en la cabeza. "Dios, me dijo entonces el joven, quiere que vivas a fin de que des testimonio de las revoluciones que van a sobrevenir en estos países. Los clamores que has oído en estas márgenes, son de las almas de tus antepasados que viven y vivirán siempre atormentadas en castigo de sus culpas. Esos hombres que ves venir en los barcos son los que con las armas se harán dueños de estas regiones y con ellos vendrá también la noticia del verdadero Dios, Creador del cielo y de la tierra. Cuando se haya acabado la guerra y promulgado el baño que lava los pecados, tú serás la primera que lo reciba y guíe con su ejemplo a todos los habitantes de estos países."—Dicho esto, desapareció el joven y yo me encontré restituída a la vida: me alcé del sitio en que yacía, levanté la lápida del sepulcro y salí al jardín, donde me encontraron mis domésticos."

Atónito quedó Moteuczoma al oir estos pormenores; turbada su mente con los más tristes pensamientos, se levantó y se dirigió a un palacio que tenía para los tiempos de luto, sin hablar a su hermana, ni al rey de Tezcoco, ni a ningún otro de los que lo acompañaban, aunque algunos aduladores para tranquilizarlo, procuraron persuadirle que la enfermedad que había padecido la princesa, le había trastornado el sentido. No quiso volver a verla por no afligirse de nuevo con los melancólicos presagios de la ruina de su Imperio. La princesa vivió muchos años después, enteramente consagrada al retiro y a la abstinencia. Fue la primera que en el año de 1524 recibió en Tlatelolco el sagrado bautismo y se llamó desde entonces **doña María Papantzin.** En los años que sobrevivió a su regeneración fue un perfecto modelo de virtudes cristianas y su muerte correspondió a su vida y a su maravillosa vocación al cristianismo.

FENOMENOS NOTABLES

Además de este memorable suceso, ocurrió en 1510 el repentino y violento incendio de las torres del templo mayor de México, en una noche serena, sin haberse podido jamás averiguar su cau-



Instrumentos de músicos



sa, y el año anterior se habían agitado de pronto y con tanta violencia las aguas del lago, que arruinaron las casas de la ciudad, sin haber habido viento, terremoto ni otra causa natural a que se pudiera atribuir aquel extraño acaecimiento. También se dice que en 1511 se vieron en el aire hombres armados que combatían entre sí y se mataban. Estos y otros fenómenos, referidos por Acosta, Torquemada y otros escritores, se hallan exactamente descritos en las historias mexicanas y acolhuas. No es inverosímil que habiendo Dios anunciado con varios prodigios la pérdida de algunas ciudades, como consta por la Sagrada Escritura y por el testimonio de Josefo, de Eusebio de Cesarea, de Orosio y de otros escritores, quisiese también usar de la misma providencia con respecto al trastorno general de un mundo entero, que es sin duda el suceso más grande y extraordinario de cuantos encierra la historia profana.

ERECCION DE UN NUEVO ALTAR PARA LOS SACRIFICIOS Y NUEVAS EXPEDICIONES DE LOS MEXICANOS

La consternación que estos presagios inspiraron a Moteuczoma, no lo distrajo de sus proyectos belicosos. Muchas fueron las expediciones emprendidas por sus ejércitos en el año de 1508, especialmente contra los tlaxcaltecas, los huexotzingos, los atlixqueses y los habitantes de Xepatepec y de Malinaltepec. En ellas hicieron más de cinco mil prisioneros, que después fueron sacrificados en la capital. En 1509 hizo el rey la guerra a los de Xochitepec, que se le habían rebelado. El año siguiente, pareciendo a Moteuczoma demasiado pequeño el altar de los sacrificios y poco correspondiente a la magnificencia del templo, mandó buscar una piedra de desmesurada grandeza, la cual fue hallada en las inmediaciones de Coyohuacan. Después de haberla hecho pulir y labrar primorosamente, mandó que se llevasen con gran solemnidad a México. Concurrió un gentío inmenso a tirar de ella; pero al pasar por un puente de madera que había sobre un canal a la entrada de la ciudad, con el enorme peso de la piedra se rompieron las vigas y cayó al agua, arrastrando consigo algunas personas, y entre ellas el sumo sacerdote que la iba incensando. Mucho sentimiento causó al rey y al pueblo esta desgracia; pero sin abandonar la empresa, sacaron la piedra del agua con extraordinaria fatiga y la llevaron al templo, donde fue dedicada con el sacrificio de todos los prisioneros que se habían reservado para aquella

gran fiesta, la cual fue una de las más solemnes celebradas por los mexicanos. Para ella convocó el rey a los principales individuos de la nobleza de todo el reino y gastó grandes tesoros en los regalos que hizo a nobles y plebeyos. Aquel mismo año se celebró también la dedicación del templo **Tlamazinco** y del de **Cuaxicalco,** de que después hablaremos. Las víctimas sacrificadas en estas dos ceremonias fueron, según los historiadores, doce mil doscientas diez.

Para suministrar tan gran número de infelices, era necesario hacer continuamente la guerra. En 1511 se rebelaron los Xopes, y quisieron asesinar a toda la guarnición mexicana de Tlacotepec; pero descubierto prematuramente su designio, fueron castigados y doscientos de ellos conducidos prisioneros a la capital. En 1512 marchó un ejército de mexicanos hacia el norte, contra los quetzalapanecas y con pérdida de sólo noventa y cinco hombres, hicieron mil trescientos treinta y dos prisioneros, que fueron también llevados a México. Con estas y otras conquistas hechas en los tres años siguientes, llegó el Imperio mexicano a su mayor amplitud, cinco o seis años antes de su ruina. a la que contribuyeron en gran parte aquellos rápidos triunfos. Cada provincia, cada pueblo conquistado, era un nuevo enemigo, que sufriendo con impaciencia el yugo a que no estaba acostumbrado e irritado contra la violencia de los conquistadores sólo esperaba una buena ocasión para vengarse y recobrar la libertad perdida. La felicidad de un reino no consiste en la extensión de dominios, ni en la multitud de vasallos; antes bien nunca se aproxima tanto a su ruina, como cuando por su desmesurada extensión no puede mantener la unión necesaria entre sus partes, ni aquel vigor que se necesita para resistir a la muchedumbre de sus enemigos.

MUERTE Y ELOGIO DEL REY NEZAHUALPILLI

No contribuyeron menos a la ruina del Imperio mexicano las revoluciones que en aquel mismo tiempo ocurrieron en el reino de Acolhuacan, ocasionadas por la muerte de Nezahualpilli. Aquel célebre monarca, después de haber ocupado el trono cuarenta y cinco años, o cansado del gobierno, o consternado por los funestos presagios de que había sido testigo, dejó el mando a dos príncipes reales y se retiró a su casa de campo en Tezcotzinco, llevando consigo a su favorita Xocotzin y a unos pocos servidores;

dando orden a sus hijos que no saliesen de la corte, sino que en ella aguardasen sus ulteriores disposiciones. En los seis meses que pasó en aquel retiro, se divertía frecuentemente en el ejercicio de la caza y empleaba la noche en la observación de las estrellas, para lo que había mandado construir en la azotea de su palacio un pequeño observatorio, que se conservó hasta el siglo siguiente y fue visto por algunos historiadores españoles que de él hacen mención. Allí, no sólo observaba el movimiento y el curso de los astros, sino que conferenciaba con algunos inteligentes en astronomía, estudio muy apreciado siempre en aquellos pueblos y al cual se dedicaron muchos, estimulados por el ejemplo de este gran rey y de su antecesor.

Después de seis meses de esta vida privada, volvió a la corte, mandó a su querida Xocotzin que se retirase con sus hijos al palacio llamado Tecpilpan y él se encerró en el de su ordinaria residencia, sin dejarse ver sino de alguno de sus confidentes, con designio de ocultar su muerte, a imitación de su padre. En efecto, nunca se supo nada acerca de la época, ni de las otras circunstancias de aquel suceso; sólo que ocurrió en 1516, y que poco antes de morir mandó a sus confidentes que quemasen secretamente su cadáver. De sus resultas, el vulgo y no pocos de la nobleza creyeron que no había muerto, sino que había ido al reino de Amaquemecan, donde tuvieron origen sus antepesados, como muchas veces lo había anunciado.

Las opiniones religiosas de aquel monarca fueron en todo conformes a las de su padre. Despreciaba interiormente el culto de los ídolos, aunque en lo exterior seguía las prácticas comunes. Imitó también a su padre en el celo por las leyes y en la severidad de su justicia; de lo que dió un raro ejemplo en los últimos años de su vida. Había una ley que prohibía bajo la pena de muerte decir palabras indecentes en el real palacio. Violó esta ley uno de los príncipes sus hijos, llamado Huexotzincatzin, que era justamente el que más amaba, tanto por su índole y por las virtudes que descubría en su juventud, como por ser el mayor de los que tuvo de su favorita Xocotzin; pero las palabras del príncipe habían sido más bien efecto de inconsideración juvenil, que de perverso designio. Súpolo el rey por una de sus concubinas, a quien se habían repetido aquellas expresiones. Preguntóle si había ocurrido el lance en presencia de otras personas, y sabiendo que había sido en presencia de los ayos del príncipe, se retiró a

un aposento de palacio, destinado para las épocas de luto. Hizo comparecer allí a los ayos para examinarlos. Ellos, temerosos de ser severamente castigados si ocultaban la verdad, la confesaron claramente; mas al mismo tiempo procuraron excusar al príncipe, diciendo que ni sabía con quién hablaba, ni las expresiones habían sido obscenas. Pero en despecho de sus representaciones mandó inmediatamente que se prendiese al príncipe y el mismo día pronunció su sentencia de muerte. Consternóse toda la corte al saber tan rigorosa disposición; la nobleza intercedió con lágrimas y ruegos; la madre del príncipe, confiada en el gran amor que el rey le profesaba, se le presentó llorosa y para moverlo más a compasión, llevó consigo a sus otros hijos; pero ni razones, ni plegarias, ni sollozos bastaron a disuadir al monarca. "Mi hijo, decía, ha violado la ley; si lo perdono, se dirá que las leyes no son para todos. Sepan, pues, mis súbditos que a ninguno de ellos será perdonada la transgresión, puesto que la castigo en el hijo que más amo." La reina, traspasada de dolor y perdida toda esperanza de ablandar al rey, "Ya que por tan ligera causa, le dijo, arrojáis de vuestro corazón todos los sentimientos de padre y de esposo y queréis ser el verdugo de vuestro hijo, consumad la obra: dadme la muerte y a estos príncipes que os he dado." El rey entonces con grave aspecto le mandó que se retirase, puesto que ya no había remedio. Fuese la reina desconsolada a su aposento, y allí, en compañía de algunas señoras que fueron a visitarla, se abandonó a todo el exceso de su dolor. Entre tanto los que estaban encargados del suplicio del príncipe, lo iban difiriendo, para dar tiempo a que entibiado el celo por la justicia, diese lugar al amor paterno y a la clemencia; pero penetrando su intención el rey, mandó que se ejecutase la sentencia sin pérdida de tiempo, como se verificó, con general descontento de los pueblos y con gravísimo disgusto del rey Moteuczoma, no sólo por su parentesco con el príncipe, sino también por el desprecio con que el rey había mirado su interposición. Muerto el príncipe, se encerró su padre por espacio de cuarenta días en una sala sin dejarse ver de nadie, para entregarse sin estorbo a su pesadumbre y mandó tapiar las puertas de la habitación del príncipe, para apartar de sus ojos cuanto fuese parte o recordarle tamaña desventura.

Esta severidad en el castigo de los culpables, estaba contrapesada por la compasión que le inspiraban los males de sus súbditos. Había en su palacio una ventana que daba a la plaza del mer-

cado y estaba cubierta con una celosía, desde la cual miraba, sin que nadie lo observase, todo lo que allí ocurría; cuando notaba alguna mujer mal vestida, la mandaba llamar, se informaba de su vida y de sus necesidades y la proveía de todo lo necesario, para ella y para sus hijos, si los tenía. Daba todos los días limosnas en su palacio a los huérfanos y a los enfermos. Había en Tezcoco un hospital para todos los que se habían inutilizado en la guerra; allí, a expensas del rey se mantenían, según la condición de cada cual, y muchas veces él mismo los visitaba. De este modo gastaba gran parte de sus rentas.

Su ingenio ha sido muy celebrado por los historiadores de aquel país. Propúsose imitar en sus estudios y en su conducta el ejemplo de su padre y, en efecto, le fue muy semejante. Con él se puede decir que acabó la gloria de los reyes chichimecas, pues la discordia que estalló entre sus hijos disminuyó el esplendor de la corte, debilitó las fuerzas del estado y lo dispuso a su última ruina. No declaró Nezahualpilli quién debía suceder en la corona, como habían hecho sus antecesores, más ignoramos el motivo de este descuido que fue tan pernicioso al reino de Acolhuacan.

REVOLUCIONES DEL REINO DE ACOLHUACAN

Cuando el consejo supremo del rey estuvo seguro de su muerte, se creyó obligado a elegir un sucesor, a ejemplo de los mexicanos. Reuniéronse, pues, sus miembros para deliberar sobre un asunto de tanta importancia, y empezando a discurrir el más anciano y condecorado, representó los gravísimos perjuicios que podrían sobrevenir al estado, si se difería la elección; que su opinión era que la corona pertenecía al príncipe Cacamatzin, pues además de su prudencia y valor, era el primogénito de la princesa mexicana, con quien se había casado el rey. Todos los otros consejeros se adhirieron a aquel dictamen, que parecía tan justo y provenía de persona tan respetable. Los príncipes, que aguardaban en una sala inmediata la resolución del consejo, recibieron la invitación de entrar para tener noticia de su resultado. Cuando hubieron entrado, se dió el principal asiento a Cacamatzin, joven de veinte años, y a sus lados se sentaron sus hermanos Coanacotzin, de veinte, e Ixtlilxochitl de diez y nueve. Levantóse el anciano que había tomado la palabra y declaró la decisión del consejo, a la cual se había sometido de antemano toda la nación. Ixtlilxochitl, que

era un joven ambicioso y emprendedor, se opuso, diciendo que si el rey hubiese muerto en verdad, hubiera nombrado sucesor; que el no haberlo hecho era señal segura de estar aún en vida, y estando vivo el soberano era un atentado de los súbditos el nombrar quien le sucediese. Los consejeros conociendo la índole de aquel príncipe, no osaron por entonces contradecirlo, sino que rogaron a Coanacotzin dijese su parecer. Este alabó y confirmó la determinación del consejo, manifestando los inconvenientes que se seguirían de diferir su ejecución. Ixtlilxochitl se le opuso, tachándole de ligero y de inconsiderado, puesto que abrazando aquel partido favorecía los designios de Moteuczoma, que era muy amigo de Cacamatzin y procuraba colocarlo en el trono, esperando tener en él un rey de cera a quien podría amoldar a su arbitrio. "No es prudente, dijo Coanacotzin, hermano mío, oponerse a una resolución tan sabia y tan justa. ¿No echáis de ver que aun cuando no fuese rey Cacamatzin, la corona me pertenecería a mí y no a vos?" "Es cierto, respondió Ixtlilxochitl, que si no se considera otro derecho que la edad, la corona se debe a Cacamatzin y a vos por su falta; pero si se prefiere, como es justo, el valor, corresponde a mí solo." Los consejeros viendo que se iba encendiendo cada vez más la cólera de los príncipes, les impusieron silencio y levantaron la sesión.

Los dos príncipes fueron entonces a su madre, la reina Xocotzin, para continuar en su presencia el debate: Cacamatzin, acompañado de muchos nobles pasó inmediatamente a México y dió cuenta a Moteuczoma de todo lo que había pasado. Moteuczoma, que además del amor que le tenía, conocía la legitimidad de sus derechos, sancionados además por el consentimiento de la nación, le aconsejó antes de todo poner en salvo el real tesoro, y le prometió interponer su mediación con el hermano o emplear las armas mexicanas en su favor, dado caso de que nada se consiguiera con las negociaciones.

Ixtlilxochitl, cuando supo la salida de Cacamatzin y previó las consecuencias de su visita a Moteuczoma, dejó la corte con todos sus partidarios y se fue a los estados que sus ayos poseían en los montes de Meztitlan. Coanacotzin dió pronto aviso de esta novedad a Cacamatzin, a fin de que sin tardanza volviese a Tezcoco y se aprovechase de tan oportuna ocasión para coronarse. Tomó Cacamatzin el saludable consejo de su hermano, y pasó a la capital, en compañía de Cuitlahuatzin, hermano de Moteuc-

zoma, y de muchos nobles mexicanos. Cuitlahuatzin, sin perder tiempo, convocó a la nobleza tezcocana en el Hueitecpan, o sea gran palacio de los reyes de Acolhuacan, y le presentó al príncipe electo, para que lo reconociesen como a legítimo soberano. Aceptáronlo todos y quedó señalado el día para la solemnidad de la coronación; mas fue preciso suspenderla, por la noticia que llegó a la corte de que el príncipe Ixtlilxochitl bajaba de las sierras de Meztitlan a la cabeza de un ejército numeroso.

Este inquieto joven al llegar a Meztitlan convocó a todos los señores de los pueblos de aquellas grandes montañas y les hizo saber su designio de oponerse a su hermano Cacamatzin, pretextando su celo por el honor y por la libertad de las naciones chichimeca y acolhua; que era cosa indigna y peligrosa someterse a un rey tan flexible a la voluntad del de México; que los mexicanos, olvidados de cuanto debían a los acolhuas, querían aumentar sus inicuas usurpaciones con la del reino de Acolhuacan; que él por su parte estaba resuelto a emplear todo el valor que Dios le había dado, en defender a su patria de la tiranía de Moteuczoma. Con estas razones, sugeridas probablemente por sus ayos, enardeció en tal manera los ánimos de aquellos señores, que todos ellos se ofrecieron a ayudarlo con sus fuerzas, y, en efecto, tantas tropas alzaron, que cuando el príncipe bajó de los montes, su ejército llegaba, según dicen, a más de cien mil hombres. En todos los sitios por donde pasaba era bien recibido, ya por miedo de su poder, ya por inclinación a favorecer sus designios. Desde Tepepolco mandó una embajada a los otompanecas, previniéndoles que lo obedeciesen como a su propio rey; mas ellos respondieron que por muerte de Nezahualpilli, no reconocían otro monarca que su hijo Cacamatzin, el cual había sido aceptado pacíficamente por la corte y se hallaba en posesión del reino de Acolhuacan. Irritado el príncipe con esta respuesta marchó contra aquella ciudad. Los otompanecas le salieron al encuentro en orden de batalla, más aunque hicieron alguna resistencia, fueron vencidos y la ciudad cayó en manos del vencedor. Entre los muertos se hallaba el mismo señor de Otompan y esta circunstancia facilitó al príncipe su triunfo.

Este suceso puso en gran inquietud a Cacamatzin y a toda su corte. Fortificóse en la capital, temiendo que el enemigo quisiese atacarla; mas el príncipe, viéndose temido y respetado no se movió por entonces de Otompan. Puso guardias en los caminos con

orden de no molestar a ninguno, de no impedir el paso a los particulares que saliesen de la capital a cualquier otro punto, y aun de obsequiar a las personas de distinción que por allí transitasen. Cacamatzin viendo las fuerzas y la resolución de su hermano; conociendo que era menos malo sacrificar una parte, aunque grande del reino, que perderlo todo, envió una embajada a su enemigo, con el consentimiento de Coanacotzin, haciéndole proposiciones de convenio. Mandó a decirle que conservase, si quería, todos los dominos de los montes, pues él se contentaba con la capital y con los estados de la llanura; que también quería dividir con Coanacotzin las rentas de la corona; pero que le rogaba abandonase toda otra pretensión y no continuase turbando la tranquilidad del reino. Los embajadores fueron dos personajes de la sangre real de Acolhuacan, a quienes Ixtlilxochitl miraba con gran respeto. Este respondió que sus hermanos podrían hacer cuanto les agradase, que él deseaba que Cacamatzin quedase en posesión de Acolhuacan; que nada maquinaba contra él ni contra el estado; que si mantenía aquel ejército era con el designio de oponerse a los planes ambiciosos de los mexicanos, los cuales habían acarreado muchos disgustos e inspirado graves sospechas al rey su padre; que si entonces se dividía el reino, por el común interés de la nación, esperaba verlo reunido dentro de poco, y que sobre todo, se guardasen de caer en los lazos que les había armado el astuto Moteuczoma. No se engañaba Ixtlilxochitl en esta desconfianza, pues en efecto, aquel rey fue quien puso al infeliz Cacamatzin en manos de los españoles, a pesar del amor que le profesaba, como después veremos.

Después de un convenio entre ambos hermanos, quedó Cacamatzin en pacífica posesión del reino de Acolhuacan; pero con gran diminución en sus dominios, pues lo que había cedido era una parte muy considerable de sus posesiones. Ixtlilxochitl mantuvo siempre sus huestes en movimiento y muchas veces se dejó ver con ellas en las cercanías de México, desafiando a Moteuczoma a pelear cuerpo a cuerpo. Mas este monarca no se hallaba ya en estado de aceptar aquel desafío; el fuego de su primera juventud se había apagado con los años y las delicias domésticas habían debilitado notablemente sus bríos, ni hubiera sido prudencia exponerse a aquel combate con un joven tan resuelto, que con secretas negociaciones había atraído a su facción una gran parte de las provincias mexicanas. Sin embargo, muchas veces midieron

los mexicanos sus fuerzas con aquel ejército, quedando unas veces vencido y otras vencedor. En una de estas acciones quedó prisionero un pariente del rey de México, que había salido a la campaña con la resolución de coger a Ixtlilxochitl y conducirlo atado a México; así lo había prometido a Moteuczoma. Supo el príncipe aquella arrogante promesa y para vengarse lo mandó atar sobre un montón de cañas secas y quemar vivo en presencia de todo su ejército.

En el curso de esta Historia haré ver cuánta parte tuvo aquel inquieto príncipe en la ventura de los españoles, los cuales empezaron a dejarse ver por aquel tiempo en las costas del Golfo mexicano; pero antes de emprender la relación de una guerra que trastornó completamente aquellas regiones, conviene dar alguna idea de la religión, del gobierno, de las artes y de las costumbres de los mexicanos.



GENEALOGIA DE LOS REYES MEXICANOS

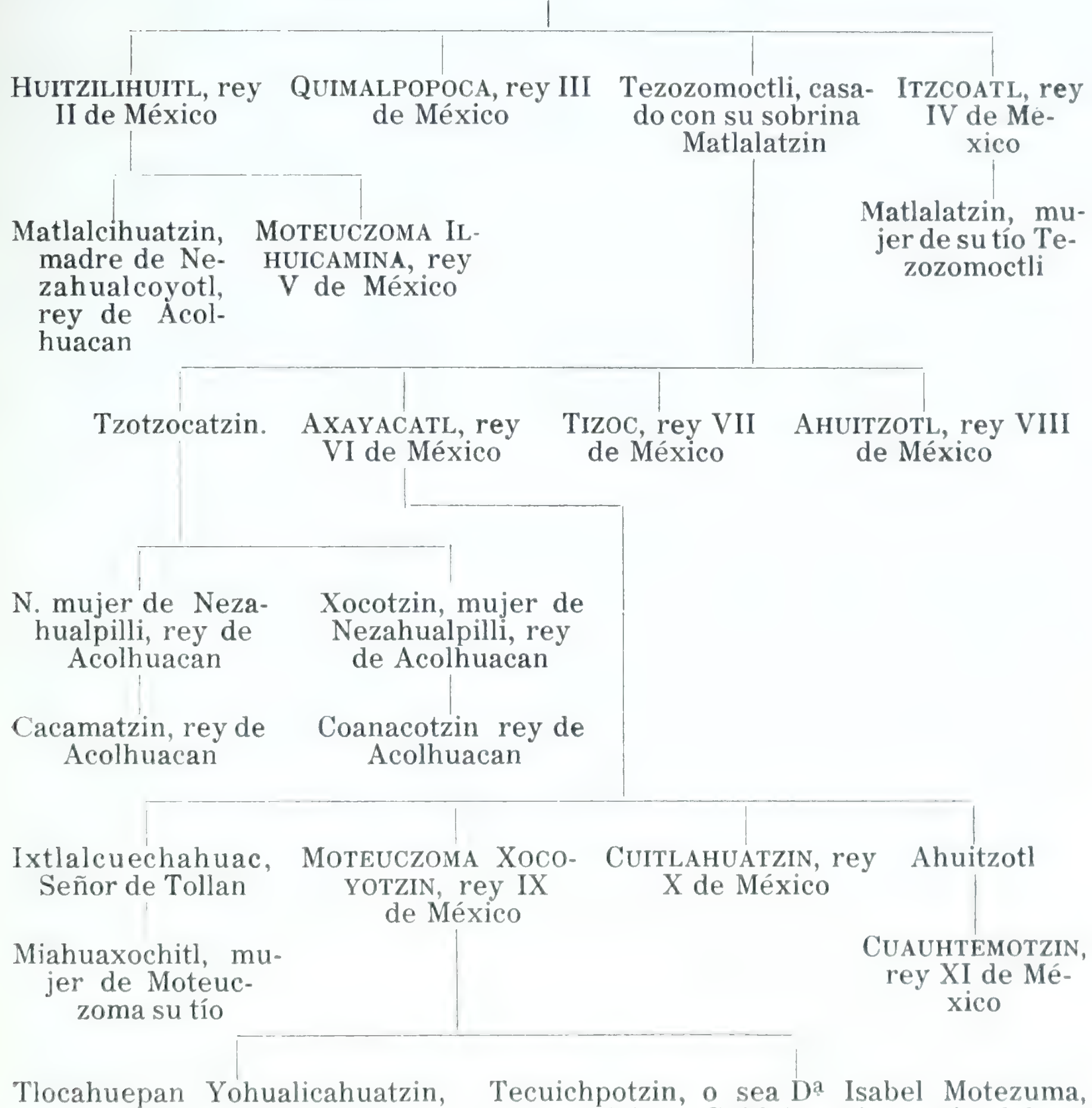
DESDE EL PRINCIPIO DEL SIGLO XIII

Ilhuicatl, casado con Tlacapantzin, hacia el año de 1220

Huitzilihuitl el viejo

Opochtli, casado con Atozoztli

ACAMAPITZIN, primer rey de México,



Tlocahuepan Yohualicahuatzin, o sea D. Pedro Motezuma

Tecuichpotzin, o sea Dª Isabel Motezuma, mujer del rey Cuitlahuatzin, su tío; del rey Cuauhtemotzin, su primo, y después sucesivamente de tres nobles españoles; de la cual descienden las dos ilustres casas de Cano Motezuma, y Andrade Motezuma.

D. Diego Luis Ihuitemoctzin Motezuma, casado en España con Dª Francisca de la Cueva, de los que descienden los condes de Motezuma y de Tula, vizcondes de Ilu-ca, etc.



LIBRO SEXTO

RELIGION DE LOS MEXICANOS, ESTO ES, SUS DIOSES, TEMPLOS, SACERDOTES, SACRIFICIOS Y OBLACIONES; SUS AYUNOS Y SU AUSTERIDAD; SU CRONOLOGIA, CALENDARIO Y FIESTAS; SUS RITOS EN EL NACIMIENTO, EN EL CASAMIENTO Y EN LAS EXEQUIAS.

DOGMAS RELIGIOSOS

LA religión, la política y la economía son los tres elementos que forman principalmente el carácter de una nación; de modo que sin conocerlos, es imposible tener una idea exacta del genio, de las inclinaciones y de la ilustración que la distinguen. La religión de los mexicanos, de que voy a tratar en este libro, era un tejido de errores, de ritos supersticiosos y crueles. Semejantes flaquezas del espíritu humano son inseparables de un sistema religioso que tiene su origen en el capricho o en el miedo, como lo vemos aun en las naciones más cultas de la antigüedad. Si se compara, como yo lo haré en otra ocasión, la religión de los mexicanos con la de los griegos y romanos, se hallará que ésta es más supersticiosa y ridícula; aquélla, más bárbara y sanguinaria. Aquellas célebres naciones de la antigua Europa multiplicaban excesivamente sus dioses a causa de la desventajosa idea que tenían de su poder; reducían a estrechos límites su imperio; les atribuían los crímenes más atroces y solemnizaban su culto con execrables impurezas que con justa razón censuraron los padres del cristianismo. Los númenes de los mexicanos eran menos imperfectos y en su culto, aunque supersticioso, no intervenía ninguna acción contraria a la honestidad.

Tenían alguna idea, aunque imperfecta, de un Ser Supremo, absoluto, independiente, a quien creían debía tributarse adoración y temor. No tenían figura para representarlo, porque lo creían invisible, ni le daban otro nombre que el genérico de **Dios,** que en su lengua es **Teotl,** algo más semejante en el sentido que en la pronunciación, al **Theós** de los griegos; pero usaban de epítetos sumamente expresivos para significar la grandeza y el poder de que lo creían dotado. Llamábanlo **Ipalnemoani,** esto es, aquél por quien se vive; y **Tlóque Nahuáque,** esto es, aquél que tiene todo en sí. Pero el conocimiento y el culto de esta Suma Esencia, estaban obscurecidos por la multitud de númenes que inventó su superstición.

Creían que había un espíritu maligno, enemigo del género humano, al que daban el nombre de **Tlacatecolototl,** o ave nocturna racional, y decían muchas veces que se dejaba ver de los hombres par hacerles daño o espantarlos.

Acerca del alma, los bárbaros otomíes creían, según dicen, que se extinguía con el cuerpo; pero los mexicanos y las otras naciones de Anáhuac, que habían salido del estado de barbarie, la creían inmortal, aunque atribuían este mismo don al alma de las bestias, como veremos cuando tratemos de sus ritos fúnebres.

Tres lugares distinguían para las almas separadas de los cuerpos. Creían que las de los soldados que morían en la guerra, las de los que caían en manos de los enemigos y las de las mujeres que morían de parto, iban a la casa del sol, que llamaban señor de la gloria y allí tenían una vida llena de delicias; que cada día al salir el sol, lo festejaban con himnos, bailes y música y lo acompañaban hasta el zenit, donde le salían al encuentro las almas de las mujeres y con las mismas demostraciones de alegría lo conducían al ocaso. Si la religión no tuviese otro objeto que el servir a la política, como se lo imaginan neciamente algunos incrédulos de nuestro siglo, no podían aquellas naciones haber inventado un dogma más oportuno para dar brío a los soldados, que el que les aseguraba tan relevante galardón después de la muerte. Añadían que después de cuatro años de aquella vida gloriosa, pasaban los espíritus a animar las nubes, los pájaros de hermoso plumaje y canto dulce, quedando desde entonces en libertad de subir al cielo y bajar a la tierra, a cantar y a chupar flores. Los tlaxcaltecas creían que todas las almas de los nobles anima-

ban después pájaros hermosos y canoros y cuadrúpedos generosos; que las de los plebeyos pasaban a los escarabajos y a otros animales viles. Así pues, el insensato sistema de la transmigración pitagórica, que tanto se propagó y arraigó en los países de Oriente, tuvo también sus partidarios en el Nuevo Mundo. (1) Las almas de los que morían heridos por un rayo, o ahogados, o de hidropesía, tumores, llagas y otras dolencias de esta especie, como también las de los niños, o al menos, las de los sacrificados a **Tlaloc,** dios del agua, iban, según los mexicanos, a un sitio fresco y ameno, llamado **Tlalocan,** donde residía aquel numen y donde tenían a su disposición toda especie de placeres y de manjares delicados. En el recinto del templo mayor de México había un sitio donde creían que en cierto día del año asistían invisibles todos aquellos niños. Los mixtecas estaban persuadidos de que una gran cueva que había en una montaña altísima de su provincia, era la puerta del paraíso; por lo que todos los señores y nobles se hacían sepultar en aquellas inmediaciones, a fin de estar más cerca del sitio de las delicias eternas. Finalmente, el lugar destinado para los que morían de otra cualquiera manera, se llamaba **Mictlan** o infierno, lugar obscurísimo, donde reinaba un dios llamado **Mictlanteuctli,** o señor del Infierno y una diosa llamada **Mictlancihuatl.** Según mis conjeturas, colocaban este infierno en el centro de la tierra (2) pero no creían que las almas sufriesen allí otro castigo sino el de la obscuridad.

Tenían los mexicanos, como todas las naciones cultas, noticias claras, aunque alteradas con fábulas, de la creación del mundo, del Diluvio universal, de la confusión de las lenguas, de la dispersión de las gentes y todos estos sucesos se hallan representa-

---

(1) ¿Quién creería que una opinión tan añeja y tan absurda, fuese promovida por un filósofo cristiano, en el centro del cristianismo y en el ilustrado siglo XVIII? Sin embargo, no hace mucho que la ha sacado a relucir un francés, en un libro publicado en París, con el título extravagante del **Año de 2440.** A tales excesos conduce la libertad de pensar en materia de religión.

(2) El Dr. Sigüenza creyó que los mexicanos situaban el infierno en la parte septentrional del Globo, porque la palabra **mictlampa** quiere decir **hacia el norte,** como si dijeran hacia el infierno; pero mi opinión es que lo situaban en el centro de nuestro planeta, aunque quizás había entre ellos diversos pareceres acerca de la situación de aquel lugar.

dos en sus pinturas. (1) Decían que habiéndose ahogado el género humano en el Diluvio, sólo se salvaron en una barca un hombre llamado **Coxcox** (a quien otros dan el nombre de **Teocipactli**), y una mujer llamada **Xochiquetzal**; los cuales habiendo desembarcado cerca de una montaña a que dan el nombre de **Colhuacan**, tuvieron muchos hijos, pero todos mudos, hasta que una paloma les comunicó los idiomas desde las ramas de un árbol, tan diversos que no podían entenderse entre sí. Los tlaxcaltecas decían que los hombres que escaparon del Diluvio quedaron convertidos en monas; pero poco a poco fueron recobrando el habla y la razón. (2)

Entre los dioses particulares adorados por los mexicanos, que eran muchos, aunque no tantos como los de los romanos, los principales eran trece, en cuyo honor consagraron este número. Expondré, acerca de estas divinidades y de las otras de su creencia, lo que he encontrado en la mitología mexicana, sin hacer caso de las magníficas conjeturas, ni del fantástico sistema de Boturini.

DIOSES DE LA PROVIDENCIA Y DEL CIELO

Tezcatlipoca. Este era el dios mayor que en aquellos países se adoraba después del dios invisible, o Supremo Ser, de quien ya he hablado. Su nombre significa **espejo reluciente** y su ídolo tenía uno en la mano. Era el dios de la providencia, el alma del mundo, el creador del cielo y de la tierra y el señor de todas las cosas. Representábanlo joven para dar a entender que no envejecía nunca, ni se debilitaba con los años. Creían que premiaba con muchos bienes a los justos y castigaba a los viciosos con enfermedades y otros males. En las esquinas de las calles había asientos de piedra para que este dios descansase cuando quisiese, y a ninguno era lícito sentarse en ellos. Decían algunos que había bajado del cielo por una cuerda hecha de telarañas; que había perseguido y arrojado de aquel país a Quetzalcoatl, gran sacerdo-

---

(1) Lo que decían del Diluvio está representado en una figura que daré después, copia de una pintura original mexicana.

(2) Los que deseen conocer las creencias de los mixtecas y de otras naciones americanas, acerca de la creación del mundo, lean lo que escribe el P. Gregorio García, dominicano, en su obra intitulada: **Origen de los Indios.**

te de Tula, que después fue colocado también en el número de los dioses.

Su principal ídolo era de **teotetl** (piedra divina), que es una piedra negra y reluciente, semejante al mármol negro y estaba vestido de gala. Tenía en las orejas pendientes de oro, y del labio inferior le colgaba un cañoncillo de cristal, dentro del cual había una plumilla verde o azul, que a primera vista parecía una joya. Sus cabellos estaban atados con un cordón de oro, del que pendía una oreja del mismo metal con ciertos vapores o humos pintados, y éstos, según su interpretación, eran los ruegos de los afligidos. El pecho estaba cubierto de oro macizo. En ambos brazos tenía brazaletes de oro; en el ombligo una esmeralda y en la mano izquierda un abanico, también de oro y de hermosas plumas, tan brillante que parecía un espejo, con lo que denotaban que aquel dios veía todo lo que pasaba en el mundo. Otras veces, para simbolizar su justicia, lo representaban sentado en un banco, circundado de un paño rojo, donde estaban figurados cráneos y huesos humanos, teniendo en la mano izquierda un escudo con cuatro flechas y la diestra levantada en actitud de lanzar un dardo; el cuerpo pintado de negro y la cabeza coronada de plumas de codorniz.

Ometeuctli y **Omecihuatl.** (1) Esta era una diosa y aquel un dios, que según ellos, habitaban en el cielo, en una ciudad gloriosa y abundante de placeres, desde donde velaban sobre el mundo y daban a los mortales sus respectivas inclinaciones; Ometeuctli a los hombres y Omecihuatl a las mujeres. Contaban que habiendo tenido esta diosa muchos hijos en el cielo, dió a luz en un parto un cuchillo de pedernal, con lo que indignados los hijos, lo echaron a la tierra y al caer, nacieron de él mil y seiscientos héroes, que, noticiosos de su noble origen y viéndose sin nadie que los sirviese, por haber perecido todo el género humano en una gran calamidad, (2) convinieron en enviar una embajada a su madre, pidiéndole el don de crear hombres para su servicio. La madre respondió que si tuviesen pensamientos más nobles y más elevados, procurarían hacerse dignos de vivir eternamente

---

(1) Daban también a estos dioses los nombres de **Citlallatonac** y **Citlalicue,** a causa de las estrellas.

(2) Aquellos pueblos creían que la tierra había padecido tres calamidades universales, en las que habían perecido todos los hombres.

con ella en el cielo; mas pues gustaban de vivir en la tierra, acudiesen a **Mictlanteuctli,** dios del infierno, y le pidiesen algún hueso de muerto, del cual, regándolo con su propia sangre, sacarían un hombre y una mujer, que después se multiplicarían; pero que se guardasen de Mictlanteuctli, pues podría arrepentirse después de haberles dado el hueso. En virtud de las instrucciones de su madre, fue Xolotl, uno de aquellos héroes al infierno, y habiendo obtenido lo que deseaba, se echó a correr hacia la superficie de la tierra, con lo que indignado el numen infernal, corrió tras de él; pero no pudiendo darle alcance, se volvió al infierno. Xolotl tropezó en su precipitada fuga, dió una caída y el hueso se rompió en pedazos desiguales. Recogiólos y siguió corriendo hasta el punto en que lo aguardaban sus hermanos, los cuales pusieron aquellos fragmentos en una vasija y los regaron con la sangre que sacaron de diferentes partes de sus cuerpos. Al cuarto día se formó un niño y continuando los riegos de sangre por otros tres días, al fin de ellos se formó una niña. Los dos fueron entregados al mismo Xolotl, quien los crió con leche de cardo. De este modo creían que se había hecho aquella vez la reparación del género humano. De aquí tuvo origen, según ellos afirman, el uso de sacarse sangre de varias partes del cuerpo, que era tan común en aquellas naciones, y la desigualdad de los pedazos del hueso, era, en su opinión, la causa de las diferentes estaturas en los hombres.

Cihuacohuatl, o mujer sierpe, llamada también **Quilaztli.** Creían que ésta era la primera mujer que había tenido hijos y que paría siempre mellizos. Gozaba de alta jerarquía en la clase de diosa y decían que se dejaba ver muchas veces llevando en los hombros un niño en una cuna.

APOTEOSIS DEL SOL Y DE LA LUNA

Tonatiuh y **Meztli,** nombres del sol y de la luna, divinizados por aquellas naciones. Decían que reparado y multiplicado el género humano, cada uno de los mencionados héroes o semidioses, tenía sus servidores y partidarios; que habiéndose extinguido el sol, se reunieron todos ellos en Teotihuacan, en rededor de un gran fuego y dijeron a los hombres que el primero de ellos que se echase a las llamas tendría la gloria de ser convertido en sol. Arrojóse inmediatamente a la hoguera un hombre más intrépido que los otros llamado **Nanahuatzin,** y bajó al infierno. Que-

daron todos en espectación del éxito y entretanto los héroes hicieron una apuesta con las codornices, con las langostas y con otros animales, sobre el sitio por donde debía salir el nuevo sol, y no habiendo podido adivinarlo aquellos animales, fueron sacrificados. Nació finalmente el astro por la parte que después se llamó **Levante,** pero se detuvo a poco rato de haberse alzado sobre el horizonte; lo que observado por los héroes, mandaron decirle que continuase su carrera. El sol respondió que no lo haría hasta verlos a todos muertos; noticia que les ocasionó tanto miedo como pesadumbre, por lo que uno de ellos llamado **Citli,** tomó el arco y tres flechas, de que le tiró una; pero el sol, inclinándose, la evitó. Disparó las otras dos, pero no llegó ninguna. El sol entonces irritado, rechazó la última flecha contra Citli y se la clavó en la frente, de cuya herida murió de ahí a poco. Consternados los otros con la desgracia de su hermano y no pudiendo hacer frente al sol, se determinaron a morir por manos de Xolotl, el cual, después de haber abierto el pecho a todos, se mató a sí mismo. Los héroes antes de morir dejaron sus ropas a sus servidores, y aun después de la conquista de los españoles se hallaron unas mantas viejas que los indios tenían en gran veneración, por creer que las habían heredado de aquellos famosos personajes. Los hombres quedaron muy tristes por la pérdida de sus señores. El dios Tezcatlipoca mandó a uno de ellos que fuese a la casa del sol y de allí trajese música para celebrar sus propias fiestas y le dijese que para cierto viaje que el sol debía hacer por mar, se le dispondría un puente de ballenas y tortugas, y al hombre encargó que fuese entonando una canción que él mismo le enseñó. Decían los mexicanos que aquél había sido el origen de la música y de los bailes con que celebraban las fiestas de los dioses; que del sacrificio que hicieron a los héroes con las codornices, se derivó el que ellos hacían diariamente de estos pájaros al sol, y del que hizo Xolotl con sus hermanos, los bárbaros holocaustos de víctimas humanas, tan comunes después en aquellas tierras. Semejante a esta fábula era la que contaban sobre el origen de la luna, a saber, que otro de los hombres que concurrieron en Teotihuacan, imitando el ejemplo de **Nanahuatzin,** se echó también al fuego; pero habiéndose disminuído las llamas, no quedó tan luminoso y fue transformado en luna. A estos dos númenes consagraron los dos famosos templos erigidos en la llanura de Teotihuacan.

EL DIOS DEL AIRE

Quetzalcoatl, sierpe armada de plumas. Este era en todas las naciones de Anáhuac el dios del aire. Decían que había sido gran sacerdote de Tula, y que era hombre blanco, alto, corpulento, de frente ancha, de ojos grandes, de cabellos negros y largos, da barba poblada, que por honestidad llevaba siempre la ropa larga, que era tan rico que tenía palacios de plata y de piedras preciosas, que era muy industrioso, pues había inventado el arte de fundir los metales y de labrar las piedras; que era muy sabio y prudente, como lo daban a entender las leyes que había dado a los hombres y, sobre todo, su vida era austera y ejemplar, que cuando quería publicar alguna ley mandaba al monte Tzatzitepec (monte de clamores), cerca de Tula, un pregonero cuya voz se oía a trescientas millas de distancia; que en su tiempo crecía el maíz tan abundante que con una mazorca había bastante para la carga de un hombre; que las calabazas eran tan largas como el cuerpo humano; que no era necesario teñir el algodón, pues nacía de todos colores y que todos los demás frutos y granos eran de correspondiente grandeza y abundancia; que en la misma época había una muchedumbre increíble de aves bellísimas y canoras; que todos sus súbditos eran ricos, en una palabra, los mexicanos creían que el pontificado de Quetzalcoatl había sido tan feliz, como los Griegos fingían el reino de Saturno, al que también fue semejante en el destierro, pues hallándose rodeado de tanta prosperidad y queriendo Tezcatlipoca no sé por qué razón arrojarlo de aquel país, se le apareció en figura de un viejo y le dijo que la voluntad de los dioses era que pasase al reino de Tlapalla y al mismo tiempo le presentó una bebida de la que Quetzalcoatl bebió con esperanza de adquirir por su medio la inmortalidad a que aspiraba; pero apenas la hubo tomado, sintió tan vivos deseos de ir a Tlapalla, que se puso inmediatamente en camino, acompañado de muchos súbditos, los cuales lo fueron obsequiando con músicas durante el viaje. Decían que cerca de la ciudad de Cuauhtitlan, arrojó piedras a un árbol, quedando todas ellas clavadas en el tronco, y que cerca de Tlalnepantla estampó su mano en una piedra, la cual enseñaban los mexicanos a los españoles después de la conquista. Cuando llegó a Cholula lo detuvieron aquellos habitantes y le confiaron las riendas del gobierno. Contribuyó mucho a la estimación que de él hacían los cholultecas, además de

la integridad de su vida y de la suavidad de sus modales, la aversión que mostraba a toda especie de crueldad, tanto que no podía oir hablar de guerra. A él debían los cholultecas, según sus tradiciones, el arte de la fundición en que tanto se distinguieron después; las leyes con que desde entonces se gobernaron; los ritos y las ceremonias de su religión y, según otros, el arreglo del tiempo y el calendario.

Después de haber estado veinte años en Cholula determinó continuar su viaje al reino imaginario de Tlapalla, conduciendo consigo cuatro nobles y virtuosos jóvenes. En la provincia marítima de Coatzocualco los despidió y por su medio mandó decir a los cholultecas que estuviesen seguros de que dentro de algún tiempo volvería a regirlos y consolarlos. Los cholultecas dieron a aquellos jóvenes el gobierno, en consideración al cariño que les profesaba Quetzalcoatl, de los cuales unos contaban que había desaparecido, otros que había muerto en la costa. Como quiera que sea, aquel personaje fue consagrado dios por los toltecas de Cholula y constituído protector principal de su ciudad, en cuyo centro le construyeron un alto monte y sobre él un santuario. Otro monte con su templo le fue después erigido en Tula. De Cholula se propagó su culto por todos aquellos países, donde era venerado como dios del aire. Tenía templos en México y en otros lugares, aun algunas naciones enemigas de Cholula tenían en aquella ciudad templos y sacerdotes dedicados a su culto y de todas partes acudían allí gentes en romería a hacerle oración y a cumplir votos. Los cholultecas conservaban con suma veneración unas piedrecillas verdes, bien labradas, que decían habían pertenecido a su numen favorito. Los yucatecos se gloriaban de que sus señores descendían de Quetzalcoatl. Las mujeres estériles se encomendaban a él para obtener la fecundidad. Eran grandes y célebres las fiestas que se le hacían, especialmente en Cholula en el **Teoxihuitl**, o año divino, a las que precedía un rigoroso ayuno de ochenta días y espantosas austeridades de los sacerdotes consagrados a su culto. Decían que Quetzalcoatl barría el camino al dios de las aguas, porque en aquellos países precede siempre el viento a la lluvia.

El Dr. Sigüenza creyó que Quetzalcoatl era el apóstol Santo Tomás, que predicó el Evangelio en aquellos países. Publicó esta opinión con erudición exquisita en una obra, que como otras muchas suyas, todas apreciables, se perdió por descuido de sus here-

deros. (1) En ella comparaba los dos nombres **Didymos** y **Quetzalcoatl**, (2) los hábitos de aquellos dos personajes, sus doctrinas, sus predicciones; examinaba los sitios por donde transitaron, las trazas que dejaron en ellos y los portentos que publicaron sus discípulos. Como no he tenido ocasión de examinar aquellos manuscritos, me abstengo de hablar de semejante opinión, a la cual diré sin embargo, que no puedo conformarme, a pesar del respeto con que miro a su autor, tanto por su sublime ingenio, como por su vasta literatura.

Muchos escritores de las cosas de México han creído que algunos siglos antes de la llegada de los españoles había sido predicado el Evangelio en América. Fúndanse en las cruces que se han hallado en diversos sitios y tiempos en aquellos países, y que parecen hechas antes de la llegada de los conquistadores; (3) en el ayuno de cuarenta días que observaban muchos pueblos del Nuevo Mundo; (4) en la tradición de la futura llegada de gente ex-

---

(1) De esta obra de Sigüenza hacen mención Betancourt en su **Teatro Mexicano** y el Dr. Eguiara en su **Biblioteca Mexicana**.

(2) Betancourt, comparando los dos nombres de **Didymos** y **Quetzalcoatl** dice que éste se compone de **Coatl**, gemelo, y de **Quetzalli**, piedra preciosa y que significa **gemelo precioso**. Pero Torquemada que sabía perfectamente el mexicano y que había recibido de los antiguos la interpretación de aquellos nombres, dice que **Quetzalcoatl** quiere decir sierpe armada de plumas. En efecto, **Coatl** significa propiamente sierpe y **Quetzalli**, pluma verde, así que, sólo se aplican metafóricamente al gemelo y a la joya.

(3) Son célebres entre otras, las cruces de Yucatan, de la Mixteca, de Querétaro, de Tepic y de Tianquiztepec. De la de Yucatan habla el P. Cogolludo, franciscano, en el libro II, cap. XII de su Historia. De la Mixteca, el P. Burgoa, dominicano, en su Crónica y Boturini en su obra. De la de Querétaro escribió un religioso franciscano del colegio de **Propaganda** de aquella ciudad, y de la de Tepic, el docto jesuíta Sigismundo Tarabal, cuyos manuscritos se conservan en el colegio de jesuítas de Guadalajara. La de Tianquiztepec fue descubierta por Boturini, que habla de ella en su obra. Las cruces de Yucatan eran adoradas por aquellos habitantes, en virtud, según dicen de las doctrinas de su profeta Chilam Cambal, el cual les dijo que cuando viniesen de levante ciertos hombres barbudos y los viesen adorar aquel leño, abrazarían su doctrina. De todos estos monumentos hablaré en la **Historia Eclesiástica de México**, si Dios favorece mis designios.

(4) El ayuno de cuarenta días no prueba nada, pues igualmente se observaba el de tres, cuatro, cinco, veinte, ochenta, ciento sesenta días y aun el de cuatro años, como después veremos; el de cuarenta días no era el más común.

tranjera y barbuda, (1) y en las pisadas humanas impresas en algunas piedras, que se atribuyen al apóstol Santo Tomás. (2) Yo no he sido nunca de semejante opinión; pero el examen de este punto exige una obra muy distinta de la presente.

DIOSES DE LOS MONTES, DEL AGUA, DEL FUEGO, DE LA TIERRA, DE LA NOCHE Y DEL INFIERNO

Tlaloc o **Tlalocateuctli,** señor del paraíso, era el dios del agua. Llamábanlo fecundador de la tierra y protector de los bienes temporales y creían que residía en las más altas montañas, donde se forman las nubes, como las de Tlaloc, Tlaxcala y Toluca; por lo cual muchas veces iban a aquellos sitios a implorar su protección. Cuentan los historiadores nacionales que habiendo llegado a aquel país los acolhuis, en el tiempo del primer rey chichimeca Xolotl, hallaron en la cima del monte Tlaloc, un ídolo de este dios, hecho de piedra blanca bastante ligera, que tenía la forma de un hombre sentado sobre una piedra cuadrada, con una vasija delante, llena de resina elástica y de toda especie de semillas y todos los años repetían esta oblación, en acción de gracias por las cosechas que habían recogido. Este ídolo se creía el más antiguo de todos los de aquella tierra, pues fue colocado por los antiguos toltecas y allí estuvo hasta fines del siglo XV o principios del XVI, en cuyo tiempo Nezahualpilli, rey de Acolhuacan, para conciliarse la benevolencia de sus súbditos, lo quitó de aquel sitio y colocó en él otro ídolo de piedra negra muy dura; pero habiendo sido desfigurado por un rayo y diciendo los sacerdotes que era castigo del cielo, fue vuelta a colocar la estatua antigua y allí se conservó, en posesión de su culto, hasta que promulgado el Evangelio, se hizo pedazos por orden del primer obispo de México.

Creían también los antiguos que en todos los montes había otros dioses, subalternos de Tlaloc. Todos ellos tenían el mismo

---

(1) En el libro V he dicho mi opinión sobre los presagios de la llegada de los españoles. Si se han realizado las profecías de Chilam Cambal, pudo, sin ser cristiano, estar iluminado por Dios, para anunciar el cristianismo, como Balaam lo fue para anunciar el nacimiento del Redentor.

(2) También se encuentran impresas en la piedra pisadas de animales. No se sabe qué objeto se propusieron los que se dedicaron a esculpir estas representaciones.

nombre y eran venerados, no sólo como dioses de los montes, sino también como del agua. El ídolo de Tlaloc estaba pintado de azul y verde, para significar los diversos colores que se ven en el agua. Tenía en la mano una vara de oro, espiral y aguda, con la que significaban el rayo. Tenía un templo en México, dentro del recinto del mayor y los mexicanos le hacían muchas fiestas al año.

Chalchiuhcueye o **Chalchihuitlicue,** diosa de las aguas y compañera de Tlaloc. Era conocida con otros nombres expresivos, (1) que o significaban los diversos efectos que causan las aguas, o los colores que forman con su movimiento. Los tlaxcaltecas la llamaban **Matlalcueye,** es decir, vestida de azul, y el mismo nombre daban a la altísima montaña de Tlaxcala, en cuya cima se forman nubes tempestuosas que por lo común van a descargar hacia la Puebla de los Angeles. A aquellas alturas iban los tlaxcaltecas para hacer sacrificios y oraciones. Esta es la misma diosa del agua a la que da Torquemada el nombre de **Xochiquetzal** y Boturini el de **Macuilxochiquetzalli.**

Xiuhteuctli, señor del año y de la hierba, era en aquellas naciones el numen del fuego, al que daban también el nombre de **Ixcozauhqui,** que expresa el color de la llama. Era muy reverenciado en el Imperio mexicano. En la comida le ofrecían el primer bocado de cada manjar y el primer sorbo de la bebida, echando uno y otro al fuego, y en ciertas horas del día quemaban incienso en su honor. Le hacían cada año dos fiestas fijas muy solemnes: una en el séptimo y otra en el décimoséptimo mes, además una fiesta movible en que se nombraban los magistrados ordinarios y se renovaba la investidura de los feudos del reino. Tenía templo en México y en otras muchas partes.

Centeotl, diosa de la tierra y del maíz. Llamábanla también **Tonacayohua,** (2) es decir, la que nos sustenta. En México tenía cinco templos y se le hacían tres fiestas, en los meses tercero, octavo y undécimo; pero ninguna nación la reverenció tanto como los

---

(1) **Apozonatlotl** y **Acuecueyotl,** exprimen la hinchazón y vacilación de las olas; **Atlacamani,** las tempestades excitadas en el agua; **Ahuic** y **Ayauh,** sus movimientos hacia una u otra parte; **Xixiquipilihui,** el ascenso y descenso de sus olas, etc.

(2) Dábanle también los nombres de **Tzinleotl** (diosa original), y los de **Xilonen, Iztacacenteotl** y **Tlatlauhquicenteotl** mudando el nombre según el estado del maíz.

totonacas que la veneraban como su principal protectora y le edificaron un templo en la cima de un alto monte, servido por muchos sacerdotes exclusivamente consagrados a su culto. La miraban con gran afecto, porque creían que no gustaba de víctimas humanas, sino que se contentaba con el sacrificio de tórtolas, codornices, conejos y otros animales, que le inmolaban en gran cantidad. Esperaban que ella los libertaría finalmente del tiránico yugo de los otros dioses, los cuales los obligaban a sacrificarle tantos hombres. Pero los mexicanos eran de distinta opinión y en sus fiestas derramaban mucha sangre humana. En el referido templo de los totonacas había un oráculo de los más famosos de aquel país.

Mictlanteuctli, dios del infierno y **Mictlancihuatl,** su compañera, eran muy célebres entre los mexicanos. Creían, como ya hemos dicho, que estos númenes residían en un sitio obscurísimo que había en las entrañas de la Tierra. Tenían templo en México y su fiesta se celebraba en el mes décimoséptimo. Hacíanles sacrificios y oblaciones nocturnas y el ministro principal de su culto era un sacerdote llamado **Tlitlantlenamacac,** el cual se pintaba de negro para desempeñar las funciones de su empleo.

Xoalteuctli, dios de la noche, era según creo, el mismo **Meztli,** o la luna. Otros dicen que era el **Tonatiuh,** o sol, y otros que era un numen diferente de aquellos dos. A esta divinidad encomendaban sus hijos para que les diese sueño.

Xoalticitl, médico nocturno, diosa de las cunas, a quien también encomendaban los niños para que cuidase de ellos durante la noche.

DIOSES DE LA GUERRA

Huitzilopochtli o **Mexitli,** dios de la guerra, era el numen más célebre de los mexicanos y su principal protector. (1) De este numen decían algunos que era puro espíritu y otros que había nacido de mujer, pero sin cooperación de varón y contaban de este

(1) **Huitzilopochtli** es un nombre compuesto de dos, a saber: **Huitzitzilin,** nombre del hermoso pajarillo llamado **chupador,** y **opochtli,** que significa **siniestro.** Llamóse así porque su ídolo tenía en el pie izquierdo unas plumas de aquella ave. Boturini, que no era muy instruído en la lengua mexicana deduce aquel nombre de **Huitziton,** conductor de los mexicanos en sus peregrinaciones y afirma que aquel conductor no era otro que aquella divinidad; pero además de que la etimología es muy violenta, esta supuesta identidad

modo el suceso: vivía en Coatepec, pueblo inmediato a la antigua ciudad de Tula, una mujer inclinadísima al culto de los dioses, llamada Coatlicue, madre de Centzonhuiznahui. Un día en que, según su costumbre, se ocupaba en barrer el templo, vió bajar del cielo una bola formada de plumas; tomóla y guardóla en el seno, queriendo servirse de las plumas para adorno del altar; pero cuando la buscó después de haber barrido, no pudo dar con ella, de lo que se maravilló mucho, y más cuando se sintió embarazada. Continuó el embarazo hasta que lo conocieron sus hijos, los cuales, aunque no sospechaban de su virtud, temiendo la afrenta que les resultaría del parto, determinaron evitarlo dando muerte a su madre. Ella tuvo noticias de su proyecto y quedó sumamente afligida; pero de repente oyó una voz que salía de su seno y que decía "No tengais miedo, madre, que yo os salvaré con honor vuestro y gloria mía." Iban ya los despiadados hijos a consumar el crimen, conducidos y alentados por su hermana Coyolxauhqui, que había sido la más empeñada en la empresa, cuando nació Huitzilopochtli, con un escudo en la mano izquierda, un dardo en la derecha y un penacho de plumas verdes en la cabeza; la cara listada de azul, la pierna izquierda adornada de plumas y listados también los muslos y los brazos. Inmediatamente que salió a luz, hizo aparecer una serpiente de pino y mandó a un soldado suyo llamado Tochancalqui, que con ella matase a Coyolxauhqui, por haber sido la más culpable y él se arrojó a los otros hermanos con tanto ímpetu, que a pesar de sus esfuerzos, sus armas y sus ruegos, todos fueron muertos y sus casas saqueadas, quedando los depojos en poder de la madre. Este suceso consternó a todos los hombres, que desde entonces lo llamaron **Tetzahuitl**, espanto, y **Tetzauhteotl**, dios espantoso.

Encargado de la protección de los mexicanos aquel numen, según ellos decían, los condujo en su peregrinación y los estableció en el sitio en que después se fundó la gran ciudad de México. Allí erigieron aquel soberbio templo, que fue tan celebrado aun por los mismos españoles, en el cual cada año hacían tres solemnísimas fiestas, en los meses nono, quinto y décimoquinto, además de las que celebraban de cuatro en cuatro, de trece en trece años

---

es desconocida por los mexicanos, los cuales cuando empezaron su romería, conducidos por Huitziton, adoraban ya de tiempo inmemorial aquel numen guerrero. Los españoles no pudiendo pronunciar el nombre de Huitzilopochtli, decían **Huichilobos**.

y al principio de cada siglo. Su estatua era gigantesca y representaba un hombre sentado en un banco azul, con cuatro ángulos, de cada uno de los cuales salía una gran serpiente. Su frente era también azul y la cara estaba cubierta de una máscara de oro, igual a otra que le cubría la nuca. Sobre la cabeza tenía un hermoso penacho de la forma de un pico de pájaro, en el cuello, una gargantilla compuesta de diez figuras de corazones humanos; en la mano derecha, un bastón espiral y azul, y en la izquierda un escudo, en que había cinco bolas de plumas, dispuestas en forma de cruz. De la parte superior del escudo se alzaba una banderola de oro con cuatro flechas que según los mexicanos, le habían sido enviadas del cielo, para ejecutar aquellas gloriosas acciones que hemos visto en la historia. Tenía el cuerpo rodeado de una gran serpiente de oro y salpicado de muchas figurillas de animales hechas de oro y piedras preciosas. Cada uno de aquellos adornos e insignias tenía su significación particular. Cuando determinaban los mexicanos hacer la guerra, imploraban la protección de aquella divinidad con oraciones y sacrificios. Era el dios a que se sacrificaba mayor número de víctimas humanas.

Tlacahuepan-Cuexcotzin, otro dios de la guerra, hermano menor y compañero de Huitzilopochtli. Su ídolo era venerado con el de éste en el principal santuario de México; pero en ninguna parte se le daba más culto que en la capital de Tezcoco.

Painalton, veloz o apresurado, dios de la guerra y teniente de Huitzilopochtli. Invocábanlo en los casos repentinos de guerra, como al otro después de declarada en virtud de una seria deliberación. En semejantes ocasiones iban los sacerdotes corriendo por todas las calles de la ciudad con la imagen del dios que se veneraba con las de los otros dioses guerreros. Llamábanlo a gritos y le hacían sacrificios de codornices y de otros animales. Todos los militares estaban entonces obligados a tomar las armas en defensa de la ciudad.

DIOSES DEL COMERCIO, DE LA CAZA, DE LA PESCA, ETC.

Xacateuctli, el señor que guía, dios del comercio, a quien hacían los mexicanos dos grandes fiestas anuales, en el templo que tenía en la capital; una en el mes nono y otra en el décimoséptimo, con muchos sacrificios de víctimas humanas y magníficos banquetes.

Mixcoatl, diosa de la caza y numen principal de los otomíes, los cuales por vivir en los montes, eran casi todos cazadores. Honrábanla también con culto especial los matlazincas. En México tenía dos templos, y en uno de ellos llamado **Teotlapan**, le hacían en el mes décimocuarto, una gran fiesta y sacrificios de animales montaraces.

Opochtli, dios de la pesca. Creíanlo inventor de la red y de los otros instrumentos de pesca, por lo que los pescadores lo veneraban como a protector. En Cuitlahuac, ciudad situada en una islilla del lago de Chalco, había un dios de la pesca, llamado **Amimitl**, que quizás era el mismo **Opochtli** con distinto nombre.

Huixtocihuatl, dios de la sal, célebre entre los mexicanos por las salinas que tenían a poca distancia de la Capital. Hacíanle una fiesta en el séptimo mes.

Tzapotlatenan, diosa de la medicina. La creían inventora del aceite llamado **Oxitl** y de los otros remedios. Honrábanla anualmente con sacrifiicios de víctimas humanas y con himnos compuestos en su honor.

Tezcatzoncatl, dios del vino, a quien daban otros nombres análogos a los efectos del vino, como **Tequechmecaniani**, el que ahorca, y **Teatlahuiani**, el que anega. Tenía templo en México, en que había cuatrocientos sacerdotes consagrados a su culto y donde cada año hacían en el mes décimotercio, una fiesta a él y a los otros dioses sus compañeros.

Ixtlilton, el que tiene la cara negra, parece haber sido también dios de la medicina; por que llevaban a su templo niños enfermos a fin de que los curase. Presentábanlos los padres y los hacían bailar delante del ídolo, si se hallaban en estado de hacerlo, dictándoles las oraciones que debían decir para pedir la salud; después les hacían beber una agua que los sacerdotes bendecían.

Coatlicue o Coatlanlona, diosa de las flores. Tenía en la capital un templo llamado **Xopico**, donde le hacían fiesta los xochimanqueses, o mercaderes de flores, en el mes tercero, que caía justamente en la primavera. Entre otras cosas le ofrecían ramos de flores primorosamente entretejidos. No sabemos si esta diosa era la misma que algunos creían madre de Huitzilopochtli.

Tlazolteotl era el dios que invocaban los mexicanos para obtener el perdón de sus culpas y evitar la infamia que de ellas resultaba. Los principales devotos de esta divinidad eran los hombres lascivos que con oblaciones y sacrificios imploraban su pro-

tección. Boturini dice que este numen era la Venus impúdica y plebeya, y **Macuilxochiquetzalli** la Venus **pronuba**; pero lo cierto es que los mexicanos no atribuyeron nunca a sus divinidades los vergonzosos efectos con que los Griegos y los Romanos infamaron a su Venus.

Xipe es el nombre que dan los historiadores al dios de los plateros, (1) el cual estaba en gran veneración en México, porque creían que todos los que descuidaban su culto, debían ser castigados con sarna, postemas y otras enfermedades en la cabeza y en los ojos. Eran muy crueles los sacrificios que le hacían en su fiesta, la cual se celebraba en el segundo mes.

Nappateuctli, cuatro veces señor, era el dios de los alfareros. Decían que era benigno, fácil en perdonar los injurias que se le hacían y muy liberal para con todos. Tenía dos templos en México, donde le hacían una fiesta en el mes décimotercio.

Omacatl era el dios de los regocijos. Cuando los señores mexicanos daban algún convite o celebraban alguna fiesta, sacaban del templo la imagen de este dios y la ponían en el sitio de la reunión, creyendo que se exponían a una desgracia, si dejaban de hacerlo.

Tonantzin, nuestra madre, era según creo, la misma diosa Centeotl, de que ya hemos hablado. Su templo estaba en un monte, a tres millas de México hacia el norte, y a él acudían de tropel los pueblos a venerarla con un número extraordinario de sacrificios. En el día está al pie del mismo monte el más famoso santuario del Nuevo Mundo, dedicado al verdadero Dios, a donde van gentes de los países más remotos a venerar la celebérrima y prodigiosa imágen de la Virgen Santísima de Guadalupe, transformándose en propiciatorio aquel lugar de abominación, y difundiendo abundantemente sus gracias el Señor en favor de los hombres, en el sitio bañado con la sangre de sus abuelos.

Teteoinan era la madre de los dioses, como su nombre lo indica; pero como los mexicanos se creían hijos de los dioses, la llamaban también **Tocitzin,** que quiere decir nuestra abuela. Del origen y del apoteosis de este falso numen he hablado ya en otra parte, a propósito de la trágica muerte de la princesa de Acolhuacan. Tenía un templo en México y su fiesta se celebraba solemní-

---

(1) **Xipe** no significa nada. Creo que los escritores españoles, ignorando el nombre mexicano de este dios, le dieron el de su fiesta, **Xipehualiztli,** tomando tan solo las dos primeras sílabas.

simamente en el mes undécimo. Los tlaxcaltecas le daban un culto particular y las lavanderas la miraban como a su protectora. Casi todos los escritores españoles confunden a Teteoinan con Tonantzin; pero son realmente distintas.

Ilamateuctli, a quien hacían fiesta el día tercero del mes décimoséptimo, parece haber sido la diosa de las viejas. Su nombre significa **señora vieja.**

Tepitoton, pequeñitos, era el nombre que daban a los penates, o dioses domésticos y a los ídolos que los representaban. De éstos debían tener seis en sus casas los reyes y los caudillos; cuatro los nobles y dos los plebeyos. En los caminos y calles los había con profusión.

Además de estos dioses, que eran los más notables y otros que omito, por no cansar a los lectores, tenían doscientos y sesenta, a los que se consagraban otros tantos días del año, dando a cada día su nombre correspondiente. Estos nombres son los que se ven en los primeros trece meses del calendario.

Las otras naciones de Anáhuac tenían casi los mismos dioses que los mexicanos; sólo variaban en las solemnidades, en los ritos y en los nombres. El numen más celebrado en México era Huitzilopochtli; en Cholula y en Huexotzingo, Quetzalcoatl; entre los totonacos, Centeotl y entre los otomíes, Mixcoatl. Los tlaxcaltecas, aunque rivales eternos de los mexicanos, adoraban las mismas divinidades que ellos; su dios favorito era también Huitzilopochtli; pero con el nombre de **Camaxtle.** Los tezcocanos, como amigos, confederados y vecinos de los mexicanos, se conformaban con ellos en todo lo relativo al culto.

IDOLOS Y MODO DE REVERENCIAR A LOS DIOSES

Las representaciones o ídolos de aquellas divinidades, que se veneraban en los templos, en las casas, en los caminos y en los bosques, eran infinitos. El señor Zumárraga, primer obispo de México, asegura que los religiosos franciscanos habían hecho pedazos, en el espacio de ocho años, más de viente mil ídolos; pero este número es pequeño con respecto a los que había tan solo en la Capital. Las materias de que ordinariamente se hacían, eran barro, algunas especies de piedra y madera; pero los formaban también de oro y otros metales y aun algunos de piedras preciosas. Benedicto Fernández, célebre misionero dominicano, halló

en un altísimo monte de Achiauhtla, en Mixteca, un idolillo llamado por aquellos pueblos **Corazón del pueblo.** Era una preciosísima esmeralda, de cuatro dedos de largo y dos de ancho, en que estaba esculpida la figura de un pajarillo rodeado de una sierpe. Los españoles que lo vieron ofrecieron por él mil y quinientos pesos; pero el celoso misionero lo redujo a polvo, con grande aparato y en presencia de todo el pueblo. El ídolo más extraordinario de los mexicanos era el de Huitzilopochtli, que hacían con algunos granos amasados con sangre de las víctimas. La mayor parte de los ídolos eran feos y monstruosos, por las partes extravagantes de que se componían para representar los atributos y funciones de los dioses simbolizados en ellos.

Reconocían la falsa divinidad de aquellos númenes, con ruegos, genuflexiones y postraciones, con ayunos y otras austeridades, con sacrificios y oraciones y con otros ritos, en parte comunes a otros pueblos y en parte propios exclusivamente de su religión. Les rezaban comunmente de rodillas y con el rostro vuelto a levante, y por esto edificaban la mayor parte de sus santuarios con la puerta a poniente. Les hacían votos para sí mismos y para sus hijos, y uno de ellos solía ser el de consagrar éstos al servicio de los dioses en algún templo o monasterio. Los que peligraban en algún viaje, ofrecían ir a visitar el templo de Omacatl y ofrecerle sacrificios de incienso y papel. Valíanse del nombre de algún dios para asegurar la verdad. La fórmula de sus juramentos era esta, **"¿Cuix amo nechitla in Toleolzin?"** "¿Por ventura no me está viendo nuestro dios?" Cuando nombraban al dios principal o a otro cualquiera de su especial devoción, se besaban la mano después de haber tocado con ella la tierra. Este juramento era de gran valor en los tribunales para justificarse de haber cometido algún delito; pues creían que no había hombre tan temerario que se atreviese a abusar del nombre de dios, sin evidente peligro de ser gravísimamente castigado por el cielo.

TRANSFORMACIONES

No faltaban en aquella mitología metamorfosis o transformaciones. Entre otras contaban que habiendo emprendido un hombre llamado **Xapan** hacer penitencia en un monte, tentado por una mujer cometió adulterio, por lo cual lo decapitó inmediatamente Xaotl, a quien los dioses habían dado el encargo de velar

sobre la conducta de Xapan. Este fue transformado en escorpión negro. No contento Xaotl con aquel castigo, persiguió también a su mujer Tlahuitzin, la cual fue transformada en escorpión rubio, y el mismo Xaotl, por haber traspasado los límites de su encargo, quedó convertido en langosta. A la vergüenza de aquel delito atribuyen la propiedad del escorpión de huir de la luz y de esconderse entre las piedras.

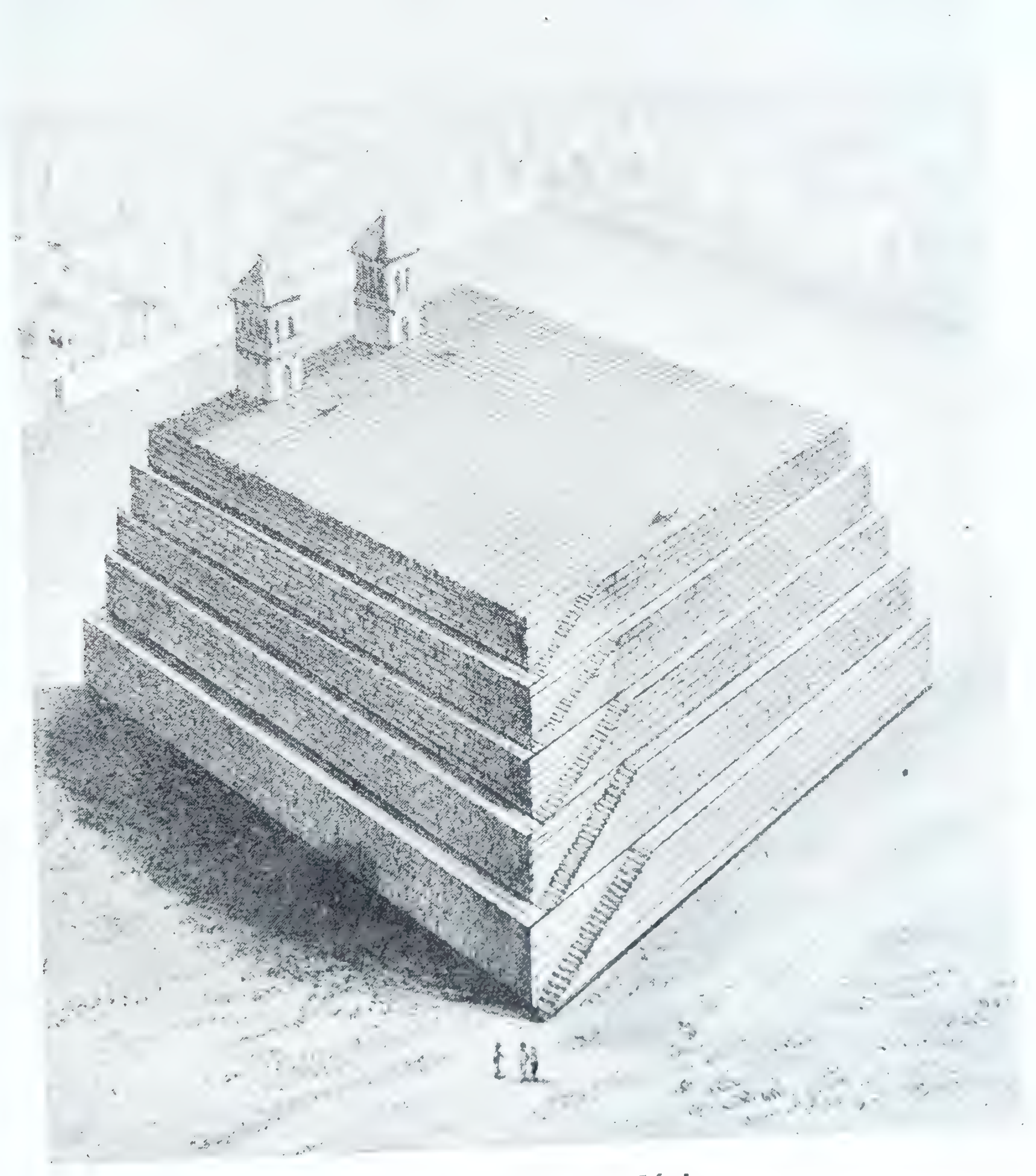
EL TEMPLO MAYOR DE MEXICO

Tenían los mexicanos y los otros pueblos de Anáhuac, como todas las naciones cultas del mundo, templos o lugares destinados al ejercicio de su religión, donde se reunían para tributar culto a sus dioses e implorar su protección. Llamaban al templo **Teocalli,** es decir, casa de dios, y **Tecpan,** lugar de dios, cuyos nombres, después que abrazaron el cristianismo, dieron con mayor propiedad a los templos erigidos en honor del verdadero Dios.

La ciudad y el reino de México empezaron por la fábrica del templo de Huitzilopochtli, o sea **Mexitli,** de donde tomó su nombre la ciudad. Este edificio fue desde luego una pobre cabaña. Amplióla Itzcoatl, primer rey conquistador de aquella nación, después de la toma de Azcapozalco. Su sucesor, Moteuczoma I, fabricó un nuevo templo en que había algunos indicios de magnificencia. Finalmente, Ahuitzotl construyó y dedicó aquel vasto edificio que había sido planteado por su antecesor Tizoc. Este fue el santuario que tanto celebraron los españoles después de haberlo arruinado. Quisiera que hubiera sido tanta la exactitud que nos dejaron de sus medidas, como su celo en echar por tierra aquel soberbio monumento de la superstición; pero escribieron con tanta variedad, que después de haberme fatigado en comparar sus descripciones, no he podido adquirir datos seguros sobre sus medidas, ni hubiera podido formarme idea de la arquitectura de aquella obra, si no fuera por la imagen que nos presenta a la vista el Conquistador Anónimo, cuya copia doy a mis lectores, aunque en las medidas me conformo más con su descripción que con su dibujo. Daré lo más verosímil que he podido sacar de la confrontación de cuatro testigos oculares, omitiendo lo dudoso, para no sobrecargar la imaginación con datos inútiles. (1)

---

(1) Los cuatro testigos oculares, cuyas descripciones he comparado, son el conquistador Cortés, Bernal Díaz, el Conquistador Anónimo y Sahagún.



Templo Mayor de México



Ocupaba este gran templo el centro de la ciudad y comprendía, con otros templos y edificios anexos, todo el sitio que hoy ocupa la iglesia catedral, parte de la plaza mayor, parte de las calles y casas de las inmediaciones. El muro que rodeaba aquel lugar, formando un cuadro, era tan grande, que dentro de su recinto cabía, según el mismo Cortés, un pueblo de quinientos hogares. (1) Este muro, fabricado de piedra y cal, era bastante grueso, tenía ocho pies de alto, y lo coronaban unos merlones, con adornos de figuras de piedra a modo de serpientes. Tenía cuatro puertas, que miraban a los cuatro puntos cardinales. En la del lado de oriente empezaba un ancho camino que conducía al lago de Tezcoco; las otras tres miraban a las tres principales calles de la ciudad, las más largas y derechas, las cuales comunicaban con las calzadas del lago, por las que se iba a Iztapalapan, Tacuba y Tepeyacac. Sobre cada puerta había una armería abundantemente provista de toda clase de armas ofensivas y defensivas, a donde en caso de necesidad, acudían a armarse las tropas.

El patio, que estaba dentro del recinto exterior del muro, estaba curiosamente empedrado de piedras tan lisas y bruñidas, que

---

Los tres primeros vivieron muchos meses en el palacio del rey Axayacatl. cerca del templo, y a cada instante lo veían. Sahagún, aunque no lo alcanzó entero, vió una parte de él y pudo reconocer el sitio que ocupaba. Gomara, aunque no estuvo en México, recogió noticias de los que se habían hallado en la conquista. Acosta, cuya descripción copiaron Herrera y Solís, en lugar de hablar del templo mayor, habla de otro muy diferente. Este autor, aunque digno de fe en muchas cosas, no estuvo en México sino sesenta años después de la conquista, cuando ya no existía el templo. En una edición holandesa de Solís, se publicó un dibujo del templo mayor, sumamente inexacto, el cual sin embargo, copiaron después los autores de la **Historia General de los Viajes**, y se halla también en una edición de las **Cartas de Cortés**, hecha en México en 1770; pero para que se vea el descuido de los editores, compárese la relación de este caudillo con el dibujo. Cortés dice en su primera carta (aunque hiperbólicamente), que el templo mayor de México era más alto que la torre de la catedral de Sevilla, y en el dibujo apenas tiene seis u ocho toesas de altura. Cortés dice que en el atrio superior del templo se fortificaron quinientos nobles mexicanos, y en el espacio que representa el dibujo apenas podrían caber sesenta u ochenta hombres. En fin, y dejando otras muchas contradicciones, Cortés dice que el templo tenía de tres a cuatro cuerpos, con sus corredores o terrados, y en el dibujo no se ve más que un cuerpo sin corredores.

(1) El Conquistador Anónimo dice que lo que había en el recinto del templo parecía una ciudad. Gomara dice que el largo de cada costado era como

no podían dar un paso en ellas los caballos de los españoles, sin resbalar y caer. En medio del patio se alzaba un vasto edificio cuadrilongo, (1) todo macizo, revestido de ladrillos cuadrados e iguales y compuesto de cinco cuerpos, casi iguales en la altura, pero desiguales en longitud y latitud, pues los más altos eran menores que los inferiores. El primero, o base del edificio, tenía de levante a poniente, más de cincuenta toesas y cerca de cuarenta y tres de norte a mediodía. (2) El segundo era de una toesa menos largo que el inferior, y de otra menos de ancho; los otros iban disminuyendo en las mismas proporciones, de modo que sobre cada cuerpo había un espacio o corredor abierto, por el cual podían andar tres y aun cuatro hombres de frente, girando en torno del cuerpo superior.

Las escaleras, que estaban hacia mediodía, eran de piedras grandes, bien trabajadas y constaban de ciento catorce escalones, cada uno del alto de un pie. No era una sola escalera continuada, como la representan los autores de la **Historia General de los Viajes,** y los editores mexicanos de las **Cartas de Cortés,** sino que había tantas escaleras, cuantos eran los cuerpos del edificio, como se ve en este grabado; así que, subida la primera escalera, no se podía subir a la segunda, sin dar una vuelta por el primer corredor, en torno del segundo cuerpo, ni subida la segunda se podía llegar a la tercera, sin dar la vuelta por el segundo corredor, en rededor del tercer cuerpo y así de los demás. Esto se

---

un grandísimo tiro de ballesta. Torquemada, después de haber repetido lo mismo, dice que el circuito del muro era de tres mil pasos; lo que evidentemente es falso. El Dr. Hernández en su prolija relación de aquel templo, que se conserva M. S. en la biblioteca del Escorial y de la cual se sirvió Nieremberg en su **Historia Natural,** da a cada lado del muro doscientas brazas toledanas, que son cerca de ochenta y seis toesas.

(1) Sahagún dice que el edificio era un cuadro perfecto; pero el Anónimo, tanto en la descripción como en el dibujo, lo representa cuadrilongo, y así eran los templos de Teotihuacan que sirvieron de modelos a todos los otros.

(2) Sahagún da trescientos sesenta pies toledanos a cada uno de los costados del primer cuerpo; pero esta medida sólo se debe aplicar al largo. Gomara le da cincuenta brazas y ésta es la medida del ancho. Trescientos sesenta pies toledanos hacen trescientos ocho de París, o poco más de cincuenta toesas. Cincuenta brazas hacen doscientos cincuenta y siete pies de París, o casi cuarenta y dos toesas.

entenderá mejor viendo la estampa adjunta, copiada del dibujo del Conquistador Anónimo, aunque enmendada, por lo que hace a las medidas, con los datos del mismo y de otros escritores. (1)

Sobre el quinto y último cuerpo había una plataforma mejor llamada atrio superior, de cuarenta toesas de largo (2) y treinta y cuatro de ancho, la cual estaba tan bien empedrada como el patio o atrio inferior. En la extremidad oriental de aquel espacio se alzaban dos torres a la altura de cincuenta y seis pies, o poco más de nueve toesas. Cada una estaba dividida en tres cuerpos; el inferior de piedra y cal y los otros dos de madera bien trabajada y pintada. El cuerpo inferior o base, era propiamente el santuario donde, sobre un altar de piedra de cinco pies de alto, estaban colocados los ídolos tutelares. Uno de estos santuarios estaba consagrado a Huitzilopochtli y a los otros dioses de la guerra y el otro a Tezcatlipoca. Los otros cuerpos servían para guardar los utensilios necesarios al culto de los ídolos y las cenizas de algunos reyes y señores, que por devoción particular lo habían dejado dispuesto así. Los dos santuarios tenían la puerta a poniente, y las dos torres terminaban en hermosas cúpulas de madera; pero ningún autor habla del adorno y disposición interior de los santuarios, como tampoco del grueso de las torres. El representado en la estampa es el que yo conjeturo más probable. Lo que puedo asegurar, sin temor de errar, es que la altura del edificio no era menos de diez y nueve toesas, y con la de las torres pasaba de veintiocho. Desde aquella elevación se alcanzaba a ver el lago, las ciudades que lo rodeaban y una gran parte del valle; lo que formaba, según los testigos oculares, un golpe de vista de incomparable hermosura.

En el atrio superior estaba el altar de los sacrificios ordinarios y en el inferior el de los sacrificios gladiatorios. Delante de los dos santuarios había dos hogares de piedra, de la altura de un

---

(1) Una copia del dibujo del Anónimo se halla en la colección de Juan Ramusio y otra en la obra del P. Kirker, **OEdipus AEgyptiacus.**

(2) Sahagún, cuyas medidas adoptó Torquemada, no da al atrio superior más de setenta pies toledanos en cuadro, que son diez toesas; mas no es posible que en tan estrecho espacio combatiesen contra los españoles quinientos nobles mexicanos, como afirma Cortés y mucho menos si damos fe a Bernal Díaz, que dice que los mexicanos fortificados en aquel punto eran cuatro mil, además de algunas compañías que estaban abajo cuando subieron los nobles.

hombre y de la figura de las piscinas de nuestras iglesias, en los cuales de día y de noche se mantenía fuego perpetuo que atizaban y conservaban con la mayor vigilancia, porque creían que si llegaba a extinguirse, sobrevendrían grandes castigos del cielo. En los otros templos y edificios religiosos, comprendidos en el recinto del muro exterior, había hasta seiscientos hogares del mismo tamaño y forma, y en las noches en que todos se encendían, formaban un vistoso espectáculo.

EDIFICIOS ANEXOS AL TEMPLO MAYOR

En el espacio que mediaba entre el muro exterior y el templo, además de una plaza para los bailes religiosos, había más de cuarenta templos menores, consagrados a los otros dioses, algunos colegios de sacerdotes, seminarios de jóvenes de ambos sexos y otros varios edificios, de los que por su singularidad, daré aquí alguna noticia.

Entre los templos, los más considerables eran los tres de Tezcatlipoca, Tlaloc y Quetzalcoatl. Todos, aunque diferentes en el tamaño, eran semejantes en la forma y tenían la fachada vuelta hacia el templo mayor, siendo así que en los demás templos, construídos fuera de aquel circuito, la fachada daba siempre a poniente. Sólo el templo de Quetzalcoatl se diferenciaba en la forma de los otros, porque éstos eran cuadrilongos y aquél era circular. La puerta de este santuario era la boca de una enorme serpiente de piedra, con sus dientes. Muchos españoles que por curiosidad entraron en aquel diabólico edificio, confesaron que se habían llenado de horror. Entre los templos había uno llamado **Ilhuicatitlan,** dedicado al planeta Venus, y dentro una gran columna en que estaba pintada o esculpida la imagen de aquel astro. Cerca de la columna se sacrificaban prisioneros al planeta en el tiempo de su aparición.

Había varios colegios de sacerdotes y seminarios contenidos en el recinto de dicho templo; en particular sabemos de cinco colegios o monasterios de sacerdotes y de tres seminarios de jóvenes, mas éstos sin duda, no eran todos, pues era excesivo el número de personas que allí vivían, todas consagradas al servicio de los dioses.

Entre los edificios notables comprendidos en aquel circuito, además de las cuatro armerías colocadas sobre las puertas, había

otra, cerca del templo **Tezcacalli** o casa de espejos. Había otro pequeño templo llamado Teccizcalli, todo cubierto de conchas, con una casa inmediata a la que se retiraba el rey de México, para hacer sus oraciones y ayunos. Otra casa de retiro había para el gran sacerdote, llamada **Poyauhtlan,** y otras para los particulares, un buen hospicio para alojar a los forasteros de distinción, que iban por devoción a visitar el templo o por curiosidad a ver las grandezas de la corte, estanques para el baño de los sacerdotes y fuentes para suministrarles el agua de su uso. En el estanque llamado **Tezcapan** se bañaban muchos por voto particular que hacían a los dioses. Entre las fuentes había una llamada **Toxpalatl,** cuya agua creían que era santa; bebíanla tan solo en las fiestas solemnes y fuera de ellas a nadie era lícito tomarla. (1) Había sitios para la cría de pájaros que sacrificaban, jardines en que se cultivaban flores y plantas olorosas para el ornato de los altares; por último, tenían también entre los muros un bosquecillo, con representaciones artificiales de montes, lagos y peñas y allí se hacía la caza general de que hablaré a su tiempo.

En el templo había piezas destinadas a guardar los ídolos, los ornamentos y todo lo perteneciente al culto de los dioses, entre ellas dos salas tan grandes, que los españoles quedaron maravillados al verlas. Pero los edificios más notables por su singularidad, eran una gran cárcel a manera de jaula, en que encerraban los ídolos de las naciones vencidas y otros en que se conservaban las calaveras de las víctimas. Estas últimas construcciones eran de dos especies; las unas no eran más que montones de huesos, en las otras, las calaveras estaban curiosamente embutidas en el muro o enfiladas en palos, formando dibujos simétricos, no tan curiosos cuanto horribles. El mayor de estos espantosos monumentos, aunque no estaba comprendido en el recinto de los muros, distaba poco de su puerta principal. Era un vasto terraplén cuadrilongo y medio piramidal. En la parte más baja tenía ciento cincuenta y cuatro pies de largo. Subíase a la parte superior por una escalera de treinta escalones y encima estaban erigidas más de sesenta vigas altísimas, con muchos agujeros practicados en toda su longitud y colocadas a cuatro pies de distancia una de

(1) La fuente Toxpalatl, cuya agua era bastante buena, se cegó cuando los españoles arruinaron el templo. Volvióse a abrir en el año de 1582, en la plazuela del Marqués, que hoy se llama el **Empedradillo,** próximo a la catedral, mas no sé por qué causa la volvieron a cegar después.

otra. De los agujeros de una viga a los de otra, había bastones atravesados y en cada uno de ellos cierto número de cráneos enfilados por las sienes. En los escalones había también un cráneo entre piedra y piedra. Además se alzaban en dos extremidades de aquel edificio, dos torres construídas tan solo, según dicen, de cráneos y cal. Cuando algún cráneo se deterioraba, los sacerdotes lo reemplazaban con otro nuevo, para que no faltase el número ni la simetría. Los cráneos de las víctimas comunes se conservaban despojados de tegumentos; pero si el sacrificado era persona de distinción, se procuraba guardar la cabeza entera, lo que hacía más horrorosos aquellos trofeos de su bárbara superstición. Eran tantos los cráneos conservados en aquellos edificios, que algunos de los conquistadores españoles, que se tomaron el trabajo de contar sólo los que había en los escalones y entre las vigas, hallaron ciento treinta y seis mil. (1) Si el lector desea tener más pormenores acerca de todo lo que contenían los muros del templo, lea la relación de Sahagún en la obra de Torquemada y la descripción que hizo el Dr. Hernández de sus setenta y ocho edificios que se halla en la **Historia Natural** de Nieremberg.

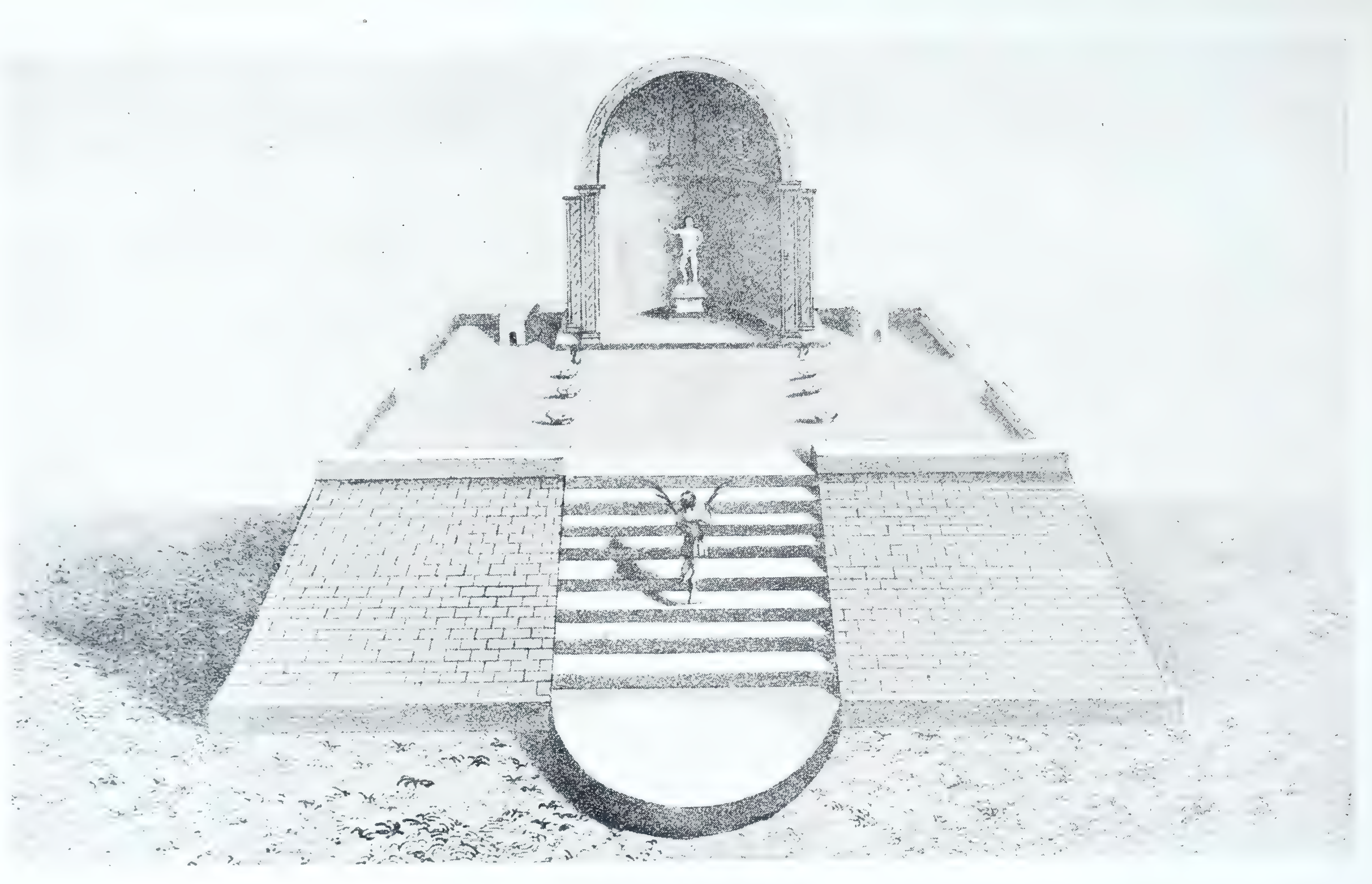
OTROS TEMPLOS

Además de los templos de que acabamos de hablar, había otros esparcidos en diversos puntos de la ciudad. Según algunos autores, el número de los de la Capital, comprendidos sin duda los más pequeños, no bajaba de dos mil y las torres eran trescientas sesenta; mas no consta que alguno las haya contado por sí mismo. No se puede dudar, sin embargo, que eran muchos, entre los cuales siete u ocho eran los mayores; pero sobre todos se alzaba el de Tlatelolco, consagrado también al dios Huitzilopochtli.

Fuera de México los templos más célebres eran los de Tezcoco, Cholula y Teotihuacan. Bernal Díaz, que tuvo la curiosidad de contar sus escalones, dice que el de Tezcoco tenía ciento diez y siete y el de Cholula, ciento veinte. No sabemos si aquel famoso templo de Tezcoco era el mismo de Tezcutzinco, tan celebrado por Valadés en su **Retórica Cristiana** o el de aquella célebre torre de nueve cuerpos, consagrada por Nezahualcoyotl al Crea-

---

(1) Andrés de Tapia, uno de los capitanes de Cortés y uno de los que contaron los cráneos, dió estas noticias al historiador Gomara.



Otra forma de templo



dor del cielo. El templo mayor de Cholula, como otros muchos de aquella ciudad, estaba dedicado a su protector Quetzalcoatl. Todos los historiadores antiguos hablan con admiración del número de templos que había en Cholula. Cortés aseguró al emperador Carlos V, que desde lo alto de un templo había contado más de cuatrocientas torres, todas pertenecientes a edificios religiosos. (1) Subsiste allí la altísima pirámide construída por los toltecas, donde antes hubo un templo consagrado a aquella falsa divinidad y hoy existe en el mismo sitio un devoto santuario de la Madre del verdadero Dios; pero por causa de su antigüedad se ha cubierto de tal modo la pirámide de tierra y maleza, que más parece un monte natural que un edificio. Ignoro cuáles eran sus dimensiones, pero su circunferencia en su parte inferior no bajaba de media milla. (2) Se sube a la cima por un camino espiral en rededor de la pirámide, por el cual subí yo a caballo en 1744. Este es aquel famoso monte que Boturini creyó construído por los toltecas, para en caso de sobrevenir otro diluvio como el de Noé y sobre el cual se refieren tantas fábulas.

Subsisten todavía los famosos templos de Teotihuacan, a tres millas al norte de aquel pueblo y a más de veinte de México. Estos vastos edificios que sirvieron de modelo a los demás templos de aquel país, estaban consagrados uno al sol y otro a la luna, representados en dos ídolos de enorme tamaño, hechos de piedra y cubiertos de oro. El del sol tenía una gran concavidad en el pecho y en ella la imagen de aquel planeta, de oro finísimo. Los conquistadores se aprovecharon del metal y los ídolos fueron hechos pedazos por orden del primer obispo de México; pero los fragmentos se conservaron hasta fines del siglo pasado y aun quizás hay algunos todavía. La base o cuerpo inferior del templo

---

(1) "Certifico a V. A. que yo conté desde una mezquita cuatrocientas y tantas torres en la dicha ciudad de Cholula y todas son de mezquitas." Carta a Carlos V, del 30 de octubre de 1520. El Conquistador Anónimo contó, según afirma, ciento noventa torres, entre palacios y templos. Bernal Díaz dice que pasaban de ciento, pero probablemente contaría las más notables por su altura. Algunos escritores posteriores dijeron que estas torres eran tantas, cuantos los días del año.

(2) Betancourt dice que la altura de la pirámide de Cholula era de más de cuarenta estados, es decir, más de doscientos cinco pies de París; pero esta medida no es exacta, pues indudablemente aquella elevación no bajaba de quinientos pies.

del sol tiene ciento veinte toesas de largo, ochenta y seis de ancho y la altura de todo el edificio corresponde a su mole. (1) El de la luna tiene en su base ochenta y seis toesas de largo y sesenta y tres de ancho. Cada uno de estos edificios está dividido en cuatro cuerpos y con otras tantas escaleras, dispuestas como las del templo mayor de México; mas ahora no se descubren por estar en parte arruinadas y enteramente cubiertas de tierra. En rededor de aquellas construcciones se veían muchos montecillos, que según dicen, eran otros tantos templos, consagrados a diferentes planetas y estrellas, y por estar todo aquel sitio cubierto de monumentos religiosos, fue llamado por los antiguos Teotihuacan.

El número de los templos que había en todo el Imperio mexicano era muy considerable. Torquemada dice que eran más de cuarenta mil; pero creo que pasaban de este número si se cuentan los pequeños, pues no había lugar habitado sin su templo, ni pueblo de alguna extensión que no tuviese muchos.

La estructura de los templos grandes era, por lo común, como la del templo mayor de México; pero había otros muchos de diversa arquitectura. Algunos constaban de un solo cuerpo piramidal y de una escalera, otros de un cuerpo y de varias escaleras, como se verá en la estampa adjunta, copiada de otra que publicó Diego Valadés en su **Retórica Cristiana.** (2)

No contenta la superstición de aquellos pueblos con tan gran número de templos construídos en sus ciudades y villas, había muchos altares en las cimas de los montes, en los bosques y en los caminos, para excitar donde quiera la idólatra devoción de los

---

(1) Gemelli midió aquellos templos en largo y ancho, mas no pudo medir la altura por falta de instrumentos. Boturini midió la altura, pero cuando escribió la obra no tenía consigo las medidas, aunque le parecía haber hallado en el templo del sol doscientas brazas castellanas de alto, esto es, ochenta y seis toesas. Este autor dice que aquellos edificios estaban vacíos en su interior; pero se olvidó de su figura cuando dijo que eran exactamente cuadrados. El Dr. Sigüenza observó curiosa y diligentemente aquellos célebres monumentos de la antigüedad americana, mas se perdieron sus preciosos manuscritos.

(2) Diego Valadés, franciscano, después de haberse empleado muchos años en la conversión de los mexicanos, pasó a Roma, donde fue nombrado Procurador General de su orden. De allí a poco publicó en Perugia su erudita y apreciable obra latina intitulada **Retórica Cristiana,** dedicada al papa Gregorio XIII, en que explicó muchas antigüedades mexicanas.

viandantes y para celebrar sacrificios a los dioses de los montes y a los otros númenes campestres.

RENTAS DE LOS TEMPLOS

Las rentas del templo mayor de México, como las de los otros de la corte y del Imperio, eran cuantiosas. Cada uno tenía sus posesiones y tierras propias y aun labradores para trabajarlas. De estos bienes salía todo lo necesario para la manutención de los sacerdotes y la leña que en gran cantidad se consumía en los templos. Los sacerdotes que hacían de mayordomos, iban frecuentemente a aquellas haciendas y los que en ellas trabajaban se creían muy felices por contribuir con sus fatigas al culto de los dioses y a la manutención de sus ministros. En el reino de Acolhuacan, las veintinueve ciudades que suministraban las provisiones al real palacio, las daban también a los templos. Es de creer que el distrito llamado **Teotlalpan** (tierra de los dioses), tendría este nombre por ser una posesión religiosa. A esto se añadían las infinitas oblaciones que espontáneamente hacían los pueblos y que se componían, por lo común, de víveres; las primicias que ofrecían por las lluvias oportunas y por los otros beneficios del cielo. Cerca de los templos había almacenes en que guardaban los comestibles para el mantenimiento de los sacerdotes y anualmente se distribuía lo que sobraba entre los pobres, para los cuales había hospitales en los pueblos grandes.

NUMERO Y JERARQUIA DE LOS SACERDOTES

A la muchedumbre de los dioses y de los templos mexicanos correspondía el número de los sacerdotes y la veneración con que se miraban no era inferior al culto supersticioso de las divinidades. El número prodigioso de sacerdotes que había en el Imperio se puede calcular por el de los que residían en el templo mayor, pues subía, según los historiadores, a cinco mil. No debe extrañarse, pues sólo los consagrados al dios Tezcatzoncatl en aquel sitio, eran cuatrocientos. Cada templo tenía un cierto número de ministros, por lo que no sería temeridad asegurar que no había menos de un millón en todo el Imperio. Contribuían a su multiplicación el sumo respeto con que eran tratados y el alto honor anexo al servcio de las divinidades. Los señores consagraban sus hijos a porfía por algún tiempo al servicio de los

santuarios; la nobleza inferior empleaba los suyos en las funciones exteriores, como llevar leña, atizar y conservar el fuego y otras análogas, persuadidos unos y otros de que era la mayor distinción con que podían condecorar a sus familias.

Había muchos grados o jerarquías entre los sacerdotes. Los jefes supremos de todos eran los dos sumos sacerdotes, a quienes llamaban **Teteuctli**, señor divino, y **Hueiteopixqui**, gran sacerdote. Aquella alta dignidad no se confería sino a las personas más ilustres por su nacimiento, por su probidad y por su inteligencia en las ceremonias religiosas. Los sumos sacerdotes eran los oráculos que los reyes consultaban en los más graves negocios del Estado y nunca se emprendía la guerra sin su consentimiento. Ellos eran los que ungían a los reyes después de su elección, los que abrían el pecho y arrancaban el corazón a las víctimas humanas en los más solemnes sacrificios. El sumo sacerdote era siempre en el reino de Acolhuacan el hijo segundo del rey. El de los totonacas era ungido con sangre de niños y esta ceremonia se llamaba **unción divina**; (1) lo mismo dicen algunos autores del de México.

De lo referido podrá inferirse que los sumos sacerdotes de México eran los jefes de la religión en aquel estado y no en las otras naciones conquistadas, las cuales aun después de haber sido agregadas a la corona, conservaban sus sacerdotes independientes.

El sumo sacerdocio se confería por elección; pero ignoro si los electores eran los mismos sacerdotes, o los que elegían el jefe político del estado. La insignia de los sumos sacerdotes de México era una borla de algodón pendiente del pecho y en las fiestas grandes usaban trajes muy adornados en que se veían las insignias del numen cuya fiesta celebraban. El sumo sacerdote de los mixtecas se ponía en semejantes ocasiones una túnica, en que estaban representados los principales sucesos de su mitología; sobre ella un roquete blanco y sobre todo una gran capa. En la cabeza llevaba un penacho de plumas verdes curiosamente tejidas y adornadas con algunas figurillas de dioses. De los hombros le pendía un lienzo y otro del brazo.

---

(1) El P. Acosta confunde la unción divina del sumo sacerdote con la del rey; pero eran enteramente diferentes. La unción del rey se hacía con cierta tinta.

Después de esta suprema dignidad sacerdotal, la más elevada era la del **Mexicoteohuatzin,** que el mismo gran sacerdote confería. Su obligación era velar sobre la observancia de los ritos y ceremonias y sobre la conducta de los sacerdotes que estaban a la cabeza de los seminarios y castigar a los ministros delincuentes. Para desempeñar tan vastas funciones tenía dos ayudantes o vicarios, cuyos títulos eran **Huitznahuateohuatzin** y **Tepanteohuatzin.** Este último era el superior general de los seminarios. La insignia principal del **Mexicoteohuatzin** era un saquillo de copal que llevaba siempre consigo.

El **Tlatquimilolteuctli** era el ecónomo de los santuarios; el **Ometochtli,** el primer compositor de los himnos que se cantaban en las fiestas; el **Epcoacuiltzin,** el maestro de ceremonias; (1) el **Tlapixcatzin,** el maestro de capilla, el cual no sólo disponía la música, sino que dirigía el canto y corregía a los cantores. Había otros superiores inmediatos de los colegios de los sacerdotes consagrados a diversos dioses, cuyos nombres omito por no parecer difuso. (2) A los sacerdotes daban, como hoy dan a los del verdadero Dios, el nombre de **Teopixqui,** es decir, custodio o ministro de Dios.

En cada barrio de la capital y lo mismo puede creerse de las otras ciudades, había un sacerdote preeminente, que era como el párroco de aquel distrito, a quien tocaba dirigir allí las fiestas y los otros actos religiosos. Todos estos ministros dependían del Mexicoteohuatzin.

FUNCIONES, TRAJE Y VIDA DE LOS SACERDOTES

Todos los ministerios relativos al culto se dividían entre los sacerdotes. Los unos eran sacrificadores y los otros adivinos; unos compositores y otros cantores de himnos. Entre éstos unos cantaban de día y otros de noche. Los había para cuidar de la limpieza de los templos y del ornato de los altares. A los sacerdotes tocaba la instrucción de la juventud, el arreglo del calendario, de las fiestas y de las pinturas mitológicas.

---

(1) Torquemada llama a este sacerdote **Epcualiztli,** y el Dr. Hernández **Epoacuacuiliztli;** pero los dos se engañan.

(2) Quien desee saber los otros empleos y nombres de los sacerdotes, podrá leer el libro VIII de Torquemada y la relación de Hernández, que insertó Nieremberg en su **Historia Natural.**

Cuatro veces al día incensaban a los ídolos, esto es, al amanecer, a mediodía, al anochecer y a media noche. Esta última ceremonia se hacía por el sacerdote a quien tocaba el turno, pero con asistencia de los ministros más condecorados del templo. Al sol incensaban nueve veces, cuatro de día y cinco de noche. El perfume de que usaban era copal o alguna otra resina olorosa; pero en ciertas fiestas se servían de chapopotli o betún judáico. Los incensarios eran ordinariamente de barro, pero había algunos de oro. Los sacerdotes, o al menos algunos ellos, se teñían diariamente el cuerpo con tinta hecha del hollín de ocotl, que era una especie de pino bastante aromático; sobre aquella costra se ponían ocre o cinabrio y todas las noches se bañaban en los estanques del recinto del templo.

El hábito de los sacerdotes mexicanos no era otro que el común del pueblo, con la sola diferencia de una especie de gorra negra de algodón; pero los que en los monasterios profesaban una vida más austera, iban enteramente vestidos de negro, como los sacerdotes comunes de las otras naciones del Imperio. Se dejaban crecer los cabellos y a veces les llegaban a los pies. Los trenzaban con gruesos cordones de algodón y los untaban con tinta, resultando un grueso volumen, no menos incómodo para ellos, que horrible y asqueroso a la vista.

Además de la unción ordinaria de tinta, usaban otra extraordinaria y más abominable, siempre que hacían sacrificios en las cimas de los montes y en las cavernas tenebrosas de la tierra. Tomaban una buena cantidad de insectos venenosos, como escorpiones, arañas y gusanos y aun de culebras pequeñas, quemábanlos en uno de los hogares del templo y amasaban sus cenizas en un mortero con hollín de ocotl, con tabaco, con la hierba ololiuhqui y con algunos insectos vivos. Presentaban en vasos pequeños esta diabólica confección a sus dioses y después se ungían con ella todo el cuerpo. Después arrostraban con denuedo los mayores peligros, persuadidos de que no podrían hacerles ningún mal ni las fieras de los bosques, ni los insectos más maléficos. Llamaban a aquella untura **teopatli**, es decir, medicamento divino, y la creían eficaz contra toda especie de enfermedades, por lo que solían darla a los enfermos y a los niños. Los muchachos de los seminarios eran los encargados de recoger los bichos necesarios para su composición, por lo que, acostumbrados desde pequeños a aquel oficio, perdían el miedo a los animales venenosos y los mane-

jaban sin escrúpulo. Servíanse también del teopatli para los encantos, y de otras ceremonias supersticiosas y ridículas, juntamente con cierta agua que bendecían a su modo, particularmente los sacerdotes del dios Ixtlilton. De esta agua daban a los enfermos. Los sacerdotes practicaban muchos ayunos y austeridades; no se embriagaban jamás, antes bien raras veces bebían vino. Los de Tezcatzoncatl, después de terminado el canto con que celebraban a sus dioses, echaban cada día al suelo trescientas tres cañas, número correspondiente al de los cantores; entre ellas había una agujereada; cada uno tomaba la suya y aquél a quien tocaba la agujereada, era el único que podía beber vino. Durante el tiempo que empleaban en el servicio del templo se abstenían de tocar a otra mujer que a la legítima, afectando tanta modestia y compostura, que cuando encontraban casualmente otra cualquiera, bajaban los ojos para no mirarla. Cualquier exceso de incontinencia era severamente castigado en los sacerdotes. El sacerdote que en Teotihuacan estaba convicto de haber faltado a la castidad, era entregado al pueblo, que lo mataba de noche a palos. En Ichcatlan el sumo sacerdote estaba obligado a vivir siempre en el templo y a abstenerse de toda comunicación con mujeres. Si por su desgracia faltaba a este deber, moría irremisiblemente y se presentaban sus miembros sangrientos a su sucesor, para que le sirviesen de ejemplo. A los que por pereza no se levantaban para los ejercicios nocturnos de la religión, bañaban la cabeza con agua hirviendo o les perforaban los labios o las orejas, y los que reincidían en esta o en otra culpa, morían ahogados en el lago, después de haber sido arrojados del templo, en la fiesta que hacían al dios de las aguas en el sexto mes del año. Los sacerdotes vivían ordinariamente en comunidad bajo la vigilancia de algunos superiores.

LAS SACERDOTISAS

El sacerdocio no era perpetuo entre los mexicanos; sin embargo, había algunos que se consagraban por toda la vida al servicio de los altares; pero otros lo hacían por algún tiempo o para cumplir un voto de sus padres, o por su propia devoción. Tampoco era el sacerdocio propiedad exclusiva del sexo masculino, pues había mujeres que ejercían aquellas funciones. Incensaban los ídolos, cuidaban del fuego sagrado, barrían el templo, preparaban la oblación de comestibles que se hacía diariamente y la presen-

taban en el altar; pero no podían hacer sacrificios y estaban excluídas de las primeras dignidades sacerdotales. Entre ellas había algunas consagradas desde la niñez por sus padres; otras, en virtud de algún voto que hacían por enfermedad o para obtener un buen casamiento o para implorar de los dioses la prosperidad de sus familias, servían en el templo por espacio de uno o dos años. La consagración de las primeras se hacía del modo siguiente: cuando nacía la niña la ofrecían sus padres a alguna divinidad y avisaban al sacerdote del barrio y éste al Tepanteohuatzin, que era, como ya hemos dicho, el superior general de los seminarios. Después de dos meses la llevaban al templo y le ponían en las manos una granadilla y un pequeño incensario, con un poco de copal, para significar su futuro destino. Cada mes reiteraba la visita al templo y la oblación, juntamente con la de algunas cortezas de árbol para el fuego sagrado. Cuando la niña llegaba a la edad de cinco años, la entregaban sus padres al Tepanteohuatzin y éste la ponía en un seminario, donde la instruían en la religión, en las buenas costumbres y en las ocupaciones propias de su sexo. Con las que entraban a servir por algún voto particular, lo primero que hacían era cortarles los cabellos. Las unas y las otras vivían con mucho recogimiento, silencio y retiro, bajo la vigilancia de sus superioras y sin tratar con hombres. Algunas se levantaban dos horas antes de media noche, otras a media noche y otras al rayar el día, para atizar y avivar el fuego y para incensar a los ídolos, y aunque asistían algunos sacerdotes a la misma ceremonia, había una separación entre ellos, formando los hombres una ala y las mujeres otra; aquéllos y éstas a vista de sus superiores para que no hubiese el menor desorden. Todas las mañanas preparaban las oblaciones de comestibles y barrían el atrio inferior del templo. Los ratos que les dejaban libres sus ocupaciones religiosas los empleaban en hilar y tejer hermosas telas para vestir a los ídolos y adornar los altares. La continencia de estas doncellas era el objeto del esmero particular de sus superioras. Cualquier delito de este género era imperdonable. Si quedaba oculto, la delincuente procuraba aplacar la cólera de los dioses con ayunos y austeridades, pues temía que en castigo de su culpa se le pudriesen las carnes. Cuando la doncella consagrada desde su infancia al culto de los dioses llegaba a la edad de diez y siete años que era en la que por lo común se casaban, sus padres le buscaban marido y estando ya de acuerdo con él, presentaban

al Tepanteohuatzin, en platos curiosamente labrados, un cierto número de codornices y cierta cantidad de copal, de flores y de comestibles con un discurso en que le daban gracias por el esmero que había puesto en la educación de su hija y le pedían licencia de llevarla consigo. Aquel personaje respondía con otra arenga, concediendo el permiso que se le pedía y exhortando a la joven a la perseverancia en la virtud y al cumplimiento de las obligaciones del matrimonio.

DIFERENTES ORDENES RELIGIOSAS

Entre las diferentes órdenes o congregaciones religiosas de hombres y de mujeres, merece particular mención la de Quetzalcoatl. En los colegios o monasterios de uno y otro sexo, dedicados a este imaginario numen, se observaba una vida extraordinariamente rígida y austera. El hábito de que usaban era muy honesto; bañábanse todos a media noche y velaban hasta dos horas antes del día, cantando himnos a su dios y ejercitándose en varias penitencias. Tenían libertad de ir a los montes a cualquiera hora del día y de la noche a derramar su propia sangre, privilegio de que gozaban en virtud de su gran reputación de santidad. Los superiores de los monasterios tomaban también el nombre de Quetzalcoatl y tenían tanta autoridad, que a nadie visitaban si no es al rey, en casos extraordinarios. Estos religiosos se consagraban en la infancia. El padre del niño convidaba a comer al superior, el cual enviaba en su lugar a uno de sus súbditos. Este le presentaba el niño y él tomándolo en brazos, lo ofrecía, pronunciando una oración a Quetzalcoatl y le ponía al cuello un collar, que debía llevar hasta la edad de siete años. Cuando cumplía dos años, le hacía el superior una incisión en el pecho, la cual, como el collar, era la señal de su consagración. Cumplidos los siete años entraba en el monasterio, después de haber oído de sus padres un largo discurso, en que le recordaban el voto hecho por ellos a Quetzalcoatl y lo exhortaban a cumplirlo, a observar las buenas costumbres, a obedecer a sus superiores y a rogar a los dioses por los autores de su vida y por toda la nación. Esta orden se llamaba **Tlamacaxcayotl** y sus individuos **Tlamacazques.**

Otra orden había consagrada a Tezcatlipoca que llamaban **Telpochtiliztli,** o colección de jóvenes, por componerse de jóvenes

y niños. Consagrábanse también desde la infancia, casi con las mismas ceremonias que acabamos de describir; pero no vivían en comunidad, sino cada uno en su casa. Tenían en cada barrio de la ciudad un superior que los dirigía y una casa en que al ponerse el sol se reunían a bailar y a cantar los elogios de su dios. Concurrían a esta ceremonia ambos sexos; pero sin cometer el menor desorden, pues los observaban con el mayor cuidado los superiores y castigaban rigorosamente a quien faltaba a las reglas establecidas.

En los totonacas había una orden de monjes, dedicados al culto de la diosa Centeotl. Vivían en gran retiro y austeridad y su conducta, dejando aparte la superstición y la vanidad, era realmente irreprensible. En este monasterio no entraban sino hombres de más de sesenta años, viudos, de buenas costumbres y sobre todo, castos y honestos. Había un número fijo de monjes y cuando moría uno, le substituían otro. Eran tan estimados, que no sólo los consultaban las gentes humildes, sino los personajes más encumbrados y el mismo gran sacerdote. Escuchaban las consultas sentados en un banco, fijos los ojos en el suelo y sus respuestas eran recibidas como oráculos hasta por los mismos reyes de México. Empleábanse en hacer pinturas históricas, las que se entregaban al sumo sacerdote para que las enseñase al pueblo.

SACRIFICIOS COMUNES DE VICTIMAS HUMANAS

Pero el empleo más importante del sacerdocio, la principal función del culto de los mexicanos, eran los sacrificios que hacían, ya para obtener alguna gracia del cielo, ya para darle gracias por los beneficios recibidos. Omitiría de buena gana el tratar de este asunto, si las leyes de la historia me lo permitiesen, para evitar al lector el disgusto que debe producirle la relación de tanta abominación y crueldad, pues aunque apenas hay nación en el mundo que no haya practicado aquella clase de sacrificios, difícilmente se hallará una que los haya llevado al exceso que los mexicanos.

No sabemos cuáles eran los sacrificios que usaban los antiguos toltecas. Los chichimecas estuvieron mucho tiempo sin practicarlos, pues al principio no tenían ídolos, templos ni sacerdotes, ni ofrecían otra cosa a sus dioses, el sol y la luna, sino hierbas, frutas, flores y copal. No se ocurrió a aquellos pueblos



Sacrificio ordinario



la inhumanidad de sacrificar víctimas humanas, hasta que dieron el ejemplo los mexicanos, borrando entre las naciones vecinas las primeras ideas inspiradas por la naturaleza. Ya hemos indicado lo que ellos decían acerca del origen de tan bárbara práctica, y lo que se halla en sus historias sobre el primer sacrificio de los prisioneros xochimilcos, cuando los mexicanos se hallaban en Colhuacan. Mientras éstos se hallaban encerrados en el lago y sometidos al yugo de los tepanecas, es de creer que no serían muy comunes aquellos sangrientos holocaustos, pues ni tenían prisioneros, ni podían adquirir esclavos. Pero desde que extendieron sus dominios y multiplicaron sus victorias, empezaron a repetirse con frecuencia los sacrificios y en algunas fiestas eran muchas las víctimas.

Los sacrificios variaban con respecto al número, al lugar y al modo, según las circunstancias de la fiesta. Por lo común abrían el pecho a las víctimas; pero algunas otras eran ahogadas en el lago, otras morían de hambre, encerradas en las cavernas en que enterraban a los muertos y otras, finalmente, en el sacrificio gladiatorio. El lugar en que más comunmente se consumaban aquellas atrocidades era el templo, en cuyo atrio superior estaba el altar destinado a los sacrificios ordinarios. El del templo mayor de México era de una piedra verde, jaspe probablemente, convexa en la parte superior, de cerca de tres pies de alto, de otro tanto de ancho y de cinco pies de largo. Los ministros ordinarios del sacrificio eran seis sacerdotes, el principal de los cuales era el Topiltzin, cuya dignidad era preeminente y hereditaria; mas en cada sacrificio tomaba el nombre de la divinidad en cuyo honor se hacía. Vestíase para aquella función con un traje rojo, de hechura de escapulario y adornado con flecos de algodón; en la cabeza llevaba una corona de plumas verdes y amarillas; en las orejas pendientes de oro y piedras verdes (quizás esmeraldas), y en el labio superior otro pendiente de una piedra azul. Los otros cinco ministros estaban vestidos de trajes blancos, de la misma forma, y bordados de negro; tenían los cabellos sueltos, la frente ceñida de correas y adornada con ruedas de papel de varios colores y todo el cuerpo pintado de negro. Estos desapiadados ministros se apoderaban de la víctima, la llevaban desnuda al atrio superior del templo y después de haber indicado a los circunstantes el ídolo a quien se hacía el sacrificio, para que lo adorasen, la extendían sobre el altar. Cuatro sacerdotes aseguraban al infe-

liz prisionero por los pies y los brazos y otro le afirmaba la cabeza con un instrumento de madera, hecho en figura de sierpe enroscada, el cual le entraba hasta el cuello, y como el altar era convexo, según hemos dicho, quedaba el cuerpo arqueado, levantado el pecho y el vientre e incapaz de hacer la menor resistencia. Acercábase entonces el inhumano Topiltzin y con un cuchillo agudo de pedernal, le abría prestísimamente el pecho, le arrancaba el corazón y todavía palpitante, lo ofrecía al sol y lo arrojaba a los pies del ídolo, lo ofrecía después al mismo ídolo y lo quemaba, mirando con veneración las cenizas. Si el ídolo era gigantesco y cóncavo, solían introducirle el corazón en la boca con una especie de cuchara de oro. También solían untar con sangre de las víctimas los labios del ídolo y la cornisa de la entrada del templo. Si la víctima era prisionero de guerra, le cortaban la cabeza para conservarla, como ya hemos dicho, y precipitaban el cuerpo por las escaleras al atrio inferior, donde lo tomaba el oficial o soldado que lo había hecho prisionero y lo llevaba a su casa para cocerlo y condimentarlo y dar con él un banquete a sus amigos. Si no era prisionero de guerra, sino esclavo comprado para el sacrificio, su amo tomaba el cadáver del altar y se lo llevaba para el mismo objeto. Comían tan sólo las piernas, los muslos y los brazos y quemaban lo demás o lo reservaban para mantener las fieras de las casas reales. Los otomíes hacían a la víctima pedazos y vendían éstos en el mercado público. Los zapotecas sacrificaban los hombres a los dioses, las mujeres a las diosas y los niños a ciertos númenes pequeños.

Tal era el modo más ordinario de sacrificar, con algunas circunstancias más bárbaras, como veremos después; pero tenían otras especies de sacrificios que sólo se celebraban en ciertas ocasiones. En la fiesta de Teteoinan, la mujer que representaba esta diosa era decapitada, mientras otra mujer la sostenía en sus hombros. En la de la llegada de los dioses, las víctimas morían en las llamas. En una de las fiestas que hacían a Tlaloc, le sacrificaban dos niños de ambos sexos, ahogándolos en el lago. En otra fiesta del mismo dios compraban tres muchachos de seis o siete años y encerrándolos con abominable inhumanidad en una caverna, los dejaban morir de hambre y horror.



Sacrificio gladiatorio



SACRIFICIO GLADIATORIO

Pero el más célebre sacrificio de los mexicanos era el que los españoles llamaron con razón **gladiatorio.** Este era sumamente honroso y sólo se destinaban a él los prisioneros más afamados por su valor. Había cerca del templo mayor de las ciudades grandes, en un sitio capaz de contener una inmensa muchedumbre, un terraplén redondo, de ocho pies de alto y sobre él una gran piedra redonda, semejante a las de molino, pero mucho mayor, de casi tres pies de alto, lisa y adornada con algunas figuras. (1) Sobre esta piedra que ellos llamaban **Temalacatl,** ponían al prisionero armado de rodela y espada corta y atado al suelo por un pie. Con él subía a pelear un oficial o soldado mexicano a quien daban mejores armas que las del prisionero. Cada cual puede figurarse los esfuerzos que haría aquel infeliz para evitar la muerte, y los que emplearía su contrario para no perder su reputación militar delante de tan gran número de testigos. Si el prisionero quedaba vencido, acudía inmediatamente el sacerdote llamado **Chalchiutepehua** y, muerto o vivo, lo llevaba al altar de los sacrificios comunes, donde le abría el pecho y le arrancaba el corazón. El vencedor era aplaudido de la muchedumbre y recompensado por el rey con alguna insignia militar. Pero si el prisionero vencía a aquél y a otros seis, que según el Conquistador Anónimo, subían a pelear sucesivamente con él, se le concedía la vida, la libertad y todo cuanto le habían quitado y se volvía lleno de gloria a su patria. (2) El mismo autor refiere que en una batalla que dieron los cholultecas a sus vecinos los huexotzingos, el principal señor de Cholula se empeñó de tal modo en la refriega, que habiéndose alejado de los suyos fue hecho prisionero y conducido a Huexotzingo; que puesto sobre la piedra del sacrificio venció a los siete combatientes que se requerían

(1) Los edificios representados en la estampa han sido dibujados caprichosamente por el artista, aunque las azoteas y merlones son como los que los mexicanos construían.

(2) Algunos escritores dicen que vencido el primer combatiente, quedaba libre el prisionero; pero yo doy más crédito al Conquistador, pues no parece probable que a tan poca costa diesen libertad a un prisionero que podría serles tan perjudicial por su valor y privasen a los dioses de una víctima tan grata a su crueldad.

allí para declarar la victoria; pero los huexotzingos previendo el daño que podría hacerles un enemigo tan animoso si le concedían la libertad, le dieron muerte, contra la costumbre universal, y desde entonces quedaron infames a los ojos de todas aquellas naciones.

NUMERO INCIERTO DE LOS SACRIFICIOS

Acerca del número de víctimas que se sacrificaban anualmente, nada podemos asegurar por ser muy diversas las opiniones de los historiadores. (1) El número de veinte mil, que es el que parece acercarse más a la verdad, comprende todos los hombres sacrificados en el Imperio y no me parece exagerado; pero si se limita a los niños o a las víctimas sacrificadas tan sólo en el monte Tepeyacac o en la Capital, como quieren algunos, lo creo enteramente inverosímil. Es cierto que no había número fijo de sacrificios, sino proporcionado al de prisioneros que se hacían en la guerra, a las necesidades del Estado y a la calidad de las fiestas, como se vió en la dedicación del templo mayor de México, que fue cuando la crueldad de los mexicanos traspasó los límites de la verosimilitud. Lo cierto es que eran muchos, porque las conquistas de los mexicanos fueron rapidísimas y en sus frecuentes guerras no procuraban tanto matar enemigos cuanto hacerlos prisioneros para los sacrificios. Si a estas víctimas se añaden los esclavos que compraban con el mismo objeto y los delincuentes destinados a expiar de aquel modo sus crímenes, hallaremos un número algo mayor que el que señala el Sr. Las Casas, demasiado propenso a excusar a los americanos de los excesos de que los

---

(1) El Sr. Zumárraga, primer obispo de México, en su carta de 12 de junio de 1531, escrita al capítulo general de su orden, congregado en Tolosa, dice que en aquella sola capital se sacrificaban anualmente veinte mil víctimas humanas. Otros, citados por Gomara, afirman que el número de los sacrificios llegaba a cincuenta mil. Acosta escribe que había días en que en diversos puntos del Imperio mexicano se sacrificaban cinco mil, y en alguno también veinte mil. Otros creyeron que sólo en el monte Tepeyacac se sacrificaban veinte mil a la diosa Tonantzin. Torquemada, citando, aunque infielmente, la carta del Sr. Zumárraga, dice que se sacrificaban anualmente veinte mil niños. Por el contrario, el Sr. Las Casas en su impugnación del sangriento libro del Dr. Sepúlveda, limita estos sacrificios a tan pequeño número, que apenas da lugar a creer que fuesen diez o cuando más ciento. No dudo que todos estos escritores exageran, Las Casas por defecto y los demás por exceso.

acusaban los españoles. (1) Los sacrificios se multiplicaban en los años divinos y mucho más en los seculares.

Acostumbraban los mexicanos en sus fiestas vestir a la víctima con el mismo ropaje y adornarla con las mismas insignias que se atribuían al dios en cuyo honor se sacrificaba. Así paseaba toda la ciudad pidiendo limosna para el templo, en medio de una guardia de soldados, para que no se escapase. Si se escapaba, sacrificaban en su lugar al cabo de la guardia, en pena de su descuido. Cebaban a estos desventurados, como nosotros hacemos con algunos animales.

No se limitaba a esta clase de víctimas la religión mexicana; hacíanse también de varias especies de animales. Sacrificaban a Huitzilopochtli, codornices y esparavanes; a Mixcoatl, liebres, conejos, ciervos y coyotes. Al sol, inmolaban todos los días codornices. Cada día, al salir aquel astro, estaban en pie muchos sacerdotes, con el rostro vuelto hacia levante, cada uno con una codorniz en la mano, y al despuntar el disco del planeta lo saludaban con música, cortaban la cabeza a los pájaros y se los ofrecían. Después incensaban al sol, con gran estrépito de instrumentos músicos.

Ofrecían también a sus dioses, en reconocimiento de su dominio, varias especies de plantas, flores, joyas, resinas y otros objetos inanimados. A Tlaloc y a Coatlicue presentaban las primicias de las flores y a Centeotl, las del maíz. Las oblaciones de pan, de masas y de otros manjares, eran tan cuantiosas, que bastaban a saciar a todos los ministros del templo. Cada mañana se veían al pie de los altares innumerables platos y escudillas calientes todavía, a fin de que su vapor llegase a las narices del ídolo y fuese alimento de los dioses inmortales.

Pero la oblación más frecuente era de copal. Todos incensaban diariamente a sus ídolos, así que, el incensario era mueble indispensable en la casa. Usaban incensar hacia los cuatro puntos cardinales, los sacerdotes en los templos, los padres de familia en sus moradas y los jueces en los tribunales cuando iban a fallar una causa grave, civil o criminal. Esta ceremonia no era en aquellos pueblos un acto puramente religioso, sino también un obsequio civil que hacían a los magnates y a los embajadores.

---

(1) No sé por qué el Sr. Las Casas, que en sus escritos se vale, contra los conquistadores, del testimonio del Sr. Zumárraga y de los primeros religiosos, los contradice cuando tratan del número de sacrificios.

La crueldad y la superstición de los mexicanos sirvieron de ejemplo a todas las naciones que conquistaron y a las inmediatas a sus dominios, sin otra diferencia que la de ser menor entre ellas el número de aquellos abominables sacrificios y de practicarlos con algunas ceremonias particulares. Los tlaxcaltecas en una de sus fiestas, ataban un prisionero a una cruz alta y lo mataban a flechazos; en otras ocasiones ataban la víctima a una cruz baja y la mataban a palos.

SACRIFICIOS INHUMANOS EN CUAUHTITLAN

Eran célebres los inhumanos y espantosos sacrificios que de cuatro en cuatro años celebraban los cuauhtitlaneses al dios del fuego. El día antes de la fiesta plantaban seis árboles altísimos en el atrio inferior del templo, sacrificaban dos esclavas, les arrancaban el pellejo y les sacaban los huesos de los muslos. Al día siguiente se vestían dos sacerdotes, de los de más dignidad, con aquellos sangrientos despojos, y con los huesos en la mano bajaban a paso lento y profiriendo agudos gritos por las escaleras del templo. El pueblo agolpado al pie del templo repetía en alta voz "Hé aquí a nuestros dioses que se acercan." Cuando llegaban los sacerdotes al atrio inferior comenzaban al son de instrumentos un baile que duraba casi todo el día. Entre tanto el pueblo sacrificaba tan gran número de codornices, que a veces llegaban a ocho mil. Terminadas estas ceremonias los sacerdotes llevaban seis prisioneros a lo alto de los árboles y atándolos a ellos, bajaban; pero apenas habían llegado al suelo ya habían perecido aquellos desgraciados con la muchedumbre de flechas que les tiraba el pueblo. Los sacerdotes subían de nuevo a los árboles para desatar a los cadáveres y los precipitaban desde aquella altura. Al punto les abrían el pecho y les sacaban el corazón, según el uso general de aquellos pueblos. Así estas víctimas humanas, como las codornices, se distribuían entre los sacerdotes y los nobles de la ciudad para que sirviesen en los banquetes con que daban fin a tan detestable solemnidad.

AUSTERIDAD Y AYUNOS DE LOS MEXICANOS

No eran aquellos habitantes menos desapiadados consigo mismos que con los otros. Acostumbrados a los sacrificios sangrientos de sus prisioneros, se hicieron también pródigos de su misma san-

gre, pareciéndoles poca la que derramaban sus víctimas para aplacar la sed infernal de sus dioses. No se pueden oir sin espanto las penitencias que hacían, o en expiación de sus culpas, o para disponerse dignamente a celebrar las fiestas religiosas. Maltrataban sus carnes como si fueran insensibles y vertían su sangre, como si fuera un líquido superfluo.

Algunos sacerdotes llamados **Tlamacazqui** se sacaban sangre casi diariamente. Clavábanse las agudísimas espinas del maguey y se perforaban algunas partes del cuerpo, especialmente las orejas, los labios, la lengua, los brazos y las pantorrillas. En los agujeros que se hacían con aquellas espinas introducían pedazos de caña, agudísimos al principio, y cuyo volumen aumentaban progresivamente. La sangre que salía la guardaban cuidadosamente en ramos de la planta llamada Acxoyatl. (1) Clavaban después las espinas ensangrentadas en unas bolas de heno, que exponían en los merlones del templo a fin de que constase la penitencia que hacían por el pueblo. Los que se daban a estas prácticas en el recinto del templo, se bañaban en un estanque, el cual por tener siempre las aguas teñidas de sangre, se llamaba **Ezapan.** Había un cierto número señalado de cañas para esta penitencia, las cuales se guardaban para memoria.

Además de estas y otras austeridades de que después hablaremos, eran frecuentísimos entre los mexicanos los ayunos y las vigilias. Apenas había fiesta a la que no se preparasen con ayunos de más o menos días, según lo prescrito en su ritual. El ayuno se reducía, según puedo colegir de la historia, a abstenerse de carne y vino y a comer una sola vez al día, lo que algunos hacían a mediodía, otros después y muchos estaban sin probar bocado hasta la noche. Acompañaban por lo común el ayuno con vigilia y con efusión de sangre y entretanto no les era permitido acercarse a ninguna mujer, ni aun a la legítima.

Entre los ayunos había algunos generales a los cuales estaba obligado todo el pueblo, como el de los cinco días que precedía a la fiesta de Tezcatlipoca y el que se hacía en honor del sol. (2)

---

(1) Acxoyatl era la planta de muchos tallos derechos, de hojas largas y fuertes y dispuestas con simetría. De estas plantas hacían y hacen actualmente buenas escobas.

(2) El ayuno que se hacía en honor del sol se llamaba **Netonatiuhzahualo** o **Natonatiuhzahualiztli.** El Dr. Hernández dice que se hacía después

En semejantes casos, el rey se retiraba a cierto sitio del templo donde velaba y se sacaba sangre, según el uso de la nación. Otros no eran obligatorios sino para algunos particulares, como el que hacían los dueños de las víctimas el día antes del sacrificio. Veinte días ayunaban los dueños de los prisioneros de guerra que se inmolaban al dios Xipe. Los nobles tenían, como el rey, una casa dentro del recinto del templo, con muchas piezas, a las que se retiraban a hacer penitencia. En una de las fiestas todos los que servían empleos públicos, después de haber pasado el día en el ejercicio de sus funciones, empleaban la noche en aquel retiro. Durante el mes tercero velaban todas las noches los tlamacazques o penitentes y durante el cuarto mes éllos y los nobles.

En la Mixteca, donde había muchos monasterios, antes de tomar posesión de sus estados los primogénitos de los señores, se sometían por espacio de un año a una rigorosa penitencia. Conducían al primogénito en pompa a uno de los monasterios, donde, despojado de sus ropas, le vestían otras impregnadas en goma elástica, le untaban con ciertas hierbas fétidas el rostro, el vientre y la espalda y le entregaban una lanceta de itztli para que se sacase sangre. Obligábanlo a una rigorosa abstinencia, le imponían las más duras fatigas y castigábanlo severamente por la menor falta que cometía. Cumplido el año, lo conducían a su casa con gran aparato y música, después de haberlo lavado cuatro doncellas con aguas olorosas.

En el templo principal de Teotihuacan habitaban cuatro sacerdotes célebres por la austeridad de su vida. Vestíanse como la gente pobre; su comida se reducía a un pan de maíz de dos onzas y su bebida a un vaso de **atolli,** que era un brebaje hecho con el mismo grano. Cada noche velaban dos de ellos y pasaban el tiempo cantando himnos a sus dioses, incensando los ídolos cuatro veces en la noche y derramando su propia sangre en los hogares del templo. El ayuno era continuo en los cuatro años que duraba aquella vida, excepto en un día de fiesta que había cada mes, y en el cual les era lícito comer cuanto querían; mas para cada fiesta se preparaban con la acostumbrada penitencia, perforándose las orejas con espinas de maguey y pasándose por los agujeros hasta sesenta pedazos de cañas de diferentes tamaños.

---

de cada período de doscientos o de trescientos años. Creo que sería en el día **1 olin,** que caía cada doscientos sesenta días.

Pasados los cuatro años entraban otros cuatro sacerdotes a ejercer la misma vida, y si antes de expirar el término moría uno de ellos, lo substituía otro, a fin de que nunca faltase el número. Era tan grande la fama de aquellos sacerdotes que hasta los mismos reyes de México los veneraban; pero ¡desgraciado del que faltaba a la continencia! pues si después de una menuda indagación se hallaba ser cierto el delito, era muerto a palos, quemado su cadáver y las cenizas esparcidas al viento.

En ocasiones de alguna calamidad pública, los sumos sacerdotes de México hacían un ayuno extraordinario. Retirábanse a un bosque, donde se construía una cabaña cubierta de ramos siempre verdes, pues cuando uno se secaba, se ponía en su lugar otro nuevo. Encerrado en aquella morada, privado de toda comunicación y sin otro alimento que maíz crudo y agua, pasaba el sumo sacerdote nueve o diez meses y a veces un año, en continua oración y frecuente efusión de sangre.

PENITENCIA CELEBRE DE LOS TLAXCALTECAS

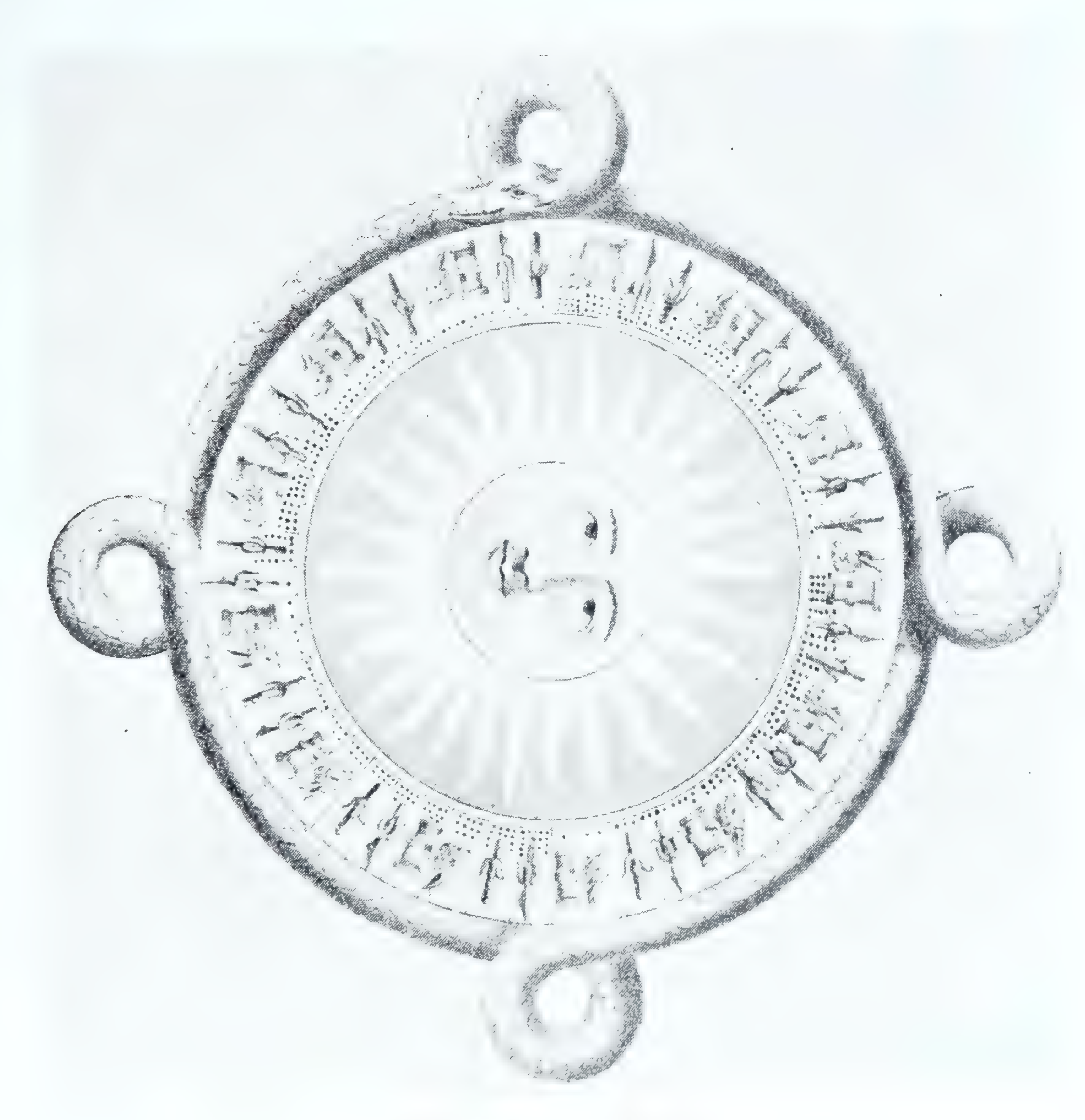
Era también famoso en aquel país el ayuno que los tlaxcaltecas hacían en el año divino, en el cual celebraban una fiesta solemnísima a su dios Camaxtle. Llegado el tiempo de empezarlo, convocaba a todos los tlamacazques o penitentes, su jefe llamado **Achcauhtli,** y los exhortaba a la penitencia, advirtiéndoles que si alguno no se hallaba con las fuerzas necesarias par practicarla, se lo hiciese saber en el término de cinco días, pues si pasado aquel plazo faltase al ayuno, o lo infringiese una vez empezado, sería calificado de indigno de la compañía de los dioses, despojado del sacerdocio y de todo cuanto poseía. Después de los cinco días concedidos para tomar una resolución, subía aquel personaje con todos los que tenían ánimo de hacer la penitencia, que solían ser más de doscientos, al altísimo monte Matlalcueye, en cuya cima había un santuario dedicado a la diosa del agua. El Achcauhtli llegaba solo a la mayor altura para hacer una oblación de piedras preciosas y copal; los otros quedaban a medio monte, rogando a la diosa les diese fuerza y valor para aquella austeridad. Bajaban entonces del monte y mandaban hacer navajas de itztli y unas varillas de diferentes tamaños y grueso. Los operarios de aquellos instrumentos ayunaban cinco días antes de hacerlos y si rompían un cuchillo o vara, se tenía a mal agüero,

pues indicaba que el operario había roto el ayuno. En seguida empezaba el de los tlamacazques, que no duraba menos de ciento sesenta días. El primer día se hacían un agujero en la lengua para introducir las varas, y a pesar del grave dolor que sentían y de la mucha sangre que derramaban, se esforzaban en cantar a sus dioses. De veinte en veinte días repetían aquella cruel operación. Pasados los primeros ochenta días de ayuno de los sacerdotes, empezaba el del pueblo, de que ninguno se eximía, ni aun los jefes de la República. A nadie era lícito en aquel tiempo bañarse, ni comer la pimienta con que condimentaban sus manjares. Tales son los excesos de crueldad que el fanatismo inspiraba a las desgraciadas naciones de Anáhuac.

EDADES, SIGLO Y AÑO DE LOS MEXICANOS

Todo lo que hemos dicho hasta ahora no da tanto a conocer la religión de los mexicanos ni los excesos de su execrable superstición, como el catálogo de las fiestas que hacían a sus dioses y de los ritos que en ellas practicaban; pero antes de tratar de este asunto, conviene dar cuenta de la distribución que hacían del tiempo y del método que tenían en contar los días, los meses, los años y los siglos. Lo que vamos a decir sobre este asunto ha sido escrupulosamente investigado por hombres inteligentes y dignos bajo todos aspectos, de la mayor confianza, los cuales se aplicaron con el mayor empeño a este estudio, examinando atentamente las pinturas antiguas y consultando a los mexicanos y acolhuas más instruídos. Soy particularmente deudor de estos datos a los religiosos apostólicos Motolinia y Sahagún (de los que sacó Torquemada cuanto hay de bueno en su obra), y al doctísimo mexicano D. Carlos Sigüenza, la verdad de cuyas opiniones he confirmado después por el examen que he hecho de muchas pinturas mexicanas, en que están claramente representadas con sus propias figuras, todas las divisiones cronológicas de aquella nación.

Distinguían los mexicanos, los acolhuas y todas las naciones mexicanas, cuatro edades diferentes, con otros tantos soles. La primera llamada **Atonatiuh,** esto es, sol o edad de agua, empezó en la creación del mundo y continuó hasta la época en que perecieron el sol y casi todos los hombres en una inundación general. La segunda **Tlaltonatiuh,** edad de tierra, duró desde aquella



El siglo mexicano



catástrofe hasta la ruina de los gigantes y los grandes terremotos que dieron fin del segundo sol. La tercera **Ehecatonatiuh**, edad de aire, empezó en la caída de los gigantes y acabó con los grandes torbellinos que exterminaron el tercer sol y todos los hombres. La cuarta, **Tletonatiuh,** edad del fuego, comprende desde la última restauración del género humano, según hemos dicho en la mitología, hasta que el cuarto sol y la tierra sean consumidos por el fuego. Creían que esta última edad debía terminar al fin de uno de sus siglos y tal era el motivo de las estrepitosas fiestas que al principio de cada uno hacían al dios del fuego, como en acción de gracias de haber escapado de su voracidad y prorrogado el término del mundo.

En el cómputo de los siglos, de los años y de los meses, los mexicanos y las otras naciones cultas del Anáhuac seguían el método de las antiguos toltecas. Su siglo constaba de cincuenta y dos años, distribuídos en cuatro períodos, cada uno de ellos de trece años, y de dos siglos se componía una edad, llamada **Huehuetiliztli,** es decir vieja de ciento y cuatro años. (1) Daban al fin del siglo el nombre de **Toxiuhmolpia,** que quiere decir, **ligadura de nuestros años,** porque en él se unían los dos siglos para formar una edad. Los años tenían cuatro nombres, a saber: **Tochtli,** conejo; **Acatl,** caña; **Tecpatl,** pedernal, y **Calli,** casa y con ellos y diferentes números se componía el siglo. El primer año del siglo era **primer conejo;** el segundo, **segunda caña;** el tercero, **tercer pedernal;** el cuarto, **cuarta casa;** el quinto, **quinto conejo** y así continuaba hasta el año décimotercio, que era **décimotercio conejo,** con el cual terminaba el primer período. Comenzaba el segundo con **primera caña** y seguía **segundo pedernal, tercera casa, cuarto conejo,** hasta acabar con **décimatercia caña.** El tercer período empezaba con **primer pedernal** y terminaba en **décimotercio pedernal;** el cuarto empezaba en **primera casa** y acababa con **décimatercia casa;** así que, siendo cuatro los nombres y trece los números, no había un año que pudiera confundirse con otro. (2) Se entenderá más fácilmente todo esto con la ayuda de la tabla que se hallará al fin de este volumen.

---

(1) Algunos autores dan a la edad el nombre de siglo y a éste el de medio siglo, mas esto poco importa, pues esta denominación no altera el cálculo cronológico.

(2) Boturini asegura, contra el dictamen común de los autores, que no empezaban todos los siglos por el **primer conejo,** sino por alguno de los

El año mexicano constaba, como el nuestro, de trescientos sesenta y cinco días, porque aunque los meses eran diez y ocho, cada uno de veinte días, lo que forma tan solo trescientos sesenta, añadían al último mes cinco días que llamaban **Nemontemi,** es decir inútiles, porque en ellos no hacían más que visitarse unos a otros. El año **primer conejo,** primero del siglo, empezaba en 26 de febrero; pero cada cuatro años se anticipaba un día el año mexicano por causa del día intercalar de nuestro año bisiesto, de modo que los últimos años empezaban el 14 de febrero, por causa de los trece días que interponían en el curso de cincuenta y dos años. Terminado el siglo volvía a principiar el año en 26 de febrero como se verá después. (1)

Los nombres que daban a sus meses se tomaban de las fiestas, de las operaciones que en ellos se hacían y de los accidentes o particularidades de sus respectivas operaciones. Estos nombres se leen con alguna variedad en los autores, porque variaban en efecto, no sólo entre los diversos pueblos, sino también entre los mismos mexicanos. Los más comunes eran los siguientes:

1. Atlacahualco. (2)
2. Tlacaxipehualiztli.
3. Tozoztontli.
4. Hueitozoztli.
5. Toxcatl.
6. Etzalcualiztli.
7. Tecuilhuitontli.
8. Hueitecuilhuitl.
9. Tlaxochimaco.
10. Xocohuezi.

---

otros primeros; pero se engaña, pues todo lo contrario consta en los buenos autores antiguos y en las pinturas. Dice, además, que nunca entraba en cuatro siglos el mismo nombre, con el mismo número; pero ¿cómo puede ser esto, cuando no había más que cuatro nombres o caracteres y trece números?

(1) Son diversos los pareceres de los autores acerca del día en que empezaba el año mexicano. La causa de esta variedad fue la que resulta de nuestros años bisiestos. Quizás alguno de aquellos escritores habló del año astronómico mexicano y no ya del religioso, que es el asunto de este artículo.

(2) Gomara, Valadés y otros autores, dicen que el primer mes del año mexicano era el Tlacaxipehualiztli, que es el segundo de la tabla anterior. Los editores mexicanos de las **Cartas de Cortés** dicen que era el Atemoxtli, que es el décimosexto de la misma tabla. Pero Motolinia, cuya autoridad es de gran peso, señala por primero el Atlacahualco y lo mismo piensan otros autores graves e inteligentes.

11. Ochpaniztli.
12. Teotleco.
13. Tepeilhuitl.
14. Quecholli.
15. Panquetzaliztli.
16. Atemoztli.
17. Tititl.
18. Izcalli.

MESES MEXICANOS

Los meses se componían, como ya hemos dicho, de veinte días, que se llamaban:

1. Cipactli.
2. Ehecatl.
3. Calli.
4. Cuetzpallin.
5. Coatl.
6. Miquiztli.
7. Mazatl.
8. Tochtli.
9. Atl.
10. Itzcuintli.
11. Ozomatli.
12. Malinalli.
13. Acatl.
14. Ocelotl.
15. Cuauhtli.
16. Cozcacuauhtli. (1)
17. Olintonatiuh, u Olin.
18. Tecpatl.
19. Quiahuitl.
20. Xochitl.

Aunque los signos y caracteres significados por estos nombres estaban distribuídos en los veinte días según el orden citado, sin embargo al contarlos no se hacía caso de la división de los meses, sino a ciertos períodos de trece días, semejantes a los trece años del siglo, que corrían sin interrupción aun después de terminado el mes y el año. El primer día del siglo era el **primero Cipactli;** el segundo, **segundo Ehecatl,** o viento; el tercero, **tercero Calli,** o casa, y así el décimotercio, que era **décimotercio Acatl,** o caña. El día décimocuarto empezaba otro período, contando **primero Ocelotl,** o tigre; **segundo Cuauhtli,** o águila, hasta concluir el mes con **séptimo Xochitl,** flor, y en el segundo mes continuaban **octavo Cipactli, nono Ehecatl,** etc. Veinte de estos períodos hacían en trece meses un ciclo de doscientos sesenta días y en todo aquel tiempo no se repetía el mismo signo o carácter con el mismo número, como puede verse en el calendario al fin de este volumen. En el primer día del mes décimocuarto, empezaba otro ciclo

(1) Este es el nombre de un pájaro que he descrito en el primer libro. Boturini pone en su lugar Temetlatl, que significa piedra para machacar el maíz y el cacao.

con el mismo orden de caracteres y con el mismo número de períodos que el primero. Si el año no tuviese, además de los diez y ocho meses, los cinco días Nemontemi, o si en estos días no se continuasen los períodos, el primer día del segundo año del siglo, sería como en el anterior, **primero Cipactli,** y asimismo el último día de todos los años sería siempre **Xochitl;** pero como en aquellos días intercalares seguía el período de los trece días, los signos o caracteres mudaban de lugar y el signo **Miquiztli** que en todos los meses del primer año ocupaba el sexto lugar, ocupa el primero en el segundo año, y por el contrario, el signo **Cipactli,** que en el primer año ocupaba el primer lugar, tiene el décimosexto en el segundo. Para conocer el signo del primer día de cualquier mes del año, había una regla general, que es la siguiente:

Año **Tochtli** empieza por **Cipactli.**
Año **Acatl** empieza por **Miquiztli.**
Año **Tecpatl** empieza por **Ozomatli.**
Año **Calli** empieza por **Cozcacuauhtli,**

dando siempre al signo del día el mismo número del año, de modo que el año **primero Tochtli** empieza por **primero Cipactli;** año **segundo Acatl,** empieza por **segundo Miquiztli,** etc. (1)

De lo dicho se infiere cuanto precio daban los mexicanos al número trece. De trece años eran los cuatro períodos de que se componía el siglo; de trece meses el ciclo de doscientos sesenta días y de trece días los períodos de que hemos hecho mención. La causa de esta predilección, según el Dr. Sigüenza, fue el haber sido aquel número el de los dioses mayores. Poco menos valor tenía a sus ojos el número cuatro. Como contaban en el siglo cuatro períodos de trece años, así contaban trece períodos de cuatro años y al fin de cada uno de ellos hacían fiestas extraordinarias. Ya he hablado del ayuno de cuatro meses y del **Napapohuallatolli**, o audiencia general que se hacía en el mismo término periódico.

Por lo que respecta al gobierno civil, dividían el mes en cuatro períodos de cinco días y en un día fijo de cualquiera de ellos

---

(1) Boturini dice que el año del conejo empezaba siempre con el día del conejo; el año de la caña con el día de la caña, etc.; pero yo doy más fe a Sigüenza por su mayor conocimiento en la antigüedad mexicana. El sistema de Boturini está lleno de contradicciones.

se hacía la feria o mercado general; pero como la religión gobarnaba también la política, se hacía esta feria en la Capital en los días del conejo, de la caña, del pedernal y de la casa, que eran sus signos favoritos.

El año mexicano constaba de setenta y tres períodos de trece días y el siglo de setenta y tres períodos de trece meses o ciclos de doscientos sesenta días.

DIAS INTERCALARES

El sistema mexicano o tolteca de la distribución del tiempo, aunque complicado a primera vista, era sin duda alguna, ingenioso y bien entendido, de lo que se infiere que no pudo ser obra de gentes bárbaras e ignorantes. Pero lo más maravilloso de su cómputo y lo que ciertamente no parece verosímil a los lectores poco iniciados en las antigüedades mexicanas, es que conociendo ellos el exceso de algunas horas que había del año solar con respecto al civil, se sirvieron de días intercalares para igualarlos; pero con esta diferencia del método de Julio César en el calendario romano, que no intercalaban un día de cuatro en cuatro años, sino trece días, para no descuidar su número privilegiado, de cincuenta y dos en cincuenta y dos años, lo que vale lo mismo para el arreglo del tiempo. Al terminar el siglo rompían, como después diremos, toda la vajilla de su uso, temiendo que terminase con él la cuarta edad, el sol y el mundo, y la última noche hacían la famosa ceremonia de la renovación del fuego. Cuando se habían asegurado con el nuevo fuego, según creían, de que los dioses habían concedido otro siglo a la tierra, pasaban los trece días siguientes en proveerse de nueva vajilla, hacerse ropa nueva, componer los templos y las casas y hacer todos los preparativos para la gran fiesta del siglo nuevo. Estos trece días eran los intercalares, señalados en sus pinturas con puntos azules. No los contaban en el siglo último, ni en el siguiente, ni continuaban en ellos los períodos de los días, que numeraban siempre desde el primero hasta el último día del siglo. Pasados los días intercalares, empezaba el siglo con año **primero Tochtli** y día **primero Cipactli**, que era el 26 de febrero, así como lo habían hecho al principio del siglo precedente. No me atrevería a publicar estos datos, si no se apoyasen en el respetable testimonio del Dr. Sigüenza, el cual, además de su vasta erudición, crítica y sinceridad, fue el hom-

bre que más diligencia empleó en aclarar aquellos puntos, ya consultando a los mexicanos y a los tezcocanos más instruídos, ya estudiando las historias y las pinturas de aquellos países.

Boturini asegura que más de cien años antes de la Era cristiana, corrigieron los toltecas su calendario, añadiendo, como nosotros hacemos, un día de cuatro en cuatro años, y que así se practicó por algunos siglos, hasta que los mexicanos establecieron el método que acabo de describir, que la causa de esta novedad fue el haber caído en un mismo día dos fiestas religiosas, la una movible de Tezcatlipoca y la otra fija de Huitzilopochtli y el haber los colhuas celebrado ésta, transfiriendo aquélla, por la que indignado Tezcatlipoca, predijo la destrucción de la monarquía de Colhuacan y del culto de los dioses antiguos, juntamente con la sumisión de aquel pueblo al culto de una sola divinidad jamás vista ni oída y al dominio de ciertos extranjeros venidos de países remotos; que noticioso de esta predicción el rey de México, mandó que cuando ocurriesen en un mismo día dos fiestas se celebrase en aquel día la principal y la otra en el siguiente y que se omitiese el día que se solía añadir de cuatro en cuatro años y terminado el siglo se introdujesen los trece días atrasados. Pero yo no tengo suficientes motivos para dar fe a estos pormenores.

Dos cosas parecerán extrañas en el sistema de los mexicanos: la una el no tener meses arreglados por el curso de la luna; la otra, el carecer de signos particulares para distinguir un siglo de otro. Por lo que hace a lo primero yo no dudo que sus meses astronómicos se arreglasen a los períodos lunares, como lo prueba el nombre **Metztli**, que significa igualmente luna y mes. El mes de que he hablado hasta ahora es el religioso, que era el que les servía para las fiestas y adivinaciones; pero no el astronómico, del cual sólo sabemos que lo dividían en dos partes, llamadas sueño y vigilia de la luna. También estoy persuadido de que tenían algún carácter para distinguir un siglo de otro, lo que seguramente les era tan fácil como necesario; pero ningún autor habla de este punto.

ADIVINACION

La distribución de los signos o caracteres, tanto de los días como de los años, servía a los mexicanos para sus pronósticos supersticiosos. Predecían la buena o mala suerte de los niños según



El siglo y mes mexicanos



el signo del día de su nacimiento, mas la felicidad de los casamientos, de las guerras y de cualquier otro negocio, por el signo del día en que se emprendían y empezaban. No sólo consultaban el carácter propio del día y del año, sino el dominante en cada período de unos y otros, que era el primero de cada uno de ellos. Cuando los mercaderes se ponían en viaje procuraban hacerlo en un día en que dominase el signo **Coatl,** serpiente, prometiéndose buen éxito en su expedición. Los que nacían bajo el signo **Cuauhtli,** águila, debían ser, en la creencia de aquellos pueblos, burlones y mordaces si eran niños y si niñas, locuaces y descaradas. La coincidencia del año y del día del **conejo** se creía la más venturosa.

FIGURAS DEL SIGLO, DEL AÑO Y DEL MES

Para significar el mes, pintaban un círculo o rueda, dividida en veinte figuras, que representaban los veinte días, como se ve en la adjunta estampa, copia de la publicada por Valadés en su **Retórica Cristiana,** que es la única conocida. La representación del año era otra rueda dividida en las diez y ocho figuras de los meses y algunas veces ponían en medio la imágen de la luna. La de nuestra estampa se ha tomado de la que publicó Gemelli, copiándola de una pintura antigua del Dr. Sigüenza. (1) El siglo se simbolizaba en otra rueda dividida en cincuenta y dos figuras, o más bien, en cuatro figuras repetidas trece veces. Solían pintar una sierpe enroscada en torno, indicando en cuatro pliegues de su cuerpo los cuatro puntos cardinales y los principios de los cuatro períodos de trece años cada uno. La rueda de mi estampa es copia de otras dos, una publicada por Valadés y otra por Gemelli, dentro de la cual se ha representado el sol, como hacían frecuentemente los mexicanos. En otra parte explicaré las figuras para satisfacción del lector.

AÑOS Y MESES CHIAPANECAS

El método adoptado por los mexicanos para el cómputo de los meses, años y siglos era, como ya hemos visto, común a todas las naciones de Anáhuac, sin otra diferencia que en los nombres

---

(1) Tres copias distintas se han publicado del año mexicano; la de Valadés, la de Sigüenza, dada a luz por Gemelli, y la de Boturini. En la de

y en las figuras. (1) Los chiapanecas, que de los tributarios de la corona de México eran los más distantes de la Capital, usaban, en lugar de las cuatro figuras y nombres del conejo, la caña, el pedernal y la casa, las palabras **votan, lambat, been** y **chinax;** para los días empleaban los nombres de veinte hombres ilustres de su nación, entre los cuales, los cuatro referidos observaban el mismo orden que los cuatro mexicanos que acabamos de citar. Los nombres chiapanecas de los veinte días del mes eran:

1. Mox.	11. Batz.
2. Igh.	12. Enoh.
3. **Votan.**	13. **Been.**
4. Ghanan.	14. Hix.
5. Abagh.	15. Tziquin.
6. Tox.	16. Chabin.
7. Moxic.	17. Chix.
8. **Lambat.**	18. **Chinax.**
9. Molo o mula.	19. Cabogh.
10. Elah.	20. Aghual.

No había mes en que los mexicanos no celebrasen algunas fiestas, o fijas, o establecidas para un día cualquiera del mes, o movibles, por estar anexas a algunos signos que no correspondían a los mismos días todos los años. Las principales fiestas movibles, según Boturini, eran diez y seis, la cuarta de las cuales era la del dios del vino y la décimatercia la del dios del fuego. En cuanto a las fijas, diré brevemente lo que baste a dar una idea completa de la religión y del genio supersticioso de aquellas gentes.

FIESTAS DE LOS CUATRO MESES PRIMEROS

El segundo día del primer mes hacían una gran fiesta a Tlaloc, con sacrificio de niños que se compraban con aquel objeto,

---

Sigüenza se ve la rueda del año dentro de la del siglo, y en la de Valadés la del mes dentro del año. En mis estampas, las tres están divididas para mayor claridad.

(1) Boturini dice que los indios de la diócesis de Oaxaca tenían sus años de trece meses; probablemente sería el año astronómico o civil, pero no el religioso.

y con el gladiatorio. No se sacrificaban de una vez todos los niños comprados, sino en ciertos períodos de los meses correspondientes a marzo y abril, para impetrar de aquel dios la lluvia necesaria al maíz. El primer día del segundo mes que correspondía al 18 de marzo, (1) en el primer año de su siglo, hacían fiesta solemnísima al dios **Xipe,** con sacrificios extraordinariamente crueles. Conducían a las víctimas tirándolas por los cabellos, al atrio superior del templo y allí después de haberles dado muerte, del modo acostumbrado, las desollaban y los sacerdotes se vestían con sus pellejos, ostentando muchos días aquellos sangrientos despojos. Los dueños de los prisioneros sacrificados debían ayunar veinte días y después hacían grandes banquetes con la carne de las víctimas. Además de los prisioneros, sacrificaban a los que habían robado plata u oro, los cuales por las leyes del reino estaban condenados a aquel suplicio. La circunstancia de desollar las víctimas, fue la causa de dar a este mes el nombre de **Tlacaxipehualiztli,** es decir, desolladura de hombres. En esta fiesta hacían los militares ejercicios de armas y simulacros de guerra y los nobles celebraban con canciones los hechos ilustres de sus antepasados. En Tlaxcala había bailes de nobles y plebeyos, vestidos todos de pieles de animales, con adornos de oro y plata. Por causa de estos bailes, comunes a toda clase de personas, daban al mes y a la fiesta el nombre de **Coailhuitl,** o sea fiesta general.

En el mes tercero, que empezaba el 7 de abril, se celebraba la segunda fiesta de Tlaloc, con el sacrificio de algunos niños. Las pieles de las víctimas sacrificadas a Xipe en el mes anterior, se llevaban entonces procesionalmente a un templo llamado Xopico, que estaba dentro del recinto del templo mayor y se depositaban en una caverna que había en él. En el mismo mes los xochimanqueses o mercaderes de flores, celebraban la fiesta de su diosa Coatlicue y le presentaban ramilletes primorosos. Antes que se hiciese la oblación a nadie era lícito oler aquellas flores. Todas las noches de este mes velaban los ministros de los templos y hacían grandes hogueras, por lo que se llamó **Tozoztontli,** o pequeña vigilia.

El cuarto mes se llamaba **Hueitozoztli,** o vigilia grande, por que no velaban sólo los sacerdotes, sino también la nobleza y la

---

(1) Cuando establecemos la correspondencia de los meses mexicanos con los nuestros, se debe entender de los del primer año de su siglo.

plebe. Sacábanse sangre de las orejas, de los párpados, de la nariz, de la lengua, de los brazos y de los muslos, para expiar las culpas cometidas con todos sus sentidos, y con la sangre teñían unas ramas que colocaban a las puertas de sus casas, sin otro objeto probable que hacer ostentación de su penitencia. De este modo se preparaban a la fiesta de la diosa Centeotl, que celebraban con sacrificios de hombres y animales, especialmente de codornices y con simulacros de guerra que hacían delante del templo de la diosa. Las muchachas llevaban al templo mazorcas de maíz y después de haberlas ofrecido a la divinidad, las llevaban a los graneros, a fin de que santificadas con aquella ceremonia, preservasen de insectos a todo el grano. Este mes empezaba el 27 de abril.

FIESTA GRANDE DEL DIOS TEZCATLIPOCA

El quinto mes, que principiaba el 17 de mayo, era casi todo festivo. La primera fiesta, una de las cuatro principales de los mexicanos, era la que hacían a su gran dios Tezcatlipoca. Diez días antes se vestía y adornaba un sacerdote como estaba representado aquel numen y salía del templo con un ramo de flores en la mano y una flautilla de barro, que daba un son agudísimo. Después de haber vuelto el rostro, primero a levante y después a los otros tres puntos cardinales, tocaba con fuerza aquel instrumento y tomando del suelo un poco de polvo, lo llevaba a la boca y lo tragaba. Al oir el son del instrumento, todos se arrodillaban. Los que habían cometido algún crimen, llenos de espanto y consternación, rogaban llorando al dios que les perdonase su culpa y que no permitiese fuese descubierta por los hombres; los militares le pedían valor y fuerza para combatir con los enemigos de la nación, grandes victorias y muchos prisioneros para los sacrificios, y todo el pueblo, repitiendo la ceremonia de tragar el polvo, imploraba con amargo llanto la clemencia de los dioses. Repetíase el toque de la flauta todos los otros días que precedían a la fiesta. El día antes los nobles llevaban un nuevo traje al ídolo, del cual lo vestían inmediatamente los sacerdotes, guardando el viejo como reliquia en una arca del templo; después lo adornaban de ciertas insignias particulares de oro y plata y plumas hermosas y alzaban el portalón que cerraba siempre el ingreso del templo, a fin de que todos los circunstantes viesen

y adorasen la imagen. Llegado el día de la fiesta, el pueblo concurría al atrio inferior del templo. Algunos sacerdotes, pintados de negro y vestidos como el ídolo, lo llevaban sobre una litera que los jóvenes y doncellas ceñían con cuerdas gruesas, hechas de hileras de granos de maíz tostado y de ellas se le hacía un collar y una guirnalda. Esta cuerda, símbolo de la sequedad, que era muy temida entre aquellas gentes, se llamaba **Toxcatl**, nombre que por aquella razón se dió al mes. Todos los jóvenes y doncellas del templo y los nobles, llevaban hileras semejantes al cuello y a las manos. De allí salían en procesión por el atrio inferior, cuyo pavimento estaba cubierto de flores y hierbas fragantes; dos sacerdotes incensaban al ídolo que otros llevaban en hombros. En tanto el pueblo estaba de rodillas azotándose las espaldas con cuerdas gruesas y anudadas. Terminada la procesión y con ella la disciplina, volvían a colocar el ídolo en el altar y hacíanle copiosas oblaciones de oro, joyas, flores, plumas, animales y manjares, que preparaban las doncellas y otras mujeres dedicadas por voto particular a servir el templo en aquellos días. Las doncellas llevaban en procesión aquellos platos, conducidas por un sacerdote de alta jerarquía, vestido de un modo extravagante y los jóvenes los distribuían en las habitaciones de los otros sacerdotes a quienes estaban destinados.

Hacíase después el sacrificio de la víctima que representaba al dios Tezcatlipoca. Este era el joven mejor parecido y más bien conformado de todos los prisioneros. Escogíanlo un año antes, y durante todo aquel tiempo iba vestido con ropa igual a la del ídolo. Paseaba libremente por la ciudad, aunque escoltado por una buena guardia, y era generalmente adorado como imagen viva de aquella divinidad suprema. Veinte días antes de la fiesta aquel desgraciado se casaba con cuatro hermosas doncellas, y en los cinco últimos le daban comidas opíparas, prodigándole además toda clase de placeres. El día de la fiesta lo conducían con gran acompañamiento al templo; pero antes de llegar despedían a sus mujeres. Acompañaba al ídolo en la procesión, y a la hora del sacrificio lo extendían en el altar y el gran sacerdote le abría con gran reverencia el pecho y le sacaba el corazón. Su cadáver no era arrojado por las escaleras como el de las otras víctimas, sino llevado en brazos de los sacerdotes al pie del templo y allí decapitado. El cráneo se ensartaba en el Tzompantli, donde se conservaban todos los de las víctimas sacrificadas a Tezcatlipoca;

mas las piernas y brazos, cocidos y condimentados, se enviaban a las mesas de los señores. Después del sacrificio había un gran baile de los colegiales y nobles que habían asistido a la fiesta. Al ponerse el sol, las doncellas del templo hacían otra oblación de pan amasado con miel. Este pan, con no sé que otra cosa, se ponía delante del altar y servía de premio a los jóvenes que, en la carrera que hacían por las escaleras del templo, salían victoriosos. También se les galardonaba con ropas y eran muy festejados por los sacerdotes y por el pueblo. Dábase fin a la fiesta, licenciando de los seminarios a los jóvenes y doncellas que estaban en edad de casarse. Los que se quedaban los ultrajaban con expresiones satíricas y burlescas y les tiraban haces de juncos y otras hierbas, echándoles en cara el abandonar el servicio de los dioses por los placeres del matrimonio. Los sacerdotes les permitían estos excesos como desahogos propios de la edad.

FIESTA GRANDE DE HUITZILOPOCHTLI

En el mismo quinto mes se celebraba la primera fiesta de Huitzilopochtli. Fabricaban antes los sacerdotes la estatua de aquel dios, de la altura regular de un hombre. Hacíanle las carnes de la masa de **Tzohuatli,** que era un grano de que solían hacer uso en sus comidas; los huesos, de madera de mizquitl o acacia. Vestíanlo con ropas de algodón, de maguey y con un manto de plumas. Le ponían sobre la cabeza un parasol de papel adornado de plumas hermosas y sobre él, un cuchillo de pedernal ensangrentado. En el pecho le fijaban una plancha de oro; en el vestido se veían muchas figurillas que representaban huesos y hombres descuartizados, con lo que significaban el poder de aquel dios en las batallas o la terrible venganza que según su mitología, tomó de los que conspiraron contra el honor y la vida de su madre. Colocaban la imagen en una litera dispuesta sobre cuatro sierpes de madera, que llevaban los cuatro oficiales más distinguidos del ejército, desde el sitio en que se había hecho la estatua hasta el altar. Muchos jóvenes, formando círculo con unas flechas que agarraban, los unos por la punta y los otros por el mango, precedían a la litera llevando un gran pedazo de papel, en que probablemente irían representadas las acciones gloriosas del dios, las que ellos cantaban al mismo tiempo al son de instrumentos músicos.

Llegado el día de la fiesta se hacía por la mañana un gran sacrificio de codornices que echaban al pie del altar, después de cortarles las cabezas. El primero que sacrificaba era el rey, después los sacerdotes y en seguida el pueblo. De tan gran muchedumbre de aves, una parte se condimentaba para la mesa del rey, otra para los sacerdotes y el resto se guardaba para otra ocasión. Todos los que asistían a la solemnidad llevaban incensarios de barro y cierta cantidad de resina para quemarla e incensar a su dios, y todas las brasas que servían en aquella ceremonia se ponía después en un gran caldero llamado **Tlexictli.** Por esta circunstancia daban a la fiesta el nombre de **incensar a Huitzilopochtli.** Seguía inmediatamente el baile de las doncellas y de los sacerdotes. Las doncellas se teñían el rostro y llevaban plumas encarnadas en los brazos; en la cabeza guirnaldas de granos de maíz tostados y en las manos unas cañas con banderolas de algodón y papel. Los sacerdotes se teñían el rostro de negro; en la frente se ponían unas ruedas de papel y se untaban con miel los labios; cubríanse las partes obscenas con papel y cada uno llevaba en la mano un cetro que terminaba en una flor y en un globo de plumas. Sobre el borde del hogar del fuego sagrado bailaban dos hombres, cargados con una jaula de pino. Durante el baile, los sacerdotes tocaban de cuando en cuando el suelo con los cetros, en actitud de apoyarse en ellos. Todas estas ceremonias tenían su particular significación, y el baile, por causa de la fiesta en que se hacía, se llamaba **Toxcachocholla.** En otro sitio separado bailaban los cortesanos y los militares. Los instrumentos músicos, que en los otros bailes ocupaban el centro, en aquél estaban fuera del círculo, de modo que se oyese el son, sin ver a los que lo hacían.

Un año antes se escogía con la víctima de Tezcatlipoca el prisionero que debía ser sacrificado a Huitzilopochtli, y le daban el nombre de **Ixteocale,** que quiere decir, sabio señor del cielo. Los dos se paseaban juntos todo el año, con esta diferencia, que adoraban al de Tezcatlipoca y no al de Huitzilopochtli. En el día de la fiesta vestían al prisionero con un primoroso ropaje de papel pintado y le ponían en la cabeza una mitra de plumas de águila, con un penacho en la punta. En la espalda llevaba una red y sobre ella una bolsa y con este atavío tomaba parte en el baile de los cortesanos. Lo más singular de este prisionero era que él mismo debía señalar la hora de su

muerte. Cuando le parecía se presentaba a los sacerdotes, en cuyos brazos, y no en el altar, le rompía el sacrificador el pecho y le sacaba el corazón. Terminado el sacrificio empezaban los sacerdotes el baile, que duraba todo el resto del día, interrumpiéndolo tan solo para incensar al ídolo. En esta misma fiesta hacían los sacerdotes una pequeña incisión en el pecho y en el vientre a todos los niños nacidos un año antes. Este era el carácter o distintivo con que la nación mexicana se reconocía especialmente consagrada al culto de su dios protector, y ésta es la razón que tuvieron algunos escritores para creer que la circuncisión estaba en uso entre aquellas gentes. (1) Pero si acaso practicaban esta ceremonia los yucatecos y los totonacas, no así los mexicanos ni ninguna otra nación del Imperio.

FIESTAS DE LOS MESES SEXTO, SEPTIMO, OCTAVO Y NONO

En el sexto mes, que empezaba a 6 de junio, se celebraba la tercera fiesta de Tlaloc. Adornaban curiosamente el tem-

---

(1) El P. Acosta dice que "los mexicanos **sacrificaban** en sus hijos las orejas y el miembro genital, en lo que de algún modo imitaban la circuncisión de los judíos." Pero si este autor habla de los descendientes de los antiguos aztecas, que fundaron la ciudad de México y cuya historia escribimos, la noticia es enteramente falsa, porque después de la más diligente observación, no se ha podido hallar en ellos el menor vestigio de semejante rito. Si habla de los totonacas, que por haber sido súbditos del rey de México son llamados mexicanos por algunos autores, es cierto que hacían a los niños aquella mutilación. El insípido y mordaz autor de la obra francesa **Recherches philosophiques sur les Americains** adopta la relación del P. Acosta y hace una larga disertación sobre el origen de la circuncisión, que cree inventada por los egipcios o por los etiopes, para preservarse, según dice, de los gusanos que crían los incircuncisos, en la zona tórrida. Afirma que de los egipcios pasó a los hebreos y que no siendo al principio sino un remedio físico, el fanatismo la convirtió después en ceremonia religiosa. Quiere hacernos creer que el calor de la zona tórrida es la causa de aquella enfermedad y que para librarse de ella adoptaron la circuncisión los mexicanos y los otros pueblos de América. Pero dejando aparte la falsedad de sus principios, su falta de respeto a los libros santos, su afición a apurar todos los asuntos obscenos y reduciéndome a lo que tiene relación con mi historia, protesto que no he hallado jamás entre los mexicanos, ni entre las naciones sometidas a ellos, el menor vestigio de circuncisión, excepto entre los totonacas, ni haber tenido noticia de esa enfermedad de gusanos en aquellos países, aunque todos están situados en la zona tórrida y aunque he pasado en ellos trece años, continuamente visitando enfermos. Además de que si el calor es la causa de la tal dolencia, más común debería ser ésta

plo con juncos del lago de Citlaltepec. Los sacerdotes que iban a tomarlos, hacían impunemente cuanto daño querían a las gentes que hallaban en el camino, despojándolas de cuanto llevaban, hasta dejarlas algunas veces enteramente desnudas y dándoles de golpes si hacían la menor resistencia. Era tal la osadía de aquellos hombres que no sólo atacaban a la plebe, sino que quitaban los tributos reales a los recaudadores, si acaso daban con ellos, sin que los particulares osasen quejarse de tales excesos, ni el rey imponerles el debido castigo. En el día de la fiesta comían todos cierto manjar llamado **Etzalli,** de donde el mes tomó el nombre de **Etzalcualiztli.** Llevaban al templo una gran cantidad de papel de color y de resina elástica, y con ésta untaban el papel y la garganta de los ídolos. Después de tan ridícula ceremonia, sacrificaban algunos prisioneros vestidos como Tlaloc y sus compañeros, y para consumar su crueldad iban embarcados los sacerdotes con gran muchedumbre a un sitio del lago, donde había un remolino o sumidero y allí sacrificaban dos niños de ambos sexos, ahogándolos en las aguas, a las que arrojaban también los corazones de los prisioneros sacrificados en aquella fiesta, con el objeto de impetrar de los dioses la lluvia necesaria a los campos. En aquella misma ocasión privaban del sacerdocio a los ministros del templo, que en el curso del año se habían manifestado negligentes en el desempeño de sus funciones o habían sido sorprendidos en un gran delito, que sin embargo no era de pena capital; el modo que tenían de castigarlos era semejante a la burla que hacen los marineros con el que por primera vez pasa la línea, con esta diferencia, que las inmersiones eran tan

---

en el país nativo del autor, que en las regiones mediterráneas de México, donde el calor es moderadísimo. También se engañó Mr. Maller, citado por el mismo, el cual en su diatriba sobre la circuncisión inserta en la **Enciclopedia**, creyó, por no haber entendido las expresiones de Acosta, que los mexicanos cortaban realmente a todos los niños las orejas y las partes genitales y pregunta maravillado si podían quedar muchos vivos después de tan cruel operación. Pero si yo creyese lo que el tal Mr. Maller, preguntaría con más razón ¿cómo es posible que hubiese habido mexicanos en el mundo? A fin de que no haya equivocaciones en la lectura de los antiguos historiadores españoles de América, conviene saber que cuando ellos dicen que los mexicanos u otros pueblos de aquel Continente **sacrificaban** la lengua, las orejas u otro miembro, no quieren decir sino que se hacían una incisión en él y se sacaban sangre.

repetidas y largas que el pobre reo tenía que irse a su casa a curarse de una grave enfermedad.

En el séptimo mes, que empezaba a 26 de junio, se celebraba la fiesta de Huixtocihuatl, diosa de la sal. Un día antes de la fiesta había un gran baile de mujeres, que bailaban en círculo, agarrándose a una cuerda hecha de ciertas flores y con guirnaldas de ajenjo en la cabeza. En el centro del círculo había una mujer prisionera vestida como la diosa. Acompañaban el baile con canto, bajo la dirección uno y otro, de dos sacerdotes viejos y de alta dignidad. El baile duraba toda la noche y en la mañana siguiente empezaba el de los sacerdotes, que duraba todo el día, interrumpiéndolo algunas veces con los sacrificios de los prisioneros. Los sacerdotes iban vestidos con mucha decencia y llevaban en las manos aquellas hermosas flores llamadas en México **cempoalxochitl** y en Europa, claveles de Indias. Al ponerse el sol se hacía el sacrificio de la prisionera y terminaba la función con grandes banquetes.

Todo aquel mes era de gran alegría para los mexicanos. En él se ponían la mejor ropa, daban frecuentes bailes y tenían grandes diversiones en los jardines. Las poesías que cantaban eran de amores o de otros asuntos agradables. Los plebeyos iban a cazar a los montes y los nobles hacían juegos y ejercicios militares, o en el campo, o con barcos en el lago. Estas alegrías de la nobleza dieron al mes el nombre de **Tecuilhuitl,** fiesta de los señores y de **Tecuilhuitontli,** fiesta pequeña de los señores, porque en efecto era pequeña, comparada con la del mes siguiente.

Este empezaba el 16 de julio y en él hacían una gran fiesta a la diosa Centeotl, bajo el nombre de **Xilonen,** pues como ya hemos dicho, le mudaban el nombre según los progresos del maíz en su crecimiento. En esta ocasión llamábanla **Xilonen,** porque la mazorca cuando aún está tierno el grano, se llama **Xilotl.** Duraba la fiesta ocho días, en los cuales era casi continuo el baile en el templo de la diosa. El rey y los señores daban de comer y beber al pueblo en aquellos días. Los que participaban de aquella generosidad se ponían en filas en el atrio inferior del templo y allí se traía la **chiampinolli,** que era cierta bebida, de las más comunes entre ellos; el **tamalli,** o pasta de maíz hecha a modo de ravioles y otros manjares de que hablaré después. Enviábanse regalos a los sacerdotes; los señores se convidaban mutuamente a comer y se daban unos a otros, oro, plata, plumas hermosas y ani-

males raros. Cantaban los hechos gloriosos de sus abuelos, la nobleza y la antigüedad de sus casas. Al ponerse el sol y después de la comida del pueblo, bailaban los sacerdotes por espacio de cuatro horas, y entretanto había una gran iluminación en el templo. El último día era el baile de los nobles y de los militares, en el cual tomaba parte una mujer prisionera, que representaba a la diosa, y que era sacrificada después con las otras víctimas. Así la fiesta como el mes, se llamaban **Hueitecuilhuitl**, es decir, la gran fiesta de los señores.

En el nono mes, que empezaba en 5 de agosto, se celebraba la segunda fiesta de Huitzilopochtli, en la cual, además de las ceremonias ordinarias, adornaban con flores, no sólo los ídolos de los templos, sino también los de las casas; por lo cual se llamó el mes **Tlaxochimaco.** La noche antes de la fiesta se empleaba en preparar las viandas, que al día siguiente comían con gran algazara y regocijo. Los nobles de ambos sexos bailaban poniéndose las manos en los hombros recíprocamente. Este baile, que duraba todo el día, terminaba con el sacrificio de algunos prisioneros. También se celebraba con sacrificios, en el mismo mes, la fiesta de **Xacateuctli,** dios del comercio.

FIESTAS DE LOS MESES DECIMO, UNDECIMO, DUODECIMO Y DECIMOTERCIO

En el décimo mes, que empezaba en 25 de agosto, se hacía la fiesta de **Xiuhteuctli,** dios del fuego. En el mes anterior traían del bosque los sacerdotes un gran árbol, y lo fijaban de pie en el atrio inferior del templo. El día antes de la fiesta le quitaban las ramas y la corteza, lo adornaban con papel de varios colores, y desde entonces era reverenciado como la imagen del dios. Los dueños de las víctimas se teñían el cuerpo de ocre, para imitar de algún modo el color del fuego, y se ponían sus mejores vestidos. Iban de este modo al templo con sus prisioneros y allí pasaban bailando y cantando toda la noche. Llegado el día de la fiesta, y a la hora del sacrificio, ataban a las víctimas de pies y manos y les cubrían el rostro con polvo del **xauhtli,** (1) a fin de

(1) El **Xauhtli** es una planta cuyo tallo tiene un codo de largo; sus hojas son semejantes a las del sauce, pero dentadas; las flores amarillas y las raíces sutiles. Las flores y las hojas tienen el mismo olor y sabor que el anís. Es útil en la medicina y los médicos mexicanos la aplicaban a muchas dolencias; pero también la empleaban en usos supersticiosos.

que aturdidos con sus emanaciones, les fuese menos sensible la muerte. Después volvían a bailar, cada uno con su prisionero a cuestas, y los iban echando uno a uno en un gran fuego encendido en el atrio, de donde los sacaban inmediatamente con instrumentos de madera, para consumar el sacrificio sobre el altar, y en el modo acostrumbrado. Los mexicanos daban al mes el nombre de **Xocohuetzi,** que viene a ser madurez de frutos. Los tlaxcaltecas llamaban al mes nono, **Miccailhuitl,** o fiesta de muertos, porque en él hacían oblaciones por las almas de los difuntos, y al décimo **Hueimiccailhuitl,** es decir, fiesta grande de los muertos, porque en él se vestían de luto y lloraban la muerte de sus antepasados.

Cinco días antes de empezar el mes undécimo, que principiaba en 14 de septiembre, cesaban todas las fiestas. Los ocho primeros días del mes había baile; pero sin música ni canto, haciendo cada cual los movimientos y contorsiones que le sugería su capricho. Pasado aquel tiempo vestían a una prisionera con el mismo traje de Teteoinan, o madre de los dioses, cuya fiesta celebraban, y la acompañaban muchas mujeres, especialmente las parteras, que durante cuatro días continuos procuraban divertirla y distraerla. El día principal de la fiesta, conducían a aquella infeliz al atrio superior del templo de la diosa, y allí la sacrificaban, no sobre el altar común de las otras víctimas, sino decapitándola en brazos de otra mujer. Un joven, seguido de gran acompañamiento, llevaba el pellejo de la víctima a presentarlo al oído de Huitzilopochtli, en memoria del inhumano sacrificio que hicieron sus antepasados con la princesa de Colhuacan; pero antes inmolaban, de la manera acostumbrada, cuatro prisioneros, para significar, según creo, los cuatro xochimilcos sacrificados en Colhuacan durante su cautiverio. En el mismo mes se hacía la revista de las tropas y se enganchaban los jóvenes que se destinaban a la profesión de las armas, los cuales desde entonces quedaban obligados a ir a la guerra siempre que fuese necesario. Todos los nobles y plebeyos barrían el templo, que es lo que significa el nombre del mes **Ochpaniztli,** al mismo tiempo se limpiaban y componían las calles, se reparaban los acueductos y las casas, en cuyas operaciones intervenían muchos ritos supersticiosos.

En el mes duodécimo, que entraba a 4 de octubre, se celebraba la fiesta de la llegada de los dioses, que es lo que significa

Teotleco, nombre del mes y de la fiesta. El 16 de este mes mexicano, engalanaban los templos y las esquinas de las calles de la ciudad. El 18 empezaban a llegar los dioses, según ellos decían, y el primero era el gran dios Tezcatlipoca. Extendían delante de la puerta de su santuario una estera de palma y esparcían sobre ella harina de maíz. El sumo sacerdote velaba toda la noche anterior, yendo de cuando en cuando a observar la estera, y cuando descubría en ella algunas pisadas, que sin duda habría estampado algún sacerdote, empezaba a gritar: **Ya ha llegado nuestro gran dios.** Entonces los sacerdotes y el pueblo iban a adorarlo y a celebrar su llegada con himnos y bailes que duraban toda la noche. En los días siguientes iban sucesivamente llegando los otros dioses, y los días vigésimo y último del mes, cuando se creía que habían llegado todos, bailaban en derredor de un gran fuego muchos jóvenes vestidos a guisa de mónstruos; en tanto se arrojaban los prisioneros a las llamas, en que morían. Al ponerse el sol se hacían grandes banquetes, en que bebían más de lo acostumbrado, creyendo que el vino que usaban en aquella ocasión servía para lavar los pies a los dioses. ¡A tales excesos llegó el bárbaro fanatismo de aquellos pueblos! No era menos supersticiosa la ceremonia que hacían con los niños, para preservarlos del mal que temían les hiciese uno de los dioses, pues les pegaban con trementina muchas plumas a los hombros, a los brazos y a las piernas.

En el mes décimotercio, que empezaba en 24 de octubre, se celebraba la cuarta fiesta de los dioses del agua y de los montes. El nombre **Tepeilhuitl,** que daban a este mes, no significa otra cosa que fiesta de los montes. Hacían unos montecillos de papel, sobre los cuales ponían sierpes de madera, raíces de árboles y unos idolillos o juguetes, cubiertos con una masa particular, llamados **Ehecatotontin.** Ponían todas estas cosas sobre los altares y las adoraban como imágenes de los dioses de los montes, cantándoles himnos, ofreciéndoles copal y manjares. Los prisioneros que se sacrificaban en esta fiesta eran cinco, un hombre y cuatro mujeres, y a cada víctima se daba un nombre particular alusivo a ciertos misterios que ignoramos. Vestíanlas de papel de color cubierto de resina elástica y las llevaban en andas procesionalmente, sacrificándolas después del modo ordinario.

FIESTAS DE LOS CINCO MESES ULTIMOS

En el décimocuarto mes, que empezaba a 13 de noviembre, se hacía la fiesta de **Mixcoatl,** diosa de la caza. Precedían cuatro días de ayuno rigoroso y general, con efusión de sangre, durante los cuales se hacían las flechas y dardos, para provisión de las armerías y unas saetillas, que con cierta cantidad de leña de pino y algunas viandas, colocaban sobre los sepulcros de sus parientes y después las quemaban. Terminado el ayuno salían los mexicanos y tlatelolcos a una caza general que se hacía en uno de los montes inmediatos y todos los animales que cogían se llevaban con grandes demostraciones de júbilo a México, donde se sacrificaban a Mixcoatl. El rey asistía no sólo al sacrificio, sino a la caza. Dieron a este mes el nombre de **Quecholli,** porque era la estación en que parecía en las orillas del lago el hermoso pájaro llamado así por ellos, y por muchos europeos, **flamenco.**

En el mes décimoquinto, que empezaba el 3 de diciembre, se celebraba la tercera y principal fiesta de Huitzilopochtli y de su hermano, en la que parece que el demonio (llamado por algunos Padres, **Mano de Dios**) se propuso remedar en cierto modo los augustos misterios de la religión cristiana. El primer día del mes fabricaban los sacerdotes dos estatuas de aquellos dos dioses, con ciertos granos amasados con sangre de niños sacrificados, y en lugar de huesos les ponían ramas de acacia. Colocábanlos en el altar principal del templo y toda aquella noche velaban los sacerdotes. Al día siguiente bendecían los ídolos y cierta cantidad de agua, que se guardaba en el templo para rociar con ella el rostro al nuevo rey de México y al general de las armas después de su elección; pero el general, después de rociado, tenía que beberla. Acabada la consagración de las estatuas empezaba el baile de ambos sexos, que en todo aquel mes duraba tres o cuatro horas cada día. Durante el mes había gran efusión de sangre, y los cuatro días anteriores a la fiesta ayunaban los dueños de los prisioneros que iban a ser sacrificados, los cuales se escogían algún tiempo antes y se les pintaba el cuerpo de varios colores. En la mañana del día vigésimo, en que se celebraba la fiesta hacían una grande y solemne procesión. Precedía un sacerdote, alzando en las manos una sierpe de madera, que llamaban **ezpamitl** y era la insignia de los dioses de la guerra; otro, llevando

uno de los estandartes de que se servían en la guerra. Detrás iba otro sacerdote con la estatua del dios Painalton, vicario de Huitzilopochtli; seguían después las víctimas, los otros sacerdotes y el pueblo. Encaminábase la procesión desde el templo mayor al barrio de **Teotlachco,** donde se detenían para sacrificar dos prisioneros de guerra y algunos esclavos comprados; seguían a Tlatelolco, a Popotla, a Chapoltepec, de donde volvían a la ciudad y después de haber girado por algunos barrios, se restituían al templo.

En este viaje de nueve o diez millas pasaban la mayor parte del día, y donde quiera que se paraban, hacían sacrificios de codornices, y tal vez de víctimas humanas. Cuando llegaban al templo ponían la estatua de Painalton y el estandarte sobre el altar de Huitzilopochtli. El rey incensaba la estatua hecha de los granos que hemos dicho, y después había otra procesión en torno del templo, la que concluía con el sacrificio de los prisioneros y esclavos que quedaban. Estos sacrificios se hacían al anochecer. Aquella noche velaban los sacerdotes y en la mañana siguiente llevaban la estatua de masa de Huitzilopochtli a una gran sala que había en el recinto del templo; allí, sin más testigos que el rey, los cuatro sacerdotes principales y los cuatro superiores de los seminarios, el sacerdote Quetzalcoatl, que era el jefe de los tlamacazques o penitentes, tiraba un dardo a la estatua, con la que le atravesaba de parte a parte. Decían entonces que había muerto su dios y uno de los sacerdotes sacaba el corazón a la estatua y lo daba a comer al rey. El cuerpo se dividía en dos partes, una para los tlatelolcos y otra para los mexicanos. Esta volvía a dividirse en cuatro partes para los cuatro barrios de la ciudad y cada una de ellas en tantos pedacillos cuantos hombres había en el barrio. Esta ceremonia se llamaba **Teocualo,** que vale tanto como **dios comido.** Las mujeres no probaban aquella pasta, quizás por estar excluídas del ejercicio de las armas. No sabemos si hacían el mismo uso de la estatua del hermano del dios. Daban a este mes los mexicanos el nombre de **Panquetzaliztli,** que significa enarbolar el estandarte, con alusión al que llevaban en la procesión que hemos descrito. En este mes se ocupaban en reparar los lindes y vallados de los campos.

En el mes décimosexto, que empezaba a 23 de diciembre, se hacía la quinta y última fiesta de los dioses del agua y de los montes. Preparábanse a ella con las acostumbradas penitencias, con

oblaciones de copal y de otras resinas aromáticas. Hacían por voto ciertas figurillas de montes, que consagraban a aquellos númenes y unos idolillos de masa de varias semillas, a los cuales después de haberlos dorado, abrían el pecho, sacaban el corazón y cortaban la cabeza, imitando las ceremonias de los sacrificios. El cuerpo se dividía por cada cabeza de familia entre sus domésticos, a fin de que comiéndolo se preservasen de ciertas enfermedades a que creían que estaban expuestos los negligentes en el culto de los ídolos. Quemaban las ropas que habían puesto a los idolillos y guardaban las cenizas en los oratorios, como también las vasijas en que los habían amasado. Además de estos ritos que se hacían en las casas, inmolaban víctimas humanas en los templos. En los cuatro días que precedían a la fiesta, había un rigoroso ayuno, con efusión de sangre. Llamaban a este mes **Atemoztli**, que significa descenso de las aguas, por lo que después veremos. (1)

En el mes décimoséptimo, que empezaba el 12 de enero, se celebraba la fiesta de la diosa Ilamateuctli. Escogían una prisionera que la representase, y la vestían como el ídolo. Hacíanla bailar sola, al compás de una canción que entonaban unos sacerdotes, y permitíanle afligirse por su próxima muerte, lo que en los otros prisioneros se creía ser de mal agüero. El día de la fiesta, al ponerse el sol, los sacerdotes, adornados con las insignias de varios dioses, la sacrificaban del modo ordinario: cortábanle la cabeza, y tomándola en las manos uno de ellos empezaba a bailar y los otros lo seguían. Los sacerdotes corrían por las escaleras del templo y al día siguiente se divertía el pueblo en un juego algo parecido a los lupercales de los Romanos, pues corría por las calles y golpeaba con sacos de heno a todas las mujeres que encontraba. El mismo mes se celebraba la fiesta de Mictlanteuctli, dios del infierno, con el sacrificio nocturno de un prisionero, y la segunda de Xacateuctli, dios de los mercaderes. El nombre Ti-

---

(1) El dominicano Martín de León dice que **Atemoztli** significa el altar de los dioses; pero su verdadero nombre es **Teomomoztli.** Boturini dice que aquel nombre es síncopa de **Ateomomoztli**; pero estas síncopas no estaban en uso entre los mexicanos, además de que la figura de este mes, que es la imagen de las aguas, atravesada en la escalera de un gran edificio, expresa claramente el descenso de las aguas, significado por la voz **Atemoztli.**

titl, (1) que daban a este mes, significa el espeluzno que por aquel tiempo ocasiona el frío.

En el décimoctavo y último mes, que empezaba a 1.º de febrero, se hacía la segunda fiesta del dios del fuego. El día 10 salía toda la juventud a caza de fieras en los bosques y de pájaros en el lago. El 16 se apagaba el fuego del templo y de las casas y hacían el nuevo delante del ídolo, que estaba adornado para esta solemnidad con plumas y joyas. Los cazadores presentaban a los sacerdotes todo cuanto habían cogido y de aquello se ofrecía una parte en holocausto a los dioses, la otra se sacrificaba y condimentaba para la nobleza y los sacerdotes. Las mujeres hacían oblaciones de tamalli, que se distribuían entre los cazadores. Una de las ceremonias de esta fiesta era perforar las orejas a los niños de uno y otro sexo, para ponerles pendientes; pero lo más singular era que no se hacía sacrificio de víctimas humanas.

Celebrábase además en el mismo mes la fiesta segunda de la madre de los dioses, de la que nada se sabe sino la práctica ridícula de levantar en el aire por las orejas a los muchachos, creyendo que de este modo llegarían a una alta estatura. Tampoco puedo decir nada acerca del nombre **Izcalli** que daban a este mes. **Izcalli** quiere decir, hé aquí la casa; pero la interpretación que le dan Torquemada y León me parece demasiado violenta.

Cumplidos el 20 de febrero los diez y ocho meses del año mexicano, empezaban en el 21 los cinco días **Nemontemi,** en los cuales no se celebraba ninguna fiesta, no se emprendía ningún negocio ni pleito, porque se creían infaustos. El que nacía en estos días, si era varón se llamaba **Nemoquichtli,** es decir, hombre inútil, y si mujer, **Nemihuatl,** mujer inútil.

Las fiestas anuales eran más solemnes en el **Teoxihuitl,** o año divino, que era el que tenía por carácter el conejo. Entonces eran más numerosos los sacrificios, más abundantes las oblaciones y más solemnes los bailes, especialmente en Tlaxcala, Huexotzingo y Cholula. Igualmente era más solemne la celebración de las fiestas en el principio de cada período de trece años, esto es, en los años primer conejo, primera caña, primer pedernal y primera casa.

---

(1) León dice que **Tititl** significa nuestro vientre; los que saben la lengua mexicana echarán de ver que este nombre sería un gran solecismo.

FIESTA SECULAR

Pero la mayor y más solemne de las fiestas, no sólo entre los mexicanos, sino en todas las naciones de aquel Imperio y en las vecinas a él, era la secular que se hacía de cincuenta y dos en cincuenta y dos años. La última noche del siglo apagaban el fuego en los templos y en las casas y rompían los vasos, las ollas y toda su vajilla. Así se preparaban al fin del mundo, que temían debía de llegar al fin de cada siglo. Salían del templo y de la ciudad los sacerdotes vestidos y adornados como los diferentes dioses y acompañados de un tropel inmenso, se encaminaban al monte Huixachtla, cerca de la ciudad de Itztapalapan, a más de seis millas de la Capital. Arreglaban de tal modo su viaje, por la observación de las estrellas, que pudiesen llegar al monte un poco antes de media noche, en cuya cima debía hacerse la renovación del fuego. Entretanto el pueblo estaba en gran sobresalto, esperando por un lado la seguridad de un nuevo siglo, con el nuevo fuego, y temiendo por otro, la ruina del mundo, si por disposición de los dioses no se hubiera encendido. Los maridos cubrían el rostro a las mujeres preñadas con hojas de maguey y las encerraban en los graneros, temerosos de que se convirtiesen en fieras y los devorasen. También cubrían el rostro a los niños y no los dejaban dormir para evitar que se transformasen en ratones. Los que no habían ido con los sacerdotes subían a las azoteas para observar el éxito de la ceremonia. El oficio de sacar el fuego tocaba exclusivamente a un sacerdote de Copolco, que era uno de los barrios de la ciudad. Los instrumentos con que se sacaba eran, como después diremos, dos pedazos de leña y la operación se hacía sobre el pecho de un prisionero de alta jerarquía, que después sacrificaban. Cuando se encendía el fuego todos prorrumpían en exclamaciones de gozo. Hacíase una gran hoguera en el mismo monte para que se viese de lejos y en ella quemaban a la víctima sacrificada. Todos iban con anhelo a tomar de aquel fuego sagrado para llevarlo con la mayor prontitud posible a sus casas. Los sacerdotes lo llevaban al templo mayor de México, de donde se proveían todos los habitantes de aquella capital. Los trece días siguientes a la renovación del fuego, que eran los intercalares que se introducían entre uno y otro siglo, para ajustar el año al curso solar, se ocupaban en componer y blanquear

los edificios públicos y privados y en comprar nueva vajilla y nueva ropa para que todo fuese o pareciese nuevo al principio del nuevo siglo. El primer día de aquel año y de aquel siglo, que era, como hemos dicho el 26 de febrero, a nadie era lícito beber agua antes de mediodía. A la misma hora empezaban los sacrificios, cuyo número correspondía a la solemnidad de la fiesta. Resonaban por todas partes las voces de júbilo y las mutuas enhorabuenas por el nuevo siglo que el cielo les concedía. Las iluminaciones de las primeras noches eran magníficas y no menos espléndidos y suntuosos los convites, los bailes, las galas y los juegos públicos. Entre ellos se hacía, en medio de un gran concurso y con las mayores demostraciones de alegría, el juego de los voladores, de que después hablaremos, en el cual había cuatro voladores y cada uno daba trece vueltas para significar los cuatro períodos de trece años de que se componía el siglo.

Lo que hemos dicho hasta ahora acerca de las fiestas de los mexicanos, muestra claramente cuán supersticiosos eran los pueblos antiguos de Anáhuac, y todavía se hará más patente en los pormenores que vamos a ofrecer al lector sobre los ritos que observaban en el nacimiento de sus hijos, en sus matrimonios y en sus exequias fúnebres.

RITOS DE LOS MEXICANOS EN EL NACIMIENTO DE SUS HIJOS

Cuando salía a luz el niño, la partera, después de haberle cortado el cordón umbilical y enterrado la secundina, le lavaba el cuerpo, diciéndole estas palabras "Recibe el agua, pues tu madre es la diosa Chalchiuhcueye. Este baño te lavará las manchas que sacaste del vientre de tu madre, te limpiará el corazón y te dará una vida buena y perfecta." Después, volviéndose a la diosa le pedía la misma gracia, tomando otra vez el agua con la mano derecha y soplando en ella, humedecía la boca, la cabeza y el pecho del niño. Seguía a esto un baño general, durante el cual decía la partera "Descienda el dios invisible a esta agua y te borre todos los pecados y todas las inmundicias y te libre de la mala fortuna," y dirigiendo la palabra al niño, continuaba "Niño gracioso, los dioses Ometeuctli y Omecihuatl te criaron en el lugar más alto del cielo para enviarte al mundo; pero ten presente que la vida que empiezas es triste, dolorosa, llena de males y de miserias; no podrás comer pan sin trabajar.

Dios te ayude en las muchas adversidades que te aguardan;" y acabada la ceremonia dando la enhorabuena a los padres y parientes del recién nacido. Si éste era hijo de rey o de algún señor, visitaban a los padres sus principales súbditos para felicitarlos y vaticinar buena suerte al niño. (1)

Dado aquel primer baño, consultaban a los adivinos sobre la buena o mala dicha del niño, informándolos antes del día y de la hora de su nacimiento. Los adivinos consideraban la calidad del signo propio de aquel día y del signo dominante en aquel período de trece años, y si había nacido a media noche, comparaban el del día que acababa y el del que empezaba; hechas estas observaciones, declaraban la buena o mala fortuna del infante. Si era infausta y lo era también el quinto día después del nacimiento, que era cuando se daba el segundo baño, se prorrogaba esta ceremonia para otro día más favorable. A esta ceremonia, que era más solemne que la primera, convidaban a todos los parientes y amigos y a muchos niños, y si eran gentes acomodadas daban un gran banquete y regalaban vestidos a todos los convidados. Si el padre era militar preparaba para aquel día un pequeño arco, cuatro flechas del mismo tamaño y un traje acomodado al cuerpo del niño, de la misma hechura que el que había de usar siendo adulto. Si era artesano o labrador, preparaba algunos instrumentos pequeños, análogos a su oficio o profesión. Si era niña le apercibían un traje correspondiente a su sexo, un huso pequeño o algún otro utensilio para tejer. Encendían muchas luces y la partera, tomando al niño en brazos, lo llevaba por todo el patio de la casa y lo colocaba sobre un montón de hojas, junto a una vasija llena de agua y puesta en medio del patio. Allí lo desnudaba diciendo "Hijo mío, los dioses Ometeuctli y Omecihuatl, señores del cielo, te han mandado a este triste y calamitoso mundo. Recibe esta agua, que ha

---

(1) En Guatemala y otras provincias vecinas, se celebraba el nacimiento de los hijos con más solemnidad y superstición. Inmediatamente después de aquel suceso, se sacrificaba un pavo. El baño se verificaba en algún río o fuente, donde hacían oblaciones de copal y sacrificios de papagayos. El cordón umbilical se cortaba sobre una mazorca de maíz y con un cuchillo nuevo, el cual se arrojaba inmediatamente al río. Sembraban el grano de aquella mazorca y la cuidaban con el mayor esmero, como una cosa sagrada. La cosecha que de él provenía se dividía en tres partes, una para el adivino, otra para que sirviese de alimento al niño y guardaban la tercera para que éste la sembrase cuando estuviese en edad de hacerlo.

de darte la vida." Después de haberle limpiado la boca, la cabeza y el pecho, con fórmulas semejantes a las del primer baño, le lavaba todo el cuerpo y frotándole cada uno de sus miembros, le decía "¿Dónde estás, mala fortuna? anda fuera de este niño." Dicho esto lo alzaba para ofrecerlo a los dioses, rogándoles que lo adornasen con todas las virtudes. La primera oración se hacía a las dos divinidades mencionadas; la segunda, a la diosa de las aguas; la tercera, a todos los dioses y la cuarta al sol y a la tierra. "Tú, sol, decía la partera, padre de todos los vivientes, y tú, tierra, nuestra madre, acoged a este niño y protejedlo como a hijo vuestro, y pues nació para la guerra (si su padre era militar), muera en ella defendiendo el honor de los dioses, a fin de que pueda gozar en el cielo las delicias destinadas a todos los hombres valientes, que por tan buena causa sacrifican sus vidas." Ponían le en seguida en las manitas los instrumentos del arte que debía ejercer, con una oración dirigida al dios tutelar de aquella profesión. Si el niño era hijo de militar, las pequeñas armas que servían en aquella ceremonia se enterraban en un campo, donde se sospechaba que podría pelear en el porvenir, y los utensilios mujeriles, si era hembra, en la misma casa, debajo del metlatl, o piedra para moler el maíz. En aquella misma ocasión se hacía, según Boturini, la ceremonia de pasar cuatro veces al niño por sobre las llamas.

Antes de poner los instrumentos en las manos del recién nacido, rogaba la partera a los niños convidados que le pusiesen nombre y ellos le daban el que les habían sugerido los padres. Después lo vestía la partera y lo ponía en la cuna, rogando a Xoalticitl, diosa de las cunas, que lo calentase y guardase en su seno, y a Xoalteuctli, dios de la noche, que lo adormeciese.

El nombre que se daba al niño se tomaba a veces del signo del día de su nacimiento (lo que sucedía más frecuentemente entre los mixtecas), como **Macuilcoatl**, o quinta sierpe, **Omecalli**, o segunda casa. Otras veces de las circunstancias ocurridas en el nacimiento, como sucedió a uno de los cuatro jefes que regían la República de Tlaxcala cuando llegaron los españoles, pues se le llamó **Citlalpopoca**, o estrella humeante, por haber nacido en tiempo de un cometa. Al que nacía el día de la renovación del fuego, si era varón, se le llamaba **Molpilli**, y si era hembra, **Xiuhnenetl**, aludiendo ambos nombres a las particularidades de aquella fiesta. También se daban frecuentemente a los varones nombres de animales,

y a las hembras, de flores, en lo que probablemente seguirían los sueños de los padres o los consejos de los adivinos. Por lo común no se daba más que un nombre; pero los varones solían adquirir un sobrenombre con sus proezas, como sucedió a Moteuczoma I, que por sus hazañas se llamó **Ilhuicamina y Tlacaele.**

Terminadas las solemnidades del baño se daba el convite, en el cual cada uno procuraba lucir según sus facultades. En estos casos solían beber más de lo acostumbrado; pero no salía de casa el desconcierto de la embriaguez. Las luces se tenían encendidas hasta consumirse y se tenía particular esmero en conservar el fuego durante los cuatro días que mediaban entre el primero y el segundo baño, porque si se apagaba creían que era mal agüero para el niño. Esta misma celebridad se repetía cuando lo destetaban, que era a la edad de tres años. (1)

RITOS NUPCIALES

En los casamientos, aunque había ritos supersticiosos, como en todas las operaciones de aquellas gentes, nada se hacía, sin embargo, contrario a las leyes del pudor. Estaba severamente prohibido, como después veremos, tanto por las leyes de México, como por las de Michuacan, todo enlace matrimonial entre parientes en primer grado de consanguinidad o de afinidad, excepto entre cuñados. (2) Los padres eran los que contrataban el matrimonio y jamás se celebraba sin su consentimiento. Cuando el hijo llegaba a la edad de poder sostener las cargas del esta-

---

(1) En Guatemala se hacían las mismas fiestas cuando el niño empezaba a andar y por siete años continuos se celebraba el aniversario de su nacimento.

(2) En el libro IV, tít. 2, del Tercer Concilio Provincial de México, se supone que los gentiles de aquel Nuevo Mundo se casaban con sus hermanas; pero es necesario saber que el celo de aquellos padres no se limitaba al Imperio mexicano, en que no se permitían aquellos consorcios, sino que se extendía a los bárbaros chichimecas y panuqueses y a otras naciones más desarregladas en sus costumbres. No hay duda que el Concilio habla de aquellos bárbaros que a la sazón (en 1585), se iban reduciendo al cristianismo, no ya de los mexicanos, ni de los otros pueblos sometidos a ellos, que se habían convertido muchos años antes. Además que en el intervalo de los cuatro años que mediaron entre la conquista y la publicación del Evangelio, se introdujeron en aquellas naciones muchos abusos que no habían sido tolerados en tiempo de sus reyes, como lo testifican los misioneros apostólicos que se emplearon en su conversión.

do, que en los hombres era de veinte a veintidós años y en las mujeres a los diez y siete o diez y ocho, buscaban sus padres una esposa que le conviniese; pero antes consultaban a los adivinos, y éstos, después de haber considerado los días del nacimiento de los novios, decidían de la felicidad o la desgracia del consorcio. Si por la combinación de los signos declaraban infausta la alianza, se dejaba aquella doncella y se buscaba otra. Si el pronóstico era feliz se pedía la doncella a sus padres por medio de unas mujeres que se llamaban **cihuatlanque**, o solicitadoras, que eran las más respetables de la familia del novio. Estas iban por primera vez a media noche a casa de la futura, llevaban un regalo a sus padres y la pedían con palabras humildes y discretas. La primera demanda era infaliblemente desechada, por ventajoso que fuese el casamiento y por mucho que gustase a los padres, los cuales pretextaban de cualquier modo su repugnancia. Pasados algunos días volvían aquellas mujeres a hacer la misma petición, usando de ruegos y razones para apoyarla, y dando cuenta de las prendas y bienes del joven, de lo que podían dar en dote a la doncella y preguntando en fin, lo que ésta poseía. Esta segunda vez respondían los padres que antes de resolverse era necesario consultar la voluntad de su hija y la opinión de los parientes. Las mujeres no volvían más y los padres enviaban la respuesta decisiva por medio de otras de su familia.

Obtenida finalmente una respuesta favorable y señalado el día de la boda, después de haber los padres de la doncella exhortádola a la fidelidad y a la obediencia a su marido y a observar una conducta honrosa a su familia, la conducían con gran acompañamiento y música a casa del suegro y si era noble la llevaban en una litera. El novio y los suegros la recibían a la puerta de su casa, precedidos por cuatro mujeres que llevaban luces en las manos. Al llegar se incensaban mutuamente los novios. El joven tomaba por la mano a la doncella y la conducía a la sala destinada a celebrar la boda. Poníanse los dos en una estera nueva y curiosamente labrada, que estaba colocada en medio de la pieza y junto al fuego que se había preparado para aquella ocasión. Entonces un sacerdote ataba una punta del **huepilli**, o camisa de la doncella, con otra del **tilmatli**, o capa del joven, y en esto consistía esencialmente el contrato matrimonial. Daba después ella siete vueltas en torno del fuego, y vuelta a la estera, ofrecía con el novio un poco de copal a los dioses, y ambos se hacían algu-

nos mutuos regalos. Seguía el banquete. Los esposos comían en la estera, sirviéndose uno a otro, y los convidados en sus sitios. Cuando éstos se habían animado con el vino, que no se escaseaba en aquellas ocasiones, salían a bailar al patio, quedando los esposos en aquella estancia durante los cuatro días siguientes, sin salir de ella, sino a media noche para incensar a los ídolos y hacerles oblaciones de diversas especies de manjares. Aquel tiempo lo pasaban en oración y ayuno, vestidos con trajes nuevos y adornados con las insignias de los dioses de su devoción, sin abandonarse al menor exceso indecente, porque creían que sería inevitable el castigo del cielo si cometiesen tal debilidad. En aquellas noches sus camas eran dos esteras nuevas de junco, cubiertas con unos lienzos pequeños, teniendo en medio unas plumas y una piedra preciosa llamada **chalchihuitl.** En los cuatro ángulos ponían cañas verdes y espinas de maguey, para sacarse sangre de la lengua y de las orejas, en honor de sus dioses. Los sacerdotes eran los que hacían las camas para santificar el matrimonio; pero ignoro el misterio de la joya, de las plumas y de las cañas. Hasta la cuarta noche no se consumaba el matrimonio, creyendo que sería infausto, si se anticipaba la consumación. En la mañana siguiente se lavaban, se vestían de nuevo y los convidados se adornaban la cabeza con plumas blancas; las manos y los pies con plumas rojas. Concluíase la función con regalar trajes a los convidados, según las facultades de los esposos, y con llevar al templo las esteras, los lienzos, las cañas y los manjares presentados a los ídolos.

Estos usos no eran tan generales en el Imperio que no hubiese algunas particularidades en ciertos países. En Ichcatlan, el que quería casarse, se presentaba a los sacerdotes, y éstos lo conducían al templo, donde delante de los ídolos que en él se adoraban, le cortaban algunos cabellos y enseñándolo al pueblo, gritaban "Este quiere casarse." De allí lo hacían bajar y tomar la primer mujer libre que encontraba, como si aquella fuese la que le destinasen los dioses. La que no lo quería por marido evitaba acercarse al templo en aquella ocasión, a fin de no verse obligada a casarse con él. Por lo demás se conformaban a los ritos nupciales de los mexicanos.

A los otomíes era lícito abusar de cualquiera soltera, antes de casarse. Cuando alguno de ellos se casaba, si en la primera noche hallaba en la mujer algo que le desagradase, podía repu-

diarla el día siguiente; pero si se mostraba contento aquella vez, ya no le era permitido dejarla. Ratificado de este modo el matrimonio, se retiraban los esposos a hacer penitencia de los antiguos deslices, por veinte o treinta días, durante los cuales se abstenían de los placeres sensuales, se sacaban sangre y se bañaban frecuentemente.

Entre los mixtecas, además de la ceremonia de anudar los trajes de los esposos, les cortaban parte de los cabellos, y el novio llevaba en hombros a la novia.

La poligamia era permitida en el Imperio mexicano. Los reyes y los señores tenían gran número de mujeres; pero es de creer que sólo con las principales observasen todas aquellas ceremonias, limitándose con las otras al acto de anudar los vestidos.

Los teólogos y los canonistas españoles que pasaron a México inmediatamente después de la conquista, como no estaban instruídos en los usos de aquellos pueblos, tuvieron dudas acerca de sus matrimonios; pero habiendo aprendido después la lengua, y examinado diligentemente este y otros puntos importantes, reconocieron sus casamientos por verdaderos y legítimos. El papa Paulo III y los concilios provinciales de México, mandaron, según los cánones, que todos aquellos que abrazasen la fe cristiana, conservasen la primera mujer con quien se habían casado y se separasen de las otras.

EXEQUIAS

En nada eran tan supersticiosos los mexicanos como en su ritos fúnebres. Cuando alguno moría, se llamaba a ciertos maestros de ceremonias mortuorias, que eran por lo común hombres de cierta consideración. Estos, habiendo cortado muchos pedazos de papel, cubrían con ellos el cadáver, y tomando un vaso de agua, se la esparcían por la cabeza, diciendo que aquella era el agua que se formaba durante la vida del hombre. Vestíanlo después de un modo correspondiente a su condición, a sus facultades y a las circunstancias de su muerte. Si el muerto había sido militar, lo vestían como el ídolo de Huitzilopochtli; si mercader, como el de Xacateuctli; si artesano, como el del protector de su oficio. El que moría ahogado, se vestía como el de Tlaloc; el que era ajusticiado por adúltero, como el de Tlazoteotl, y el borracho, como el de Tezcatzoncatl, dios del vino. Así que, como dice Go-

mara, más ropa se ponía después de muertos que cuando estaban en vida.

Poníanle después entre los vestidos un jarro de agua, que debía servirle para el viaje al otro mundo, y dábanle sucesivamente algunos pedazos de papel, explicándole el uso de cada uno de ellos. En el primero decían al muerto: "Con este pasarás sin peligro entre los dos montes que están peleando." Al segundo: "Con este caminarás sin estorbo por el camino defendido por la gran serpiente." Al tercero: "Con este irás seguro por el sitio en que está el gran cocodrilo Xochitonal." El cuarto era un salvoconducto para los ocho desiertos; el quinto, para los ocho collados, y el sexto, para el viento agudo; pues fingían que debían pasar por un sitio llamado **Itzehecayan,** donde reinaba un viento tan fuerte que levantaba las piedras y tan sutil que cortaba como un cuchillo. Por lo mismo quemaban los vestidos del muerto, sus armas y algunas provisiones, para que el calor de aquel fuego lo preservase del frío de aquel viento terrible.

Una de las principales y más ridículas ceremonias era la de matar un **techichi,** cuadrúpedo doméstico, como ya hemos dicho semejante a nuestros perros, con el objeto de que acompañase al difunto en su viaje. Atábanle una cuerda al cuello, para que pasase el profundo río de **Chiuhnahuapan,** o de las nueve aguas. Enterraban al techichi o lo quemaban con su amo, según el género de muerte que éste había tenido. Mientras los maestros de ceremonias encendían el fuego en que debía quemarse el cadáver, los otros sacerdotes entonaban un himno fúnebre. Después de haberlo quemado, recogían en una olla todas las cenizas y entre ellas ponían una joya de poco o mucho precio, según las facultades del muerto, la cual decían que debía servirle de corazón en el otro mundo. La olla se enterraba en una huesa profunda, y durante cuatro días hacían sobre ella oblaciones de pan y vino.

Tales eran los ritos fúnebres de la gente ordinaria; pero en las exequias de los reyes, y respectivamente en las de los señores y otras personas de alta jerarquía, intervenían otras particularidades dignas de notarse. Cuando el rey enfermaba, dice Gomara, se ponían máscaras a los ídolos de Huitzilopochtli y Tezcatlipoca, y no se las quitaban hasta que sanaba o moría; pero lo cierto es que el ídolo de Huitzilopochtli tenía siempre dos máscaras. Al punto que el rey de México expiraba, se publicaba la noticia con gran aparato y se avisaba a todos los señores, ora estuviesen

en la corte, ora fuera de ella, para que asistiesen a las exequias. Entretanto colocaban el cadáver real en primorosas esteras y le hacían la guardia sus domésticos. Al cuarto o quinto día, cuando ya habían llegado los señores con sus trajes de gala, hermosas plumas y los esclavos que debían acompañarlos en la ceremonia, ponían al cadáver quince o más vestidos finísimos de algodón de varios colores; adornábanlo con joyas de oro, plata y piedras preciosas; le suspendían del labio inferior una esmeralda, que debía servirle de corazón; cubríanle el rostro con una máscara y sobre los trajes le ponían las insignias del dios en cuyo templo o atrio debían enterrarse las cenizas. Cortábanle una parte del cabello y con otra que le habían cortado en su infancia, la guardaban en una cajita para perpetuar, como ellos decían, la memoria del difunto. Sobre esta cajita colocaban su retrato, de madera o de piedra. Después mataban al esclavo que le había servido de capellán o cuidado de su oratorio y de todo lo correspondiente al culto privado de sus dioses, a fin de que tuviese el mismo empleo en el otro mundo.

Hacían después la procesión fúnebre, llevando el cadáver acompañado de los parientes, de toda la nobleza, y de las mujeres del muerto, las cuales expresaban su dolor con llantos y otras demostraciones. La nobleza llevaba un gran estandarte de papel y las armas e insignias reales. Los sacerdotes cantaban sin acompañamiento instrumental. Al llegar al atrio inferior del templo, salían los sumos sacerdotes con sus ministros a recibir el cadáver, y sin detenerse lo colocaban en la pira, que estaba dispuesta en el mismo atrio, y se componía de leña olorosa y resinosa, con una gran cantidad de copal y otros aromas. Mientras ardía el real cadáver con todas sus ropas, insignias y armas, sacrificaban al pie de la escalera del templo un gran número de esclavos, tanto de los del rey muerto, como de los que habían presentado para aquella solemnidad los señores. También se sacrificaban algunos hombres irregulares y monstruosos de los que tenía en sus palacios, para que lo divirtiesen en el otro mundo, y por la misma razón mataban algunas de sus mujeres. (1) El

(1) El P. Acosta dice que en las exequias de los señores se sacrificaban todas las personas que estaban en su casa. Pero esto es absolutamente falso e increíble, pues si así hubiera sido, en poco tiempo se hubiera extinguido toda la nobleza mexicana. No hay memoria de haberse sacrificado en las exequias del rey ninguno de sus hermanos, como afirma aquel autor. ¿Cómo

número de víctimas correspondía a la grandeza del funeral, y según algunos autores, llegaban a veces a doscientas. No faltaba entre tantos infelices el techichi, pues creían que sin aquel conductor, no era posible salir de algunos senderos tortuosos que se hallaban en el camino del otro mundo.

Al día siguiente recogían las cenizas, los dientes que habían quedado enteros y la esmeralda que le habían puesto en el labio, y todo junto se guardaba en la cajita que contenía los cabellos, y ésta se depositaba en el sitio destinado para sepulcro. En los cuatro días siguientes hacían sobre él oblaciones de manjares. A los cinco días sacrificaban algunos esclavos, y el mismo sacrificio se repetía a los veinte, a los cuarenta, a los sesenta y a los ochenta. Desde entonces ya no se sacrificaban más víctimas humanas; sino que cada año se celebraba un aniversario con sacrificios de conejos, de mariposas, de codornices y otros pájaros, y con oblaciones de pan, vino, copal, flores y unas cañas llenas de materias aromáticas, que llamaban **acayotl**. Este aniversario se celebraba cuatro años seguidos.

La mayor parte de los cadáveres se quemaban: sólo se enterraban enteros los de aquellos que morían ahogados o de hidropesía, o de no sé que otra enfermedad; pero ignoro la causa de esta diferencia.

LOS SEPULCROS

No había sitio determinado para enterrar los cadáveres. Algunas veces se enterraban las cenizas cerca de algún templo o altar; otras en el campo, otras en los lugares sagrados de los montes donde solían hacer los sacrificios. Las cenizas de los reyes y de los otros señores se depositaban por lo común en las torres de los templos, especialmente en las del templo mayor. (1) Junto a Teotihuacan, ciudad célebre por los muchos templos que contenía, había innumerables sepulcros. Los de los que se enterraban enteros, eran, según el Conquistador Anónimo, que los vió, unas

---

es posible que existiese tal uso cuando entre los hermanos del rey muerto se debía escoger su sucesor según las leyes del reino?

(1) Solís, en su **Historia de la Conquista de México** afirma que las cenizas de los reyes se depositaban en Chapoltepec, mas esto es falso y contrario a la deposición de Cortés, cuyo panegírico escribió, de Bernal Díaz y de otros testigos oculares.

huesas profundas, revestidas por dentro de piedra y cal, y el cadáver estaba sentado sobre un **icpalli** o silla baja, con los instrumentos de su arte o profesión. El militar se enterraba con un escudo y una espada; la mujer, con un huso, una escoba y un **xicalli,** cierto vaso natural de que después hablaremos; los ricos con oro y joyas, y todos con gran provisión de comestibles para el largo viaje que iban a emprender. Los conquistadores españoles, noticiosos del oro que contenían los sepulcros de los señores mexicanos, excavaron algunos y encontraron grandes cantidades de aquel precioso metal. Cortés dice en sus Cartas, que en una entrada que hizo en la Capital, cuando estaba sitiada por su ejército, los soldados hallaron mil y quinientos castellanos, o doscientas cuarenta onzas de oro, en un sepulcro que había en la torre del templo. El Conquistador Anónimo asegura haber presenciado la excavación de un sepulcro, del cual se sacaron cerca de tres mil castellanos.

Los chichimecas enterraban los cadáveres en las cuevas de los montes; pero cuando se civilizaron algún tanto, adoptaron en este y en otros usos, los ritos y costumbres de los acolhuas, que eran casi las mismas que las de los mexicanos.

Los mixtecas conservaron en parte los usos antiguos de los chichimecas, pero en algunas cosas se singularizaron. Cuando enfermaba alguno de sus señores, se hacían oraciones públicas, votos y sacrificios por su salud. Si sanaba, había grandes regocijos; si moría, continuaban hablando de él, como si aun estuviese vivo: ponían delante del cadáver a uno de sus esclavos, lo vestían con la ropa de su señor, le cubrían el rostro con una máscara, y por espacio de un día le hacían los mismos honores que solían hacer al difunto. A media noche, se apoderaban cuatro señores del cadáver, para sepultarlo en algún bosque o cueva, especialmente la que se creía ser la puerta del paraíso; y al volver, sacrificaban al esclavo y lo ponían en una huesa, con los adornos e insignias de su efímera autoridad, pero sin cubrirlo de tierra. Cada año se hacía una fiesta del último señor que había muerto, en la cual se celebraba su nacimiento; pero de su muerte no se hablaba jamás.

Los zapotecas embalsamaban el cadáver del señor principal de su nación. Ya en los tiempos de los primeros reyes chichimecas, estaban en uso en aquellas naciones los compuestos

aromáticos para preservar algún tiempo los cadáveres de la corrupción; pero no sabemos que lo hiciesen con frecuencia.

Lo que he dicho hasta ahora, es cuanto sé acerca de la religión de los mexicanos. La vanidad de su culto, la superstición de sus ritos, la crueldad de sus sacrificios y los rigores de su austeridad, harán más manifiestas a sus descendientes las incomparables ventajas que les ha traído la dulce, pura y santa doctrina de Jesucristo; y los excitarán a dar gracias al Padre de las misericordias, por haberlos llamado a la luz maravillosa del Evangelio, habiendo dejado perecer a sus antepasados en las tinieblas del error.

LIBRO SEPTIMO

GOBIERNO POLITICO, MILITAR Y ECONOMICO DE LOS MEXICANOS, ESTO ES, EL REY, LOS SEÑORES, LOS ELECTORES, LOS EMBAJADORES, LAS DIGNIDADES Y LOS MAGISTRADOS; LOS JUECES, LEYES Y PENAS; MILICIA, AGRICULTURA, CAZA, PESCA Y COMERCIO; JUEGOS, TRAJES, ALIMENTOS Y MUEBLES; IDIOMA, POESIA, MUSICA Y BAILE; MEDICINA E HISTORIA; PINTURA, ESCULTURA, FUNDICION Y MOSAICOS; ARQUITECTURA Y OTRAS ARTES DE AQUELLA NACION.

EDUCACION DE LA JUVENTUD MEXICANA

EN el gobierno público, y en el doméstico de los mexicanos, se notan rasgos tan superiores de discernimiento político, de celo por la justicia y de amor al bien general, que parecerían de un todo inverosímiles, si no constasen por sus mismas pinturas y por la deposición de muchos autores diligentes e imparciales, que fueron testigos oculares de una gran parte de lo que escribieron. Los que insensatamente creen conocer a los antiguos mexicanos en sus descendientes, o en las naciones del Canadá y de la Luisiana, atribuirían a fábulas inventadas por los españoles cuanto vamos a decir acerca de su civilización, de sus leyes y de sus artes. Por no violar, sin embargo, las leyes de la historia, ni la fidelidad debida al público, expondré sinceramente cuanto me ha parecido cierto, sin temor de la censura de los críticos.

La educación de la juventud, que es el principal apoyo de un Estado, y lo que mejor da a conocer el carácter de cualquiera nación, era tal entre los mexicanos, que bastaría por sí sola a confundir el orgulloso desprecio de los que creen limitado a las

regiones europeas el imperio de la razón. En lo que voy a decir sobre este asunto tendré por guías las pinturas de los mexicanos y los escritores más dignos de crédito.

"Nada, dice el P. Acosta, me ha maravillado tanto, ni me ha parecido tan digno de alabanza y de memoria, como el orden que observaban los mexicanos en la educación de sus hijos." En efecto, es difícil hallar una nación que haya puesto mayor diligencia en un artículo tan importante a la felicidad del Estado. Es cierto que viciaban la enseñanza con la superstición; pero el celo con que se aplicaban a educar a sus hijos, debe llenar de confusión a muchos padres de familia de Europa, y muchos de los documentos que daban a su juventud podrían servir de lección a la nuestra. Todas las madres, sin excluír las reinas, criaban los hijos a sus pechos. Si alguna enfermedad se lo estorbaba, no se confiaba tan fácilmente el niño a una nodriza, sino que se tomaba menudos informes acerca de su condición y de la calidad de la leche. Acostumbrábanlo desde su infancia a tolerar el hambre, el calor y el frío. Cuando cumplían cinco años, o se entregaban a los sacerdotes para que los educasen en los seminarios, como se hacía con casi todos los hijos de los nobles y con los de los reyes, o si debían educarse en casa, empezaban los padres a doctrinarlos en el culto de los dioses y a enseñarles las fórmulas que empleaban para implorar su protección, conduciéndolos frecuentemente a los templos para que se aficionasen a la religión. Inspirábanles horror al vicio, modestia en sus acciones, respeto a sus mayores y amor al trabajo. Los hacían dormir en una estera; no les daban más alimento que el necesario para la conservación de la vida, ni otra ropa que la que bastaba para la decencia y la honestidad. Cuando llegaban a cierta edad, les enseñaban el manejo de las armas; y si los padres eran militares, los conducían consigo a la guerra, a fin de que se instruyesen en el arte militar, se acostumbrasen a los peligros y les perdiesen el miedo. Si los padres eran labradores o artesanos, les enseñaban su profesión. Las madres enseñaban a las hijas a hilar y tejer, las obligaban a bañarse con frecuencia para que estuviesen siempre limpias, y en general procuraban que los niños de ambos sexos estuviesen siempre ocupados.

Una de las cosas que más encarecidamente recomendaban a sus hijos, era la verdad en sus palabras; y si los cogían en una mentira, les punzaban los labios con espinas de maguey. Ata-

ban los pies a las niñas que gustaban salir mucho a la calle. El hijo desobediente y díscolo era azotado con ortigas, y castigado con otras penas, correspondientes en su opinión a la culpa.

EXPLICACION DE SIETE PINTURAS MEXICANAS RELATIVAS A LA EDUCACION

El sistema de educación que daban los mexicanos a sus hijos y el esmero con que cuidaban de la regularidad de sus acciones, pueden inferirse de las siete pinturas que existen en la **Colección** de Mendoza, desde la cuadragésima nona hasta la quincuagésima sexta. En ellas se expresan la cantidad y la calidad de los alimentos que le daban, las faenas en que los ocupaban, y las penas con que los corregían. En la última, se figura un niño de cuatro años, empleado por orden de sus padres en algunas manipulaciones fáciles, para irse acostumbrando al trabajo; otro de cinco años, que cargado con un pequeño fardo, acompaña a su padre al mercado; una niña de la misma edad que empieza a hilar y otro niño de seis años, que ayuda a su padre recogiendo del suelo granos de maíz y otras frioleras en la plaza del mercado.

En la pintura quincuagésima primera se muestra un padre que enseña a pescar a un hijo de siete años y una madre que enseña a hilar a su hija de la misma edad; algunos muchachos de ocho años, a quienes amenazan con el castigo, si no hacen su deber; otro de nueve años, a quien su padre pellizca en varias partes del cuerpo, para corregir su indocilidad y una muchacha de la misma edad, a quien su madre pellizca sólo en las manos; un muchacho y una muchacha de diez años, a quienes sus padres azotan con una vara, porque no hacían lo que se les había mandado.

En la pintura quincuagésima segunda, se representan dos muchachos de once años, a los que por no haberse enmendado con otros castigos, obligan sus padres a recibir por la nariz el humo del chile o pimiento; otro de doce años, que en pena de sus yerros ha sido atado un día entero por sus padres a un leño, y una muchacha de la misma edad a quien su madre obliga a barrer por la noche toda la casa y parte de la calle; un muchacho de trece años que conduce una barquilla cargada de juncos, y una muchacha de la misma edad que está moliendo maíz por orden de

su madre; un joven de catorce años empleado en la pesca y una joven en tejer.

En la pintura siguiente se figuran dos jóvenes de quince años: uno, entregado por sus padres a un sacerdote, a fin de que le enseñe los ritos religiosos; y otro, entregado al **achcautli**, u oficial de la milicia, para que lo instruya en el arte militar. La quincuagésima cuarta hace ver a los jóvenes del seminario empleados por los sacerdotes en barrer el templo; en llevar ramas de árboles y hierbas para adorno de los santuarios, leña para los hogares, junco para las esteras y piedra y cal para reparar los muros. En la misma y en la siguiente se ven diferentes castigos impuestos a los jóvenes de los seminarios por sus superiores. Uno de ellos pincha a un alumno con espinas de maguey, por haber descuidado su obligación; dos sacerdotes echan ascuas encendidas en la cabeza de otro, por haberlo sorprendido en conversación familiar con una muchacha; a otro por el mismo delito, hieren el cuerpo con pedazos de pino y a otro queman los cabellos por desobediente. En la última pintura se ve un joven que lleva el equipaje de un sacerdote, el cual iba a la guerra a exhortar a los soldados y a practicar ciertas ceremonias supersticiosas.

Educábanse los hijos con tanto respeto a sus padres, que aun ya grandes y casados, apenas osaban hablar en su presencia. Las instrucciones que les daban eran tales, que no puedo menos de copiar aquí una de las exhortaciones que les dirigían, y que ha sido conservada por los primeros misioneros apostólicos que se emplearon en su conversión, especialmente por Motolinia, Olmos y Sahagún, los cuales aprendieron perfectamente su lengua y se aplicaron con suma diligencia a investigar sus usos y costumbres.

EXHORTACION DE UN MEXICANO A SU HIJO

"Hijo mío, le decía el padre, has salido a luz del vientre de tu madre, como el pollo del huevo, y creciendo como él, te preparas a volar por el mundo, sin que nos sea dado saber por cuanto tiempo nos concederá el cielo el goce de la piedra preciosa que en tí poseemos; pero sea el que fuere, procura tú vivir rectamente, rogando continuamente a Dios que te ayude. El te creó, y El te posee. El es tu padre, y te ama más que yo: pon en El

tus pensamientos y diríjele día y noche tus suspiros. Reverencia y saluda a tus mayores y nunca les des señales de desprecio. No estés mudo para con los pobres y atribulados; antes bien, dáte prisa a consolarlos con buenas palabras. Honra a todos, especialmente a tus padres, a quienes debes obediencia, temor y servicio. Guárdate de imitar el ejemplo de aquellos malos hijos, que a guisa de brutos, privados de razón, no reverencian a los que les han dado el ser, ni escuchan su doctrina, ni quieren someterse a sus correcciones; porque quien sigue sus huellas tendrá un fin desgraciado y morirá lleno de despecho, o lanzado en un precipicio, o entre las garras de las fieras.

"No te burles, hijo mío, de los ancianos y de los que tienen alguna imperfección en su cuerpo. No te mofes del que veas cometer alguna culpa o flaqueza, ni se la eches en cara: confúndete, al contrario, y teme que te suceda lo mismo que te ofende en los otros. No vayas a donde no te llaman, ni te ingieras en lo que no te importa. En todas tus palabras y acciones procura demostrar tu buena crianza. Cuando converses con alguno, no lo molestes con tus manos, ni hables demasiado, ni interrumpas o perturbes a los otros con tus discursos. Si oyes hablar a alguno desacertadamente, y no te toca corregirlo, calla: si te toca, considera antes lo que vas a decirle, y no le hables con arrogancia, a fin de que sea más agradecida tu corrección.

"Cuando alguno hable contigo, óyelo atentamente y en actitud comedida, no jugando con los pies, ni mordiendo la capa, ni escupiendo demasiado, ni alzándote a cada instante si estás sentado; pues estas acciones son indicios de ligereza y de mala crianza.

"Cuando te pongas a la mesa, no comas aprisa, ni des señal de disgusto si algo no te agrada. Si a la hora de comer viene alguno, parte con él lo que tienes, y cuando alguno coma contigo, no fijes en él tus miradas.

"Cuando andes, mira por donde vas para que no te tropieces con los que pasan. Si ves venir a alguno por el mismo camino, desvíate un poco para hacerle lugar. No pases nunca por delante de tus mayores, sino cuando sea absolutamente necesario, o cuando ellos te lo ordenen. Cuando comas en su compañía, no bebas antes que ellos, y sírveles lo que necesiten para granjearte su favor.

"Cuando te den alguna cosa, acéptala con demostraciones de gratitud. Si es grande, no te envanezcas; si es pequeña, no la desprecies, no te indignes, ni ocasiones disgusto a quien te favorece. Si te enriqueces, no te insolentes con los pobres ni los humilles; pues los dioses que negaron a otros las riquezas para dártelas a tí, disgustados de tu orgullo, pueden quitártelas para darlas a otros. Vive del fruto de tu trabajo, porque así te será más agradable el sustento. Yo, hijo mío, te he sustentado hasta ahora con mis sudores, y en nada he faltado contigo a las obligaciones de padre; te he dado lo necesario sin quitárselo a otros: haz tú lo mismo.

"No mientas jamás, que es gran pecado mentir. Cuando refieras a alguno lo que otro te ha contado, dí la verdad pura sin añadir nada. No hables mal de nadie. Calla lo malo que observes en otro si no te toca corregirlo. No seas noticiero, ni amigo de sembrar discordias. Cuando lleves algún recado, si el sujeto a quien lo llevas se enfada y habla mal de quien lo envía, no vuelvas a él con esta respuesta; sino procura suavizarla y disimula cuanto puedas lo que hayas oído, a fin de que no se susciten disgustos y escándalos de que tengas que arrepentirte.

"No te entretengas en el mercado más del tiempo necesario; pues en estos sitios abundan las ocasiones de cometer excesos.

"Cuando te ofrezcan algún empleo, haz cuenta que lo hacen para probarte: así que, no lo aceptes de pronto, aunque te reconozcas más apto que otro para ejercerlo; sino excúsate hasta que te obliguen a aceptarlo, pues así serás más estimado.

"No seas disoluto, porque se indignarán contra tí los dioses, y te cubrirán de infamia. Reprime tus apetitos, hijo mío, pues aun eres joven y aguarda que llegue a edad oportuna la doncella que los dioses te han destinado para mujer. Déjalo a su cuidado, pues ellos sabrán disponer lo que más te convenga. Cuando llegue el tiempo de casarte no te atrevas a hacerlo sin el consentimiento de tus padres, porque tendrás un éxito infeliz.

"No hurtes, ni te des al robo; pues serás el oprobio de tus padres, debiendo más bien servirles de honra en galardón de la educación que te han dado. Si eres bueno, tu ejemplo confundirá a los malos. No más, hijo mío: esto basta para cumplir las obligaciones de padre. Con estos consejos quiero fortificar tu corazón. No los desprecies ni los olvides, pues de ellos depende tu vida y toda tu felicidad."

Tales eran las instrucciones que los mexicanos inculcaban en el ánimo de sus hijos. Los labradores y los mercaderes les daban otros avisos particulares, relativos a su profesión, que omito por no fastidiar a los lectores; pero no quiero omitir los documentos que las madres dirigían a sus hijas, pues los creo oportunos para dar a conocer su educación y sus usos.

EXHORTACION DE UNA MEXICANA A SU HIJA

"Hija mía, decía la madre, nacida de mi substancia, parida con mis dolores y alimentada con mi leche, he procurado criarte con el mayor esmero, y tu padre te ha elaborado y pulido a guisa de esmeralda, para que te presentes a los ojos de los hombres como una joya de virtud. Esfuérzate en ser siempre buena: porque si no lo eres ¿quién te querrá por mujer? Todos te despreciarán. La vida es trabajosa y es necesario echar mano de todas nuestras fuerzas para obtener los bienes que los dioses nos quieren enviar; pero conviene no ser perezosa ni descuidada, sino diligente en todo. Sé aseada y ten tu casa en buen orden. Da agua a tu marido para que se lave las manos y haz el pan para tu familia. Dondequiera que vayas preséntate con modestia y compostura, sin apresurar el paso, sin reírte de las personas que encuentres, sin fijar las miradas en ellas, sin volver ligeramente los ojos a una parte y otra, a fin de que no padezca tu reputación. Responde cortesmente a quien te salude o pregunte algo.

"Empléate diligentemente en hilar, en tejer, en coser y en bordar; porque así serás estimada y tendrás lo necesario para comer y vestirte. No te des al sueño, ni descanses a la sombra, ni vayas a tomar el fresco, ni te abandones al reposo; pues la inacción trae consigo la pereza y otros vicios.

"Cuando trabajes no pienses más que en el servicio de los dioses y en el alivio de tus padres. Si te llaman ellos, no aguardes a la segunda vez, sino acude pronto para saber lo que quieren y a fin de que tu tardanza no les cause disgusto. No respondas con arrogancia, ni muestres repugnancia a lo que te ordenan: si no puedes hacerlo, excúsate con humildad. Si llaman a otra y no acude, responde tú: oye lo que mandan y hazlo bien. No te ofrezcas nunca a lo que no puedes hacer. No engañes a nadie, pues los dioses te miran. Vive en paz con to-

dos: ama a todos honesta y discretamente, a fin de que todos te amen.

"No seas avara de los bienes que los dioses te han concedido. Si ves que a otras se dan, no sospeches mal en ello; porque los dioses, de quienes son todos los bienes, los dan como y a quien les agrada. Si quieres que los otros no te disgusten, no los disgustes tú a ellos.

"Evita la familiaridad indecente con los hombres, y no te abandones a los perversos apetitos de tu corazón; porque serás el oprobio de tus padres y ensuciarás tu alma, como el agua con el fango. No te acompañes con mujeres disolutas, ni con las embusteras, ni con las perezosas; porque infaliblemente inficionarán tu corazón con su ejemplo. Cuida de tu familia y no salgas a menudo de casa, ni te vean vagar por las calles y por la plaza del mercado, pues allí encontrarás tu ruina. Considera que el vicio, como hierba venenosa, da muerte al que lo adquiere, y una vez que se introduce en el alma, difícil es arrojarlo de ella. Si encuentras en la calle algún joven atrevido y te insulta, no le respondas y pasa adelante. No hagas caso de lo que te diga; no des oído a sus palabras; si te sigue, no vuelvas el rostro a mirarlo, para que no se inflamen más sus pasiones. Si así lo haces, se detendrá y te dejará ir en paz.

"No entres en casa ajena sin urgente motivo, porque no se diga o se piense algo contra tu honor; pero si entras en casa de tus parientes, salúdalos con respeto y no estés ociosa, sino toma inmediatamente el huso, o empléate en lo que sea necesario.

"Cuando te cases, respeta a tu marido y obedécelo diligentemente en lo que te mande. No le ocasiones disgusto, ni te muestres con él desdeñosa ni airada: acógelo amorosamente en tu seno, aunque sea pobre y viva a tus expensas. Si en algo te apesadumbra, no le des a conocer tu desazón cuando te mande algo: disimula por entonces, y después le expondrás con mansedumbre lo que sientes, a fin de que con tu suavidad se tranquilice y no te aflija más. No lo denostes en presencia de otro, porque tú serás la deshonrada. Si alguno entrase en tu casa para visitar a tu marido, muéstrate agradecida y obséquialo como puedas. Si tu marido es desacordado, sé tú discreta. Si no maneja bien tus bienes, dale buenos consejos; pero si absolutamente es inútil para aquel encargo, tómalo por tu cuenta cuidando esmerada-

mente de tus posesiones, y pagando exactamente a los operarios. Guárdate de perder algo por tu descuido.

"Sigue, hija mía, los consejos que te doy. Tengo muchos años y bastante práctica del mundo. Soy tu madre y quiero que vivas bien. Fija estos avisos en tu corazón, pues así vivirás alegre. Si por no querer escucharme, o por descuidar mis instrucciones, te sobrevienen desgracias, culpa tuya será y tú serás quien lo sufra. No más, hija mía: los dioses te amparen."

ESCUELAS PUBLICAS Y SEMINARIOS

No contentos los mexicanos con estas instrucciones, propias de la educación, todos enviaban sus hijos a las escuelas públicas, que estaban cerca de los templos, en las cuales, durante tres años, se instruían en la religión y en las buenas costumbres. Además de esto, casi todos, y especialmente los nobles, procuraban que sus hijos fuesen educados en los seminarios anexos a los mismos templos. Había muchos de estos establecimientos en las ciudades del Imperio mexicano, tanto para los niños, como para los jóvenes de ambos sexos. Los de niños y jóvenes del sexo masculino, estaban a cargo de los sacerdotes únicamente consagrados a su educación; los de muchachas dependían de matronas respetables por su edad y por sus costumbres. No había comunicación entre los seminarios de personas de sexo diferente, y cualquier descuido en esta parte era severamente castigado. Había seminarios distintos para nobles y para plebeyos. Los jóvenes nobles se empleaban en los ministerios interiores y más inmediatos al santuario, como barrer el atrio superior, atizar y mantener el fuego sagrado; los plebeyos llevaban la leña necesaria; piedra y cal para la reparación de los edificios sagrados. Los unos y los otros tenían superiores que los instruían en la religión, en la historia, en la pintura, en la música y en las otras artes convenientes a su clase.

Las muchachas barrían el atrio inferior del templo, se levantaban tres veces en la noche para ofrecer copal a los ídolos, preparaban las viandas que servían en las oblaciones y tejían toda clase de telas. Aprendían además, las ocupaciones propias de su sexo; con lo que, además de evitar la ociosidad, tan perjudicial en la edad juvenil, se acostumbraban insensiblemente a las fatigas domésticas. Dormían en grandes salas a vista de las matro-

nas, las cuales de nada cuidaban tanto como de la modestia de las alumnas y de la compostura de sus acciones. Cuando algún alumno o alumna del seminario iba a visitar a sus padres, lo que sucedía raras veces, siempre lo acompañaban algunos condiscípulos suyos y un superior. Después de haber escuchado con humildad y silencio las instrucciones y consejos que les daba su padre, volvía prontamente al seminario. Allí permanecía hasta la época del matrimonio, que como ya hemos dicho, era en los jóvenes, de veinte a veintidós años, y en las doncellas, de diez y siete a diez y ocho. Cuando llegaba aquella época, o el mismo joven pedía permiso al superior para ir a casarse, o lo que era más común, el padre hacía la petición con el mismo objeto, dando antes las debidas gracias al superior por el cuidado que había tenido de su hijo. El superior, al licenciar en la fiesta grande de Tezcatlipoca todos los jóvenes de ambos sexos que iban a casarse, pronunciaba un discurso exhortándolos a la perseverancia en la virtud y al cumplimiento de las obligaciones del nuevo estado. Eran muy apreciadas para esposas las jóvenes educadas en los seminarios, tanto por sus arregladas costumbres, cuanto por su destreza en todas las labores peculiares de su sexo. El joven que a la edad de veintidós años no se casaba, se reputaba perpetuamente consagrado al servicio de los dioses; y si después de aquella consagración, se arrepentía del celibato y quería tomar mujer, se hacía infame para siempre, y no había mujer que lo quisiera por marido. En Tlaxcala se cortaba el cabello a los que llegada la edad conveniente no se casaban, y aquella señal era entre ellos deshonrosa.

Los hijos aprendían, por lo común, el oficio de sus padres, y abrazaban su profesión: así se perpetuaban las artes en las familias, con beneficio del Estado. Los jóvenes destinados a la magistratura eran conducidos por sus padres a los tribunales, donde aprendían las leyes del reino, las prácticas y fórmulas de los juicios. En una de las pinturas de la **Colección** de Mendoza, se representan cuatro magistrados examinando una causa, y detrás a sus cuatro jóvenes **teteuctin,** o caballeros, que escuchan sus deliberaciones. A los hijos de los reyes, de los nobles y de los señores principales, se daban ayos que velasen sobre su conducta, y mucho antes que pudiesen entrar en posesión del reino o del estado, se les confería comunmente el gobierno de alguna ciudad o distrito, para que se acostumbrasen al arte difícil de

regir a los hombres. Esta práctica tuvo origen en tiempo de los primeros reyes chichimecas; pues que Nopaltzin, desde que fue coronado rey de Acolhuacan, puso a su primogénito Tlotzin en posesión de la ciudad de Tezcoco. Cuitlahuatzin, penúltimo rey de México, obtuvo el estado de Itztapalapan, y su hermano Moteuczoma, el de Ehecatepec, antes de subir al trono de México. Sobre este fundamento de la educación alzaron los mexicanos el sistema político de su reino, que voy a exponer.

ELECCION DEL REY

Desde el tiempo en que los mexicanos, a ejemplo de todas las naciones circunvecinas, pusieron a Acamapitzin a la cabeza de su nación, revistiéndolo del nombre, de los honores y de la autoridad de monarca, quedó establecido que la corona sería electiva. Algún tiempo después crearon cuatro electores, en cuya opinión se comprometían todos los votos de la nación. Eran aquellos funcionarios, magnates y señores de la primera nobleza, comunmente de sangre real, y de tanta prudencia y probidad, cuanta se necesitaba para un cargo tan importante. No era empleo perpetuo; su voto electoral terminaba en la primera elección que hacían, e inmediatamente se nombraban otros, o los mismos, si así lo decretaba el consentimiento general de la nobleza. Si antes de morir el rey, faltaba uno de los electores, se nombraba otro que lo reemplazase. Desde el tiempo del rey Itzcoatl hubo otros dos electores más, que eran los reyes de Acolhuacan y de Tacuba; pero estos empleos eran puramente honorarios. Ratificaban aquellos monarcas la elección hecha por los cuatro verdaderos electores; pero no sabemos que interviniesen en el acto de la elección.

Para no dejar demasiada amplitud a los electores, y para evitar, en cuanto fuese posible, los inconvenientes de los partidos y de las facciones, fijaron la corona en la casa de Acamapitzin, y después establecieron por ley que al rey muerto debía suceder uno de sus hermanos; faltando éstos, uno de sus sobrinos; y si no hubiese sobrinos, uno de sus primos, quedando al arbitrio de los electores el nombramiento del que más digno les pareciese. Esta ley se observó inviolablemente desde el segundo hasta el último rey. A Huitzilihuitl, hijo de Acamapitzin, sucedieron sus hermanos Quimalpopoca e Itzcoatl; a éste, su

sobrino Moteuczoma Ilhuicamina; a Moteuczoma, Axayacatl, su primo; a Axayacatl, sus dos hermanos Tizoc y Ahuitzotl; a éste, su sobrino Moteuczoma II; a Moteuczoma, su hermano Cuitlahuatzin, y a éste, finalmente, su sobrino Cuauhtemotzin. Esto se verá más claro en la genealogía de los reyes mexicanos que se halla en esta obra.

No se consideraba en la elección el derecho de primogenitura: así se vió en la muerte de Moteuczoma I, en cuyo lugar fue elegido Axayacatl, preferido por los electores a sus dos hermanos mayores, Tizoc y Ahuitzotl.

POMPA Y CEREMONIAL EN LA PROCLAMACION Y UNCION DEL REY

No se procedía a la elección del nuevo rey hasta después de haber sido celebradas con la debida pompa y magnificencia las exequias de su antecesor. Hecha la elección, se daba cuenta de ella a los reyes de Acolhuacan y de Tacuba, a fin de que la confirmasen, y a los señores feudatarios que habían asistido al funeral. Los dos reyes, acompañados por toda la nobleza, conducían el nuevo soberano al templo mayor. Abrían la procesión los señores feudatarios con las insignias propias de sus estados, y después los nobles de la corte con las de sus dignidades y empleos: seguían los dos reyes aliados, y detrás de ellos el rey electo, desnudo, y sin otro vestido que el maxtlatl, o cintura ancha, con que se cubría las partes obscenas. Subía al templo apoyado en los hombros de los dos principales señores de la corte, y allí lo aguardaba uno de los sumos sacerdotes con las personas más condecoradas del servicio del templo. Adoraba al ídolo de Huitzilopochtli, tocando con la mano el suelo y llevándola a la boca. El sumo sacerdote teñía después todo el cuerpo del monarca con una especie de tinta y lo rociaba cuatro veces con agua bendita, según su rito, en la gran fiesta de la misma divinidad, valiéndose para aquella aspersión de ramas de cedro, de sauce y de maíz. Vestíale un manto en que se veían pintados cráneos y huesos de muerto y le cubría la cabeza con dos velos o mantillas, uno azul y otro negro, que tenían las mismas figuras. Le colgaba al cuello una calabacilla, llena de ciertos granos que se creían eficaces preservativos contra ciertos males, contra los hechizos y contra los engaños. ¡Feliz, por cierto, sería el pueblo cuyo rey poseyese tan precioso talismán! Después le ponía en las manos

un incensario y un saquillo de copal, para que incensase a los ídolos. Terminado este acto religioso, durante el cual el rey estaba de rodillas, el sumo sacerdote se sentaba y pronunciaba un discurso, en que después de haberlo felicitado por su exaltación, le advertía las obligaciones que había contraído con sus súbditos, por haberlo éstos elevado al trono, y le recomendaba eficazmente el celo por la religión y por la justicia, la protección de los pobres, la defensa de la patria y del reino. Seguían las arengas de los reyes aliados y de la nobleza dirigidas al mismo fin; a las cuales respondía el monarca manifestando su gratitud, y ofreciéndose a emplearse con todas su fuerzas en la ventura del Estado. Gomara, y otros autores que lo han copiado, afirman que el sumo sacerdote le tomaba el juramento de mantener la antigua religión, de observar las leyes de sus antepasados, de hacer andar al sol, traer la lluvia, dar aguas a los ríos y frutos a la tierra. Si es cierto que los reyes de México hacían aquel juramento tan extravagante, no podía significar otra cosa, sino la obligación de no desmerecer con su conducta la protección del cielo.

Después de las arengas bajaba el rey con todo su acompañamiento al atrio inferior, donde lo aguardaba el resto de la nobleza para tributarle obediencia y hacerle regalos de joyas y vestidos. De allí pasaba a una sala que había en el recinto del mismo templo, llamada Tlacatecco, donde lo dejaban solo por espacio de cuatro días, en los cuales comía una sola vez al día; pero podía comer carne, o cualquier otro manjar. Bañábase diariamente dos veces: después se sacaba sangre de las orejas, y la ofrecía a Huitzilopochtli con algún copal, quemando ambas cosas en su honor, haciendo entre tanto ardientes y continuas plegarias a los dioses para impetrar las luces de que necesitaba a fin de regir sabiamente la monarquía. El quinto día volvía al templo la nobleza para conducir al nuevo rey a su palacio, donde acudían los feudatarios a recibir la confirmación de sus investiduras, Seguían los regocijos del pueblo, los convites, los bailes y las iluminaciones.

CORONACION, CORONA, TRAJE E INSIGNIAS DEL REY

Para proceder a la coronación era necesario, según las leyes del reino o la práctica introducida por Moteuczoma I, que el

rey electo saliese a la guerra, a fin de tener víctimas que sacrificar en aquella gran función. No faltaban nunca enemigos con quienes combatir, ya por haberse rebelado alguna provincia del reino, ya por haber sido muertos en un pueblo algunos mercaderes mexicanos, de lo que se hallan muchos ejemplos en la historia. Las armas y las insignias con que el rey iba a la guerra, el aparato con que eran conducidos sus prisioneros a la corte, y las circunstancias que intervenían en los sacrificios, se hallarán en otra parte de esta obra; por lo demás, se ignoran las ceremonias particulares de la coronación. El rey de Acolhuacan era el que le ponía la corona. Esta, que se llamaba **copilli,** era una especie de mitra pequeña, cuya parte anterior se alzaba y terminaba en punta, y la posterior colgaba sobre el cuello, del modo que se ve representada en nuestra estampa. Era de diferentes materias, según el gusto del rey: ya de hojas sutiles de oro, ya de hilos del mismo metal, y siempre la adornaban hermosas plumas. El traje que ordinariamente usaba en palacio, era el **xiuhtilmatli,** esto es, un manto tejido de blanco y azul. Cuando iba al templo, llevaba vestido blanco. Las ropas con que asistía al consejo y a las otras funciones públicas, variaban según las circunstancias: tenía una para las causas civiles, otra para las criminales; una para los actos de justicia y otra para las fiestas públicas. En todas estas ocasiones usaban la corona. Siempre que salía de palacio lo acompañaba parte de la nobleza y lo precedía un noble, que llevaba en las manos unas varas hechas, en parte de oro y en parte de madera aromática, con lo que anunciaba al pueblo la presencia del monarca.

DERECHOS DEL REY

El poder y la autoridad de los reyes de México variaban según las circunstancias. Al principio de la monarquía fue muy restringido su mando y puramente paternal; humana su conducta y moderados los derechos que exigía a sus súbditos. Con la extensión de sus conquistas se aumentaron sus riquezas, su magnificencia y su lujo y a proporción crecieron, como suele suceder, las cargas de los pueblos. Su orgullo los indujo a traspasar los límites fijados a su autoridad por el consentimiento de la nación, hasta degenerar en el odioso despotismo que ya hemos visto en el reinado de Moteuczoma II; pero en despecho de su tiranía,

los mexicanos conservaron siempre el respeto debido al carácter real, excepto en el último año de la monarquía, cuando no pudiendo ya sufrir el envilecimiento de aquel rey, su cobardía y su excesiva condescendencia con sus enemigos, lo vilipendiaron, asaetearon y apedrearon, como después veremos. El esplendor a que llegaron los reyes de México se puede inferir de lo que hemos dicho hablando del reinado de Moteuczoma, y lo que diremos en la historia de la conquista.

Los reyes de México fueron émulos de los de Acolhuacan en la magnificencia, como éstos de aquéllos en la política. El gobierno de los acolhuas sirvió de modelo al de los mexicanos; pero variaron considerablemente los dos con respecto al derecho de sucesión a la corona, pues en Acolhuacan, y lo mismo en Tacuba, los hijos sucedían a los padres, no ya en el orden del nacimiento, sino según su calidad, siendo siempre antepuestos los que nacían de reina o mujer principal. Así se observó desde el primer rey chichimeca, Xolotl, hasta Cacamatzin, a quien sucedió su hermano Cuicuitzcatzin, por las intrigas de Moteuczoma y del conquistador Cortés.

CONSEJOS REALES Y EMPLEADOS DE LA CORTE

Tenía el rey de México, así como el de Acolhuacan, tres consejos supremos, compuestos de hombres de la primera nobleza, en los cuales se trataban todos los negocios pertenecientes al gobierno de las provincias, a los ingresos de las arcas reales y a la guerra; y el rey, por lo común, no tomaba ninguna medida importante sin la aprobación de los consejeros. En la historia de la conquista veremos a Moteuczoma deliberar muchas veces con ellos sobre las pretensiones de los españoles. No sabemos el número de individuos de que se componía cada consejo, ni se halla en los historiadores dato alguno que pueda ilustrar aquel punto: sólo nos han conservado los nombres de algunos consejeros, especialmente de los de Moteuczoma II. En una de las pinturas de la **Colección** de Mendoza se presenta la sala del consejo, con alguno de los nobles que lo componían.

Entre los muchos empleados de la corte había un tesorero general que llamaban **Hueicalpixqui**, o gran mayordomo, que recibía todos los tributos que los recaudadores sacaban de las provincias, y llevaba cuenta, por medio de ciertas figuras, de la

entrada y salida, como lo testifica Bernal Díaz que las vió. Había otro tesorero para las joyas y alhajas de oro, el cual era también director de los artífices que las trabajaban, y otro para los trabajos de plumas, cuyos operarios tenían sus laboratorios en la casa real de los pájaros. El proveedor general de animales, que se llamaba **Huexaminqui**, cuidaba de los bosques reales y de que nunca faltase caza en ellos. Por lo que respecta a los otros empleados, bastante he dicho hablando de la magnificencia de Moteuczoma II, y del gobierno de los reyes de Acolhuacan, Techotlalla y Nezahualcoyotl.

EMBAJADORES

Para las embajadas se buscaban siempre personas nobles y elocuentes. Componíanse aquellas comisiones de tres, cuatro o más individuos; y para hacer respetar su carácter, llevaban ciertas insignias, con las que eran desde luego conocidos por todos, especialmente un traje verde, hecho a guisa de escapulario, con unos flecos de algodón. Usaban sombreros adornados con hermosas plumas y flecos de diversos colores; en la mano derecha una flecha con la punta hacia arriba; en la izquierda, una rodela y pendiente del mismo brazo una red con sus provisiones. Por donde quiera que pasaban eran bien recibidos, y tratados con la consideración debida a su carácter, con tal de que no dejasen el camino principal que conducía al punto a que iban enviados. Cuando llegaban al término de su embajada, se detenían antes de entrar: allí aguardaban hasta que saliese la nobleza de aquella ciudad a recibirlos, y conducirlos a la casa pública, donde eran alojados y bien tratados. Los nobles los incensaban y les presentaban ramos de flores: después que habían reposado, los conducían a la casa del rey o señor, y los introducían en la sala de audiencia, donde los aguardaban aquel personaje y sus consejeros, todos sentados. Allí, después de haber hecho una profunda reverencia, se sentaban en el suelo en medio del salón, y sin alzar los ojos ni proferir una palabra, esperaban que hiciesen señal de hablar. Entonces el principal de los embajadores, después de otra reverencia, exponía en voz baja su embajada con un discurso bien hablado, que escuchaban atentamente el señor y sus consejeros con las cabezas inclinadas hasta las rodillas. Concluída la arenga, volvían los embajadores a su alojamien-

to. Entretanto consultaba el señor con sus consejeros, y hacía saber su resolución a los embajadores por medio de sus ministros; proveíalos abundantemente de víveres para el viaje, les hacía además algunos regalos, y salían a despedirlos los mismos que los habían recibido. Si el señor a quien se hacía la embajada era amigo de los mexicanos, se tenía a gran afrenta no aceptar los regalos; pero si era enemigo, no podían admitirlos sin el expreso consentimiento de su monarca. No siempre se observaban aquellas ceremonias, ni siempre se enviaba la embajada al jefe de la nación o del estado; pues a veces iba dirigida al cuerpo de la nobleza, o al pueblo.

CORREOS Y POSTAS

Los correos de que se servían los mexicanos con mucha frecuencia, usaban diferentes insignias, según la noticia o el negocio de eran portadores. Si la noticia era de haber perdido los mexicanos una batalla, llevaba el correo los cabellos sueltos y al llegar a la capital, se iba en derechura a palacio, donde puesto de rodillas delante del rey, daba cuenta del suceso. Si era por el contrario, alguna batalla ganada, llevaba los cabellos atados con una cuerda de color, y el cuerpo ceñido con un paño blanco de algodón, en la mano izquierda una rodela y en la derecha una espada, que manejaba como en actitud de combatir, demostrando de este modo su júbilo, y cantando los hechos gloriosos de los antiguos mexicanos.

El pueblo, regocijado al verlo, lo conducía con iguales demostraciones al palacio real. A fin de que los mensajes llegasen prontamente había en los caminos principales del reino unas torrecillas, distantes seis millas una de otra, donde estaban los correos, dispuestos siempre a ponerse en camino. Cuando se despachaba el primer correo, andaba con toda la celeridad posible hasta la primera posta o torrecilla, donde comunicaba a otro el mensaje, o le entregaba, si las traía consigo, las pinturas que representaban la noticia o el negocio y de que se servían en lugar de cartas: el segundo corría del mismo modo hasta la posta inmediata; y así continuaban por grande que fuera la distancia. Hay autores que dicen que de aquel modo atravesaba un mensaje la distancia de trescientas millas en un día. Moteuczoma se servía del mismo medio para proveerse diariamente de pescado fres-

co del Seno mexicano, que por la parte más corta distaba de la Capital más de doscientas millas. Estos correos se ejercitaban desde niños en su oficio, y para estimularlos, los sacerdotes que los educaban, daban premios a los vencedores.

NOBLEZA Y DERECHOS DE SUCESION

La nobleza de México y de todo el Imperio, estaba dividida en muchas clases, que fueron confundidas por los españoles bajo el nombre general de **caciques.** (1) Cada clase tenía privilegios e insignias particulares; de modo que aunque el traje de aquellas gentes era muy sencillo, desde luego se conocía el carácter de la persona. Sólo los nobles podían llevar en la ropa adornos de oro y de piedras preciosas, y a ellos pertenecían exclusivamente hasta principios del reinado de Moteuczoma II, las principales cargas de la casa real, de la magistratura y de la milicia.

El primer grado de nobleza en Tlaxcala, en Huexotzingo y en Cholula, era el de **Teuctli.** Para obtenerlo era necesario ser de sangre noble, haber dado pruebas de valor en muchos encuentros, tener cierta edad y sobre todo, grandes riquezas, para sufrir los grandes gastos que aquella dignidad atraía. Debía además el candidato hacer un año de rigorosa penitencia, que consistía en ayuno perpetuo, en frecuentes efusiones de sangre, en la privación de todo trato con mujeres, y en sufrir resignadamente los insultos, los oprobios y los malos tratamientos, con que ponían a prueba su constancia. Perforábanles los cartílagos de la nariz, para colgarles unos granos de oro, que eran la principal insignia de su clase. El día en que tomaba posesión de ella, le quitaban el traje de penitencia y le ponían brillantes galas; atábanles los cabellos con una correa de cuero, teñida de escarlata, de la que pendían hermosas plumas, y le suspendían de la nariz los granos de oro. Esta ceremonia se hacía por un sacerdote en el atrio superior del templo mayor, y después de haberle conferido la dignidad le dirigían una arenga gratulatoria. De allí bajaba al atrio inferior, donde asistía con la nobleza a un gran baile, al que seguía un espléndido banquete que daba a sus expensas a todos los señores del Estado. Regalaba a éstos innumerables

---

(1) El nombre **cacique,** que quiere decir señor o príncipe, se tomó de la lengua haitiana, que se hablaba en la isla Española o de Santo Domingo. Los mexicanos llamaban al señor, **Tlatoani** y al noble, **Pilli** o **Teuctli.**

vestidos, y tal era la abundancia de manjares que se consumían en aquella ocasión, que según algunos autores, se servían mil y cuatrocientos y aun mil seiscientos pavos; otros tantos ciervos, conejos y otros animales; una increíble cantidad de cacao en muchas bebidas y las frutas más exquisitas y delicadas de aquella tierra. El título de **teuctli** se añadía, como apellido, al nombre propio de la persona que gozaba aquella dignidad, como **Chichimeco-teuctli, Pil-teuctli,** y otros. Los teuctlis precedían a todos los otros en el senado, tanto en los asientos como en la votación, y podían llevar detrás un criado con un banquillo, lo cual se consideraba como privilegio altamente honroso.

La nobleza mexicana era por lo común hereditaria. Conserváronse hasta la ruina del Imperio con grande esplendor muchas familias descendientes de aquellos ilustres aztecas, fundadores de México, y aun ahora existen ramas de aquellas casas antiquísimas, aunque envilecidas por la miseria y confundidas entre la plebe más obscura. (1) No hay duda que hubiera sido más sabia la política de los españoles, si en vez de conducir a México mujeres de Europa y esclavos de Africa, se hubiesen empeñado en formar de ellos mismos y de los mexicanos, una sola nación, por medio de enlaces matrimoniales. Si la naturaleza de esta obra lo permitiera, haría aquí una demostración de las ventajas que de aquella medida se hubieran seguido a las dos naciones, y de los perjuicios que del sistema opuesto han resultado.

En México y en casi todo el Imperio, los hijos sucedían a los padres en todos sus derechos; excepto en la casa real, como ya he dicho. Por falta de hijos sucedían los hermanos y por falta de éstos los sobrinos.

DIVISION DE LAS TIERRAS; TITULOS DE POSESION Y PROPIEDAD

Las tierras del Imperio mexicano estaban divididas entre la corona, la nobleza, el común de vecinos y los templos, y había pinturas que representaban distintamente lo que a cada cual pertenecía. Las tierras de la corona estaban indicadas con

(1) No puede verse sin dolor el envilecimiento a que se hallan reducidas muchas familias de las más ilustres de aquel reino. Poco tiempo ha murió en el patíbulo un descendiente de los antiguos reyes de Michuacan. Yo conocí en México un pobre sastre descendiente de una nobilísima casa de

color de púrpura; las de los nobles, con grana y las de los plebeyos, con amarillo claro. En aquellos dibujos se distinguían a primera vista la extensión y los límites de cada posesión. Los magistrados españoles se sirvieron de estas representaciones para decidir algunos pleitos entre indios, sobre la propiedad y la posesión de las tierras.

En las de la corona, llamadas por ellos **tecpantlalli**, reservado siempre el dominio del rey, gozaban el usufructo ciertos señores, llamados **tecpanpouhque** y **tecpantlaca**, esto es, gente de palacio. Estos no pagaban tributo alguno, ni daban otra cosa al rey, que unos ramos de flores y ciertos pajarillos, en señal de vasallaje. Hacían esto siempre que lo visitaban; pero tenían la obligación de componer y reparar los palacios reales cuando fuese necesario y de cultivar los jardines del rey corriendo ellos con la dirección de la obra y los plebeyos de su distrito, con el trabajo. Debían también hacer la corte al rey y acompañarlo siempre que salía en público; lo cual les atraía muchas honras y obsequios. Cuando moría uno de aquellos señores, entraba el primogénito en posesión de las tierras con todas las obligaciones de su padre; pero si se establecía en otro punto del Imperio, perdía aquellos derechos, y el rey los transmitía a otro usufructuario, o dejaba la elección de éste a cargo del común de habitantes del distrito en que se hallaban las tierras.

Las llamadas **pillalli**, es decir, tierras de nobles, eran posesiones antiguas de éstos, transmitidas por herencia de padres a hijos, o concedidas por el rey en galardón de los servicios hechos a la corona. Los unos y los otros podían enajenar sus posesiones, pero no podían darlas ni venderlas a los plebeyos. Había sin embargo tierras de concesión real; pero con la cláusula de no enajenarlas, sino dejarlas en herencia a los hijos.

En la herencia de los estados se observaba el orden de la primogenitura; pero si el primogénito era inepto e incapaz de administrar sus bienes, el padre podía instituír por heredero a otro cualquiera de sus hijos, con tal que éste asegurase alimentos a su hermano mayor. Las hijas, a lo menos en Tlaxca-

---

Coyohuacan, a quien se quitaron las posesiones que había heredado de sus claros abuelos. Estos ejemplos no son raros y aun los hay en las familias reales de México, de Acolhuacan y de Tacuba, no bastando a preservarlas de la común ruina, las reiteradas órdenes dadas en su favor por la clemencia y equidad de los reyes católicos.

la, no podían heredar, para que no pasasen los bienes a un extranjero. Eran tan celosos los tlaxcaltecas, aun después de la conquista por los españoles, de conservar los bienes de las familias, que rehusaron dar la investidura de uno de los cuatro principados de la República a D. Francisco Pimentel, nieto de Coanacotzin, rey de Acolhuacan, (1) casado con doña María Maxixcatzin, nieta del príncipe del mismo nombre, el cual, como después veremos, era el principal de los cuatro señores que regían aquella República cuando llegaron los españoles.

Los feudos empezaron en aquel reino cuando el rey Xolotl dividió la tierra de Anáhuac entre los señores chichimecas y los acolhuas, con la condición feudal de una fidelidad inviolable, de un cierto reconocimiento del supremo dominio y la obligación de ayudar al señor cuando fuese necesario, con su persona, con sus bienes y con sus vasallos. En el Imperio mexicano eran pocos, según creo, los feudos propios, y ninguno, si queremos hablar con rigor jurídico; pues no eran en su institución perpetuos, sino que cada año se necesitaba una nueva renovación o investidura, ni los vasallos de los feudatarios estaban exentos de los tributos que pagaban al rey los otros vasallos de la corona.

Las tierras que se llamaban **altepetlalli**, esto es, de los comunes de las ciudades y villas, se dividían en tantas partes, cuantos eran los barrios de aquella población y cada barrio poseía su parte con entera exclusión e independencia de los otros. Estas tierras no se podían enajenar bajo ningún pretexto. Entre ellas había algunas destinadas a suministrar víveres al ejército en tiempo de guerra, las cuales se llamaban **milchimalli**, o **cacalomilli**, según la especie de víveres que daban. Los reyes católicos han asignado tierras a los pueblos de mexicanos (2) y dado las órdenes convenientes para asegurar la perpetuidad de aquellas posesiones; pero estas providencias se han frustrado en gran parte por la prepotencia de algunos particulares y la iniquidad de algunos jueces.

---

(1) Coanacotzin, rey de Acolhuacan, fue padre de D. Fernando Pimentel y éste tuvo a D. Francisco, de una señora tlaxcalteca. Es de advertir que muchos mexicanos y especialmente los nobles, tomaron en el bautismo, con el nombre cristiano, algún apellido español.

(2) Las leyes reales conceden a cada pueblo de indios el terreno de los alrededores hasta la distancia de seiscientas brazas castellanas.

TRIBUTOS E IMPUESTOS DE LOS SUBDITOS DE LA CORONA

Todas las provincias conquistadas por los mexicanos eran tributarias de la corona y le pagaban frutos, animales o minerales de los respectivos países, según la tarifa establecida. Además los mercaderes contribuían con una parte de sus géneros y los artesanos con otra de los productos de sus trabajos. En la capital de cada provincia había un almacén para custodiar los granos, las ropas y todos los efectos que percibían los recaudadores en el término de su distrito. Estos hombres eran generalmente odiados por los males que ocasionaban a los pueblos. Sus insignias eran una vara que llevaban en una mano y un abanico en la otra. Los tesoreros del rey tenían pinturas en que estaban especificados los pueblos tributarios, la cantidad y la calidad de los tributos. En la **Colección** de Mendoza hay treinta y seis pinturas de esta clase, (1) y en cada una se ven representados los principales pueblos de una o varias provincias del Imperio. Además de un número excesivo de ropas de algodón y cierta cantidad de granos y plumas, que eran pagos comunes a todos los pueblos tributarios, daban otros diferentes objetos según la naturaleza del país. Para dar alguna idea a los lectores, expondremos algunos tributos de los contenidos en aquellas pinturas.

Xoconochco, Huehuetlan, Mazatlan y otras ciudades de aquella costa, daban anualmente a la corona, además de las ropas de algodón, cuatro mil manojos de hermosas plumas de diversos colores, doscientos sacos de cacao, cuarenta pieles de tigre y ciento sesenta pájaros de cierta y determinada especie. Huaxyacac, Coyolapan, Atlacuechahuaxan y otros lugares de los zapotecas, cuarenta pedazos de oro de ciertas dimensiones y veinte sacos de cochinilla. Tlachquiauhco, Axotlan y Teotzapotlan, veinte vasos de cierta medida llenos de polvo de oro. Tochtepec, Otlatitlan, Cozamaloapan, Michapan y otros lugares de la costa del

---

(1) Las treinta y seis pinturas son desde la XIII hasta la XLVIII. En la copia publicada por Thevenot, faltan la XXI y la XXII y la mayor parte de las ciudades tributarias. La copia publicada en México en 1770 está más mutilada, pues faltan seis pinturas de la **Colección** de Mendoza, además de los muchos errores que contiene la interpretación; pero tiene sobre la de Thevenot la ventaja de contener las figuras de las ciudades y estar grabada en cobre.

Golfo mexicano, además de las ropas de algodón, del oro y del cacao, veinticuatro mil manojos de bellísimas plumas de diversos colores y calidades; seis collares, dos de esmeraldas finísimas y cuatro de ordinarias; veinte pendientes de ámbar engarzados en oro, y otros tantos de cristal; cien botes de liquidámbar y diez y seis mil cargas de hule o resina elástica. Tepeyacac, Quecholac, Tecamachalco, Acatzinco y otros lugares de aquel país, cuatro mil sacos de cal, cuatro mil cargas de **otatli,** o cañas sólidas para los edificios; otras tantas de las mismas cañas, más pequeñas, para dardos y ocho mil cargas de **acaxetl,** o sea cañas llenas de materias aromáticas. Malinaltepec, Tlalcozauhtitlan, Olinallan, Ichcatlan, Cualac y otros lugares meridionales de los países cálidos, seiscientas medidas de miel, cuarenta cántaros grandes de **tecozahuitl,** o sea ocre amarillo para la pintura, ciento sesenta hachas de cobre, cuarenta hojas redondas de oro de ciertas dimensiones, diez pequeñas medidas de turquesas finas y una carga de las ordinarias. Cuauhnahuac, Panchimalco, Atlacholoaxan, Xiuhtepec, Huitzilac y otros pueblos de los tlahuicas, diez y seis mil hojas grandes de papel y cuatro mil **xicallis** (vasos naturales de que hablaré a su tiempo), de diferentes tamaños. Cuauhtitlan, Tehuiloxocan y otros pueblos vecinos, ocho mil esteras y otros tantos banquillos. Otros pueblos contribuían con leña, piedras y vigas para los edificios; otros con copal. Había algunos obligados a enviar a los bosques y casas reales cierto número de pájaros y de cuadrúpedos, como Xilotepec, Michmaloxan y otros de los otomíes, los cuales debían mandar cada año al rey cuarenta águilas vivas. De los matlazincas sabemos, que habiendo sido sometidos a la corona de México por el rey Axayacatl, se les impuso, además del tributo representado en la pintura vigésimaséptima de la **Colección** de Mendoza, la obligación de cultivar, para suministrar víveres al ejército real, un campo de setecientas toesas de largo y de la mitad de ancho. Finalmente, al rey de México se pagaba tributo de todas las producciones útiles naturales y artificiales de sus estados.

Estas excesivas contribuciones, unidas a los grandes regalos que hacían al rey los gobernadores de las provincias y los señores feudatarios y a los despojos de la guerra, formaban aquella gran riqueza de la corte que ocasionó tanta admiración a los conquistadores españoles y tanta miseria a los desventurados súbditos. Los tributos, que al principio eran muy ligeros,

llegaron a ser exorbitantes, pues con las conquistas crecieron el orgullo y el fasto de los reyes. Es cierto que una gran parte, y quizás la mayor, de estas rentas, se expendían en bien de los mismos súbditos, ora sustentando un gran número de ministros y magistrados para la administración de la justicia; ora premiando a los beneméritos del estado; ora socorriendo a los desvalidos, especialmente a las viudas, a los huérfanos y a los ancianos, que eran las tres clases que más compasión excitaban a los mexicanos; ora, en fin, abriendo al pueblo en tiempo de carestía los graneros reales. Pero ¡cuántos infelices, que podían apenas pagar su tributo, no habrían cedido al peso de su miseria, sin que les alcanzase una parte de la munificencia de los soberanos! A lo pesado de estas cargas se añadía la dureza con que se exigían. El que no pagaba el tributo era vendido como esclavo, para que pagase su libertad lo que no había podido su industria.

MAGISTRADOS DE MEXICO Y DE ACOLHUACAN

Los mexicanos tenían varios tribunales y jefes para la administración de la justicia. En la corte y en las principales ciudades había un supremo magistrado, llamado **Cihuacoatl,** cuya autoridad era tan grande, que de las sentencias que pronunciaba en materia civil o criminal, no se podía apelar a ningún tribunal, ni aun al mismo rey. A él pertenecía el nombramiento de los jueces subalternos y tomar cuenta a los recaudadores de las rentas de su distrito. Era reo de muerte el que usurpaba sus funciones o usaba sus insignias.

Inferior a éste, aunque muy preeminente sin embargo, era el tribunal de **Tlacatecatl,** que se componía de tres jueces: a saber, el **Tlacatecatl,** que era el principal, y de quien tomaba su nombre aquel cuerpo, y otros dos llamados **Cuauhnochtli** y **Tlailotlac.** Conocían de las causas civiles y criminales, en primera y segunda instancia, aunque la sentencia sólo se pronunciaba en nombre del Tlacatecatl. Reuníanse diariamente en una sala de la casa pública, a la que daban el nombre de **tlatzontetecoxan,** esto es, lugar donde se juzga, y tenían a sus órdenes un cierto número de porteros y alguaciles. Allí escuchaban con gran paciencia a los litigantes, examinaban diligentemente la causa y fallaban según la ley. Si la causa era civil, no había apelación; pero si era criminal, podía apelarse al Cihuacoatl. La sentencia se pronunciaba por

el **Tepoxotl,** o pregonero, y se ponía en ejecución por el Cuauhnochtli, que, como ya he dicho, era uno de los tres jueces. Tanto el pregonero como el ejecutor de la justicia, estaban en alto aprecio entre los mexicanos, pues se miraban como imágenes del rey.

En cada barrio de la ciudad había un **teuctli,** o lugarteniente de aquel tribunal, que se elegía anualmente por los vecinos de aquella demarcación. Conocía en primera instancia de las causas de su distrito, y diariamente se presentaba al Cihuacoatl o al Tlacatecatl, para darles cuenta de lo que ocurría y recibir sus órdenes. Además de los teuctlis, había en cada barrio ciertos comisarios, elegidos también por los vecinos, y llamados **centectlapixques,** los cuales, según parece, no podían juzgar, sino que tenían a su cargo observar un cierto número de familias confiadas a su vigilancia, y dar cuenta a los magistrados de lo que en ellas ocurría. Bajo las órdenes de los teuctlis estaban los **tequitlatoquis,** o correos, que llevaban las notificaciones de los magistrados y citaban a los reos; los **topillis,** o alguaciles, que hacían los arrestos.

En el reino de Acolhuacan, la jurisdicción estaba dividida entre seis ciudades principales. Los jueces estaban en los tribunales desde al rayar el día hasta el anochecer. Se les llevaba la comida a la misma sala de audiencia; y a fin de que no se distrajesen de sus funciones para cuidar de la manutención de sus familias, ni tuviesen pretexto alguno para dejarse seducir, tenían (y lo mismo en el reino de México), posesiones señaladas y esclavos que las cultivasen. Estos bienes eran anexos al empleo, no ya a la persona, y no pasaban a los herederos, sino a los sucesores en la magistratura. En las causas graves no podían sentenciar, a lo menos en la Capital, sin dar cuenta al rey. Cada veinte días se reunían los jueces de la corte, bajo la presidencia del rey, para terminar las causas pendientes. Si por ser demasiado obscuras o intrincadas, no podían fallarse entonces, se reservaban para otra reunión general y más solemne, que se celebraba de ochenta en ochenta días, por lo cual se llamaba **nappapoallalli,** es decir, conferencia de los ochenta, en la cual todas las causas quedaban decididas, y allí delante de los vocales, se aplicaba la pena a los reos sentenciados. El rey pronunciaba la sentencia, haciendo con la punta de una flecha una raya en la cabeza del reo pintada en el proceso.

En los juicios de los mexicanos las partes eran las que hacían sus defensas y alegatos; al menos se ignora si había entre ellos abogados. En las causas criminales no se permitía al actor otra prueba que la de los testigos; pero el reo podía hacer uso del juramento en su defensa. En los pleitos sobre términos de las posesiones, se consultaban las pinturas de las tierras, como escrituras auténticas.

Todos los magistrados debían juzgar según las leyes del reino, como las expresaban las pinturas. De éstas he visto muchas y de ellas he sacado una parte de lo que voy a decir sobre el asunto. La potestad legislativa en Texcoco residía siempre en el rey, el cual hacía observar rigorosamente las leyes que publicaba. Entre los mexicanos, las primeras leyes salieron, según parece, del cuerpo de la nobleza; pero después los reyes fueron los legisladores de la nación: y mientras su autoridad se mantuvo en sus justos límites, celaron con esmero la ejecución de las leyes publicadas por ellos y por sus antepasados. En los últimos años de la monarquía, el despotismo las alteró según su capricho. Citaré aquí las que estaban en vigor cuando entraron en México los españoles. En algunas se verán rasgos de prudencia y humanidad, y un gran celo por las buenas costumbres; en otras, un rigor extraordinario que degenera en crueldad.

LEYES PENALES

El traidor al rey o al Estado era descuartizado, y los parientes, que noticiosos de la traición, no la habían descubierto, perdían la libertad.

Había pena de muerte y de confiscación de bienes para el que se atreviese a usar en la guerra, o en alguna festividad pública, las insignias del rey de México, de Acolhuacan y de Tacuba y aun las del Cihuacoatl.

El que maltrataba a un embajador, o ministro, o correo del rey, perdía la vida; pero los embajadores y correos no debían separarse del camino señalado, so pena de perder la inmunidad.

Eran también reos de muerte los que suscitaban alguna sedición en el pueblo, los que destruían y mudaban los límites puestos en los campos con autoridad pública, los jueces que daban una sentencia injusta o contraria a las leyes y los que hacían al

rey o al magistrado superior una relación infiel de un negocio, o se dejaban corromper con regalos.

El que en la guerra hacía alguna hostilidad al enemigo sin orden del jefe, o lo atacaba antes de darse la señal, o abandonaba la bandera, o infringía la orden general, era decapitado sin remisión.

El que en el mercado alteraba las medidas establecidas por los magistrados, era reo de muerte, cuya sentencia se ejecutaba sin tardanza en la plaza misma.

El homicida pagaba con la vida, aunque el muerto fuese su esclavo. El que mataba a la mujer propia, aunque sorprendida en adulterio, era reo de muerte; porque decían que usurpaba la autoridad de los magistrados, a quienes pertenecía juzgar y castigar los delitos. El adulterio se castigaba con el último suplicio. Los adúlteros eran apedreados, o se les aplastaba la cabeza entre dos piedras. Esta ley de lapidación contra aquel crímen es una de las que he visto representadas en las antiguas pinturas que se conservan en la biblioteca del Colegio Máximo de Jesuítas en México. También se ve en la última de la **Colección** de Mendoza y de ella hace mención Gomara, Torquemada y otros autores. Pero no se reputaba adulterio, o a lo menos, no se castigaba como tal, con alguna mujer soltera; así que, no se exigía tanta fidelidad del marido como de la mujer. En todo el Imperio se castigaba el delito de que vamos hablando, pero en algunos pueblos con más rigor que en otros. En Ichcatlan, la adúltera comparecía ante los jueces; y si las pruebas del delito eran convincentes, allí mismo se la descuartizaba y se dividían los cuartos entre los testigos. En Itztepec, los magistrados mandaban al marido que cortase la nariz y las orejas a la mujer infiel. En algunas partes del Imperio se daba muerte al marido que cohabitaba con su mujer, constándole su infidelidad.

No era lícito el repudio sin autorización de los magistrados. El que quería repudiar a su mujer, se presentaba en juicio y exponía sus razones. Los jueces lo exhortaban a la concordia y procuraban disuadirlo; pero si persistía en su pretensión y parecían justas sus razones, le decían que hiciese lo que le pareciese más oportuno, sin autorizar el repudio con una sentencia formal. Si, finalmente, la repudiaba, no podía volver a juntarse con ella.

El reo de incesto en el primer grado de consanguinidad o de afinidad, tenía pena de horca, y todo casamiento entre personas

de aquellos grados de parentesco, era severamente prohibido por las leyes; excepto el de cuñados, porque entre los mexicanos, como entre los hebreos, era costumbre que los hermanos del marido difunto se casasen con sus cuñadas viudas; pero había esta diferencia, que entre los hebreos sólo se verificaba este enlace cuando el primer marido había muerto sin sucesión, y entre los mexicanos era indispensable que el difunto dejase hijos de cuya educación se encargase su hermano, adquiriendo todos los derechos de padre. En algunos pueblos distantes de la Capital, solían los nobles casarse con las madrastras viudas, cuando no habían tenido hijos de los padres de ellos; pero en las cortes de México y de Texcoco, y en los pueblos inmediatos a ellas, se miraban estos enlaces como incestuosos, y como tales se castigaban.

El reo de pecado nefando era ahorcado, o quemado vivo, si era sacerdote. En todos los pueblos de Anáhuac, excepto entre los panuqueses, se miraba con abominación aquel crímen y en todos se castigaba con rigor. Sin embargo, algunos hombres malignos, para justificar sus propios excesos, infamaron con tan horrendo vicio a todas las naciones americanas; pero la falsedad de esta calumnia, que con culpable facilidad adoptaron muchos escritores europeos, está demostrada por el testimonio de otros más imparciales y mejor instruídos.

El sacerdote que en la época en que estaba dedicado al servicio del templo, abusaba de alguna soltera, era desterrado y privado del sacerdocio.

Si alguno de los jóvenes de ambos sexos, que se educaba en los seminarios, incurría en algún exceso contra la continencia que profesaban, sufría un castigo rigoroso, y aun la muerte según algunos autores. Pero no había pena establecida para la simple fornicación, aunque conocían la malicia de aquel pecado, y aunque los padres exhortaban a los hijos a evitarlo.

A la mujer pública quemaban los cabellos en la plaza, con haces de pino, y le cubrían la cabeza de resina del mismo árbol. Cuanto más notables eran las personas con quienes se abandonaba a sus excesos, tanto más rigoroso era el castigo que se le imponía.

La ley condenaba a la pena de horca al hombre que se vestía de mujer y a la mujer que se vestía de hombre.

El ladrón de objetos de poco valor, no tenía otra pena sino la restitución de la cosa robada. Si el hurto era de considera-

ción, el ladrón quedaba esclavo del robado; si el objeto robado no existía, y el ladrón no tenía bienes con que satisfacerlo, moría apedreado; si lo robado era oro o joyas, el ladrón, después de haber sido paseado por todas las calles de la ciudad, era sacrificado en la fiesta que los plateros y joyistas hacían a su dios Xipe. El que robaba un cierto número de mazorcas de maíz, o quitaba del campo ajeno algunas plantas útiles, era esclavo del dueño del campo; (1) pero los caminantes pobres podían tomar del maíz o de los árboles plantados al borde del camino, los granos o las frutas necesarias a su manutención. El que robaba en el mercado, era apaleado allí mismo. El robo de armas o de insignias militares en el ejército, tenía pena de muerte.

El que hallando un muchacho perdido lo hacía esclavo, vendiéndolo como si fuera su hijo, perdía, en pena de su delito, la libertad y los bienes; de los cuales se aplicaba la mitad al muchacho para sus alimentos, y de la otra se satisfacía al comprador el precio que había dado. Si eran muchos los delincuentes, todos sufrían la misma pena.

También perdía la libertad y los bienes el que vendía los ajenos que había tomado en arrendamiento.

Los tutores que no daban cuenta exacta de los bienes de sus pupilos, eran irremisiblemente ahorcados. La misma pena tenían los hijos que gastaban en vicios la herencia paterna; porque decían que era gran delito hacer tan poco caso de las fatigas de los padres.

El que usaba de hechizos era sacrificado a los dioses. La embriaguez en los jóvenes era delito capital. El joven que cometía aquel exceso moría a palos en la cárcel, y la joven era apedreada. En los hombres hechos se castigaba con rigor, aunque no con la muerte. Si era noble, lo privaban de su empleo y de la nobleza y quedaba infame; si era plebeyo, le cortaban el pelo (que era para ellos una gran pena), y le arruinaban la casa, diciendo qne no era digno de habitar entre los hombres el que espontáneamente se privaba de juicio. Esta ley no prohibía la embriaguez en las bodas y en otras festividades, en que era lícito beber dentro de casa más de lo acostumbrado; ni compren-

(1) El Conquistador Anónimo dice que el que robaba tres o cuatro mazorcas incurría en la misma pena. Torquemada añade que tenía pena de muerte; mas esto era en el reino de Acolhuacan y no en el de México.

día a los que pasaban de sesenta años, que en razón de su edad podían beber cuanto quisiesen, como consta por una pintura de la **Colección** de Mendoza.

Al que decía una mentira que acarrease grave perjuicio, cortaban una parte de los labios, y a veces las orejas.

LEYES SOBRE LOS ESCLAVOS

Había entre ellos tres clases de esclavos: los prisioneros de guerra, los que se vendían y ciertos malhechores, que en castigo de sus delitos quedaban privados de su libertad. La mayor parte de los primeros eran sacrificados a los dioses. El que en la guerra quitaba a otro su prisionero, o lo ponía en libertad, era reo de muerte.

La venta de un esclavo no era válida, si no se hacía delante de cuatro testigos de edad madura. Comunmente acudían en mayor número, y esta clase de contrato se celebraba con gran solemnidad. El esclavo podía tener bienes, adquirir posesiones y aun comprar otros esclavos que lo sirviesen, sin que el amo pudiera impedírselo, ni servirse de ellos; pues la esclavitud no era más que una obligación de servicio personal, limitada a ciertos términos. Tampoco era hereditaria. Todos nacían libres, aun los hijos de las esclavas. Si un hombre libre tenía comercio ilícito con la esclava ajena, y ésta quedaba preñada y moría en la preñez, aquél quedaba esclavo del dueño de ésta; pero si la esclava paría felizmente, el hijo y el padre eran libres.

Los pobres podían vender alguno de sus hijos para remediar sus miserias, y a cualquier hombre libre era lícito venderse con el mismo objeto; pero los amos no podían vender un esclavo sin su consentimiento. Los esclavos fugitivos, contumaces y viciosos, eran amonestados dos o tres veces por sus amos, los cuales, para su mayor justificación, hacían llamar testigos en aquellas ocasiones. Si el esclavo no se enmendaba, le ponían un collar de madera, y entonces podían venderlo en el mercado sin su consentimiento. Si después de haber mudado de amo dos o tres veces, persistían en su indocilidad, se vendían para los sacrificios; pero esto ocurría muy pocas veces. El esclavo de collar que se escapaba del encierro en que su amo lo tenía y se acogía al palacio del rey, era libre, y todo el que le impedía tomar este asilo, que-

daba privado de su libertad; excepto su amo y los hijos de éste, que estaban autorizados a estorbárselo.

Las personas que más comunmente se vendían eran los jugadores, para satisfacer con el precio su pasión dominante; los que por su pereza o sus infortunios se hallaban reducidos a la miseria y las mujeres públicas, para comprar trajes de lucimiento, pues las de aquel país no buscaban otro interés en sus desórdenes, que la satisfacción de sus perversos apetitos. No era tan dolorosa a los mexicanos la esclavitud como a otros pueblos, por no ser allí tan dura la condición de esclavo. El trabajo que hacían era moderado, y benigno el trato que les daban los dueños, los cuales comunmente les concedían libertad cuando morían. El precio ordinario de un esclavo era una carga de ropa.

Había además en México una especie de esclavitud que se llamaba **huehuetlatlacolli,** y era cuando una o dos familias se obligaban por su pobreza a suministrar perpetuamente un esclavo a cualquier señor. Para esto le daban uno de sus hijos, y después de haberle servido cierto número de años lo retiraban para casarlo, o con cualquier otro objeto y ponían a otro en su lugar, Hacíase esto sin repugnancia del amo; antes bien, solía dar espontáneamente otro precio por el nuevo esclavo. Muchas familias hicieron este contrato el año de 1506, de resultas de la carestía que afligió aquellos países; pero Nezahualpilli, rey de Acolhuacan, las puso a todas en libertad, por los inconvenientes que se experimentaron, y a su ejemplo, Moteuczoma II hizo lo mismo en sus estados.

Los conquistadores, que se creían poseedores de todos los derechos de los antiguos señores mexicanos, tuvieron muchos esclavos de aquellas naciones; pero los reyes católicos, informados por personas doctas, celosas del bien público y bien instruídas en los usos de aquellos países, los declararon libres a todos, prohibieron bajo las más graves penas atentar contra su libertad y recomendaron enérgicamente tan importante negocio a la conciencia de los virreyes, de los tribunales superiores y de los gobernadores. Ley justísima y digna del celo cristiano de aquellos monarcas; por que los primeros que se emplearon en la conversión de los mexicanos, entre los cuales había hombres de gran doctrina, declararon después de un diligente examen no haberse hallado entre tantos esclavos uno solo que hubiera sido privado de su libertad por medios legítimos.

Lo que hemos dicho hasta ahora es cuanto sabemos de la legislación de los mexicanos; quisiéramos dar razón más extensa de un punto tan importante, sobre todo, en lo relativo a contratos, a juicios y a testamentos; pero la pérdida deplorable de la mayor parte de las pinturas mexicanas y de algunos manuscritos de los primeros españoles, nos ha privado de las luces con que pudieran aclararse estas materias.

LEYES DE LOS OTROS PAISES DE ANAHUAC

Las leyes de la Capital no habían sido tan generalmente recibidas en las provincias conquistadas, que no hubiese entre ellas gran variedad de instituciones; porque como los mexicanos no obligaban a los vencidos a hablar su idioma, tampoco los forzaban a aceptar su legislación. La de Acolhuacan era algo análoga a la de México, aunque con alguna diferencia y mucha más severidad.

Según las leyes publicadas por el célebre rey Nezahualcoyotl, el ladrón era arrastrado por las calles y ahorcado después. El homicida era decapitado. El sodomita activo moría ahogado en un montón de ceniza; al pasivo arrancaban las entrañas, se llenaba el vientre de cenizas y se quemaba el cadáver. El que suscitaba discordia entre los estados, era atado a un árbol y quemado vivo. El que se embriagaba hasta perder la razón, si era noble, moría ahorcado y su cadáver se arrojaba al lago o a un río; si plebeyo, por la primera vez perdía la libertad, y por la segunda, la vida; y habiendo uno preguntado al legislador por qué era más rigoroso con el noble que con el plebeyo, respondió que el delito del primero era tanto más grave, cuanto mayor era su obligación de dar buen ejemplo. El mismo rey Nezahualcoyotl prescribió pena de muerte a los historiadores que expresasen hechos falsos en sus pinturas. También condenó al último suplicio a los ladrones del campo, declarando que incurría en la pena el que robase siete mazorcas de maíz.

Los tlaxcaltecas adoptaron la mayor parte de las leyes de Acolhuacan. Los hijos que faltaban gravemente al respeto debido a sus padres, morían por orden del senado. Los que hacían algún daño de importancia al público, eran condenados a muerte o a destierro. Hablando en general, todas las naciones civilizadas de Anáhuac, castigaban con rigor el homicidio, el hurto, la men-

tira, el adulterio y todos los delitos contra la continencia. En todo se verifica la observación que hemos hecho hablando de su carácter, a saber: que eran naturalmente inclinados, como lo son en el día, al rigor y más propensos al castigo del vicio, que al premio de la virtud.

PENAS Y CARCELES

De las penas impuestas por los legisladores mexicanos a los malhechores, una de las más infames parece haber sido la horca. El destierro traía también infamia, pues suponía en el reo un vicio contagioso. El azote no estaba prescrito por las leyes, ni sabemos que lo usasen sino los padres con los hijos, y los maestros con los discípulos.

Tenían dos géneros de cárceles: la una, semejante a las nuestras, que se llamaba **teilpiloyan,** para los deudores que se rehusaban a pagar sus deudas y para los reos que no eran de muerte; y otra más estrecha, llamada **cuauhcatli,** hecha a modo de jaula, para los prisioneros destinados al sacrificio y para los reos de pena capital. Todas ellas estaban siempre bien custodiadas. A los reos de muerte se daba poco alimento, a fin de que gustasen anticipadamente las amarguras del suplicio. Los prisioneros, por el contrario, recibían abundantes provisiones, para que se presentasen robustos al sacrificio. Si por descuido de la guardia se escapaba algún prisionero, los habitantes del barrio a quienes tocaba la custodia de aquellos infelices, pagaban al amo del prófugo una esclava, cierto número de trajes de algodón y una rodela.

OFICIALES DE GUERRA Y ORDENES MILITARES

Habiendo hablado ya del gobierno político de los mexicanos, conviene decir algo de sus instituciones militares. No había en aquellos países profesión más estimada que la de las armas. El numen que más reverenciaban era el de la guerra, como principal protector de la nación. Ningún príncipe era elegido rey, si antes no había dado pruebas de valor y pericia militar en muchas batallas, hasta merecer el aito empleo de general del ejército; y el rey no podía ser coronado, si no hacía por sí mismo los prisioneros que habían de ser inmolados en su coronación.

Todos los reyes mexicanos, desde Itzcoatl hasta Cuauhtemotzin, que fue el último, pasaron del mando del ejército al trono. Aun en la otra vida, según su creencia, las almas más felices eran las de aquellos que morían con las armas en la mano en defensa de su patria. Por la gran estima en que tenían a la carrera militar, procuraban inspirar valor a sus hijos y endurecerlos desde su niñez en las fatigas de la guerra. Este ventajoso concepto de la gloria de las armas fue el que formó aquellos héroes, cuyas ilustres acciones hemos referido; el que les hizo sacudir el yugo de los tepanecas y elevar de tan humildes principios tan clara y tan famosa monarquía; el que amplió, finalmente, su dominio desde las márgenes del lago, hasta las costas de uno y otro Océano.

La suprema dignidad militar era la de general del ejército; pero había cuatro grados diferentes de generales, y cada grado tenía sus insignias particulares. El más alto era el de **Tlacochcalcatl**, palabra que según algunos autores, significa príncipe de los dardos, aunque significa realmente habitante de la armería o de la casa de los dardos. No sabemos si los otros tres grados estaban de algún modo subordinados al primero; ni tampoco es fácil señalar sus nombres, por la variedad con que se leen en los autores. (1) Después de los generales venían los capitanes, cada uno de los cuales mandaba un cierto número de hombres.

Para recompensar los servicios de los militares, y para darles estímulo, inventaron los mexicanos tres órdenes militares llamadas **Achcauhtin, Cuauhtin y Ocelo,** esto es, príncipes, águilas y tigres. Los más estimados eran los que en la orden de príncipes se llamaban **cuachictin.** Estos llevaban los cabellos atados en la parte superior de la cabeza con una cuerda roja, de la que pendían tantas borlas de algodón, cuantas habían sido sus acciones gloriosas. Era de tanto honor este distintivo, que aun los reyes, no sólo los generales, se jactaban de usarlo. A esta orden perteneció Moteuczoma II, como dice el P. Acosta, y aun el rey Tizoc, como se ve en sus retratos. Los tigres se distinguían por cierta

---

(1) El intérprete de la **Colección** de Mendoza dice que los cuatro grados de generales se llamaban **tlacochcalcatl, atempanecatl, ezhuacatecatl** y **tlillancalqui.** El P. Acosta en vez de **atempanecatl,** dice **tlacatecatl,** y en vez de **ezhuacatecatl, ezhuahuacatl,** añadiendo que éstos eran los nombres de los cuatro electores. Torquemada adopta el nombre **tlacatecatl,** pero confunde todos los grados.

armadura manchada como la de aquella fiera. Estos trajes sólo se usaban en la guerra; en la corte, todos los oficiales del ejército usaban una ropa tejida de varios colores, que llamaban **tlachcuauhxo.** Los que iban por primera vez a la guerra, no llevaban ninguna insignia, sino un ropón tosco y blanco de tela de maguey. Observábase esta regla con tanto rigor, que aun los príncipes reales debían dar muestras de valor, antes de cambiar aquel vestido por otro más honroso que se llamaba **tencaliuhqui.** No sólo se distinguían las órdenes militares en sus insignias, sino en las estancias que ocupaban en el palacio real cuando estaban de guardia. Podían tener utensilios de oro, vestirse de la tela más fina y usar de fajas más ligeras que la plebe; lo que no se permitía a los soldados, hasta haber merecido algún adelanto por sus acciones. Había un traje particular llamado **tlacatziuhqui,** destinado a premiar al militar que, cuando se desanimaba el ejército, lo incitaba a continuar vigorosamente en la acción.

TRAJE MILITAR DEL REY

Cuando el rey salía a la guerra, además de su armadura, llevaba ciertas insignias particulares: en las piernas unas medias botas cubiertas de planchuelas de oro; en los brazos, otros adornos del mismo metal y pulseras de piedras preciosas; en el labio inferior, una esmeralda engarzada en oro; en las orejas, pendientes de lo mismo; al cuello una cadena de oro y piedras, y en la cabeza un penacho de hermosas plumas que caían sobre la espalda. (1) Generalmente los mexicanos cuidaban mucho de distinguir las personas por sus insignias, y sobre todo en la guerra.

ARMAS DE LOS MEXICANOS

Eran varias las armas ofensivas y defensivas de que se servían los mexicanos y otras naciones de Anáhuac. Las defensivas, comunes a nobles y plebeyos, a oficiales y soldados, eran los escu-

---

(1) Cada una de estas reales insignias tenía su nombre particular. Las botas se llamaban **cozehuatl**; los brazaletes, **matemecatl**; las pulseras, **matzopeztli**; la esmeralda del labio, **tentetl**; los pendientes, **nacochtli**; el collar, **cozcapetlatl**, y la principal insignia de plumas, **cuachictli.**

dos, que ellos llamaban **chimalli,** (1) los cuales eran de diversas formas y materias. Algunos eran perfectamente redondos y otros sólo en la parte inferior. Los había de **otatli,** o cañas sólidas y flexibles, sujetas con gruesos hilos de algodón y cubiertas de plumas, y los de los nobles, de hojas delgadas de oro; otros eran de conchas grandes de tortugas, guarnecidos de cobre, de plata o de oro, según el grado militar y las facultades del dueño. Unos eran de tamaño regular; otros tan grandes que cubrían todo el cuerpo cuando era necesario, y cuando no, los doblaban y ponían bajo del brazo, a guisa de nuestros paraguas. Probablemente serían de cuero, o de tela cubierta de hule, o resina elástica. (2) Los había también muy pequeños, menos fuertes que vistosos, y adornados de plumas; pero éstos no servían en la guerra, sino en los bailes que hacían imitando una batalla.

Las armas defensivas propias de los oficiales eran unas corazas de algodón, de uno y aun de dos dedos de grueso, que resistían bastante bien a las flechas y por esto las adoptaron los españoles en sus guerras contra los mexicanos. El nombre **ichcahuepilli,** que éstos le daban, fue cambiado por aquéllos en el de **escaupil.** Sobre esta coraza, que sólo cubría el tronco del cuerpo, se ponían otra armadura, que cubría además los muslos y la mitad de los brazos, como se ve en la adjunta estampa. Los señores solían llevar una gruesa sobrevesta de plumas sobre una coraza compuesta de pedazos de oro y de plata dorada, con la que no sólo se preservaban de las flechas, sino de los dardos y de las espadas españolas, como lo asegura el Conquistador Anónimo. Además de estos arneses, que servían de defensa al cuerpo, a los brazos, a los muslos y aun a las piernas, metían la cabeza en una de tigre o de serpiente, hecha de madera, con la boca abierta y enseñando los dientes, para inspirar miedo al contrario. Todos los nobles y oficiales se adornaban la cabeza con hermosos penachos, procurando por estos medios dar mayor realce a su estatura. Los simples soldados iban desnudos, sin otro vestuario

(1) Solís dice que sólo los señores se servían de escudo; pero el Conquistador Anónimo que vió muchas veces a los mexicanos armados y se halló en muchas batallas contra ellos, dice expresamente que aquella armadura era común a todos. Este escritor es el que más exactamente describe las armas de los mexicanos.

(2) Hacen mención de estos escudos grandes el Conquistador Anónimo, Diego Godoy y Bernal Díaz, los tres testigos oculares.

que la cintura que usaban por decencia; pero fingían el vestido que les faltaba, por medio de diversos colores con que se pintaban el cuerpo. Los historiadores europeos, que tanto se maravillan de éste y otros usos extravagantes de los americanos, no saben que los mismos eran comunísimos en las antiguas naciones de Europa.

Las armas ofensivas de los mexicanos eran la flecha, la honda, la maza, la lanza, la pica, la espada y el dardo. El arco era de una madera elástica y difícil de romperse; la cuerda, de nervios de animales y de pelo de ciervo hilado. Había arcos tan grandes (y aun los hay todavía en algunas naciones de aquel Continente), que la cuerda tenía cinco pies de largo. Las flechas eran varas duras armadas de un hueso afilado, o de una gruesa espina de pez, de puntas de pedernal, o de itztli. Eran agilísimos en el manejo de esta arma, a cuyo ejercicio se acostumbraban desde la niñez, estimulados por los premios que les daban sus padres y maestros. Los tehuacaneses principalmente, eran famosos por su destreza en tirar tres o cuatro flechas al mismo tiempo. Las cosas maravillosas que se han visto hacer en nuestros tiempos a los tarahumaras, a los yaquis y a otros pueblos de aquellas regiones, que conservan el arco y la flecha, nos hacen conocer lo que hacían antiguamente los mexicanos. (1) Ninguno de los pueblos de Anáhuac se sirvió jamás de flechas envenenadas, quizá porque deseaban coger vivos a los prisioneros para sacrificarlos.

El **micuahuitl,** llamado por los españoles espada, porque era el arma que entre los mexicanos equivalía a la espada del Antiguo Continente, era una especie de bastón de tres pies y medio de largo y de cuatro dedos de ancho, armado por una y otra parte de pedazos agudos de piedra itztli fijos en el bastón y tenazmente pegados a él con goma laca. (2) Estos pedazos te-

(1) La destreza de aquellos pueblos en tirar la flecha no sería creíble si no constara por la deposición de millares de testigos oculares. Reunidos muchos flecheros en círculo, echan al aire una mazorca de maíz y disparan con tanta prontitud y tino que no la dejan caer en el suelo hasta que no le queda un solo grano. Echan también una moneda del tamaño de medio peso y con los tiros la mantienen en el aire cuanto tiempo quieren.

(2) Herrera dice que pegaban los pedernales a las espadas con el jugo de la raíz **cacotle** mezclado con estiércol de murciélago; pero ni se servían de pedernal en las espadas, ni pegaban el itztli sino con laca, que, como ya he dicho, se llamaba entre ellos estiércol de murciélago.

nían tres dedos de largo, uno o dos de ancho y el grueso de las antiguas espadas españolas. Eran tan cortantes que, según el testimonio del P. Acosta, se ha visto con una de aquellas armas cortar la cabeza de un caballo de un solo golpe; pero sólo el primero era temible, porque las piedras se embotaban muy pronto. Llevaban esta arma atada al brazo con una cuerda, para que no se escapase al dar los golpes. La forma del **macuahuitl** se halla en las obras de muchos escritores, y se ve en nuestras estampas. (1)

Las picas de los mexicanos tenían en vez de hierro una gran punta de piedra o de cobre. Los chinantecas y algunos pueblos de Chiapan usaban picas tan desmesuradas, que tenían diez y ocho pies de largo, y de ellas se sirvió Cortés contra la caballería de su rival Pánfilo Narváez.

El **tlacochtli,** o dardo mexicano, era de **otatli** o de otra madera fuerte, con la punta endurecida al fuego, o armada de cobre, de itztli o de hueso, y muchos tenían tres puntas, para hacer tres heridas a la vez. Lanzaban los dardos con una cuerda, (2) para arrancarlos después de haber herido. Esta es el arma que más temían los españoles, pues solían arrojarla con tanta fuerza, que pasaban de parte a parte a un hombre. Los soldados iban por lo común armados de espada, arco, flechas, dardo y honda. No sabemos si se servían también en la guerra de las segures, de que hablaremos después.

ESTANDARTES Y MUSICA MILITAR

Usaban en la guerra estandartes y música militar. Los estandartes, más semejantes al **signum** de los Romanos, que a las banderas de Europa, eran unas astas de ocho a diez pies de largo, sobre las cuales se ponían las armas o la insignia del estado, hecha de oro, de plumas o de otra materia preciosa. La insig-

---

(1) Hernández dice que con un golpe de **macuahuitl** se podía partir un hombre por medio, y el Conquistador Anónimo asegura que en una acción vió a un mexicano sacar de un golpe los intestinos a un caballo, y a otro, que de un golpe dado a un caballo en la cabeza lo dejó muerto a sus pies.

(2) El dardo mexicano era de la especie de los que los Romanos llamaban **hastile, jaculum** o **telum amentatum,** y el nombre español **amento** o **amiento,** de que se sirven los historiadores de México, significa lo mismo que el **amentum** de los latinos.



Armaduras mexicanas



nia del Imperio mexicano era una águila en actitud de arrojarse a un tigre: la de la República de los tlaxcaltecas, una águila con alas extendidas; (1) pero cada uno de los cuatro señoríos que componían la República, tenía una insignia diferente. La de Ocotelolco era un pájaro verde sobre una roca; la de Tizatlan, una garza blanca sobre una peña elevada; la de Tepeticpac, un lobo feroz con algunas flechas en la garra y la de Quiahuitztlan, un parasol de plumas verdes. El estandarte que tomó Cortés en la famosa batalla de Otompan, era una red de oro, que probablemente sería la insignia de alguna ciudad del lago. Además del estandarte común y principal del ejército, cada compañía, compuesta de doscientos o trescientos soldados, llevaba su estandarte particular, distinguiéndose no sólo en las plumas que lo adornaban, sino también en la armadura de los nobles y oficiales que a ella pertenecían. La obligación de llevar el estandarte del ejército, tocaba, a lo menos, en los últimos años del Imperio, al general, y el de las compañías, según conjeturo, a sus jefes respectivos. Llevaban el asta del estandarte atada tan estrechamente a la espalda, que era imposible apoderarse de ella sin hacer pedazos al que la llevaba. Los mexicanos la ponían siempre en el centro del ejército; los tlaxcaltecas la colocaban en las marchas a vanguardia, y a retaguardia en las acciones.

La música militar, en la cual había más rumor que armonía, se componía de tamboriles, cornetas y ciertos caracoles marítimos que daban un sonido agudísimo.

MODO DE DECLARAR Y HACER LA GUERRA

Para declarar la guerra se examinaba antes en el Consejo la causa de emprenderla, que era por lo común la rebelión de alguna ciudad o provincia, la muerte dada a un correo o mercader mexicano, acolhua o tepaneca, o algún insulto hecho a sus embajadores. Si la rebelión era sólo de algunos jefes, y no de los pueblos, se hacían conducir los culpables a la Capital para castigarlos. Si el pueblo era también culpable, se le pedía satisfacción en nombre del rey. Si se humillaba, o manifestaba un verdadero arrepentimiento, se le perdonaba su culpa y se le exhortaba a la enmien-

(1) Gomara dice que la insignia de la República Tlaxcalteca era una grulla; pero otros historiadores, mejor informados, desmienten esta opinión.

da; pero si en vez de humillarse, respondía con arrogancia y se obstinaba en negar la satisfacción pedida, o cometía nuevos insultos contra los mensajeros que se le enviaban, se ventilaba el negocio en el Consejo, y tomaba la resolución de la guerra, se daban las órdenes oportunas a los generales. A veces el rey, para justificar más su conducta, antes de emprender la guerra con algún estado, le enviaba tres embajadas consecutivas: la primera al señor del estado culpable, pidiéndole una satisfacción conveniente, y prescribiéndole el tiempo en que debía darla, so pena de ser tratado como enemigo; la segunda, a la nobleza, invitándola a que persuadiese al señor evitase con la sumisión el castigo que le aguardaba, y la tercera al pueblo, para hacerle saber las causas de la guerra. A veces, según dice un historiador, eran tan eficaces las razones propuestas por los embajadores y se ponderaban de tal modo las ventajas de la paz y los males de la guerra, que se lograba prontamente una conciliación. Solían también mandar con los embajadores al ídolo de Huitzilopochtli, exigiendo de los que ocasionaban la guerra, que le diesen lugar entre sus divinidades. Si éstos se hallaban con fuerzas suficientes para resistir, rechazaban la proposición y despedían al dios extranjero; pero si no se reconocían en estado de sostener la guerra, acogían al ídolo y lo colocaban entre los dioses provinciales, respondiendo a la embajada con un buen regalo de oro y piedras, o de hermosas plumas, y repitiendo las seguridades de su sumisión al soberano.

En caso de decidirse a emprender la guerra, antes de todo se daba aviso a los enemigos, para que se apercibiesen a la defensa, creyendo que era bajeza indigna de hombres de valor atacar a los desprevenidos. También se les enviaban algunos escudos, en señal de desconfianza, y vestidos de algodón. Si un rey desafiaba a otro, se añadía la ceremonia de ungirlo y pegarle plumas a la cabeza, por medio del embajador, como sucedió en el reto de Itzcoatl al tirano Maxtlaton. Después enviaban espías, a quienes se daba el nombre de **quimichtin**, o ratones, para que fuesen disfrazados al país enemigo y observasen los movimientos de los contrarios, el número y la calidad de las tropas que alistaban. Si los espías desempeñaban bien su comisión, tenían una buena recompensa.

Finalmente, después de haber hecho algunos sacrificios al dios de la guerra y a los númenes protectores del estado o de

la ciudad contra la cual se iba a combatir, para merecer su protección, marchaba el ejército, no formado en alas ni en filas, sino dividido en compañías, cada una con su jefe y estandarte. Cuando el ejército era numeroso se dividía en **xiquipillis**, y cada xiquipilli constaba de ocho mil hombres. Es verosímil que cada uno de estos cuerpos fuese mandado por un tlacatecatl, u otro general. El lugar en que se daba comunmente la primera batalla era un campo destinado a aquel objeto en cada provincia, y llamado **xaotlalli**, esto es, tierra o campo de batalla. Dábase principio a la acción con un rumor espantoso (como se hacía antiguamente en Europa, y como hacían los Romanos), y para ello se valían de instrumentos militares, de clamores, y de silbidos tan fuertes, que causaban terror a quien no estaba acostumbrado a oírlos, como refiere por experiencia el Conquistador Anónimo. En el ejército tezcocano, y quizás en el de alguna otra nación, el rey o el general daba la señal del ataque con un tamborcillo que llevaba a la espalda. El primer ímpetu era furioso; pero no se empeñaban todos desde luego en la acción, como dicen algunos autores, pues de su historia consta que tenían cuerpos de reserva para los lances apurados. A veces empezaban la batalla con flechas, o con dardos, o con piedras y cuando se habían agotado las armas arrojadizas, echaban mano de las picas, de las mazas y de las espadas. Procuraban con particular esmero conservar la unión de sus huestes, defender el estandarte, retirar los heridos y los muertos de la vista de sus enemigos. Había en el ejército cierto número de hombres que se empleaba en apartar estos objetos, a fin de evitar que el contrario los echase de ver y cobrase nuevos bríos. Usaban de cuando en cuando de emboscadas, ocultándose entre las malezas, o en zanjas hechas a propósito, como lo experimentaron más de una vez los españoles; y frecuentemente fingían una retirada, para atraer al enemigo que se empeñaba en seguirlos, a un sitio peligroso, donde les era fácil atacarlo con nuevas tropas por retaguardia. Su mayor empeño en la guerra no era tanto matar, cuanto hacer prisioneros para los sacrificios; ni el valor del soldado se calculaba por el número de muertos que dejaba en el campo de batalla, sino por el de prisioneros que presentaba al general después de la acción. Esta fue una de las principales causas de la conservación de los españoles en medio de tantos peligros, y especialmente en la horrible noche en que salieron vencidos de la Capital. Cuando al-

gún enemigo vencido procuraba escapar, lo desjarretaban a fin de que no pudiera correr. Cuando perdían el general o el estandarte, echaban a huír y entonces no había fuerza humana que bastase a detenerlos.

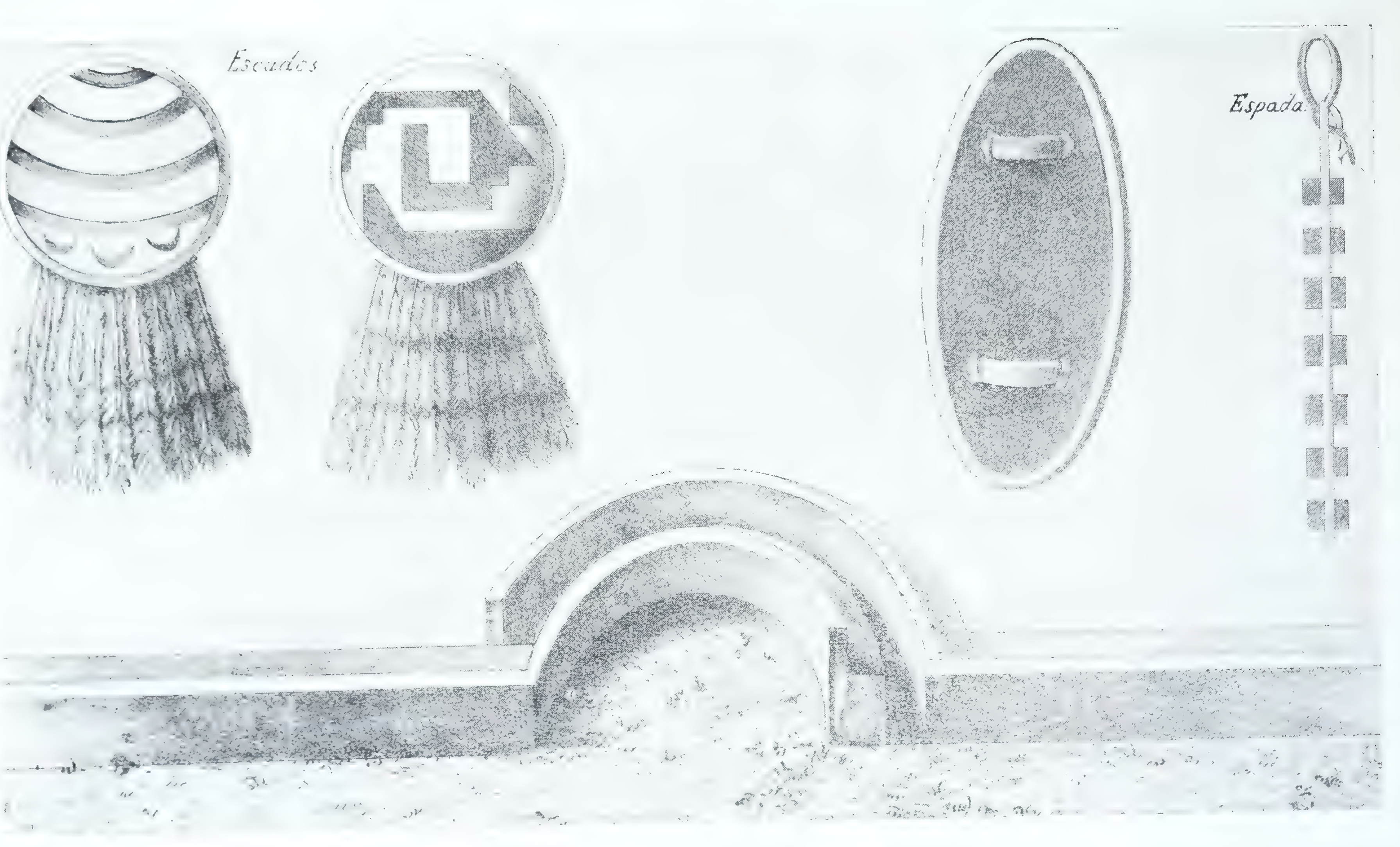
Terminada la batalla, los vencedores celebraban con gran júbilo su triunfo, y el general premiaba a los oficiales y soldados que habían hecho algunos prisioneros. Cuando el rey de México hacía algún prisionero, le enviaban embajadas y regalos todas las provincias del reino para darle la enhorabuena. Vestían a aquel malaventurado con las mejores ropas, lo cubrían de preciosos adornos y lo llevaban en una litera a la Capital, de donde salían a recibirlo los habitantes con música y grandes aclamaciones. Llegado el día de su sacrificio, después de haber ayunado el rey el día anterior, como hacían los dueños de las víctimas, llevaban al real prisionero, con las insignias del sol, al altar común de los sacrificios, y moría a manos del gran sacerdote. Este hacía con la sangre de la víctima una aspersión a los cuatro puntos cardinales, y mandaba un vaso de ella al rey, para rociar todos los ídolos que estaban en el recinto del templo, en acción de gracias por la victoria conseguida contra los enemigos del estado. Enfilaban la cabeza en un palo altísimo, y cuando se había secado el pellejo, lo llenaban de algodón y lo colgaban en algún sitio del palacio, para recuerdo de un hecho tan glorioso, en lo que no tenía poca parte la adulación.

En los asedios de las ciudades, la primera precaución de los sitiados era poner en seguro sus hijos, sus mujeres y los enfermos, enviándolos en tiempo oportuno a otra ciudad, o a los montes. Así los salvaban del furor de los enemigos y evitaban el consumo inútil de los víveres de la guarnición.

FORTIFICACIONES

Para la defensa de los pueblos usaban diferentes clases de fortificaciones, como muros y baluartes, con sus parapetos, estacadas, fosos y trincheras. De la ciudad de Quauhquechollan sabemos que estaba fortificada con una buena muralla de piedra y cal de veinte pies de alto y doce de grueso.

Los conquistadores que describen las fortificaciones de aquella ciudad, hacen mención de otras muchas, entre las cuales es muy notable la que construyeron los tlaxcaltecas en los confi-



Salida de los muros de la ciudad



nes orientales de su República, para defenderse de las invasiones de las tropas mexicanas, que estaban de guarnición en Iztacmaxtitlan, Xocotlan y otros puntos. Esta muralla, que se extendía de una montaña a otra, tenía seis millas de largo, ocho pies de alto, sin el parapeto, y diez y ocho de grueso. Era de piedra y de una mezcla tenaz y fuerte. (1) No tenía más que una salida estrecha, de ocho pies de ancho y de cuarenta pasos de largo, que era el espacio que mediaba entre las extremidades del muro, encorvada una en torno de otra, y formando, como la de Quauhquechollan, dos semicírculos concéntricos. Esto se entenderá mejor por medio de la estampa. Aun se ven en el día algunos restos de esta construcción.

Subsiste también una fortaleza antigua, fabricada sobre la cima de un monte, a poca distancia del pueblo de Molcaxac. Está circundada de cuatro muros, separados unos de otros, desde el pie del monte hasta la cima. En las inmediaciones se ven muchos baluartes pequeños de piedra y cal, y sobre una colina, a dos millas de aquel monte, los restos de una antigua y populosa ciudad de que no han dejado memoria los historiadores. A veinticinco millas de distancia de Córdoba, existe aún la antigua fortaleza de Cuauhtochco, o Huatusco, rodeada de altos muros de piedra durísima, y en la cual no se puede entrar sino es por unas escaleras altas y estrechas. Así era la entrada común de las fortalezas de aquellas naciones. De este antiguo edificio, cubierto hoy de maleza, por el descuido de los habitantes de las cercanías, sacó hace pocos años un caballero cordobés algunas estátuas bien labradas, con que adornó su residencia. Cerca de la antigua corte de Tezcoco se conserva una parte de la alta muralla que circundaba la ciudad de Coatlichan. Quisiera que mis compatriotas preservasen aquellos pocos restos de la arquitectura militar de los mexicanos, ya que han dejado perecer tantos vestigios preciosos de su antigüedad. (2)

(1) Bernal Díaz dice que la muralla de Tlaxcala era de piedra y cal y de un betún tan fuerte, que era necesario usar de picas de hierro para deshacerlo. Cortés afirma que era de piedra seca; pero debe darse más crédito al primero que observó por sí mismo aquella obra.

(2) Estas escasas noticias de aquellos restos de la antigüedad mexicana, recogidas de testigos oculares y dignos de toda fe, me hacen creer que hay otros muchos, de los cuales no se tiene noticia por la negligencia de mis compatriotas. Véase lo que digo acerca de este punto en mis Disertaciones, combatiendo la opinión del Dr. Robertson.

La corte de México, fuerte ya en aquellos tiempos por su posición, se hizo inexpugnable a sus enemigos, por la industria de sus habitantes. No se podía entrar en la ciudad, sino por los caminos construídos sobre el lago; y para que fuera más difícil en tiempo de guerra, habían construído muchos baluartes en el mismo camino y abierto muchos fosos profundos, con puentes levadizos y trincheras, para su defensa. Estos fueron los sepulcros de tantos españoles y tlaxcaltecas en la terrible noche del primero de julio, de que después hablaremos, y los que tanto retardaron la reducción de aquella gran ciudad a un ejército tan numeroso y tan bien armado como el que Cortés empleó en su asedio. Mayor hubiera sido la tardanza y más caro le hubiera costado el triunfo, si los bergantines no hubieran favorecido tan eficazmente sus operaciones. Para defender por agua la ciudad necesitaban de millares de barcas, y muchas veces se ejercitaban en aquel género de combates.

Pero las fortificaciones más extraordinarias de México eran los templos de sus dioses, y particularmente el mayor, que parecía una ciudadela. La muralla que circundaba todo el recinto, las cinco armerías, provistas siempre de toda clase de armas ofensivas y defensivas, y la misma arquitectura del templo que hacía tan difícil la subida, dan claramente a entender que en aquella fábrica no tenía menos interés la política, que la religión; y que al construírla, no se pensaba tanto en el culto de los dioses, como en la defensa de los hogares. Nos consta por la historia que se fortificaban en los templos, cuando no podían impedir a los enemigos la entrada en las ciudades, y desde allí los molestaban con flechas, con dardos y con piedras. En el libro último de esta Historia veremos cuánto costó a los españoles la toma del templo mayor, donde se habían fortificado quinientos nobles mexicanos.

CAMPOS Y HUERTOS FLOTANTES EN EL LAGO DE MEXICO

El alto aprecio en que aquellos pueblos tenían la profesión de las armas, no los distraía del ejercicio de las artes útiles. La agricultura, que es una de las principales ocupaciones de la vida civil, fue practicada de tiempo inmemorial por los mexicanos y por casi todas las naciones de Anáhuac. Los toltecas se aplicaron a ella con el mayor esmero, y la enseñaron a los chichimecas, que

eran cazadores. En cuanto a los mexicanos, sabemos que en toda la larga romería que hicieron desde su patria Aztlan hasta el lago donde fundaron a México, labraron la tierra en todos los puntos donde se detenían, y vivían de sus cosechas. Vencidos después por los colhuas y por los tepanecas y reducidos a las miserables islillas del lago, cesaron por algunos años de cultivar la tierra, porque no la tenían, hasta que doctrinados por la necesidad e impulsados por la industria, formaron campos y huertos flotantes sobre las mismas aguas del lago. El modo que tuvieron entonces de hacerlo, y que aun en el día conservan, es bastante sencillo. Hacen un tejido de varas y raíces de algunas plantas acuáticas y de otras materias leves, pero capaces de sostener unida la tierra del huerto. Sobre este fundamento colocan ramas ligeras de aquellas mismas plantas y encima el fango que sacan del fondo del lago. La figura ordinaria es cuadrilonga: las dimensiones varían; pero por lo común son, si no me engaño, ocho toesas, poco más o menos, de largo; tres de ancho, y menos de un pie de elevación sobre la superficie del agua. Estos fueron los primeros campos que tuvieron los mexicanos después de la fundación de su ciudad, y en ellos cultivaban el maíz, el chile y todas las otras plantas necesarias a su sustento. Habiéndose después multiplicado excesivamente aquellos campos movibles, los hubo también para jardines de flores y de hierbas aromáticas, que se empleaban en el culto de los dioses y en el recreo de los magnates. Ahora sólo se cultivan en ellos flores y toda clase de hortalizas. Todos los días del año, al salir el sol, se ven llegar por el canal a la gran plaza de aquella capital, innumerables barcos cargados de muchas especies de flores y otros vegetales, criados en aquellos huertos. En ellos prosperan todas las plantas maravillosamente, porque el fango del lago es fertilísimo y no necesita del agua del cielo. En los huertos mayores suele haber arbustos, y aun una cabaña para preservarse el dueño, del sol y de la lluvia. Cuando el amo de un huerto, o como ellos dicen, de una **chinampa,** quiere pasar a otro sitio, o por alejarse de un vecino perjudicial, o para aproximarse a su familia, se pone en su barca, y con ella sola, si el huerto es pequeño, o con el auxilio de otras si es grande, lo tira a remolque y lo conduce a donde quiere. La parte del lago donde están estos jardines, es un sitio de recreo, donde los sentidos gozan del más suave de los placeres.

MODO DE CULTIVAR LA TIERRA

Después que los mexicanos sacudieron el yugo de los tepanecas, empezaron con sus conquistas a adquirir tierras de labor y se aplicaron con extraordinaria diligencia a la agricultura. No teniendo ni arados, ni bueyes, ni otros animales que emplear en el cultivo de la tierra, suplían su falta con la fatiga y con algunos sencillos instrumentos. Para cavar o menear la tierra, se servían del **coatl,** o **coa,** instrumento de cobre con el mango de madera; pero muy diferente de la azada y del azadón. Para cortar los árboles empleaban una hoz o segur, también de cobre, de la misma forma que la nuestra, con un ojo o anillo del mismo metal en que se encajaba el mango de madera. Tenían sin duda otros instrumentos rurales; pero el descuido de los escritores antiguos nos ha privado de los datos necesarios para describirlos.

Para regar los campos se servían de las aguas de los ríos y de acequias que bajaban de los montes, con diques para detener el agua, y conductos para dirigirla. En los sitios altos y en las pendientes de los montes no sembraban todos los años, sino que dejaban reposar la tierra, hasta que se cubriese de hierbas para quemarlas y reemplazar con sus cenizas las sales arrebatadas por las lluvias. Cercaban los campos con tapias de piedra, o con vallados de maguey, que son excelentes para aquel objeto, y en el mes de **Panquetzaliztli,** que empezaba, como hemos dicho, en 3 de diciembre, los reparaban, si era necesario.

El modo que entonces tenían, y aun conservan ahora en algunas partes, de sembrar el maíz, era como sigue: hace el sembrador un pequeño agujero en la tierra con la punta de un bastón endurecida al fuego, y echa en él uno o dos granos de maíz, de una espuerta que le cuelga al hombro y lo cubre con un poco de tierra, sirviéndose de sus pies para esta operación. Pasa adelante, y a cierta distancia, que varía según el terreno, abre otro agujero, y así continúa en línea recta hasta el término del campo, y de allí vuelve formando otra línea paralela a la primera. Estas líneas son tan derechas como si se hubieran hecho a cuerda, y la distancia de una a otra planta tan igual, como si se hubiera empleado un compás o medida. Este modo de sembrar, apenas usado en el día por algunos indios, aunque lento, es muy ventajo-

so, (1) porque proporciona con exactitud la cantidad de grano a las fuerzas del terreno, y no ocasiona además el menor desperdicio de semilla. En efecto, los campos cultivados de aquel modo, dan cosechas abundantes. Cuando la planta llega a cierta elevación, le cubren el pie con un montón de tierra, para que tenga más jugos y pueda resistir al viento.

Las mujeres ayudaban a los hombres en las fatigas del campo. A los hombres tocaba cavar y preparar la tierra, sembrar y cubrir las plantas y segar; a las mujeres deshojar las mazorcas y limpiar el grano. Aquéllos y éstas se empleaban igualmente en escardar y desgranar.

ERAS Y CRANEROS

Tenían eras para dehojar y desgranar las mazorcas y graneros para guardar el grano. Estos eran cuadrados, y por lo común de madera. Servíanse para esto del **oyametl,** árbol altísimo de pocas ramas y éstas muy delgadas, de corteza tenue y lisa y de contextura flexible, pero difícil de romperse y rajarse. Formaban el granero disponiendo en cuadro, unos sobre otros, los troncos redondos e iguales del oyametl, sin otra trabazón que una especie de horquilla en su extremidad, para ajustarlos y unirlos tan perfectamente, que no dejasen paso a la luz. Cuando llegaban a cierta altura, los cubrían con otra trabazón de pinos, y sobre ella construían el techo, para defender el grano de la lluvia. Estos graneros no tenían otra salida que dos solas ventanas: una pequeña en la parte inferior y otra grande, en la superior. Los había tan espaciosos, que podían contener cinco o seis mil, y aun más fanegas de maíz. Hay todavía de estos graneros en algunos puntos distantes de la Capital, y entre ellos algunos tan antiguos, que parecen contruídos antes de la conquista, y según me ha dicho un agricultor inteligente, en ellos se conserva mucho mejor el grano, que en los que se acostumbra hacer al uso de Europa.

Cerca de los sembrados solían hacer unas torrecillas de madera, ramas y esteras, en las que un hombre, al abrigo del sol y de la lluvia, estaba de guardia, y echaba con la honda a los

---

(1) La lentitud no es tanta como parece, pues los labradores acostumbrados a aquel ejericio lo hacen con admirable velocidad.

pájaros que acudían a comer el grano. Aun se usan estos sombrajos en los campos de los españoles, por causa de la abundancia de pájaros que hay en aquellos países.

HUERTOS, JARDINES Y BOSQUES

Los mexicanos eran muy dados a la cultura de los huertos y jardines, en los que plantaban con buen orden árboles frutales, plantas medicinales y flores, de que hacían gran uso, no sólo por la gran afición que les tenían, sino por la costumbre nacional de presentar ramilletes a los reyes, señores y embajadores, además de la excesiva cantidad de ellas que se consumía, tanto en los templos, como en los oratorios privados. Entre los huertos y jardines antiguos, de que se conserva memoria, eran muy célebres los jardines reales de México y Tezcoco, de que ya hemos hecho mención, y los de los señores de Itztapalapan y Huaxtepec. Uno de los pertenecientes al señor de Itztapalapan llenó de admiración a los conquistadores españoles, por su grandeza, su disposición y su hermosura. Estos jardines estaban divididos en cuadros, y en ellos se sembraban diferentes especies de plantas, dando no menos placer al olfato que a la vista. Entre los cuadros había calles formadas las unas de árboles frutales, las otras de espaleras de flores y plantas aromáticas. El terreno estaba cortado de canales, cuya agua venía del lago, y en uno de los cuales podían navegar canoas. En el centro del jardín había un estanque cuadrado, tan grande, que tenía mil y seiscientos pies de circuito, o sea cuatrocientos de cada lado, donde vivían innumerables pájaros acuáticos, y en los lados había escalones para bajar al fondo. Este jardín, de que hacen mención como testigos oculares, Cortés y Díaz, fue plantado, o mejorado a lo menos, por Cuitlahuatzin, hermano y sucesor de Moteuczoma II. En él hizo plantar muchos árboles exóticos, como lo testifica el Dr. Hernández que lo vió.

Mayor y más célebre que el de Itztapalapan fue el jardín de Huaxtepec. Tenía seis millas de circuito, y por en medio de él pasaba un río que lo regaba. Había plantadas con buen orden y simetría innumerables especies de árboles y plantas deliciosas y de trecho en trecho muchas casas llenas de primores y preciosidades. Entre las plantas se veían muchas que se habían traído de países remotísimos. Conservaron por muchos años los españo-

les esta bella hacienda, y en ella cultivaron toda especie de hierbas medicinales convenientes al clima, para el uso del hospital que en ella habían fundado, y en que sirvió muchos años el admirable anacoreta Gregorio López. (1)

Ni cuidaban con menor celo de la conservación de los bosques, que suministraban leña para quemar, madera de construcción y caza para el recreo del monarca. Ya he hablado de los bosques de Moteuczoma y de las ordenanzas de montes de Nezahualcoyotl. ¡Ojalá subsistiesen aquellas leyes, o a lo menos, ojalá no hubiera tanta libertad de cortar árboles, sin necesidad de reponerlos! porque muchos, prefiriendo su utilidad privada al bien público, destruyen sin necesidad el arbolado, para ensanchar sus tierras de labor. (2)

PLANTAS CULTIVADAS POR LOS MEXICANOS

Las plantas que más comunmente cultivaban los mexicanos, además del maíz, eran el algodón, el cacao, el **metl** o maguey, la chía y el pimiento, todas las cuales les daban grandes utilidades. El maguey suministraba por sí solo casi todo lo necesario para la vida de los pobres. Además de servir de excelente cercado para las sementeras, su tronco se empleaba en los techos de las chozas, como vigas y sus hojas como tejas. De estas hojas sacaban papel, hilo, agujas, vestido, calzado y cuerdas; y de su abundantísimo jugo hacían vino, miel, azúcar y vinagre. Del tronco y de la parte más gruesa de las hojas, cocidos debajo de tierra,

---

(1) Cortés en su carta a Carlos V, del 15 de mayo de 1522, le dice que el jardín de Huaxtepec era el mayor, el más bello y el más delicioso que había visto en su vida. Bernal Díaz asegura que era maravilloso y digno de un príncipe. Hernández lo menciona muchas veces en su Historia Natural y nombra algunas plantas que en él se criaban, especialmente el árbol del bálsamo. El mismo Cortés, en otra carta, refiere que habiendo rogado a Moteuczoma mandase hacer en Malinaltepec una casa de campo para Carlos V, apenas pasaron dos meses, cuando ya se habían construído en aquel punto cuatro buenas casas, sembrado sesenta fanegas de maíz y diez de judías; plantado dos mil pies de cacao y abierto un gran estanque, donde se criaban quinientos patos, así como en las casas mil y quinientos pavos.

(2) En muchos pueblos se deploran ya los perniciosos efectos de la libertad de cortar árboles. La ciudad de Querétaro se proveía antes de la madera necesaria en el bosque inmediato al monte Cimatario: hoy es menester ir mucho más lejos, por estar aquel monte enteramente desnudo.

sacaban un manjar agradable. En aquella planta tenían, finalmente, un eficaz remedio para muchos males y especialmente para los de la orina. Aun en el día es uno de los productos más apreciados y más ventajosos a los españoles, como después veremos.

CRIA DE ANIMALES

Aunque los mexicanos no conocían el ramo del pastoreo, accesorio de la agricultura, por carecer enteramente de rebaños, criaban en sus casas innumerables especies de animales desconocidos en Europa. Los sujetos particulares tenían **techichis**, cuadrúpedos semejantes, como ya hemos dicho, a los perros de Europa; pavos, codornices, ánades, patos y otras especies de pájaros; los ricos y señores, además de las aves, peces, ciervos y conejos y en las casas reales se veían casi todos los cuadrúpedos y animales volátiles de aquellos países, y muchos de los acuáticos y reptiles. Puede decirse que Moteuczoma II sobrepujó en esta clase de magnificencia a todos los reyes del mundo, y que no ha habido nación comparable a la mexicana en la destreza con que sus individuos sabían cuidar tantos animales diferentes, y en el conocimiento de sus inclinaciones, del alimento que a cada uno convenía y de los medios más oportunos de mantenerlos y propagarlos.

Entre los animales que los mexicanos criaban, ninguno es más digno de atención que el **nochiztli**, o cochinilla mexicana, descrita en el primer libro de esta obra. Este insecto, tan apreciado en Europa por su uso en los tintes, siendo por una parte tan delicado, y por otra tan expuesto a los ataques de muchas clases de enemigos, requiere en su crianza mucho mayor cuidado que la de los gusanos de seda. Hácenle igualmente daño la lluvia, el frío y el viento. Los pájaros, los ratones, los gusanos y otros animales lo persiguen con furia y lo devoran: de modo que es necesario tener siempre limpias las plantas de opuncia o nopal en que los insectos se crían, alejar continuamente a los pájaros dañinos, hacer nido de heno en las hojas de la planta, de cuyo jugo se nutre la cohinilla, y quitarla de ella, juntamente con las hojas, cuando viene la estación de las lluvias, para custodiarla en las habitaciones. Las hembras antes de parir, mudan de piel, y para quitarles este despojo es preciso valerse de la cola del conejo, manejándola con mucha delicadeza, a fin de no

quitar al insecto de la hoja, ni hacerle daño. En cada hoja hacen tres nidos, y en cada uno ponen quince cochinillas. Cada año hacen tres cosechas, reservando en cada una cierto número de insectos para la generación futura. La última cosecha es la menos estimada, porque la cochinilla es más pequeña y va mezclada con raspaduras de nopal. Matan comunmente al insecto en agua caliente, pero la calidad del color depende del modo de secarlo. La mejor es la que se seca al sol. Algunos la secan en el **comalli**, o tortera en que cuecen el pan de maíz, y otros en el **temazcalli**, o hipocausto, de que después hablaremos.

CAZA DE LOS MEXICANOS

No hubieran podido los mexicanos reunir tantas especies de animales, a no haber sido destrísimos en el ejercicio de la caza. Servíanse del arco y flechas, de dardos, de redes, de lazos y de cerbatanas. Las cerbatanas que usaban los reyes y los magnates, estaban curiosamente labradas y pintadas, y aun guarnecidas de oro y plata. Además de la caza que hacían los particulares, para proveerse de víveres, o para su diversión, hacían otras generales y extraordinarias, o prescritas por los reyes, o establecidas por costumbre, para proporcionarse las víctimas que habían de sacrificarse. Para ésta se escogía un gran bosque, y por lo común era el de Zacatepec, que estaba poco distante de la Capital, y en él se señalaba el sitio más oportuno para tender los lazos y las redes. Hacían entre muchos millares de cazadores un gran cerco al bosque, a lo menos de seis u ocho millas de circunferencia, según el número de animales que deseaban coger; pegaban fuego por diferentes puntos al bosque, y hacían al mismo tiempo un rumor espantoso de tamboriles, cornetas, gritos y silbidos. Los animales espantados del fuego y del ruido, huían hacia el centro del bosque, donde estaban preparados los lazos. Los cazadores se encaminaban al mismo sitio, y continuando siempre el rumor, estrechaban el círculo, hasta dejar un pequeñísimo espacio a los animales. Entonces los atacaban todos con las armas que llevaban apercibidas. De los animales unos morían y otros caían vivos en las redes y lazos, o en las manos de los cazadores. Tan grande era la muchedumbre y variedad de animales que se cazaban, que habiéndolo oído decir el primer virrey de México, y no pareciéndole creíble, quiso hacer

por sí mismo la experiencia. Señalóse para la caza la llanura que está en el país de los otomíes, entre los pueblos de Xilotepec y San Juan del Río, y se dispuso que los indios la hiciesen del mismo modo que en el tiempo de su gentilismo. El mismo virrey pasó a la llanura con gran séquito de españoles, para cuyo alojamiento se habían dispuesto algunas casas de madera. Once mil otomíes formaron un cerco de más de quince millas de circunferencia; y hechas todas las operaciones que hemos descrito, resultó tanta caza en la llanura, que maravillado el virrey mandó dar libertad a una gran parte de los animales que se habían cogido, y sin embargo, fueron tantos los que quedaron, que parecería inverosímil su número, si no hubiera sido un hecho público y probado por el dicho de muchos testigos y entre ellos, uno digno de todo crédito. (1) Se mataron más de seiscientas piezas entre ciervos y cabras monteses, más de cien coyotes y un número extraordinario de liebres, conejos y otros cuadrúpedos. Hasta ahora conserva aquel sitio el nombre español del **Cazadero** que entonces se le dió.

Además del modo ordinario de cazar, tenían otros particulares y proporcionados a la naturaleza de los animales. Para cazar monos, hacían fuego en el bosque y ponían entre las brasas una piedra llamada por ellos **cacalotetl** (piedra negra, o del cuervo), la cual tiene la propiedad de estallar con gran estrépito, cuando está bien inflamada. Cubrían el fuego con tierra y esparcían en torno un poco de maíz. Acudían atraídas por el grano las monas, con sus hijos en brazos, y mientras estaban tranquilamente comiendo, estallaba la piedra. Entonces echaban a correr despavoridas, dejando a sus hijos en el peligro, y los cazadores que estaban en acecho, los tomaban antes que volviesen por ellos las madres.

También es curioso el modo que tenían, y aún tienen de cazar patos. Hay en los lagos del valle y en otros del reino, una multitud prodigiosa de patos, ánades y otros pájaros acuáticos. Dejaban los mexicanos nadar en las aguas, a que ellos acudían, algunas calabazas vacías, para que acostumbrándose a su vista, se acercasen a ellas sin temor. Entraba el cazador en el agua, ocultando todo el cuerpo debajo de ella y cubierta la cabeza con otra calabaza vacía; el pato se acercaba para picarla, y él

---

(1) El P. Toribio de Benavente, o sea Motolinia.

lo cogía por lós pies y lo ahogaba. De este modo cazaba cuantos podía llevar.

Cogían vivas a las culebras, o atrayéndolas con gran destreza, o atacándolas intrépidamente, cogiéndolas por el cuello con una mano, y cosiéndoles la boca con otra. Todavía se sirven de este género de caza, y continuamente se ven en las boticas de las ciudades muchas culebras vivas, cogidas de aquel modo.

Mas nada es tan maravilloso como su tino en seguir las fieras por la huella. Aunque no dejen traza ninguna en la tierra por estar ésta cubierta de hierba, o de las hojas secas que caen de los árboles, pueden sin embargo seguirlas, especialmente si están heridas, observando atentísimamente o las gotas de sangre que dejan en las hojas, o la hierba que han pisado y abatido. (1)

PESCA

Más que a la caza eran aficionados los mexicanos a la pesca, de resultas de la situación de su capital y de la proximidad del lago de Chalco, tan abundante en peces. En este ejercicio se emplearon desde su llegada al país, y con la pesca se proveían de todo cuanto necesitaban. Los instrumentos de que más frecuentemente se servían, eran la red, el anzuelo, la nasa y otros.

Cogían los cocodrilos de dos diferentes modos. El uno era enlazándolos por el cuello; y éste era el más común, según dice el Dr. Hernández, aunque no explica la manera de ejecutar una acción tan arrojada contra tan terrible animal. El otro modo, que aún está en práctica, es el mismo de que se servían los egipcios contra los célebres cocodrilos del Nilo. Presentábase el pescador, llevando en la mano un bastón fuerte, cuyas dos puntas eran agudísimas. Cuando la bestia abría la boca para devorarlo, le metía el bastón en la boca, y yendo a cerrarla el cocodrilo, quedaba clavado por las dos puntas. El pescador aguardaba que se debilitase con la pérdida de sangre y le daba muerte.

(1) Aun es más maravilloso lo que se ve en los tarahumaras, en los opatas y en otros pueblos de más allá del trópico, pues por la observación de las pisadas de sus enemigos los apaches, conocen el tiempo de su tránsito. Lo mismo se refiere de los yucatecos.

COMERCIO

La pesca, la caza, la agricultura y las artes, suministraban a los mexicanos otros tantos ramos de comercio. Empezaron a practicarlo en el país de Anáhuac, desde su establecimiento en las islas del lago de Tezcoco. Con el pescado y con las esteras que hacían de los juncos del lago, compraban el maíz, el algodón, la piedra, la cal y la madera de que necesitaban para su subsistencia, ropa y habitaciones. A medida que se engrandecían con las armas, aumentaban y ampliaban el comercio: así que, limitado éste al principio a los alrededores de la ciudad, se extendió después a las provincias más remotas. Había infinitos traficantes mexicanos que iban continuamente de ciudad en ciudad, comprando géneros en una y vendiéndolos en otra.

En todos los pueblos del Imperio mexicano, y del vasto país de Anáhuac, había mercado diario; pero de cinco en cinco días tenían uno general. Los pueblos poco distantes entre sí, celebraban este gran mercado en diferentes días, para no perjudicarse unos a otros; pero en la Capital se tenía en los días de la casa, del conejo, de la caña y del pedernal, que en el primer año del siglo, eran el tercero, el octavo, el décimotercio y el décimoctavo de cada mes.

Para dar una idea de estos mercados, o ferias tan célebres en los escritos de los historiadores mexicanos, bastará decir algo del de la Capital. Este, hasta los tiempos de Axayacatl, se había hecho en la plaza que estaba delante del palacio del rey; pero después de la conquista de Tlatelolco, se transportó a este barrio. La plaza de Tlatelolco, era, según dice Cortés, dos veces mayor que la de Salamanca, una de las más hermosas de España, (1) cuadrada y rodeada de pórticos, para comodidad de los traficantes. Cada especie de mercancía se vendía en un sitio señalado por los jueces del comercio. En uno estaban las pedrerías y las alhajas de oro y plata; en otro, los tejidos de algodón; en otro, las labores de plumas y así los demás; no siendo lícito vender

---

(1) En tres ediciones de las **Cartas de Cortés** que he visto, se lee que la plaza de Tlatelolco era dos veces mayor que la ciudad de Salamanca, debiendo decir **que la de la ciudad de Salamanca.**

unos géneros en los puestos destinados a otros. Como en la plaza, aunque grande, no podían colocarse todas las mercancías, sin estorbar el paso y la circulación, se dejaban en el canal o en las calles inmediatas las más voluminosas, como las piedras, las vigas y otras semejantes. El número de mercaderes que concurría diariamente al mercado, pasaba, según Cortés, de cincuenta mil. (1) Los renglones que allí se vendían y permutaban, eran tantos y tan varios, que los historiadores que los vieron, después de haber hecho de ellos una larga y prolija enumeración, concluyen diciendo que era imposible comprenderlos todos. Yo, sin apartarme de su relación, procuraré abrazarlos en pocas palabras, a fin de no causar molestia a los lectores. Iban a venderse, o cambiarse en aquella plaza, todas las producciones del Imperio mexicano y de los países vecinos que podían servir a las necesidades de la vida y a la comodidad, al deleite, a la curiosidad y a la vanidad del hombre; innumerables especies de animales muertos y vivos; todas las clases de comestibles de que usaban; todos los metales y piedras preciosas que conocían; todos los simples medicinales, hierbas, gomas, resinas y tierras minerales; todos los medicamentos que sabían preparar: como bebidas, confecciones, aceites, emplastos y ungüentos; todo género de manufactura y trabajo de hilo de maguey, de palma silvestre, de algodón, de plumas, de pelo de animales, de madera, de piedra, de oro, de plata y de cobre. Vendíanse también esclavos y barcas enteras de estiércol humano para preparar las pieles de los animales. En fin, al mercado se llevaba todo lo que se vendía en la ciudad, pues no había tiendas ni se compraba nada fuera de aquel sitio, si no es los comestibles. Allí concurrían los alfareros y los joyistas de Cholula, los plateros de Azcapozalco, los pintores de Tezcoco, los zapateros de Tenayucan, los cazadores de Xilotepec, los pescadores de Cuitlahuac, los fruteros de los países calientes, los fabricantes de esteras y bancos de Cuauhtitlan y los floristas de Xochimilco.

---

(1) Aunque Cortés afirma que concurrían diariamente a la plaza de Tlatelolco más de 50,000 personas, parece que debía entenderse del gran mercado de cada cinco días, pues el Conquistador Anónimo, que escribe con más individualidad, dice que la concurrencia diaria era de 20 a 25,000 y la del gran mercado de 40 a 50,000, como dice Cortés.

MONEDA

El comercio, no sólo se hacía por medio de cambios, como dicen algunos autores, sino también por compra y venta. Tenían cinco clases de moneda corriente, aunque ninguna acuñada, que les servían de precio para comprar lo que querían. La primera era una especie de cacao, diferente del que les servía para sus bebidas y que giraba sin cesar entre las manos de los traficantes, como la moneda de cobre o la plata menuda entre nosotros. Contaban el cacao por xichipilli, que, como ya he dicho, valía ocho mil; y para ahorrarse el trabajo de contar, cuando la mercancía era de gran valor, calculaban por sacos, estimado cada uno de ellos en valor de tres xichipillis, o veinticuatro mil almendras. La segunda especie de moneda consistía en unos pedacillos de tela de algodón, que llamaban **Patolcuachtli,** y que casi únicamente servían para comprar los renglones de primera necesidad. La tercera era el oro en grano, contenido en plumas de ánade, las cuales por su transparencia dejaban ver el precioso metal que contenían, y según su grueso, eran de mayor o menor precio. La cuarta, que más se aproximaba a la moneda acuñada, consistía en unos pedazos de cobre, cortados en figura de **T,** y sólo servían para los objetos de poco valor. La quinta, de que hace mención Cortés en sus **Cartas,** eran unos pedazos de estaño.

Vendíanse y permutábanse las mercancías por número y por medida; pero no sabemos que se sirviesen de peso, o porque lo creyesen expuesto a fraudes, como dicen algunos escritores, o porque no lo juzgasen necesario, como dicen otros, o porque si lo usaron en efecto, no llegó a noticia de los españoles. (1)

ORDEN EN LOS MERCADOS

Para impedir los fraudes en los contratos y el desorden en los negocios, había ciertos comisarios que giraban continuamente por el mercado, observando cuanto en él pasaba; y un tri-

---

(1) Gomara dice que los mexicanos no conocían la invención del peso; pero no es verosímil que una nación tan laboriosa y traficante ignorase la utilidad de pesar los géneros de comercio, cuando de otras mucho menos cultas del Continente Americano, consta, según el mismo autor, que se servían de balanzas para pesar el oro. ¡Cuántas cosas se ignoran de la antigüedad americana por falta de investigaciones diligentes y oportunas!

bunal de comercio, compuesto de doce jueces, que tenían sus sesiones en una casa de la plaza, y se encargaban de decidir las disputas entre los traficantes, y de entender en todos los delitos cometidos en el mercado. De todos los efectos que se introducían en él, se pagaban derechos al rey, el cual por su parte se obligaba a que los mercaderes tuvieran la imparcial administración de la justicia y la seguridad de sus bienes y personas. Raras veces se veía un robo en el mercado: tal era la vigilancia de los empleados, y tan pronto y rigoroso el castigo que se les imponía. Pero ¿qué extraño es que se castigase el hurto, cuando ni aun se toleraban desórdenes mucho menores? El laborioso y sincero Motolinia cuenta, como testigo ocular, que habiendo tenido dos mujeres una disputa en el mercado de Tezcoco y habiéndose atrevido una de ellas a poner las manos en la otra y hacerle sangre, con horror del pueblo que no estaba acostumbrado a semejantes excesos en aquel lugar, la culpable fue inmediatamente condenada a muerte. Todos los españoles que concurrieron a aquellos mercados, los celebran con singulares elogios, y no hallan palabras con que describir su bella disposición y el orden admirable que reinaba en tan gran muchedumbre de traficantes y mercancías.

Los mercados de Tezcoco, Tlaxcala, Cholula, Huexotzingo y otros pueblos, se celebraban del mismo modo que el de México. Del de Tlaxcala afirma Cortés que concurrían a él diariamente más de treinta mil vendedores, aunque quizás deberá entenderse esto del mercado grande. Del de Tepeyacac, que no era ciudad muy considerable, dice el mismo Motolinia, que veinticuatro años después de la conquista, cuando ya estaba muy decaído el comercio de aquellos pueblos, no se vendían en el mercado de cada cinco días, menos de ocho mil gallinas europeas y que otras tantas se vendían en Acapetlayocan.

USOS DE LOS TRAFICANTES EN SUS VIAJES

Cuando un traficante o mercader quería emprender un largo viaje, convidaba a comer a los principales de su profesión, que por su edad, no salían a las mismas expediciones; les declaraba su intento y los motivos que tenía para transladarse a otros países. Los convidados alababan su resolución, lo estimulaban a seguir las huellas de sus abuelos, especialmente si aquél era el

primer viaje y le daban consejos saludables para su manejo y conducta. Viajaban por lo común muchos juntos, para mayor seguridad. Cada uno llevaba en la mano un bastón negro y liso, que decían ser la imágen de su dios Tacateuctli, y con él se creían seguros de toda clase de peligros. Cuando llegaban a una posada, reunían y ataban todos los bastones, les tributaban culto y por la noche se sacaban sangre dos o tres veces, en honor de aquella divinidad. Durante el tiempo de la ausencia del mercader, su mujer y sus hijos no se lavaban la cabeza (aunque podían bañarse), sino de ochenta en ochenta días, tanto en señal de pesadumbre, como por atraerse con aquella penitencia la protección de los dioses. Si el mercader moría en la expedición, se enviaba la noticia a los mercaderes más ancianos de su país, y éstos la comunicaban a sus parientes, los cuales inmediatamente hacían una estatua de pino, que representaba al difunto, y celebraban con ella todas las ceremonias fúnebres como si fuera el cadáver verdadero.

CAMINOS, POSADAS, BARCAS, PUENTES, ETC.

Para comodidad de los traficantes y otros viajeros, había caminos públicos, que se componían todos los años pasada la estación de las lluvias. En los montes y en los sitios desiertos había casas labradas a propósito para albergar a los caminantes; y en los ríos, barcas, puentes y otras máquinas en que podían fácilmente pasarse. Las barcas eran cuadradas, chatas, sin quilla, ni palos, ni velas, ni otro artificio que los remos para manejarlas. Eran varias sus dimensiones. Las más pequeñas apenas llevaban dos o tres personas, pero las había para veinte o treinta. Algunas eran hechas de un tronco de árbol hueco. El número de las que navegaban continuamente en el lago mexicano, pasaba de cincuenta mil, según los antiguos historiadores. Además de las barcas, se servían para el paso de los ríos, de un amaño particular, llamado **balsa** por los españoles. Era un tablado cuadrado, y de cerca de cinco pies de largo, compuesto de otatli o cañas sólidas, atadas sobre algunas calabazas grandes, duras y vacías. Sentábanse en ella cuatro o cinco pasajeros a la vez, y eran conducidos de una orilla a otra, por uno, dos o cuatro nadadores, que tomaban un ángulo de la balsa con una mano, y nadaban con la otra. Todavía se usa de este artificio lejos de la Capital, y yo pasé así un río de la Mixteca el año de 1739. Es un modo seguro

de atravesar los ríos, cuando la corriente es igual o tranquila; pero arriesgado en las impetuosas y rápidas.

Sus puentes eran de piedra o de madera; pero los primeros no eran muy comunes. El puente más singular de los usados en aquellos países, era el que los españoles llamaron **hamaca.** Era un tejido de cuerdas naturales de cierto árbol, más flexible que el mimbre, pero más grueso y fuerte, llamado en América **bejuco,** cuyas extremidades colgaban de dos árboles de las orillas opuestas, quedando el tejido colgando en medio, a guisa de columpio. (1) Todavía se ven puentes de esta especie en algunos ríos. Los españoles no se atreven a pasarlos; pero los indios lo hacen con tanta intrepidez, como si pasasen el más sólido puente de piedra, sin curarse de las oscilaciones del tejido, ni de la profundidad de la corriente. En general puede decirse, que siendo todos los antiguos mexicanos buenos nadadores, no tenían necesidad de puente, sino cuando por la rapidez del agua, o por el peso que llevaban al hombro no podían pasar a nado.

Nada nos dicen los historiadores del comercio marítimo de los mexicanos. Probablemente no sería de mucha importancia; y sus barcas, que apenas se alejaban de la costa, en uno y otro mar, serían principalmente empleadas en la pesca. Donde se hacía mayor tráfico por agua era en el lago mexicano. Toda la piedra, la leña, la madera, el pescado, la mayor parte del maíz, de las legumbres, de las flores y de las frutas, se transportaban por agua; el comercio de la capital con Tezcoco, con Xochimilco, con Chalco, con Cuitlahuac y con las otras ciudades del lago, se hacía también por agua; por lo que no es extraño que hubiese el gran número de barcos de que ya se ha hecho mención.

HOMBRES DE CARGA

Lo que no se transportaba por agua, se llevaba al hombro; y para esto había una infinidad de hombres de carga, llamados **Tlamama,** o **Tlameme.** Acostumbrábanse desde niños a aquel ejercicio, en que habían de emplearse toda su vida. La carga regular era de cerca de sesenta libras, y el camino diario que hacían, quince millas; pero hacían viajes de doscientas y trescientas

(1) Algunos puentes tienen las cuerdas tan tirantes que no vacilan y todos están atados a los árboles con las mismas cuerdas de que se componen.

millas, atravesando a veces escabrosas malezas y montes empinados. A tan insoportables fatigas los condenaba la falta de bestias de carga, y aún hoy día, a pesar de abundar éstas en aquellos países, se ve frecuentemente a los mexicanos emprender grandes caminatas con una buena carga al hombro. Transportaban el algodón, el maíz y otros efectos, en los **petlacallis,** que eran unas cajas hechas de cierta especie de cañas y cubiertas de cuero, las cuales eran ligeras y preservaban al mismo tiempo las mercancías de las injurias del sol y del agua. Usanlas los españoles en sus viajes, y les dan el nombre de **petacas.**

LENGUA MEXICANA

No perjudicaban al comercio mexicano las muchas y diferentes lenguas que se hablaban en aquellos países; porque en todos se aprendía y hablaba la mexicana, que era la dominante. Esta era la lengua propia y natural de los acolhuas y de los aztecas, (1) y según he dicho en otra parte, la de los chichimecas y toltecas.

La lengua mexicana, de que voy a dar alguna idea a los lectores, carece enteramente de las consonantes **b, d, f, g, r** y **s.** Abundan en ella la **l,** la **x,** la **t,** la **z,** y los sonidos compuestos **tl** y **tz**; pero con hacer tanto uso de la **l,** no hay una sola palabra que empieze con aquella letra. Tampoco hay voces agudas, sino tal cual vocativo. Casi todas las palabras tienen la penúltima sílaba larga. Sus aspiraciones son suaves y ninguna de ellas es nasal.

A pesar de la falta de aquellas seis consonantes, es idioma rico, culto y sumamente expresivo: por lo que lo han elogiado extraordinariamente todos los europeos que lo han aprendido, y muchos lo han creído superior al griego y al latín; pero

---

(1) Boturini dice que la excelencia de la lengua mexicana fue causa de que la adoptasen los chichimecas, los mexicanos y los teochichimecas, dejando sus idiomas nativos; pero además de que esta opinión es opuesta a la de todos los historiadores y a la de los indios, no se halla en la historia la menor traza de semejante cambio. ¿Cuándo se ha visto una nación dejar su lengua por otra mejor y especialmente una nación como la mexicana y todas las otras de aquellos países, tan adictas a sus respectivos idiomas?

aunque yo conozco sus singulares ventajas, nunca osaré compararla a la primera de estas dos lenguas clásicas. (1)

De su abundancia tenemos una buena prueba en la **Historia Natural** del Dr. Hernández; pues describiendo en ella mil y doscientas plantas del país de Anáhuac, doscientas y más especies de pájaros y un gran número de cuadrúpedos, reptiles, insectos y metales, apenas hay un objeto de éstos al que no dé su nombre propio. Pero ¿qué extraño es que abunde en voces significativas de objetos materiales, cuando ninguna le falta de las que se necesitan para expresar las cosas espirituales? Los más altos misterios de nuestra religión se hallan bien explicados en lengua mexicana, sin necesidad de emplear voces extranjeras. El P. Acosta se maravilla de que teniendo idea los mexicanos de la existencia de un Ser Supremo, creador del cielo y de la tierra, carezcan de una voz correspondiente al **Dios** de los españoles, al **Deus** de los latinos, al **Theós** de los griegos, al **El** de los hebreos y al **Alah** de los árabes; por lo que los predicadores se han visto obligados a servirse del nombre español. Pero si este autor hubiese tenido alguna noticia de la lengua mexicana, hubiera sabido que lo mismo significa el **Teotl** de aquel idioma, que el **Theós** de los griegos; y que la razón que tuvieron los predicadores para servirse de la voz **Dios,** no fue otra que su excesivo escrúpulo, pues así como quemaron las pinturas históricas de los mexicanos, sospechando en ellas alguna superstición, de lo que se queja con razón el mismo Acosta, así también desecharon el nombre **Teotl,** porque había servido para significar los falsos númenes que aquellos pueblos adoraban. Pero ¿no hubiera sido mejor adoptar el ejemplo de San Pablo, el cual hallando en Grecia adoptado el nombre **Theós,** para expresar unos dioses mucho más abominables que los de los mexicanos, no sólo se abstuvo de obligar a los griegos a adorar el **El,** o el **Adonai** de los hebreos, sino que se sirvió de la voz nacional, haciendo que desde entonces en adelante se entendiese por ella un Ser infinitamente perfecto, supremo y eterno? En efecto, muchos hombres sabios que han escrito después en lengua mexicana, se han valido sin inconveniente del nombre de **Teotl,** así como se sirven de **Ipalnemoani, Tlóque Nahuáque** y otros que significan Ser Supremo,

---

(1) Entre los encomiadores de la lengua mexicana se hallan algunos franceses y flamencos y muchos alemanes, italianos y españoles.

y que los mexicanos aplicaban a su Dios invisible. En una de mis Disertaciones daré una lista de los autores que han escrito en mexicano sobre la religión y sobre la moral cristiana; otra de los nombres numerales de aquella lengua, y otra de las voces significativas de las cosas metafísicas y morales, para confundir la ignorancia y la insolencia de un autor francés, (1) que se atrevió a publicar que los mexicanos no podían contar más allá del número tres, ni expresar ideas morales y metafísicas, y que por la dureza de aquella lengua no ha habido español que haya podido pronunciarla. Daré sus voces numerales con que podían contar hasta cuarenta y ocho millones, a lo menos, y haré ver cuán común ha sido entre los españoles aquella lengua, y cuán bien la han sabido los que en ella han escrito.

Faltan a la lengua mexicana, como a la hebrea y a la francesa, los nombres superlativos y como a la hebrea y a la mayor parte de las vivas de Europa, los comparativos; pero los suplen con ciertas partículas equivalentes a las que en aquellas lenguas se adoptan con el mismo fin. Es más abundante que la italiana en diminutivos y aumentativos, y más que la inglesa y todas las conocidas, en nombres verbales y abstractos, pues apenas hay verbo de que no se formen verbales, y apenas hay substantivo y adjetivo, de que no se formen abstractos. Ni es menos fecunda en verbos que en nombres, pues de cada verbo salen otros muchos de diferente significación. **Chihua,** es hacer; **chichihua,** hacer aprisa; **chihuilia,** hacer a otro; **chihualtia,** mandar hacer; **chihuatiuh,** ir a hacer; **chihuaco,** venir a hacer; **chiuhtiuh,** ir haciendo, etc. Más pudiera decir sobre este asunto, si me fuera lícito traspasar los límites de la historia.

El modo de conversar en mexicano varía según la condición de la persona de quien se habla, o con quien se habla; para lo cual sirven ciertas partículas que denotan respeto y que se añaden a los nombres, a los verbos, a las preposiciones y a los adverbios. **Tatli** quiere decir padre; **amota,** vuestro padre; **amotatzin,** vuestro señor padre. **Tleco,** es subir; pero usado como mandato a una persona inferior, es **xitleco;** si como ruego a un superior o persona respetable, **ximotlecahui;** y si aun se quiere manifestar todavía más sumisión, **maximotlecahuitzino.**

---

(1) El autor de la obra intitulada **Recherches Philosophiques sur les Americains.**

Esta variedad, que tanta urbanidad y cultura da al idioma, no lo hace por eso más difícil, porque depende de reglas fijas y fáciles, en términos que no creo que exista uno que lo exceda en método y regularidad.

Los mexicanos tienen, como los griegos y otras naciones, la ventaja de componer una palabra de dos, tres y cuatro simples; pero lo hacen con más economía que los griegos, porque éstos adoptan las voces casi enteras en la composición, y los mexicanos las cortan, quitándoles sílabas, o a lo menos letras. **Tlazotli** quiere decir apreciado o amado; **mahuitztic**, honrado y reverenciado; **teopixqui**, sacerdote; voz compuesta también de **Teotl**, Dios, y del verbo **pia** que significa guardar; **tatli** es padre, como ya hemos dicho. Para formar de estas cinco palabras una sola, quitan ocho consonantes y cuatro vocales y dicen, por ejemplo, **notlazomahuizteopixcatatzin**, que quiere decir mi apreciable señor padre y reverenciado sacerdote, añadiendo el **no**, que corresponde al pronombre **mio**, e igualmente el **tzin**, que es partícula reverencial. Esta palabra es familiarísima a los indios cuando hablan con los sacerdotes, y especialmente cuando se confiesan; y aunque se compone de tantas letras, no es de las mayores que tienen, pues hay algunas que por causa de las muchas voces de que se componen, tienen hasta quince o diez y seis sílabas.

De estas composiciones se valen para dar en una sola voz la definición o la descripción de un objeto. Así se ve en los nombres de animales y plantas, que se hallan en la **Historia Natural** de Hernández, y en los de los pueblos, que tan frecuentemente ocurren en la historia. Casi todos los nombres que impusieron a las ciudades y villas del Imperio mexicano, son compuestos, y expresan la situación o localidad de aquel punto, o alguna acción memorable de que fue teatro. Hay muchas locuciones expresivas, que son otras tantas hipotiposis de los objetos, y particularmente en asunto de amor. En fin, todos los que aprenden aquella lengua, y ven su abundancia, su regularidad y sus hermosísimas expresiones, son de parecer que semejante idioma no puede haber sido el de un pueblo bárbaro.

ORATORIA Y POESIA

En una nación que poseía tan hermoso idioma no podían faltar oradores y poetas. Cultivaron en efecto los mexicanos

aquellas dos artes, aunque estuvieron muy lejos de conocer sus ventajas. Los que se destinaban a la oratoria, se acostumbraban desde niños a hablar con elegancia y aprendían de memoria las más famosas arengas de sus mayores, que la tradición conservaba, transmitiéndolas de padres a hijos. Su elocuencia lucía especialmente en las embajadas, en los consejos y en las arengas gratulatorias que se dirigían a los nuevos reyes. Aunque sus más célebres arengadores no pueden compararse con los oradores de las naciones cultas de Europa, es preciso confesar que sabían emplear graves raciocinios y argumentos sólidos y elegantes, como se echa de ver en los trozos que se conservan de su elocuencia. Aun hoy, reducidos a tanta humillación y privados de sus antiguas instituciones, hacen en sus juntas razonamientos tan justos y bien coordinados, que causan maravilla a quien los oye.

Los poetas eran aun más numerosos que los arengadores. Sus versos observaban el metro y la cadencia. En los fragmentos que aún existen, hay versos que en medio de las voces significativas, tienen ciertas interjecciones, o sílabas privadas de significación, que sólo sirven para ajustarse al metro; mas quizás este era un abuso de que sólo echaban mano los poetastros. Su lenguaje poético era puro, ameno, brillante, figurado y lleno de comparaciones con los objetos más agradables de la naturaleza, como las flores, los árboles, los arroyos, etc. En la poesía era donde con más frecuencia se servían de las voces compuestas, y solían ser tan largas que con una sola se formaba un verso de los mayores.

Los argumentos de sus composiciones eran muy variados. Componían himnos en honor de sus dioses o para implorar los bienes de que necesitaban, y los cantaban en los templos y en los bailes sacros; poemas históricos en que se referían los sucesos de la nación y las acciones gloriosas de sus héroes, y estos se cantaban en los bailes profanos; odas que contenían alguna moralidad o documento útil; finalmente, piezas amatorias, o descriptivas de la caza, o de algún otro asunto agradable, para cantarlas en los regocijos públicos del séptimo mes. Los compositores eran por lo común los sacerdotes y enseñaban las poesías a los niños, a fin de que las cantasen cuando llegasen a mayor edad. En otra parte he hecho mención de las composiciones poéticas del célebre rey Nezahualcoyotl. El aprecio que

aquel monarca hacía de la poesía, impulsó a sus súbditos a cultivarla, y multiplicó los poetas en su corte. De uno de éstos se cuenta en los anales de aquel reino, que habiendo sido condenado a muerte por no sé qué delito, hizo en la cárcel unos versos, en los cuales se despedía del mundo de un modo tan tierno y tan patético, que los músicos de palacio, sus amigos, formaron el proyecto de cantarlos al rey, y éste se enterneció de tal manera, que concedió la vida al reo; suceso extraordinario en la historia de Acolhuacan, en que sólo se hallan ejemplos de la mayor severidad. Quisiera tener a las manos algunos fragmentos de los que he visto de la poesía de aquellas naciones, para satisfacer la curiosidad del público. (1)

TEATRO MEXICANO

No solamente apreciaban los mexicanos la poesía lírica, sino también la dramática. El teatro en que representaban sus dramas era un terraplén cuadrado, descubierto, situado en la plaza del mercado o en el atrio inferior de algún templo, y bastante alto para poder ser visto por todos los espectadores. El que había en la plaza de Tlatelolco, era de piedra y cal, según afirma Cortés: tenía trece pies de alto y de largo por cada lado, treinta pasos.

Boturini dice que las comedias mexicanas eran excelentes, y que entre las antigüedades que poseía en su curioso museo, había dos composiciones dramáticas sobre las célebres apariciones de la Madre de Dios al neófito mexicano Juan Diego, en las que se notaba singular delicadeza y dulzura en la expresión. Yo no he visto ninguna obra de esta especie, y aunque no dudo de la suavidad del lenguaje usado en ellas, jamás podré creer que observasen las reglas del drama, ni que mereciesen los pomposos elogios que les da aquel escritor. Algo más digno de crédito, y más conforme al carácter de aquellos pueblos, es la descripción de su teatro y de sus representaciones dada por el P. Acosta, en la que hace mención de las que se daban en Cholula, con motivo de la fiesta del dios Quetzalcoatl. "Había, dice, en el atrio del templo de aquel dios, un pequeño teatro de treinta pies en

(1) El P. Horacio Carochi, docto jesuíta milanés, publicó algunos versos elegantes de los antiguos mexicanos en su excelente gramática mexicana, impresa en México a mitad del siglo pasado.

cuadro, curiosamente blanqueado, que adornaban con ramos y aseaban con el mayor esmero, guarneciéndolo con arcos de plumas y flores y suspendiendo en ellos pájaros, conejos y otros objetos curiosos. (1) Allí se reunía el pueblo después de comer. Presentábanse los actores, y hacían sus presentaciones burlescas, fingiéndose sordos, resfriados, cojos, ciegos y tullidos, los cuales figuraban ir a pedir la salud al ídolo. Los sordos respondían despropósitos; los resfriados, tosiendo; los cojos, cojeando, y todos referían sus males y miserias, con lo que excitaban la risa del auditorio. Seguían otros actores que hacían el papel de diferentes animales: unos vestidos a guisa de escarabajos, otros de sapos, otros de lagartijas y se explicaban unos a otros sus respectivas funciones, cada uno ponderando las suyas. Eran muy aplaudidos, porque sabían desempeñar sus papeles con sumo ingenio. Venían después unos muchachos del templo con alas de mariposa y de pájaros de diferentes colores y subiendo a los árboles dispuestos al efecto, les tiraban los sacerdotes bolas de barro con las cerbatanas, añadiendo expresiones ridículas en favor de unos y en contra de otros. Por fin se hacía un gran baile compuesto de todos los actores y así terminaba la función. Esto se hacía en las fiestas más solemnes." (2) Esta descripción del P. Acosta recuerda las primeras escenas de los griegos, y no dudamos que si el Imperio mexicano hubiera durado un siglo más, su teatro se hubiera reformado, como el de los griegos se fue mejorando poco a poco.

Los primeros religiosos que anunciaron el Evangelio a aquellas gentes, viéndolas tan inclinadas al canto y a la poesía, y notando que en todas las composiciones del tiempo de su gentilismo había muchas ideas supersticiosas, compusieron cánticos en lengua mexicana, en loor del verdadero Dios. El laborioso franciscano Bernardino Sahagún, compuso en puro y elegante mexicano, e imprimió en México, trescientos sesenta y cinco cánticos, uno para cada día del año, llenos de los más devotos y

---

(1) Los indios usan todavía los mismos adornos de arcos, hechos con diferentes especies de frutas, flores y animales. Los que yo ví dispuestos para la procesión del Corpus en el pueblo de Xamiltepec, capital de la provincia de Xicayan, eran de las cosas más bellas y curiosas que se puede imaginar.

(2) Acosta, **Historia Natural y Moral de los Indios,** lib. V, cap. 29.

tiernos sentimientos religiosos, y aun hubo indios que escribieron muchos sobre los mismos asuntos. (1) Boturini cita las composiciones de D. Francisco Plácido, gobernador de Azcapozalco, en loor de la Madre de Dios, y cantadas por él en los bailes sacros que, con otros nobles mexicanos, hacía delante de la famosa imágen de la Virgen de Guadalupe. Los celosos franciscanos de aquel país hicieron también composiciones dramáticas en mexicano sobre los misterios de nuestra religión. Entre otras fue muy celebrada la del juicio final, que compuso el infatigable misionero Andrés de Olmos, y fue representada en la iglesia de Tlatelolco, en presencia del primer virrey y del primer arzobispo de México, con gran concurso de nobleza y pueblo.

MUSICA

Más imperfecta aún que su poesía, era su música. No conocían los instrumentos de cuerda. Todos los que usaban se reducían al **huehuetl,** al **teponaztli,** a las cornetas, a los caracoles marítimos y a unas flautillas que despedían un son agudísimo. El huehuetl, o tambor mexicano, era un cilindro de madera de tres pies de alto curiosamente labrado, pintado por la parte exterior y cubierto en la superior de una piel de ciervo, bien preparada y extendida, que aflojaban o apretaban de cuando en cuando, para que el sonido fuese más grave o más agudo. Tocábase con los dedos, y requería gran destreza en el tocador. El teponaztli, que aún usan los indios, es también cilíndrico y hueco; pero todo de madera y sin piel, y sin otra abertura que dos rayas largas en el medio, paralelas y poco distantes una de otra. Se toca golpeando en el intervalo que media entre las dos rayas, con dos palos semejantes a los de nuestros tambores; pero cubiertos comunmente en su extremidad, de hule o resina elástica, para que sea más suave el sonido. El tamaño de este instrumento varía considerablemente; los hay pequeños, que se suspenden al cuello, medianos y otros de cinco pies de largo. El son que despiden es melancólico, y el de los mayores tan fuerte, que se oye a distancia de más de dos millas. Este era todo el instrumental con que

(1) La obra de Sahagún se imprimió, según me parece, en 1540. El Dr. Eguiara se queja en su **Biblioteca Mexicana** de no haber podido tener a las manos un solo ejemplar de ella. Yo he visto uno en la librería del colegio de jesuítas de la Puebla de los Angeles.

acompañaban sus himnos. Su canto era duro y fastidioso a oídos europeos; mas a ellos daba tanto placer, que solían estarse cantando en sus fiestas un día entero. Este fue el arte en que menos sobresalieron los mexicanos.

BAILE

Mas aunque su música era imperfecta, tenían hermosísimos bailes en que se ejercitaban desde niños bajo la dirección de los sacerdotes. Eran de varias especies, y tenían otros tantos nombres que significaban, o la calidad del baile, o las circunstancias de la fiesta en que se hacían. Bailaban unas veces en círculo y otras en fila; en ciertas ocasiones hombres solos y en otras, hombres y mujeres. Los nobles se vestían para el baile con sus trajes de gala: poníanse brazaletes, pendientes y otros adornos de oro, joyas y plumas; llevaban en una mano un escudo, cubierto también de bellas plumas y en otra, el **ayacaxtli,** que era una cierta vasija, de que después hablaré, semejante a una calabacilla, redonda u ovalada, con muchos agujeros y llena de piedrecillas que sacudían y con cuyo sonido, que no era desagradable, acompañaban el de los instrumentos. Los plebeyos se disfrazaban a guisa de animales, con vestidos de papel, de plumas o de pieles.

El baile pequeño, que se hacía en los palacios para diversión de los señores, o en los templos por devoción particular, o en las casas cuando había boda o alguna función doméstica, se componía de pocos bailarines, que formando dos líneas derechas y paralelas, bailaban, o con el rostro vuelto hacia una de las extremidades de su línea, o mirando cada uno al que tenía enfrente, o cruzándose los de una línea con los de la otra, o separándose uno de cada línea, y bailando en el espacio intermedio, manteniéndose entretanto quietos los otros.

El baile grande, que se hacía en las plazas principales, o en el atrio inferior del templo mayor, era diferente del pequeño en el orden, en la forma, y en el número de los que lo componían. Este era tan considerable, que solían bailar juntos muchos centenares de personas. La música ocupaba el centro del atrio o de la plaza: junto a ella bailaban los señores, formando dos o tres círculos concéntricos, según el número de los que concurrían. A poca distancia de ellos se formaban otros círculos de personas

de clase inferior, y después de otro pequeño intervalo, otros mayores compuestos de jóvenes. Todos estos círculos tenían por centro el huehuetl y el teponaztli. En el dibujo que damos del orden y de la disposición de este baile, se representa una especie de rueda, en la cual los puntos denotan los bailarines, y los círculos, las figuras que hacían bailando. Los rayos de la rueda son tantos, cuantos son los que bailan en el círculo menor, próximo a la música. Todos describían un círculo bailando, y ninguno salía de su rayo o línea. Los que bailaban junto a la música se movían con lentitud y gravedad, por ser menor el giro que debían hacer, y por esto era aquél el sitio de los señores y de los nobles más provectos en edad; pero los que formaban el círculo exterior, o más lejos de la música, se movían velocísimamente, para no perder la línea recta, ni faltar al compás que hacían y dirigían los señores.

El baile se hacía casi siempre con acompañamiento de canto; pero tanto éste, cuanto los movimientos de los que bailaban, se sujetaban al compás de los instrumentos. En el canto entonaban dos un verso, y les respondían todos. Comunmente empezaba la música en tono grave, y los cantores en voz baja. Progresivamente apresuraban el compás y levantaban la voz, y al mismo tiempo era más vivo el movimiento de los bailarines y más alegre el argumento de la canción. En el intervalo que dejaban las líneas de bailarines, solían bailar algunos bufones, imitando a otros pueblos en el traje, o con disfraces de fieras y otros animales, y procurando hacer reír al pueblo con sus bufonadas. Cuando una comparsa o cuadrilla de bailarines se cansaba, la reemplazaba otra, y así continuaba el baile seis y ocho horas.

Tales eran las formas de la danza ordinaria; pero había otras muy diferentes, en que o representaban algún misterio de su religión, o algún suceso de su historia, o alguna escena alusiva a la guerra, a la caza o a la agricultura.

No sólo bailaban los señores, los sacerdotes y las muchachas de los seminarios, sino también el rey, en el templo, por ceremonia de su religión; o para recreo, en su palacio, teniendo en ambas circunstancias un puesto señalado, por respeto a su carácter.

Había, entre otros, un baile muy curioso, que aún usan los yucatecos. Plantaban en el suelo un árbol de quince a veinte pies de alto, de cuya punta suspendían veinte o más cordones (según el número de bailarines), largos y de colores diversos.

Cada cual tomaba la extremidad inferior de un cordón y empezaban a bailar al son de los instrumentos, cruzándose con mucha destreza, hasta formar en torno del árbol un tejido con los cordones, observando en la distribución de sus colores, cierto dibujo y simetría. Cuando a fuerza de vueltas se habían acortado tanto los cordones que apenas podían sujetarlos, aun alzando mucho los brazos, deshacían lo hecho con otras figuras y pasos. También usan los indios de México, un baile antiguo llamado vulgarmente **tocotin**, tan bello, honesto y grave, que se practica en las fiestas de los templos cristianos.

JUEGOS

El teatro y el baile no eran las únicas diversiones de los mexicanos. Tenían también juegos públicos para ciertas solemnidades, y privados para recreo doméstico. A la primera clase pertenecía la carrera, en que empezaban a adiestrarse desde niños. En el segundo mes, y quizás en otros del año, había juegos militares, en que las tropas representaban al pueblo una batalla campal: recreos ciertamente útiles al estado; pues además del inocente placer que daban a los espectadores, ofrecían a los defensores de la patria los medios más oportunos de agilitarse y acostumbrarse a los peligros que los aguardaban.

Menos útil, pero mucho más célebre que los otros, era el juego de los voladores, que se hacía en algunas grandes fiestas, y particularmente en las seculares. Buscaban en los bosques un árbol altísimo, fuerte y derecho, y después de haberle quitado las ramas y la corteza, lo llevaban a la ciudad y lo fijaban en medio de una gran plaza. En la extremidad superior metían un gran cilindro de madera, que los españoles llamaron **mortero**, por su semejanza con este utensilio. De esta pieza pendían cuatro cuerdas fuertes, que servían para sostener un bastidor cuadrado, también de madera. En el intervalo entre el cilindro y el bastidor, ataban otras cuatro cuerdas y les daban tantas vueltas alrededor del árbol cuantas debían dar los voladores. Estas cuerdas se enfilaban por cuatro agujeros hechos en el medio de los cuatro pedazos de que constaba el bastidor. Los cuatro principales voladores, vestidos de águilas o de otra clase de pájaros, subían con extraordinaria agilidad al árbol, por una cuerda que lo rodeaba hasta el bastidor. De éste subían, uno a uno, sobre



Juego de los voladores



el cilindro y después de haber bailado un poco, divirtiendo a la muchedumbre de espectadores, se ataban con la extremidad de las cuerdas enfiladas en el bastidor, y arrojándose con ímpetu, empezaban su vuelo con las alas extendidas. El impulso de su cuerpo ponía en movimiento al bastidor y al cilindro: el primero con sus giros desenvolvía las cuerdas de que pendían los voladores; así que, mientras más se alargaban, mayores eran los círculos que ellos describían. Mientras estos cuatro giraban, otro bailaba sobre el cilindro, tocando un tamboril, o tremolando una bandera, sin que lo amedrentase el peligro en que estaba de precipitarse desde tan gran altura. Los otros que estaban en el bastidor, pues solían subir diez o doce, cuando veían que los voladores daban la última vuelta, se lanzaban agarrados a las cuerdas, para llegar al mismo tiempo que ellos al suelo, entre los aplausos de la muchedumbre. Los que bajaban por las cuerdas, solían, para dar mayor muestra de habilidad, pasar de una a otra, en aquella parte en que por estar más próximas podían hacerlo con seguridad.

Lo esencial de este juego consistía en proporcionar de tal modo la elevación del árbol y la longitud de las cuerdas, que con trece vueltas exactas llegasen a tierra los cuatro voladores, para representar con aquel número el siglo de cincuenta y dos años, compuesto, según he dicho, de cuatro períodos de trece años cada uno. Todavía se usa esta diversión en aquellos países; pero sin atención al número de vueltas, y sin arreglarse en otras circunstancias a la forma antigua, pues el bastidor suele tener seis u ocho ángulos, según el número de los voladores. En algunos pueblos ponen ciertos resguardos en el bastidor, para evitar las desgracias que han ocurrido con frecuencia después de la conquista; porque siendo tan común en los indios la embriaguez, subían privados de razón al árbol y perdían fácilmente el equilibrio en aquella altura, que por lo común, es de sesenta pies.

Entre los juegos peculiares de los mexicanos, el más común y el que más los divertía, era el del balón. El sitio en que se jugaba, que se llamaba **tlachco**, era, según la descripción de Torquemada, un espacio llano y cuadrilongo, de cerca de diez y ocho toesas de largo, y una anchura proporcionada, encerrado entre cuatro muros, más gruesos en la parte inferior que en la superior, y más bajos los laterales que los dos de los frentes. Estos muros estaban blanqueados, y eran muy lisos. Su coronación se

componía de merlones, y sobre los dos bajos había dos ídolos, que se colocaban a media noche, en la que precedía a la inauguración del juego, con muchas ceremonias supersticiosas, mientras los sacerdotes bendecían el edificio con otras del mismo género.

Así lo describe Torquemada; pero en algunas pinturas mexicanas que he visto, se representa la planta del juego del modo que se ve en la estampa adjunta, que es muy diferente de la que indica aquel autor. Quizás habría diversas formas de edificios para jugarlos. Los ídolos colocados sobre los muros eran los de los dioses protectores del juego, cuyos nombres ignoro; pero sospecho que uno de ellos sería Omacatl, dios de la alegría. El balón era de hule, o resina elástica, de tres o cuatro pulgadas de diámetro, y aunque pesado, botaba más que el de aire que se usa en Europa. Jugaban partidas de dos contra dos y tres contra tres. Los jugadores estaban desnudos, y sólo llevaban la cintura o maxtlatl que la decencia requería. Era condición esencial del juego no tocar el balón sino con la rodilla, con la coyuntura de la muñeca, o con el codo; y el que lo tocaba con la mano, con el pie o con otra parte del cuerpo, perdía un punto. El jugador que lanzaba el balón al muro opuesto, o lo hacía botar en él, ganaba otro punto. Los pobres jugaban mazorcas de maíz y aun a veces la libertad; otros jugaban cierto número de trajes de algodón y los ricos, alhajas de oro, joyas y plumas preciosas. En el espacio que mediaba entre los jugadores había dos grandes piedras, como las de nuestros molinos, cada una con un agujero en medio, algo mayor que el balón. El que hacía pasar el balón por el agujero, lo que raras veces sucedía, no solamente ganaba la partida, sino que por ley del juego se apoderaba de los vestidos de todos los presentes, y aquel golpe se celebraba como proeza inmortal.

Este juego era muy apreciado por los mexicanos, y por todos los pueblos de aquel país; y tan común, cuanto se puede inferir del número extraordinario de balones que pagaban anualmente, como tributo a la corona de México, Tochtepec, Otatitlan y otros pueblos, que solían enviar hasta diez y seis mil. Los reyes jugaban con frecuencia, y se desafiaban unos a otros, como hicieron Moteuczoma II y Nezahualpilli. Hoy no está en práctica en las naciones del Imperio mexicano; pero lo han conservado los nayaritas, los opatas, los tarahumaras y otros pueblos del norte. Cuantos españoles han visto este juego en aquellas regio-



Juegos de los mexicanos



nes, se han maravillado de la prodigiosa agilidad con que lo ejecutaban.

Deleitábanse los mexicanos en otro, que nuestros escritores han llamado **patolli,** aunque es voz genérica que significa toda clase de juego. Describían sobre una estera fina de palma, un cuadro, dentro del cual trazaban dos líneas diagonales y dos transversales. Echaban, en vez de dados, unas judías grandes, señaladas con puntos. Según el punto que resultaba, quitaban o ponían unas piedrecillas en los ángulos de las líneas, y el primero que tenía tres de ellas en fila, ganaba el juego.

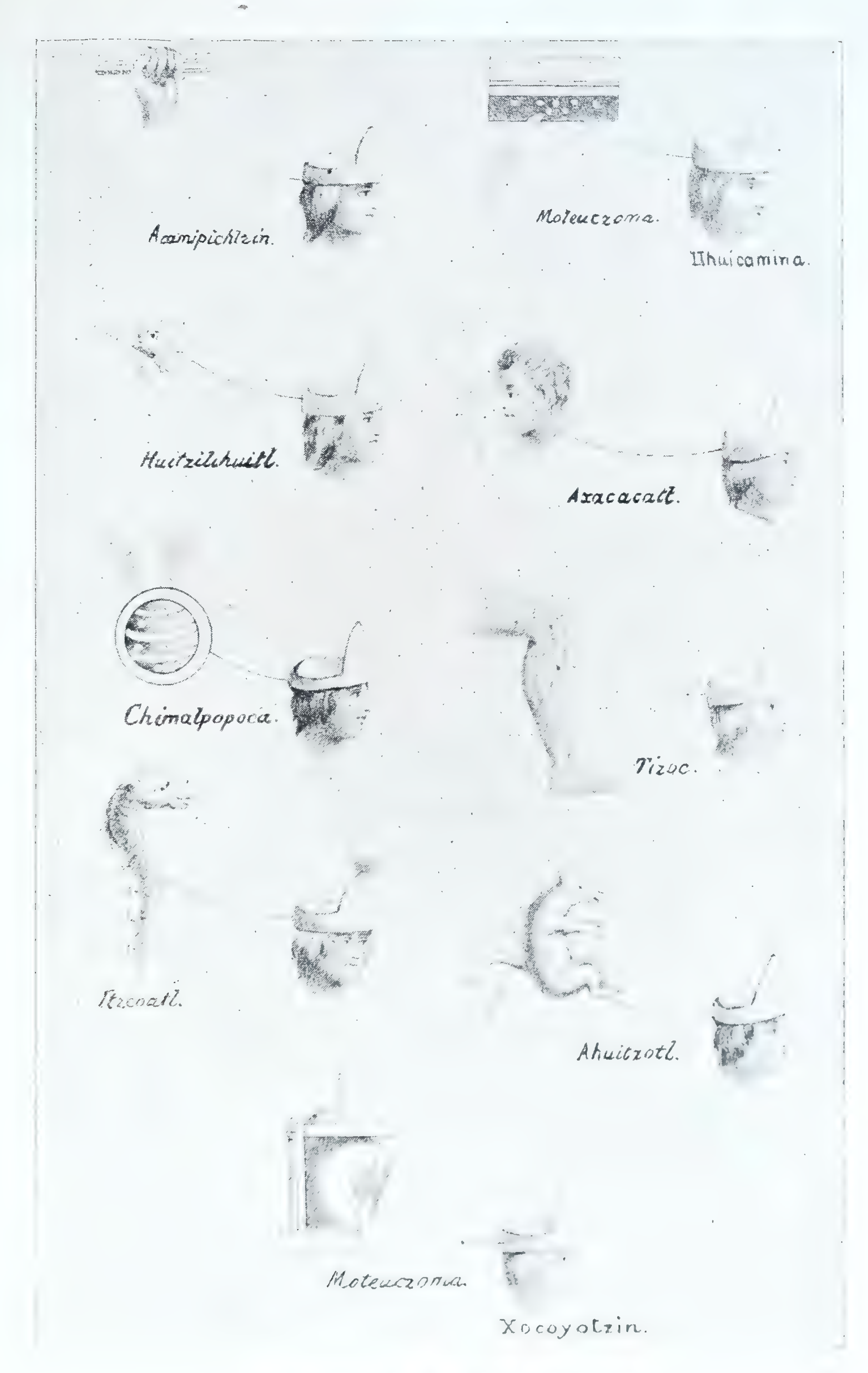
Bernal Díaz habla de otro juego en que solía divertirse el rey Moteuczoma, durante su prisión, con el conquistador Cortés, y que, según él dice, se llamaba **totoloque.** Tiraba desde lejos aquel rey ciertas pelotillas de oro muy lisas, a unos pedazos del mismo metal que se ponían por blanco, y el primero que hacía cinco puntos, ganaba algunas joyas, que era lo que se atravesaba.

Había entre los mexicanos hombres destrísimos en juegos de manos y pies. Echábase uno de espaldas en tierra, y alzando los pies, sostenía en ellos una gruesa viga redonda y de ocho pies de largo. Arrojábala a cierta altura y volvía a recibirla y sostenerla en los pies: después la tomaba entre los dos, y la hacía girar violentísimamente, y lo más extraño es que solían ponerse dos hombres a horcajadas en las dos extremidades, como yo lo he visto hacer muchas veces. Hicieron este ejercicio en Roma dos mexicanos enviados por Cortés a presencia del papa Clemente VII y de muchos príncipes romanos, con singular satisfacción de aquellos ilustres espectadores. Era también muy común entre ellos, otro juego llamado en algunos países **las fuerzas de Hércules.** Poníase un hombre a bailar; otro en pie sobre sus hombros lo acompañaba con algunos movimientos y otro en pie sobre la cabeza del segundo, bailaba y daba otras pruebas de agilidad. Otro ejercicio practicaban alzando una viga sobre los hombros de dos bailarines, y otro se ponía en pie y bailaba sobre su extremidad. Los primeros españoles que vieron estos y otros juegos de los mexicanos, se maravillaron tanto de su agilidad, que sospecharon la intervención del demonio, sin hacerse cargo de lo que puede el ingenio humano, ayudado por la constancia y la aplicación.

PINTURA

Pero los juegos, los bailes y la música, servían más al placer que a la utilidad; no así la historia y la pintura, artes que no deben separarse en la historia de México, puesto que no tenían aquellos pueblos otros historiadores que su pintores, ni otros escritos que las pinturas en que conservaban la memoria de sus sucesos. Los toltecas fueron en el Nuevo Mundo los primeros que se sirvieron de la pintura para la historia; al menos no sabemos que otra nación los haya precedido. También la usaron de tiempo inmemorial los acolhuas, las siete tribus de aztecas y todas las naciones de Anáhuac que habían salido del estado de barbarie. De los acolhuas y de los toltecas la aprendieron los chichimecas y los otomíes, que abandonaron la vida salvaje.

Entre las pinturas de los mexicanos y de todas aquellas naciones, había muchas que no eran otra cosa que imágenes o retratos de sus dioses, de sus reyes y de su hombres ilustres, o de los animales y plantas de que estaban llenos los palacios reales de México y de Tezcoco. Otras eran históricas, que expresaban sucesos memorables, como las trece primeras de la **Colección** de Mendoza, y la del viaje de los aztecas, que se halla en la obra del viajero Gemelli. Otras mitológicas, en que se representaban los misterios de su religión, y a esta clase pertenecen las del volúmen que se conserva en la gran biblioteca del Instituto de Bolonia. Otras eran códigos, en que estaban compiladas sus leyes, sus ritos, sus costumbres y los tributos que los pueblos pagaban, como son todas las de la **Colección** de Mendoza, desde la décimacuarta hasta la sexagésimatercia. Las había cronológicas, astronómicas y astrológicas en que se figuraban su calendario, la posición de los astros, los aspectos de la luna, los eclipses y los pronósticos meteorológicos. Esta especie de pintura se llamaba **Tonalamatl.** El Dr. Sigüenza en su **Libra Astronómica**, impresa en México, hace mención de una pintura de pronósticos de esta especie, que insertó después en su **Ciclografía Mexicana.** El P. Acosta cuenta que en la provincia de Yucatan había ciertos volúmenes, plegados a uso de aquellos pueblos, en que los indios tenían señalada la distribución del tiempo, el conocimiento de los planetas, de los animales y de otras producciones de la naturaleza y las antigüe-



Nombres de los reyes mexicanos



dades nacionales: cosas todas muy curiosas y escritas con mucha diligencia. Las cuales, según dice el mismo autor, perecieron por el celo indiscreto de un párroco, que creyéndolas llenas de errores supersticiosos, las quemó en despecho del llanto de los indios y de la opinión de los españoles curiosos. Otras pinturas eran topográficas y corográficas, las cuales servían, no sólo para determinar la extensión y lindes de sus posesiones, sino la situación de los pueblos, la dirección de las costas y el curso de los ríos. Cortés dice en su primera carta a Carlos V, que queriendo saber si había en el Golfo mexicano algún puerto seguro para los buques, el rey Moteuczoma le presentó un mapa en que estaba figurada toda la costa, desde el puerto de Chalchiuhcuecan, donde hoy está Veracruz, hasta el río de Coatzacualco. Bernal Díaz cuenta que el mismo Cortés se sirvió en el largo y penoso viaje que hizo a la provincia de Honduras, de un mapa que le presentaron los señores de Coatzacualco, en que estaban indicados todos los pueblos y ríos de la costa, desde aquella ciudad hasta Hueyacallan.

De todas estas clases de pinturas estaba lleno el Imperio mexicano; pues eran innumerables los pintores, y no había objeto alguno que no representasen. Si se hubieran conservado, nada se ignoraría de la historia de México; mas los primeros predicadores del Evangelio, sospechando que hubiese en ellas figuras supersticiosas, las persiguieron con furor. De todas las que pudieron haber a las manos en Tezcoco, donde estaba la principal escuela de pintura, hicieron en la plaza del mercado tan crecido rimero, que parecía un monte, y le pegaron fuego, quedando sepultada entre aquellas cenizas la memoria de muchos importantes sucesos. La pérdida de tantos preciosos monumentos de su antigüedad, fue amargamente deplorada por los indios, y aun los mismos autores del incendio se arrepintieron cuando echaron de ver el desacierto que habían cometido: pero procuraron remediar el daño, ora informándose verbalmente de los mismos habitantes, ora buscando las pinturas que se habían escapado de las primeras investigaciones; y aunque recogieron muchas, no fueron tantas cuantas se necesitaban, porque los que las poseían, las ocultaban con empeño de los españoles y no se deshacían de ellas tan fácilmente.

Pintaban comunmente sobre papel o pieles adobadas, o telas

de hilo de maguey, o de la palma llamada **iczotl.** (1) Hacían el papel con hojas de cierta especie de maguey, macerándola antes como cáñamo, y después lavándola, extendiéndola y puliéndola. También lo fabricaban con la palma icxotl; con la corteza sutil de ciertos árboles, preparada con goma; con seda, con algodón y con otras materias, aunque ignoramos las manipulaciones que empleaban en este género de manufactura. He tenido en mis manos muchos pliegos de este papel mexicano. Es bastante semejante al cartón de Europa, aunque mucho más blando y liso, y se puede escribir en él cómodamente.

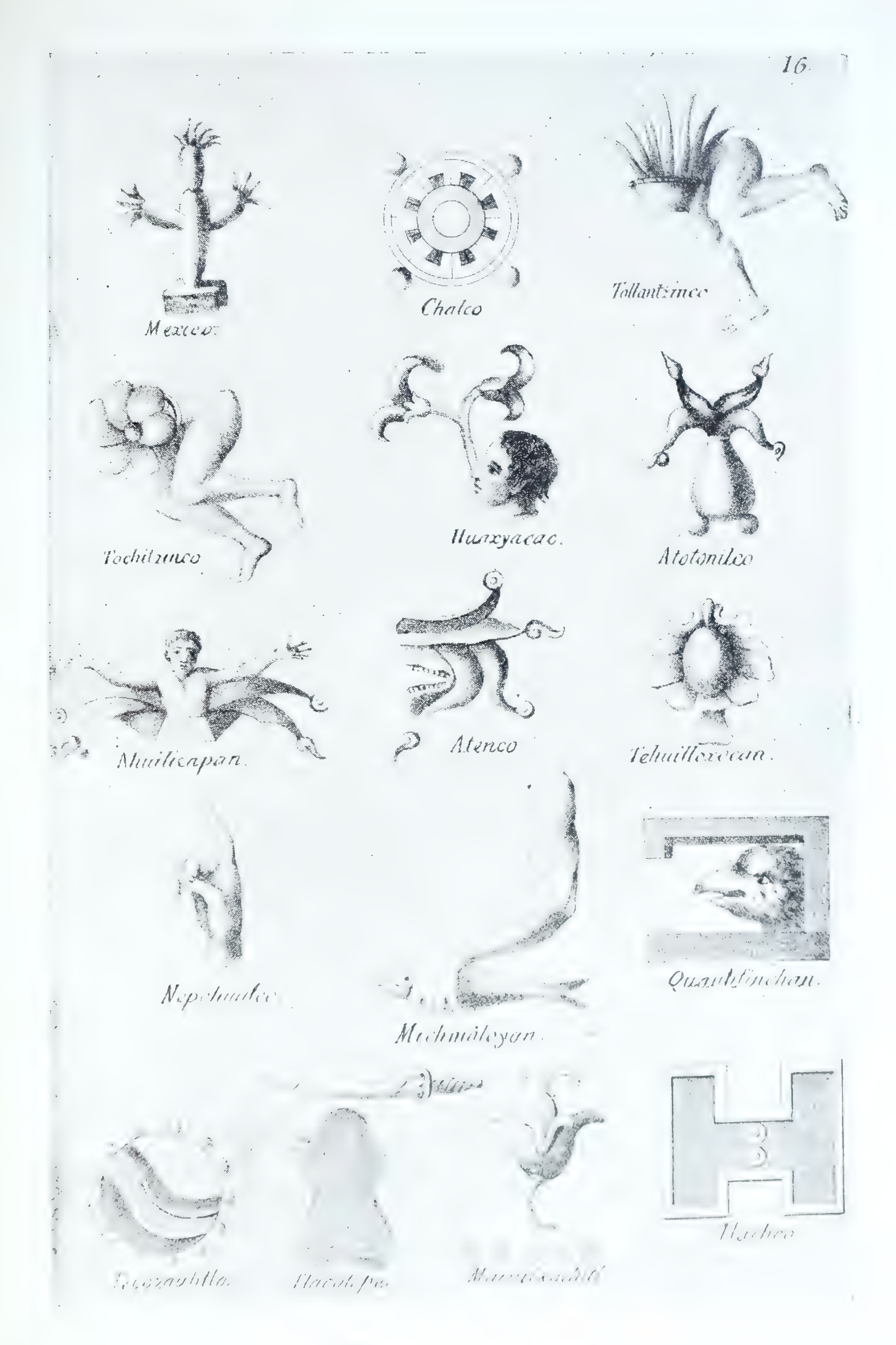
Los pliegos de su papel eran grandísimos, y los conservaban en rollos, como los antiguos M. S. europeos, o doblados en la misma forma que los biombos comunes. El volúmen de pinturas mexicanas que se conserva en la biblioteca del Instituto de Bolonia, es una piel gruesa y mal curtida, hecha de muchas piezas, pintada en toda su extensión, y plegada como acabo de decir.

Los hermosísimos colores que empleaban en sus pinturas y en sus tintes, se formaban con madera, con hojas y con flores de muchas plantas y con diversas producciones minerales. Para el blanco se servían de la piedra **quimaltizatl,** que después de calcinada se parece mucho al yeso fino; o de la tierra mineral **tizatlalli,** que después de amasada como el barro, y reducida a bolas, es semejantísima a la substancia llamada comunmente en Europa, **blanco de España.** Hacían el negro de otra tierra mineral y fétida, a la que por esta razón daban el nombre de **tlalihixac,** o del hollín del **ocotl,** cierta especie de pino oloroso, recogiendo su humo en vasijas de tierra; el azul turquí y el celeste, con la flor del **matlalxihuitl,** y del **xiuhquilipitzahuac,** que es la planta del añil, (2) aunque el modo de prepararla entonces se diferen-

---

(1) La tosca tela sobre que está pintada la famosa imagen de la Virgen de Guadalupe es de palma de **iczotl.**

(2) La descripción de la planta del añil se halla en muchos autores y especialmente en la obra del Dr. Hernández, la cual es enteramente diversa de la que da Raynal en su **Historia filosófica y política.** Este asegura que aquella planta fue transportada de la India Oriental al Nuevo Mundo y que habiéndose experimentado en muchos países, se estableció su cultura en la Carolina, en Santo Domingo y en México. Mas en esto se engañó aquel filósofo, como en otras muchas cosas. Consta por el testimonio de D. Fernando Colón, en el capítulo LXI de la Vida de su famoso padre Cristóbal Colón, que una de las plantas propias de la isla Española, era el añil. Sabemos también por los historiadores de México, y particularmente por el



Figuras de ciudades



ciaba mucho del moderno. Ponían las hojas de la planta, una a una, en vasijas de agua caliente, o más bien tibia, y después de haberlas meneado con una pala, pasaban el agua teñida a unas orzas o peroles, donde la dejaban reposar, hasta que se precipitaban al fondo las partes sólidas de la tintura, y entonces vaciaban el agua poco a poco. Este sedimento se secaba al sol, y después se ponía entre dos platos al fuego, para que se endureciese. Tenían los mexicanos otra planta del mismo nombre, de que sacaban el azul, pero de inferior calidad. Para el rojo se servían de la semilla del achiote, que los franceses llaman **rocou,** cocida en agua; para el morado y el púrpura, de la cochinilla. El amarillo se hacía con **tecozahuitl,** o sea ocre, y con el **xochipalli,** planta cuyas hojas se parecen a las de la artemisa. Las hermosas flores de la misma planta, cocidas en agua con nitro, les suministraban un bello color de naranja. Como se servían del nitro para aquel color, para otros empleaban el alumbre. Después de haber macerado y desleído en agua la tierra aluminosa llamada **tlaxocotl,** la cocían al fuego en vasijas de tierra; sacaban por destilación el alumbre puro, blanco y diáfano y antes de que se endureciese de un todo, lo hacían pedazos para venderlo más cómodamente en el mercado. Para dar más consistencia a los colores, los mezclaban con el jugo glutinoso del **tzauhtli,** (1) o con el excelente aceite de chía. (2)

CARACTER GENERAL DE LA PINTURA Y MODO DE PINTAR LOS OBJETOS

Las figuras de montes, ríos, edificios, plantas, animales y sobre todo, las de hombres, que se ven en las pinturas mexicanas

Dr. Hernández, que los antiguos mexicanos sabían hacer uso de aquel precioso vegetal. De todos los escritores sobre cosas de América, que he habido a las manos, no he hallado uno solo que pueda servir de apoyo a la opinión de Raynal.

(1) El **tzauhtli** es una planta bastante común en aquel país. Tiene las hojas largas, el tallo derecho y nudoso, las flores de un amarillo vivo, la raíz blanca y fibrosa. Para sacar el jugo la hacían pedazos y la secaban al sol.

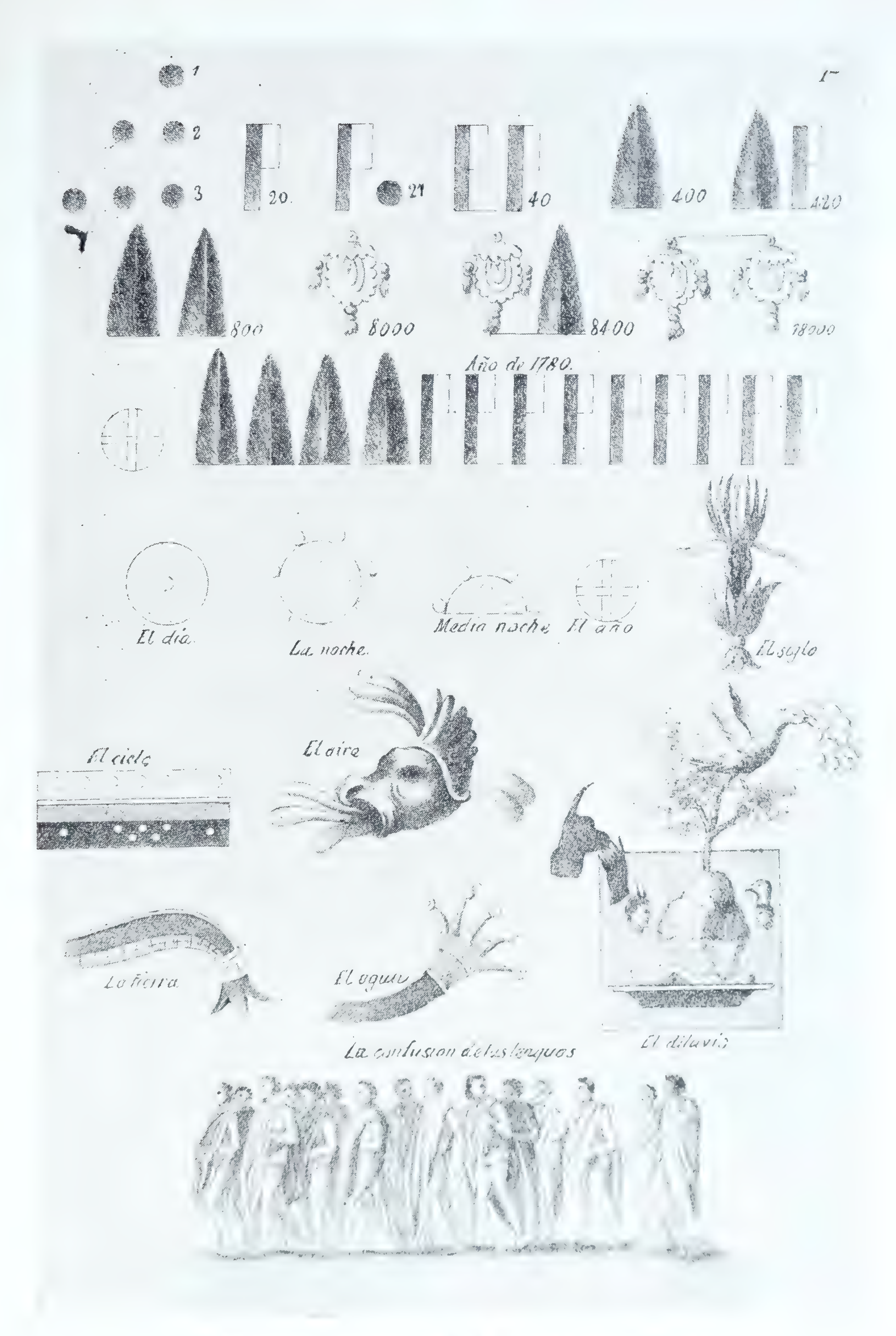
(2) Creyendo yo hacer un gran servicio a los pintores italianos cultivé con sumo esmero tres plantas de chía, de semilla que me habían enviado de México. Prosperaron y tuve el gusto de verlas cargadas de flores en septiembre de 1777; pero vinieron temprano los hielos aquel año y se perdieron las plantas.

antiguas, son, por lo común, desproporcionadas y disformes: lo que, según me parece, debe atribuírse, no tanto a su ignorancia de las reglas de proporción, o a su falta de habilidad, cuanto a la prisa que se daban en pintar, de la que fueron testigos los conquistadores españoles; así que, pensando tan solo en representar los objetos, no cuidaban de la perfección de la imagen, y muchas veces se contentaban con los contornos. Sin embargo, he visto entre muchas pinturas antiguas, algunos retratos de reyes de México, en los que, además de la belleza singular del colorido, se notaba una observancia exacta de las proporciones; pero no niego, hablando en general, que distaban mucho aquellos pintores de la perfección del dibujo y de la inteligencia del claroscuro.

Servíanse, no sólo de las simples imágenes de los objetos, como han dicho algunos escritores, sino de jeroglíficos y caracteres. Representaban las cosas materiales con su propias figuras; aunque para ahorrar tiempo, trabajo, colores y papel, se contentaban con una parte del objeto, que bastaba para darlo a conocer a los inteligentes; pues así como nosotros no podemos entender lo escrito sin aprender antes a leer, así aquellos americanos debían instruírse antes en el modo de figurar los objetos, para comprender el sentido de las pinturas, con que suplían el lenguaje escrito. Para los objetos que carecen de forma material, o cuya imitación sería muy difícil, se valían de ciertos caracteres, no ya verbales, esto es, destinados a formar palabras, como nuestras letras, sino reales, o significaciones inmediatas de las cosas, como los caracteres algebraicos y astronómicos. A fin de que mis lectores puedan formar idea de este sistema, les presento en una estampa los caracteres numerales de los mexicanos y las imágenes que usaban para indicar el tiempo, el cielo, la tierra, el agua y el aire.

Con respecto a los caracteres numerales, debe observarse, que ponían tantos puntos, cuantas eran las unidades hasta veinte. Este número tiene su carácter o figura especial. Doblaban este signo hasta veinte veces veinte, esto es, cuatrocientos.

El signo de cuatrocientos se repetía hasta veinte veces, u ocho mil, y éste se repetía también. Con estos cuatro caracteres y los puntos, expresaban todas las cantidades, a lo menos, hasta veinte veces ocho mil, o ciento sesenta mil. Es de creer, aunque no lo sabemos, que tuviesen otro signo para este número.



Caracteres numéricos y figuras simbólicas



Para representar una persona determinada, pintaban un hombre o una cabeza humana, y sobre ella una figura que expresaba la significación de su nombre, como se ve en el catálogo de los reyes mexicanos. Para expresar una ciudad o villa, pintaban otra figura significativa del sentido de su nombre. Para formar sus anales o su historia, pintaban en la orla de la tela o del papel, las figuras de los años, en otros tantos cuadritos, y junto a cada uno de ellos los sucesos correspondientes a aquel año; y si por ser muchos los años cuya historia referían, no podían caber todos en la misma tela, continuaban en otra. Por lo que respecta al orden de representar los años y los sucesos, el pintor podía empezar por el ángulo que se le antojase; pero con esta regla observada constantemente en cuantas pinturas he visto: esto es, que si empezaba por el ángulo superior a mano derecha, continuaba hacia la izquierda; si empezaba, como era más común, por el ángulo superior de la izquierda, seguía perpendicular hacia abajo; si pintaba el primer año en el ángulo inferior a mano izquierda, continuaba hacia la derecha, y si en el ángulo inferior de la derecha, seguía perpendicularmente hacia arriba; de modo que en la parte superior de la tela, no pintaban nunca de izquierda a derecha, ni en el inferior de derecha a izquierda, ni subían por la izquierda, ni bajaban por el lado opuesto. Sabido este método, es fácil conocer a primera vista donde empezaba la serie de los años, en una pintura histórica.

No puede negarse que este modo de representar las cosas, era imperfecto, embrollado y equívoco; mas no por esto deja de ser digno de alabanza el conato de aquellos pueblos en perpetuar la memoria de sus acaecimientos, y su industria en suplir, aunque imperfectamente, la falta de letras, a cuyo descubrimiento hubieran llegado quizás, atendidos los progresos de su civilización, si no hubiera sido de tan breve duración su Imperio, o a lo menos, habrían abreviado considerablemente y facilitado su escritura, con la multiplicación de caracteres.

Sus pinturas no deben considerarse como una historia ordenada y completa, sino como monumentos o apoyos de la tradición. No se puede elogiar dignamente el cuidado que tenían los padres y maestros en instruír a sus hijos y discípulos en la historia nacional. Les hacían aprender las arengas y discursos que no podían expresar con el pincel; ponían en verso los sucesos

de sus antepasados, y les enseñaban a cantarlos. Esta tradición aclaraba las dudas, y evitaba las equivocaciones que podrían ocasionar las pinturas; y ayudada al mismo tiempo con estos monumentos, eternizaba la memoria de sus héroes, los ejemplos de virtud, su mitología, sus ritos, sus leyes y sus costumbres.

Ni solamente se servían aquellos pueblos de la tradición, de las pinturas y de los cánticos para conservar la memoria de los sucesos; sino también de hilos de diversos colores y diferentemente anudados, llamados **xuipu** por los peruanos, y por los mexicanos, **nepohualtzitzin.** Este extraño modo de representar las cosas, tan usado en el Perú, no parece que haya sido adoptado en los países de Anáhuac, sino en los siglos más remotos, pues no se encuentran vestigios de aquellos remotos monumentos. Boturini dice que después de la más diligente investigación, apenas pudo hallar uno en un pueblo de Tlaxcala; pero los hilos estaban gastados, y casi consumidos por el tiempo. Si los pobladores de la América Meridional pasaron a Anáhuac, como algunos opinan, pudieron haber dejado allí aquel arte, que poco a poco fue abandonado por la pintura que introdujeron los toltecas, o quizás otra nación más antigua.

Después que aprendieron de los españoles el uso de las letras, muchos hábiles mexicanos, texcocanos y tlaxcaltecas, escribieron sus historias, parte en español, y parte en elegante estilo mexicano, cuyos escritos se conservan aun en algunas bibliotecas de México, como ya he dicho.

ESCULTURA

Más felices que en la pintura fueron los mexicanos en la escultura, en la fundición y en el mosaico; y mejor expresaban en la piedra, en la madera, en el oro, en la plata y con las plumas, las imágenes de sus héroes, o las obras de la naturaleza, que en el lienzo o en el papel: bien fuese por que la mayor dificultad de aquellos trabajos excitaba más su aplicación y su diligencia, o porque el sumo aprecio que de ellos hacían los pueblos, despertaba su ingenio y aguijoneaba su industria.

La escultura fue una de las artes conocidas y practicadas por los antiguos toltecas. Hasta el tiempo de los españoles se conservaron algunas estatuas de piedra, trabajadas por los artis-

tas de aquella nación, como el ídolo de Tlaloc, colocado en el monte del mismo nombre, que tanto reverenciaban los chichimecas y los acolhuas, y las estátuas gigantescas erigidas en los dos célebres templos de Teotihuacan. Los mexicanos tenían ya escultores cuando salieron de su patria Aztlan; pues sabemos que en aquella época hicieron el ídolo de Huitzilopochtli que llevaron consigo en su larga peregrinación.

Sus estatuas eran por lo común de piedra o de madera. Trabajaban la primera sin hierro ni acero ni otro instrumento que uno de piedra dura. Toda su incomparable paciencia y constancia se necesitaba para superar tantas dificultades y sufrir la lentitud de aquella clase de trabajos; pero lo conseguían en despecho de la imperfección de los medios que empleaban. Sabían expresar en sus estatuas todas las actitudes y posturas de que es capaz el cuerpo humano, observando exactamente las proporciones, y haciendo, cuando era preciso, las labores más menudas y delicadas. No sólo hacían estatuas enteras, sino que esculpían en la piedra figuras de bajo relieve, como los retratos de Moteuczoma II y de un hijo suyo, que se veían en una piedra del monte Chapoltepec, citados y celebrados por el P. Acosta. Formaban también estatuas de barro y madera, sirviéndose para éstas de un utensilio de cobre. El número increíble de sus estatuas se puede inferir por el de los ídolos, de que ya hablé en el libro precedente. Aun en esto tenemos que deplorar el celo del primer obispo de México y de los primeros predicadores del Evangelio; pues por no dejar a los neófitos ningún incentivo de idolatría, nos privaron de muchos preciosos monumentos de la escultura de los mexicanos. Los cimientos de la primera iglesia que se construyó en México, se componían de fragmentos de ídolos; y tantas fueron las estatuas que se destrozaron con aquel objeto, que habiendo abundado tanto en aquel país, apenas se hallan algunas pocas en el día, aun después de la más laboriosa investigación. La conducta de aquellos buenos religiosos fue sumamente loable, ora se considere el motivo, ora los efectos que produjo: mejor hubiera sido, sin embargo, preservar las estatuas inocentes, de la ruina total de los simulacros gentílicos, y aun poner en reserva algunas de éstas, en sitios en que no hubieran podido servir de tropiezo a la conciencia de los recién convertidos.

FUNDICION

Los mexicanos tenían en más precio los trabajos de fundición, que todas las otras obras de escultura, tanto por el mayor valor de la materia, cuanto por la excelencia del trabajo mismo. No serían verosímiles las maravillas que hacían en aquel arte, si además del testimonio de los que las vieron, no se hubieran enviado como curiosidades a muchas partes de Europa. Los trabajos de oro y plata enviados de regalo a Carlos V por Cortés, llenaron de admiración a los artífices europeos, los cuales, como aseguran muchos escritores de aquel tiempo, (1) declararon que eran realmente inimitables. Hacían los fundidores mexicanos, con plata y oro, las imágenes más perfectas de los objetos naturales. Fundían de una vez un pez, que tenía las escamas alternativamente de plata y oro; un papagayo, con la cabeza, la lengua y las alas movibles; un mono, con la cabeza y con los pies movibles, y con un huso en la mano, en actitud de hilar. Engarzaban las piedras preciosas en oro y plata y hacían joyas curiosísimas y de gran valor. Finalmente, tan preciosas eran aquellas alhajas, que aun los mismos soldados españoles, a pesar de la sed de oro que los devoraba, preferían en ellas el trabajo a la materia. Esta arte maravillosa, ejercitada ya por los toltecas, que atribuían su invención o su perfección al dios Quetzalcoatl, se ha perdido enteramente por el envilecimiento de los indios, y por descuido de los españoles. No sé que queden restos de aquellas preciosas labores: a lo menos más fácil será hallarlas en algún gabinete de Europa, que en toda la Nueva España. La curiosidad cedió a la codicia, y la belleza de la ejecución fue sacrificada al valor de la materia.

También se servían del martillo para la elaboración de los metales; pero no sobresalían en esta clase de obras como en las fundidas, ni podían compararse con las de los artífices de Europa, por no tener otro instrumento que la piedra. Con todo, se sabe que trabajaban bien el cobre, y que los españoles elogiaron sus escudos y sus picas. Los fundidores y los plateros de México formaban un cuerpo respetable. Tributaban un culto particu-

---

(1) Véase particularmente lo que de estos trabajos dice el historiador Gomara, el cual los tuvo en sus manos y oyó lo que de ellos opinaban los plateros sevillanos.

lar a Xipe, su dios protector, y en su honor hacían una gran fiesta el segundo mes, con sacrificios inhumanos.

MOSAICO

Pero nada tenían en tan alta estima los mexicanos como los trabajos de mosaico, que hacían con las plumas más delicadas y hermosas de los pájaros. Para esto criaban muchas especies de las aves bellísimas que abundan en aquellas regiones, no sólo en los palacios de los reyes, donde mantenían, como ya hemos dicho, toda clase de animales, sino también en las casas de los particulares, y en cierto tiempo del año les quitaban las plumas, para servirse de ellas con aquel fin, o para venderlas en el mercado. Preferían las de aquellos maravillosos pajarillos que ellos llaman **huitzitzilin,** y los españoles **picaflores,** tanto por su sutileza, como por la finura y variedad de colores. En estos y otros lindos animales, les había suministrado la naturaleza cuantos colores puede emplear el arte, y otros que él no puede imitar. Reuníanse para cada obra de mosaico muchos artífices, y después de haber hecho el dibujo, tomado las medidas y las proporciones, cada uno se encargaba de una parte de la obra, y se esmeraba en ella con tanta aplicación y paciencia, que solía estarse un día entero para colocar una pluma, poniendo sucesivamente muchas, y observando cuál de ellas se acomodaba mejor a su intento. Terminada la parte que a cada uno tocaba, se reunían todos para juntarlas y formar el cuadro entero. Si se hallaba alguna imperfección, se volvía a trabajar hasta hacerla desaparecer. Tomaban las plumas con cierta substancia blanda para no maltratarlas y las pegaban a la tela con **tzauhtli,** o con otra substancia glutinosa: después unían todas las partes sobre una tabla, o sobre una lámina de cobre, y las pulían suavemente hasta dejar la superficie tan igual y tan lisa, que parecía hecha a pincel.

Tales eran las representaciones o imágenes que tanto celebraron los españoles y otras naciones de Europa, sin saber si en ellas era más admirable la viveza del colorido, o la destreza del artífice, o la ingeniosa disposición del arte. "Obras, dice el P. Acosta, justamente encomiadas; siendo cosa maravillosa, como podían hacerse con plumas de pájaros, dibujos tan finos y delicados que parecían hechos con pincel; bien que ni el pincel ni la

pintura artificial pueden imitar la viveza y el esplendor que en ellos se veía. Algunos indios, sobresalientes en este arte, imitan con tanta exactitud, por medio de las plumas, las obras del pincel, que no ceden a los mejores pintores de España. Al príncipe de España, D. Felipe, regaló su maestro tres pequeñísimas imágenes, para que le sirvieran de registro en su Diurno: Su Alteza las enseñó al rey D. Felipe II, su padre; y habiéndolas considerado Su Majestad, dijo que jamás había visto en tan pequeñas figuras, trabajo más excelente. Habiéndose también presentado al papa Sixto V otro cuadro mayor de San Francisco, y díchole que era obra hecha de plumas por los indios, quiso Su Santidad tocarlo, para asegurarse que no era pintura, pareciéndole cosa maravillosa que estuviese tan bien ajustada y lisa, que los ojos no sabían distinguir si los colores eran artificialmente dados con el pincel, o naturales de las plumas con que estaba construída. La unión que hace el verde con el naranjado o dorado y otros varios colores es hermosísima, y mirada la imagen a otra luz, los mismos colores parecen amortiguados." Los mexicanos gustaban tanto de estas obras de pluma, que las estimaban en más que el oro. Cortés, Bernal Díaz, Gomara, Torquemada y todos los otros historiadores que las vieron, no hallan expresiones con que encomiar bastantemente sus perfecciones. (1) Poco tiempo ha, vivía en Pátzcuaro, capital del reino de Michuacan, donde más que en ninguna otra parte floreció el arte de que vamos hablando, el último artífice de mosaico que quedaba, y con él habrá acabado, o estará para acabar un ramo tan precioso, aunque hace dos siglos no se cultiva con la perfección que supieron darle los antiguos. Consérvanse hasta ahora algunos restos en los museos de Europa y muchos en México; pero pocos, según creo, del siglo XVI, y ninguno, que yo sepa, anterior a la Conquista. También hacían un mosaico de conchillas, que hasta nuestros días se ha conservado en Guatemala.

---

(1) Juan Lorenzo de Anaguia, docto italiano del siglo XV, hablando en su Cosmografía de estas imágenes de los mexicanos, dice, "Entre otras me ha causado gran admiración un San Jerónimo con su crucifijo y un león, que me enseñó la señora Diana Loreda, tan notable por la hermosura y viveza de los colores y por el arte con que estaban distribuídos, que creo no haber visto cosa semejante, no diré mejor, en los antiguos ni en los mejores pintores modernos."

A imitación de aquellos eminentes artistas, había otros que con diversas flores y hojas formaban para las fiestas hermosos dibujos, sobre esteras de diferentes clases. Después de la propagación del Evangelio, los hacían para adornos de los templos cristianos, y eran muy estimadas de la nobleza española, por la singular belleza de su artificio. En la actualidad hay muchas personas en aquel reino, que se emplean en imitar los mosaicos de pluma del modo que he dicho; pero sus obras no pueden compararse de ningún modo a las de los antiguos.

ARQUITECTURA DOMESTICA

Un pueblo tan industrioso en los trabajos de curiosidad y lujo, no podía carecer de los que son necesarios a la vida. La arquitectura, que es una de las artes inspiradas por la necesidad desde el principio de las sociedades, fue conocida y practicada por los habitantes del país de Anáhuac, a lo menos desde la época de los toltecas. Los chichimecas, sus sucesores, los acolhuas y todas las otras naciones de los reinos de Acolhuacan, de México, de Michuacan, de la República de Tlaxcala, y de las otras provincias, excepto los otomíes, fabricaron casas y formaron ciudades desde tiempo inmemorial. Cuando los mexicanos llegaron a aquellos paíeses, los encontraron cubiertos de grandes y bellas poblaciones. Ellos, que antes de salir de su patria, eran ya muy inteligentes en arquitectura y estaban acostumbrados a la vida social, construyeron durante su larga romería, muchos edificios, en los puntos donde se detenían algunos años. Consérvanse restos de ellos, como ya he dicho, a las orillas del río Gila, en la Pimería y cerca de la ciudad de Zacatecas. Reducidos después a la mayor miseria en las orillas del lago tezcocano, construyeron humildes cabañas de caña y de fango, hasta que con el comercio de la pesca pudieron adquirir mejores materiales. A medida que crecían su poder y su riqueza, se aumentaban y mejoraban sus edificios; hasta que llegaron los conquistadores, y hallaron mucho que admirar y no menos que destruir.

Las casas de los pobres eran de cañas y de ladrillos crudos, o de piedra y fango, y el techo de un heno largo y grueso, que es muy común en aquellos campos, particularmente en las tierras calientes; o de hojas de maguey, puestas unas sobre otras, a guisa de tejas, a las que se parecen además en el grueso y en

la figura. Una de las columnas o apoyos de estos edificios solía ser un árbol de proporcionadas dimensiones, el cual, además del recreo que les proporcionaba su frondosidad, solía ahorrarles algún gasto y trabajo. Ordinariamente estas casas no tenían más que un piso, donde estaban el hogar y los muebles, y en que residían la familia y los animales. Si la familia no era tan pobre, había otras dos o tres piezas, un **ayauhcalli,** u oratorio, un **temazcalli,** o baño, y un pequeño granero.

Las casas de los señores y de la gente acomodada, eran de piedra y cal: tenían dos pisos, con sus salas y cámaras bien distribuídas y sus patios; el techo llano, de buena madera, bien labrado y con azotea; los muros tan blancos, bruñidos y relucientes, que los primeros españoles que los vieron de lejos, los creyeron de plata; el pavimento de una mezcla igual y lisa.

Muchas de éstas estaban coronadas de almenas; tenían torres, y a veces un jardín con estanque y calles trazadas con simetría. Las casas grandes de la Capital tenían por lo común dos entradas: la principal que daba a la calle, y otra al canal. En ellas no tenían puertas de madera, creyendo sin duda que sus habitaciones no necesitaban de otra custodia que la severidad de las leyes; mas para evitar la vista de los pasajeros, cubrían la entrada con cortinas, y junto a ellas suspendían algunos pedazos de vasija, u otra cosa capaz de avisar con su ruido a los de casa, cuando alguno alzaba la cortina para entrar. A ninguno era lícito entrar sin el beneplácito del dueño. Cuando la necesidad, o la urbanidad, o el parentesco, no justificaban la entrada del que llegaba a la puerta, allí se le escuchaba y prontamente se le despedía.

Supieron los mexicanos fabricar arcos y bóvedas, (1) como consta por las pinturas, y como se ve en sus baños, en las ruinas del palacio real de Tezcoco, y en los otros edificios que se preservaron del furor de los conquistadores. También hacían uso de las cornisas y de otros adornos de arquitectura. Gustaban de otros que labraban en la piedra, y en torno de las puertas y ventanas,

(1) Torquemada dice que cuando los españoles construyeron una bóveda en la primera iglesia de México, los mexicanos, asombrados, no querían entrar en ella, temerosos de que se desplomase; pero si en realidad tuvieron algún temor, no fue seguramente de la bóveda, de que, como ya hemos dicho, usaban en sus edificios, sino de alguna otra circunstancia que intervino en su construcción y que probablemente sería nueva para ellos.

a manera de lazos, y en algunos edificios había una gran sierpe de piedra en actitud de morderse la cola, después de haber girado el cuerpo en torno de todas las ventanas de la casa. Los muros eran derechos y perpendiculares, aunque no sabemos de qué instrumento se servían para su construcción, porque el descuido de los historiadores nos ha privado de datos sobre éste y otros puntos curiosos relativos a sus artes. Algunos creen que los albañiles de aquellos países, cuando alzaban un muro, amontonaban tierra por uno y otro lado, aumentando estos montones a medida que el muro se alzaba, de modo que cuando se concluía, se hallaba como enterrado y cubierto por la tierra que se había amontonado; con lo que no necesitaban de andamios. Pero si bien es cierto que este modo de fabricar haya estado en uso entre los mixtecas y otras naciones de aquellos países, no creo que lo practicasen los mexicanos, atendida la suma prontitud con que terminaban sus edificios. Sus columnas eran cilíndricas o cuadradas, pero no sabemos que tuviesen bases ni chapiteles. Ponían particular empeño en tenerlas de una sola pieza, y tal vez las adornaban con figuras de bajo relieve. Los cimientos de las casas grandes de la Capital, se echaban, por causa de la poca solidez de aquel terreno, sobre un plano de gruesas estacas de cedro clavadas en tierra, como después han seguido haciendo los españoles. El techo de estas casas era de cedro, de abeto, de ciprés, de pino o de oyametl; las columnas, de piedra ordinaria, y en los palacios, de mármol y aun de alabastro, que algunos españoles creyeron jaspe. Antes del reinado de Ahuitzotl, los muros eran de piedra común; pero habiéndose descubierto en su tiempo las canteras de **tetzontli**, a orillas del lago mexicano, se adoptó esta como la más idónea para los edificios de la Capital, porque es dura, ligera y porosa, como una esponja, y la cal se une a ella fortísimamente. Por esta razón y por su color, que es un rojo obscuro, se prefiere aún en la época presente. Los empedrados de los patios y de los templos eran por lo común de piedra de Tenayucan; pero había otros hechos con pedazos de mármol y de otras piedras finas.

Por lo demás, aunque los mexicanos no hayan tenido un gusto arquitectónico comparable al de los europeos, no es menos cierto que los españoles quedaron tan sorprendidos y admirados al ver los palacios reales de México, que Cortés, en sus **Cartas a Carlos V**, no hallando expresiones con que encarecerlos, le decía:

"Tenía (Moteuczoma) dentro de la Capital, casas tan grandes y maravillosas, que no puedo dar a entender de otro modo su excelencia y grandeza, sino es diciendo que no las hay iguales en España." Las mismas expresiones usa Cortés en otros lugares de sus **Cartas**, el Conquistador Anónimo en su apreciable **Relación** y Bernal Díaz en su sincerísima **Historia.** Los tres eran testigos oculares.

ACUEDUCTOS Y CAMINOS SOBRE EL LAGO. RUINAS

Construyeron también los mexicanos, para comodidad de las poblaciones, muchos y buenos acueductos. Los que conducían el agua a la Capital desde Chapoltepec, que distaba dos millas, eran dos, hechos de piedra y mezcla, de cinco pies de alto y de dos pasos de anchura, construídos sobre un camino abierto a propósito, por los cuales llegaba el agua hasta la entrada de la ciudad, y de allí se distribuía por conductos menores en muchas fuentes, y particularmente en las de los palacios reales. Aunque los acueductos eran dos, el agua sólo pasaba por uno, a la vez y entretanto componían el otro, para que el agua estuviese siempre limpia. Aún se ve en Tezcotzinco, antiguo sitio de recreo de los reyes de Tezcoco, el acueducto por donde pasaba el agua a los jardines reales.

El mencionado camino de Chapoltepec, como los otros construídos sobre el lago, y de que he hablado anteriormente, son monumentos innegables de la industria de los mexicanos; pero más luce en el suelo mismo de su Capital, pues si en otras partes los arquitectos no tienen más que hacer que echar los fundamentos y alzar el edificio, allí fue necesario formar el terreno en que se había de edificar, uniendo con terraplenes muchas islas separadas. Además de esta gran tarea, tuvieron la de construir diques y murallones en varios puntos de la ciudad, para mayor seguridad de la población. Pero si en estas empresas se descubre la industria de los mexicanos, en otras brilla su magnificencia. Entre los monumentos de la antigua arquitectura, que aún quedan en el Imperio mexicano, son muy célebres los edificios de Mictlan, en la Mixteca, en los que hay cosas maravillosas y entre otras, una gran sala cuyo techo está sostenido sobre varias columnas cilíndricas de piedra, de ochenta pies de

altura, y cerca de veinte de circunferencia, cada una de una pieza.

Pero ni ésta ni ninguna otra de las ruinas que se conservan de la antigüedad mexicana, pueden compararse con el famoso acueducto de Cempoallan. Esta gran obra, digna de rivalizar con las mayores de Europa, fue construída a mitad del siglo XVI. Dirigióla, sin saber siquiera los principios de la arquitectura, el misionero franciscano Francisco Tembleque, y ejecutáronla con suma perfección, los cempoaltecas. Movido a piedad aquel insigne religioso por la escasez de agua que padecían sus neófitos, pues la que habían recogido en pozos había sido consumida por los ganados de los españoles, se propuso socorrer a toda costa la necesidad de aquellos pueblos. El agua estaba demasiado lejos, y el terreno por el cual debía pasar, era desigual y montuoso; pero todos los obstáculos cedieron al celo activo del misionero, a la industria y fatiga de los indios. Hicieron, pues, un acueducto de piedra y cal, de treinta y dos millas de largo, por causa de las vueltas que tuvo que dar en los montes. (1) La mayor dificultad consistió en tres grandes barrancos u hondonadas que se hallaban en el camino. Superóse, sin embargo, por medio de tres puentes: el primero de cuarenta y siete arcos; el segundo de trece, y el tercero, que es el mayor y el más admirable, de sesenta y siete. El arco mayor, que es el de en medio, situado en la mayor profundidad, tiene ciento diez pies geométricos de alto y sesenta y uno de ancho; así que, podría pasar por debajo un gran navío. Los otros sesenta y seis arcos, situados a una y otra parte de aquél, van disminuyendo por los dos lados, hasta llegar al borde del barranco, y poner el acueducto al nivel del terreno. Este gran puente tiene de largo tres mil ciento setenta y ocho pies geométricos. Cinco años se emplearon en su construcción, y diez y siete en la de todo el acueducto. No me parece importuna en mi Historia la descripción de esta soberbia fábrica; porque si bien fue emprendida por un español después de la Conquista, fue ejecutada por cempoaltecas que sobrevivieron a la ruina de su imperio.

---

(1) Torquemada dice que el largo del acueducto era de 160,416 pies de marca, "que son, añade, más de quince leguas;" pero si habla, como parece, de pies geométricos, son solamente 32 millas y 83 pies, o poco más de 11 leguas. Si hablase de pies toledanos sería algo menos, pues éste es al geométrico como 1,240 a 1,417.

El ignorante autor de las **Indagaciones Filosóficas (Recherches Philosophiques sur les Americains)** niega a los mexicanos el conocimiento y el uso de la cal; pero consta por el testimonio de todos los historiadores de México, por la matrícula de los tributos, y sobre todo, por los edificios antiguos que aún existen, que todas aquellas naciones hacían de la cal el mismo uso que los europeos. El vulgo de aquellos países cree que los mexicanos mezclaban huevos con la cal para darle más tenacidad; mas éste es un error, ocasionado por el color amarillento de las paredes antiguas. Consta igualmente por el dicho de los primeros historiadores, que también se servían de ladrillos cocidos, y que se vendían, como otras muchas cosas, en el mercado.

PICAPEDREROS, JOYISTAS Y ALFAREROS

Los picapedreros, que cortaban y trabajaban la piedra para los edificios, no se servían de picas de hierro, sino de unos instrumentos de piedra muy dura; sin embargo, hacían relieves y adornos. Pero más que estos trabajos, ejecutados sin el uso del hierro, causan asombro las piedras de estupendo tamaño y peso que se hallaron en la Capital, transportadas de muy lejos y colocadas en lugares altos, sin el auxilio de los recursos que ha inventado la mecánica. Además de la piedra común, trabajaban el mármol, el jaspe, el alabastro, el itztli y otras piedras finas. Del itztli hacían espejos guarnecidos de oro, y aquellas excelentes navajas que empleaban en sus espadas, y de las que se servían también sus barberos. Hacíanlas con tal prontitud, que en una hora fabricaban ciento. El método de que se valían se halla descrito en las obras de Hernández, Torquemada y Betancourt.

Los joyistas mexicanos, no sólo tenían conocimiento de las piedras preciosas, sino que sabían pulirlas, labrarlas y cortarlas, dándoles cuantas figuras querían. Los historiadores aseguran que estos trabajos se hacían con una especie de arena; pero lo cierto es que no era posible hacerlos sin algún instrumento de piedra, o del cobre duro que hay en aquellos países. Las piedras preciosas que más usaban los mexicanos eran las esmeraldas, las amatistas, las cornerinas, las turquesas, y otras desconocidas en Europa. Las esmeraldas eran tan comunes, que no había señor que no poseyese un gran número de ellas; y ninguno se

enterraba sin tener una colgada al labio, para que le sirviese de corazón, según ellos decían. Fueron infinitas las que se enviaron a la corte de España, en los primeros años después de la Conquista. Cuando Cortés volvió por primera vez a España, trajo consigo, entre otras joyas inestimables, cinco esmeraldas, que según asegura Gomara, que vivía a la sazón, fueron apreciadas en cien mil ducados, y por una de ellas querían darle cuarenta mil ciertos mercaderes genoveses, para venderla al Gran Señor; (1) y además dos vasos de esmeralda, apreciados, según Mariana, en trescientos mil ducados, y que el mismo Cortés perdió en el naufragio que hizo en la desgraciada expedición de Carlos V contra Argel. En el día no se trabajan aquellas piedras, ni aun se sabe de donde las sacaban los antiguos; pero subsisten enormes pedazos de esmeralda, como una ara que hay en la catedral de la Puebla de los Angeles, y otra en la iglesia parroquial de Quechula (si no es la misma que aquella), que tenían sujeta con cadenas de hierro, como dice Betancourt, para más seguridad.

Los alfareros hacían con barro, no sólo toda especie de vajilla necesaria para los usos domésticos, sino otros trabajos de pura curiosidad, que pintaban de varios colores; pero no consta que conociesen el vidriado. Los más famosos alfareros eran los de Cholula, cuyas obras eran muy apreciadas por los españoles. En el día son famosos los de Cuauhtitlan.

CARPINTEROS, TEJEDORES, ETC.

Los carpinteros trabajaban muy bien toda clase de madera, con sus instrumentos de cobre, de los cuales aun se ven algunos.

---

(1) Una de las esmeraldas de Cortés tenía la forma de una rosa; otra la de una corneta; otra la de un pez, con los ojos de oro; otra era una campanilla con una perla fina en lugar de badajo, y en la orla esta inscripción en letras de oro: **Bendito quien te crió.** La más preciosa, por la cual querían dar los genoveses los 40,000 ducados, era una copa con el pie de oro y cuatro cadenillas del mismo metal, que se unían en una perla a guisa de botón. La orla era un anillo de oro con esta inscripción: **Inter natos mulierum non surrexit major.** Estas cinco piedras, trabajadas por los mexicanos de orden de Cortés, fueron regaladas por él a su segunda mujer, la noble señora doña Juana Ramírez de Arellano y Zúñiga, hija del conde de Aguilar: "Joyas, dice Gomara que las vió, superiores a cuantas tenían las señoras españolas.

Las fábricas de toda especie de tela eran muy comunes en todos aquellos países, y ésta era una de las artes más propagadas en ellos. Carecían de lana, de seda común y de cáñamo; pero suplían la lana con algodón; la seda, con pluma, con pelo de conejo y de liebre, y el cáñamo con iczotl, o palma silvestre, y con diferentes especies de maguey. Del algodón hacían telas gruesas, y otras tan finas y delicadas como la holanda. Estas últimas fueron, con razón, apreciadas por los españoles. Pocos años después de la Conquista se llevó a Roma un traje sacerdotal de los mexicanos, que, según afirma Boturini, causó general admiración en aquella corte, por su finura y excelencia. Tejían estas telas con figuras de diversos colores, que representaban flores y animales. Con plumas tejidas en el mismo algodón hacían capas, colchas, tapetes, cotas y otras piezas no menos suaves al tacto, que hermosas a la vista. He visto algunos hermosos mantos de esta especie, que hasta ahora conservan varios señores del país, y los usan en las fiestas extraordinarias, como en la coronación del rey de España. También tejían con algodón el pelo más sutil del vientre de los conejos y de las liebres, después de teñido e hilado, resultando una tela blandísima con que los señores se vestían en invierno. De las hojas de dos especies de maguey, llamadas **pati** y **quetzalichtli**, sacaban un hilo delgado, para hacer telas equivalentes a las de lino: de las de otras especies de la misma planta, y de la palma silvestre, otro hilo más grueso, semejante al cáñamo. El modo que tenían de preparar estos materiales, era el mismo que los europeos empleaban para sus dos hilazas favoritas: maceraban las hojas en agua, las limpiaban, las ponían al sol, y separaban el hilo, hasta ponerlo en estado de poder hilarlo.

De las mismas hojas de la palma silvestre, y de las de otra especie, llamada **izhuatl**, hacían finísimas esteras de varios colores. En otras empleaban el junco que nace abundantemente en aquel lago.

Del hilo de maguey se servían también para cuerdas, zapatos y otros utensilios.

Curtían bastante bien las pieles de los cuadrúpedos y de las aves, dejándoles unas veces el pelo y la pluma, o quitándoselos, según el uso que de ellas querían hacer.

Finalmente, para dar alguna idea del gusto de los mexicanos en las artes, me parece oportuno transcribir la lista de los

primeros regalos que envió Cortés a Carlos V, a los pocos días de su llegada al territorio de México. (1)

LISTA DE LAS CURIOSIDADES ENVIADAS POR CORTES A CARLOS V

Dos ruedas de diez palmos de diámetro: una de oro con la imagen del sol, y otra de plata con la de la luna; formadas una y otra, de hojas de aquellos metales, con muchas figuras de animales, y otras de bajo relieve, trabajadas con singular artificio. La primera sería probablemente la figura del siglo y la segunda, la del año, según lo que dice Gomara, aunque no lo asegura.

Un collar de oro, compuesto de siete piezas, con ciento ochenta y tres pequeñas esmeraldas engarzadas y doscientas treinta y dos piedras semejantes al rubí. Pendían de ella veintisiete campanillas de oro y algunas perlas.

Otro collar de oro de cuatro piezas, con ciento y dos piedras como rubíes, ciento setenta y dos esmeraldas, diez hermosas perlas engarzadas y veintiséis campanillas de oro. "Estos dos collares, dice Gomara, eran dignos de verse, y tenían otras preciosidades además de las referidas."

Un morrión de madera cubierto de oro, guarnecido de piedras, con veinticinco campanillas de oro que de él pendían; y en lugar de penacho, un pájaro verde con los ojos, los pies y el pico de oro.

Una celada de oro cubierta de pedrería, de la que pendían algunas campanillas.

Un brazalete de oro muy fino. Una vara a guisa de cetro, con dos anillos de oro en las dos extremidades, guarnecidos de perlas.

Cuatro tridentes adornados con plumas de varios colores, con las puntas de perlas, atadas con hilo de oro.

Muchos zapatos de piel de ciervo, cocidos con hilo de oro, y con las suelas de piedra itztli, blanca y azul, y muy sutiles. Gomara no dice expresamente que la piedra fuese itztli, pero se

(1) Esta lista es copiada de la **Historia** de Gomara, que vivía a la sazón en España, omitiendo algunos objetos poco importantes y apartándome del orden seguido por aquel autor.

infiere de su descripción. Es probable que estos zapatos no se hacían sino por curiosidad, aunque también puede ser que los usasen los señores cuando iban en litera, como solían hacerlo.

Una rodela de madera y cuero, con campanillas pendientes al rededor, y en medio una lámina de oro, en que se veía esculpida la imagen del dios de la guerra, entre cuatro cabezas: de león, de tigre, de águila y de buho, representadas al vivo, con sus pieles y sus plumas.

Muchas pieles curtidas de cuadrúpedos y aves, con su pluma y pelo.

Veinticuatro rodelas, bellas y curiosas, de oro, de plumas y de perlas menudas, y otras cinco sólo de plumas y plata.

Cuatro peces, dos patos y otros pájaros, de oro fundido.

Dos lagartos de oro y un gran cocodrilo revestido de hilo del mismo metal.

Un espejo grande guarnecido de oro y muchos pequeños.

Muchas mitras y coronas de plumas y oro, adornadas de piedras y perlas.

Muchos penachos, grandes y hermosos, de plumas de varios colores, con adornos de oro y de piedras pequeñas.

Muchos abanicos de oro y plumas, o de plumas solas, de diversas hechuras; pero todos hermosísimos.

Una capa grande de algodón y de plumas de varios colores, con una rueda negra en medio, con sus rayos.

Muchas capas de algodón, enteramente blancas; o blancas y negras, de cuadros; o rojas, verdes, amarillas y azules, peludas por fuera como felpa, y por dentro lisas y sin color.

Muchas camisolas, jubones, pañuelos, colchas, cortinas y tapetes de algodón.

Todos estos objetos eran, según dice Gomara, más preciosos por su artificio, que por su materia. "Los colores del algodón, añade, eran bellísimos, y los de las plumas eran naturales. En cuanto a los renglones de fundición, nuestros artífices no podían comprender cómo habían sido ejecutados." Este regalo, que era parte del que hizo Moteuczoma a Cortés, pocos días después de haber desembarcado éste en Chalchiuhcuecan, fue enviado por el Conquistador a Carlos V, en julio de 1519, y éste fue el primer oro y la primera plata que el Nuevo Mundo envió al Antiguo: pequeño ensayo de los inmensos tesoros que debía enviar en el porvenir.

CONOCIMIENTO DE LA NATURALEZA.—MEDICINA

De todas las artes practicadas por los mexicanos, la medicina fue la que menos llamó la atención de los historiadores españoles, aunque pertenece esencialmente al conocimiento de aquellos pueblos. Los escritores de que hemos hablado, se contentan con decir que los médicos mexicanos tenían un gran conocimiento de las hierbas, y que con ellas hacían curas maravillosas; pero sin especificar los progresos que hicieron en una ciencia tan provechosa al género humano. Sin embargo, no puede dudarse que las mismas necesidades que obligaron a los griegos a formar una colección de experimentos y observaciones sobre la naturaleza de las enfermedades, y sobre la virtud de los medicamentos, condujeron igualmente a los mexicanos al estudio de estas dos partes esencialísimas de la medicina.

No sabemos que se valiesen de sus pinturas, como los griegos de sus escritos, para comunicar sus luces a la posteridad. Los profesores de medicina instruían a sus hijos en el carácter, y en las variedades de las dolencias a que está sometido el cuerpo humano, y en el conocimiento de las hierbas que la Divina Providencia ha creado para su remedio, cuyas virtudes habían sido experimentadas por sus mayores. Enseñábanles el modo de distinguir los diferentes grados de la misma enfermedad, de preparar las medicinas, y de aplicarlas. De todo esto nos ha dejado pruebas convincentes el Dr. Hernández, en su **Historia Natural de México.** (1) Aquel docto y laborioso escritor tuvo

---

(1) El Dr. Hernández, siendo médico de Felipe II y muy famoso por las obras que publicó sobre la Historia Natural de Plinio, fue enviado por aquel monarca a México para examinar las producciones naturales de aquel país. Empleóse en aquella tarea con otros doctos naturalistas, y por espacio de muchos años, valiéndose de las luces de los médicos mexicanos. Su obra, digna de los 60,000 ducados que en ella se gastaron, constaba de 24 libros de historia y 11 tomos de excelentes pinturas de plantas y animales; pero creyéndola el rey demasiado voluminosa, mandó compendiarla a un médico napolitano, Nardo Antonio Recchi. Este compendio se publicó en lengua española en México, por el dominicano Francisco Jiménez, en 1615, y después en Roma, en latín, por los Académicos Linceos, en 1651, con notas y disertaciones eruditas, pero demasiado largas y fastidiosas. Los manuscritos de Hernández se enviaron a la biblioteca del Escorial y de ellos tomó el P. Nieremberg una gran parte de lo que escribió sobre la historia natural, como él mismo confiesa. El P. Claudio Clemente, jesuíta

siempre por guía a los médicos mexicanos en el estudio de la naturaleza, que hizo en aquel vasto imperio. Ellos le dieron a conocer mil y doscientas plantas con sus propios nombres mexicanos, doscientas y más especies de pájaros y un gran número de cuadrúpedos, de reptiles, de peces, de insectos y de minerales. De esta apreciabilísima, aunque imperfecta **Historia**, podría formarse un cuerpo de medicina práctica para aquel reino, como la formaron en efecto, el Dr. Farfán en su libro de **Curaciones**, el admirable anacoreta Gregorio López y otros célebres médicos: y si desde entonces en adelante no se hubiera descuidado el estudio de la naturaleza, ni hubiera sido tan grande la prevención en favor de todas las cosas ultramarinas, se hubieran ahorrado los habitantes de México una gran parte de las sumas que han gastado en drogas de Europa y Asia, y hubieran sacado mucha ventaja de los productos de su país.

A los médicos mexicanos debe la Europa el tabaco, el bálsamo americano, la goma copal, el liquidámbar, la zarzaparrilla, la tecamaca, los piñones purgantes, y otros simples que han sido y son de gran uso en la medicina; pero hay infinitos de que carece la Europa por la ignorancia y el descuido de los traficantes.

Además de los purgantes que hemos nombrado, y otros, hacían grandísimo uso del Michuacan, tan conocido en Europa; (1) del **izticpatli**, tan celebrado por el Dr. Hernández, y del **amamaxtla**, conocido vulgarmente con el nombre de **Ruibarbo de los frailes.**

Tenían muchos eméticos, el **mexochitl** y el **neixcotlapatli**; diuréticos, como el **agixpatli** y el **agixtlacotl**, que también celebra Hernández; antídotos como la famosa **contrahierba**, llamada por su figura **coanenepilli** (lengua de sierpe), y por sus efectos **coapatli**, esto es, remedio contra las serpientes; estornutatorios, como el **zozoyatic**, planta tan eficaz, que bastaba acercar la raíz a la nariz para excitar el estornudo; febrífugos,

---

francés, hablando sobre los manuscritos de Hernández, dice así: "**Qui omnes libri et commentarii, si pro ut affecti sunt, ita forent perfecti, et absoluti, Philippus Secundus, et Franciscus Hernandius, haud quaquam Alexandro et Aristoteli hac in parte concederent.**"

(1) La célebre raíz de Michuacan se llama en lengua tarasca **Tucuache**, y en mexicano **Tlalantlacuitlapilli**. Dióla a conocer un médico del rey de Michuacan a los primeros religiosos que fueron a predicar el Evangelio a aquellos países, curándolos de las dolencias que padecían. De los religiosos se comunicó la noticia a los españoles y de éstos a toda la Europa.

como el **chatalhuic** para las fiebres intermitentes, y para las comunes, el **chiantzolli**, el **ixtacxalli**, el **huehuetzontecomatl**, y sobre todo el **izticpatli**. Para preservarse del mal que solían contraer cuando jugaban demasiado al balón, solían comer la corteza del **apitzalpatli**, macerada en agua. Sería infinita la enumeración que podría hacer de las plantas, resinas, minerales y otras medicinas, tanto simples como compuestas, de que se servían como remedios en todas las especies de enfermedades que conocían. Quien desee tener noticias más individuales sobre este asunto, podrá consultar la mencionada obra del Dr. Hernández, y los dos tratados publicados por el Dr. Monardes, médico sevillano, sobre las drogas medicinales que se suelen traer de América.

ACEITES, UNGÜENTOS, INFUSIONES, ETC.

Servíanse los médicos mexicanos de infusiones, decocciones, emplastos, ungüentos y aceites, y todas estas cosas se vendían en el mercado, como refieren Cortés y Bernal Díaz, testigos oculares. Sus aceites más comunes eran los de hule o resina elástica; de **tlapatl**, árbol semejante a la higuera; de **chile** o pimiento; de **chia**, y de **ocotl**, que era una especie de pino. Este último se sacaba por destilación, y los otros por decocción. El de chia servía más a los pintores que a los médicos.

Del **huitziloxitl** sacaban, como ya he dicho, las dos clases de bálsamo, de que hace mención Plinio y otros naturalistas antiguos: a saber, el opobálsamo, que era el destilado del árbol, y el xilobálsamo, sacado por decocción de las ramas. De la corteza del **huaconex**, macerada por espacio de cuatro días contínuos en agua, formaban otro líquido semejante al bálsamo. De la planta llamada por los españoles **maripenda** (nombre tomado, según parece, de la lengua tarasca) sacaban igualmente un licor semejante al bálsamo, tanto en su buen olor, cuanto en sus maravillosos efectos, cociendo en agua los tallos tiernos con el fruto de la planta, hasta espesarse aquélla como mosto. De este modo formaban otros aceites y licores preciosos, como el del liquidámbar y el de abeto.

SANGRIAS Y BAÑOS

Era comunísimo entre los mexicanos y otros pueblos de Anáhuac, el uso de la sangría, que sus médicos ejecutaban con

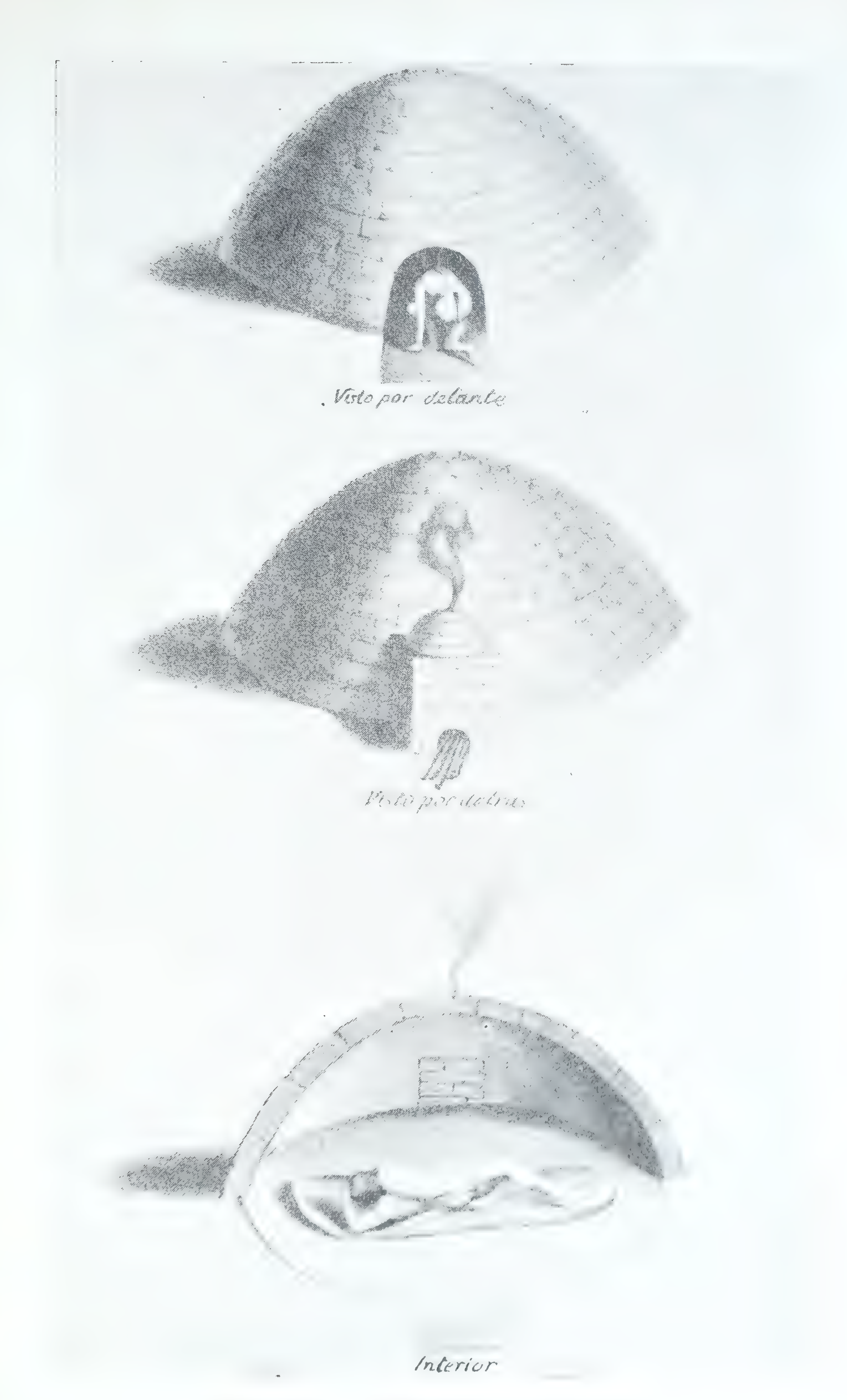
destreza y seguridad, sirviéndose de lancetas de itztli. La gente del campo se sacaba sangre, como lo hacen todavía, con puntas de maguey, sin valerse de otra persona, y sin suspender el trabajo en que se empleaban. En lugar de sanguijuelas se servían de los dardos del puerco espín americano, que tienen un agujero en la punta.

Entre los medios que empleaban para conservar la salud, era bastante común el baño, que muchos usaban diariamente en el agua natural de los ríos, de los lagos, de los canales y de los estanques. La experiencia ha hecho conocer a los españoles las ventajas de estos baños, y sobre todo en los países calientes.

TEMAZCALLIS O HIPOCAUSTOS

Poco menos frecuentes eran entre los mexicanos y otros pueblos de Anáhuac los baños de **temazcalli,** que siendo una de las singularidades más notables de aquellos países, no ha sido descrita por ningún autor español, en cuyas obras se suelen hallar grandes pormenores de objetos mucho menos importantes; de modo que si este uso no se hubiera conservado hasta nuestros días, hubiera perecido enteramente su memoria.

El temazcalli, o hipocausto mexicano, se fabrica por lo común de ladrillos crudos. Su forma es muy semejante a la de los hornos de pan; pero con la diferencia que el pavimento del temazcalli es algo convexo, y más bajo que la superficie del suelo, en lugar que el de nuestros hornos es llano y elevado, para mayor comodidad del panadero. Su mayor diámetro es de cerca de ocho pies, y su mayor elevación de seis. Su entrada, semejante también a la boca de un horno, tiene la altura suficiente para que un hombre entre de rodillas. En la parte opuesta a la entrada, hay un hornillo de piedra o de ladrillos, con la boca hacia la parte exterior, y con un agujero en la superior, para dar salida al humo. La parte en que el hornillo se une al hipocausto, la cual tiene dos pies y medio en cuadro, está cerrada con piedra seca de **tetzontli,** o con otra no menos porosa que ella. En la parte superior de la bóveda hay otro agujero como el de la hornilla. Tal es la estructura común del temazcalli, como se ve en la adjunta estampa; pero hay otros que no tienen bóveda ni hornilla, y que se reducen a unas pequeñas piezas cuadrilongas, bien cubiertas, y defendidas del aire.



Temaxcalli, o hipocausto mexicano



Lo primero que se hace antes de bañarse, es poner dentro del temazcalli una estera, en lugar de la cual los españoles ponen un colchón para más comodidad; un jarro de agua, y unas hierbas u hojas de maíz. Después se hace fuego en el hornillo, y se conserva encendido hasta que estén hechas ascua las piedras de que he hecho mención. El que quiere bañarse entra ordinariamente desnudo, y solo, o acompañado de un sirviente, si su enfermedad lo exige, o si así le acomoda. Inmediatamente cierra la entrada, dejando un poco abierto el agujero superior, a fin de que salga el humo que puede introducirse del hornillo, y cuando ha salido todo, lo cierra también. Entonces empieza a echar agua en la piedra encendida, de la que se alza un denso vapor, que va a ocupar la parte superior del temazcalli. Echase en seguida en la estera, y si tiene consigo un sirviente, éste atrae hacia abajo el vapor con las hierbas, o con el maíz, y con las mismas, mojadas en el agua del jarro, que ya está tibia, golpea al enfermo en todo el cuerpo, y sobre todo en la parte dolorida. Inmediatamente se presenta un sudor copioso y suave, que se aumenta o disminuye según conviene. Conseguida la deseada evacuación, se deja salir el vapor, se abre la puertecilla y se viste el enfermo; o si no, bien cubierto, lo llevan sobre la estera, o sobre el colchón, a una pieza inmediata, pues siempre hay alguna habitación en las cercanías del baño.

Siempre se ha hecho uso del temazcalli en muchas enfermedades, especialmente en las calenturas ocasionadas por alguna constipación. Usanlo comunmente las indias después del parto, y los que han sido heridos o picados por algún animal venenoso.

Es además un remedio eficaz para los que necesitan evacuar humores gruesos y tenaces, y yo no dudo que sería utilísimo en Italia, donde se padecen tan frecuentes y graves reumatismos. Cuando se necesita un sudor más copioso, se coloca el enfermo algo más cerca del techo, donde es más espeso el vapor. Es tan común, aun en el día, el temazcalli, que no hay población de indios donde no se vean muchos baños de esta especie.

CIRUGIA

En cuanto a la cirugía de los mexicanos, los mismos conquistadores españoles aseguran, por su propia experiencia, la

prontitud y la felicidad con que curaban las heridas. (1) Además del bálsamo y de la maripenda, les aplicaban el tabaco y otros vegetales. Para las úlceras se servían del **nanahuapatli**, del **zacatlepatli** y del **itzcuintpatli**; para los abcesos y otros tumores, del **tlalamatl** y del electuario de **chilpatli**, y para las fracturas de huesos, del **nacazol** o **toloatzin**. Después de haber secado y pulverizado las semillas de estas plantas, las mezclaban con cierta resina y aplicaban la composición a la parte adolorida, cubriéndola con plumas y poniendo encima unas tablillas para unir el hueso roto.

Los médicos eran por lo común los que preparaban y aplicaban los remedios; mas para hacer más misteriosa la cura, la acompañaban con ceremonias supersticiosas, con invocaciones a sus dioses y con imprecaciones contra las dolencias. Veneraban, como protectora de la medicina, a la diosa **Tzapotlatenan**, creyéndola inventora de muchos remedios, y entre ellos del aceite que sacaban por destilación del ocotl.

ALIMENTOS DE LOS MEXICANOS

Es extraño que los mexicanos, y especialmente los pobres, no estuviesen expuestos a muchas enfermedades atendida la cualidad de sus alimentos. En este ramo tuvieron algunas singularidades notables; porque habiendo estado tantos años, después de la fundación de la ciudad, reducidos a vivir miserablemente en las islas del lago, la necesidad los obligó a sostenerse con todo lo que encontraban en las aguas. En aquellos tiempos calamitosos aprendieron a comer, no sólo las raíces de las plantas acuáticas, sino las culebras, el **axolotl**, el **atetepiz**, el **atopinan**; otros animalillos e insectos; las hormigas, las moscas y los huevos de éstas. De las moscas llamadas **axayacatl**, cogían tan gran cantidad, que tenían para comer, para cebar muchas especies de pájaros, y para vender en el mercado. Amasábanlas, y con la pasta hacían unos panes que ponían a cocer en agua con nitro, en hojas de maíz. Esta comida no desagradó a los historiadores españoles que la probaron. De los huevos que estas moscas ponen

(1) El mismo Cortés fue perfectamente curado por los médicos tlaxcaltecas de una grave herida que recibió en la cabeza en la famosa batalla de Otompan u Otumba.

en gran abundancia, sobre los juncos del lago, formaban aquella especie de caviar, llamada **ahuauhtli,** de que ya he hecho mención.

Hacían también uso de una substancia fangosa, que nada en las aguas del lago, secándola al sol y conservándola para comerla, a guisa de queso, al que se parecía mucho en el sabor. Dábanle el nombre de **tecuitlatl,** o sea excremento de piedra. Acostumbrados a estos viles alimentos, no los abandonaron después en los tiempos de su mayor prosperidad; de modo que sus mercados estaban siempre llenos de innumerables clases de insectos crudos, fritos y asados, que se vendían especialmente a los pobres. Sin embargo, cuando con el tráfico del pescado empezaron a proporcionarse mejores comestibles, y a cultivar con su industria los huertos flotantes, mejoraron el sistema de sus comidas, y nada dejaban que desear sus banquetes, ni por la abundancia, ni por la variedad, ni por el buen gusto de los manjares, como lo testifican los conquistadores. (1)

Entre ellos merece el primer lugar el maíz, que llaman **tlaolli,** grano que la Providencia concedió a aquella parte del mundo, en lugar del trigo de Europa, del arroz del Asia, y del mijo del Africa, aunque con algunas ventajas sobre todos ellos; pues además de ser sano, gustoso y más nutritivo, su multiplicación es más copiosa, se presta a los climas calientes y a los fríos, no exige tanto cultivo, ni es tan delicado como el trigo, ni necesita como el arroz, de un terreno húmedo y dañoso a la salud de los labradores. Tenían muchas especies de maíz, diferentes en tamaño, en color y en calidad. Con él hacían pan, enteramente diverso del de Europa, no menos en el sabor y en la figura, que en el modo que tenían de hacerlo, y que aun conservan hasta ahora. Cuecen el grano en el agua con un poco de cal: cuando empieza a ponerse blando, lo aprietan entre las manos, para quitarle la piel: después lo muelen en el **metlatl,** (2) toman un poco de la masa, y extendiéndola entre ambas manos, forman el pan, que cuecen últimamente en el **comalli.** Estos panes son ovalados y delgados: su diámetro es de cerca de ocho dedos, y su grueso poco más de una línea; pero los hacen más pequeños y menos gruesos, y en tiempos antiguos los hacían tan sutiles, para la

(1) Véase sobre este asunto la primera **Carta de Cortés,** la **Historia** de Bernal Díaz y la **Relación** del Conquistador Anónimo.

(2) Los españoles llaman al **metlatl,** metate; al **comalli,** comal y al **atolli,** atole.

gente principal, como un papel fuerte. Solían poner en el maíz algún otro ingrediente para que el pan fuese más gustoso o más saludable. El pan de los nobles y ricos era por lo común de maíz rojo, amasado con la hermosísima flor **coatzontecoxochitl**, o con otras plantas medicinales, para excitar calor en el estómago. Tal es el pan que han usado siempre los mexicanos y los otros pueblos de aquellos vastos países hasta nuestros días, prefiriéndolo al mejor de trigo. Muchos españoles han adoptado su uso; pero es necesario confesar que aunque el pan de maíz sea muy sano, substancioso y de buen gusto cuando está recién hecho, tiene un sabor desagradable cuando se enfría. En todos aquellos pueblos ha sido siempre atribución propia de las mujeres hacer el pan y preparar toda clase de manjares. Ellas lo hacían para sus familias y para venderlo en el mercado.

Hacían también con maíz otras muchas clases de comidas y bebidas, añadiéndoles algunos ingredientes y adoptando diversas preparaciones. El **atolli** es una especie de poleadas, que se hace con la masa del maíz bien molida, cocida, desleída en agua y colada. Ponen al fuego el líquido, después de esta última operación, y lo cuecen hasta darle la consistencia necesaria. Es insípido al paladar de los españoles; pero lo usan en sus enfermedades, endulzándolo con azúcar, en lugar de miel que los indios emplean. Para éstos es manjar tan grato, que no pueden vivir sin él. En todos tiempos les ha servido de almuerzo, y les da bastante fuerza para sobrellevar los trabajos del campo y las demás fatigas en que se emplean. El Dr. Hernández distingue hasta diez y siete especies de atolli, todas diferentes, tanto por los condimentos, cuanto por el modo de prepararlo.

Después del maíz, los granos de que más uso hacían, eran el cacao, la chía y las judías. Con el cacao formaban varias bebidas comunes, y entre ellas las que llamaban **chocolatl**. Molían igual cantidad de cacao y de semilla de **pochotl**: ponían todo junto en una vasija, con una cantidad proporcionada de agua; allí lo meneaban y agitaban con el instrumento de madera llamado **molinillo** en español; hecho esto, ponían aparte la porción más oleosa que quedaba encima. En la parte restante mezclaban un puñado de pasta de maíz cocido, y lo ponían al fuego hasta darle cierto punto; y después de apartado le añadían la parte oleosa, y esperaban a que se entibiase para tomarlo. Tal

es el origen del famoso **chocolate,** que, con el nombre y con los instrumentos para su elaboración, han adoptado todas las naciones cultas de Europa, aunque alterando el nombre y los ingredientes, según el idioma y el gusto de cada cual. Los mexicanos solían perfumar su chocolate y las otras bebidas de cacao, o para realzar su sabor, o para hacerlas más saludables, con **tlilxochitl,** o vainilla, con flor de **xochinacatztli,** (1) o con el fruto del **mecaxochitl,** (2) y las dulcificaban con miel, como nosotros hacemos con azúcar.

Con el grano de la chía hacían una bebida muy fresca, usadísima aún en aquellos países; y mezclado con el maíz, otra llamada **chianzotzolatolli,** que era de excelente sabor, y que apreciaban mucho los antiguos, particularmente en tiempo de guerra. La provisión ordinaria de un soldado en campaña se reducía a un saquillo de maíz y chía. Cuando necesitaba alimento, cocía en agua la cantidad que le parecía oportuna de aquellos dos ingredientes, y con esta bebida, deliciosa y nutritiva, como la llama el Dr. Hernández, toleraba los ardores del sol y las fatigas de la guerra.

No hacían tanto consumo de carne como los europeos: sin embargo, en los grandes banquetes, y diariamente en las mesas de los ricos, se servía la de muchas especies de animales, como ciervos, conejos, jabalíes (mexicanos), tuzas y techichis, que se cebaban como los puercos en Europa, y otros varios cuadrúpedos, peces y aves. De éstas, las más comunes eran los pavos y las codornices.

Las frutas de que más gustaban, eran el mamey, el tliltzapotl, el cochitzapotl, el chictzapotl, la piña, la chirimoya, el ahuacatl, la anona, la pitahaya, el capolino, o cereza mexicana, y diversas especies de higos de nopal, o tunas, con las cua-

---

(1) El **xochinacatztli** es un árbol que tiene las hojas largas y estrechas y de un verde obscuro. La flor consta de seis pétalos, color de púrpura en su interior, verdes por de fuera y suavemente olorosos. De su figura, semejante a una oreja, proviene el nombre mexicano y el de **orejuela** que le dan los españoles. El fruto es anguloso, color de sangre y viene dentro de una vaina de seis pulgadas de largo y de un dedo de grueso. Es árbol propio de los países calientes. La flor era muy apreciada por los mexicanos y nunca faltaba en sus mercados.

(2) El **mecaxochitl** es una pequeña planta cuyas hojas son grandes y gruesas. El fruto se parece a la pimienta.

les suplían la falta de las peras, de las manzanas y de los melocotones.

En medio de tan gran abundancia de víveres, los mexicanos carecían de leche y grasa; pues ni tenían vacas, ni ovejas, ni cabras, ni puercos. No sabemos que comiesen otra especie de huevos que los de pavo e iguana. La carne de este último animal era antiguamente, y es en la actualidad, una de sus comidas favoritas.

El condimento de sus manjares, además de la sal, era el pimiento o chile y el tomate, los cuales son también comunísimos entre los españoles que habitan aquellos países.

VINO

Usaban muchas especies de vino, o bebidas equivalentes, sacadas de la palma, de la caña del maíz y del mismo grano: de esta última, llamada **chicha,** hacen mención casi todos los historiadores de América, por ser la más general en el Nuevo Mundo. El vino más común y el mejor de los mexicanos, es el de maguey, que ellos llaman **octli,** y los españoles **pulque.** (1) Hácese del modo siguiente: cuando el maguey llega a cierto tamaño y madurez, le cortan el tallo, o por mejor decir, las hojas tiernas de que sale el tallo, que están en el centro de la planta, y dejan allí una cavidad proporcionada. Raspan después la superficie interior de las hojas gruesas que circundan aquella cavidad, y de ellas sacan un jugo dulce, en tanta cantidad, que una sola planta suele dar en seis meses más de seiscientas libras, y en todo el tiempo de la cosecha, más de dos mil.

Sacan el jugo de la cavidad con una caña, o más bien con una calabaza larga y estrecha, y después lo ponen en una vasija hasta que fermenta, lo cual sucede antes de las veinticuatro horas. Para facilitar la fermentación, y dar más fuerza a la bebida, le ponen una hierba que llaman **ocpatli,** o remedio del vino. El color del pulque es blanco; el sabor algún tanto áspero, y la fuerza bastante para embriagar, aunque no tanto como el vino de uva. Es bebida sana y apreciable por muchas razones; pues

---

(1) **Pulque** no es palabra española ni mexicana, sino tomada de la lengua araucana que se habla en Chile, en la cual, pulque es el nombre general de las bebidas que los indios usan para embriagarse; pero es difícil adivinar cómo pasó este nombre a México.



Trajes mexicanos



es excelente diúretico, y remedio eficaz para la diarrea. Es increíble el consumo que se hace del pulque en aquellos países, y muy considerable la ventaja que produce a los españoles. El impuesto sobre el consumo sólo de la Capital, asciende anualmente a cerca de trescientos mil pesos, pagando un real mexicano por cada veinticinco libras castellanas. La cantidad de pulque que se consumió allí en 1774, subió a dos millones doscientas catorce mil noventa y cuatro arrobas y media, sin contar el que se introduce por contrabando y el que despachan en la plaza mayor los indios privilegiados.

TRAJE

No eran los mexicanos tan singulares en el traje como en la comida: su ropa ordinaria era muy sencilla, reduciéndose en los hombres al **maxtlatl** y al **tilmatli**, y en las mujeres al **cueitl** y al **hueipilli**. El **maxtlatl** era una cintura larga o faja, con las extremidades pendientes por delante y por detrás. El **tilmatli** era una capa cuadrada, de cerca de cuatro pies de largo, cuyas extremidades ataban sobre el pecho, o sobre un hombro, como se ve en la estampa adjunta. El **cueitl** eran las enaguas comunes de que se servían las mujeres: se reducía a una pieza también cuadrada, con que se envolvían desde la cintura hasta media pierna. El **hueipilli** era una camisa de mujer, sin mangas.

La ropa de la gente pobre era de hilo de maguey o de palma silvestre, o de tela gruesa de algodón; la de los ricos, de excelente tela de esta última clase, teñida de varios colores, y con adornos de figuras de flores o de animales, o entretejida con hermosas plumas, o con pelo fino de conejo y guarnecida con figurillas de oro y con vistosos flecos, especialmente en la faja. Los hombres solían llevar dos o tres capas y las mujeres otras tantas camisas y enaguas, dejando debajo las más largas, para que se viese parte de ellas. La ropa de invierno de los señores, era siempre de algodón, con plumas o pelo de conejo. Las señoras llevaban, además del hueipilli, un ropón semejante a el alba de los eclesiásticos, pero con las mangas más anchas.

El calzado consistía en una suela de cuero o de tejido fuerte de maguey, atada con cordones, de modo que sólo cubría las

plantas de los pies. Los reyes y los señores adornaban los cordones con hermosas trenzas de oro y piedras preciosas.

ADORNOS

Todos los mexicanos dejaban crecer el cabello, y tenían a deshonra el cortarlo, excepto las doncellas que se consagraban al servicio del templo. Las mujeres llevaban la cabellera suelta, y los hombres atada de diversos modos y adornada con hermosos penachos, especialmente en los bailes y en la guerra.

Es difícil hallar una nación que reuniese tanta sencillez en el traje, a tanta vanidad y lujo en los adornos del cuerpo. Además de las plumas y joyas de que cubrían la ropa, usaban pendientes en las orejas, en el labio inferior, y muchos en la nariz; collares, ajorcas, pulseras y argollas, a guisa de collares, en las piernas. Los pendientes de la gente pobre eran de conchas, de cristal, de ámbar o de alguna piedrecilla reluciente; los de los ricos, de perlas, esmeraldas, amatistas y otras piedras preciosas engarzadas en oro.

MUEBLES Y OCUPACIONES DOMESTICAS

Los muebles no correspondían a tanta vanidad. La cama se reducía a una o dos esteras fuertes de junco, a las cuales los ricos añadían otras finas de palma y sábanas de algodón, y los señores, unas telas tejidas con plumas. La almohada de los pobres era una piedra o un pedazo de madera: los ricos la usarían quizás de algodón. La gente común no se cubría en la cama sino con el mismo tilmatli, o capa; pero los ricos y nobles se servían de colchas de algodón y pluma.

Para comer, en lugar de mesa, extendían en el suelo una estera. Tenían servilletas, platos, fuentes, ollas, orzas y otra vajilla de barro fino; mas no parece que conociesen el uso de la cuchara ni del tenedor. Sus asientos eran unos banquillos bajos de madera, de junco, de palma, o de una especie de caña que llamaban **icpalli,** y los españoles, **equipales.** En ninguna casa faltaban el **metlatl** ni el **comalli.** El metlatl era la piedra en que molían el maíz y el cacao, como se representa en la estampa que figura el modo de hacer el pan. Todavía es usadísimo aquel instrumento en todo el territorio mexicano y en la mayor parte de los países de América. Lo han adoptado también los euro-

peos para hacer el chocolate. El comalli era, y es todavía, una especie de tortera redonda, y algún tanto cóncava, que tiene un dedo de grueso y cerca de quince pulgadas de diámetro. Se usa tanto como el metlatl.

Los vasos de los mexicanos eran de ciertas frutas semejantes a las calabazas, que nacen en los países cálidos, en árboles de mediano tamaño. Los unos son grandes y perfectamente redondos, y se llaman **xicalli;** (1) los otros, más pequeños y cilíndricos, a los que dan el nombre de **tecomatl.** Ambos frutos son sólidos y pesados: la corteza es dura, leñosa, de un color verde obscuro, y la semilla parecida a la de la calabaza. El **xicalli** tiene cerca de ocho pulgadas de diámetro; el **tecomatl,** poco menos largo y cerca de cuatro dedos de grueso. Cada fruto, dividido por medio, da dos vasos iguales: le sacan la parte interior, y con una tierra mineral le dan un barniz permanente de buen olor y de varios hermosos colores, especialmente rojo. Hoy suelen platearlos y dorarlos.

No usaban los mexicanos ni candeleros, ni velas de cera o sebo, ni aceite para luces. Aunque tenían muchas especies de aceite, sólo los empleaban en la medicina, en la pintura y en los barnices; y aunque extraían gran cantidad de cera de los panales, o no quisieron, o no supieron aprovecharse de ella para el alumbrado. En los países marítimos solían servirse para ésto de los **cucuyos,** o escarabajos luminosos; pero el alumbrado común se hacía con teas o rajas de **ocotl,** que aunque daban buena luz y buen olor, exhalaban demasiado humo, y con él ennegrecían las habitaciones. Uno de los usos europeos que más apreciaron los mexicanos después de la Conquista, fue el de las velas; pero lo cierto es que aquellas gentes no necesitaban de medios exteriores de alumbrarse, pues consagraban al reposo todas las horas de la noche, después de haber dado al trabajo todas las del día. Los hombres trabajaban en sus artes y oficios, y las muje-

---

(1) Los españoles de México llamaron **jícara** al **xicalli;** los de Europa adoptaron aquel nombre para significar la taza en que toman el chocolate, y tal es el origen de la voz italiana **chichera.** Mr. de Bomare hace mención del árbol del **xicalli** con el nombre de **calebassier d'Amerique** y dice que en México se conoce con el de **choyne, cuyete e higuero;** pero no es verdad. El nombre de **hibuero** era el que daban a aquel árbol los indios de la isla Española; usáronlo los conquistadores españoles y no se ha vuelto a usar en aquellos países. Los otros nombres son enteramente desconocidos.

res en coser, hilar, bordar, hacer el pan, preparar la comida y limpiar la casa. Todos hacían oración diaria a sus dioses, y quemaban copal en su honor; por lo cual, en todas las casas había ídolos e incensarios.

El modo que tenían los mexicanos y las demás naciones de Anáhuac de hacer fuego, era el mismo que empleaban los antiguos pastores de Europa, (1) esto es, la violenta frotación de dos leños secos. Los mexicanos en estos casos usaban del achiote, que es el **roucou** de los franceses. Boturini asegura que sabían hacer uso del pedernal.

Tomaban por la mañana, después de algunas horas de trabajo, el almuerzo ordinario, que se reducía al **atolli,** o poleadas de harina de maíz. Comían después de mediodía; pero ningún historiador de los muchos que he consultado, hace mención de su cena. Eran parcos en comer; pero bebían mucho y con frecuencia. Sus bebidas comunes eran vino de maguey, o de maíz, o de chia, o las que hacían con cacao o agua natural.

Después de comer, los señores solían conciliar el sueño con el humo del tabaco. (2) De esta planta hacían gran uso. Empleábanla en emplastos, o para fumar, o en polvo por la nariz. Para fumar ponían en un tubo de caña o de otra materia más fina, la hoja, con resina de liquidámbar, o con otras hierbas olorosas. Recibían el humo, apretando el tubo con la boca, y tapándose la nariz con la mano, a fin de que pasase más prontamente al pulmón. ¿Quién hubiera creído que el uso del tabaco, que inventó la necesidad de aquellas naciones flemáticas, llegaría a ser un vicio o moda general de casi todos los pueblos del mundo; y que una planta tan humilde, de la que escribieron tan desventajosamente los

---

(1) **Calidae morus, laurus, hederae, et omnes ex quibus igniaria fiunt. Exploratorum hoc usus in castris pastorumque reperit; quoniam ad excutiendum ignem, non semper lapidis est occasio. Teritur ergo lignum ligno, ignemque concipit attritu, excipiente materia aridi fomitis, fungi, vel foliorum facillime conceptum.**—Plin. **Hist. Nat.** lib. XVI, cap. 40.

(2) **Tabaco** es voz de la lengua haitiana. Los mexicanos tenían dos especies de tabaco, muy diferentes en el tamaño de la planta y de las hojas, en la figura de la flor y en el color de la semilla. El más pequeño, que es el común, se llamaba **picietl** y el mayor, **cuauyetl.** Este llega a la altura de un árbol. Su flor no se divide en cinco pétalos, como la del picietl, sino que tiene seis o siete ángulos. Estas plantas varían según el clima, no sólo en la calidad del tabaco, sino en el tamaño de las hojas y en otros accidentes, por lo que los botánicos han multiplicado sus especies.

autores, se convertiría en un manantial de riqueza para los pueblos de Europa? Pero lo más extraño es, que siendo tan común actualmente el uso del tabaco en las mismas naciones que lo censuraron al principio, sea tan raro entre sus inventores; pues de los indios de México pocos lo fuman, y ninguno lo toma en polvo.

PLANTAS USADAS EN VEZ DE JABON

No conocían los mexicanos el modo de hacer jabón, aunque tenían en abundancia las materias animales de que se saca; pero suplían su falta con una fruta y una raíz. La fruta era la del **copaxocotl,** árbol de mediana altura, que nace en Michuacan, en Yucatan, en la Mixteca y en otras partes. (1) La pulpa que está bajo la corteza es viscosa y demasiado amarga; pone blanca el agua, forma espuma, y sirve como jabón para limpiar la ropa. La raíz es la del **amolli,** planta pequeña y comunísima en aquellos países, a la que conviene más justamente el nombre de **Saponaria americana,** por su semejanza con la Saponaria del Antiguo Continente. Pero el amolli no se usa tanto para la ropa, como para el aseo del cuerpo. (2)

Lo que he dicho hasta aquí acerca del gobierno político y económico de los mexicanos, es cuanto he hallado digno de crédito y de la luz pública. Tales eran sus costumbres públicas y privadas, su gobierno, sus leyes y sus artes cuando llegaron al país de Anáhuac los españoles, cuya guerra y sucesos memorables voy a contar en los libros siguientes.

---

(1) El Dr. Hernández la llama **copalxocotl,** pero nada dice de su virtud. Betancourt habla de ella con el nombre de **árbol de jabón,** que es el que le dan los españoles. Mr. Valmont la describe con el nombre de **savonnier,** o Saponaria americana. La raíz se usa como jabón, pero no es tan buena como el fruto.

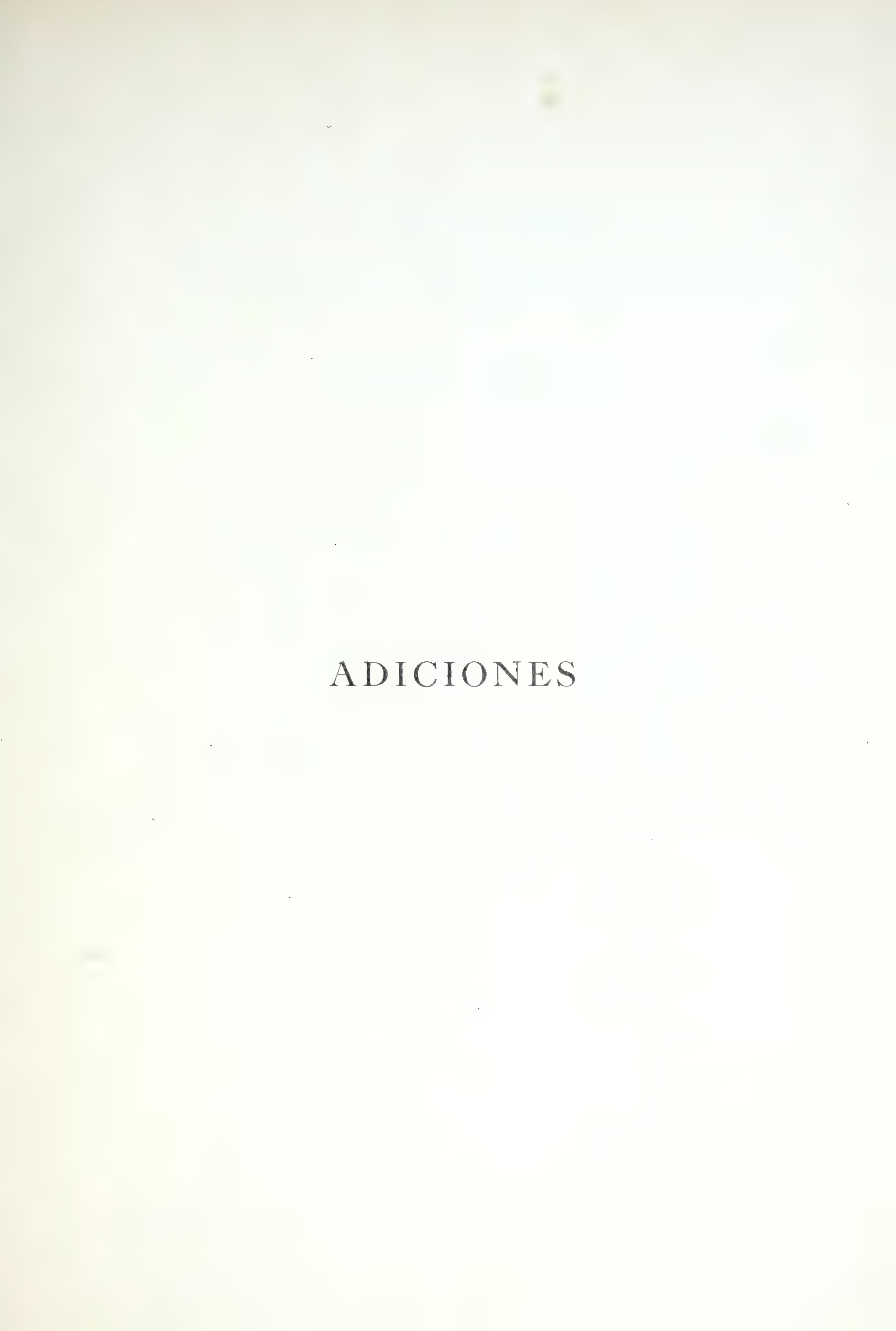
(2) Hay una especie de **amolli** cuya raíz tiñe los cabellos de amarillo. Ví este singular efecto en un hombre de cierta edad, que había encanecido, habiendo sido rubio en su juventud.





SALVAGES CHICHIMECAS
Y OTOMITES
HUAXTECAPAN
GOLFO MEXICANO
L. de Chapala
REINO DE MICHUACAN
COLIMA
ZACATOLLAN
MEZTITLAN
TOTONACAPAN
MEXICO
TEXCOCO
TLAXCALLAN
MATLATZINCO
MAZATLAN
CUETLACHTLAN
CUITLATECAPAN
TLAHUICAN
COHUIXCO
MIXTECAPAN
TZAPOTECAPAN
IOPPI
COATZACUALCO
ONOHUALCO
TEOCHIAPAN
XOCONOCHCO
MAR PACIFICO
ANAHUAC
O
IMPERIO MEXICANO
CON LOS REINOS DE ACOLHUACAN Y DE
MICHUACAN &c
Como existian en el año de 1521 para servir de ilustracion a la historia antigua de México
ARMAS ANTIGUAS DE MEXICO





ADICIONES



ADICIONES

NECESARIAS PARA LA INTELIGENCIA DE LA HISTORIA

EL SIGLO MEXICANO

Años

I. Tochtli.
II. Acatl.
III. Tecpatl.
IV. Calli.
V. Tochtli.
VI. Acatl.
VII. Tecpatl.
VIII. Calli.
IX. Tochtli.
X. Acatl.
XI. Tecpatl.
XII. Calli.
XIII. Tochtli.
I. Acatl.
II. Tecpatl.
III. Calli.
IV. Tochtli.
V. Acatl.
VI. Tecpatl.
VII. Calli.
VIII. Tochtli.
IX. Acatl.
X. Tecpatl.
XI. Calli.
XII. Tochtli.
XIII. Acatl.

Años

I. Tecpatl.
II. Calli.
III. Tochtli.
IV. Acatl.
V. Tecpatl.
VI. Calli.
VII. Tochtli.
VIII. Acatl.
IX. Tecpatl.
X. Calli.
XI. Tochtli.
XII. Acatl
XIII. Tecpatl.
I. Calli.
II. Tochtli.
III. Acatl.
IV. Tecpatl.
V. Calli.
VI. Tochtli.
VII. Acatl.
VIII. Tecpatl.
IX. Calli.
X. Tochtli.
XI. Acatl.
XII. Tecpatl.
XIII. Calli.

Los años escritos con letras negras son aquellos en que empezaban los períodos de trece años, cuatro de los cuales formaban el siglo.



AÑOS MEXICANOS

DESDE LA FUNDACION HASTA LA CONQUISTA DE MEXICO, CON LA CORRESPONDENCIA DE LOS DE NUESTRO CALENDARIO

Los años escritos con letras negras son los primeros del período; los señalados con un asterisco son los seculares; las llamadas sirven para indicar los sucesos notables o el principio del reinado de algún monarca.

Años mexicanos	Años cristianos
II. Calli (a)	1325
III. Tochtli	1326
IV. Acatl	1327
V. Tecpatl	1328
VI. Calli	1329
VII. Tochtli	1330
VIII. Acatl	1331
IX. Tecpatl	1332
X. Calli	1333
XI. Tochtli	1334
XII. Acatl	1335
XIII. Tecpatl	1336
I. Calli	1337
II. Tochtli (b)	1338
III. Acatl	1339
IV. Tecpatl	1340
V. Calli	1341
VI. Tochtli	1342
VII. Acatl	1343
VIII. Tecpatl	1344
IX. Calli	1345
X. Tochtli	1346
XI. Acatl	1347
XII. Tecpatl	1348
XIII. Calli	1349
* **I. Tochtli**	1350
II. Acatl	1351

(a) Fundación de México.

(b) División de los tenochcas y tlatelolcos.

Años mexicanos	Años cristianos
III. Tecpatl (a)	1352
IV. Calli (b)	1353
V. Tochtli	1354
VI. Acatl	1355
VII. Tecpatl	1356
VIII. Calli	1357
IX. Tochtli	1358
X. Acatl	1359
XI. Tecpatl	1360
XII. Calli	1361
XIII. Tochtli	1362
I. Acatl	1363
II. Tecpatl	1364
III. Calli	1365
IV. Tochtli	1366
V. Acatl	1367
VI. Tecpatl	1368
VII. Calli	1369
VIII. Tochtli	1370
IX. Acatl	1371
X. Tecpatl	1372
XI. Calli	1373
XII. Tochtli	1374
XIII. Acatl	1375
I. Tecpatl	1376
II. Calli	1377
III. Tochtli	1378

(a) Acamapitzin, primer rey de México.

(b) Cuacuauhpitzahuac, primer rey de Tlatelolco.

Años mexicanos		Años cristianos
IV. Acatl		1379
V. Tecpatl		1380
VI. Calli		1381
VII. Tochtli		1382
VIII. Acatl		1333
IX. Tecpatl		1384
X. Calli		1385
XI. Tochtli		1386
XII. Acatl		1387
XIII. Tecpatl		1388
I. Calli	(a)	1389
II. Tochtli		1390
III. Acatl		1391
IV. Tecpatl		1392
V. Calli		1393
VI. Tochtli		1394
VII. Acatl		1395
VIII. Tecpatl		1396
IX. Calli		1397
X. Tochtli		1398
XI. Acatl	(b)	1399
XII. Tecpatl		1400
XIII. Calli		1401
* I. **Tochtli**		1402
II. Acatl		1403
III. Tecpatl		1404
IV. Calli		1405
V. Tochtli	(c)	1406
VI. Acatl		1407
VII. Tecpatl		1408
VIII. Calli		1409
IX. Tochtli	(d)	1410
X. Acatl		1411
XI. Tecpatl		1412
XII. Calli	(e)	1413
XIII. Tochtli		1414
I. **Acatl**		1415
II. Tecpatl		1416
III. Calli		1417

(a) Huitzilihuitl, segundo rey de México.

(b) Tlacateotl, segundo rey de Tlatelolco.

(c) Ixtlilxochitl, rey de Acolhuacan.

(d) Quimalpopoca, tercer rey de México.

(e) Tezozomoc, tirano.

Años mexicanos		Años cristianos
IV. Tochtli		1418
V. Acatl		1419
VI. Tecpatl		1420
VII. Calli		1421
VIII. Tochtli	(a)	1422
IX. Acatl	(b)	1423
X. Tecpatl		1424
XI. Calli	(c)	1425
XII. Tochtli	(d)	1426
XIII. Acatl		1427
I. **Tecpatl**		1428
II. Calli		1429
III. Tochtli		1430
IV. Acatl		1431
V. Tecpatl		1432
VI. Calli		1433
VII. Tochtli		1434
VIII. Acatl		1435
IX. Tecpatl	(e)	1436
X. Calli		1437
XI. Tochtli		1438
XII. Acatl		1439
XIII. Tecpatl		1440
I. **Calli**	(f)	1441
II. Tochtli		1442
III. Acatl		1443
IV. Tecpatl		1444
V. Calli		1445
VI. Tochtli	(g)	1446
VII. Acatl		1447
VIII. Tecpatl		1448
IX. Calli		1449
X. Tochtli		1450
XI. Acatl		1451
XII. Tecpatl		1452
XIII. Calli		1453
* I. **Tochtli**		1454
II. Acatl		1455
III. Tecpatl		1456

(a) Maxtlaton, tirano.

(b) Itzcoatl, cuarto rey de México.

(c) Conquista de Azcapozalco.

(d) Nezahualcoyotl, rey de Acolhuacan, y Totoquihuatzin, rey de Tacuba.

(e) Moteuczoma Ilhuicamina, quinto rey de México.

(f) Moquihuix, cuarto rey de Tlatelolco.

(g) Inundación de México.

Años mexicanos	Años cristianos
IV. Calli (a)	1457
V. Tochtli	1458
VI. Acatl	1459
VII. Tecpatl	1460
VIII. Calli	1461
IX. Tochtli	1462
X. Acatl	1463
XI. Tecpatl (b)	1464
XII. Calli	1465
XIII. Tochtli	1466
I. **Acatl**	1467
II. Tecpatl	1468
III. Calli (c)	1469
IV. Tochtli (d)	1470
V. Acatl	1471
VI. Tecpatl	1472
VII. Calli	1473
VIII. Tochtli	1474
IX. Acatl	1475
X. Tecpatl	1476
XI. Calli (e)	1477
XII. Tochtli	1478
XIII. Acatl	1479
I. **Tecpatl**	1480
II. Calli	1481
III. Tochtli (f)	1482
IV. Acatl	1483
V. Tecpatl	1484
VI. Calli	1485
VII. Tochtli (g)	1486
VIII. Acatl (h)	1487
IX. Tecpatl	1488
X. Calli	1489

Años mexicanos	Años cristianos
XI. **Tochtli**	1490
XII. Acatl	1491
XIII. Tecpatl	1492
I. **Calli**	1493
II. Tochtli	1494
III. Acatl	1495
IV. Tecpatl	1496
V. Calli	1497
VI. Tochtli (a)	1498
VII. Acatl	1499
VIII. Tecpatl	1500
IX. Calli	1501
X. Tochtli (b)	1502
XI. Acatl	1503
XII. Tecpatl	1504
XIII. Calli	1505
I. **Tochtli**	1506
II. Acatl	1507
III. Tecpatl	1508
IV. Calli (c)	1509
V. Tochtli	1510
VI. Acatl	1511
VII. Tecpatl	1512
VIII. Calli	1513
IX. Tochtli	1514
X. Acatl	1515
XI. Tecpatl (d)	1516
XII. Calli	1517
XIII. Tochtli	1518
I. **Acatl** (e)	1519
II. Tecpatl (f)	1520
III. Calli (g)	1521

(a) Guerra famosa de Cuetlachtlan.

(b) Axayacatl, cuarto rey de México.

(c) Quimalpopoca, rey de Tacuba.

(d) Nezahualpilli, rey de Acolhuacan.

(e) Tizoc, séptimo rey de México.

(f) Ahuitzotl, octavo rey de México.

(g) Dedicación del Templo Mayor.

(h) Totoquihuatzin, segundo rey de Tacuba.

(a) Nueva inundación de México.

(b) Moteuczoma Xocoyotzin, noveno rey de México.

(c) Suceso memorable de la princesa Papantzin.

(d) Cacamatzin, rey de Acolhuacan.

(e) Entrada de los españoles en Mexico.

(f) Cuitlahuatzin, decimo rey, y Cuauhtemotzin, undécimo rey de Mexico. Muerte de Moteuczoma y derrota de los españoles.

(g) Toma de Mexico y ruina del Imperio Mexicano.



CALENDARIO MEXICANO

DEL

AÑO I TOCHTLI, PRIMERO DEL SIGLO

ATLACAHUALCO, I mes

Días de nuestro calendario		Días del calendario mexicano	Fiestas
—		—	—
Febrero	26...	**I. Cipactli** (1).....	La gran fiesta secular.
	27...	II. Ehecatl........	Fiesta de Tlalocateuctli y de los otros
	28...	III. Calli.	dioses del agua, con sacrificios de
Marzo	1...	IV. Cuetzpallin.	niños y el gladiatorio.
	2...	V. Coatl.	
	3...	VI. Miquiztli.	
	4...	VII. Mazatl.	
	5...	VIII. Tochtli.	
	6...	IX. Atl.	
	7...	X. Itzcuintli.	
	8...	XI. Ozomatli......	Sacrificio nocturno de los prisioneros
	9...	XII. Malinalli.	cebados.
	10...	XIII. Acatl.	
	11...	**I. Ocelotl.**	
	12...	II. Cuauhtli.	
	13...	III. Cozcacuauhtli.	
	14...	IV. Olin.	
	15...	V. Tecpatl.	
	16...	VI. Quiahuitl.	
	17...	VII. Xochitl.	

TLACAXIPEHUALIZTLI, II mes

	18...	VIII. Cipactli......	La gran fiesta de Xipe, dios de los
	19...	IX. Ehecatl.	plateros, con sacrificio de prisio-
	20...	X. Calli.	neros y ejercicios militares.
	21...	XI. Cuetzpallin.	
	22...	XII. Coatl.........	Ayuno de veinte días de los dueños
	23...	XIII. Miquiztli.	de los prisioneros.
	24...	**I. Mazatl.**	
	25...	II. Tochtli.	

(1) Los días señalados con letras negras son aquellos en que empezaban los pequeños períodos de trece días.

Días de nuestro calendario	Días del calendario mexicano	Fiestas
Marzo 26...	III. Atl.	
27...	IV. Itzcuintli.	
28...	V. Ozomatli.	
29...	VI. Malinalli.	
30...	VII. Acatl........	Fiesta del dios Chicomacatl.
31...	VIII. Ocelotl.	
Abril 1...	IX. Cuauhtli......	Fiesta del dios Tequiztlimatehuatl.
2...	X. Cozcacuauhtli.	
3...	XI. Olin.	
4...	XII. Tecpatl.	
5...	XIII. Quiahuitl....	Fiesta del dios Chancoti, con sacri-
6...	I. Xochitl.	ficios nocturnos.
	TOZOZTONTLI, III mes	
7...	II. Cipactli.......	Vigilia de los ministros del templo
8...	III. Ehecatl.	todas las noches de este mes.
9...	IV. Calli.	
10...	V. Cuetzpallin.	
11...	VI. Coatl.........	Segunda fiesta de los dioses del agua,
12...	VII. Miquiztli.	con sacrificios de niños y obla-
13...	VIII. Mazatl.	ciones de flores.
14...	IX. Tochtli.	
15...	X. Atl.	
16...	XI. Itzcuintli.	
17...	XII. Ozomatli.	
18...	XIII. Malinalli.	
19...	I. Acatl..........	Fiesta de la diosa Coatlicue, con obla-
20...	II. Ocelotl.	ciones de flores y procesión.
21...	III. Cuauhtli.	
22...	IV. Cozcacuauhtli.	
23...	V. Olin.	
24...	VI. Tecpatl.	
25...	VII. Quiahuitl.	
26...	VIII. Xochitl.	
	HUEITOZOZTLI, IV mes	
27...	IX. Cipactli.......	Vigilia en los templos y ayuno gene-
28...	X. Ehecatl.	ral.
29...	XI. Calli.	
30...	XII. Cuetzpallin..	Fiesta de Centeotl, con sacrificios de
Mayo 1...	XIII. Coatl.	víctimas humanas y codornices.
2...	I. Miquiztli.	
3...	II. Mazatl.	
4...	III. Tochtli.	

Días de nuestro calendario		Días del calendario mexicano	Fiestas
Mayo	5...	IV. Atl.	
	6...	V. Itzcuintli.......	Convocación solemne para la gran
	7...	VI. Ozomatli.	fiesta del mes siguiente.
	8...	VII. Malinalli.	
	9...	VIII. Acatl.	
	10...	IX. Ocelotl.	
	11...	X. Cuauhtli.	
	12...	XI. Cozcacuauhtli..	Ayuno preparatorio de la fiesta si-
	13...	XII. Olin.	guiente.
	14...	XIII. Tecpatl.	
	15...	**I. Quiahuitl.**	
	16...	II. Xochitl.	

TOXCATL, V mes

Días de nuestro calendario		Días del calendario mexicano	Fiestas
	17...	III. Cipactli.......	La gran fiesta de Tezcatlipoca, con
	18...	IV. Ehecatl.	solemne procesión de penitencia,
	19...	V. Calli.	sacrificio de un prisionero y salida
	20...	VI. Cuetzpallin.	del templo de las doncellas.
	21...	VII. Coatl.	
	22...	VIII. Miquiztli.	
	23...	IX. Mazatl.	
	24...	X. Tochtli.	
	25...	XI. Atl...........	Primera fiesta de Huitzilopochtli. Sa-
	26...	XII. Itzcuintli.	crificios de víctimas humanas y
	27...	XIII. Ozomatli.	codornices. Se incensaban con **cha-**
	28...	**I. Malinalli.**	**popotli** o betún de Judea. Baile
	29...	II. Acatl.	solemne del rey, de los sacerdotes
	30...	III. Ocelotl.	y del pueblo.
	31...	IV. Cuauhtli.	
Junio	1...	V. Cozcacuauhtli.	
	2...	VI. Olin.	
	3...	VII. Tecpatl.	
	4...	VIII. Quiahuitl.	
	5...	IX. Xochitl.	

ETZALCUALIZTLI, VI mes

Días de nuestro calendario		Días del calendario mexicano	Fiestas
	6...	X. Cipactli.	
	7...	XI. Ehecatl.	
	8...	XII. Calli.........	La tercera fiesta de los dioses del
	9...	XIII. Cuetzpallin.	agua, con sacrificios y baile.
	10...	I. Coatl.	
	11...	II. Miquiztli.	
	12...	III. Mazatl.	
	13...	IV. Tochtli	

Días de nuestro calendario		Días del calendario mexicano	Fiestas
Junio	14...	V. Atl.	
	15...	VI. Itzcuintli.	
	16...	VII. Ozomatli.	
	17...	VIII. Malinalli....	Castigo de los sacerdotes negligen-
	18...	IX. Acatl.	tes en el servicio del templo.
	19...	X. Ocelotl.	
	20...	XI. Cuauhtli.	
	21...	XII. Cozcacuauhtli.	
	22...	XIII. Olin.	
	23...	I. **Tecpatl.**	
	24...	II. Quiahuitl.	
	25...	III. Xochitl.	

TECUILHUITONTLI, VII mes

	26...	IV. Cipactli.	
	27...	V. Ehecatl.	
	28...	VI. Calli.	
	29...	VII. Cuetzpallin.	
	30...	VIII. Coatl.	
Julio	1...	IX. Miquiztli......	Fiesta de Huixtocihuatl, con sacri-
	2...	X. Mazatl.	ficios de prisioneros y baile de sa-
	3...	XI. Tochtli.	cerdotes.
	4...	XII. Atl.	
	5...	XIII. Itzcuintli.	
	6...	**I. Ozomatli.**	
	7...	II. Malinalli.	
	8...	III. Acatl.	
	9...	IV. Ocelotl.	
	10...	V. Cuauhtli.	
	11...	VI. Cozcacuauhtli.	
	12...	VII. Olin.	
	13...	VIII. Tecpatl.	
	14...	IX. Quiahuitl.	
	15...	X. Xochitl.	

HUEITECUILHUITL, VIII mes

	16...	XI. Cipactli.......	Segunda fiesta de Centeotl, con sa-
	17...	XII. Ehecatl.	crificio de una esclava, iluminación
	18...	XIII. Calli.	del templo, baile y limosna.
	19...	**I. Cuetzpallin.**	
	20...	II. Coatl.	
	21...	III. Miquiztli.	
	22...	IV. Mazatl.	
	23...	V. Tochtli.........	Fiesta de Macuilxochitl.

Días de nuestro calendario		Días del calendario mexicano	Fiestas
Julio	24...	VI. Atl.	
	25...	VII. Itzcuintli.	
	26...	VIII. Ozomatli.	
	27...	IX. Malinalli.	
	28...	X. Acatl.	
	29...	XI. Ocelotl.	
	30...	XII. Cuauhtli.	
	31...	XIII. Cozcacuauhtli.	
Agosto	1...	**I. Olin.**	
	2...	II. Tecpatl.	
	3...	III. Quiahuitl.	
	4...	IV. Xochitl.	

TLAXOCHIMACO, IX mes

Días de nuestro calendario		Días del calendario mexicano	Fiestas
	5...	V. Cipactli........	Fiesta de Macuilcipactli.
	6...	VI. Ehecatl.	
	7...	VII. Calli.	
	8...	VIII. Cuetzpallin.	
	9...	IX. Coatl.	
	10...	X. Miquiztli......	Segunda fiesta de Huitzilopochtli, con sacrificio de prisioneros, oblación de flores, baile general y banquete solemne.
	11...	XI Mazatl	
	12...	XII. Tochtli.	
	13...	XIII. Atl.	
	14...	**I. Itzcuintli.**	
	15...	II. Ozomatli.	
	16...	III. Malinalli.	
	17...	IV. Acatl	Fiesta de Xacateuctli, dios de los mercaderes, con sacrificios y banquetes.
	18...	V. Ocelotl.	
	19...	VI. Cuauhtli.	
	20...	VII. Cozcacuauhtli.	
	21...	VIII. Olin.	
	22...	IX. Tecpatl.	
	23...	X. Quiahuitl.	
	24...	XI. Xochitl.	

XOCOHUETZI, X mes

Días de nuestro calendario		Días del calendario mexicano	Fiestas
	25...	XII. Cipactli.......	Fiesta de Xiuhteuctli, dios del fuego, con baile solemne y sacrificios de prisioneros.
	26...	XIII. Ehecatl.	
	27...	**I. Calli.**	
	28...	II. Cuetzpallin.	
	29...	III. Coatl.	
	30...	IV. Miquiztli.	
	31...	V. Mazatl.	
Septiembre	1...	VI. Tochtli.	

Días de nuestro calendario		Días del calendario mexicano	Fiestas
Septiembre	2...	VII. Atl.	
	3...	VIII. Itzcuintli.	
	4...	IX. Ozomatli.	
	5...	X. Malinalli.	
	6...	XI. Acatl.	
	7...	XII. Ocelotl.	
	8...	XIII. Cuauhtli.	
	9...	I. Cozcacuauhtli...	Cesaban en estos cinco días todas las fiestas.
	10...	II. Olin.	
	11...	III. Tecpatl.	
	12...	IV. Quiahuitl.	
	13...	V. Xochitl.	

OCHPANIZTLI, XI mes

	14...	VI. Cipactli.......	Baile preparatorio de la fiesta siguiente.
	15...	VII. Ehecatl.	
	16...	VIII. Calli.	
	17...	IX. Cuetzpallin.	
	18...	X. Coatl.	
	19...	XI. Miquiztli.	
	20...	XII. Mazatl.	
	21...	XIII. Tochtli.	
	22...	I. Atl.............	Fiesta de Teteoinan, madre de los dioses, con sacrificio de una esclava.
	23...	II. Itzcuintli.	
	24...	III. Ozomatli.	
	25...	IV. Malinalli.	
	26...	V. Acatl.	
	27...	VI. Ocelotl........	Tercera fiesta de la diosa Centeotl en el templo Xiuhcalco, con procesión y sacrificios.
	28...	VII. Cuauhtli.	
	29...	VIII. Cozcacuauhtli.	
	30...	IX. Olin.	
Octubre	1...	X. Tecpatl.	
	2...	XI. Quiahuitl.	
	3...	XII. Xochitl.	

TEOTLECO, XII mes

	4...	XIII. Cipactli.	
	5...	I. Ehecatl.	
	6...	II. Calli.	
	7...	III Cuetzpallin.	
	8...	IV. Coatl.	
	9...	V. Miquiztli.	
	10...	VI. Mazatl.	
	11...	VII. Tochtli.	
	12...	VIII. Atl.	

Días de nuestro calendario		Días del calendario mexicano	Fiestas
Octubre	13...	IX. Itzcuintli.....	Fiesta de Chiucnahuitzcuintli, Nahualpilli y Centeotl, dioses de los lapidarios.
	14...	X. Ozomatli.	
	15...	XI. Malinalli.	
	16...	XII. Acatl.	
	17...	XIII. Ocelotl.	
	18...	**I. Cuauhtli.**	
	19...	II. Cozcacuauhtli.	
	20...	III. Olin...........	Vigilia de la fiesta siguiente.
	21...	IV. Tecpatl........	Fiesta de la llegada de los dioses, con gran cena y sacrificios de prisioneros.
	22...	V. Quiahuitl.	
	23...	VI. Xochitl.	

TEPEILHUITL, XIII mes

Días de nuestro calendario		Días del calendario mexicano	Fiestas
	24...	VII. Cipactli......	Fiesta de los dioses de los montes, con sacrificio de cuatro esclavas y un prisionero.
	25...	VIII. Ehecatl.	
	26...	IX. Calli.	
	27...	X. Cuetzpallin....	Fiesta del dios Chochinco, con sacrificio de un prisionero.
	28...	XI. Coatl.	
	29...	XII. Miquiztli.	
	30...	XIII. Mazatl.	
	31...	**I. Tochtli.**	
Noviembre	1...	II. Atl.	
	2...	III. Itzcuintli.	
	3...	IV. Ozomatli.	
	4...	V. Malinalli.......	Fiesta de Centzontotochtin, dios del vino, con sacrificio de tres esclavos de tres pueblos diferentes.
	5...	VI. Acatl.	
	6...	VII. Ocelotl.	
	7...	VIII. Cuauhtli.	
	8...	IX. Cozcacuauhtli.	
	9...	X. Olin.	
	10...	XI. Tecpatl.	
	11...	XII. Quiahuitl.	
	12...	XIII. Xochitl. (1)	

QUECHOLLI, XIV mes

Días de nuestro calendario		Días del calendario mexicano	Fiestas
	13...	**I. Cipactli**........	Ayuno de cuatro días para la fiesta siguiente.
	14...	II. Ehecatl.	
	15...	III. Calli.	
	16...	IV. Cuetzpallin....	Fiesta de Mixcoatl, dios de la caza. Caza general, procesión y sacrificio de animales.
	17...	V. Coatl.	
	18...	VI. Miquiztli.	
	19...	VII. Mazatl.	

(1) Aquí termina el primer ciclo de 260 días, que comprende 20 períodos de 13 días cada uno.

Días de nuestro calendario	Días del calendario mexicano	Fiestas
Noviembre 20...	VIII. Tochtli.	
21...	IX. Atl.	
22...	X. Itzcuintli.	
23...	XI. Ozomatli.	
24...	XII. Malinalli.	
25...	XIII. Acatl.	
26...	**I. Ocelotl.**	
27...	II. Cuauhtli.	
28...	III. Cozcacuauhtli.	
29...	IV. Olin..........	Fiesta de Tlamatzincatl, con sacrificios de prisioneros.
30...	V. Tecpatl.	
Diciembre 1...	VI. Quiahuitl.	
2...	VII. Xochitl.	

PANQUETZALIZTLI, XV mes

3...	VIII. Cipactli.	
4...	IX. Ehecatl.......	Tercera y principal fiesta de Huitzilopochtli y de sus compañeros. Ayuno riguroso, procesión solemne, sacrificios de prisioneros y de codornices. Ceremonia de comer la estatua de masa de aquel dios.
5...	X. Calli.	
6...	XI. Cuetzpallin.	
7...	XII. Coatl.	
8...	XIII. Miquiztli.	
9...	**I. Mazatl.**	
10...	II. Tochtli.	
11...	III. Atl.	
12...	IV. Itzcuintli.	
13...	V. Ozomatli.	
14...	VI. Malinalli.	
15...	VII. Acatl.	
16...	VIII. Ocelotl.	
17...	IX. Cuauhtli.	
18...	X. Cozcacuauhtli.	
19...	XI. Olin.	
20...	XII. Tecpatl.	
21...	XIII. Quiahuitl.	
22...	**I. Xochitl.**	

ATEMOZTLI, XVI mes

23...	II. Cipactli.	
24...	III. Ehecatl.	
25...	IV. Calli.	
26...	V. Cuetzpallin.	
27...	VI. Coatl.	
28...	VII. Miquiztli.	
29...	VIII. Mazatl.	

Días de nuestro calendario		Días del calendario mexicano	Fiestas
Diciembre	30...	IX. Tochtli.	
	31...	X. Atl.	
Enero	1...	XI. Itzcuintli.	
	2...	XII. Ozomatli.	
	3...	XIII. Malinalli.	
	4...	**I. Acatl.**	
	5...	II. Ocelotl.	
	6...	III. Cuauhtli.	
	7...	IV. Cozcacuauhtli..	Ayuno de cuatro días para la fiesta
	8...	V. Olin.	siguiente.
	9...	VI. Tecpatl.	
	10...	VII. Quiahuitl.	
	11...	VIII. Xochitl......	Cuarta fiesta de los dioses del agua.

TITITL, XVII mes

	12...	IX. Cipactli.	
	13...	X. Ehecatl.	
	14...	XI. Calli..........	Fiesta de la diosa Ilamateuctli, con
	15...	XII. Cuetzpallin.	baile y sacrificio de una esclava.
	16...	XIII. Coatl.	
	17...	**I. Miquiztli**.......	Fiesta de Mictlanteuctli, dios del in-
	18...	II. Mazatl.	fierno, con sacrificio nocturno de
	19...	III. Tochtli.	un prisionero.
	20...	IV. Atl.	
	21...	V. Itzcuintli.	
	22...	VI. Ozomatli......	Segunda fiesta de Xacateuctli, dios
	23...	VII. Malinalli.	de los mercaderes, con sacrificio de
	24...	VIII. Acatl.	un prisionero.
	25...	IX. Ocelotl.	
	26...	X. Cuauhtli.	
	27...	XI. Cozcacuauhtli.	
	28...	XII. Olin.	
	29...	XIII. Tecpatl.	
	30...	**I. Quiahuitl.**	
	31...	II. Xochitl.	

IZCALLI, XVIII mes

Febrero	1...	III. Cipactli.	
	2...	IV. Ehecatl.	
	3...	V. Calli.	
	4...	VI. Cuetzpallin.	
	5...	VII. Coatl	
	6...	VIII. Miquiztli.	
	7...	IX. Mazatl.	

Días de nuestro calendario		Días del calendario mexicano	Fiestas
Febrero	8...	X. Tochtli.	
	9...	XI. Atl.	
	10...	XII. Itzcuintli.....	Caza general para los sacrificios de
	11...	XIII. Ozomatli.	la fiesta siguiente.
	12...	I. Malinalli.	
	13...	II. Acatl.	
	14...	III. Ocelotl.	
	15...	IV. Cuauhtli.	
	16...	V. Cozcacuauhtli.	Segunda fiesta de Xiuteuctli, dios del
	17...	VI. Olin..........	fuego, con sacrificio de animales.
	18...	VII. Tecpatl.	
	19...	VIII. Quiahuitl.	
	20...	IX. Xochitl.......	Renovación del fuego en las casas.

NEMONTEMI O DIAS INUTILES

21...	X. Cipactli........	En estos cinco días no había fiesta
22...	XI. Ehecatl.	de ninguna clase.
23...	XII. Calli.	
24...	XIII. Cuetzpallin.	
25...	I. Coatl.	

El año siguiente, 2 Acatl, empezaba en 2 Miquiztli, y los demás continuaban en el mismo orden.

EXPLICACION DE LAS FIGURAS OBSCURAS

FIGURAS DEL SIGLO MEXICANO

En la rueda del siglo mexicano hay cuatro figuras repetidas trece veces, para significar, como ya he dicho, los cuatro períodos, llamados indicciones por algunos historiadores, de trece años cada uno, de que se componía el siglo. Las cuatro figuras son: 1.ª, una cabeza de conejo, para representar a este cuadrúpedo; 2.ª, una caña; 3.ª, un cuchillo o punta de lanza, que representa el pedernal; 4.ª, un trozo de edificio, que significa la casa. Empiezan a contarse los años del siglo desde el doblez superior de la sierpe, bajando hacia la izquierda. La primera figura con un punto denota I conejo; la segunda con dos, II caña; la tercera con tres, III pedernal; la cuarta con cuatro, IV casa; la quinta con cinco, V conejo, y así se sigue hasta el doblez de la mano izquierda; allí empieza el segundo período con la figura de la caña y termina en el doblez inferior. En este empieza el tercer período, etc.

FIGURAS DEL AÑO

La primera figura es la del agua, esparcida sobre un edificio, para denotar el primer mes, cuyo nombre es **Acahualco** o **Atlacahualco**, que significa cesación del agua; porque en el mes de marzo cesan las lluvias en los países septentrionales, que es donde tuvo origen el calendario de los pueblos de Anáhuac. Llamábanlo también **Cuahuitlehua**, o germinación de los árboles, porque éstos empiezan a echar hojas hacia aquel tiempo en los países fríos. Los tlaxcaltecas llamaban a este mes **Xilomaniliztli**, o sea oblación de las mazorcas de maíz; porque en él ofrecían a sus dioses las del año anterior, para favorecer la siembra, que empezaba en aquella época en los países altos.

La figura del segundo mes parece a primera vista un pabellón; pero yo creo que es más bien una piel humana mal dibujada, para expresar lo que significa el nombre **Tlacaxipehualiztli**, que daban a este mes, y quiere decir **desollamiento de hombres**, con alusión al bárbaro rito de desollar las víctimas humanas en la fiesta del dios de los plateros. Los tlaxcaltecas llamaban a este mes **Coailhuitl**, o fiesta general, y lo representaban con la figura de una sierpe enroscada en torno de un abanico y de un **ayacaxtli**.

Estos dos objetos son símbolos de los bailes que entonces se hacían, y la sierpe enroscada significa su generalidad.

La figura del tercer mes es la de un pájaro sobre una lanceta. La lanceta significa el derramamiento de sangre que hacían en las noches de este mes; pero no sabemos la significación del pájaro.

El cuarto mes se representa con la figura de un pequeño edificio, sobre el cual se ven algunas hojas de junco, para significar la ceremonia

que en este mes hacían de poner a las puertas de las casas juncos y otras hierbas, salpicadas con la sangre que se sacaban en honor de sus dioses.

Los tlaxcaltecas representaban el mes tercero con una lanceta, para significar la penitencia; y el cuarto, con una lanceta mayor, para dar a entender que en él era más rigorosa.

La figura del quinto mes es la de una cabeza humana con un collar, pa- representar las sartas de maíz tostado que se ponían al cuello, y con las cuales adornaban también al ídolo de Tezcatlipoca; por lo que el mes se llamó **Toxcatl**, como ya he dicho.

El sexto se representa con una olla, para denotar un manjar que entonces comían y se llamaba **etzalli**; por lo que el mes se llamó **Etzalcualiztli.**

Las dos figuras de los meses séptimo y octavo parecen alusivas a los bailes que en ellos se hacían, y porque eran mayores los del octavo, es también mayor la figura correspondiente. Junto a estas figuras se ve la lanceta, símbolo de la penitencia con que se preparaban a aquella función. Los tlaxcaltecas figuraban éstos dos meses con dos cabezas de señores; la del mes **Tecuilhuitontli**, o fiesta pequeña, parece de joven, y la del **Hueitecuilhuitl**, o fiesta grande, de un anciano.

Las figuras de los meses nono y décimo, son significativas del luto de que se vestían, y del duelo que practicaban por los muertos; por lo cual el nono se llamó **Micailhuitl**, esto es, fiesta de muertos y el décimo **Hueimicailhuitl**, esto es, fiesta grande de muertos; diferencia que se nota también en ser mayor la figura de éste que la de aquél. Los tlaxcaltecas pintaban en ambos meses una calavera con dos huesos, siendo mayor la del décimo mes.

La figura del mes undécimo es una escoba, símbolo de la ceremonia de barrer el templo, que se hacía entonces en todas partes; por cuya razón se llamó **Ochpaniztli.** Los tlaxcaltecas pintaban una mano con la escoba.

La figura de los meses duodécimo y décimotercio, es la de una planta parásita, llamada por los mexicanos **pachtli**, que crece en este mes sobre las encinas. De ella tomó nombre el primero de estos dos meses, y como en el siguiente la planta está más crecida, se representa en él de mayor tamaño, y el mes se llama **Hueipachtli.** Estos nombres, aunque más frecuentes entre los tlaxcaltecas, eran también usados algunas veces por los mexicanos; pero yo he adoptado en la Historia los de **Teotleco** y **Tepeihuitl**, porque eran los que más comunmente empleaban éstos.

La figura del mes décimocuarto es muy semejante a la del segundo; pero no sabemos qué signifique. Los tlaxcaltecas lo representaban con la figura del pájaro que nosotros llamamos **flamenco** y los mexicanos **quecholli**, nombre que unos y otros impusieron al mes, por ser la estación en que aquellas aves empiezan a dejarse ver en el lago.

La figura del mes décimoquinto es un pedazo del estandarte mexicano, para significar el que se llevaba en la solemnísima procesión de Huitzilopochtli, que se hacía en este mes. El nombre **Panquetzaliztli**, con que se designaba, quiere decir **el acto de tremolar el estandarte.**

La figura del mes décimosexto es la del agua sobre una escalera, para denotar la bajada de las aguas, que es el sentido de la voz **Atemoztli.** Lla-

maban así a este mes, o porque en él empiezan las lluvias en los países septentrionales, o por la fiesta que se hacía entonces a los dioses de los montes y de las aguas, para obtener la lluvia oportuna.

La figura del mes décimoséptimo es la de dos o tres leños atados con una cuerda y una mano que tirando fuertemente de ésta, aprieta los leños, para significar la compresión que en este tiempo ocasiona el frío, pues tal es el sentido de la voz **Tititl**, nombre del mes. Los tlaxcaltecas pintaban dos bastones.

La figura del mes décimoctavo es la cabeza de un cuadrúpedo sobre un altar, para significar los sacrificios de animales que se hacían en este mes al dios del fuego. Los tlaxcaltecas pintaban un hombre que sostenía a un niño por la cabeza. Esta representación da alguna verosimilitud a la interpretación del nombre **Izcalli**, que, según algunos autores, es resucitado, o nueva creación.

La figura de la luna, que está en el centro de la rueda o círculo del año, se ha copiado de una pintura mexicana, de la que se infiere que los antiguos indios sabían que la luna recibe su luz del sol.

He visto algunas ruedas del año mexicano en que, después de los diez y ocho meses, había cinco puntos gruesos, para denotar los cinco días **Nemontemi.**

FIGURAS DEL MES

Los autores no están de acuerdo sobre la significación de **Cipactli**, nombre del día primero. Boturini dice que es una sierpe, Torquemada, el pez espada y Betancourt el tiburón. En la única rueda del mes mexicano, publicada hasta ahora, que es la de Valadés, la figura del día primero es muy semejante a la del lagarto del cuarto día. Yo he colocado la cabeza del tiburón, adoptando la interpretación de Betancourt.

El segundo día se llama **Ehecatl**, viento, y se representa con una cabeza humana en actitud de soplar.

El tercer día, **Calli**, significa casa, y su representación es un pequeño edificio.

El nombre del cuarto día es **Cuetzpallin**, lagartija, y su figura es la de este reptil.

El quinto se llama **Coatl**, serpiente, como lo denota su figura.

El sexto día se llama **Miquiztli**, muerte, y se representa con una calavera.

El día séptimo se llama **Mazatl**, o ciervo, y se representa con la cabeza de este cuadrúpedo, como la del conejo, figura el día octavo, cuyo nombre es **Tochtli**.

El nono, **Atl**, o agua, se representa con la figura de este elemento.

El décimo se llama **Itzcuintli**, nombre de un cuadrúpedo mexicano, semejante al perro y se representa con la figura de aquel animal.

El undécimo se llama **Ozomatli**, mona, y la figura es la de este cuadrumano.

El duodécimo se llama **Malinalli**, nombre de cierta planta, cuya figura la representa.

El día décimotercio se llama **Acatl**, o caña, y la figura es la de esta planta.

El día décimocuarto es **Ocelotl**, tigre, y el décimoquinto, **Cuauhtli**, águila, y ambas figuras corresponden.

El día décimosexto es **Cozcacuauhtli**, nombre de un pájaro mexicano, descrito en el primer Libro de esta Historia, y se representa con su figura, aunque imperfecta.

El décimoséptimo es **Olin tonatiuh**, esto es, movimiento del sol, y la figura es la de este planeta.

El décimoctavo es **Tecpatl**, pedernal, y la figura es la punta de una lanza, que comunmente era de aquella piedra.

El día décimonono es **Quiahuitl**, lluvia, y la figura es una nube.

El día vigésimo es **Xochitl**, flor, y corresponde la figura.

En el centro de la rueda se ha colocado la figura del mes décimoquinto, para reducirla a un mes determinado.

FIGURAS DE CIUDADES

La primera figura es la de un nopal sobre una piedra, símbolo de la ciudad de **Tenochtitlan** o México. El primero de estos dos nombres significa lugar donde está el nopal sobre la piedra, con alusión a lo que ya he dicho sobre la fundación de aquella gran ciudad.

La segunda figura es la que empleaban para significar **joya**. Chalco quiere decir **en la joya**. El P. Acosta dice que significa **en las bocas**; pero se engaña, pues el nombre mexicano de boca es **camatl**, y para expresar **en las bocas**, decían **camac**.

La tercera es la de la parte trasera de un hombre junto a una planta de junco, y la cuarta es la misma, junto a una flor, para simbolizar las ciudades **Tollantzinco** y **Xochitzinco**, cuyos nombres significaban **en el fin de los juncos, y en el fin de las flores**. Casi todos los nombres de pueblos que tienen la terminación en **tzinco**, que son muchos, tienen una significación análoga, y se representan con semejantes figuras.

La figura quinta es la de una rama del árbol **Huaxin**, sobre una nariz, para representar la ciudad de **Huaxyacac**, nombre compuesto de **Huaxin** y de **Yacatl**, que quiere decir **en la extremidad del árbol Huaxin. Yacatl** es propiamente nariz; pero también se aplica a toda especie de extremidad. Así es como **Tepeyacac**, nombre de dos pueblos, significa **en la punta del monte.**

En la figura sexta se ve una olla sobre tres piedras, como la ponen aún los indios para tenerla al fuego, y en la boca de la olla la figura del agua, para representar la ciudad de **Atotonilco**, (1) cuyo nombre significa **en el agua caliente**, o sea **lugar de los baños calientes.**

La figura séptima es la del agua, en que se ve un hombre con los brazos abiertos, en señal de alegría, para representar la ciudad de **Ahuilizapan**, llamada por los españoles Orizava. El primero de estos dos nombres significa **en el agua del placer**, o **en el río alegre.**

(1) Había, y en el día hay, muchos pueblos del mismo nombre de Atotonilco; pero el principal ha sido siempre el que está al norte de México, hacia Tollantzinco.

La figura octava es también la del agua en una boca, para representar la ciudad de **Atenco.** (1) Este nombre se compone de **Atl**, agua, y **tentli**, labio u orilla, o margen, con la preposición **co**, que equivale a **en**; por lo que Atenco quiere decir **en la orilla**, y todos los pueblos llamados así están situados en la margen de alguna corriente.

La figura nona es la de un espejo mexicano, para representar la ciudad de **Tehuilloxoccan**, que significa **lugar de espejos.**

La figura décima es la de una mano en actitud de contar por los dedos, para representar al pueblo **Nepohualco**, que significa **lugar donde se cuenta** o **lugar de la numeración.**

La figura undécima es la de un brazo que toma un pez, para representar la ciudad de **Michmaloyan**, que significa **lugar donde se toma el pez**, o **lugar de pesca.**

La figura duodécima es un trozo de edificio, con una cabeza de águila, para representar la ciudad de **Quauhtinchan**, que significa **casa de águilas.**

La figura décimatercia es la de un monte, como lo representaban en sus pinturas los mexicanos, y encima un cuchillo para representar la ciudad de **Tlacotepec**, que quiere decir **monte cortado.**

La figura décimacuarta es una flor, y sobre ella cinco puntos, de los que usaban para numerar desde uno hasta veinte. Así representaban el pueblo de **Macuilxochitl**, que significa **cinco flores.** Este nombre se aplica también a un día del año, y probablemente el pueblo se llamó así por haber empezado a fundarse en aquel día.

La figura décimaquinta es la de un juego de balón para representar la ciudad **Tlachco**, llamada **Taxco** por los españoles, cuyo nombre significa **el sitio en que se juega al balón.** Las dos figurillas redondas que se ven en medio, son las dos piedras agujereadas que se ponían en el juego para hacer pasar el balón por ellas. Había dos pueblos llamados así.

La figura décimasexta representa el pueblo de **Tecobzauhtla**, cuyo nombre quiere decir **lugar que abunda en ocre.**

FIGURAS DE LOS REYES MEXICANOS

Estas figuras no son retratos de reyes, sino símbolos de sus nombres. En todas se ve una cabeza coronada a la mexicana, y cada una tiene una señal distinta para representar el rey significado en ella.

Acamapitzin, nombre del primer rey mexicano, significa **el que tiene cañas en el puño**, y esto mismo representa la figura.

Huitzilihuitl, segundo rey, significa **pluma del pájaro chupador**, y por esto se representa, aunque mal, aquel pájaro con una pluma en el pico.

Quimalpopoca, tercer rey, quiere decir **escudo humeante**, y esto mismo indica la figura.

Itzcoatl, cuarto rey, significa **serpiente de itztli**, esto es, **armada con lancetas o navajas de la piedra itztli**, y a esto alude la figura.

---

(1) Hay también muchos pueblos llamados Atenco; pero el más notable es el que está cerca de Tetzcoco, como se ve en el mapa del lago.

Ilhuicamina, sobrenombre de Moteuczoma I, quinto rey de México, quiere decir **el que tira flechas al cielo**; y por esto se figura una flecha tirada hacia el cielo, como lo representaban las pinturas mexicanas.

Axayacatl, nombre del rey sexto, es el de una mosca del lago y significa **rostro de agua**; por lo que la figura representa un rostro humano, sobre el cual se ve el dibujo de que usaban para representar el agua.

Tizoc, nombre del rey séptimo, quiere decir **agujereado**, y la figura representa una pierna con muchas heridas.

Ahuitzotl, nombre del rey octavo, es el de un cuadrúpedo anfibio, de que ya hice mención en el Libro primero y por esto se representa este animal, aunque de modo incorrecto, y para dar a entender que vive en el agua, pusieron en su espalda y en su cola la figura de aquel elemento.

Moteuczoma, nombre del rey nono, quiere decir **señor indignado**, mas no entiendo la figura.

Faltan las figuras de los dos últimos reyes, **Cuitlahuatzin** y **Cuauhtemotzin**; la del primero sería probablemente un águila, como lo significa su nombre.

FIGURAS DEL DILUVIO Y DE LA CONFUSION DE LAS LENGUAS

El agua significa el Diluvio; la cabeza humana y la de ave que se ven en el agua, dan a entender el sumergimiento de los hombres y de los animales. La barca con un hombre dentro, representa la que sirvió para salvar del Diluvio a un hombre y a una mujer a fin de conservar la especie humana en la tierra. La figura que se ve en uno de los ángulos, es la del monte Colhuacan, cerca del cual, según decían los mexicanos, desembarcaron el hombre y la mujer que se salvaron del Diluvio. En todas las pinturas mexicanas en que se hace alusión a aquel monte, se representa con aquella figura. El pájaro sobre el árbol, significa una paloma, que, según sus tradiciones, comunicó el habla a los hombres que habían quedado mudos después de aquella catástrofe. Las comas que salen del pico de la paloma, son figuras de los idiomas. Cada vez que en las pinturas mexicanas se simbolizan las lenguas, se hace uso de aquellas comas. La muchedumbre de ellas que se ven en nuestra estampa, denota el gran número de lenguajes comunicados por la paloma. Los quince hombres que las reciben denotan otras tantas familias, separadas del resto del género humano, las cuales fundaron las naciones de Anáhuac.

CARTA DE DON LORENZO HERVAS

AL AUTOR,

SOBRE EL CALENDARIO MEXICANO

El Sr. Hervás, autor de la obra intitulada **Idea del Universo**, habiendo leído mis manuscritos, y habiendo hecho sobre el calendario mexicano algunas observaciones curiosas y eruditas, me las comunicó en la apreciable carta siguiente, que publico, omitiendo los elogios y los cumplimientos, porque creo que será agradable a los lectores.

"Por la obra de Ud. conozco con gran sentimiento mío, cuán deplorable es la falta de los documentos que sirvieron al célebre Dr. Sigüenza, para escribir su **Ciclografía** y al caballero Boturini para su **Idea de la Historia General de México**. Al mismo tiempo me confirmo más y más en la opinión de ser contemporáneo o anterior al Diluvio el uso del año solar, como pienso probarlo en el tomo XI de mi obra, donde inserto el **Viaje extático al mundo planetario**, y donde propongo sobre el calendario mexicano algunas reflexiones que voy a insinuar, sometiéndolas al juicio de Ud.

"El arreglo del año y del siglo, como lo hacían los mexicanos, denota una inteligencia superior a la que correspondía al estado de sus ciencias y de sus artes. Fueron sin duda en este punto inferiores a los Griegos y Romanos; pero el ingenio que se descubre en su calendario no cede al de las naciones más ilustradas. Debemos, pues, conjeturar que no fue obra de los mexicanos, sino de una nación más adelantada en la civilización, y pues ésta no se halla en América, será preciso buscarla en otra parte, como en Asia o en Egipto. Ud. mismo confirma esta suposición cuando dice que los mexicanos recibieron su calendario de los toltecas, que procedían del Asia, los cuales, según Boturini, tenían su año exactamente ajustado al curso del sol, más de 100 años antes de la Era cristiana, y lo prueba también que otras naciones, como los chiapanecas, usaron el mismo cómputo, sin otra diferencia que en las figuras.

"El año mexicano empezaba el 26 de febrero, día célebre en la era de Nabonassar, la cual fue fijada por los sacerdotes egipcios, 747 años antes de la Era cristiana; pues al mediodía de aquel mismo día correspondía el principio del mes Toth. Ahora bien, si aquellos sacerdotes fijaron aquel día en la época, porque era célebre en Egipto, (1) tenemos el calendario mexicano conforme al egipcio. Mas esta misma conformidad se prueba con otras muchas razones. Del calendario egipcio dice Herodoto que se arregló dando al año 12 meses de 30 días, y añadiendo cinco días a cada año a fin de que volviese a empezar el círculo anual, que los principales dioses de Egipto eran doce y que cada mes estaba bajo el patrocinio o tutela de uno

---

(1) El 26 de febrero comenzaba propiamente el año, según el meridiano de Alejandría.

de ellos. Los mexicanos añadían también cinco días cada año, que eran los que llamaban **Nemontemi** o inútiles, porque en ellos no trabajaban. Plutarco dice que en aquellos días celebraban los egipcios el nacimiento de sus dioses.

"Es cierto que los mexicanos dividían su año en 18 meses, no ya en 12 como los egipcios; pero habiendo dado al mes el nombre de **meztli**, o luna, como Ud. observa, parece innegable que su antiguo mes fue lunar, como el de los egipcios y el de los chinos, verificándose en el mes mexicano lo que la Sagrada Escritura dice: **A luna signum diei festi. . . . mensis secundun nomen ejus**. Así que, habiendo recibido la división lunar de sus abuelos, la alteraron después por algunos fines particulares. Ud. afirma en su Historia, con el apoyo de Boturini, que los mixtecas tenían el año de 13 meses, cuyo número era sagrado en el calendario mexicano, por ser 13 sus divinidades principales; por la misma razón era sagrado el número 12 entre los egipcios.

"Es admirable en el calendario mexicano el uso de los símbolos, el de los períodos de los años, meses y días. En cuanto a los períodos creo que podría decirse que el de 5 días era su semana civil, y el de 13 la religiosa. Del mismo modo, el de 20 días pudo haber sido el mes civil; el de 26 el religioso, y el de 30 el lunar y astronómico. En el siglo puede creerse que el período de cuatro años sería el civil, y el de 13 el religioso. Con la multiplicación de estos dos períodos tenían el siglo de 52 años, y doblando éste, la edad de 104 años. En todo esto se nota un amaño no menos admirable que el de nuestros ciclos e indicciones. El período de semanas civiles se comprendía perfectamente en el mes civil y en el astronómico; éste tenía 6, aquél 4, y el año contenía 70 semanas completas. En esta parte el calendario mexicano era superior al nuestro, pues nuestras semanas no se comprenden exactamente en el mes, ni en el año. El período de semanas religiosas se contenía dos veces en el mes religioso y 28 veces en el año; pero en éste adelantaba un día, como sucede con nuestras semanas. De los períodos de 13 días multiplicados por los 20 caracteres del mes, resultaba el ciclo de 260 días de que Ud. hace mención; pero como el año solar, después de las 28 semanas religiosas, adelantaba un día, resultaba igualmente otro ciclo de 260 años, de tal modo que los mexicanos podían conocer qué año era, con saber por qué día empezaba. El período de los meses civiles multiplicado por el número de los días, esto es, 18 por 20, y el período de los meses lunares multiplicado también por los días, esto es, 12 por 30, dan el mismo producto, 360; número tan inmemorial entre los mexicanos, como entre otras naciones cultas y antiguas; número que desde los tiempos más remotos es importantísimo en la geometría y en la astronomía por su relación con el círculo, que se divide en 360 grados o partes iguales. En ninguna nación del mundo hay nada semejante a este claro y admirable modo de computar el tiempo. Del pequeño período de 4 años, multiplicado por el dicho ciclo de 260 años, resulta otro maravilloso ciclo de 1040 años. Los mexicanos combinaban el pequeño período de 4 años con la **semana de 13 años**, de que resultaba su siglo de 52 años, y así, con las cuatro figuras que indicaban el período de 4 años, tenían, como nosotros, con las letras dominicales, un período que excede al nuestro, pues éste es de 28 años y

aquél de 52; el suyo era perpetuo y el nuestro en los años gregorianos no lo es. Tanta variedad y sencillez de períodos de semanas, meses, años y ciclos, es ciertamente digna de admiración, tanto más cuanto que se descubren a primera vista sus diversas relaciones con fines determinados, pues, como dice Boturini,—aquel calendario era de cuatro especies: natural para la agricultura, cronológico para la historia, ritual para las fiestas y astronómico con respecto al curso de los astros, y el año era luni-solar.—Este año, si no lo ponemos al concluir tres edades mexicanas, no lo encuentro, a pesar de los muchos cálculos que he hecho.

"El mismo Boturini determina, en virtud de las pinturas mexicanas, el año de la confusión de las lenguas y los años de la creación del mundo, cuya determinación no debe parecer difícil, pues notándose en aquellas pinturas los eclipses, no hay duda que por ellos puede calcularse la verdadera época de la cronología, como el P. Soucier infiere la de los chinos por el eclipse solar que fijó en el año 2155 antes de la Era cristiana. Un eclipse bien circunstanciado, como la prueba el P. Briga Romagnoli, puede dar luz para fijar la época de la cronología, en el espacio de 20,000 años, y si bien es cierto que las pinturas mexicanas no indican exactamente las circunstancias de los eclipses, esta falta se suple con el número de ellos que señalan. Por esto los señores mexicanos que conservan un gran número de pinturas, podrían sacar grandes ventajas de ellas para el estudio de la cronología.

"Con respecto a los símbolos de los meses y años mexicanos, se descubren ideas totalmente conformes a las de los antiguos egipcios. Distinguían éstos, como se ve en sus monumentos, cada mes, o parte del Zodíaco en que estaba el sol, con figuras características de lo que sucedía en cada estación del año. Por esto vemos los signos de Aries, Tauro y las dos cabrillas, que después fue Géminis, en los meses en que nacían aquellos animales; Cáncer, León y Virgo con espiga, en los meses en que el sol retrocede como el cangrejo, en que el calor aumenta y en que se hace la cosecha; los signos de Escorpión (que en la esfera egipcia ocupaba el espacio que hoy ocupa Libra), y Sagitario en los meses de enfermedades venenosas, y de caza, y últimamente, los signos de Capricornio, Acuario y Piscis, en los meses en que el sol retrocede hacia nosotros, en que llueve mucho y en que empieza la pesca. Ideas son estas muy semejantes a las que los mexicanos acomodaron a su clima.

"Llamaban **Cahualco**, esto es, cesación de aguas, al primero de sus meses, que empezaba el 26 de febrero y lo simbolizaban con una casa y sobre ella la figura del agua. Le daban también el nombre de **Cuahuitlehua**, germinación o movimiento de los árboles. Tenían, pues, para el primer mes dos nombres; el primero de los cuales no convenía a su clima, en el cual las aguas cesan por octubre; pero conviene a los campos de Sanaar y a los países del norte de América, en que habían estado sus progenitores y de aquí se infiere el antiquísimo origen del nombre. El segundo, **Cuahuitlehua**, conviene con la palabra **Kimath**, usada por Job para significar las Pléyades, que en su tiempo anunciaban la primavera, época de la germinación.

"El símbolo del segundo mes era un pabellón; lo que indica el gran calor que se siente en México por abril, antes de empezar las lluvias de

mayo. El símbolo del tercer mes era un pájaro que probablemente empezaría a verse en aquella estación. Los meses duodécimo y décimotercio tenían por símbolo la planta **pachtli** que en ellos nace y crece. El símbolo del mes décimoséptimo eran unos leños atados con una cuerda y una mano que la tiraba, queriendo significar cuánto comprime el frío en enero, que es el mes correspondiente, y a esto alude el nombre que se le daba de **Tititl**. La constelación **Kesil**, de que Job habla para significar el invierno, significa en su raíz árabe **Kesal**, estar frío y atormentado, y en el texto de Job se lee así: "¿Podrás tú romper las cuerdas o ligaduras de Kesil?"

"Y ahora, prescindiendo de la clara conformadidad que los símbolos y expresiones mexicanas de primavera y de invierno tienen con las de Job, que, a mi entender, floreció poco tiempo después del Diluvio, nótese cómo dichos símbolos, que son verdaderamente excelentes para mantener invariable el año, demuestran el uso de los días intercalares de los mexicanos; porque de lo contrario se vería que en el espacio de dos siglos el símbolo del mes del frío vendría a caer en el mes del calor. Así pues, si de las pinturas mexicanas se infiere que en ellas se notaba la conquista de México en el nono mes llamado **Tlaxochimaco**, también se inferirá de ellas haber estado en uso los días intercalares. Lo mismo se deducirá, viendo que los mexicanos en la entrada de los españoles conservaban aquel orden de meses, que según la significación de sus nombres, convenía a las estaciones del año y a los productos de la tierra. Para conocer, además, cómo arreglaban los mexicanos los años bisiestos, y si su año era justo, debería examinarse y compararse algún gran suceso que hubiese sido conocido en el Antiguo y en el Nuevo Mundo. Ud. fija, por ejemplo, la muerte de Moteuczoma en 29 de junio de 1520. Si las pinturas mexicanas fijan este mismo suceso en el día séptimo **cuetzpalin** del séptimo mes, se inferirá que su año era justo, y que los bisiestos se intercalaban de cuatro en cuatro años; si correspondía al día cuarto **cipactli**, será señal de que el año era justo, y que los bisiestos se contaban después del siglo; si correspondía al séptimo **ozomatli**, se inferirá que sus bisiestos se contaban después del siglo y que su año era tan errado como lo era el nuestro en la misma época. El ejemplo propuesto se apoya en el calendario que Ud. pone al fin del tomo II, lo que he hecho para mayor claridad; pero si se tratara de hacer el cálculo con exactitud, debería tenerse presente que el calendario de Ud. corresponde al año I del siglo mexicano, y que el año 1520 corresponde al año XIV de dicho siglo, de modo que el orden de los días es diferente.

"Ultimamente, el símbolo que Ud. pone para significar el siglo mexicano es el mismo que tenían los egipcios y los caldeos. En el símbolo mexicano se ve el sol, medio eclipsado por la luna y circundado de una serpiente, que forma cuatro nudos y abraza los cuatro períodos de trece años; esta misma idea es antiquísima en el mundo para representar el curso periódico y anual del sol. En la astronomía vemos que los puntos en que suceden los eclipses, como observa el P. Briga Romagnoli, se llaman de tiempo inmemorial **cabeza y cola de dragón**. Los chinos, con ideas falsas, pero análogas a esta alusión, creen que en los eclipses hay un dragón que procura tragar

al sol. Los egipcios convienen más particularmente con los mexicanos, porque para simbolizar el sol usaban un círculo con una o dos serpientes; aun más convenían los antiguos persas, entre los cuales, el **Mitras**, que era el sol adorado por griegos y romanos, se simbolizaba con el sol y con la serpiente, y el P. Montfaucon cita en sus **Antigüedades** un monumento en que se ve una serpiente que con sus giros en torno del Zodíaco lo corta en diferentes partes. En vista de estos innegables ejemplos, permítame Ud. hacer una reflexión que creo convincente: no hay duda que el símbolo de la serpiente es una cosa totalmente arbitraria para representar el sol, con el cual no tiene ninguna relación física; ¿por qué, pues, tantas naciones dispersas, y de las cuales muchas no han tenido entre sí el menor punto de contacto, sino en los primeros siglos después del Diluvio, han convenido en usar un mismo símbolo tan arbitrario y han querido significar con él el mismo objeto? El hallar la palabra **sacco** en las lenguas hebrea, griega, teutónica, latina, etc., nos obliga a creer que pertenece a la lengua primitiva de los hombres después del Diluvio; y al ver que los mexicanos, los persas, los antiguos egipcios y los chinos adoptan el mismo emblema para representar el sol y su curso, ¿no hemos de ver en esta figura su verdadera época, que es el tiempo de Noé o el de los primeros hombres después del Diluvio? Esta consecuencia se confirma por el calendario chiapaneca, que es todo mexicano, en el cual, según el Sr. Núñez de la Vega, obispo de Chiapas, en su **Proemio a las Constituciones Sinodales**, se pone por primer símbolo o nombre del primer año del siglo, el de un cierto Votan, sobrino de otro del mismo nombre, que fue el que construyó una muralla hasta el cielo y dió a los hombres los idiomas que ahora hablan. He aquí el calendario mexicano con un hecho claramente relativo a la torre de Babel y a la confusión de las lenguas. Otras muchas reflexiones podrían hacerse sobre los hermosos documentos que Ud. publica, etc. Cesena, 31 de julio de 1780."

Hasta aquí la carta del Sr. Hervás. Pero sea cual fuere el uso del año solar entre los primeros hombres, cuestión de que prescindo, no puedo persuadirme que los mexicanos o los toltecas recibiesen su calendario de ninguna nación del Antiguo Continente.

¿Quién les enseñó la edad de 104, el siglo de 52, el año de 18 meses, los meses de 20 días, los períodos de 13 años y de 13 días, el ciclo de 260 días, y, sobre todo, los 13 días intercalares con que ajustaban su cómputo anual al curso del sol? Los egipcios, que fueron los mejores astrónomos de aquellos remotos tiempos, no adoptaron ninguna corrección intercalar para remediar el retardo anual del sol de cerca de 6 horas. Ahora bien, si los toltecas conocieron por sí mismos esta circunstancia, no es extraño que conociesen otras menos prolijas y difíciles. El mismo Boturini, en cuyo testimonio se apoya el Sr. Hervás, dice expresamente, fundándose en los anales toltecas, que vió él mismo, que habiendo observado aquellos astrónomos, en su patria Huehuetlapallan, país septentrional de América, el exceso de cerca de 6 horas del año solar con respecto al civil de que usaban, corrigieron esta diferencia introduciendo los días intercalares, ciento y más años antes de la Era cristiana. Por lo que respecta a la analogía entre mexicanos y egipcios hablaré de esto en las Disertaciones.



ADVERTENCIA DEL AUTOR

SOBRE LA OBRA INTITULADA

"CARTAS AMERICANAS"

Algunas de las reflexiones del Sr. Hervás se hallan en las **Cartas Americanas**, obra moderada y llena de erudición, publicada en el **Almacén Literario de Florencia** y que llegó a mis manos cuando estaban en prensa los últimos pliegos de este volumen. El autor, en la impugnación que hace de los despropósitos de Mr. de Paw, da una idea verdadera, aunque no completa, de la cultura de los mexicanos; generalmente raciocina bien sobre sus costumbres, usos, artes y especialmente sobre sus conocimientos astronómicos; expone su calendario y su ciclo y en todo esto los confronta con los antiguos egipcios, como hizo en el siglo pasado el doctísimo mexicano Sigüenza, para probar su conformidad y la antigüedad de la población de América. Al recorrer estas **Cartas** he tenido el placer de ver ilustradas algunas de mis opiniones; pero he encontrado algunos errores, además de ciertos rasgos injuriosos a la nación española e impropios de un literato honrado e imparcial. Casi todos los nombres mexicanos están alterados y tan desfigurados, que ni aun yo puedo entenderlos, con ser tan práctico en aquella lengua y en aquella historia. A veces se ve el nombre de un rey en lugar del de un pueblo, como cuando dice la **ciudad de Quimalpopoca**, hablando de la pintura IV de la **Colección** de Mendoza, etc.

En la carta IX de la segunda parte, en que habla del año mexicano, cita el autor a Gemelli y le echa injustamente en cara un error. Dice Gemelli que el año mexicano del principio del siglo empezaba a 10 de abril; pero que cada cuatro años se anticipaba un día por causa de nuestro bisiesto; así que, al fin de cuatro años, empezaba a 9 del mismo mes; a los ocho años, en 8, y así se anticipaba por el mismo orden hasta el fin del siglo, en que, por la interposición de los 13 días intercalares, omitidos en el curso de éste, volvía el año a empezar a 10 de abril. "Esta, dice el autor de las Cartas, es una manifiesta contradicción, porque el año, después de los cuatro, debería empezar a los 11 y no a los 9, y así de cuatro en cuatro años debería crecer un día, en cuyo caso era superflua la corrección de los 13 días después de los 52 años, o bien, admitido el retroceso de un día en cada cuatro años, la diferencia del año sideral al término del ciclo, hubiera sido doble, es decir, de 26 días."

Yo me maravillo que un literato que parece buen calculador, se haya equivocado en una cuenta tan sencilla. El año 1506 fue secular para los mexicanos. Ahora, para mayor claridad, supongamos que su año empezaba como el nuestro, en 1.° de enero. Este primer año del siglo mexicano, compuesto, como el nuestro, de 365 días, termino, como el nuestro, en 31 de diciembre, y lo mismo el año segundo correspondiente a 1507; pero el 1508

debió terminar en el calendario mexicano un día antes que el nuestro, porque éste, como bisiesto, tuvo 366 días y el mexicano no pasó de 365. Con que el año IV de aquel siglo mexicano, correspondiente al 1509, debió empezar un día antes que el nuestro, esto es, en 31 de diciembre de 1508. Igualmente el año VIII, correspondiente al 1513 debió empezar el 30 de diciembre de 1512 por la misma razón de haber sido bisiesto. El año XII, correspondiente a 1517, debió empezar en 29 de diciembre de 1516, y así hasta el 1557, último de aquel siglo mexicano, en el cual su año debió anticiparse tantos días al nuestro, cuantos habían sido los años bisiestos. En 52 años hay 13 bisiestos, luego el último año del siglo debía anticiparse 13 días y no 26 al nuestro. No era, pues, superflua la interposición de los 13 días, terminado el siglo, para ajustar el año al curso solar. En lo que erró Gemelli fue en decir que el año mexicano empezaba a 10 de abril, pues empezaba, como tantas veces he dicho, a 26 de febrero. El autor de las **Cartas** cree que los mexicanos empezaban el año en el equinoccio de primavera, y yo soy de la misma opinión con respecto al año astronómico, aunque no me atrevo a decirlo con seguridad, porque no lo sé. Los antiguos historiadores españoles de México no eran astrónomos y en sus escritos no cuidaron tanto de exponer los progresos de los mexicanos en las ciencias, cuanto sus ritos supersticiosos. La **Ciclografía Mexicana** compuesta por el gran astrónomo Sigüenza, después de un diligente estudio de las pinturas mexicanas y de muchos cálculos de eclipses y de cometas señalados en las pinturas, no ha llegado a nosotros.

No puedo perdonar al autor de las **Cartas** el agravio que hace a aquel gran mexicano en la Carta 3 del tomo II, cuando discurre sobre la pirámide de Teotihuacan según los datos que Gemelli le suministra. "Carlos Sigüenza, dice, opina que aquellos edificios son anteriores al Diluvio." No es así. ¿Cómo podía ser de esta opinión Sigüenza, que cree que la población de América es posterior a la confusión de las lenguas y que sus primeros pobladores descendían de Nephtuim, biznieto de Noé, como asegura Boturini que vió algunas obras de aquel escritor? El mismo Gemelli, citado por el autor de las **Cartas**, lo contradice expresamente en el tomo VI, lib. II, cap. 8. "Ningún historiador indio, dice aquel viajero, ha sabido investigar el tiempo de la erección de las pirámides de América; pero D. Carlos Sigüenza las cree antiquísimas y poco posteriores al Diluvio." Tampoco es esto explicar con exactitud el parecer de Sigüenza, pues el Dr. Eguiara, hablando en la **Biblioteca Mexicana** de las obras de este escritor, y sobre todo de la que escribió sobre la población de América, dice que en ella fija la primera población de aquel Nuevo Mundo **paullo post babylonicam confusionem**, que es algo después de lo que indica Gemelli.

En cuanto a otros puntos más importantes discutidos en las **Cartas**, hablaré de ellos en mis Disertaciones, conviniendo en parte, y en parte separándome de las opiniones de aquel autor.

INDICES



INDICE DE MATERIAS

INDICE ANALITICO DEL TOMO I

CH

D

E

F

G

PAGS

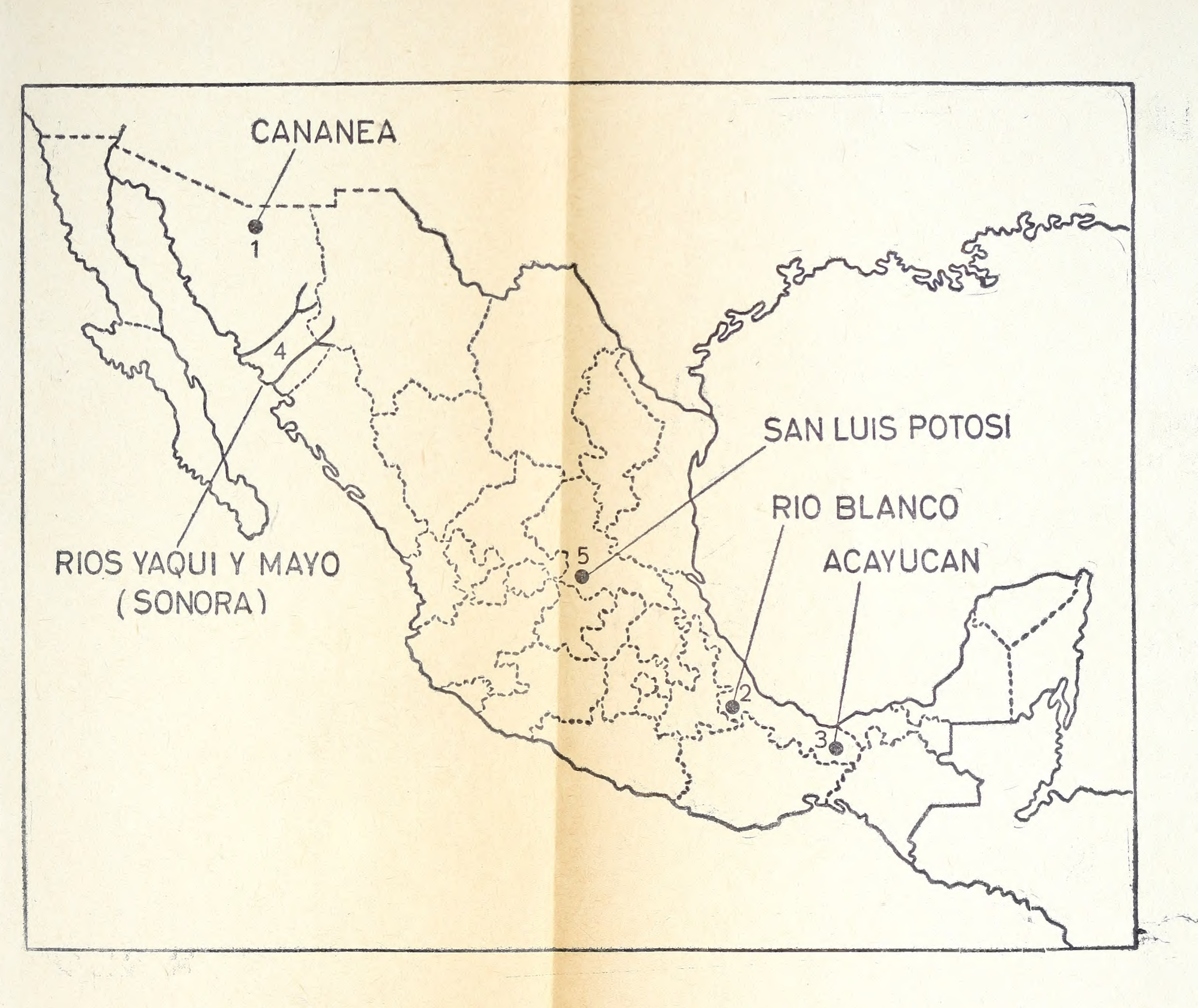
PAGS.

INDICE DE ILUSTRACIONES




EXTENSION ALCANZADA POR LA
NUEVA ESPAÑA
ALTA CALIFORNIA
NUEVO MEXICO
TEXAS




CANANEA
1
4
RIOS YAQUI Y MAYO
(SONORA)
5
SAN LUIS POTOSI
RIO BLANCO
2
ACAYUCAN
3

